GRAHAM HANCOCK

LOS MAGOS DE LOS DIOSES

POR EL MISMO AUTOR DEL *BESTSELLER*

LAS HUELLAS DE LOS DIOSES

Cerca del final de la última Edad del Hielo, hace 12.000 años, un gigantesco cometa que había entrado en el sistema solar desde las profundidades del espacio miles de años antes se rompió en múltiples fragmentos. Algunos chocaron contra la Tierra, originando un cataclismo global a una escala nunca vista desde la extinción de los dinosaurios. Al menos ocho de los fragmentos cayeron en el casquete polar norteamericano y otros más en el casquete polar europeo.

Una segunda serie de impactos tuvieron lugar hace 11.600 años, la fecha exacta que da Platón para la destrucción y hundimiento de la Atlántida. Las evidencias reveladas en este libro demuestran más allá de cualquier duda razonable que una civilización avanzada floreció durante la Edad del Hielo y fue destruida por un cataclismo global hace entre 12.800 y 11.600 años.

Sin embargo, hubo supervivientes, conocidos para culturas posteriores como «los sabios», «los magos», «los que brillan» y «los misteriosos maestros de los cielos». Viajaron por el mundo en sus grandes barcos haciendo todo lo que estaba en su poder para mantener viva la llama de la civilización. Se asentaron en puntos clave: Göbekli Tepe (Turquía), Baalbeck (Líbano), Guiza (Egipto), la antigua Súmer, México, Perú y el Pacífico, donde recientemente se ha descubierto una inmensa pirámide en Indonesia. A donde quiera que iban, estos «magos de los dioses» llevaban consigo el recuerdo de una época en la cual la humanidad había perdido su armonía con el universo y pagado un elevado precio por ello.

Graham Hancock

Los magos de los dioses

ePub r1.1
XcUiDi 11.12.2019

Título original: *Magicians of the gods*
Graham Hancock, 2015
Traducción: José Miguel Parra

Editor digital: XcUiDi
Corrección de erratas: Bryan9
ePub base r2.1

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios compartiéndolos

Para Santha, mi alma gemela.

Agradecimientos

El primero y principal de todos es para la fotógrafa Santha Faiia, que me honró hace veinte años al convertirse en mi esposa. Ya contaba con su propia y exitosa carrera mucho antes de conocerme, pero amablemente accedió a trabajar conmigo. Santha ha realizado la mayoría de las fotografías de este libro, así como muchas de las de mis obras anteriores, además de haber viajado conmigo en cada una de las etapas del largo camino desde *Las huellas de los dioses* hasta *Los magos de los dioses*. ¡Gracias! Gracias también para nuestros hijos Sean, Shanti, Ravi, Leila, Luke y Gabrielle. Mientras escribía *Los magos* nació nuestro primer nieto, una niña llamada Nyla, y es un placer darle la bienvenida a nuestra grande y bulliciosa familia. Gracias también a mi madre, Muriel Hancock, y a mi tío, James Macaulay, y conservo afectuosos recuerdos de mi padre, Donald Hancock, que tanto me enseñó y que falleció en 2003 tras años de incesante apoyo a mi trabajo.

Mi brillante agente literaria, Sonia Land, ha hecho maravillas y es todo lo que un gran agente debe ser. Mi editor británico, Mark Booth, y mi editor norteamericano, Peter Wolverton, han representado ambos papeles inmensamente positivos en la creación de *Los magos de los dioses* y en ofrecérselo al público del modo adecuado en el momento preciso.

El equipo gráfico que ha creado los mapas, cuadros, dibujos y diagramas para este libro ha estado formado por Camron Wiltshire y Afua Richardson, con el apoyo de Michael Maudlin y Samuel Parker. Mi hijo, Luke Hancock, también ha proporcionado varios dibujos. Cada artista aparece recogido de forma individual en la página de créditos de las ilustraciones, pero quiero felicitarlos aquí colectivamente por su dedicación, talento, inteligencia y buen trabajo.

El difunto profesor Klaus Schmidt, del Instituto Arqueológico Alemán, fue más allá de lo que exigía el deber cuando me enseñó Göbekli Tepe (Turquía) en 2013. Como su descubridor y excavador, Klaus poseía un conocimiento único de este yacimiento especial, que generosamente compartió conmigo durante tres días de visitas y entrevistas *in situ*. Lamento su fallecimiento, pero estoy convencido de que su nombre será recordado por la historia.

Realicé una visita de investigación al Líbano en el año 2014. Mi trabajo allí se vio inmensamente facilitado por la amabilidad, buena voluntad y apoyo logístico sobre el terreno proporcionado por mis amigos Ramzi Najjar y Samir y Sandra Jarmakani. Con posterioridad al viaje me beneficié enormemente de una amplia correspondencia sobre Baalbek con el arqueólogo y arquitecto Daniel Lohmann. Fue paciente y convincente en sus valientes esfuerzos por convencerme de los méritos del análisis que realiza la corriente principal de la arqueología.

En Indonesia debo un agradecimiento especial para Danny Hilman Natawidjaja, el excavador del extraordinariamente antiguo yacimiento de la pirámide de Gunung Padang. Gracias también a sus colegas Wisnu Ariestika y Bambang Widoyko Suwargadi, que se nos unieron en un amplio viaje por Java, Sumatra, Flores y Sulawesi.

En los Estados Unidos estoy particularmente agradecido a Randall Carlson, por su profunda visión sobre la geología catastrofista y por el conocimiento que compartió conmigo durante nuestro viaje por carretera desde Portland (Oregón) hasta Minneapolis (Minnesota) para estudiar los efectos en la Tierra de las catastróficas inundaciones que afectaron a toda la región durante la Edad del Hielo. Gracias también a Bradley Young, que nos acompañó durante la travesía conduciendo siempre… ¡un esfuerzo heroico!

Le estoy agradecido a Allen West, autor correspondiente entre el amplio grupo de científicos que investigan el impacto del cometa del Dryas Reciente. Cuento en detalle la historia de su trabajo en los capítulos del 3 al 6; Allen, además, se mostró muy atento a la hora de asegurarse de que mis datos estaban bien y al ofrecerme nuevos datos sobre las implicaciones del cataclismo.

Gracias también a Richard Takkou y Raymond Wiley por sus admirables esfuerzos como mis ayudantes de investigación en diferentes etapas del proyecto.

Muchas, muchas gracias a nuestros queridos amigos Chris y Cathy Foyle, por su solidaridad y sensatos consejos.

Y por último, pero no menos importante, gracias a mis leales y comprensivos lectores de todo el mundo, que me llevan siguiendo los más de veinte años en los que he ido avanzando en mi búsqueda de la civilización perdida. *Los magos de los dioses* es el más reciente destino de ese viaje y, si bien se trata de una trabajo nuevo, como es lógico, en unos pocos puntos he tenido que volver a visitar terrenos explorados por primera vez en *Las huellas de los dioses* y en mis otros libros para poder situar las nuevas evidencias que aquí presento en su contexto adecuado.

Introducción

ARENA

Una casa levantada sobre cimientos de arena siempre estará en peligro de derrumbarse.

Se van acumulando las evidencias, pese a que la mayoría de los añadidos construidos después son de gran calidad, de que el edificio de nuestro pasado erigido por historiadores y arqueólogos se asienta sobre unos cimientos peligrosamente defectuosos y carentes de estabilidad. Un cataclismo que alcanzó el grado de extinción tuvo lugar en nuestro planeta hace entre 12.800 y 11.600 años. Se trató de un acontecimiento global en cuanto a sus consecuencias y afectó a la humanidad profundamente. Dado que las evidencias científicas que demuestran su existencia comenzaron a descubrirse a partir de 2007, y como sus implicaciones todavía no han sido en absoluto tomadas en consideración por historiadores y arqueólogos, nos vemos obligados a contemplar la posibilidad de que todo lo que nos han enseñado sobre los orígenes de la civilización pueda ser erróneo.

Sobre todo ha de considerarse como una hipótesis razonable que los mitos del mundo entero relativos a una edad de oro finiquitada por una inundación y el fuego son ciertos, y que un capítulo entero de la historia humana fue borrado en esos 1.200 cataclísmicos años transcurridos hace entre 12.800 y 11.600 años…, un capítulo no de cazadores-recolectores, sino de civilización avanzada.

¿Esa civilización, en el caso de que existiera, dejó algún rastro que podamos ser capaces de identificar hoy día, a pesar haber pasado tanto

tiempo? Y, de ser así, ¿su pérdida tiene alguna importancia real para nosotros?

Este libro es un intento de responder a esas cuestiones.

Primera parte

ANOMALÍAS

Capítulo 1

«AQUÍ HAY TANTO MISTERIO…»

Göbekli Tepe es la manifestación más antigua de arquitectura monumental encontrada hasta ahora en el mundo o, en cualquier caso, la más antigua aceptada como tal por los arqueólogos.

Y es *enorme*.

Figura 1. Localización de Göbekli tepe.

Imponente, magnífico, numinoso y apabullante son algunos de los adjetivos que fracasan con estrépito a la hora de hacerle justicia. Llevo aproximadamente dos horas errando por todo el yacimiento con su excavador, el profesor Klaus Schmidt, y mi cerebro está de verdad patidifuso.

—¿Cómo se siente uno —le pregunto— al ser el descubridor del templo que está reescribiendo la historia?

Schmidt es un rubicundo arqueólogo alemán de pecho poderoso y barba canosa, que viste tejanos desgastados, camisa vaquera con un rayón de

barro en la manga y cubre sus pies desnudos y sucios con unas sandalias gastadas. Estamos en septiembre de 2013, tres meses antes de su sexagésimo cumpleaños y, pese a que ninguno de los dos lo sabe todavía, antes de que pase un año estará muerto.

Mientras madura su respuesta, se limpia una gota de sudor de la reluciente bóveda de su frente. Aún no es media mañana, pero aquí en Anatolia, en la región sureste de Turquía, el sol está alto, el cielo carece de nubes y la cadena de montañas del Tauro sobre la que nos encontramos parece un horno. No corre brisa alguna, ni un amago, ni una sugerencia de soplo de aire, ni hay sombra alguna en la que cobijarse. En 2014 se erigirá una techumbre para cubrir y proteger el yacimiento, pero en 2013 solo sus cimientos están construidos, de modo que nos encontramos expuestos sobre una improvisada pasarela de madera. Por debajo de nosotros, en una serie de recintos amurallados semienterrados y más o menos circulares, hay docenas de gigantescos pilares megalíticos en forma de T que Schmidt y su equipo del Instituto Arqueológico Alemán han ido sacando a la luz. Antes de que comenzaran su trabajo, el lugar parecía una colina redondeada —de hecho Göbekli Tepe significa «colina del ombligo»[1], en ocasiones traducido también como «colina de la olla»—[2], pero las excavaciones han hecho desaparecer la mayoría de su perfil original.

—Lo cierto es que no podemos decir que Göbekli Tepe sea exactamente un templo —termina por responder Schmidt, que de forma evidente está eligiendo sus palabras con cuidado—. Llamémoslo un santuario en una colina. Y no digo que esté reescribiendo la historia. Más bien diría que está añadiendo un importante capítulo a la historia existente. Pensábamos que la transición desde cazadores-recolectores hasta agricultores fue un proceso lento y gradual; pero ahora nos hemos dado cuenta de que se trató de un período en el cual se realizaron emocionantes monumentos que no nos esperábamos[3].

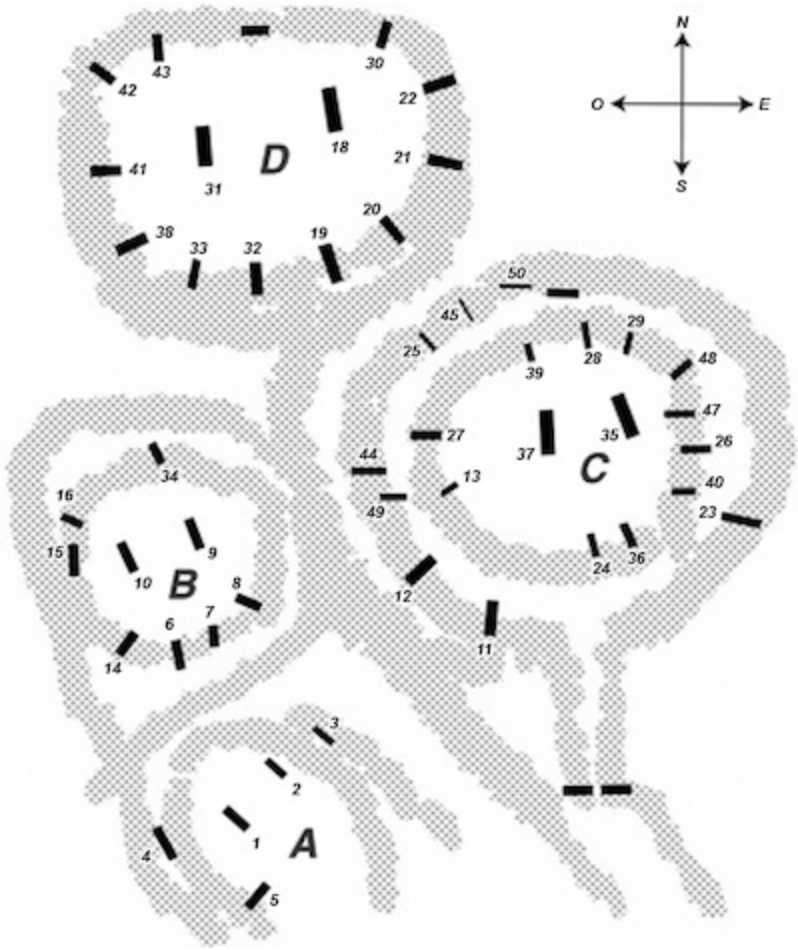


Figura 2. El grupo central de los recintos excavados —A, B, C y D— de Göbekli Tepe. Todos los pilares han sido numerados por el Instituto Arqueológico Alemán para que sea más sencillo identificarlos.

—Y no solo monumentos —apunto—. Al principio la gente de aquí eran cazadores-recolectores y no había signos de agricultura.

—No —concede Schmidt—, ninguno —dice señalando con gesto amplio los círculos de pilares—, pero la gente que venía a Göbekli Tepe y realizó todo este trabajo ¡*inventó* la agricultura! De modo que vemos una conexión entre lo que sucedió aquí y la posterior emergencia de las sociedades neolíticas dependientes de la agricultura.

Mis oídos se aguzan ante la palabra «inventó». Quiero asegurarme de que lo estoy comprendiendo bien:

—¿De modo —enfatizo— que llega usted tan lejos como decir que la gente que hizo Göbekli Tepe *inventó* realmente la agricultura?

—Sí, sí.

—¿Podría desarrollar eso un poco?

—Porque en esta región poseemos las domesticaciones más antiguas, tanto de animales como de plantas. Se hizo en esta región. De modo que son la misma gente.

—Y, por lo que a usted respecta, ¿esta es la primera, la más antigua, agricultura del mundo?

—La primera del mundo. Sí.

Me doy cuenta de que Schmidt está impacientándose por el modo en que insisto sobre este punto, pero tengo mis motivos. Las zonas de Göbekli Tepe excavadas hasta el momento se acercan a los 12.000 años de antigüedad, lo cual hace (de acuerdo a la cronología ortodoxa) que sean más de 6.000 años más antiguas que cualquier otro yacimiento megalítico de cualquier otro lugar, como puedan ser Gigantiga y Mnajdra en Malta, Stonehenge y Avebury en Inglaterra o las pirámides de Guiza en Egipto. No obstante, todos esos yacimientos pertenecen a aquella fase de la evolución humana que los arqueólogos llaman Neolítico (la «Edad de la Piedra Nueva»), cuando la agricultura y la organización de la sociedad de forma estructurada y jerárquica ya estaba muy avanzada, lo que permitió la aparición de especialistas que no tenían necesidad de producir su propio alimento porque podían ser mantenidos por el superávit generado por los agricultores. Göbekli Tepe, en cambio, pertenece al final mismo del Paleolítico Superior (la «Edad de la Piedra Antigua» tardía), cuando se supone que nuestros antepasados eran cazadores-recolectores nómadas que vivían en bandas pequeñas y ambulantes, incapaces de tareas que requirieran planificación a largo plazo, división compleja del trabajo y labores de dirección de alto nivel.

Schmidt y yo estamos en un punto del camino desde donde se pueden ver tanto el recinto C como el recinto D, donde gracias a mi investigación previa sé que hay tallada una imagen intrigante en uno de los pilares. Tengo pensado pedirle permiso al arqueólogo para penetrar en el recinto D y echarle una ojeada más de cerca a esa imagen; pero primero quiero tener completamente clara su opinión sobre los orígenes de la agricultura y su relación con la arquitectura megalítica. El recinto C, el más grande de los cuatro principales hasta ahora excavados, está dominado por dos inmensos

pilares centrales, ambos rotos. En su estado original los dos habrían tenido más de 6 metros de alto y pesado en torno a las 20 toneladas. Incrustados en el muro a su alrededor se yergue una docena de pilares. Son algo más pequeños, pero aun así siguen siendo prodigiosos. Lo mismo sucede en el recinto D, donde vuelve a haber un anillo de pilares más pequeños rodeando a dos imponentes pilares centrales, en este caso ambos intactos. Su parte superior en forma de T, ligeramente en talud en la parte frontal, no posee rasgo alguno, pero pese a ello recuerdan de forma inquietante a gigantescas cabezas humanas; una impresión que se ve reforzada por los débiles contornos de unos brazos, doblados a la altura del codo, que se ven a lo largo de los laterales de los pilares y que terminan en manos humanas con largos dedos cuidadosamente talladas.

—Todo esto —digo—: los megalitos, la iconografía, el concepto y disposición generales del yacimiento… para serle sincero, me parece un proyecto tan grande como pueda serlo Stonehenge en Inglaterra, y, sin embargo, Stonehenge es mucho más moderno. De modo que ¿cómo encaja lo que ha encontrado en Göbekli Tepe con su noción de una sociedad cazadora-recolectora?

—Estaba mucho más organizada de lo que esperábamos —reconoce Schmidt—. Lo que vemos aquí son unos cazadores-recolectores que evidentemente poseían una división del trabajo, porque el trabajo en los megalitos es especializado, no puede hacerlo cualquiera. También fueron capaces de transportar estas pesadas piedras y erigirlas, lo que significa que debían de poseer algún tipo de experiencia en ingeniería, algo que tampoco esperábamos de los cazadores-recolectores. Realmente es la primera arquitectura, y es una arquitectura monumental.

—De modo que, si lo he comprendido bien, profesor Schmidt, está usted diciendo que nos encontramos en el lugar donde se inventaron tanto la arquitectura monumental como la agricultura.

—Sí, exactamente.

—¿Y aun así sigue sin ver nada de verdad revolucionario en ello? ¿Lo ve como un proceso que puede situar sin problemas en el marco de referencia histórico existente?

—Sí. En la historia existente. Pero el proceso es mucho más emocionante de lo que esperábamos. Sobre todo porque lo que tenemos aquí en Göbekli Tepe pertenece más al mundo de los cazadores-recolectores que al de las sociedades agrícolas. Es hacia finales de la caza-recolección, pero todavía no es del todo el comienzo del Neolítico.

—Un período de transición entonces. Un momento cúspide. Y ¿quizá más que eso? Lo que estoy percibiendo con nuestra conversación, y por lo que me ha mostrado del yacimiento esta mañana, es la noción de que en Göbekli Tepe hubo una especie de comité de expertos prehistórico, o un centro de innovación, a lo mejor bajo el control de una especie de elite residente. ¿Cree que es correcto eso?

—Sí, sí. Era un lugar donde la gente se reunía. La gente se reunía aquí y era indudablemente una plataforma para la distribución de conocimiento e innovación.

—Incluido el conocimiento del trabajo a gran escala de la piedra y el conocimiento de la agricultura. ¿Se atrevería a describir a quienes controlaban el lugar y diseminaban esas ideas como una especie de sacerdocio?

—Quienes quiera que fueran, ciertamente no practicaban un simple chamanismo. Eran más bien como una especie de institución. De modo que sí, estaban en la vía para convertirse en un sacerdocio.

—Y dado que Göbekli Tepe estuvo en uso ininterrumpido durante bastante más de mil años, ¿se trataría de una cultura continua con sus propias instituciones, con las mismas ideas y el mismo «sacerdocio», que continuó dirigiendo el lugar durante todo el período?

—Sí. Pero lo raro es que hubo un claro colapso en el esfuerzo que se realizó según pasaban los siglos. Las estructuras realmente monumentales se encuentran en los estratos más antiguos; en los estratos más modernos se hacen más pequeñas y hay un significativo declive en la calidad.

—¿De modo que lo más antiguo es lo mejor?

—Sí, lo más antiguo es lo mejor.

—¿Y no lo encuentra desconcertante?

Klaus Schmidt parece casi estar pidiendo disculpas:

—Bueno, esperamos terminar encontrando estratos todavía más antiguos y que en ellos veremos el pequeño punto de partida que estamos esperando, pero que no hemos encontrado todavía. Luego tendríamos esta fase monumental y después un nuevo declive.

Se me ocurre que «esperanza» es la palabra clave en lo que acaba de decir el profesor Schmidt. Estamos acostumbrados a que las cosas empiecen de forma pequeña, simple, y que luego progresen —*evolucionen*— hasta volverse más complejas y sofisticadas, y, como es lógico, esto es lo que esperamos encontrar en los yacimientos arqueológicos. Cuando nos tropezamos con un caso como el de Göbekli Tepe, que empieza siendo perfecto y luego lentamente *desevoluciona* hasta terminar siendo un pálido reflejo de lo que fuera antaño, nuestras cuidadosamente estructuradas ideas de cómo las civilizaciones deben comportarse, cómo deben madurar y desarrollarse, quedan un poco trastocadas.

No es tanto el proceso de desevolución lo que nos molesta. Sabemos que las civilizaciones pueden decaer. No hay más que ver el Imperio romano, o el británico, si a eso vamos.

No, el problema en Göbekli Tepe es la prístina y repentina aparición, como Atenea surgiendo completamente crecida y armada de la frente de Zeus, de lo que parece ser una civilización madura tan consumada que «inventa» la agricultura *y* la arquitectura monumental, en lo que en apariencia es el momento de su nacimiento.

La arqueología no puede explicarlo mejor de lo que puede explicar por qué los primeros monumentos, arte, esculturas, jeroglíficos, matemáticas, medicina, astronomía y arquitectura del antiguo Egipto son perfectos desde el principio, sin ningún rastro de evolución desde simple a sofisticado. Y respecto a Göbekli Tepe podemos preguntarnos lo que mi amigo John Anthony West se pregunta respecto al antiguo Egipto:

> *¿Cómo aparece una civilización compleja complemente formada? Observemos un coche de 1905 y comparémoslo con uno moderno. No hay duda del proceso de «desarrollo», pero en Egipto no hay paralelos. Todo aparece tal cual desde el principio.*
>
> *Evidentemente, la respuesta al misterio es obvia; pero como repugna al molde imperante del pensamiento actual, apenas es tenida en cuenta. La civilización egipcia no es un «desarrollo» es un legado*[4].

¿Podría ser este el caso de Göbekli Tepe?

Klaus Schmidt no tiene tiempo para sugerencias de una civilización perdida progenitora de todas las civilizaciones posteriores que se conocen, de modo que cuando le presiono reitera su afirmación de que la mayor parte de Göbekli Tepe permanece sin excavar.

—Como ya he dicho —gruñe un tanto irritado—, espero que cuando lleguemos a los estratos más antiguos encontraremos evidencias de evolución.

Puede que tenga razón. Una de las cosas increíbles de Göbekli Tepe, que llevaba ya *dieciocho* años de excavación continua cuando Klaus Schmidt me enseñó el yacimiento en 2013, es todo lo mucho de él que sigue quedando bajo tierra.

¿Pero cuánto?

—Resulta difícil precisarlo —me dice Schmidt—. Hemos realizado una prospección geofísica (georradar), y a partir de ella hemos podido ver que al menos hay dieciséis recintos grandes más que quedan por excavar.

—¿Recintos grandes? —pregunto y señalo a los imponentes megalitos del recinto D—. ¿Como este?

—Sí, como este. Y dieciséis es el mínimo. En algunas zonas, nuestro mapa geofísico no nos ha proporcionado resultados completos y no podemos ver realmente qué hay dentro; pero pensamos que hay más de dieciséis. En realidad puede que al final resulte que sea el doble de esa cifra. Quizá incluso tantos como cincuenta.

—¡Cincuenta!

—Sí. Cincuenta de los recintos grandes, cada uno con catorce pilares o más. Pero ¿sabe usted?, nuestro objetivo no es excavarlo todo, solo una pequeña parte, porque excavar es destruir. Queremos dejar la mayoría del yacimiento intacto.

Reflexionar sobre el tamaño de la empresa realizada en Göbekli Tepe por los antiguos hace que la imaginación se dispare. No es solo que los círculos de pilares megalíticos ya excavados sean al menos 6.000 años *más antiguos* que ningún otro yacimiento megalítico conocido del mundo, sino también, ahora me doy cuenta, que Göbekli Tepe es *enorme*; pues ocupa una zona que puede terminar resultando ser hasta treinta veces más grande que la extensión máxima de un yacimiento grande como Stonehenge, por ejemplo.

En otras palabras, nos encontramos ante una enorme e inexplicable antigüedad, una escala inmensa y un propósito desconocido; y todo ello surgido en apariencia de la nada, sin unos antecedentes obvios, envuelto por completo en el misterio.

Los recintos de los gigantes

Estoy acostumbrado a que los arqueólogos me hagan la señal contra el mal de ojo y me den la espalda cuando aparezco en sus excavaciones; pero el profesor Schmidt es refrescantemente distinto. Aunque conoce a la perfección quien soy, nos permite a mí y a mi mujer, la fotógrafa Santha Faiia, penetrar en el recinto D y explorarlo. Los cuatro recintos principales excavados hasta ahora en Göbekli Tepe están por completo vedados al público y controlados por atentos vigilantes; pero hay una imagen de uno de los pilares del recinto D que necesito estudiar desde mucho más cerca de lo que permite la pasarela —de hecho, ni siquiera puedo verla desde aquí—, de modo que el espíritu generoso de Schmidt es bienvenido.

Entramos en el recinto mediante una pasarela que conduce a una partición de escombros y tierra de dos metros de altura, todavía sin excavar, que separa los dos pilares centrales, uno al este y otro al oeste. Tallados en la muy dura caliza cristalina de la zona y trabajados hasta conseguir un

perfecto pulido final, estos colosales pilares resplandecen con un color dorado bajo el sol. Gracias al profesor Schmidt sé que tienen unos 5,5 metros de alto y que cada uno de ellos pesa más de 15 toneladas[5]. Al descender con dificultad al suelo del recinto me doy cuenta de que se yerguen sobre unos plintos de unos 20 centímetros de altura cada uno, tallados directamente en la roca del suelo. En la parte frontal del plinto bajo el pilar oriental, sentados sobre sus colas sin signos evidentes de alas, hay una fila de siete pájaros aparentemente no voladores esculpidos en altorrelieve.

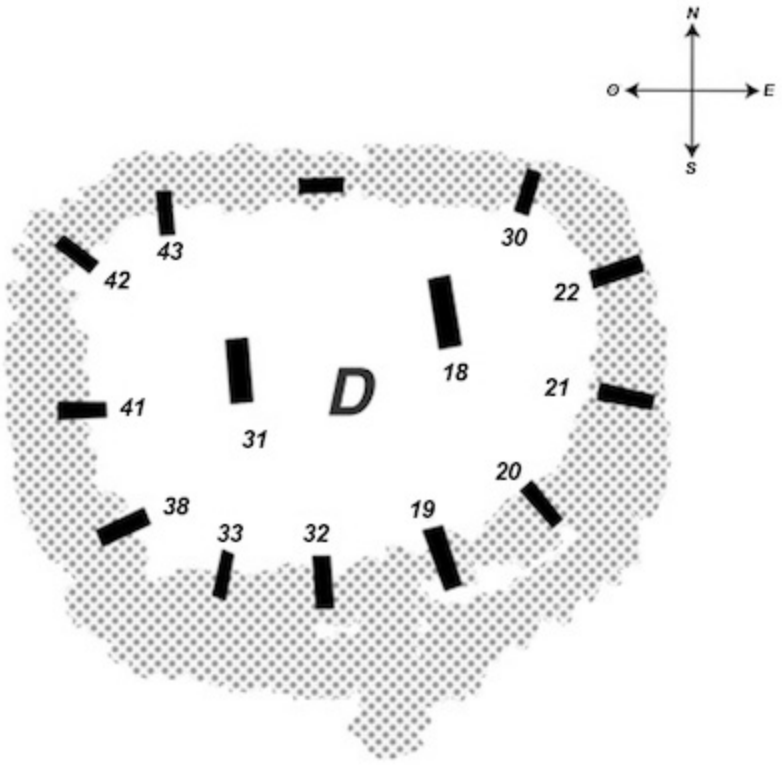


Figura 3. La disposición de los pilares del recinto D en Göbekli Tepe. El pilar 43 es el de mayor interés.

Con su estilizada apariencia antropomorfa, destacada por sus «cabezas» en forma de T, los pilares centrales surgen ante mí como gigantes gemelos. Si bien no son mi principal objetivo, aprovecho la oportunidad para examinarlos de cerca.

Sus bordes frontales, que representan el pecho y el estómago, son bastante delgados —unos veinte centímetros de ancho solo—, mientras los

laterales miden algo más de un metro de un extremo al otro. Ambas figuras, como he podido apreciar desde la pasarela, poseen brazos tallados en bajorrelieve en los laterales, doblados por los codos y que terminan en dedos largos y delgados. Esos dedos recorren la parte frontal de los pilares, casi encontrándose sobre sus «vientres».

Por encima de las manos, cubriendo su «pecho» aparece sugerida una vestidura abierta por delante. Justo debajo de las manos, ambas figuras visten también un cinturón ancho —tallado asimismo en bajorrelieve—, decorado con una hebilla muy característica. En ambos casos, lo que parece ser parte de la piel de una animal —para Schmidt se trata de las patas traseras y la cola de una piel de zorro[6]— aparece colgada de la hebilla de modo que cubre la región genital.

Las dos figuras llevan también collares, el de la figura oriental decorado con una media luna y un disco, mientras que el de la figura occidental con la cabeza de un toro.

Además, ambos pilares se yerguen sobre sus pedestales de exactamente el mismo modo peculiar: no fijados de forma segura, sino encajados de forma precaria en una ranura de solo 10 centímetros de profundidad. Klaus Schmidt y su equipo los han estabilizado con puntales de madera y me imagino que en la Antigüedad fueron mantenidos erguidos de un modo similar…, a menos, quizá, que hubiera un marco sobre el recinto al cual las cabezas estuvieran fijadas de algún modo. Como resulta evidente que los constructores de Göbekli Tepe eran maestros dando forma, moviendo y colocando grandes megalitos, resulta misterioso que no realizaran ranuras más profundas en las cuales los pilares pudieran haber encajado con seguridad. Debe de haber un propósito en ello, pero no soy capaz de desentrañarlo.

Estas son las similitudes, pero también hay diferencias. Por ejemplo, la figura oriental tiene una representación casi a tamaño real de un zorro grabada en altorrelieve en su costado derecho, de tal modo que parece estar saltando hacia delante desde el codo doblado. Y, si bien el cinturón del pilar occidental no presenta más decoración que su hebilla, el del pilar oriental lleva varios adornos intrigantes, incluidos una serie de glifos parecidos a la letra latina «C» o la letra latina H. Mientras los estudio pienso que no hay

modo de que sepamos qué significaban estos símbolos para las gentes de Göbekli Tepe, de las cuales nos separa un vasto período de tiempo de más de 11.000 años. Resulta descabellado pensar que tuvieran cualquier tipo de escritura y ¡menos todavía que escribieran en el alfabeto que utilizamos hoy día! No obstante, hay algo extrañamente moderno e intencionado en el modo en que estos pictogramas son utilizados y mostrados, y me da la impresión de que son algo más que meramente decorativos. No hay nada parecido a ellos en el mundo del arte del Paleolítico Superior, y lo mismo ocurre con las figuras de animales y pájaros. En este período tan antiguo, una combinación tal de megalitos y esculturas sofisticadas es del todo única y sin precedentes.

Continúo para examinar la docena de pilares dispuestos entorno a los límites del recinto D, que es más una elipse que un círculo; pues mide unos 20 metros de este a oeste por solo 14 metros de norte a sur. Los pilares de alrededor tienen por lo general la mitad de altura que el par central y en su mayoría no se yerguen por sí solos, sino que más bien están incrustados en el muro del recinto. La mayoría, pero no todos, tienen forma de T y están ricamente decorados con imágenes de pájaros, insectos y animales, como si la carga del arca de Noé hubiera sido convertida en piedra: zorros, gacelas, jabalíes, numerosas especies de pájaros, incluidas varias grullas con serpientes a sus pies, muchas más serpientes, tanto de forma individual como en grupos, una araña, un asno salvaje, ganado salvaje, un león con la cola curvada sobre su lomo… y muchos más.

Aprovechando al máximo nuestro *laissez-passer*, me tomo mi tiempo; pero, finalmente, en el lado noroeste del recinto, me encuentro con el pilar que quiero ver. Para que sean fáciles de identificar, Schmidt y sus colegas han numerado todos los pilares de Göbekli Tepe, y este es el «pilar n.º 43». Gracias a mis investigaciones previas sé que en la base tiene una gran imagen de un escorpión tallado en relieve; algunos han sugerido representar la constelación zodiacal que hoy día llamamos Escorpio[7]. No obstante, para mi gran desilusión la figura ya no está visible. Los arqueólogos la han cubierto con escombros… para protegerla de daños, sostiene Schmidt. Le hablo de mi interés en una posible conexión astronómica, pero se burla de ello: «Aquí no hay figuras astronómicas; las constelaciones del zodíaco no

fueron reconocidas hasta la época babilónica, nueve mil años después de Göbekli Tepe», y me niega categórico el permiso para limpiar el montón de escombros.

Estoy a punto de discutir con él —de hecho existen excelentes evidencias de que el zodíaco fue codificado mucho antes de Göbekli Tepe[8] — cuando me doy cuenta de que más arriba en el mismo pilar hay otro grupo de figuras que no han sido cubiertas con escombros. Entre ellas se encuentra una prominente representación de un buitre con las alas extendidas como si fueran brazos humanos y con un disco sólido en equilibrio sobre el ala, similar a un brazo, como si este lo estuviera sosteniendo o acunando. Otra característica humana del buitre, en nada parecido a ningún ejemplar de este animal que yo haya visto en la naturaleza, es que aparece representado con las «rodillas» dobladas hacia delante y con unos extrañamente alargados pies planos; un poco como las representaciones que vemos del personaje del Pingüino en los viejos tebeos de Batman. Se trata, en otras palabras, de un teriántropo (del griego *therion*, que significa «bestia salvaje», y *anthropos*, que significa «hombre»), una criatura híbrida en parte hombre y en parte buitre[9].

Por encima hay más pictogramas en forma de H dispuestos en una fila entre una serie de «V» bocarriba y bocabajo. De nuevo vuelve a notarse una sensación de mensaje, de comunicación, que resulta imposible interpretar. Finalmente, en lo alto del pilar hay representaciones de lo que parecen ser tres grandes bolsas de mano; contenedores rectangulares, en cualquier caso, con asas curvas. Separándolos, delante del asa de cada uno hay una figura; la de la izquierda es un pájaro, con unas largas piernas parecidas a las humanas que lo califican casi con certeza como otro teriántropo; la del centro un cuadrúpedo con la cola curvada hacia su cuerpo y a la derecha una salamandra.

Hay algo terriblemente familiar en todo el conjunto y tengo la sensación de que lo he visto antes —o algo muy parecido— en algún lugar. El único problema es que ¡no puedo recordar dónde o qué! Le pido a Santha que tome fotografías detalladas del pilar y cuando ha terminado, Schmidt sugiere que lo acompañemos a otro lugar del yacimiento, a un par de cientos de metros al noroeste, al otro lado de la cresta donde él y su equipo

están excavando. Es uno de las docenas de recintos enterrados con grandes pilares que han identificado mediante georradar, el primero que están investigando.

Paradigmas

Mientras caminamos le pregunto al profesor cómo y cuándo se vio envuelto en Göbekli Tepe. Irónicamente, dada su firme posición respecto a la evolución de la arquitectura, resulta que tuvo su gran oportunidad ¡porque otros arqueólogos también tenían ideas firmes al respecto! En 1964 un equipo de la Universidad de Chicago y de la Universidad de Estambul visitó la zona con el objetivo concreto de buscar y encontrar yacimientos de la Edad de Piedra. No obstante, cuando vieron la parte superior de un gran pilar en forma de T sobresaliendo del suelo y, tirados cerca, los restos de otros pilares rotos de caliza desenterrados al arar por los campesinos de la zona, descartaron Göbekli Tepe por ser irrelevante para sus intereses y se trasladaron a otro lugar.

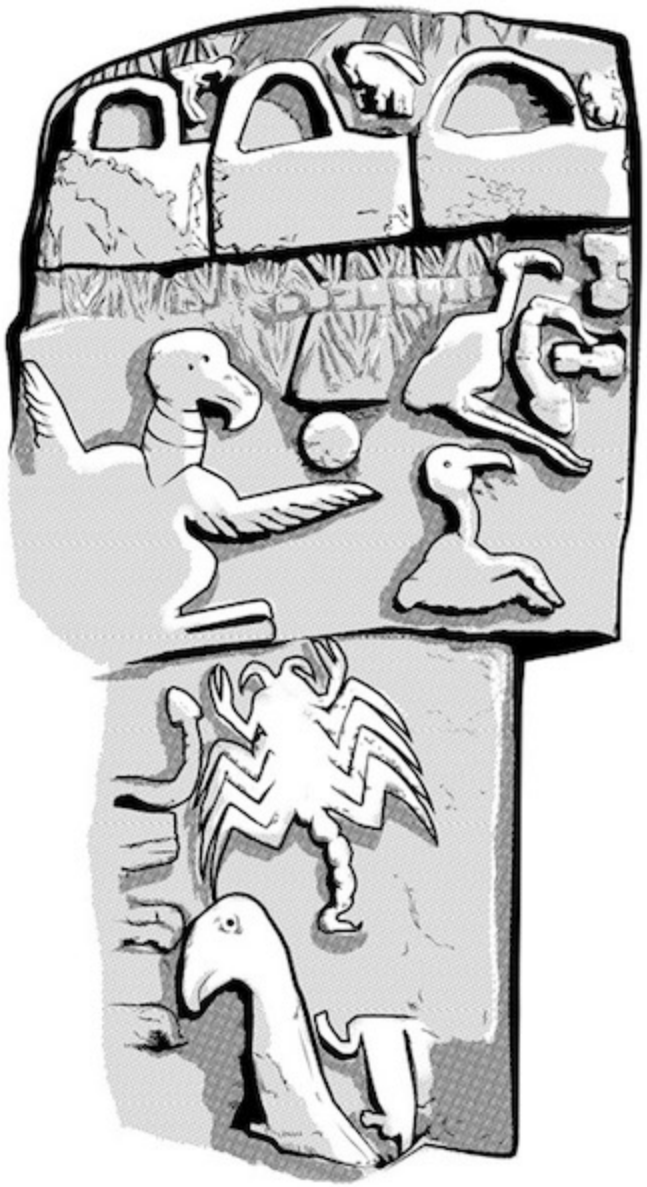


Figura 4. El pilar 43 en el recinto D. La parte inferior estaba cubierta por escombros en el momento de mi visita; pero ha sido reconstruida a partir de fotografías previas.

¿El motivo?

El equipo norteamericano-turco había considerado que el trabajo de los pilares era demasiado bueno —demasiado avanzado, demasiado sofisticado — como para ser obra de unos cazadores-recolectores de la Edad de Piedra. En su opinión, a pesar de la presencia de pedernales trabajados junto a los fragmentos de caliza, Göbekli Tepe no era sino un cementerio medieval abandonado y, por lo tanto, no tenía ningún interés prehistórico.

Si ellos no supieron aprovecharlo, Schmidt sí. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 había formado parte de otro proyecto en Turquía: la excavación de un yacimiento de comienzos del Neolítico llamado Nevali Cori, que iba a quedar inundado por las aguas de la presa Ataturk. Allí, él y su equipo de la Universidad de Heidelberg descubrieron y rescataron del avance de las aguas varios pilares de caliza tallados en forma de T delicadamente trabajados y fechados de forma concluyente hace entre 8.000 y 9.000 años. Algunos tenían brazos y manos tallados en relieve en los costados. «De modo que nos dimos cuenta de que esta región tenía algo que la diferenciaba de otros yacimientos conocidos del período. Nevali Cori fue la primera pista que tuvimos de la existencia de escultura de caliza a gran escala durante la transición desde las sociedades de cazadores-recolectores a las primeras comunidades de poblados agrícolas».

Poco después, en 1994, Schmidt se encontró con el informe de la prospección turco-norteamericana realizado treinta años antes y tropezó con un párrafo que mencionaba la presencia de pedernales trabajados junto a fragmentos de pilares de caliza tirados en la superficie de Göbekli Tepe.

—Yo era un joven arqueólogo —explica— que estaba buscando su propio proyecto, y de inmediato me di cuenta de que podía tratarse de algo relevante, quizá otro yacimiento tan importante como Nevali Cori.

—¿Que sus predecesores habían pasado por alto porque, por lo general, para los arqueólogos el pedernal y los pilares arquitectónicos no van asociados?

Intento que capte mi indirecta de que, quizá, también él esté pasando algo por alto en Göbekli Tepe debido al paradigma imperante, pero no se da cuenta y responde:

—Sí, exactamente.

Miro hacia delante. Mientras caminábamos charlando, nos hemos ido acercando a un punto de inmensa actividad. No lo he percibido desde los cuatro recintos principales porque quedaba oculto por la cima de la cadena de colinas; pero ahora que la hemos superado tras caminar hacia el norte, nos acercamos bajando por la ladera opuesta hacia una nueva zona de excavación, el llamado recinto H, abierta por Schmidt en Göbekli Tepe[10]. En ella hay cinco o seis arqueólogos alemanes ocupados trabajando,

algunos levantando capas de tierra con sus palas o cribando cubos de arena y piedras, mientras que otros dirigen los esfuerzos de un equipo de treinta trabajadores turcos. El objetivo es una gran cavidad rectangular. Quizá tiene la mitad del tamaño de un campo de fútbol y unos muros de tierra que llegan a la altura de la rodilla la dividen internamente en una docena más o menos de segmentos más pequeños. En varios puntos del suelo alrededor de estos sobresalen unos enormes pilares de caliza. La mayoría tienen forma de T, pero me llama la atención el que tiene la parte superior lisa y curva, estropeada solo por un pequeño fragmento roto, sobre la cual hay tallada una figura especialmente delicada de un león. Al igual que los leones del recinto D, su larga cola se curva por encima de su lomo, pero el trabajo de esta pieza es de un orden superior a nada de lo que haya visto hoy.

—Ese es un pilar muy interesante —le digo a Schmidt—. ¿Podemos echarle un vistazo?

Accede y nos abrimos paso por la excavación hasta que nos encontramos a un par de metros del pilar del león. Reposa inclinado contra un montón de tierra y piedras del tamaño de adoquines, un resto del relleno que, claramente, ocupaba por completo el recinto antes de que los arqueólogos comenzaran a trabajar en él. Justo en el borde de esta parte de la excavación, se puede ver la parte superior de otro pilar, mientras que en medio del segmento se ha excavado una trinchera más profunda —para dejar al descubierto lo que supongo es el tercio superior del pilar del león— que está rellena con la misma mezcla de arena y piedras de los adoquines.

Le pregunto a Schmidt sobre el relleno.

—¿Todas esas piedras —digo—, cómo han llegado hasta aquí? No parecen el resultado de una sedimentación natural.

—No lo son —replica. Tiene aspecto, me parece, de estar un poco pagado de sí mismo—. Las pusieron ahí de forma deliberada.

—¿De forma deliberada?

—Sí, por quienes hicieron Göbekli Tepe. Después de que se colocaran los megalitos y estuvieran en uso durante un período de tiempo indeterminado, cada uno de los recintos fue enterrado de forma rápida y deliberada. Por ejemplo, el recinto C es el más antiguo de los que hemos encontrado hasta el momento. Parece que fue cerrado y rellenado hasta

arriba, de tal modo que todos los pilares quedaran cubiertos por completo antes que se hiciera el siguiente recinto de la serie, el D. Esta práctica de rellenarlos deliberadamente ha supuesto una gran ventaja para la arqueología, porque selló de forma efectiva cada uno de los recintos e impidió la inclusión de material orgánico posterior, lo que nos permite tener completa certeza respecto a la cronología.

Mientras Schmidt habla pienso con rapidez. El comentario que hace sobre la cronología es interesante, al menos por tres motivos.

Primero, esto implica que, en los yacimientos megalíticos de todo el mundo donde este proceso de «sellado» *no* ha tenido lugar, la cronología que han calculado los arqueólogos puede resultar falsamente moderna como resultado de la intrusión de material orgánico posterior (el cual, por cierto, es el único material que puede ser sometido a datación mediante radiocarbono, algo que no se puede hacer con materiales inorgánicos como la piedra). En teoría, esto puede significar que famosos yacimientos megalíticos que no fueron enterrados de manera deliberada por sus constructores (los templos de Malta, por ejemplo, o las taulas de Menorca, o los círculos de piedra Avebury y Stonehenge en Inglaterra) podrían resultar ser mucho más antiguos de lo que se piensa en la actualidad.

Segundo, si la mayoría de las fechas de Göbekli Tepe derivan de los materiales orgánicos del relleno —un dato que comprobé después en los artículos científicos publicados por Schmidt—[11], esto solo se refiere a la fecha del relleno; los pilares megalíticos son, como mínimo, igual de antiguos; pero pueden serlo más, porque estuvieron allí «durante un período indeterminado» antes de ser enterrados.

Tercero, y quizá lo más importante, ¿*por qué* fue rellenado el yacimiento? ¿Cuál puede ser el motivo de tomarse tantas molestias para crear una serie de espectaculares círculos megalíticos solo para terminar enterrándolos deliberadamente de forma tan meticulosa y eficiente que pasarían más 10.000 años antes de que fueran encontrados de nuevo?

Lo primero que se me pasa por la cabeza es… cápsula del tiempo, que Göbekli Tepe fue creado para transmitir un mensaje de algún tipo al futuro y luego enterrado para que este pudiera quedar intacto y oculto durante milenios. Se trata de una idea que volverá a rondarme muchas veces

mientras avanzo en mi investigación; pero pasará todo un año antes de que fructifique, como veremos en capítulos posteriores. Mientras tanto, cuando le planteo la cuestión a Schmidt, este me ofrece una explicación por completo diferente sobre el enterramiento de los círculos de pilares.

—En mi opinión esa era su intención —dice—. Hicieron los recintos para ser enterrados.

—¿Para ser enterrados?

Estoy intrigado. Espero que diga «como una cápsula del tiempo», pero en vez de ello replica:

—Como, por ejemplo, los cementerios megalíticos de la Europa Occidental: construcciones inmensas y luego un túmulo encima.

—¿Pero, entonces, eran para enterrar cuerpos? ¿Se ha encontrado algún resto de cuerpos inhumados?

—Todavía no hemos encontrado enterramientos. Tenemos algunos fragmentos de huesos humanos entremezclados con huesos de animales en el material de relleno, pero por el momento no hay enterramientos. Esperamos encontrarlos pronto.

—¿De modo que cree que Göbekli Tepe era una necrópolis?

—Todavía hay que demostrarlo; pero esa es mi hipótesis, sí.

—Y esos fragmentos de huesos humanos que ha encontrado mezclados con huesos animales en el relleno, ¿cómo los interpreta? ¿Sacrificios? ¿Canibalismo?

—No lo creo. Mi teoría es que esos huesos son evidencia de algún tipo de tratamiento especial del cuerpo humano tras la muerte… quizá un descarnamiento deliberado. Ritos semejantes eran practicados en varios yacimientos conocidos de esta región que son de aproximadamente la misma época. Para mí, la presencia de huesos humanos en el material de relleno fortalece la hipótesis de que en algún punto de Göbekli Tepe encontraremos enterramientos primarios, inhumaciones que se abrieron al cabo de cierto tiempo para continuar con unos rituales muy concretos realizados a los muertos[12].

—¿Qué función tenían entonces los pilares?

—Los pilares en forma de T son ciertamente antropomorfos y, sin embargo, a menudo hay animales representados en ellos, que quizá cuentan

historias relacionadas con los seres en forma de T. No podemos saberlo con seguridad, es evidente, pero creo que representan seres divinos.

—¿Incluso cuando no tienen forma de T? —Señalo al pilar del león—. ¿Como este? También tiene un animal representado encima.

Schmidt se encoje de hombros.

—No podemos saberlo con seguridad. Quizá no lo sepamos nunca. Hay tanto misterio aquí. Podemos estar excavando durante cincuenta años y seguir sin encontrar todas las respuestas. Solo estamos empezando.

—Aun así ya tiene algunas respuestas. Es evidente que tiene algunas ideas al respecto. Este pilar del león, por ejemplo, ¿sabría decir al menos su antigüedad?

—Lo cierto es que no lo sabemos. Cuando excavemos debajo, esperemos encontrar algún material orgánico que podamos someter al carbono-14; pero hasta entonces no podemos saberlo con seguridad.

—Pero ¿cuál es su impresión a partir del estilo?

Schmidt se vuelve a encoger de hombros antes de conceder, un poco a regañadientes:

—Tiene un aspecto similar a los pilares del recinto C.

—¿Que son los más antiguos?

—Sí… de modo que más o menos de esa época.

—¿Y esa cuál sería exactamente?

—Exactamente, el 9600 a. C. calibrado, esa es la fecha más antigua que poseemos.

Los años de radiocarbono y los años del calendario se separan más y más según pasa el tiempo debido a que la cantidad de isótopo radiactivo carbono-14 que hay en la atmósfera y en todas las cosas vivas, *orgánicas*, varía de época en época. Afortunadamente, los científicos han encontrado modos —demasiado complicados para profundizar sobre ellos ahora mismo — para corregir esa fluctuación. El proceso se llama calibración, de modo que cuando Schmidt dice «9600 a. C. calibrado» me está hablando de fechas de calendario. Lo que significa «9600 a. C. calibrado» es que en 2013, cuando tiene lugar mi conversación con él, son 9.600 años más los 2.013 que han pasado desde la época de Cristo, es decir, 11.613. Estoy escribiendo esta frase en diciembre de 2014, pero puede que tú, lector, no la

leas hasta 2016, momento en el cual la fecha más antigua a la que se refiere Schmidt será de 11.616 años antes del presente.

¿Se entiende?

En otras palabras, de forma sencilla y en número redondos, las partes más antiguas de Göbekli Tepe excavadas hasta el momento tienen algo más de 11.600 años de antigüedad. Y, pese a todas las precauciones y reservas que ha expresado, lo que Schmidt está diciéndome es que, según su autorizada opinión, basándose en el estilo, es probable que el pilar-león que estamos mirando sea tan antiguo como lo más antiguo excavado hasta ahora en Göbekli Tepe.

De hecho, aunque él no ha dicho mucho —hay muy pocas evidencias en uno u otro sentido—, se ha de tener en cuenta la posibilidad de que sea incluso *más antiguo*. Después de todo, ya ha admitido que los trabajos de más calidad del yacimiento son los más antiguos. Resulta preocupante, por tanto, que a pesar de las esperanzas que ha expresado de que posteriores excavaciones sacarán a la luz «el pequeño punto de partida que estamos esperando, pero no hemos encontrado todavía», este primer paso de una nueva excavación no haya encontrado ese «pequeño punto de partida». Antes al contrario, lo que ha sacado a la luz es un pilar enorme magníficamente realizado, con un león rampante tallado en exquisito altorrelieve, que parece ser, al menos desde el punto de vista estilístico, muy antiguo.

Quizá, en vez del «pequeño punto de partida» que espera Schmidt, las excavaciones posteriores no descubran sino más de lo mismo.

—Conocemos el final —me dice el profesor con firmeza—. Los estratos más modernos de Göbekli Tepe datan del 8200 a. C. En ese momento el yacimiento fue abandonado para siempre; pero todavía no conocemos el comienzo.

—Excepto esa fecha del 9600 a. C., hace 11.600 años, que ha encontrado en el recinto C. ¿Es ese el principio, al menos por lo que ha podido establecer hasta ahora?

—El comienzo de la fase monumental, sí. —Hay un destello en la mirada del profesor—. Y, ¿sabe?, el 9600 a. C. es una fecha *importante*. No

es solo un número. Es el final de la Edad del Hielo. Se trata de un fenómeno global. De modo que como esto va en paralelo…

De repente, la fecha en la que Schmidt está poniendo tanto énfasis hace que recuerde algo relacionado con la investigación que he estado haciendo, y me veo obligado a interrumpir.

—¡9600 a. C.! No es solo el final de la Edad del Hielo. Es el final de la fase fría del Dryas Reciente, que empieza… ¿en el 10800 a. C.?

—Y, según los testigos de hielo de Groenlandia —continúa Schmidt—, termina en el 9620 a. C. Por lo tanto, ¿cuántas posibilidades hay de que sea una casualidad que la fase monumental de Göbekli Tepe comience en el 9600 a. C., cuando el clima de todo el mundo dio un brusco giro a mejor y se produce un estallido de crecimiento en la naturaleza y en las oportunidades?

No puedo sino estar de acuerdo. No parece probable que se trate de una mera coincidencia. Al contrario, estoy seguro de que hay una relación. Exploraremos esa conexión, así como el misterioso período cataclísmico que los geólogos llaman Dryas Reciente, y lo que nos dicen los testigos de hielo de Groenlandia, en la parte II.

Mientras tanto, de vuelta a 2013, termino mi entrevista con Klaus Schmidt con algunos elogios. Y en diciembre de 2014, sentado en mi escritorio repasando la transcripción de la grabación que hice en Göbekli Tepe, sabiendo que Klaus murió de un inesperado ataque al corazón en julio de 2014, me alegro de haberlo hecho.

—Es usted una persona muy humilde —digo—; pero lo cierto es que ha descubierto un yacimiento que ha hecho que todos tengamos que replantearnos nuestras ideas sobre el pasado. Esto es algo notable, y creo que su nombre, así como el de Göbekli Tepe, pasarán a la historia.

Quiénes trajeron la civilización

Tras abandonar Göbekli Tepe a mediados de septiembre de 2013, realizo un amplio viaje a todo lo ancho y largo de Turquía antes de regresar a casa.

Sigo dándole vueltas al pilar del león, pero lo que me obsesiona en concreto es la escena del pilar n.º 43 del recinto D; la escena que muestra al

buitre con rodillas que se doblan como las humanas y con ese ala que tanto se parece a un brazo y sujeta un disco sólido.

Me descargo las fotografías de Santha en el ordenador y busco esa imagen. Tiene muchos elementos notables, además del disco. Ahora me doy cuenta de que aparecen las dos alas del buitre, la segunda desplegada por detrás del cuerpo. A la derecha del buitre hay una serpiente. Tiene una gran cabeza triangular, como todas las serpientes representadas en Göbekli Tepe, y su cuerpo está enroscado con la cola apuntando hacia abajo, a un pictograma en forma de H. La serpiente está situada cerca de otra ave grande; no es un buitre, sino algo más parecido a un ibis, con pico en forma de hoz. Entre ella y el buitre hay otro pájaro, de nuevo con el pico curvo, pero más pequeño y con aspecto de polluelo.

Fijo mi atención en el disco. No sé qué pensar de él; pero la suposición evidente a partir de su forma es que pretende representar al sol.

Hay otra cosa que me interesa más, no obstante, si pudiera identificar lo que es… Hay algo evocador, algo tremendamente familiar, en la imaginería de este antiguo pilar de Göbekli Tepe. Santha ha realizado cientos de fotos de él, desde todos los ángulos posibles, y las repaso de forma obsesiva, esperando encontrar alguna pista. El buitre… el disco… y en el siguiente registro sobre el buitre, esa extraña fila de bolsas, con sus asas curvas…

Bolsas.

Bolsos.

De repente me doy cuenta de lo que es. Voy a la estantería de mi biblioteca donde conservo ejemplares de referencia de mis propios libros, saco *Las huellas de los dioses* y empiezo a hojear las secciones de las fotos. La primera trata de Sudamérica y lo que busco no está ahí. Pero la siguiente sección está dedicada a México y, en la quinta página, lo encuentro. Es la imagen número 33, con el siguiente pie de foto: «“Hombre dentro de serpiente”, escultura del yacimiento olmeca de La Venta». Es una foto de Santha, tomada en 1992 o 1993, de un impresionante relieve tallado en una losa de granito que mide cerca de 1,2 metros de ancho por 1,5 metros de alto. El relieve muestra lo que se cree es la más antigua representación de la deidad centroamericana, a la cual los mayas (una civilización posterior a los olmecas) llamarán Kukulkan o Gucumatz, que fue conocida por los aztecas,

posteriores a los mayas, como Quetzalcóatl[13]. Los tres nombres significan «serpiente emplumada» y esa es la serpiente, decorada con una destacada cresta emplumada en la cabeza, que vemos aquí. Su poderoso cuerpo se enrolla sinuosamente en torno al borde exterior del relieve, abrazando a la figura de un hombre que aparece representado sedente, como si estuviera buscando unos pedales con los pies. En la mano derecha lleva lo que yo describí entonces como «un pequeño objeto en forma de cubo»[14].

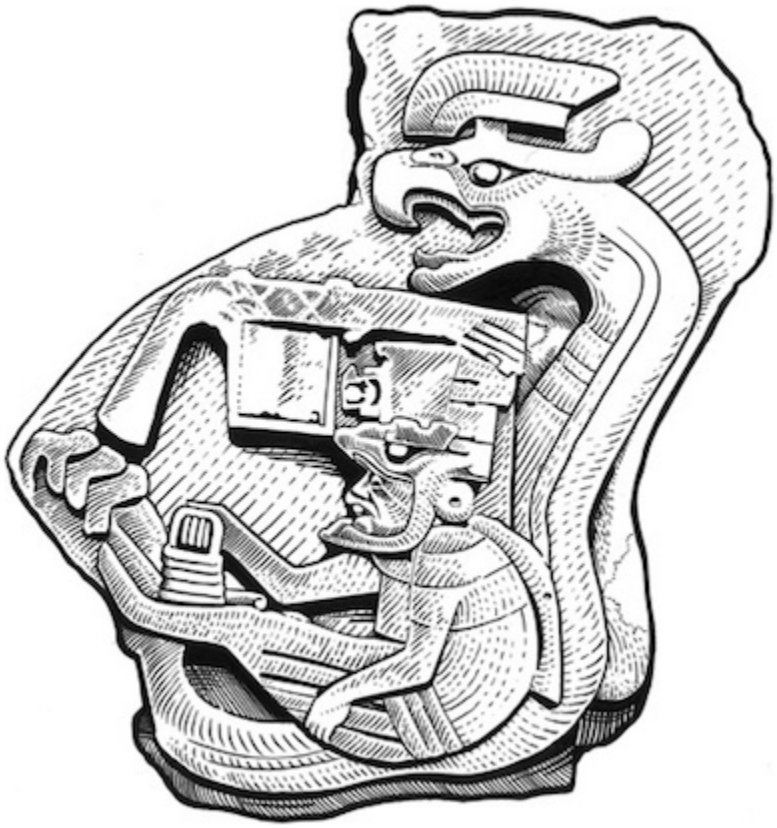


Figura 5. Escultura de «Hombre dentro de serpiente»; la representación más antigua que se conserva de la deidad centroamericana conocida posteriormente como Quetzalcóatl.

Regreso a las imágenes de Santha del recinto D en Göbekli Tepe y de inmediato confirmo lo que sospechaba. Las tres bolsas del pilar se parecen mucho al objeto «en forma de cubo» de La Venta en México. En ambas aparece el mismo tipo de asa curva y el perfil de las «bolsas» y del «cubo» —ligeramente más ancho en la base que en la boca— también es muy similar.

Si esto fuera todo, seguro que se trataría de una coincidencia. Los arqueólogos piensan que el relieve del «Hombre dentro de serpiente» de La Venta data del período entre los siglos x y vi antes de Cristo[15] —unos 9.000 años más moderno que la imaginería de Göbekli Tepe—, por lo tanto ¿cómo podría haber una relación?

Es entonces cuando recuerdo una segunda imagen curiosa que reproduje en *Las huellas de los dioses*. Busco Oannes en el índice onomástico, voy al capítulo 11 y encuentro otra figura de un hombre llevando una bolsa o un cubo. No me había dado cuenta hasta ahora del parecido entre ella y el «Hombre dentro de serpiente», pero ahora me parece obvia. Si bien no son absolutamente idénticas, ambas bolsas tienen la misma asa curva que también aparece en el pilar de Göbekli Tepe. Repaso rápidamente el informe que escribí hace veinte años. Oannes es un héroe civilizador reverenciado por todas las culturas antiguas de Mesopotamia. Se dice que apareció allí en la más remota antigüedad y que enseñó a sus habitantes:

Figura 6. Oannes, un héroe civilizador de antes del diluvio, reverenciado por todas las culturas antiguas de Mesopotamia. Los motivos de su extraña vestimenta —a menudo es mencionado como la «figura con atuendo de pez»— se explican en el capítulo 8.

> *las habilidades necesarias para escribir y practicar las matemáticas y todo tipo de conocimientos: cómo construir ciudades, fundar templos […], redactar leyes […], determinar lindes y dividir la tierra, así como el modo de plantar semillas y luego recolectar sus frutos y vegetales. En resumen, enseñó a los hombres todas las cosas que llevan a una vida civilizada*[16].

El relato más completo que poseemos de Oannes se encuentra en los fragmentos que sobreviven de la obra de un sacerdote babilonio llamado Beroso, que escribió en el siglo iii a. C. Afortunadamente, tengo una traducción de todos los fragmentos de Beroso en un volumen en mi biblioteca, de modo que lo saco junto con unas cuantas fuentes más sobre los mitos y tradiciones de la antigua Mesopotamia. No me lleva mucho descubrir que Oannes no realizó este trabajo en solitario, sino que supuestamente era el líder de un grupo de seres conocido como los Siete *Apkallu* («sabios»), que se dice vivieron «antes de la inundación» (un diluvio global cataclísmico aparece de forma destacada en muchas tradiciones mesopotámicas, incluidas las de Sumer, Akkad, Asiria y Babilonia). Junto a Oannes, estos sabios aparecen representados como portadores de civilización que, en el más remoto de los pasados, dieron a la humanidad un código moral, las artes, los oficios y la agricultura, además de enseñarles técnicas arquitectónicas, constructivas y de ingeniería[17].

No puedo dejar de pensar que se trata de una lista que incluye ¡todas las habilidades supuestamente «inventadas» en Göbekli Tepe!

Abro un mapa en la pantalla de mi ordenador y veo que no solo el sudeste de Turquía está próximo Mesopotamia geográficamente, sino también que ambas zonas están relacionadas de un modo más estrecho y directo. En su mayor parte ocupada en la actualidad por el moderno Irak, el nombre antiguo «Mesopotamia» significa, literalmente, «[Tierra] entre los

ríos»; siendo los ríos en cuestión el Tigris y el Éufrates, que desembocan en el golfo Pérsico y tienen ambos sus cabeceras en la misma cadena de montañas del Tauro, al sudeste de Turquía, donde se encuentra Göbekli Tepe.

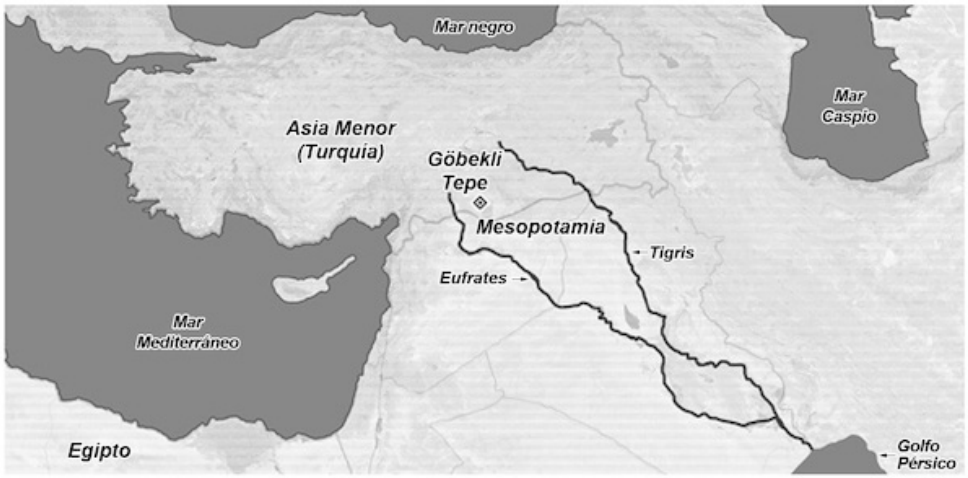


Figura 7. La localización de Göbekli Tepe en relación a la cabecera de los ríos Tigris y Éufrates de Mesopotamia.

Mientras estoy conectado a la red hago algunas búsquedas sobre los siete sabios. Al principio no consigo muchos resultados; pero en cuanto cambio el criterio de búsqueda a *«Apkallu»* y «Siete *Apkallu*», abro un colosal archivo de imágenes en todo internet, muchas de ellas relieves asirios, una cultura que floreció en Mesopotamia entre aproximadamente el 2500 a. C. y el 600 a. C. Añado «*apkallu* asirios» a los parámetros de búsqueda y más imágenes aparecen en mi pantalla. A menudo muestran a hombres barbados que sujetan bolsas o cubos que se parecen mucho a los representados en el pilar de Göbekli Tepe y a la que sujeta la figura del «Hombre dentro de serpiente» mexicano. El mayor parecido con el relieve original de Oannes que reproduzco en *Las huellas de los dioses* no son solo las asas curvas de los contenedores, o su forma. Más sorprendente todavía es la peculiar y característica forma en la cual las figuras, tanto de Mesopotamia como de México, sujetan esos contenedores: con los dedos de la mano hacia el interior y el pulgar doblado hacia delante sobre el asa.

Hay otra cosa, además. Un buen número de las imágenes muestran no a un hombre, sino a un teriántropo: un hombre-pájaro con un pico curvo

exactamente igual al pico curvado del teriántropo del pilar de Göbekli Tepe. Lo que hace que el parecido sea todavía mayor es que en los relieves mesopotámicos el hombre-pájaro está sujetando el contenedor en una mano y en la otra un objeto en forma de cono. La forma es un poco diferente, pero resulta difícil no compararlo con el disco acunado por encima del ala del pájaro del hombre-pájaro de Göbekli Tepe.

Aún no puedo demostrar nada. Evidentemente, puede tratarse de una coincidencia, o puedo estar imaginando relaciones que no existen; pero los contenedores similares en continentes y épocas distintos han despertado mi curiosidad, de modo que anoto una serie de preguntas que pueden formar la estructura de una vaga hipótesis para comprobar en un futuro. Por ejemplo, ¿podrían estos contendores (ya se trate de bolsas o cubos) ser los símbolos del cargo de una hermandad iniciática, de gran recorrido y tremendamente antigua, con unas raíces que se hundan en la más remota prehistoria? Considero que, por extraordinaria que pueda parecer tal cual están las cosas, merece la pena profundizar en esta posibilidad, fortalecida por la característica postura de la mano. ¿Acaso no podría haber tenido esta el mismo tipo de función que tiene hoy el saludo masónico, proporcionando un sistema instantáneo de identificar quién es alguien que está «en el ajo» y quién no?

¿Y cuál puede haber sido el propósito de tal hermandad?

Curiosamente, tanto en México como en Mesopotamia, donde se han conservado mitos y tradiciones relacionados con la imaginería y el simbolismo, no existe la menor duda sobre cuál era este propósito. Diciéndolo en pocas palabras, era orientar y difundir los beneficios de la civilización.

Al fin y al cabo, esta la función explícita de Oannes y de los Apkallu, que enseñaron a los habitantes de Mesopotamia a «plantar semillas y luego recolectar sus frutos y vegetales» —es decir, la agricultura—, además de técnicas arquitectónicas y de ingeniería, en especial la construcción de templos. Si necesitaban que les enseñaran estas cosas, es que no debían de tener conocimiento de ellas antes de la llegada de los sabios. En otras palabras, deben de haber sido cazadores-recolectores nómadas, como lo

eran los habitantes del sudeste de Turquía hasta la repentina y sorprendente aparición en el escenario mundial de Göbekli Tepe.

Lo mismo, da la impresión, era el caso de los antiguos habitantes de México antes de la llegada de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, que arribó para enseñarles los beneficios de la agricultura sedentaria y las habilidades necesarias para construir templos. Si bien esta deidad aparece representada con frecuencia como una serpiente, más a menudo tiene forma humana —la serpiente es su símbolo, su álter ego— y suele ser descrita como «un hombre blanco de elevada estatura»[18], «una persona misteriosa […] un hombre blanco con un cuerpo de fuerte estructura, frente ancha, ojos grandes y barba suelta»[19]. De hecho, como dice Sylvanus Griswold Morley, el decano de los estudios mayas, los atributos y la historia de la vida de Quetzalcóatl:

Figura 8. Imágenes de Oannes y los Apkallu en el arte y la escultura mesopotámicos, donde aparecen representados con frecuencia como figuras compuestas: hombre-pez u hombre-pájaro.

> *Son tan humanos que no resulta improbable que haya sido una figura histórica real […] el recuerdo de cuyos favores se conservó tras su muerte y cuya personalidad terminó siendo deificada*[20].

Lo mismo podría muy bien decirse de Oannes; e igual que Oannes a la cabeza de los Apkallu (representados también con grandes barbas), parece que Quetzalcóatl viajó con su propia hermandad de sabios y magos.

Sabemos que llegaron a México «del otro lado del mar en un barco que se movía por sí mismo sin remos»[21], y que Quetzalcóatl se consideraba había sido el «fundador de ciudades, el creador de leyes y quien enseñó el calendario»[22]. El cronista español del siglo xvi Bernardino de Sahagún, que hablaba con fluidez el lenguaje de los aztecas y se tomó muchas molestias para recoger sus tradiciones con precisión, nos dice además que:

> *Quetzalcóatl fue un gran agente civilizador que llegó a México a la cabeza de una banda de extranjeros. Importó las artes al país y sobre todo promovió la agricultura […]. Construyó casas espaciosas y elegantes, e inculcó un tipo de religión que favorecía la paz*[23].

De modo que, en resumen, además de un complejo patrón de símbolos e iconografía comunes, Quetzalcóatl y Oannes comparten la misma misión civilizadora que llevaron a cabo en regiones muy separadas del mundo, en una época que siempre es descrita como muy alejada en el tiempo… remota, antediluviana.

¿Puede haber sido tan atrás como el 9600 a. C., la época de Göbekli Tepe, donde encontramos muchos de estos mismos símbolos y donde, si bien no se han conservado leyendas, los signos de una misión civilizadora en forma de la repentina aparición de la agricultura y la arquitectura monumental se pueden ver por todas partes?

Las implicaciones, caso de que en algún momento fuera capaz de demostrar esta hipótesis, son asombrosas. Como mínimo, significaría que en algún lugar del mundo gentes desconocidas y sin identificar habrían dominado todas las artes y atributos de una elevada civilización hace más de mil años, en las profundidades de la última Edad del Hielo y enviado emisarios por todo el planeta para difundir los beneficios de su conocimiento. ¿Quiénes pueden ser esos emisarios en la sombra, esos sabios, esos «magos de los dioses», como ya estoy empezando a pensar en ellos? Y ¿por qué existe esta insistente conexión con la fecha del 9600 a. C.?

Porque, como muy bien me señaló Klaus Schmidt mientras me enseñaba Göbekli Tepe bajo el abrasador sol de las montañas del Tauro, el 9600 a. C. es de hecho «una fecha importante»; importante no solo porque señala el fin de la Edad del Hielo, sino también por otra razón bastante sorprendente.

El legislador griego Solón visitó Egipto en el 600 a. C. y allí los sacerdotes del templo de Sais, en el delta del Nilo, le contaron una historia que terminó llegando a su más famoso descendiente, Platón, que andando el tiempo la compartió con el mundo en sus diálogos *Timeo* y *Critias*.

Se trata, por supuesto, de la historia de la gran civilización perdida llamada Atlántida, tragada por una inundación y un terremoto en un único y terrible día con su noche nueve mil años antes de la época de Solón[24].

O, según nuestro calendario, en el 9600 a. C.

Capítulo 2

LA MONTAÑA DE LUZ

«Todo lo que nos han enseñado sobre los orígenes de la civilización puede ser erróneo —dice el doctor Danny Hilman Natawidjaja, geólogo senior del Centro de Investigación para la Geotecnología del Instituto Indonesio de Ciencias—. Las antiguas historias sobre la Atlántida y otras grandes civilizaciones perdidas, durante mucho tiempo rechazadas como mitos por los arqueólogos, parecen prestas a ser demostradas ciertas».

Es diciembre de 2013. Estamos en Cianjur Regency, a unos 900 metros sobre el nivel del mar y a 70 kilómetros al oeste de la ciudad de Bandung, en la isla de Java (Indonesia). Junto al doctor Natawidjaja estoy trepando la inclinada pendiente de una pirámide escalonada de 110 metros de altura situada en medio de un mágico paisaje de volcanes, montañas y junglas salpicadas por arrozales y plantaciones de té.

Figura 9. Reconstrucción de la antigua Gunung Padang (por cortesía de Pon S. Purajatnika).

Fue en 1914 cuando a los arqueólogos se les enseñaron por primera vez, repartidas por entre la densa arboleda y los matorrales que entonces cubrían la cima de la pirámide, las antiguas estructuras artificiales formadas a base de bloques de basalto columnar. Los lugareños consideraban el lugar sagrado y lo llamaban Gunung Padang, como se sigue conociendo hoy día, si bien a menudo es mal traducido como «Campo de Montaña» por quienes no son conscientes de que la lengua de la región no es el indonesio, sino el sondanés, en el cual Gunung Padang significa «Montaña de Luz», o «Montaña de Iluminación». Se encontró que las estructuras estaban distribuidas en cinco terrazas con una superficie combinada de 150 metros de largo por 40 metros de ancho. A los arqueólogos se les dijo que las terrazas habían sido utilizadas como lugar de meditación y retiro desde épocas inmemoriales… lo que sigue siendo cierto hoy día.

No obstante, ni los arqueólogos, ni por lo que parece los lugareños, se dieron cuenta de que se trataba de una pirámide. Se creía que era una colina

natural, modificada de algún modo por la actividad humana, hasta que Natawidjaja y su equipo comenzaron una prospección geofísica en 2011, utilizando georradar, resistividad eléctrica y tomografía sísmica. Para entonces hacía mucho que la cima había sido limpiada y las estructuras de las terrazas reconocidas como obras de arquitectura megalítica; pero todavía no se había realizado una cronología de radiocarbono y la edad atribuida al yacimiento —en torno al 1000 a. C.— se basaba en conjeturas en vez de en excavaciones.

La primera fecha de radiocarbono fue obtenida por el propio Natawidjaja a partir de materiales orgánicos encontrados en terreno subyacentes a los megalitos, en la superficie o cerca de ella. Las fechas conseguidas —entre el 500 y el 1000 a. C.— eran lo bastante próximas a las conjeturas arqueológicas como para no causar controversia. Pero una sorpresa esperaba cuando Natawidjaja y su equipo ampliaron su investigación utilizando sacatestigos para obtener muestras de tierra y piedras de niveles mucho más profundos.

Primero, los testigos contenían evidencias —fragmentos de basalto columnar trabajado— de que muy por debajo de la superficie había más estructuras megalíticas hechas por el hombre. Segundo, los materiales orgánicos contenidos en los testigos comenzaron a proporcionar fechas más y más antiguas: entre el 3000 a. C. y el 5000 a. C., luego el 9600 a. C. cuando el sacatestigos siguió profundizando y, finalmente, a 27,5 metros de profundidad y más, una asombrosa secuencia de fechas entre el 20.000 a. C. y el 22.000 a. C. y más antiguas aún.

«Esto no era en absoluto lo que mis colegas del mundo de la arqueología esperaban o querían oír», dice Natawidjaja, un reconocido experto mundial en la geología de terremotos interplaca, que se doctoró en el Instituto de Tecnología de California (Estados Unidos) y que, como resulta evidente, considera la arqueología como una disciplina por completo acientífica.

Un período verdaderamente cataclísmico…

El problema es que las fechas que se remontan a antes del 9600 a. C. nos conducen muy dentro de la última Edad del Hielo, cuando Indonesia no era una serie de islas como hoy, sino parte de un vasto antediluviano continente en el sureste asiático llamado «Sondalandia» por los geólogos.

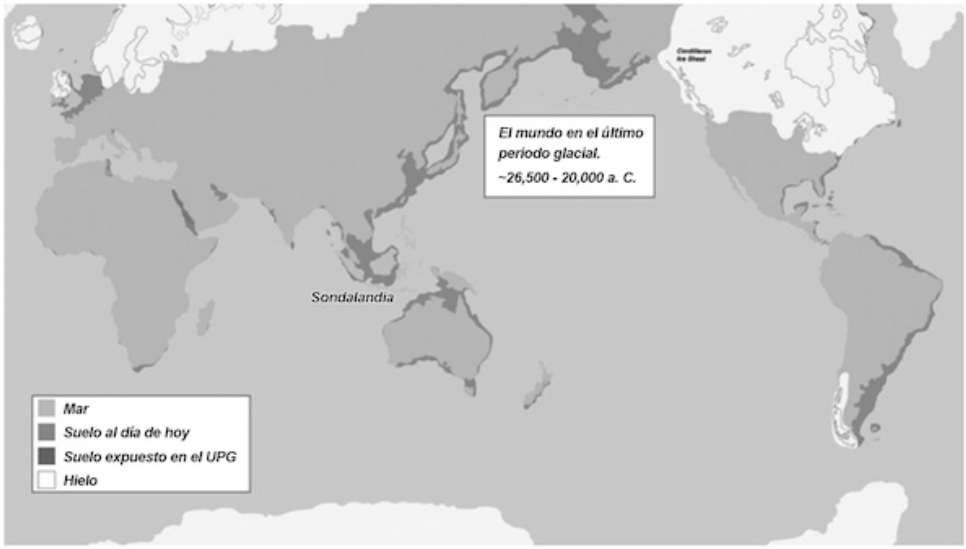


Figura 10.

Entonces el nivel del mar era 122 metros más bajo. Inmensos casquetes de hielo de 3,2 kilómetros de grueso cubrían la mayor parte de Europa y Norteamérica, hasta que empezaron a fundirse. Entonces, toda el agua almacenada en ellos regresó a los océanos y el nivel del mar se elevó, sumergiendo muchas partes del mundo en las que hasta ese momento habían estado viviendo seres humanos. Durante la Edad del Hielo, Gran Bretaña estuvo unida a Europa (no existían ni el canal de la Mancha ni el mar del Norte). Del mismo modo, tampoco había mar Rojo, ni golfo Pérsico, Sri Lanka estaba unida al sur de la India, Siberia a Alaska, Nueva Guinea a Australia, y así en todas partes. Fue durante la época del aumento del nivel del mar, en ocasiones lenta y continua, en ocasiones rápida y cataclísmica, cuando el continente de la Edad del Hielo de Sondalandia quedó sumergido; solo las actuales península malaya y las islas indonesias fueron lo bastante elevadas como para permanecer por encima de las aguas.

Como vimos en el anterior capítulo, la opinión arqueológica general sobre el estado de la civilización humana hasta el final de la última Edad

del Hielo es que nuestros antepasados eran primitivos cazadores-recolectores, que desconocían la agricultura y eran incapaces de ningún logro arquitectónico más allá de tipis y vivaques.

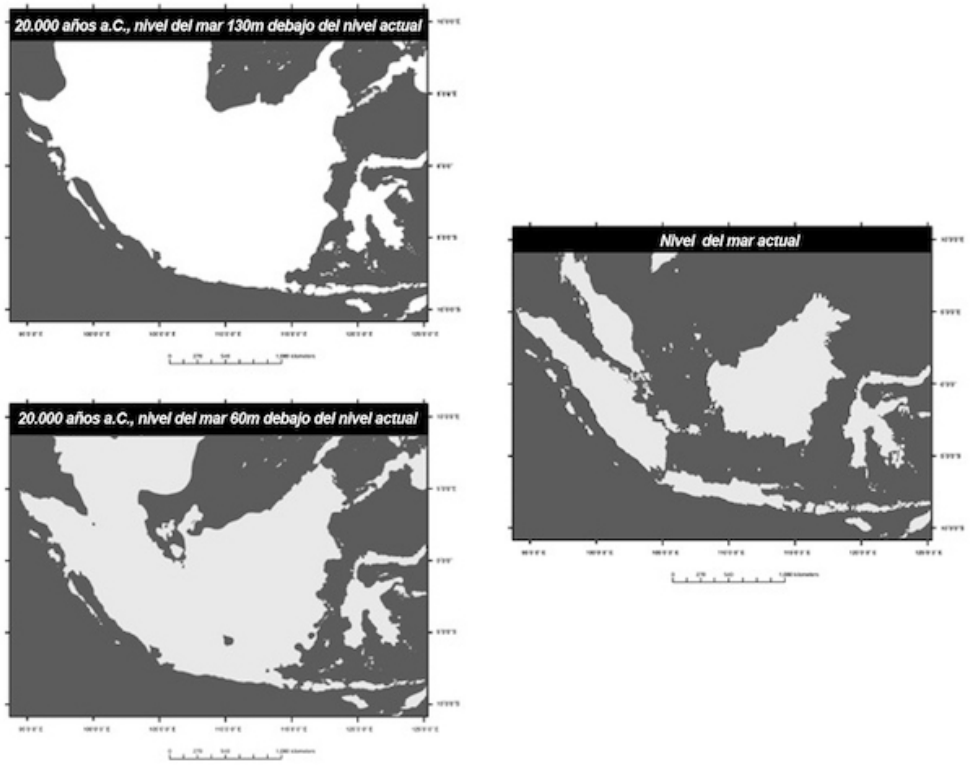


Figura 11. La inundación de Sondalandia a finales de la última Edad de Hielo.

Por eso Göbekli Tepe, en el sudeste de Turquía, es tan significativo, porque rompe por completo el paradigma y reclama por que se considere seriamente la posibilidad, hasta ahora relegada al mundo de los lunáticos, de que la civilización puede ser mucho más antigua y misteriosa de lo que creíamos[25]. Con la fecha de su creación situada hoy en el 9600 a. C. («*exactamente* en el 9600 a. C.», como Klaus Schmidt puso tanto empeño en señalarme), Göbekli Tepe también requiere que se reabra el antiguo caso de la Atlántida, el cual los arqueólogos llevan ridiculizando desde hace tiempo, despreciando y burlándose de cualquiera que se atreviera a pronunciar esa muy injuriada palabra. Como mencionamos a finales del capítulo anterior, el filósofo griego Platón, cuyos diálogos *Timeo y Critias* contienen la más antigua mención que se conserva del legendario reino hundido, sitúa la destrucción y hundimiento de la Atlántida 9.000 años

antes de la época de Solón[26], es decir, *exactamente* en el 9600 a. C. Los griegos no podían conocer la existencia de Göbekli Tepe (y mucho menos que, de forma misteriosa, fue fundada en el mismo momento en que se dice que murió la Atlántida). Además, no tenían acceso a los testigos de hielo de Groenlandia que fechan el final de la Edad del Hielo en el 9620 a. C., solo veinte años antes de la fundación de Göbekli Tepe, ni al conocimiento científico moderno sobre la rápida elevación del nivel del mar (acompañada a menudo por terremotos cataclísmicos a medida que el peso de los casquetes de hielo que se fundían desaparecía de las masas de tierra) que ocurrió en este período. Teniendo todo esto en mente, por tanto, la fecha que Platón nos proporciona es, como mínimo, una extraña coincidencia.

No obstante, para Danny Natawidjaja no se trata en absoluto de una coincidencia. Su investigación en Gunung Padang lo ha convencido de que Platón tenía razón respecto a la existencia de una civilización superior en las profundidades de la última Edad del Hielo; una civilización que sufrió un final cataclísmico en el que tuvieron que ver inundaciones y terremotos, en una época de gran inestabilidad global situada entre el 10800 a. C. y el 9600 a. C.

Esta época, llamada por los geólogos el «Dryas Reciente», se reconoce desde hace tiempo como enigmática y tumultuosa. En el 10800 a. C., cuando empezó, la Tierra llevaba diez mil años saliendo de la Edad del Hielo, las temperaturas globales aumentaban de forma continua y los casquetes de hielo se estaban derritiendo. Entonces se produjo un dramático retorno a condiciones más frías; casi tan frías como en los máximos de la Edad del Hielo, hace 21.000 años. Esta helada corta y muy intensa duró 1.200 años, hasta el 9600 a. C., cuando la tendencia cálida comenzó de nuevo, las temperaturas globales volvieron a ascender y los restantes casquetes de hielo se fundieron de forma muy repentina, arrojando a los océanos todo el agua que contenían.

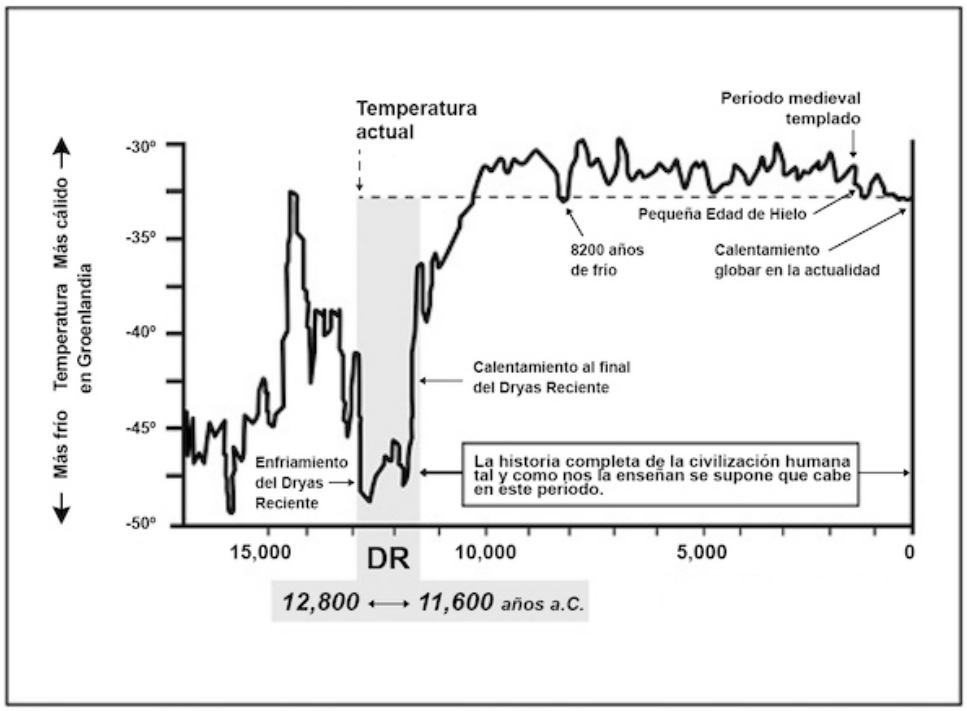


Figura 12. Toda la historia de la humanidad según nos la enseñan ahora sigue al Dryas Reciente, el misterioso período cataclísmico entre 10800 a. C. (hace unos 12.800 años) y el 9600 a. C. (hace unos 11.600 años).

«Resulta difícil imaginarse —dice Natawidjaja— cómo pudo haber sido la vida durante el Dryas Reciente. Fue un período verdaderamente cataclísmico, de inmensa inestabilidad climática y terribles, en realidad aterradoras, condiciones globales. No es nada sorprendente que muchas especies de animales grandes, como los mamuts, se extinguieran durante este momento concreto, que, como es lógico, tuvo un inmenso efecto en nuestros antecesores; no solo esos “primitivos” cazadores-recolectores de los que hablan los arqueólogos, sino también, creo yo, una elevada civilización que fue borrada del registro histórico por los trastornos del Dryas Reciente».

Una controvertida pirámide

Lo que ha hecho que Natawidjaja tenga este radical punto de vista son las evidencias que él y su equipo han desenterrado en Gunung Padang. Cuando sus testigos comenzaron a proporcionar fechas de radiocarbono muy

antiguas a partir de los materiales orgánicos embebidos en las arcillas que rellenaban los huecos entre las piedras trabajadas, ampliaron su investigación utilizando equipo geofísico —georradar, tomografía sísmica y resistividad eléctrica— para conseguir una imagen de lo que se ocultaba bajo el suelo. Los resultados fueron asombrosos, pues mostraron estratos de construcciones inmensas a base de los mismos elementos megalíticos de basalto columnar que se encuentran en la superficie, pero con hiladas de inmensas rocas basálticas por debajo de ellas que se extienden hasta más de 30 metros por debajo de la superficie. A esa profundidad, las fechas de radiocarbón indican que los megalitos fueron colocados allí hace más de 12.000 años, incluso en algunos casos, hasta 24.000 años.

El basalto columnar se forma de manera natural —la famosa Calzada de los Gigantes de Irlanda es un ejemplo—, pero en Gurung Padang ha sido utilizado como material de construcción y está dispuesto de una forma que nunca se encuentra en la naturaleza.

—Las evidencias geofísicas son inequívocas —dice Natawidjaja—. Gunung Padang no es una colina natural, sino una pirámide de construcción humana y los orígenes de su construcción se remontan a mucho antes del final de la última Edad del Hielo. Dado que el trabajo es gigantesco, incluso en los niveles más profundos, y atestigua el tipo de sofisticadas técnicas de edificación que fueron utilizadas para levantar las pirámides de Egipto, o los mayores monumentos megalíticos de Europa, mi única conclusión es que estamos viendo el trabajo de una civilización perdida y bastante avanzada.

—Eso no les va a gustar a los arqueólogos —señalo.

—¡No les gusta! —coincide Natawidjaja con una sonrisa triste—. Debido a esto ya me he metido en un montón de problemas. Mi caso es sólido, basado en buenas evidencias científicas, pero no es sencillo. Estoy enfrentándome a creencias profundamente arraigadas.

La siguiente etapa será una excavación arqueológica a gran escala:

—Tenemos que excavar para cuestionar los datos conseguidos mediante teledetección y nuestras secuencias de radiocarbono y así confirmar o negar lo que creemos que hemos encontrado aquí —dice Natawidjaja—; pero por desgracia nuestro camino está plagado de obstáculos.

Cuando le pregunto qué entiende por obstáculos me responde que algunos importantes arqueólogos indonesios están presionando al Gobierno de Yakarta para impedirle realizar más trabajos en Gunung Padang, basándose en que «saben» que el yacimiento tiene menos de 3.000 años y que no ven motivos para alterarlo.

—No niego que los megalitos de la superficie tengan menos de 3.000 años —se apresura a añadir Natawidjaja—, pero sugiero que fueron puestos allí porque Gunung Padang es considerado un lugar sagrado desde tiempos inmemoriales. Los estratos más profundos de la estructura, de entre 12.000 y 20.000 años de antigüedad, son los más importantes. Tienen implicaciones potencialmente revolucionarias para nuestra comprensión de la historia, y creo que es vital que se nos permita investigarlos de forma adecuada.

La Atlántida

Afortunadamente, se produjo una decisiva intervención presidencial en 2014 y puedo informar que a Danny (en adelante utilizaré su nombre de pila, ya que nos hemos convertido en amigos) se le ha dado *carte blanche* para excavar el yacimiento. Él y su equipo comenzaron a trabajar en agosto de 2014, completando una corta campaña entre agosto y octubre; pero como demuestra la experiencia de Göbekli Tepe, la arqueología laboriosa y detallada es un proceso lento, por lo que no esperan alcanzar los niveles más profundos hasta 2017 o 2018. No obstante, según estaba terminando la primera campaña, Danny me mandó un correo electrónico poniéndome al día:

> *El progreso de la investigación ha sido enorme. En las últimas dos semanas hemos excavado tres puntos más justo en el lugar de los megalitos, que nos dan más evidencias y detalles sobre las estructuras enterradas. Al excavar hemos descubierto montones de artefactos de piedra. La existencia de la estructura con forma de pirámide bajo el yacimiento megalítico es ahora muy clara; incluso para los no especialistas, no es demasiado difícil de comprender si vienen a verlo por sí mismos. Hemos encontrado una especie de sala abierta enterrada a entre cinco y siete metros de profundidad; no obstante, todavía no hemos alcanzado la cámara principal. Ahora estamos horadando hacia la supuesta localización (basada en geofísica de superficie) de la cámara en medio del yacimiento megalítico*[27].

¿Estructuras enterradas? ¿Cámaras? Ah, sí, se me había olvidado hablar de ellas. Profundizaremos en las implicaciones de todo esto en un capítulo posterior; pero, en pocas palabras, el trabajo de prospección geofísica que hicieron Danny y su equipo entre 2011 y 2013, utilizando las últimas técnicas en resistividad eléctrica, tomografía sísmica, georradar y toma de testigos, reveló no solo construcciones gigantescas profundamente enterradas y fechas muy antiguas de radiocarbono en Gunung Padang, sino también la presencia de tres cámaras más enterradas y por ahora sin excavar, tan rectilíneas que es bastante improbable que sean naturales. La mayor de ellas se encuentra a una profundidad de entre 21,33 y 27,4 metros y mide aproximadamente 5,5 metros de alto, por 13,7 metros de largo y 9,1 metros de ancho.

¿Podría tratarse de la legendaria Sala de los Registros de la Atlántida? Danny ha arriesgado sus impecables credenciales científicas con la controvertida afirmación de que puede serlo. No solo se niega a burlarse de la idea de la Atlántida, sino que también ha escrito un libro argumentando que Indonesia —o más bien las inmensas zonas de la antigua Sondalandia

que quedaron sumergidas con la subida del nivel del mar a finales de la Edad del Hielo— podría *ser* en realidad la Atlántida[28].

En junio de 2014 Danny y yo realizamos un amplio viaje de investigación por todo el archipiélago indonesio en busca de yacimientos megalíticos, fuera de los parajes visitados y que nunca han sido adecuadamente estudiados por los arqueólogos. En el capítulo 18 describiré nuestros hallazgos y cómo se relacionan con el misterio de Gunung Padang; pero, mientras tanto, quisiera mencionar aquí la opinión del doctor Robert Schoch, profesor de Geología en la Universidad de Boston, que me acompañaba en diciembre de 2013 cuando conocí a Danny en Gunung Padang[29].

La opinión del profesor Robert Schoch

Schoch es una figura reconocida, de hecho notoria, por su opinión, basada estrictamente en evidencias geológicas, de que la Esfinge de Guiza presenta las inconfundibles marcas de erosión de miles de años de grandes lluvias[30]. Esto significa que tiene que ser mucho más antigua que el 2500 a. C. (la fecha ortodoxa, cuando Egipto no recibía más lluvias que ahora) y originalmente tuvo que ser esculpida en torno al final de la Edad del Hielo, cuando el valle del Nilo estuvo sometido a un largo período de intensas precipitaciones.

Un erudito alto, delgado con una gran barba y una mata de pelo rebelde, Schoch estaba en su elemento en Gunung Padang, estudiando cuidadosamente los resultados de los escáneres geofísicos con Danny, recogiendo muestras y examinando con detalle el yacimiento. Después, cuando regresó a los Estados Unidos y tuvo tiempo para analizar los datos, escribió:

La primera observación importante es que […] Gunung Padang se remonta mucho más atrás del final de la última Edad del Hielo, circa 9700 a. C. Basándome en las evidencias, creo que el uso humano del yacimiento comenzó circa 14700 a. C. Posiblemente, el primer uso del yacimiento se remonta al 22000 a. C., o incluso antes.

A mi juicio, el estrato tres, entre 4 y 10 metros por debajo de la superficie, incluye el período del final mismo de la última Edad del Hielo, circa 10000-9500 a. C., cuando tuvieron lugar importantes cambios climáticos, con un dramático calentamiento global, subida del nivel del mar, lluvias torrenciales, creciente actividad sísmica y volcánica, incendios abundantes […] y otras catástrofes teniendo lugar en la superficie de la Tierra […]. En el estrato tres hay evidencias de estructuras colapsadas, posiblemente como resultado de las tumultuosas condiciones de esa época.

Al visitar Gunung Padang, considerando las fechas y las evidencias de colapso y reconstrucción que pudieron haber tenido lugar allí, no pude por menos que pensar en otro importante yacimiento —el cual representa a una civilización muy antigua— que ocupa el final de la última Edad del Hielo, concretamente Göbekli Tepe, en el sudeste de Turquía […]. También pienso en Egipto y en mi propio trabajo que ofrece una nueva datación a la Esfinge. La extremada erosión vista en la proto-Esfinge (la cabeza fue retallada y el monumento reutilizado en época dinástica), originada por lluvias torrenciales, pudo haber sido resultado de los cambios climáticos extremos de finales de la última Edad del Hielo.

Sumando las evidencias de Gunung Padang y las derivadas de Göbekli Tepe, la Esfinge de Egipto y

> *otros yacimientos y series de datos de todo el mundo, creo que estamos más cerca de comprender los cataclísmicos tiempos y acontecimientos del final de la última Edad del Hielo. Con anterioridad a circa 9700 a. C. existieron verdaderas civilizaciones de naturaleza sofisticada, las cuales fueron devastadas por los acontecimientos que originaron el final de la última Edad del Hielo*[31].

En busca de la prueba irrefutable…

Como resulta que son un mínimo de 6.000 años más antiguos que los círculos de piedra de Stonehenge, los megalitos de Göbekli Tepe, al igual que los profundamente enterrados megalitos de Gunung Padang, significan que la cronología que se ha estado enseñando en los colegios y universidades durante la mayor parte de los últimos cien años no se puede seguir manteniendo. Está empezando a parecer que la civilización, como argumenté en mi controvertido superventas de 1995, *Las huellas de los dioses*, es de hecho mucho más antigua y mucho más misteriosa de lo que pensábamos.

En esencia, lo que proponía en ese libro era que una civilización avanzada había sido barrida y quedó perdida para la historia en un cataclismo global al final de la última Edad del Hielo. Sugería allí que hubo supervivientes que se asentaron en diferentes puntos del globo e intentaron pasar sus superiores conocimientos, incluido el de la agricultura y la arquitectura, a cazadores-recolectores que habían sobrevivido al cataclismo. De hecho, hoy también existen poblaciones de cazadores-recolectores, en el desierto del Kalahari, por ejemplo, y en la selva del Amazonas, que coexisten con nuestra avanzada cultura; de modo que no puede cogernos por sorpresa que en el pasado pudieran haber coexistido niveles de civilización igualmente desparejos.

Lo que no pude hacer cuando escribí *Las huellas de los dioses*, porque los datos no estaban disponibles, fue identificar la naturaleza exacta del cataclismo que barrió a mi hipotética civilización perdida. En vez de ello

especulé con varias causas posibles, sobre todo la radical teoría del «desplazamiento de la corteza terrestre» del profesor Charles Hapgood, que si bien contó con el respaldo de Albert Einstein[32], desde entonces ha gozado de escaso favor entre los geólogos. La usencia de una prueba irrefutable creíble fue uno de los muchos aspectos de mi argumentación que fue duramente criticado por arqueólogos. No obstante, desde 2007 una cascada de nuevas evidencias científicas ha salido a la luz para identificar la susodicha prueba por mí. Resulta de lo más intrigante, porque se trata del trabajo de un amplio grupo de científicos de primera línea con impresionantes credenciales, y porque no descarta, al contrario, en algunos puntos refuerza, el caso de la gigantesca inestabilidad de la corteza que apunté en *Las huellas de los dioses*.

En los siguientes capítulos vamos a explorar estas nuevas evidencias y sus asombrosas implicaciones.

Segunda parte

COMETA

Capítulo 3

UN MURO DE AGUA VERDE QUE LO DESTRUYÓ TODO A SU PASO…

¿Podrían algunos mitos y tradiciones antiguos, que los especialistas consideran no poseen valor histórico, contener de hecho un recuerdo preciso de una época en la cual la humanidad experimentó una crisis tan devastadora, tan cataclísmica y tan trastornadora que perdimos el recuerdo de nuestro propio pasado? Consideremos este relato de los ojibwa, una tribu norteamericana:

> *La estrella con la larga y ancha cola va a destruir el mundo algún día cuando baje de nuevo. Ese es el cometa llamado Estrella Celeste Creciente de Larga Cola. Bajó aquí una vez, miles de años atrás. Como el sol. Tenía radiación y calor quemante en su cola.*
>
> *El cometa lo quemó todo. No quedó nada. La gente india estaba aquí antes de que eso sucediera, viviendo sobre la Tierra. Pero las cosas estaban mal; un montón de gente había abandonado el camino espiritual. El sagrado espíritu los avisó largo tiempo antes de que llegara el cometa. Los hombres medicina le dijeron a todo el mundo que se preparara. Las cosas estaban mal con la naturaleza en la tierra […]. Entonces ese cometa vino aquí. Tenía una larga y ancha cola y lo quemó todo. Voló tan bajo que la cola achicharró la Tierra. El cometa creó un mundo diferente. Tras eso la supervivencia fue un trabajo duro. El clima era más frío que antes…*[33]

Hay otros detalles interesantes en las diferentes versiones de este mito que se cuentan entre los ojibwa y recogidas por el antropólogo Thor Conway. Por ejemplo, se hace referencia a que el cometa mató a «animales gigantes […]. Puedes encontrar sus huesos hoy día en la Tierra. Se dice que el cometa bajó y extendió su cola a lo largo de millas y millas»[34]. En el momento que tuvo lugar este acontecimiento, mencionado generalmente como «la primera quema de la Tierra», se nos dice que los ojibwa «vivían cerca del borde de las Tierras Heladas»[35]. También se recoge que poco después del desastre del cometa «tuvo lugar la primera inundación de la Tierra»[36].

Del mismo modo en que la tradición ojibwa se lamenta de que «las cosas estaban mal […] la gente había abandonado el camino espiritual», implicando con ello al comportamiento humano en el desastre que siguió, también los brule, una de las tribus de la Nación Lakota, habla de un tiempo «en el mundo anterior a este», cuando «la gente y los animales se volvieron

malos y olvidaron su conexión con el Creador». Como respuesta, el Creador decidió «destruir el mundo y comenzar de nuevo». Primero avisó a algunas gentes buenas para que huyeran a las cimas de las montañas más altas, tras lo cual envió «pájaros de trueno para hacer la guerra a los demás humanos y los animales gigantes» (de nuevo, al igual que en el mito ojibwa, la narración brule habla de animales de extraordinario tamaño)[37]:

> *Finalmente, en lo más álgido de la batalla, los pájaros de trueno de repente lanzaron sus truenos más poderosos todos a la vez. Esta abrasadora explosión sacudió el mundo por entero. Derrumbó cadenas de montañas y prendió fuego a bosques y praderas. Las llamas saltaron al cielo en todas direcciones, librando solo a las pocas personas de las cimas más elevadas […]. Incluso las rocas se pusieron al rojo vivo y los animales gigantes y la gente mala se quemaron allí donde estaban.*

Entonces, el Creador comenzó a hacer el mundo de nuevo:

> *Mientras el Creador cantaba la canción de la creación comenzó a llover. El Creador cantó más alto y llovió más fuerte, hasta que los ríos se desbordaron de sus orillas y se lanzaron por el paisaje. Finalmente, el Creador pateó la Tierra, y con un gran terremoto la Tierra se abrió, enviando grandes torrentes por todo el mundo hasta que solo quedaron los picos de unas pocas montañas por encima de la inundación, que cobijaban a la poca Gente que había sobrevivido […]. [Tras la retirada de la inundación], según la Gente se extendió por la Tierra, encontraron los huesos requemados de los animales gigantes enterrados en rocas y barro […]. La Gente sigue encontrándolos hoy en las tierras yermas de Dakota*[38].

De particular importancia, cuando recordamos que una especie de castor gigante se extinguió en Norteamérica al final de la Edad del Hielo[39], es un mito de los passamaquoddy, micmac y malisee que habla de un ser llamado Glooscap, descrito como «un espíritu, un hombre medicina y un brujo», que creó los primeros animales, entre ellos el primer castor; una criatura tan grande que cuando construía una presa «inundaba el país de un horizonte a otro». Gloosap palmeó al castor en el lomo y este se encogió hasta su tamaño actual[40].

La referencia a una inundación en esta historia es una entre cientos presentes en los mitos de los indígenas norteamericanos. Muchos de ellos contienen intrigantes detalles de gran relevancia para la nueva información científica sobre acontecimientos ocurridos en Norteamérica a finales de la Edad del Hielo, que exploraremos en las páginas siguientes. Por ejemplo, los cowichan de la Colombia Británica recuerdan una época en el remoto pasado en la que sus videntes se vieron muy turbados debido a extraños sueños que predecían destrucción. Un hombre dijo: «He soñado una cosa extraña. He soñado que caía tal lluvia que todos nos ahogábamos». Otro dijo: «Soñé que el río creció e inundó el lugar, y todos fuimos destruidos». «Yo también», apostilló otro. «Y yo también»[41].

Estos videntes no fueron creídos por sus gentes, pero pese a todo decidieron construir una balsa gigantesca a base de muchas canoas atadas juntas. No mucho después de que terminaran comenzó la lluvia. Las gotas eran tan grandes como el granizo y tan pesadas que mataron a los niños pequeños. El río creció y todos los valles se cubrieron. Los videntes, y aquellos pocos de sus amigos que los habían creído:

> *cogieron a sus familias y las colocaron sobre la balsa y cogieron comida y esperaron. Enseguida la balsa subió con el agua […]. Tras mucho la lluvia se detuvo, y sintieron las aguas descender, y su balsa descansó en la cima de la montaña Cowichan […]. Entonces vieron la tierra, ¡pero qué desolación encontraron sus ojos! Cuánto se encogieron sus corazones de la angustia. Era indescriptible*[42].

Un granizo inusualmente grande aparece en un mito cataclísmico quillayute:

> *Durante días y días soplaron grandes tormentas. Lluvia y granizo y luego aguanieve y nieve cayeron sobre la tierra. El granizo era tan grande que mucha gente resultó muerta […]. [Los supervivientes] fueron adelgazando y debilitándose por el hambre. El granizo había aplastado los helechos y las camas y las bayas. El hielo bloqueaba los ríos, de modo que los hombres no podían pescar*[43].

Actualmente, los pima, o «gente del río», viven en Arizona, adonde emigraron en la remota antigüedad desde mucho más al norte. Como también sucede con los cowichan, un vidente aparece en sus tradiciones cataclísmicas; en este caso se trata de un vidente que fue avisado por una gran águila de que una inundación se estaba preparando. El águila visitó al vidente cuatro veces y cada vez este ignoró sus avisos. «Será mejor que creas lo que te estoy diciendo —dijo el águila—. Todo el valle quedará inundado. Todo quedará destruido». «Eres un mentiroso», dijo el vidente. «Y tú un vidente que no ve nada», dijo el águila.

> *El pájaro salió volando y apenas se había ido cuando un tremendo trueno se escuchó, el más estrepitoso que hubiera jamás […]. El sol permaneció oculto tras nubes oscuras, y solo hubo crepúsculo, grisura y neblina. Entonces la tierra tembló, y hubo un gran clamor de algo inmenso moviéndose. La gente vio a un muro completamente verde avanzando hacia ellos, llenando el valle de un extremo al otro. Al principio no sabían lo que era, y luego se dieron cuenta de que era un muro de agua verde. Destruyéndolo todo a su paso, vino como una bestia salvaje, un monstruo verde, abalanzándose sobre ellos, espumeando, silbando, en medio de una nube de salpicaduras. Se tragó la casa del vidente y se la llevó junto con el vidente, que no volvió a ser visto nunca. Entonces el agua cayó sobre los poblados, barriendo casas, gente, campos y árboles. El agua dejó limpio el valle como si lo hubieran barrido con una escoba. Luego se precipitó fuera del valle para causar estragos en otro lugar*[44].

Los inuit de Alaska conservan la tradición de un terremoto acompañado de una terrible inundación que barrió la tierra con tanta rapidez que solo unas pocas personas consiguieron escapar en sus canoas o refugiarse en las cimas de las montañas más altas[45]. Los luiseños de California también recuerdan una inundación que cubrió las montañas y destruyó a la mayoría de la humanidad. Solo los pocos que huyeron a las cimas más altas se libraron cuando todo el resto del mundo quedó inundado[46]. Mitos similares de una inundación fueron recogidos entre los hurones[47]. Y los montagnais, que pertenecen a la familia algonquina, relatan cómo el dios Michabo reconstruyó el mundo tras una gran inundación:

> *Michabo estaba cazando con su manada de lobos adiestrados un día cuando vio la cosa más extraña: los lobos entraron en un lago y desaparecieron. Los siguió dentro del agua para cogerlos y al hacerlo todo el mundo se inundó. Entonces Michabo envió a un cuervo a encontrar algo de tierra con la cual hacer una nueva tierra, pero el pájaro regresó sin haber tenido éxito en su búsqueda. Entonces Michabo envió a una nutria a hacer lo mismo, pero de nuevo sin provecho. Finalmente, envió a un ratón almizclero y este le trajo tierra suficiente como para comenzar la reconstrucción del mundo*[48].

La *History of the Dakotas* de Lynd, escrita en el siglo xix, conserva muchas tradiciones indígenas que de otro modo se hubieran perdido. Entre ellas se encuentra el mito iroqués de que «el mar y las aguas en una ocasión invadieron la tierra, de modo que toda vida humana fue destruida». Los chickasaw afirmaban que el mundo había sido destruido por el agua, «pero que una familia se salvó y dos animales de cada tipo». Los lakota (dakota) también hablan de una época en la que no había tierra firme y todos los hombres desaparecieron de la existencia[49].

Mitos que le hablan a la ciencia

Durante años ha existido un a veces enconado debate entre los especialistas referente al poblamiento de las Américas. ¿Quiénes son exactamente los nativos norteamericanos? ¿Cuándo llegaron al Nuevo Mundo por primera vez? Y ¿por qué camino?

Siempre que una resolución ha comenzado a parecer posible, siempre que estaba a punto de surgir un consenso, uno u otro lado han presentado nueva información que ha obligado a repensar las cosas. Lo que nunca ha estado en disputa, sin embargo, es que los antepasados de los actuales nativos norteamericanos ya se encontraban en Norteamérica hace 12.800 años, cuando comenzó el misterioso período frío que los geólogos llaman el Dryas Reciente, y que convivieron y cazaron la megafauna que floreció allí

durante la Edad del Hielo, incluido el gigantesco mamut de la Colombia Británica, el algo más pequeño mamut lanudo, el castor gigante, osos de hocico corto, dos especies de tapir, varias especies de pecaríes y el temible león americano.

Por lo tanto, se considera probable que las referencias a animales muy grandes en los mitos citados más arriba no sean meras fantasías, sino que se refieran a relatos de testigos presenciales de varios de los muchos géneros de megamamíferos que estaban presentes en Norteamérica antes de que comenzara el Dryas Reciente, pero que se habían extinguido cuando este terminó, 1.200 años después. Lo mismo sucede con las inundaciones descritas en los mitos[50], pues los geólogos concuerdan en que Norteamérica estuvo sometida a episodios de inundaciones cataclísmicas en los milenios finales de la última Edad del Hielo. Lo que los nuevos estudios han puesto en cuestión durante la última década, sin embargo, es si la escala, extensión y, lo que es más importante, las *causas* de esas inundaciones se han comprendido adecuadamente. La opinión general está copiosamente expresada y se repite sin cesar en libros y revistas publicadas desde la década de 1960; pero, para entender un importante punto de vista alternativo, el cual supone un poderoso desafío a las teorías establecidas, en septiembre y octubre de 2014 realicé un extenso viaje por Norteamérica con el investigador catastrofista Randall Carlson[51].

Randall no puede ser una reencarnación de J Harlen Bretz, porque J Harlen Bretz (cuyo primer nombre era J y odiaba cuando los correctores de pruebas intentaban tratarlo como una inicial) murió el 3 de febrero de 1981, cuando Randall ya tenía treinta años. No obstante, en su pasión por el trabajo de campo de verdad, por recorrer el camino en vez de limitarse a leer la bibliografía al respecto y en su porfiada defensa de una radical hipótesis geológica referente a las inundaciones cataclísmicas que destrozaron Norteamérica al final de la Edad del Hielo, Randall es en todos los sentidos que cuentan un nuevo J Harlen Bretz.

En los capítulos siguientes describiré mi viaje con Randall y las convincentes evidencias que me presentó; pero, primero, es probable que te estés preguntando quién era J Harlen Bretz.

J Harlen Bretz

Este es Bretz, escribiendo en 1928, tras uno de sus viajes de campo por el estado de Washington, en la región del Pacífico noroeste de los Estados Unidos:

> *Nadie que tenga ojo para las formas terrestres puede cruzar el este de Washington a la luz del día sin encontrarse y quedar impresionado por los «scablands» [terrenos pelados erosionados en forma de canales]. Estos alargados tramos de roca negra desnuda, o casi desnuda, esculpidos en laberintos de colinas y cañones, son como grandes cicatrices que dejan marcada la que sin ellas sería la lisa cara de la meseta. Todo el mundo en la meseta conoce los Scablands. Estos interrumpen los campos de trigo, parcelándolos en extensiones de colinas que van desde de menos de 40 acres hasta más de 40 millas cuadradas de extensión. Uno no puede ni alcanzarlos ni alejarse de ellos sin cruzar alguna parte de los ramificados Scablands. A excepción de permitir un escaso pastoreo, los Scablands carecen casi de valor. Su nombre común es una expresiva metáfora. Los Scablands son heridas solo en parte curadas: grandes heridas en la epidermis del terreno con el cual la Naturaleza protege las rocas de debajo.*
>
> *Con los ojos apenas unos pies por encima del terreno, hoy día, el observador debe viajar adelante y atrás repetidas veces y debe guardar sus observaciones mental y fotográficamente, mediante bocetos y con mapas antes de que pueda llegar a formarse algo que se parezca a una imagen completa. Sin embargo, antes de que el papel que contiene esas palabras amarillee, mirando desde el aire mientras cruza la región, verá casi de un solo golpe de vista la imagen aquí dibujada al unir las observaciones a ras de suelo a lo largo de meses de trabajo. La región es única: dejemos que el observador tome las alas de la mañana hasta las más lejanas partes de la Tierra… en ninguna encontrará nada similar*[52].

En 1928 Bretz ya era un experimentado geólogo de campo con grandes credenciales. Nacido en 1882, comenzó su carrera como profesor de biología en institutos de Seattle; pero pasaba la mayor parte de su tiempo libre explorando la geología de Puget Sound. Si bien por entonces no tenía ningún título en Geología, consiguió publicar varios artículos sobre sus hallazgos en revistas científicas[53]. En 1911 se matriculó en la Universidad de Chicago para conseguir un doctorado en Geología. Se graduó *summa cum laude* en 1913 e inmediatamente después regresó a Seattle, donde aceptó un cargo de profesor ayudante de Geología en la Universidad de Washington[54]. Tuvo dificultades con la actitud de otros miembros del profesorado (posteriormente los describiría como «anticuados, demasiado serios y poco amantes de la diversión»)[55]. y en 1914 estaba de vuelta en la Universidad de Chicago, al principio como instructor, pero poco después como profesor ayudante[56].

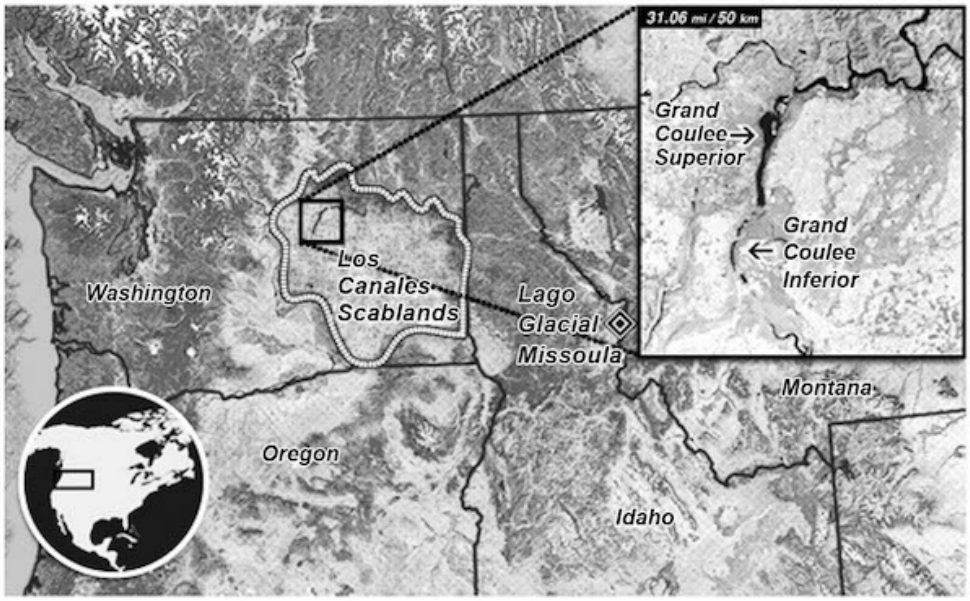


Figura 13.

El primer viaje que Bretz realizó a los Scablands del este de Washington fue en 1922. Para entonces, como resultado de sus trabajos anteriores estaba completamente informado sobre la Edad del Hielo en todas sus dimensiones y era más consciente que la mayoría del resto de geólogos de que inmensas capas de hielo de hasta algo más de tres kilómetros de grosor habían

cubierto Norteamérica durante casi 100.000 años, hasta que este se fundió dramáticamente en algún momento entre 15.000 y 11.000 años atrás. Entonces, cuando vio las inmensas cantidades de bloques erráticos —cantos rodados gigantescos que no pertenecen de forma natural a la zona y que, es evidente, han sido llevados hasta allí desde algún sitio—, se sintió inclinado a asumir que podían haber viajado hasta allí en icebergs arrastrados por alguna gran inundación glacial. Esta impresión se vio fortalecida cuando exploró Grand Coulee y Moses Coulee —gigantescos canales horadados profundamente en la tierra— y visitó la cuenca de Quincy, en el extremo sur de Grand Coulee, donde encontró que toda la depresión de 1.554 km2 estaba rellena hasta los 120 metros de altura con pequeñas partículas de escombros basálticos. No pudo sino preguntarse «¿de dónde vino todo este escombro, y cuándo?»[57]. De nuevo, la respuesta que encontró fue: una inundación.

Bretz volvió de nuevo a los Scablands en 1923 para tres meses de exploración, y parece haber sido durante este viaje de campo cuando su posterior punto de vista —básicamente que «algún acontecimiento hidráulico espectacular […] comenzó en esta región y luego se detuvo de forma abrupta»— comenzó a formarse de verdad[58].

En el número de noviembre-diciembre de 1923 del *Journal of Geology*, Bretz publicó un artículo resumiendo sus hallazgos. Para comprender el tono un tanto defensivo del artículo es importante no olvidar la doctrina geológica preponderante entonces, el principio conocido como «uniformitarianismo». Se trata de la asunción de que los procesos existentes, *actuando como en el presente*, son suficientes para explicar todos los cambios geológicos. Parte integral de ello es la admisión paralela del gradualismo, es decir, que «el presente es la clave del pasado» y que el ritmo de cambio observable hoy día es una guía precisa del ritmo de cambio que prevaleció en el pasado.

Semejantes ideas, que habían adquirido la categoría de verdad incuestionable en época de Bretz, habían surgido del necesario —de hecho esencial— derrocamiento de la antigua creencia religiosa en el creacionismo y la noción de que Dios intervino caprichosamente en la historia de la Tierra ordenando cataclismos como el diluvio bíblico. En una

justificada oposición a esos pensamientos de creación y destrucción sobrenatural, el uniformitarianismo parecía una respuesta profundamente racional, que solo veía trabajando en la Tierra a las fuerzas de la naturaleza durante períodos de millones de años, de hecho, miles de millones.

> *Las montañas no se construyeron de la noche a la mañana, sino que se elevaron lentamente, de manera imperceptible a lo largo del tiempo. Del mismo modo, fantásticos rasgos geológicos como el Gran Cañón fueron erosionados por la corriente de los ríos durante muchos millones de años*[59].

Bretz era un hombre eminentemente racional, tampoco era ningún dogmático religioso, sin embargo, como señala su biógrafo John Soennichsen, «mientras recorría a pie el cálido, seco y accidentado mundo de los Scablands, todo lo que había visto no indicaba un cambio lento y uniforme a lo largo del tiempo, sino una catástrofe, una repentina venida de colosales cantidades de aguas que rápidamente se llevaron consigo la capa superficial del suelo de loess y luego tallaron en profundidad la roca basáltica de debajo»[60].

El problema era… ¿de dónde había llegado ese agua? Se entendía que en los márgenes de la capa de hielo norteamericana debía de haber algún deshielo, como de hecho se puede ver en los bordes de los glaciares hoy día. Pero difícilmente ese deshielo podía explicar la magnitud de los cambios erosivos visibles sobre el terreno. Como apuntaba Bretz en su artículo de 1923:

> *El autor confiesa que durante sus diez semanas de estudio de la región, cada nuevo tramo de scabland examinado volvía a despertar un sentimiento de asombro ante la posibilidad de que unos cauces tan inmensos pudieran haberse originado a partir de unas partes tan marginales de una capa de hielo, o de que una erosión tan inmensa, a pesar de los elevados gradientes, pudiera haberse producido durante los muy breves períodos en los cuales existieron esos arroyos. Ni el río Warren, ni la desembocadura del Chicago, ni el canal Mowhawk, ni siquiera las propias cataratas del Niágara y de Gorge se aproximan a las proporciones de algunos de esos tramos de scabland y sus cañones. En uno solo de esos cañones [Grand Coulee Superior] 16 kilómetros cúbicos de basalto fueron erosionados por este chorro glacial*[61].

Al terminar su artículo, y asumiendo la profundamente herética y antiuniformitarianista idea que no tardaría en meterle en una gran cantidad de problemas, en concreto que una *única inundación catastrófica* ocurrida en un muy breve período de tiempo fue la responsable de toda la devastación que había observado, Bretz escribió:

> *7.700 kilómetros cuadrados de la meseta de Columbia fueron barridos por la inundación glacial, y la cubierta de loess y sedimento arrastrada. Más de 5.000 kilómetros cuadrados de esta zona se convirtieron en un terreno desnudo, erosionado y con canales cortados en la roca, lo que hoy son los Scablands, y cerca de 2.600 kilómetros cuadrados presentan depósitos de grava resultado del basalto erosionado. Fue una debacle que barrió la meseta de Columbia*[62].

En otras palabras, como resume el biógrafo de Bretz, el geólogo creía que los rasgos que había documentado «solo podían haber sido creados por una inundación de proporciones inimaginables, posiblemente la mayor inundación de la historia del mundo»[63].

La reacción del *establishment* geológico fue un pasmado y avergonzado silencio. Haberse alejado tanto de la doctrina uniformitarianista solo podía significar que Bretz se había vuelto loco. David Alt, catedrático emérito de Geología de la Universidad de Montana, describe una de las conferencias que Bretz dio y en la cual expuso las ideas de su artículo de 1923:

> *Los geólogos […] estaban horrorizados del mismo modo en que una habitación llena de físicos lo habría estado al escuchar a un colega describir cómo había fabricado una máquina de movimiento perpetuo a base de palos de helado. Los físicos habían aprendido desde muy pronto la futilidad de las máquinas de movimiento perpetuo, y se suponía que ningún geólogo adecuadamente formado podía andar tratando con catástrofes de ningún tipo*[64].

Alt describe a un viejo profesor de cuando él se estaba licenciando que se encontraba como estudiante entre el público cuando Bretz leyó su artículo de 1923. Parece que el profesor realizó una hilarante imitación de Bretz «golpeando el atril con ambos puños y dando pisotones en el suelo mientras recurría a un lenguaje y unos gestos vívidos para transmitir su idea de una inundación catastrófica a su horrorizada audiencia»[65].

Dejando a un lado la teatralidad, los geólogos quedaron espantados al escuchar a Bretz invocar:

> *una repentina catástrofe para explicar los Scablands del este de Washington. Desde su punto de vista se trataba de una regresión al pensamiento acientífico de unos 125 años antes. Incluso hoy día, la mayoría de los geólogos consideran poco menos que una herejía invocar una explicación catastrófica para un acontecimiento geológico. De modo que Bretz se lanzó al vacío desde muy alto cuando sugirió que una gran inundación había erosionado los Scablands […]. [Eso lo convirtió] en un paria entre los geólogos, en un desterrado de los cerrados círculos educados de la sociedad*[66].

Sin embargo, el paria no se rindió. Al contrario, continuó tenazmente su investigación, provocando durante el proceso más controversia incluso, pero creyendo que al final los hechos lo vindicarían.

El momento decisivo tuvo lugar el 12 de enero de 1927, cuando Bretz sufrió una emboscada por parte de una muchedumbre de linchadores formada por sus colegas en una conferencia a la que había sido invitado a impartir ante la Sociedad Geológica de Washington en el Cosmos Club de Washington D. C. Para entonces Bretz estaba llamando a «su» inundación la «inundación Spokane» (a partir de la ciudad del mismo nombre) y le gustaba referirse a la capa de hielo de donde surgió como la «capa de hielo Spokane» (ninguno de estos términos se utiliza hoy día, pero la capa de hielo Spokane de Bretz era, efectivamente, la parte sur de la gran capa de hielo de finales del Pleistoceno que hoy se conoce como capa de hielo «Cordillerano»). Creía que grandes partes de la misma debían de haberse fundido con extraordinaria rapidez, porque «el volumen de agua fue muy grande, casi increíblemente grande […]. A pesar de sus elevados gradientes para desaguarlo, los valles ya existentes en los que entró primero no fueron capaces de soportar ese volumen y la inundación se extendió ampliamente en un complicado grupo de caminos anastomósicos»[67].

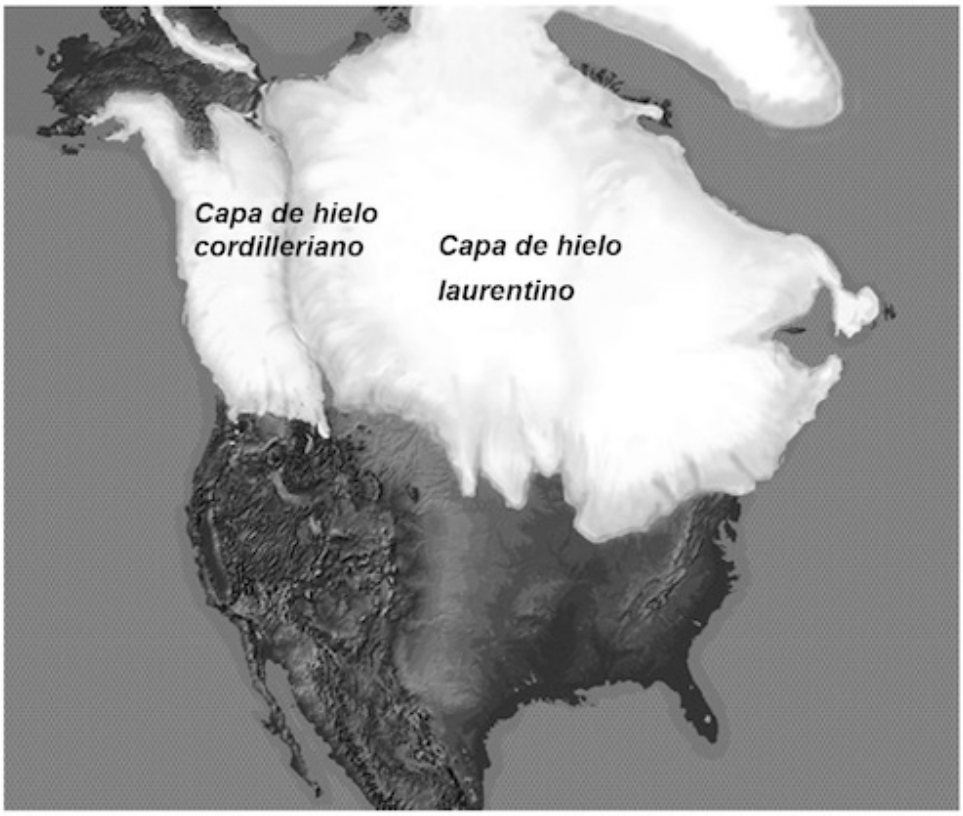


Figura 14. Norteamérica durante la Edad de Hielo.

W. C. Alden, por entonces jefe de Geología del Pleistoceno en el muy conservador US Geology Survey, objetó a «la idea de que todos los canales tuvieran que haberse desarrollado de forma simultánea en un período de tiempo muy corto» y se ofendió mucho ante «la tremenda cantidad de agua» postulada por Bretz[68]. «Me parece a mí imposible —protestó Alden — que una parte semejante de las grandes capas de hielo como la que habría desaguado a través de la meseta de Columbia pudiera, bajo cualesquiera circunstancias, haber contenido tanta agua como la que se necesitaría en tan corto período de tiempo»[69]. Admitía que nunca había visitado los Scablands, pero estaba seguro de que una explicación uniformitarianista era todo lo que se requería: «El problema sería más sencillo si se asignaran más tiempo y repetidas inundaciones para realizar el trabajo»[70].

James Gilluly, muy conocido como apóstol del gradualismo geológico, descartó la noción de una única inundación catastrófica con palabras como

«absurda», «incompetente» y «completamente inadecuada»[71]. No encontró nada en las evidencias de Bretz que excluyera la solución preferida por él, concretamente, que múltiples inundaciones más pequeñas habían estado implicadas y que estas habían sido "del orden de magnitud del actual Columbia o, como mucho, unas pocas veces mayores"[72].

De igual modo, G. R. Mansfield dudaba de que "tanto trabajo pudiera hacerse en el basalto en tan corto período de tiempo" […]. Los Scablands me parece a mí que se explican mejor como el efecto del persistente golpeteo y desbordamiento de aguas glaciares marginales, que cambiaron su posición o su punto de desagüe de tiempo en tiempo a lo largo de un período prolongado»[73].

O. E. Meinzer se vio obligado a confesar que «los rasgos de erosión de la región son grandes y extraños», pero también él prefería una explicación gradualista: «Antes de que una teoría que requiere de una aparentemente imposible cantidad de agua sea aceptada por completo, se deben realizar todos los esfuerzos por tener en cuenta todos los rasgos existentes sin utilizar una suposición tan violenta […]. Creo que los rasgos existentes pueden explicarse asumiendo una carga normal de trabajo del antiguo río Columbia…»[74].

En resumen, que ni una sola voz se alzó en apoyo de Bretz y hubo mucho desprecio condescendiente respecto a su «escandalosa hipótesis» de una única inundación. En concreto, los apiñados geólogos se concentraron en lo que claramente creían era la fatal debilidad de la propuesta de un cataclismo repentino y abrumador… en concreto, que Bretz no había sido capaz de identificar una fuente convincente para las aguas de su crecida.

Bretz replicó que no veía la lógica en ello, puesto que la ausencia de una fuente documentada para la inundación no demostraba que no hubiera habido inundación. «Creo que mi interpretación de los Scablands y sus canales debe sostenerse o derrumbarse dependiendo de los fenómenos propios de ese territorio», argumentó[75]. Era, dijo, tan sensible como cualquier otro a las críticas adversas, y no tenía «deseo de llamar la atención mediante el sencillo expediente de defender puntos de vista extremadamente nuevos». Además, él mismo había dudado repetidas veces «de la verdad de la inundación de Spokane»[76], solo para verse obligado «a

reconsiderar las evidencias de campo, a utilizar de nuevo el concepto de un enorme volumen […]. Esos notables registros de agua corriente en la meseta de Columbia, y en el valle de los ríos Snake y Columbia, no puede interpretarse en términos de la actividad normal de un río y el desarrollo normal de un valle […]. Solo un volumen enorme, durante un muy corto período de tiempo, puede explicar su existencia»[77].

Era esta acumulación de convincentes evidencias de campo la que Bretz pedía que se considerara; no mediante las emociones, no mediante la intuición, no con referencia al conocimiento recibido, sino únicamente por medio de «los establecidos principios del método científico»[78]. Como tuvo que escribir con posterioridad:

> *Las ideas sin precedentes son por lo general consideradas con desaprobación y los hombres se muestran sorprendidos si su concepto de un mundo ordenado se ve desafiado. Una hipótesis fervientemente defendida engendra reacciones emocionales que pueden nublar la visión del protagonista; pero si tales hipótesis atentan contra los modos predominantes de pensamiento, la visión de los antagonistas también puede verse nublada.*
>
> *Por otro lado, la geología está plagada de ideas extravagantes que nacen de observaciones defectuosas y malas interpretaciones. Son peores que «hipótesis escandalosas», pues no conducen a ningún sitio. Puede que la hipótesis de este autor sobre la inundación de Spokane pertenezca a esta última clase; pero no puede ser situada allí a menos que se demuestren errores de observación y en las inferencias directas*[79].

Y ese era el problema de todas las críticas a Bretz, tanto antes como después de la reunión de Washington. Al *establishment* geológico no le gustaba lo que tenía que decir, pues le daba justo en su marco de referencia

gradualista, y lo consideraron como «una herejía que debía ser erradicada con gentileza, pero con firmeza»[80]. Lo cierto es que al final no pudieron refutar su ciencia, solo desaprobarla, que es algo muy diferente.

El quid de la cuestión era la afirmación de Bretz de que la capa de hielo se había fundido precipitadamente y su incapacidad para proponer un mecanismo que hubiera podido producir semejante deshielo. Como ya se ha mencionado, él no consideraba que fuera un escollo significativo, pero sus críticos sí. Por lo tanto, en un intento por calmarlos, de forma reluctante en varias ocasiones propuso dos posibles soluciones. Eran, por un lado, una especie de cambio climático radical de corta duración y, por la otra, un episodio de actividad volcánica bajo la capa de hielo. Respecto al primero, no obstante, admitió que «no hay registro de semejante cambio climático en ningún lugar, y la rapidez necesaria parece imposible», mientras que respecto al segundo comentó que «nada se ha encontrado en la literatura que sugiera volcanismo pleistoceno en la zona que fue desaguada por la meseta de Columbia»[81].

Resulta interesante que cuando Bretz se enfrentó a sus hostiles colegas en Washington *ya* conocía —pero había descartado— la explicación de la inundación cataclísmica que mucho después sería retomada por el *establishment* geológico, abriendo las puertas a la aceptación universal de sus evidencias que prevalece hoy. En el resumen de su conferencia de enero de 1927, escribió: «Tanto el sr. Alden como el sr. Pardee han sugerido que considere la inundación como el resultado del súbito desagüe de un lago glacial […]. El sr. Pardee [en una carta a Bretz en 1925] especifica el lago Missoula, que es el único de alguna importancia conocido en la región que pudo haber servido»[82].

Finalmente, en la década de 1940, Bretz aceptaría el súbito desagüe del lago glacial Missoula como la fuente de su inundación, pero el motivo por el cual no lo hizo en 1927 es importante y, como vamos a ver, de la mayor relevancia para el debate respecto a lo que sucedió con exactitud en Norteamérica al final de la Edad del Hielo. Como explica su biógrafo, en pocas palabras, el punto de vista de Bretz en 1927 era que el volumen del lago Missoula «puede no haber sido el adecuado para formar los Scablands. “Solo hubiera mantenido la inundación durante 2 semanas”, se puede leer

en un comentario manuscrito de Bretz en esta sección de su resumen»[83]. En marzo de 1930, Bretz publicó un breve resumen en el *Bulletin of the Geological Society of America*. Se titulaba «Lake Missoula and the Spokane flood» (El lago Missoula y la inundación de Spokane). En él, Bretz escribió que el primero en nombrar y describir este lago fue el geólogo J. T. Pardee (cuya carta al respecto había recibido en 1925), que se encontraba a más de 1.200 metros por encima del nivel del mar y que tenía al menos 640 metros de profundidad. Sin mencionar detalles, señalaba que el lago se había formado debido a una presa de hielo y que «a cien kilómetros al suroeste, a lo largo del brazo occidental de la Purcelle Trench y el valle de Spokane, se encuentran las cabeceras más orientales de los canales de los Scablands. Si se hubiera producido una rotura de la presa, el agua solo habría podido escapar por este tramo de cien kilómetros»[84].

En 1932 se mostraba más favorable todavía a la idea de que el lago Missoula podía ser el culpable de su inundación, si bien consideraba que había cuestiones relativas a la hipotética presa de hielo y al propuesto fallo cataclísmico que necesitaban mejorarse[85]. En este momento de su vida, no obstante, parecía listo para pasar página e iba a dedicar la mayor parte de la década siguiente a otros rompecabezas geológicos completamente distintos. Entonces, en 1940, fue invitado a hablar sobre su teoría de los Scablands en una reunión de la American Association for the Advancement of Science que tendría lugar en Seattle. Declinó la invitación diciendo que su punto de vista y sus evidencias ya estaban publicados, pero la reunión terminó siendo seminal. J. T. Pardee estuvo presente y presentó un artículo sobre su trabajo en el lago glacial Missoula, haciendo públicas por primera vez sus largo tiempo retenidas conclusiones de que se había producido un fallo en la presa de hielo y de que «todo el lago se desaguó catastróficamente y, lo más probable, de forma bastante dramática»[86].

Curiosamente, Pardee no relaciona sus hallazgos de Missoula con la opinión de Bretz, bien conocida y existente desde hacía largo tiempo, de la creación de los Scablands por medio de una inundación catastrófica; pero, mucho después, Bretz escribiría: «Nunca dijo, al menos en forma impresa, nada sobre dónde terminó esa vigorosa descarga. No obstante, creo que de forma generosa me lo estaba dejando a mí»[87].

Figura 15.

En el proceso de sacar el máximo provecho de lo que le habían dejado, Bretz abandonó su modelo de una única inundación cataclísmica en favor de una más aceptable para sus oponentes. «Hubo varias inundaciones —terminó escribiendo (en 1959)—. La teoría es lo bastante elástica como para lidiar con eso»[88]. Ese mismo año, Bretz recibió el Premio Neil Milner en honor a su excepcional contribución a las Ciencias de la Tierra[89].

Algunos años después, en 1965, la transformación de Bretz desde paria hasta modelo a seguir parecía completa. La International Union for Quaternary Research organizó un viaje de campo a la meseta de Columbia para muchos críticos de la teoría de la inundación catastrófica. El grupo atravesó todo el Grand Coulee, parte de la cuenca de Quincy y la mayoría de la división Palouse-Snake de los Scablands. Al final del viaje los participantes, con menos humos tras lo que habían visto y satisfechos con el lago glacial Missoula como la fuente de la inundación-daño, enviaron a Bretz un telegrama de felicitaciones y saludos. El telegrama terminaba con estas palabras: «Ahora todos somos catastrofistas»[90].

«Tengan por seguro —escribió Bretz— que tras treinta años, y treinta artículos en defensa propia, y más de treinta personas que negaron vigorosamente mi teoría, fue una muy buena medicina para mi corazón»[91].

La consagración definitiva tuvo lugar en 1979, cuando Bretz, por entonces con 96 años de edad, recibió la Medalla Penrose, el mayor reconocimiento de la Geological Society of America. Tras el premio, le dijo

a su hijo: «Todos mis enemigos están muertos, de modo que no tengo a nadie ante quien regodearme»[92].

Bretz se marchó a su siguiente gran aventura, con 98 años de edad, el 3 de febrero de 1981.

El gradualismo deja de atacar el cataclismo de Bretz

De modo que… todo parecía haber acabado bien. La evidencia de una tierra recorrida por una inundación cataclísmica no podía ser negada. La cronología se había establecido, quizá no con mucha precisión; pero, en cualquier caso, en algún momento del último milenio de la Edad del Hielo, hace entre 15.000 y 11.000 años. La fuente del diluvio había sido rastreada hasta el lago glacial Missoula. Y el punto clave de si había habido una única inundación gigantesca —lo cual los agudos instintos de Bretz como geólogo de campo le habían sugerido originalmente— o múltiples inundaciones, como preferían sus colegas gradualistas, había sido concedido haciendo referencia a la elasticidad de su teoría y la concesión de «varias» inundaciones.

En posteriores artículos publicados por Bretz queda claro que estaba dispuesto a aceptar que habían ocurrido hasta ocho inundaciones[93]. Se trataba, es indudable, de una concesión al gradualismo: ocho inundaciones más pequeñas bien repartidas a lo largo de un período de varios miles de años eran más aceptables para aquellos de creencias uniformitarianistas (es decir, la mayoría de los geólogos, tanto de entonces como de ahora) que un único acontecimiento descomunal de gran violencia ocurrido de forma repentina, causando daños gigantescos y el cual estuvo terminado en menos de tres meses. No obstante, Bretz continuó siendo un catastrofista de corazón. Victor R. Baker, del Departamento de Hidrología y Recursos Hídricos de la Universidad de Arizona, menciona en su estudio, *The Spokane floods debates*, que mientras Bretz de hecho modificó ampliamente su hipótesis original:

> *se tenía la persistente sospecha de que uno estaba tratando con una inusual excepción a la regla general. El propio Bretz había afirmado: «El conjunto único de formas […] descrito […] como los Scablands […] registra un episodio único de la historia del Pleistoceno […]. Causas especiales parecen claramente necesarias»*[94].

En otras palabras, a pesar de las concesiones, las que se mencionan son causas que seguían siendo únicas y lo bastante especiales como para ser descritas como catastróficas, y en modo alguno socavaron la conclusión de que «*fue* una debacle que barrió la meseta de Columbia»[95]. Seguramente resulta significativo que en su último trabajo publicado, una nota que escribió a la Geological Society of America en 1979 aceptando su mayor reconocimiento, la Medalla Penrose, aprovechara la oportunidad para dejar claro ese hecho. Escribió: «Se me puede otorgar haber revivido y desmitificado el legendario catastrofismo y desafiado a un uniformitarianismo demasiado riguroso»[96].

No obstante, lo que Bretz, el catastrofista y desafiador del uniformitarianismo, no podía saber era que una vez invitado al vampiro del gradualismo a traspasar el umbral de su puerta, este no se sentiría satisfecho con el compromiso que había intentado conseguir, sino que continuaría chupando sin remordimientos la sangre a cualquier noción de que lo sucedido en los Scablands hubiera sido algún tipo de «debacle».

Así, según han pasado los años y nuevas generaciones de especialistas gradualistas han conseguido su plaza en las universidades de todo el mundo, las ocho inundaciones que se permitió al principio modificaran el cataclismo único de Bretz han ido creciendo sin cesar en número… hasta una docena, luego a más de veinte, seguidamente a treinta y cinco, después a «unas cuarenta» y, por último, en artículos recientes, a tantas como ¡noventa o más![97] «La opinión más generalizada en la actualidad —resumen Vic Baker— es que hubo unas ochenta inundaciones ocurridas en un período de 2.500 años [aproximadamente hace entre 15.000 y 12.000 años], posiblemente, a intervalos regulares»[98].

Ochenta inundaciones en 2.500 años salen aproximadamente a una inundación cada treinta y un años; deshaciéndose así de la necesidad de un único cataclismo excepcional y considerando responsable del horroroso desastre de los Scablands a los efectos acumulados de una serie de episodios bastante regulares, predecibles y en esencia gradualistas. Mejor todavía, desde el punto de vista uniformitarianista, inundaciones repentinas producidas en lagos glaciares con una presa de hielo siguen ocurriendo hoy día. Se producen de forma regular en Islandia, por ejemplo, donde las llaman *jökulhlaups*, expresión que ha sido adoptada mundialmente y que continuaré utilizando aquí. Otros sitios donde son comunes incluyen el Himalaya, el Antártico, el norte de Suecia y Norteamérica. Como señala el profesor de Geología David Alt, varios lagos con presa de hielo de Alaska y el norte de la Colombia Británica son propensos a episodios de desaguado muy rápido. Estos sucesos tienen lugar por lo general «en verano, cuando el deshielo eleva rápidamente el nivel del lago. La presa de hielo que contenía al lago glacial Missoula probablemente flotó y se rompió durante el verano por el mismo motivo»[99].

De este modo, la doctrina uniformitarianista de que «el presente es la clave del pasado» y de que el ritmo de cambio observable actualmente es una guía precisa del ritmo de cambio que prevaleció en el pasado se ha reafirmado a sí misma sin mucho ruido, y las perturbadoras evidencias de inundación de Bretz desaparecen explicadas como algo de lo que, después de todo, no hay mucho por lo que preocuparse. Los especialistas también se las han apañado con bastante ingenio para nadar y guardar la ropa: por un lado, al otorgarle a Bretz una medalla y proclamar que ahora «todos somos catastrofistas»; por el otro, transmutando con discreción la catástrofe de Bretz en el tipo de cosa que uno ve todos los veranos en Alaska y la Colombia Británica.

Todo ello es muy tranquilizador, por supuesto; pero, supongamos que la idea original de Bretz era correcta y lo que pasó en Norteamérica a finales de la Edad del Hielo fue una inundación repentina y catastrófica, algo sin precedentes y que no ha tenido repetición desde entonces.

Supongamos que realmente hubo una debacle.

De regreso a Bretz

Randall Carlson está bastante seguro de que de verdad hubo una debacle —una que alcanzó una escala casi inconcebible—, y ha pasado los últimos veinte años recorriendo a pie de arriba abajo los Scablands haciendo a los geólogos locales preguntas difíciles que nadie más parece haber considerado y construyendo un argumento formidable.

El tipo de argumento, sospecho, que Bretz estaría planteando si siguiera aún entre nosotros y al máximo de sus capacidades.

Conocí a Randall en 2006. Las inundaciones en Norteamérica durante la Edad del Hielo estuvieron entre los temas que discutimos y me quedé sorprendido al descubrir que no aceptaba *en absoluto* la teoría de la presa de hielo y que consideraba el lago glacial Missoula una inmensa cortina de humo; una solución fácil que complace los prejuicios uniformitarianistas y ha alejado a los geólogos de la verdad. En los años siguientes nos escribimos de vez en cuando y ocasionalmente coincidimos en conferencias en las que hablábamos. Yo estaba tremendamente impresionado por la profundidad de sus conocimientos, por su experiencia de campo y por las intrigantes ideas nuevas que su investigación parecía ofrecer respecto a los misteriosos acontecimientos que acabaron con la Edad del Hielo. Me di cuenta de que compartíamos un particular y creciente interés por el Dryas Reciente, ese regreso a las condiciones glaciales que comenzó repentinamente hace 12.000 años, justo cuando el mundo parecía estar calentándose, y que terminó de forma igual de repentina 1.200 años después.

Durante este peculiar episodio, ciertos grupos de cazadores-recolectores, como los de la cultura Clovis de Norteamérica, desaparecieron del registro arqueológico y hubo una extinción en masa de especies animales; de modo que está claro que algo inusual estaba teniendo lugar; sin embargo, todavía no se ha ofrecido una explicación ni uniformitaria ni gradualista. Además, si bien no lo investigué en mi libro de 1995 *Las huellas de los dioses*, después me di cuenta de que la duración del Dryas Reciente, desde hace 12.800 años hasta hace 11.600 años, coincidía

exactamente con el marco temporal durante el cual había argumentado que una civilización avanzada de antigüedad prehistórica fue borrada de la faz de la tierra y se perdió para la memoria humana.

Por consiguiente, en mi libro *Underworld*, publicado en 2002, estuve más atento al problema del Dryas Reciente. Allí dije:

> *Hace entorno a 13.000 años, el largo período de ininterrumpido calentamiento por el que el mundo acababa de pasar (el cual, según algunos estudios, se había intensificado grandemente hace entre 15.000 y 13.000 años)*[100] *se vio detenido instantáneamente —a la vez en todas partes— por un período frío global conocido por los paleoclimatólogos como «Dryas Reciente» […]*[101]*. De muchos misteriosos e inexplicados modos, se trató de una reversión climática increíblemente rápida; desde condiciones que se ha calculado hace 13.000 años eran más cálidas y húmedas que las actuales*[102]*, hasta condicione que eran más frías y secas que las del último máximo glacial unos pocos cientos de años después*[103].
>
> *A partir de ese momento, hace entorno a 12.800 años, fue como si un conjuro de hielo hubiera atrapado a la Tierra. En muchas zonas que se habían estado acercando al deshielo final, se restablecieron condiciones plenamente glaciares con una velocidad vertiginosa y todo lo ganado desde el UMG [Último Máximo Glacial, hace entorno a 21.000 años] simplemente desapareció: «Las temperaturas […] cayeron del orden de 8-15 grados centígrados […] con la mitad de este brutal declive acontecida posiblemente en cuestión de décadas. El frente polar del Atlántico norte volvió a bajar a la altura del cabo de Finisterre, en el noroeste de España, y los glaciares volvieron a avanzar en las cadenas montañosas altas. Respecto a la temperatura, el retorno a condiciones plenamente glaciales fue casi completo […]»*[104].
>
> *Para la población humana de la época, en muchas partes, excepto las más accidentalmente favorecidas del mundo, la repentina e inexplicable zambullida en*

> *el frío y la aridez severos debieron de ser devastadoras*[105].

El halo de misterio —y de peligro mortal para la humanidad— que acompaña el Dryas Reciente continuaba intrigándome, animándome a leer más y a intentar comprenderlo mejor. Recuerdo varias conversaciones e intercambio de correos electrónicos con Randall con posterioridad al 2006 centrados en el tema, y para mí se fue haciendo cada vez más evidente que el Dryas Reciente había sido un cataclismo global en toda la extensión de la palabra. No obstante, no fue hasta 2013, después de que Randall me hubiera convencido de que Norteamérica, en concreto los Scablands, había estado en el epicentro de ese cataclismo, cuando decidí que era el momento de ver las evidencias sobre el terreno. Sin pensarlo lo invité a unirse a mí en un viaje de campo. Tardamos más de un año en encontrar una fecha que nos viniera bien a los dos; pero, finalmente, en septiembre de 2014, me encontré con Randall en Portland (Oregón) y partimos hacia el este y el norte, hacia el cercano estado de Washington, para explorar los Scablands en el gran todoterreno rojo que alquilamos.

Capítulo 4

UN VIAJE POR LOS SCABLANDS

Nos encontramos en un viaje por carretera de 4.000 kilómetros desde Portland (Oregón) hasta Minneapolis (Minnesota). El viaje sería más corto si hubiéramos tomado el camino directo; pero nos estamos deteniendo y desviándonos por torrentes y valles rivereños, y en torno a colinas, y subiendo por la ladera de montañas, y cruzando los Scablands inmediatamente al sur de las vastas capas de hielo cordillerano y laurentino que antaño cubrieron gran parte de Norteamérica. Mi objetivo es comprender tanto como me sea posible lo que sucedió allí y el cuarto día, cuando alcanzamos Dry Falls en medio de la extraordinaria cicatriz en el paisaje que se llama Grand Coulee, la imagen está empezando a aclararse.

El terreno bajo nuestros pies es antiguo basalto negro cubierto por una fina capa de tierra. El basalto, expulsado por erupciones volcánicas de hace entre diecisiete y seis millones de años, cubre gran parte de la meseta de Columbia y en algunos lugares tiene 2.000 metros de espesor[106].

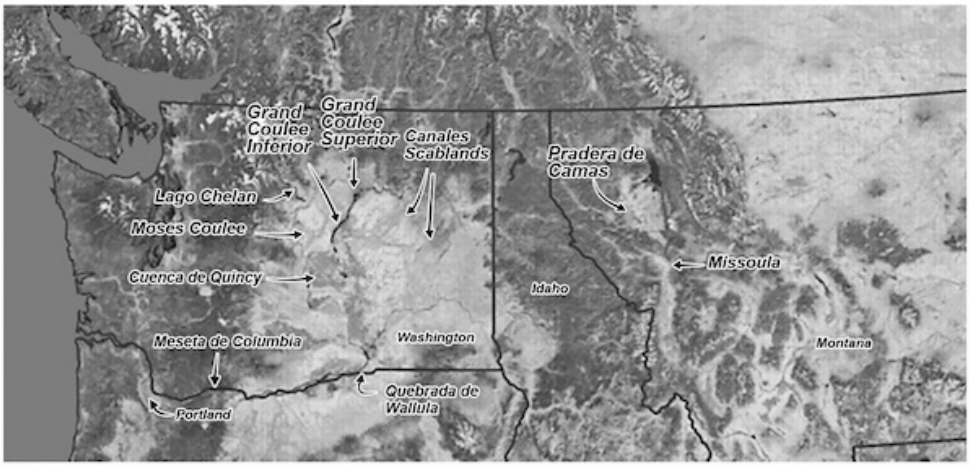


Figura 16.

Pero no en Grand Coulee, porque aquí es como si alguna fuerza caprichosa, quizá incluso la propia mano de Dios, hubiera cogido un cincel gigante con una punta de kilómetros de anchura, la hubiera clavado violentamente en la tierra y le hubiera dado una cuchillada al terreno de cientos de metros de profundidad y casi 96 kilómetros de longitud. No obstante, el «cincel» no era de acero, sino de una inmensa cantidad de agua embravecida, turbulenta y cargada de escombros que solo estuvo corriendo durante unas pocas semanas…, el agua de la inundación de Bretz. Como él mismo escribió:

> *Grand Coulee es el mayor ejemplo de cañón cortado por corrientes glaciales no solo de la meseta de Columbia, sino del mundo […]. Un río glacial con una anchura mínima de cinco kilómetros desaguó aquí hacia el sur, por encima de la división y a lo largo de una aguda pendiente monoclinal […]. La corriente descendió cerca de 300 metros con una inclinación de aproximadamente 10 grados […]. Una situación semejante no tiene paralelos, ni siquiera en esta región de ríos inmensos, de gran pendiente, e inició repentino […]. Al menos 26 kilómetros cúbicos de basalto fueron excavados y extraídos*[107].

Bretz se refiere aquí a la parte norte o Grand Coulee Superior[108]. Pero la misma cantidad de basalto fue excavada en Grand Coulee Inferior al continuar «el río» su recorrido. Mientras seguíamos el camino nos detuvimos en Ephrata Erratics Fan, al sur del extremo meridional del Grand Coulee Inferior para ver dónde se había depositado todo ese basalto excavado por las aguas. Era una imagen caótica, revuelta, perturbadora; perturbadora porque, tan lejos como alcanza la vista en cualquier dirección, la pradera estaba salpicada de incontables millares, más bien millones, de cantos rodados de basalto dentados y rotos, algunos del tamaño de un utilitario, algunos más pequeños —del tamaño de un balón de fútbol— y otros muchos más grandes.

—Todo quedó reducido a escombros —me explicó Randall Carlson mientras nos encontrábamos en medio del Fan—, y eso es lo que estás viendo. Estos escombros formaban parte del mundo antiguo.

—¿El mundo antiguo?

—Sí, el mundo antediluviano. Lo que queda aquí en la superficie no es sino una fracción de lo que la inundación arrastró fuera del Grand Coulee. Los escombros son profundos. Decenas y decenas de metros de profundidad.

Del Efrata Fan seguimos por la ruta 17 del estado de Washington hasta Grand Coulee Inferior, con sus increíblemente inhóspitos acantilados de basalto alzándose a ambos lados de nosotros, con las nubes cargadas de lluvia reflejadas oscuras en la cadena de lagos alcalinos —lago Soap, lago Lenore, lago Blue y lago Park— que yacen estancados a sus pies. Al final alcanzamos el comienzo de Grand Coulee Inferior y cuando salimos del camión Randall le recuerda a mi esposa Santha que coja la cámara. «Vas a ver algo cataclísmico», anuncia con una mueca maliciosa.

Randall Carlson

Es probable que seas demasiado joven como para recordar la serie de televisión de 1977 titulada *Las aventuras de Grizzly Adams*, pero siempre puedes buscarla en Google.

El héroe epónimo, un duro leñador interpretado por el actor Dan Haggerty, era un tipo grande, franco y barbudo y Randall Carlson, debido a su enorme barba, su aspecto general y su ronco y brusco estilo, me recuerda mucho a él. Randall vive ahora en Atlanta (Georgia), pero pasó casi toda su juventud en la Minnesota rural y su habla contiene los peculiares matices de escandinavo y alemán que hacen que el acento de la región sea tan reconocible.

Creció a orillas del lago Schmidt, uno de las decenas de miles de pequeños lagos de deshielo repartidos por Minnesota y Wisconsin, donde acostumbraba a pescar cuando era niño, perchado sobre un inmenso canto rodado que posteriormente comprendería era un bloque errático glacial: «Un canto rodado arrancado del lecho de roca y arrastrado por el avance de un glaciar quizá muchos cientos de kilómetros desde su punto de origen y depositado en un emplazamiento muy alejado de su fuente»[109].

Hoy, a más de medio siglo de su adolescencia, dice que los paisajes del Medio Oeste de su juventud han dejado una huella indeleble en su psique:

> *A partir de esas primeras experiencias entré en una especie de diálogo con la tierra que no ha disminuido un ápice hasta hoy. Este diálogo ha implicado miles de horas sobre el terreno, atravesando y estudiando una amplia variedad de paisajes, junto a miles de horas de estudio de las diversas ciencias relacionadas de un modo u otro con el objetivo de comprender este extraordinario planeta con el cual estamos comprometidos en esta experiencia humana que está en marcha […]. Es un planeta tremendamente dinámico, que ha sufrido profundos cambios a una escala que excede con mucho a nada sucedido en épocas recientes. De hecho, ahora me doy cuenta de que lo que consideramos historia no es sino el registro de los acontecimientos humanos que han tenido lugar desde la última y gran catástrofe planetaria. También comprendo que la huella de estas catástrofes se encuentra a nuestro alrededor, en prácticamente cada entorno, que no estamos sino comenzando a ser capaces de percibir y descifrar las evidencias*[110].

Randall se gana la vida como arquitecto y constructor, pero su pasión es la geología.

Geología catastrofista.

Y como aquellos que han asistido a una de sus conferencias pueden atestiguar, conoce más sobre ella que casi cualquier otra persona con la que tengas posibilidad de encontrarte nunca. Ha conseguido sus conocimientos de una amplia lectura de la literatura científica y, como dice arriba, de miles de horas de trabajo de campo. Para mí, este tipo de conocimiento profundo obtenido sobre el terreno, los kilómetros caminados por los desiertos, los años dedicados a la investigación en bibliotecas, significan mucho más que cualquier título universitario. Randall no es un geólogo y no pretende serlo, pero su conocimiento del tema vale tanto como una docena de doctorados.

Y ahora mismo estamos de pie encima de una especie de embarcadero de hormigón con una valla a la altura de la cintura, suspendido en el vacío sobre el profundo anfiteatro de Dry Falls. En este día de finales de septiembre sopla un viento frío y Randall está a punto de darme una lección de geología…

Dry Falls

—¿Has estado alguna vez en las cataratas del Niágara? —me pregunta Randall[111].

Confieso que no.

—¿Pero has visto fotografías? ¿Te haces una idea del lugar?

—Supongo que sí…

—De acuerdo, ahora intenta averiguar… ¿cuál es más grande? —Me indica el paisaje que tenemos delante—. ¿Dry Falls o las cataratas del Niágara?

Pienso que es una pregunta con trampa. Como es lógico, siendo de Minnesota, Randall siente predilección a plantear preguntas complicadas. Miro al anfiteatro natural. Hay una gran caída. Un par de lagos circulares de agua de lluvia acumulada, cubiertos de juncos, decoran la base de la elevada herradura de escarpados acantilados que tengo enfrente; sobre los cuales, es por completo evidente, inmensas cantidades de agua debieron antaño fluir. No he estado en las cataratas del Niágara, que tienen 51 metros de altura, pero pasé un día asombroso en las cataratas Victoria en el sur de África, y tienen 108 metros de altura. La clásica forma en herradura de las cataratas del Niágara que se ve en las fotos se repite en las cataratas Victoria. Y aquí tenemos la misma forma, en el estado de Washington, en los EE. UU., conservada en el fósil seco de una antigua catarata.

—Dry Falls es más grande que las del Niágara —digo, con más confianza de la que siento.

—De acuerdo, por ahora vas bien; pero ¿cuánto *más* grandes?

—El doble —digo a boleo.

—No está mal —dice Randall—; pero en realidad Dry Falls es cerca de tres veces más alta que las cataratas del Niágara y más de seis veces más

ancha. —Señala—. ¿Ves cómo está ribeteada allí?

Lo veo. En realidad la herradura de Dry Falls es dos herraduras jutas, una al este y la otra al oeste.

—Las cataratas del Niágara cabrían fácilmente en solo la mitad de la herradura oriental y su borde se encontraría a casi 76 metros por debajo del de Dry Falls. Además… mira aquí… —Randall reclama mi atención hacia el lado oriental de la herradura, donde hay un hueco y luego una alta y delgada aleta de acantilados que van hacia el sur—. Eso es Umatilla Rock —dice señalando a la aleta—. Habría sido una especie de isla en lo más alto de la inundación. Una isla sumergida.

—¿Sumergida?

—Sí. Cuando la inundación llegó aquí, el agua tenía más de 150 metros de profundidad. Habría sumergido a Umatilla Rock, a las propias Dry Falls y el punto donde estamos ahora, por, humm, unos 30, quizá 45 metros.

—De modo que si me hubiera encontrado aquí entonces…

—Lo que no habrías podido hacer…

—Lo sé. Habría sido barrido, pero, por continuar con la discusión, si hubiera estado aquí de pie, ¿asumo que *no* hubiera visto una escarpada lámina de agua saltando por encima del borde de la catarata y estrellándose cientos de metros más abajo?

—No, porque eso estaba sucediendo muy por debajo de la superficie. Lo que habrías visto en este punto se habría parecido más a una pendiente con remolinos en el torrente con algún tipo de protuberancia o gradiente abrupto en ella que a una cascada de verdad, pero todo el trabajo que una cascada realiza en la roca sobre la que cae continuaba sucediendo bajo la superficie…

—¿Qué quieres decir con «trabajo en la roca»?

—El agua llega aquí en cantidades inmensas y horriblemente rápido, a 112 km/h según algunas estimaciones, y tienes que darte cuenta de que no se trata solo de agua. Es más una especie de espeso barro líquido, y dentro hay bosques enteros arrancados de raíz que van dando vueltas, y flotas de icebergs por la superficie, y en el fondo una inmensa cantidad de estruendosos escombros de restos de roca, cantos rodados como los que

hemos visto desparramados por todo Ephrata Pan, y que todo este inmenso revoltijo marcha a toda prisa arrancando y puliendo según pasa…

—¿Arrancando?

—Sí, es el mejor modo de describirlo. Como dedos gigantes que arrancan rocas de la capa de basalto que es el suelo, extrayéndolas, arrastrándolas hasta el torrente y barriéndolas corriente abajo; así es como la erosión funciona. —Randall señala de nuevo a los ribeteados acantilados en forma de herradura—. Pero lo que vemos desde aquí no es sino la mitad del cuadro. Si estuviéramos en un avión mirando hacia abajo, hacia el este, veríamos otro grupo de herraduras incluso más grandes que estas, envolviéndolas más allá de Umatilla Rock…

—Entonces, si tomamos todo esto en cuenta, ¿cuál es la extensión total de Dry Falls?

—En torno a cinco kilómetros y medio. Hasta ahí llegó cuando la inundación se detuvo. Solo Dios sabe el aspecto que hubiera terminado teniendo, o dónde estaría hoy, si la inundación hubiera continuado durante otro par de semanas…

—No te entiendo.

—Los indicios nos dicen que la inundación solo duró algunas semanas y que durante todo ese tiempo las cataratas fueron migrando hacia el norte…

—¿Desplazándose?

—Si, las cataratas migran, a diferentes ritmos dependiendo de la cantidad y la fuerza del agua que fluye por ellas. Van socavando el lecho de roca y se lo van comiendo constantemente río arriba. Las cataratas del Niágara, por ejemplo. En los últimos doce mil años se han retirado hacia el norte 11 kilómetros[112]; pero eso no es nada comparado con lo que sucedió aquí, donde la retirada fue de unos cincuenta kilómetros —la longitud de Lower Grand Coulee— en menos de un mes.

—¿De modo que el ritmo de erosión fue increíblemente rápido?

—¡Sí! Miles de veces más rápido que en el Niágara, debido a la increíble cantidad y fuerza de las aguas aquí. Dry Falls es la catarata más grande que haya existido nunca en el planeta Tierra.

—¿Y toda esa agua se supone que vino del lago glacial Missoula?

—Bueno… —dice Randall. Su barba sobresale testaruda—. Esa es la teoría.

A la caza de bloques erráticos

Randall no se cree la teoría gradualista de que múltiples vaciados del lago Missoula debido a la ruptura y creación y nueva ruptura de la presa de hielo explique las evidencias sobre el terreno. No discute que el lago glacial haya existido, o que fuera el punto de partida de violentas inundaciones; pero está convencido de que nunca se acercó al tamaño necesario para explicar los rasgos cataclísmicos de los Scablands. Al igual que J Harlen Bretz en la década de 1920, cree que una única inundación, repentina, de corta duración y del todo excepcional, de unas proporciones realmente inmensas, fue la verdadera culpable.

Otro día, Randall me lleva a «la caza de bloques erráticos» para explicarme por qué. Salimos de la interestatal 97 hacia la meseta de Waterville y recorremos un terreno accidentado y ondulado donde ocasionales campos amarillos y verdes se entremezclan con páramos más salvajes, demasiado pobres como para ser cultivados. Casi enseguida empezamos a ver inmensos conjuntos, rebaños, manadas, multitudes de gigantescos cantos rodados de un basalto ominosamente negro, todo él ajeno a este paisaje y ahora sé lo bastante como para reconocerlos por lo que son. Según se van moviendo y extendiendo, las capas de hielo arrebatan, atrapan y transportan inmensas rocas que luego quedan enterradas en ellas hasta que el hielo se derrite y suelta su carga. Lo que sucedió aquí —de hecho el lugar se llama «Boulder Park» (parque de los Cantos Rodados) y está reconocido como un monumento natural nacional— fue un aspecto diferente del mismo proceso.

—Cuando la inundación de la Edad del Hielo llegó como un torrencial bajando por la meseta de Waterville —explica Randall—, traía con ella miles de icebergs; icebergs tan grandes como petroleros con cantos rodados grandes como casas congelados en su interior. Cuando chocaron contra las faldas —señala a una distante cadena montañosa con filas de colosales cantos rodados esparcidos por ella—, los icebergs tocaron tierra y se

quedaron allí. Al final, después de que la inundación se hubiera retirado, terminaron por derretirse y dejaron los cantos rodados allí donde los encontramos hoy, desparramados por toda la parte superior de la meseta más allá de la cresta de la montaña y alfombrando su falda a lo largo de treinta kilómetros hacia el norte.

—Pero esa cresta debe de estar a unos 250 metros, quizá 275, por encima de nosotros —comento.

—¡Exacto! Lo cual nos dice que en este punto el agua debía de tener al menos esa profundidad. O más bien, no simple agua, sino barro líquido, y según la inundación comenzó a retirarse, el barro se fue haciendo más y más espeso con sedimentos hasta que finalmente dejó el fondo del valle cubierto de una capa de sedimento de centenares de metros de espesor repleta de cantos rodados embebidos en ella. Insisto, lo que quiero decir es que estamos mirando a las ruinas y escombros de un mundo desaparecido.

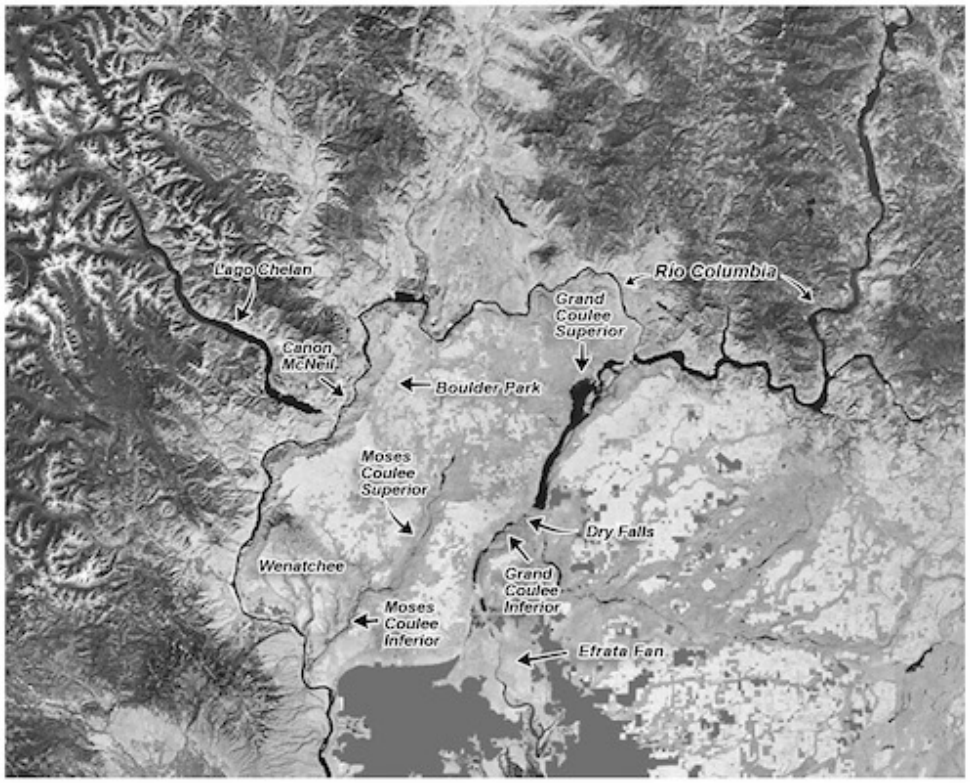


Figura 17.

Volvemos a la interestatal 97 en dirección sur a lo largo de la orilla oeste del majestuoso río Columbia y nos desviamos hacia al oeste por la

alternativa 97 hacia el lago Chelan. Con 80 kilómetros de longitud y nunca más de 2,4 kilómetros de anchura, situado al fondo de un valle boscoso de laderas empinadas al que dan sombra elevadas montañas, Chelan tiene el aspecto y la atmósfera de un gran lago escocés. Resulta adecuado, entonces, que también tenga su propia tradición de que un monstruo del lago —un dragón, según las leyendas de los nativos norteamericanos— se comió toda la caza, dejando a la gente morirse de hambre. El Gran Espíritu se enfadó y decidió intervenir. Descendió desde el cielo

> *y golpeó la tierra con su enorme cuchillo de piedra. Todo el mundo se sacudió con su golpe. Una gran nube apareció sobre la pradera. Cuando la nube se marchó, la gente vio que la tierra había cambiado. Inmensos picos de montaña habían surgido en todas partes de ella. Entre las montañas había cañones. Del noroeste al sureste a lo largo de dos días de viaje se extendía un cañón muy profundo. El Gran Espíritu arrojó el cuerpo del monstruo dentro de esta garganta profunda y larga. Entonces vertió mucha agua en ella y formó un lago. Mucho después, los indios lo llamaron Chelan*[113].

Chelan significa «aguas profundas» en la lengua inda local, el salish, y lo cierto es que el lago tiene 453 metros de profundidad, lo cual lo convierte en el tercero más profundo de los Estados Unidos y el vigésimo sexto más profundo del mundo[114]. Algunos aspectos del mito, menciono de pasada, evocan cambios en la Tierra al final de la Edad del Hielo. Montañas que habían estado escondidas bajo la capa de hielo, y por lo tanto no habían sido vistas antes, aparecieron cuando el hielo se derritió. Las aguas embravecidas de la inundación de Bretz tallaron cañones en toda la meseta de Columbia. Y, como veremos en el capítulo siguiente, puede que también haya más de lo que a primera vista parece en lo referente al inmenso cuchillo de piedra venido del cielo que golpea el suelo tan fuerte que «el mundo se sacudió», y también en lo referente a la ominosa nube que

apareció sobre la Tierra. De igual modo, la presencia sobre la ciudad de Manson, en la orilla norte del Chelan[115], de un bloque errático inmenso traído por un iceberg sugiere que la noción de «mucha agua» vertida al lago, en otras palabras, de una inundación llegada hasta allí, también puede estar arraigada en acontecimientos reales.

Tras dejar atrás más bloques erráticos repartidos por el extremo sur del lago Chelan[116], retornamos a la interestatal 97, cruzamos a la orilla este del río Columbia por el puente Beebe y luego vamos al norte, hasta el comienzo del cañón McNeil, donde más marismas cubiertas de cantos rodados y juncos nos esperan. Presentes a millares, estos bloques erráticos se conocen localmente como «cantos rodados pajar» por su característico aspecto; pero el redondeado perfil que muestran desde la distancia da paso, al acercarse, a una masa de basalto negro, dentado y astillado. Se piensa que muchos de ellos pesan más de 10.000 toneladas, y mientras Randall y yo los examinamos me encuentro abrumado por su gran altura y masa, y asombrado por el poder y la energía de las aguas de inundación que los trajeron hasta aquí.

Volvemos a la interestatal 97 y conducimos 65 kilómetros al sur, hasta la confluencia de los ríos Wenatchee y Columbia, cerca de la falda oriental de las montañas Cascade, donde Randall tiene un último bloque errático que mostrarme. Calcula que este pesa unas 18.000 toneladas. Se encuentra muy alto en la ladera de un valle largo y ancho, amenazando una urbanización de casas nuevas, cientos de metros por encima de la confluencia de los ríos y la ciudad de Wenatchee.

Trepamos hasta la cima del bloque errático para poder mirar a los ríos que brillan mucho más abajo.

—Evidentemente —explica Randall—, las aguas de la crecida debieron rellenar todo el valle de arriba abajo, de tal modo que cuando el iceberg llegó flotando y se quedó bloqueado aquí, al derretirse pudiera dejar esto justo en la cumbre.

—¿Y la inundación en sí misma? ¿Dónde fue después?

—El agua que bajaba por aquí se encontró con el agua que salía de Grand Coulee y de Moses Coulee y otros muchos canales de los Scablands,

y luego fluyeron juntas hacia abajo, hasta la cuenca de Pasco y la quebrada de Wallula…

Lluvia negra

El día siguiente nos encontró en un elevado risco que domina la quebrada de Wallula.

—Aquí el agua subió hasta cerca de 365 metros por encima del nivel del mar —dice Randall mientras consulta su GPS—[117] y estamos a 350 metros sobre el nivel del mar, de modo que la inundación habría llegado 15 metros por encima de nuestras cabezas.

—¿Desde qué dirección venía el agua?

Randall señala al norte.

—Venía rugiendo de los Scablands. Aquí convergió una masa de varias inundaciones, que luego fueron por el Columbia abajo. De modo que aquí se juntaron las aguas. Aquí es donde todas esas escorrentías se unieron.

Miro a la escena de debajo, todo un drama de tierra, cielo… y agua…

El cielo es gris, tonante y repleto de lluvia, como lo ha sido durante todo nuestro viaje. El elemento tierra comienza con una capa muy gruesa y pulverulenta capa de polvo de color pardo por el sol llamada loess, que encontramos por todas partes bajo nuestros pies en el risco. Pero luego el risco presenta un empinado descenso hasta el río Columbia —el cual forma el elemento agua—. Del otro lado de la corriente, que en este punto tiene más de kilómetro y medio de anchura, el terreno se eleva de nuevo hacia el este, aunque no tan escarpado como en el lado oeste, donde nos encontramos; pero sí cubierto por la misma gruesa capa de pulverulento loess y señalado además por la característica topografía de los Scablands, con acantilados que se sumergen en valles y una serie de afloramientos tallados por las antiguas inundaciones, sobre todo los dos aislados pilares de basalto conocidos como las Twin Sister (hermanas gemelas), que se encuentran directamente enfrente de nosotros.

—Las Hermanas Gemelas —me explica Randall— son un resto… Mira ahí, justo a la izquierda de las Hermanas puedes ver un saliente. Eso habría sido continuo… Creo que era el suelo del valle antes de la inundación…

Cuando esta llegó, arrancó el suelo del valle bajándolo unos 60 metros, si nos fiamos de la presente profundidad del río y de la altura a la que están las Hermanas Gemelas. Si la inundación hubiera continuado una semana más, las Gemelas también se las habrían llevado las aguas… Habrían quedado unos 250 metros bajo el agua. Y, si miras a la otra orilla (allí, muy por encima del nivel de las Hermanas), podrás ver ese afloramiento de basalto que está aproximadamente a nuestro nivel. Esa habría sido la señal del punto máximo de las aguas, por debajo, en el punto álgido de la inundación, todo habría quedado cubierto por ellas, de modo que lo que ves allí en los Scablands en torno a las Hermanas es la espectacular erosión del basalto debida al agua, que pasaba por aquí arrancándolo todo a 100 o 120 km por hora debido a la tremenda presión a sus espaldas.

—Inundaciones temibles y feroces —aventuro.

—¡Por Dios, sí! Como un mar interior, excepto que se estaba moviendo…

—Y es turbulento y bravo…

—Y la turbulencia va creciendo de forma gigantesca según llegaba al estrechamiento de Wallula Gap; pero cuando observas la capacidad de este valle, te das cuenta de que debió ser una cantidad infernal de agua la que llegó de forma torrencial desde el norte para retroceder tanto como lo hizo. El valle más allá del lago Missoula no es más grande que este y se encuentra a 320 kilómetros al norte de aquí. Por lo tanto, ¿cómo pudo este agua desbordarse del lago Missoula, viajar hasta aquí 320 kilómetros y no haberse calmado lo bastante como para pasar por aquí sin acumularse por encima de la quebrada? Porque lo cierto es que se acumuló, de forma gigantesca y profunda, como podemos ver por la marca de las aguas altas. Y eso, para mí, es prueba incuestionable de que estaba pasando más agua de la que nunca pudo haber salido del lago Missoula.

—De modo que —resumo— tenemos aguas de 370 metros de profundidad que corren por aquí de forma turbulenta…

—Muy turbulenta…

—¿Y cuánto tiempo permaneció tan profunda?

—Se calcula que probablemente entre una y tres semanas y que luego comenzó a menguar, porque… a esto lo llaman acumulación hidráulica. La

verdad es que este lugar fue una presa hidráulica en el sentido de que las propias aguas, forzadas por un estrechamiento como el de Wallula Gap, se convierte en una especie de presa; sobre todo porque aquí el agua estaba repleta de inmensos icebergs. A lo largo de todo el camino de la inundación hay bloques erráticos transportados por icebergs… hasta Eugene (Oregón) … Tienes que imaginártelo: un mar en movimiento estrangulado por miles de icebergs…

Me la estoy imaginando perfectamente.

—Una escena salvaje —digo.

—Salvaje —coincide Randall—. Todos esos icebergs van chocando unos contra otros y se van quedando atrapados en la quebrada. Y eso hace que el nivel del agua suba todavía más, hasta que la presión aumenta lo suficiente como para hacer que toda esa masa consiga atravesar la quebrada… Entonces el nivel del agua desciende hasta que se produce el siguiente atasco. Así pues, creo que estamos viendo un hidrógrafo pulsante que cada vez que se eleva, choca y retrocede muy arriba del valle, y luego el nivel del agua desciende y luego vuelve a subir.

El siguiente punto que menciono a Randall, estrechamente relacionado con la visión del inundado mundo infernal que acaba de describirme, está relacionado con el principal enigma que quiero explorar en el resto de esta sección, pero que todavía no he presentado al lector. Tiene que ver con las cada vez mayores evidencias de que hace 12.800 años un cometa gigante que viajaba en un órbita que lo hizo atravesar el sistema solar interior se rompió en múltiples fragmentos y que muchos de esos fragmentos, algunos de hasta 2,4 kilómetros de diámetro, golpearon la Tierra. Se cree que Norteamérica fue el epicentro del cataclismo resultante, siendo varios de los principales impactos en la capa de hielo norteamericana los responsables de inundaciones y marejadas, además de arrojar una gigantesca nube de polvo a la atmósfera superior que envolvió la Tierra, impidiendo que los rayos de sol alcanzaran su superficie y dando comienzo así el repentino, misterioso y profundo enfriamiento global conocido por los geólogos como el Dryas Reciente. Repasaremos las evidencias de todo ello y cómo esto se relaciona con la «inundación de Bretz» —la cual, después de todo, puede que no procediera del lago Missoula— en los siguientes capítulos; pero, por el

momento, seguid conmigo mientras reproduzco el resto de mi conversación con Randall en Wallula Gap.

—Y se produjo el impacto de un cometa —digo—, de modo que cabe esperar que el cielo también tuviera mala pinta…

—Debía…

—Oscuridad… —Pienso en ello y luego añado—: Cantidad de *cosas* en el aire de resultas del impacto.

—¡Cosas! —Randall da una patada a un surco en el blando polvo con la puntera de su bota de excursionismo—. Eso es lo que creo que es este estrato de dos metros de loess. Por toda la zona inundada ves estratos de 1,80, 2,20, 2,50 metros de loess que está claro calló como lluvia de la atmósfera.

—Como la leyenda de Kon-Tiki Viracocha —menciono al héroe civilizador sudamericano, de piel blanca y barba, como Quetzalcóatl y los Apkallu mencionados en el capítulo 1, que se dice llegó a los Andes durante un período aterrador, hace miles de años «cuando la tierra había sido inundada por una gran crecida y caído en la oscuridad por la desaparición del sol»[118]. (Exactamente igual que Quetzalcóatl en México y los Apkallu en Mesopotamia, la misión civilizadora de Viracocha en los Andes fue llevarles leyes y un código moral a los supervivientes del desastre, y enseñarles la técnica de la agricultura, la arquitectura y la ingeniería).

—Ah, sí —dice Randall pensativo—. La leyenda de Viracocha. ¿No decía algo de lluvia negra?

—La hubo, sin duda. Una lluvia espesa y negra. Es bastante universal en los mitos de la inundación que he estudiado…

Randall vuelve a patear el loess.

—Todo esto es desconcertante, ¿sabes? Tiene una especie de estructura vertical. La mayoría de las teorías sugieren que fue traído por el viento, pero eso no se ajusta a la estructura vertical. Estoy desarrollando la idea de que en realidad es transportado por igual por el agua y por el aire, porque creo que la última lluvia después de que el cometa golpeara la capa de hielo fue esencialmente una lluvia de barro. Habría habido una inmensa inyección de agua supercaliente en la estratosfera —agua sucia, cargada de partículas—, que seguidamente tuvo que diseminarse de forma muy similar

a la nube de escombros de una explosión nuclear y el resultado final, indudablemente, habría sido una lluvia muy intensa y prolongada.

Pero ¿de verdad un cometa golpeó la Tierra hace 12.800 años?

Como vamos a ver en el siguiente capítulo, las evidencias reunidas por un equipo internacional de científicos con las mejores credenciales están tomando al asalto el confortable mundo de la geología gradualista y uniformitarianista.

Capítulo 5

LOS NANODIAMANTES SON PARA SIEMPRE

Mientras continuamos nuestro viaje hacia el este por los estados del norte de los Estados Unidos, tras dejar Washington y atravesar conduciendo la punta de Idaho, Randall decide mostrarme algunos espectaculares detalles en la pradera de Camas, en el oeste de Montana. Aquí marchan en apretadas filas, por el liso y amarillo suelo de una cuenca elíptica de 19 kilómetros de largo por 16 de ancho en medio de las montañas Rocosas, lo que para el ojo del lego parecen una serie de dunas colosales. Pero las «dunas» resultan no ser dunas en absoluto. De hecho, se trata de gigantescas ondulaciones residuales, algunas con más de 15 metros de altura y más de 90 metros de largo, formadas al final de la Edad del Hielo, cuando la pradera de Camas formaba pate del lecho del lago glacial Missoula y se encontraba a unos 425 metros bajo el agua[119]. Los geólogos están de acuerdo en que las ondulaciones fueron creadas por corrientes poderosas generadas cuando el lago se vació dramáticamente[120].

Figura 18

—Y yo no lo niego —dice Randall, mientras nos encontramos en un punto estratégico sobre la pradera.

Una autopista desierta en gran parte recorre el suelo de la antigua cuenca, pero ahora que aparece un vehículo para proporcionar escala, puedo ver que queda encogido al tamaño de una caja de cerillas por las ondulaciones.

—De modo que —pregunto— ¿no tienes nada en contra de la existencia del lago Missoula como tal? ¿O contra la noción de que se vació de forma catastrófica?

—No, nada en absoluto. No tengo ninguna duda de que hubo docenas de *jökulhlaups* nacidos en el lago Missoula. Algunas incluso fueron bastante grandes. Mi opinión, sin embargo, es que ninguna de ellas tuvo el tamaño suficiente como para causar los espectaculares daños de inundación que hemos visto en los Scablands. Eso fue hecho por un acontecimiento de magnitud mayor que nada que pudiera provocar el lago Missoula. De modo que sí, el lago quedó represado por el hielo en el valle de Clark Fort, como mantienen los gradualistas, y sí, la presa de hielo se rompió con frecuencia a lo largo de un período de unos pocos miles de años, digamos que entre 15.000 y 13.000 años atrás. Pero la cantidad de agua soltada en esas inundaciones periódicas era minúscula, una gota en el mar comparada con el agua del acontecimiento final; en el cual el lago Missoula también estuvo implicado, evidentemente, pero con seguridad no como el principal culpable.

—¿Y ese acontecimiento final tiene que ver con el impacto de nuestro cometa? (He comenzado a llamarlo «nuestro», pero en la literatura científica suele ser llamado el «cometa Clovis» o el «cometa del Dryas Reciente»).

—¡Claro! —replica Randall—. Pero no solo un impacto. Múltiples impactos. Supongo que tantos como cuatro de los fragmentos (cada uno de ellos quizá con 800 metros de largo, quizá mayores) golpearon la capas de hielo cordillerano y laurentino en una especie de siembra a voleo y originaron un *gigantesco* deshielo inmediato. El agua del deshielo estaba por todas partes, en cantidades enormes. Naturalmente, parte de ella cayó en cascada al lago Missoula, llenándolo de forma súbita y haciendo que

estallara la presa de hielo, añadiendo así su contenido a la mayor inundación que ya estaba barriéndolo todo desde el norte.

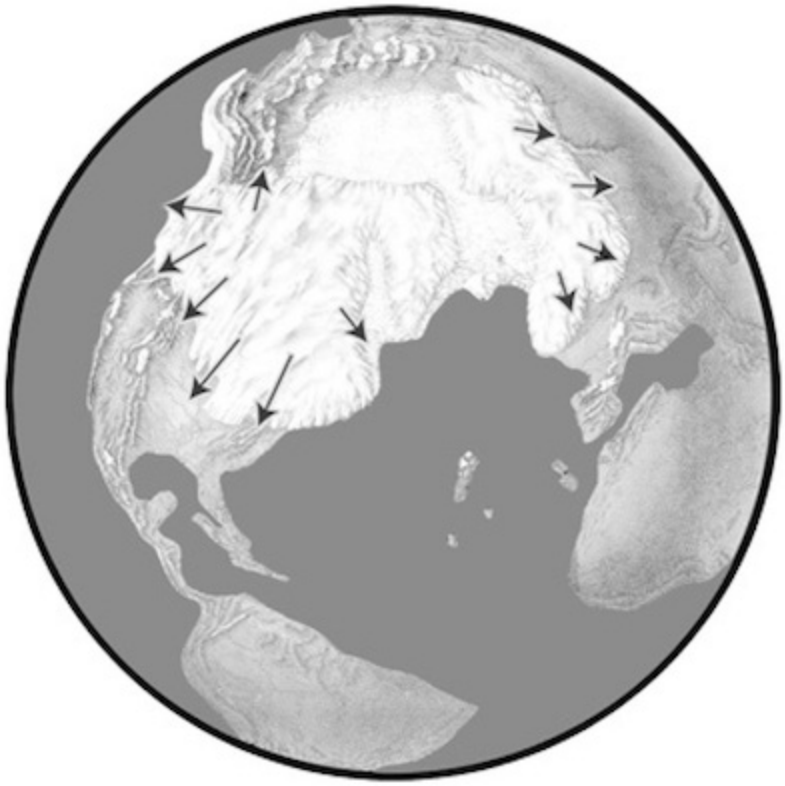


Figura 19. Las rutas de descarga del hielo derretido de las capas de hielo laurentino cordillerano. Cortesía de Randall Carlson.

—De modo que el lago Missoula fue más bien un testigo inocente, en realidad, que el culpable.

Randall suelta una risita:

—Así es. El lago era el espectador que se encuentra en medio de todo y después resulta acusado del crimen. Pero el culpable fue el cometa.

Zona de conspiración

No soy amigo de las teorías conspirativas, pero tengo la ligera sospecha —nada más— de que algo parecido a una conspiración está en marcha en el mundo científico para impedir la adecuada consideración y aceptación por parte del gran público de las ideas catastrofistas. Puse el ejemplo de J Harlen Bretz en el capítulo 3. La gélida y profundamente desagradable

recepción inicial dada a sus hallazgos, los años que él pasó después en el limbo académico, los repetidos y persistentes esfuerzos realizados por una multitud de especialistas por desprestigiar sus evidencias por completo o, tras fracasar esto, dar cuenta de ellas por medios gradualistas, y, al final, cuando todo había fallado y la noción de inundaciones explosivas del lago Missoula apareció como solución, el darse cuenta de que había estado en lo cierto desde el principio. ¡*No* en lo cierto, *no* en lo cierto bajo cualquier circunstancia, *no* en lo cierto en cualquier universo imaginable sobre la cuestión de la cataclísmica «debacle» única a la cual le habían conducido sus instintos originalmente! Si J Harlen Bretz debía de estar en lo cierto, era necesario que lo estuviera de un modo políticamente correcto; en otras palabras, ¡de un modo que pudiera ser redactado por los habilidosos asesores políticos del uniformitarianismo de tal modo que desapareciera cualquier sugerencia de un indefinible desastre cósmico!

De hecho, en la fantasía de esa conspiración (¡y de verdad espero que sea una fantasía!), la idea de los *jökulhlaups* es excepcionalmente útil. En primer lugar, proporciona lo que parece ser un relato por completo racional, sobrio y ante todo «científico» de los torturados rasgos geológicos vistos por Bretz en los Scablands. En segundo lugar, *jökulhlaups* acontecen cada año en varias partes del mundo hoy día y, por lo tanto, no violan el mandamiento de que procesos existentes, *actuando como en el presente*, bastan para explicar todos los cambios geológicos. En tercer lugar, se le puede asignar relevancia actual. Las inundaciones de la Edad del Hielo no tienen por qué tener solo un interés meramente científico; como los *jökulhlaups* siguen ocurriendo en el siglo xxi, la ciencia puede ser puesta en marcha para que anticipe y mejore sus efectos.

Todo esto puede empezar a parecer como una cortina de humo muy efectiva sobre la verdad, si es que la verdad es que al final de la Edad del Hielo tuvo lugar un cataclismo, un único y prodigioso cataclismo…

Y que además puede repetirse.

En otras palabras, ¿que sucedería si la profecía ojibwa es cierta?

¿Que pasaría si la estrella con la cola larga y ancha de verdad fuera «a destruir el mundo algún día cuando baje de nuevo»?

¿Aquellos que lo saben obtendrían algún beneficio de compartir con otros sus conocimientos al respecto? ¿O quizá piensen que a sus intereses les conviene más mantener silencio sobre todo ello?

Volveremos sobre ello en el capítulo 19. En comparación, la pregunta que tenemos que plantear y responder primero es mucho más sencilla.

¿El episodio frío del Dryas Reciente, comenzado de forma tan repentina y misteriosa hace 12.800 años, se produjo por los efectos de un gran cometa al chocar contra la Tierra?

Las evidencias del cometa

«La hipótesis del impacto del Dryas Reciente (DR) —como sus defensores vuelven a exponer en el artículo principal de *The Journal of Geology* en septiembre de 2014— sugiere que un importante impacto cósmico tuvo lugar en el Límite del Dryas Reciente (LDR) hace 12.800 años»[121]. El artículo, como vamos a ver, presentaba una gran cantidad de nuevas evidencias en apoyo de la hipótesis; en concreto confirmaba y ampliaba las evidencias primeras de la copiosa presencia de nanodiamantes en muestras del Límite del Dryas Reciente tomadas en muchos países diferentes. Los nanodiamantes son diamantes microscópicos que se forman en condiciones poco habituales con una gran detonación, presión y calor que se reconoce y forma parte de las características huellas dactilares —«identificadores» en lenguaje científico— de poderosos impactos de cometas y asteroides[122].

En 2014, cuando el artículo se publicó en el *Journal of Geology*, el debate sobre si el impacto de un cometa había puesto en marcha el Dryas Reciente llevaba en marcha varios años. El primer titular que llamó mi atención fue en la revista *New Scientist* del 22 de mayo de 2007, que preguntaba de forma provocativa:

¿acaso un cometa barrió a los norteamericanos prehistóricos?

Por entonces, 2007, me estaba tomando un descanso del misterio de la civilización desaparecida que había absorbido mis energías, y había sido el tema de mis libros, durante tanto tiempo. No obstante, el artículo del *New Scientist* despertó mi curiosidad porque se refería a la época exacta en la que me había centrado en mis trabajos. El artículo no hablaba de una

civilización perdida, pero comenzaba con una referencia a la llamada cultura Clovis de Norteamérica que, como hemos visto en el capítulo 3, desapareció del registro arqueológico durante el Dryas Reciente hace entre 12.800 y 11.600 años. El artículo decía:

> *La gente clovis, que floreció hace 13.000 años, dominaba las armas de piedra y las utilizó con provecho contra la constante amenaza de los grandes carnívoros, como los leones americanos y el gigante oso de morro corto. No obstante, resulta poco probable que hubieran pensado que la muerte vendría del cielo.*
>
> *Según los resultados presentados por un equipo de 25 investigadores esta semana en el encuentro de la American Geophisical Union en Acapulco (México), de ahí es de donde vino la maldición para los clovis. Citando varias líneas de evidencia, el equipo sugiere que un cometa errante se precipitó en la atmósfera terrestre hace unos 12.900 años [N. B.: posteriormente esa fecha sería revisada a la baja en cien años, hasta hace 12.800 años], se rompió en varios pedazos y estalló en gigantescas bolas de fuego. Los restos parecen haber alcanzado tan lejos como Europa*[123].

Mientras leía, supe que el equipo que mencionaba el artículo estaba compuesto de científicos de primer orden con grandes credenciales y eminentemente respetables:

> *Jim Kennett, un oceanógrafo de la Universidad de California, Santa Bárbara, y uno de los tres investigadores principales del equipo, afirma que inmensos fuegos arrasaron Norteamérica tras el impacto, matando a grandes poblaciones de mamíferos y acabando de forma abrupta con la cultura clovis. «El continente entero estaba ardiendo», dice.*
>
> *Richard Firestone, uno de los miembros principales del equipo químico analítico nuclear del Lawrence Berkeley National Laboratory en California, dice que la evidencia se encuentra en un estrato de sedimento de 12.900 años de antigüedad rico en carbón encontrado en ocho bien datados yacimientos de la época clovis y en un montón de testigos de sedimentos de toda Norteamérica, así como en un yacimiento en Bélgica*[124].

Preguntado sobre por qué no se había identificado todavía un cráter para este hipotético impacto de hace 12.900 años, un tercer miembro del equipo, el geofísico Allen West, asentado en Arizona, sugirió que partes más pequeñas y de menor densidad del cometa habrían explotado en la atmósfera, mientras que fragmentos mayores chocaron contra la capa de hielo de tres kilómetros que cubría Norteamérica por entonces. «Esos cráteres —observó West— habrían tenido paredes de hielo y básicamente se habrían derretido al final de la última Edad del Hielo», dejando pocas huellas.

El artículo continuaba explicando que las muestras sedimentarias en las que se centraban las evidencias del equipo contenían varios tipos diferentes de escombros que solo podían proceder de una fuente extraterrena, como un cometa o un asteroide. Además de nanodiamantes, los escombros incluyen diminutas esférulas de carbón que se forman cuando gotas fundidas se enfrían rápidamente en el aire, y moléculas de carbón que contienen el raro isótopo helio-3, mucho más abundante en el cosmos que en la Tierra[125].

> *«Se pueden encontrar explicaciones individuales para cada una de ellas —dice Firestone—, pero tomadas en conjunto, está bastante claro que hubo un impacto». El equipo dice que el agente de destrucción probablemente fuera un cometa, dado que el estrato clave de sedimento carece de los elevados niveles tanto de níquel como de iridio característicos de los impactos de asteroides*[126].

Por último, pero no menos importante, el artículo del *New Scientist* confirmaba que todas las evidencias apuntaban a Norteamérica como el epicentro del desastre:

> *Los mayores niveles de los escombros aparentemente extraterrenos, por ejemplo, se encuentran en el yacimiento arqueológico de Gainey, en Michigan, justo al sur de la frontera meridional de la principal capa de hielo de Norteamérica hace 12.900 años. Además, cuanto más se aleja uno de Gainey más decrecen esos niveles, lo que sugiere que el cometa estalló en gran parte sobre Canadá…*[127]

En otras palabras, mayormente sobre la capa de hielo que cubría la zona septentrional de Norteamérica durante la Edad del Hielo; la fuente de todo el agua de deshielo que llenó de cicatrices y tajos de los Scablands del estado de Washington durante la «inundación de Bretz» (ya procediera o no toda este agua de deshielo solo del lago Missoula o se derramara en mucha más cantidad que la que el lago pudo contener nunca). El propio Bretz, como hemos visto, se vio obligado a abandonar su fuerte intuición de que hubo un único y gigantesco proceso de deshielo en favor de múltiples desaguados de cantidades limitadas de agua de deshielo del lago Missoula una y otra vez a lo largo de miles de años.

El principal motivo por el que abrazó esta teoría, sin embargo, no fue que se hubiera convertido al gradualismo, sino que nunca fue capaz de explicar cómo una zona lo bastante grande de la capa de hielo capaz de

proporcionar las inmensas cantidades de agua necesarias para su inundación pudo fundirse de una vez. Propuso dos posibilidades —por un lado, un calentamiento global de un día para otro, por el otro actividad volcánica bajo la capa de hielo—; pero, como recordará el lector, rápidamente reconoció que no había pruebas de ninguna de ellas. Lo que Bretz no consideró, y *no podía* considerar —porque las evidencias que lo apoyan solo comenzaron a aparecer un cuarto de siglo después de su muerte— fue la posibilidad de que la capa de hielo sufriera un deshielo cataclísmico como resultado del impacto de un cometa.

Si Bretz lo hubiera sabido…

Pocos meses después de que apareciera el artículo en *New Scientist*, el equipo del «cometa Clovis» publicó un detallado artículo sobre sus hallazgos. Apareció en la prestigiosa *Proceedings of the National Academy of Science (PNAS)* el 9 de octubre de 2007. A pesar del sobrio entorno, el titular era dramático:

EVIDENCIAS DE UN IMPACTO EXTRATERRENO
HACE 12.900 AÑOS QUE CONTRIBUYÓ A LA EXTINCIÓN
DE LA MEGAFAUNA Y EL ENFRIAMIENTO DEL
DRYAS RECIENTE

El equipo sintetizaba que un estrato rico en carbón:

> *Fechado hace en torno a 12.900 años, había sido identificado previamente en yacimientos de la época clovis por toda Norteamérica y parece contemporáneo con el abrupto comienzo del enfriamiento del Dryas Reciente (DR). Por debajo de este estrato aparecen huesos in situ de megafauna pleistocena extinta junto a conjuntos de herramientas clovis, pero no por encima de él. Las causas de la extinción, el enfriamiento DR y el final de la época clovis han sido controvertidos durante mucho tiempo. En este artículo proporcionamos evidencias de un impacto extraterreno (ET) hace cerca de 12.900 años, que hipotetizamos causó los abruptos cambios medioambientales que contribuyeron al enfriamiento del DR, a una importante reorganización ecológica, a extinciones a gran escala y a rápidas modificaciones del comportamiento humano al final del período clovis. Los yacimientos clovis de Norteamérica están cubiertos por una delgada capa específica con diferentes picos de abundancia de 1) granos magnéticos con iridio; 2) microesférulas magnéticas; 3) carbón; 4) hollín; 5) esférulas de carbón; 6) carbón similar al cristal que contiene nanodiamantes, y 7) fulerenos con helio ET, todo lo cual son evidencias de un impacto ET y quema asociada de biomasa hace circa 12.900 años […]. Proponemos que uno o más objetos ET de baja densidad explotaron sobre la parte septentrional de Norteamérica, desestabilizando parcialmente la capa de hielo laurentino y desencadenando el enfriamiento del DR. La onda expansiva, el pulso termal y los efectos medioambientales relacionados con el acontecimiento (es decir, extensa quema de biomasa y limitación en*

los alimentos) contribuyeron a la extinción de megafauna…[128]

Los mamuts, mastodontes, perezosos terrestres, caballos, camellos, castor gigante y otra megafauna no fueron los únicos. En total, resulta particularmente sorprendente que no menos de treinta y cinco *genera* de mamíferos (cada género compuesto de varias especies) se extinguieran en Norteamérica hace entre 12.900 y 11.600 años, es decir, precisamente durante el misterioso enfriamiento del Dryas Reciente[129]. Lo que estaba apareciendo era, por tanto, una explicación tanto del propio comienzo del Dryas Reciente como de las extinciones que lo acompañaron, y quizá de otras muchas cosas además… incluida la cataclísmica inundación que dejó su marca en los Scablands del estado de Washington.

Todo esto parecía tanto más verosímil cuando supe que Firestone, Kennett y West proponían que su cometa era un conglomerado de varios pedazos, algunos de los cuales pueden haber tenido hasta casi 4 kilómetros de diámetro[130]. Además, ese objeto de 4 kilómetros habría sido uno de los múltiples fragmentos de la desintegración previa —mientras todavía estaba en órbita— de un cometa gigante de 100 kilómetros o más de diámetro[131]. Muchos de los fragmentos del cometa madre (incluidos algunos de gran tamaño, como veremos en el capítulo 19) permanecieron en órbita. Los que chocaron contra la Tierra al principio del Dryas Reciente sufrieron una nueva fragmentación explosiva (acompañada por poderosas ondas expansivas que, en sí mismas, habrían tenido efectos cataclísmicos), según fueron penetrando en la atmósfera sobre Canadá.

No obstante, los autores consideraban probable que cierto número de fragmentos grandes, *de hasta 2 kilómetros de diámetro*, habrían quedado intactos para colisionar con la capa de hielo[132]. Ahí, como West ya había comentado antes al *New Scientist*, cualquier cráter habría sido temporal, dejando pocas trazas permanentes en el suelo después de que se fundiera el hielo. «Las evidencias duraderas —añadía el artículo de las *PNAS*— pueden haber quedado limitadas a enigmáticas depresiones o alteraciones en la placa canadiense, por ejemplo, bajo los Grandes Lagos o la bahía de Hudson»[133].

Resumiendo los daños, los autores imaginaban:

> *Una devastadora onda expansiva de alta temperatura con altas presiones extremas, seguida de bajas presiones, con el resultado de vientos intensos que cruzaron Norteamérica a cientos de kilómetros por hora, acompañados de poderosos vórtices generados por los impactos. Además, ya fueran uno o varios los objetos que colisionaron con la Tierra, la región cercana a los impactos habría quedado envuelta en una bola de fuego […]. A mayores distancias, la reentrada de deyecciones supercalientes a grandes velocidades habría provocado incendios extremos que podrían haber diezmado bosques y praderas, destruyendo los suministros de alimentos de los herbívoros y produciendo carbón, hollín, humos tóxicos y ceniza*[134].

¿Y cómo habría producido todo esto el enfriamiento del Dryas Reciente? Los autores ofrecen muchos mecanismos actuando juntos, entre los más destacados se encuentran la inmensa columna de vapor de agua procedente de la derretida capa de hielo, que habría sido lanzada a la atmósfera superior, combinada con inmensas cantidades de polvo y escombros «formados por los bloques del impacto, detritos de la capa de hielo y de la corteza por debajo de esta», así como el humo y el hollín de incendios de tamaño continental[135]. Tomados en conjunto, es muy sencillo comprender cómo tal cantidad de detritos lanzados a la atmósfera pudo, como proponen los autores, «haber conducido al enfriamiento al bloquear la luz del sol»; mientras tanto, el vapor de agua, el humo, el hollín y el hielo habrían promovido la creación de «un nublado persistente y nubes noctilucentes, que condujeron a una reducción de la luz solar y al enfriamiento de la superficie […] [reduciendo así] la insolación a altitudes elevadas, incrementando la acumulación de nieve y causando más enfriamiento al realimentarse el ciclo»[136].

Severos y lo bastante devastadores por sí mismos, no obstante, estos factores palidecen cuando se los compara con las consecuencias de los hipotéticos impactos en el capa de hielo:

> *El mayor efecto potencial habría sido la desestabilización o derretimiento parcial, o ambos, de la capa de hielo por motivo del impacto. A corto plazo esto habría soltado repentinamente agua de deshielo y bloques de hielo a los océanos Atlántico norte y Ártico, bajando la salinidad del océano con el consecuente enfriamiento de la superficie. Los efectos enfriadores a largo plazo habrían resultado en gran parte del consiguiente debilitamiento de la circulación termohalina en el Atlántico norte, que habría sostenido el enfriamiento del DR durante [más de] mil años, hasta que los mecanismos de retroalimentación restauraron la circulación oceánica*[137].

¡La parcial desestabilización o derretimiento, o ambas, de la capa de hielo! ¡Y a una escala capaz de alterar la circulación de los océanos del mundo durante más de mil años! La cuestión de la circulación termohalina es importante y requiere una explicación. Volveremos sobre ello; pero lo que más me sorprendió en el párrafo citado arriba fue que los autores solo consideraban las consecuencias de grandes cantidades de icebergs y agua de deshielo arrojados a los océanos al norte y este del epicentro de sus propuestos impactos de cometas. No consideraron los efectos de esa gigantesca y helada inundación en las tierras situadas inmediatamente al *sur* de la capa de hielo, que con seguridad no se habrían librado.

De nuevo me encontré preguntándome cómo habría reaccionado J Harlen Bretz si hubiera tenido a su disposición mientras vivió información sobre el posible impacto de un cometa. No puedo demostrarlo, evidentemente, pero creo que se hubiera sentido mucho menos seducido por el gradualismo del lago Missoula, siendo bastante más probable —ahora que contaba con una fuente de calor creíble— que hubiera seguido aferrado

a su catastrofismo. Una única inundación cataclísmica de agua de deshielo a una escala en verdad catastrófica y originada directamente en la capa de hielo para barrer los Scablands comienza a parecer muy factible a la luz de la propuesta de Firestone, West, Kennett y el amplio equipo de científicos que trabaja con ellos.

Al mismo tiempo, mi propia hipótesis de un civilización avanzada de antigüedad prehistórica borrada de la faz de la tierra durante el marco temporal del Dryas Reciente también se ve fortalecida por su trabajo. Pues, si sus cálculos son correctos, el poder explosivo del cometa del Dryas Reciente habría sido del orden de *diez millones de megatones*[138]. Lo cual la convierte en dos millones de veces superior en sus efectos que la Tsar Bomba de la antigua URSS, el arma nuclear más grande probada nunca[139], y un millar de veces mayor que el poder explosivo estimado (10.000 megatones) de todos los dispositivos nucleares almacenados en el mundo actualmente[140]. Un desastre global de tal magnitud justo en la época que sugerí en *Las huellas de los dioses* no demuestra la existencia de una civilización perdida de la Edad del Hielo; pero al menos nos proporciona un mecanismo lo bastante grande —en caso de que dicha civilización existiera — como para haberla barrido casi por completo de la memoria humana.

Las evidencias continúan acumulándose

Dado que tiene una ramificaciones tan importantes para casi todo lo que creemos saber sobre la seguridad del entorno cósmico de la Tierra, y sobre nuestro propio pasado, resulta razonable preguntarse cómo es de sólida la teoría del impacto del cometa del Dryas Reciente. Desde 2007, cuando fue propuesta por primera vez, ¿cómo ha soportado el escrutinio científico y qué nuevas evidencias han aparecido para apoyarla?

La respuesta es que ha soportado bien el paso del tiempo, además de beneficiarse de una constante acumulación de nuevas evidencias mostradas del modo correcto en la literatura científica y sometida a una vigorosa revisión por pares. Aquí no tenemos espacio, ni necesidad, de explorar esa amplia literatura en profundidad; pero para ofrecer una idea general mencionaré las fechas y título de algunos de los artículos más importantes,

con un breve resumen de sus conclusiones y referencias completas en las notas:

2008: «Wildfire and abrupt ecosystem disruption on California's Northen Channel islands at the Allerod-Younger Dryas boundary». Las evidencias para una alteración del ecosistema hace entre 13.000 y 12.900 años en esas islas con la hipótesis del impacto cósmico en el límite del Dryas Reciente[141].

2009: «Shock-synthesised hexagonal diamonds in Younger Dryas boundary sediments». La presencia de nanodiamantes exagonales sintetizados mediante detonación y otros diamantes de tamaño nanométrico en sedimentos LDR asociados a hollín y otros indicadores de incendio es consistente con un impacto cósmico hace 12.900 años, y con la hipótesis de que la Tierra se cruzó con un enjambre de cometas o condritas carbonáceas que produjeron impactos aéreos o de superficie, tal vez ambos, que contribuyeron a una abrupta alteración del ecosistema y a la extinción de la megafauna en Norteamérica[142].

2010: «Discovery of a nano-diamond-rich layer in the Greenland ice sheet». La presencia de nanodiamantes y lonsdaleíta redondeados en el hielo de Groenlandia sugiere que tuvo lugar un gran impacto cósmico […]. La existencia de este estrato […] parece consistente con la existencia de un impacto principal que se relaciona con el LDR norteamericano rico en nanodiamantes hace 12.900 años[143].

2010: «Paleolithic extinctions and the Taurid complex». La intersección con los restos de un gran cometa (50-100 km) de período corto durante el Paleolítico Superior proporciona una explicación satisfactoria para la catástrofe de origen celeste que se ha postulado ocurrió hace en torno a 12.900 años y

que supuso un retorno a las condiciones de la Edad del Hielo de unos 1.300 años de duración. El complejo Táurido parece ser los restos de este antiguo cometa; incluye unos 19 de los objetos más brillantes cercanos a la Tierra[144]*. [N. B.: Las implicaciones de este importante artículo del astrónomo Bill Napier, del Centro de Astrobiología de la Universidad de Cardiff (Gales, Reino Unido), serán consideradas con más detalle en el capítulo 19].*

2010: «Evidence for a cosmogenic origin of fired glaciofluvial beds in the northwestern Andes: correlation with experimentaly heated quartz and feldespar». Sedimentos quemados, considerados equivalentes al impacto de la «capa negra» de hace 12.900 años han sido localizados y analizados en los Andes del noroeste de Venezuela. La «capa negra» se refiere a la posible lluvia procedente del estallido aéreo del cometa Encke que se supone tuvo lugar sobre la capa de hielo laurentino, cuyo impacto diseminó deyecciones sobre grandes zonas de Norteamérica y Europa, convirtiéndolo en un acontecimiento interhemisférico de considerable magnitud […]. La presencia de abundante monacita en los revestimientos carbonáceos se considera parte de las deyecciones, pues no es un indicador mineral en la litología local […]. El intercrecimiento de material de «capa negra» carbonáceo con cuarzo y feldespato fragmentados y termalmente perturbados, una pátina «fundida» de 100-400 nn de grosor, solo puede ocurrir con temperaturas superiores a 900 grados centígrados, interpretándose este acontecimiento como de origen cosmogénico[145]*.*

2011: «Framboidal iron oxide: chrondite like material from the black mat, Murray Springs,

Arizona». A finales del Pleistoceno una «capa negra» del Dryas Reciente se depositó encima de sedimentos del Pleistoceno en muchas partes de Norteamérica. Un estudio de la fracción magnética de la sección basal de la capa negra en Murray Springs (Arizona) reveló la presencia de framboides amorfos de óxido de hierro en una matriz cristalina de hierro-sílice. [Nuestros] datos sugieren que las texturas observadas son […] debidas […] a una detonación que fracturó y en gran parte volvió amorfos a los granos […]. Por lo tanto, sostenemos que esas partículas son el producto de un impacto a hipervelocidad[146].

2012: «Evidence from central Mexico supporting the Younger Dryas extraterrestrial impact hypothesis». Informamos del descubrimiento en el lago Cuitzeo, en el centro de México, de una capa lacustre negra rica en carbón que contiene nanodiamantes, microesférulas y otros materiales inusuales que datan de principios del Dryas Reciente […]. Encontramos […] que la evidencia no puede ser explicada por ningún mecanismo terrestre conocido. No obstante, sí resulta consistente con la hipótesis del impacto del límite del Dryas Reciente que implica múltiples estallidos aéreos o impactos terrestres, o ambos, hace 12.900 años[147].

2012: «Very high-temperature impact melt products as evidence for cosmics airbusts and impacts 12,900 years ago». Examinamos las secuencias de sedimentos de 18 yacimientos datados en el límite del Dryas Reciente (LDR) a lo largo de tres continentes […]. Todos los yacimientos muestran abundantes microesférulas en el LDR y ninguna o pocas por encima y por debajo. Además, tres yacimientos […] presentan objetos similares a escoria silíceos, de alta

temperatura y vesiculares, OSE, que encajan geoquímicamente con las esférulas […]. Nuestras observaciones indican que los objetos LDR son similares al material producido en estallidos aéreos nucleares, columnas de vapor y humo de cráteres de impacto y estallidos cósmicos, y que apoyan fuertemente la hipótesis de múltiples estallidos/impactos cósmicos hace 12.900 años. Los datos aquí presentados requieren que la radiación termal procedente de los estallidos atmosféricos sea suficiente para fundir sedimentos de superficie a temperaturas iguales o superiores al punto de ebullición del cuarzo (2.200 ºC)[148].

2013: «Large PT anomaly in the Greenland ice core points to a cataclysm at the onset of Younger Dryas». Una explicación del episodio de abrupto enfriamiento conocido como el Dryas Reciente (DR) es un impacto o estallido aéreo en el límite del Dryas Reciente que desencadenó el enfriamiento y dio lugar a otras calamidades. Comprobamos la hipótesis del impacto del DR analizando testigos de hielo del Greenland Ice Sheet Project 2 (GISP2) a lo largo del Bolling-Allerod/límite del DR en busca de elementos principales y elementos traza. Encontramos una gran anomalía de platino (Pt) en el LDR […]. La evidencia circunstancial sugiere una fuente extraterrena […] [quizá] un objeto metálico de impacto con una composición inusual…[149]

2013: «New evidence from black mat site in the northern Andes supporting a cosmic impact 12.800 years ago». Las esférulas de Venezuela son morfológica y composicionalmente idénticas a las esférulas LDR documentadas en otros lugares […] en tres continentes, Norteamérica, Europa y Asia, lo cual

confirma los resultados de esférulas magnéticas del LDR de investigadores previos. Su textura microestructural indica que se formaron por fundición y enfriado rápido […]. De modo que el origen más probable de las esférulas parece ser un impacto/estallido aéreo hace 12.800 años con consecuencias interhemisféricas. El yacimiento de Venezuela, junto a otro del Perú, son los dos yacimientos más meridionales conocidos actualmente que muestran restos del impacto del LDR, y presentan las primeras evidencias de que los efectos del impacto se extendieron hasta Sudamérica, incluso al hemisferio sur[150].

2014: «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with major cosmic impact at 12.800 Cal BP». Se ha propuesto un importante impacto cósmico como el comienzo del episodio del Dryas Reciente hace 12.800 años (más/menos 150 años) antes del presente, que creó el estrato Límite Dryas Reciente (LDR) presente hasta en 50 millones de kilómetros cuadrados en cuatro continentes. En 24 secciones estratigráficas datadas en 10 continentes del hemisferio norte, la capa LDR contiene un claramente definido pico de abundancia de nanodiamantes (ND), un importante indicador de un impacto cósmico […]. El amplio volumen de evidencias obtenidas sobre los ND del LDR concuerda con un origen en un impacto cósmico hace en torno y va contra la formación de ND en el LDR mediante procesos terrestres naturales, incluidos incendios, antropogénesis o el influjo del polvo cósmico, o todos a la vez[151]. *[N. B.: Este artículo y sus importantes implicaciones se discutirán con más detalles más adelante en este capítulo].*

Enfrentamiento con los uniformitarianistas dogmáticos

Uno habría pensado que con tan impresionante acumulación de evidencias, la teoría del impacto del Dryas Reciente estaría ya completamente aceptada, y que los investigadores se habrían dedicado a considerar de forma más amplia las *implicaciones* de semejante cataclismo global, reciente y hasta ahora insospechado en nuestra comprensión de la historia de la Tierra y de nuestra propia especie. No obstante, ya hemos visto con el ejemplo de J Harlen Bretz cómo los científicos afines al marco de referencia uniformitarianista y gradualista reaccionan con una fuerza extremadamente negativa a las teorías catastrofistas.

Bretz no fue una excepción. Alfred Wegener, el primero en proponer la teoría de la deriva continental —las placas tectónicas—, también fue puesto en la picota, al igual que, posteriormente, Luis y Walter Álvarez (el impacto «K-T» de Chicxulub), Stephen J. Gould (el equilibrio puntuado), Victor Clube y Bill Napier (catastrofismo coherente) y James Lovelock, Sherwood Rowland, Mario Molina y Lynn Margulis por sus contribuciones a la geofisiología y la teoría de Gaia. De modo que no debería sorprendernos que Richard Firestone, Allen West, James Kennett y otros que han seguido las evidencias y se han arriesgado a sugerir que un impacto causó el Dryas Reciente también hayan sufrido un enconado y continuo ataque.

De hecho, en los últimos años el triunfante cacareo de los críticos que claramente creen han acabado, de una vez por todas, con el herético catastrofismo de Firestone, West y Kennett ha llenado varias veces el ambiente académico. En cada una de esas ocasiones casi se pudo oír el suspiro colectivo de alivio, como diciendo «gracias a Dios, por fin hemos pillado a esos desgraciados»; pero, pocos meses después, llegaba la devastadora y absolutamente convincente refutación que forzaba a los críticos a retirarse de nuevo a sus cuarteles para volver a empezar. Por eso, ocho años de ataques sostenidos solo han servido para demostrar —una y otra vez— que la ciencia tras la teoría del cometa del Dryas Reciente es buena.

Al revisar la bibliografía resulta bastante evidente que los académicos se agrupan en bandos. Entre los directores de pista del bando «anticometa DR», cuyos nombres aparecen con frecuencia firmando los artículos críticos, se encuentran Mark Boslough, físico del equipo técnico del Sandia National Laboratories, y Nicholas Pinter, profesor de Geología en la Universidad de Southern Illinois. En 2012 formaron equipo con media docena de otros científicos para publicar un artículo titulado «Arguments and evidence against a Younger Dryas impact event».[152] Y, un año antes, Pinter y algunos otros de los autores del ataque de 2012 habían unido fuerzas para escribir un artículo muy pretenciosamente titulado «The Younger Dryas impact hypothesis: a requiem»[153].

Parafraseando a Mark Twain, los informes sobre la muerte de la teoría del cometa han sido bastante exagerados.

Por ejemplo, una de las críticas clave realizadas por Boslough *et al.* en su artículo de 2012 era que:

> *Los resultados de una abundancia de microesférulas magnéticas publicados por los defensores del impacto no han podido ser reproducidos por otros trabajos. Los análisis de la misma estratigrafía del yacimiento DR realizados por Surovell et al. [2009] no pudieron replicar las observaciones de dos de los marcadores del impacto publicadas por Firestone et al. [2007]. El estudio de Surovell et al. [2007] no encuentra picos de abundancia única en la época del intervalo DR*[154].

Pero los defensores del impacto pudieron demostrar después que Boslough y los demás coautores habían «omitido citar nueve estudios independientes de esférulas en dos continentes que informaban haber encontrado significativas cantidades de esférulas LDR [Límite Dryas Reciente]»[155]. Peor todavía fue que cuando otros científicos repitieron el análisis de Surovell *et al.*, sus hallazgos de hecho apoyaron el impacto. Los científicos concluyeron que:

> *La incapacidad de Surovell et al. para encontrar picos de esférulas LDR fue debida a no seguir el protocolo de extracción prescrito. Por ejemplo, Surovell et al. no llevaron a cabo ningún análisis utilizando microscopía de spin electromagnético, un procedimiento necesario claramente especificado en Firestone et al.*[156]

Un estudio distinto e independiente realizado por Malcolm A. Le Compte *et al.* observó que Surovell *et al.* «recogieron y analizaron muestras de siete yacimientos LDR, supuestamente utilizando el mismo protocolo que Firestone *et al.*, pero no encontraron ni una esférula en sedimentos LDR en dos yacimientos donde antes sí se habían encontrado»[157]. Le Compte *et al.* examinaron la discrepancia. Tras una cuidadosa investigación de toda las evidencias, sus resultados arrojaron sobre el trabajo de Surovell *et al.* unas sombras todavía más oscuras:

> *Realizamos una investigación independiente y ciega de dos yacimientos comunes a ambos estudios, así como de un tercero estudiado solo por Surovell et al. Encontramos abundantes microesférulas LDR en los tres ampliamente distantes yacimientos, de acuerdo con los resultados de Firestone et al., y concluimos que el protocolo analítico de Surovell et al. se desviaba significativamente del de Firestone et al. Análisis morfológicos y geoquímicos de las esférulas LDR sugieren que […] se formaron a partir de una fusión y enfriamientos repentinos de materiales terrestres y […] concuerdan con […] el previamente propuesto impacto cósmico de hace 12.900 años…*[158]

No resulta ninguna sorpresa que, después de todo esto, el «requiem» de Pinter para la hipótesis del impacto del Dryas reciente demostrara ser demasiado prematuro:

> *Pinter et al. afirmaban haber tomado muestras en el estrato LDR en un lugar «idéntico o casi idéntico» al lugar mencionado por Kennett et al., como parte de tres estudios que informaban no haber encontrado esférulas o nanodiamantes LDR. No obstante, las coordenadas Sistema Universal Transversal de Mercator publicadas revelan que su supuesta secuencia continua es en realidad cuatro secciones discontinuas. Esos lugares se encuentran separados del sitio investigado por Kennett et al. 7.000 m, 1.600 m, 165 m y 30 m, lo que demuestra claramente que no tomaron muestras del yacimiento LDR de Kennett et al. Además, esta estrategia de muestreo plantea preguntas sobre si Pinter et al. de verdad tomaron muestras del LDR, y puede explicar por qué fueron incapaces de encontrar picos de esférulas magnéticas, esférulas de carbón o nanodiamantes LDR*[159].

En 2012-2013, en un intento por limitar el alcance de la erudición pobre o engañosa antes citada, pues consideraban que desacreditaba su trabajo —cuando en realidad no lo hace—, Jim Kennett, Richard Firestone, Allen West y un formidable grupo de científicos defensores al impacto pusieron en marcha «una de las más completas investigaciones sobre micro esférulas nunca realizada»[160]. La investigación se centró en 18 yacimientos de Norteamérica, Europa y Oriente Medio (este representado por Abu Hureyra, en Siria), y llevaron a cabo más de 700 análisis de esférulas utilizando espectroscopia de energía dispersiva de rayos X (eds) para el análisis químico y el microscopio electrónico de barrido para la caracterización microestructural de superficie.

Los resultados, publicados en las *PNAS* el 4 de junio de 2013, se aprovecharon de recientes avances en la tecnología del radiocarbono para ajustar la fecha del impacto del Dryas Reciente de hace 12.900 años hasta 12.800[161] y permitieron crear un mapa mucho más detallado del campo LDR, el cual cubre 50 millones de kilómetros cuadrados de las Américas

(norte, centro y sur), un amplio segmento del océano Atlántico y la mayor parte de Europa, norte de África y Oriente Medio. Los cálculos indican que el impacto depositó en torno a *diez millones de toneladas de esférulas* en este vasto campo de dispersión[162]. En la mente de los investigadores no había ninguna duda de que en el centro de todo había estado un impacto:

> *El análisis de 771 objetos LDR presentado en este artículo apoya ampliamente un gran impacto hace 12.800 años […]. Las esférulas […] están 1) diseminadas por 18 yacimientos en cuatro continente; 2) presentan grandes picos de abundancia solo al principio del DR y hace entorno a 12.800 años; 3) raramente aparecen por encima o por debajo del LDR, lo que indica un acontecimiento particular; y 4) ascienden hasta una cantidad calculada en 10 millones de toneladas de material distribuidas entre en torno a 50 millones de kilómetros cuadrados de varios continente, lo cual excluye un acontecimiento pequeño y local*[163].

A pesar de la molesta habilidad del cometa del Dryas Reciente para seguir demostrando su existencia, y de sus defensores para continuar rechazando todos los ataques, Nicholas Pinter, autor principal del artículo del «requiem» de 2011, se sintió obligado de nuevo, en una entrevista en NBC News en septiembre de 2013, a intentar desterrar la hipótesis al limbo. «Mi único comentario —dijo— es que la literatura proimpacto es, en este momento, ciencia marginal promovida por una única revista»[164].

Varios observadores sin especial interés en la cuestión se quedaron perplejos con la respuesta. En primer lugar, como señaló Robert Kunzig, corresponsal de *National Geographic*, huele un poco a deseo, o incluso a desesperación, por parte de Pinter. «Algunos opositores de la hipótesis —escribió Kunzig— anhelan tanto que desaparezca que han intentado declararla muerta»[165]. En segundo lugar, la revista a la que Pinter acusó de promover ciencia marginal no es otra que la reverenciada en la corriente

principal de pensamiento de su campo y extensamente revisada por pares, *Proceedings of the National Academy of Sciences (PNAS)*[166]. Tercero, aunque varios de los artículos de Kennett, West, Firestone y su equipo han aparecido en *PNAS*, sencillamente es mentira sugerir que *PNAS* esté promoviendo su causa. Al contrario, cuando Pinter emitió sus protestas en la NBC, los críticos de la hipótesis del cometa DR habían publicado diez artículos en *PNAS*, mientras que los propulsores de la misma solo lo habían hecho en ocho ocasiones. Del mismo modo, la afirmación de Pinter de que la hipótesis se estaba presentando en una única revista no puede estar más equivocada. En septiembre de 2013, además de sus ocho artículos en *PNAS*, los defensores de la hipótesis habían publicado no menos de quince artículos en otras trece revistas diferentes[167].

El duelo entre especialistas sobre la hipótesis del impacto del Dryas Reciente estás lejos de haber terminado. En el momento de escribir estas líneas, la andanada más reciente disparada por sus críticos se titula «Anthropogenic origin of siliceous scoria droplets from Pleistocene and Holocene archaeological sites in northern Syria». Escrito por P. Thy, G. Willcox, G. H. Barford y D. Q. Fuller, fue publicado en internet el 16 de diciembre de 2014 y en papel en enero de 2015, en la *Journal of Archaeological Science*[168]. Lo esencial del argumento es que las gotitas de escoria silícea (compuestas en su mayoría por una matriz de cristal y burbujas junto con granos de mineral parcialmente fundidos) de Abu Hureyra en Siria —citados por científicos proimpacto como evidencia para su caso— no tienen nada que ver con el cometa, sino que en realidad son producto de antiguos edificios destruidos por fuegos de hogar:

> *Por lo tanto, concluimos que la fundición de tierra de construcción en asentamientos antiguos puede tener lugar con fuegos de temperaturas modestas. No hay evidencias que sugieran que las gotitas de escoria silícea resulten de la fundición a muy altas temperaturas del suelo y sean resultado de un acontecimiento cósmico*[169].

«Por lo que respecta al yacimiento de Siria, la teoría está muertas», presumió el autor principal, Peter Thy, en una entrevista en la prensa titulada «Un estudio arroja dudas sobre el impacto cósmico que mató a los mamuts»[170]. Pero, una vez más, parece que la bravata fue prematura. Allen West aparece citado como autor en la mayoría de los artículos científicos publicados por el equipo de científicos que trabajan sobre el impacto del Dryas Reciente, de modo que le mandé un correo electrónico el 18 de marzo de 2015 para preguntarle si él y sus colegas tenían alguna respuesta a la crítica de Thy *et al.* Esta es la respuesta de West:

> *Coincidimos con Thy et al. en que los fuegos de cabaña pueden producir cristal, pero eso no significa que todos los cristales procedan de fuegos de cabaña, como es su conclusión. Hemos analizado cristales naturales proporcionados por uno de los autores de ese estudio, y el cristal de 12.800 años de antigüedad de Siria solo es superficialmente similar. En realidad es igual al cristal de impacto cósmico, así como a cristales de alta temperatura de bombas atómicas.*
>
> *Lo que es más importante, esos autores no discuten o buscan evidencias de los abundantes minerales de alta temperatura presentados en nuestros anteriores artículos en tres yacimientos en dos continentes (Pensilvania, Carolina del Sur y Siria), donde encontramos suessita, que se funde en torno a los 2.300º C, y corundo, que lo hace en torno a los 1.800º C. Ahora contamos con evidencias más firmes del yacimiento sirio y estamos trabajando en un nuevo artículo que será publicado este año. El cristal sirio de 12.800 años de antigüedad contiene una serie de minerales que se funden a temperaturas extraordinariamente elevadas. Véase la tabla que sigue de nuestro nuevo artículo:*

Mineral fundido	Fórmula	Temperatura estimada de fusión (°C)
Cromita	$(Fe)Cr_2O_4$	≈ 2.265
Cuarzo	SiO_2	≈ 1.720
Esquisto	SiO_2 impuro	≈ 1.720
Magnetita	Fe_3O_4	≈ 1.550
Hierro nativo	Fe	≈ 1.530
Clorapatita	$Ca_5(PO_4)_3Cl$	≈ 1.530

> *Estas temperaturas son suficientes como para fundir acero. Además, el mismo estrato rico en cristal del yacimiento sirio contiene grandes picos de nanodiamantes, níquel y platino. Ningún fuego de hogar puede duplicar ese rango de evidencia; esos fuegos no puede producir enriquecimientos de nanodiamantes o platino. Toda esta evidencia refuta la hipótesis de Thy et al. de que ese cristal fue producido en fuegos de hogar de bajas temperaturas*[171].

Cuando el nuevo artículo de West y sus colegas se publique avanzado el 2015 (después de que este libro haya sido enviado a imprenta), no tengo ninguna duda de que, efectivamente, refutará el argumento de Thy *et al.*; del mismo modo en que han sido refutados con éxito los ataques previos. Pero tampoco me cabe ninguna duda de que aquellos quienes por cualesquiera motivos se oponen filosóficamente a la noción de un cataclismo hace 12.800 años publicarán más de los llamados «requiem» de la hipótesis del impacto del Dryas Reciente en los años que vendrán, aunque el constante descubrimiento de nuevas evidencias signifique que está viva y goza de buena salud. Como hemos visto a lo largo del libro, las ideas catastrofistas, no importa lo meticulosamente documentadas y argumentadas y presentadas que puedan estar, son barridas bajo las esquinas

de las alfombras por el *establishment* uniformitarianista. Del mismo modo en que, dotado de persistencia y meticulosidad, J Harlen Bretz se enfrentó a años de desánimos antes de que sus ideas fueran bienvenidas dentro de la corriente principal del pensamiento.

Jim Kennett, Richard Firestone, Allen West y sus colegas han expuesto el caso catastrofista para el impacto del cometa del Dryas Reciente con una persistencia igual de encomiable y con igual dominio de la documentación, y también ellos se han enfrentado al rechazo y hostilidad. No obstante, en su caso hay dos cosas diferentes. La primera es que se trata del siglo xxi y disponemos de internet, que permite una rápida distribución y difusión de las ideas. Este no era el caso cuando Bretz comenzó su solitaria lucha. En segundo lugar, Kennett, Firestone y West parecen conocer mejor que Brest cómo funciona la política de la ciencia y han fortalecido bastante su posición movilizando para su trabajo el apoyo de muchos colegas. Una cosa es mandar callar y silenciar a un lobo solitario como Bretz. Otra completamente diferente hacer lo propio con un amplio equipo de científicos con credenciales de múltiples disciplinas y diferentes universidades.

Y el equipo sigue creciendo. Mientras termino este capítulo, en marzo de 2015, tengo delante de mí en mi mesa el último artículo publicado por Firestone, Kennett y West, titulado «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with mayor cosmic impact 12.800 years ago», aparecido en el número de septiembre de 2014 de *The Journal of Geology*. El autor principal es Carles R. Kinzie, del Departamento de Química de la Universidad DePaul de Chicago. Firestone, Kennett, West y otros veintidós científicos destacados de prestigiosas universidades de todo el mundo firman como coautores[172]. La importancia del artículo, de sus autores, de la revista donde aparece, junto con las nuevas y detalladas refutaciones que contiene de las críticas anteriores[173], se combinan para convertir en objeto de risa la afirmación de Pinter de que la hipótesis del cometa del Dryas Reciente es «ciencia marginal».

En realidad, lo cierto es lo contrario; lo que claramente está sucediendo es que una hipótesis extraordinaria ha satisfecho una y otra vez las exigencias de evidencias extraordinarias que la soporten y ha comenzado a

abrirse paso por entre las firmemente defendidas puertas de la corriente principal de pensamiento. No será una lucha sencilla; nunca lo es. Habrá retrocesos y progresos; pero el artículo de la esférulas de 2013 y el de los nanodiamantes de 2014 contienen tal cantidad de evidencias que incluso los más estrictos de los gradualistas deben encontrar difícil descartarla por completo. Es el caso de Wallace Broecker, un geoquímico y climatólogo del Observatorio Terrestre Lamont-Doherty de la Universidad de Columbia, que hace no mucho admitió a regañadientes: «La mayoría de la gente está intentando refutarla. Ahora van a tener que darse cuenta de que algo de verdad hay en ella»[174].

Pero no puede haber solo «alguna» verdad en ella. O bien la hipótesis del cometa del Dryas Reciente es correcta o no lo es. Mi propia opinión, tras haber escudriñado más de siete años de artículos de investigación y haber leído cada ataque y cada refutación desde que la hipótesis fue publicada por primera vez, en 2007, es que los argumentos en favor del impacto son muy fuertes y van fortaleciéndose y volviéndose más convincentes cada vez. Podría poner más ejemplos de los exitosos esfuerzos de los partidarios de la hipótesis defendiendo sus ideas a lo largo de los años; pero, en vez de hacerlo, referiré al lector interesado a las fuentes proporcionadas en las notas[175].

Mientras tanto, en el artículo de septiembre de 2014, sintetizando las evidencias presentadas, concluye:

> *Un impacto cósmico al comienzo del episodio de enfriamiento del Dryas Reciente es la única hipótesis capaz de explicar la deposición simultánea de picos de abundancia de nanodiamantes y esférulas cristalinas, cristal fundido, platino u otros identificadores, o ambos, en al menos cuatro continentes (en cerca de 50 millones de kilómetros cuadrados). Las evidencias apoyan fuertemente un impacto cósmico hace 12.800 años*[176].

Resulta especialmente destacable, añade James Kennett, el hecho de que los materiales vítreos y metálicos de los estratos LDR solo puedan haberse formado a temperaturas superiores a los 2.200º C y, por tanto, no pueden ser el resultado de escenarios alternativos diferentes al impacto de un cometa gigante[177].

Falta conocer el tamaño exacto del impacto, para lo cual se necesitan más estudios. Hasta entonces, Kennett dice: «No hay límites conocidos al campo de dispersión del LDR, que en la actualidad cubre más del 10 por ciento del planeta, lo que señala que el acontecimiento del LDR fue un impacto cósmico mayor […]. Los datos de nanodiamantes reconocidos en este estudio proporcionan a los científicos una instantánea de un momento en el tiempo, llamado un isocrono»[178].

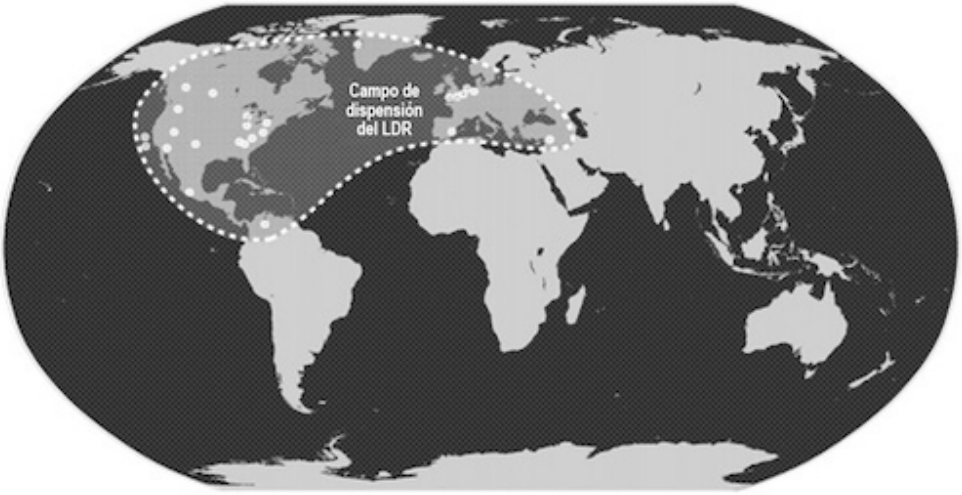


Figura 20. El campo de dispersión del Límite Dryas Reciente (según Wittke *et al*., 2013 y Kinzie, Kennett *et al*., 2014). El área englobada por la línea discontinua define los límites actualmente conocidos de identificadores de impacto cósmico, que ocupan 50 millones de kilómetros cuadrados.

A día de hoy, en todo el mundo, los científicos solo conocen dos estrados de sedimentos «ampliamente distribuidos por varios continentes que exhiban picos de abundancia contemporáneos en un conjunto comprensivo de marcadores de impacto cósmico, incluidos nanodiamantes, esférulas enfriadas a altas temperaturas, cristal fundido a altas temperaturas, esférulas de carbón, iridio y carbono en forma de racimo de uva»[179]. Estas capas se encuentran en el LDR de hace 12.800 años y en el límite cretácico-

terciario de hace 65 millones de años, cuando hace mucho que se está de acuerdo en que un gigantesco impacto cósmico en el golfo de México (en este caso se piensa que el causante fue un asteroide de unos 10 kilómetros de diámetro) originó la extinción en masa de los dinosaurios Citado en en Julie Cohen, «Nanodiamonds are forever: A UCSB professor's research examines 13.000-year-old nanodiamonds from multiple locations across three continents», *op. cit.*.

«Las evidencias que presentamos acaban con el debate sobre la existencia de abundantes nanodiamantes LDR —dice Kennett—. Nuestra hipótesis desafía algunos paradigmas existentes en varias disciplinas, incluidas la dinámica de impactos, la arqueología, la paleontología y la paleoceanografía/paleoclimatología, todas ellas afectadas por este reciente impacto cósmico»**[180]**.

Lo que dice Kennett tiene importantes implicaciones para el estudio y comprensión de nuestro pasado. Los arqueólogos han tenido por costumbre considerar los impactos cósmicos, que supuestamente solo suceden con intervalos de muchos millones de años, como en gran parte irrelevantes para los 200.000 años de historia de los humanos anatómicamente modernos. Cuando creíamos que el último gran impacto fue el asteroide que mató a los dinosaurios hace 65 millones de años, obviamente, había pocos motivos para intentar relacionar accidentes cósmicos a una escala tan casi inimaginable con el mucho más corto marco de referencia de la «historia». Pero la posibilidad muy real, confirmada por el estudio de Kennnett, de que hace 12.800 años —ahí al lado en la escala histórica— se produjera un acontecimiento gigantesco que sacudió la Tierra y alcanzó un nivel capaz de extinguir la vida lo cambia todo.

Capítulo 6

LAS HUELLAS DE UN COMETA

Las evidencias de los depósitos de nanodiamantes, microesférulas, cristal fundido a altas temperaturas y otros «indicadores de impacto extraterreno» en el límite del Dryas Reciente apuntan con fuerza hacia un encuentro cataclísmico entre la Tierra y un gran cometa hace unos 12.800 años. El punto de entrada se habría encontrado en algún lugar por encima de Canadá, momento en el cual el cometa ya estaría roto en múltiples fragmentos tras su camino por el espacio (como sucedió con el cometa Shoemaker-Levy 9, cuando su convoy de grandes fragmentos golpeó Júpiter con espectaculares efectos en 1994). No obstante, es igual de posible que la ruptura del cometa del Dryas Reciente no ocurriera hasta su entrada en la atmósfera terrestre. Fuera como fuese, algunos de los fragmentos no tardaron en explotar en el aire, mientras que otros, con diámetros de hasta 2 kilómetros, se estrellaron en varios puntos de la capa de hielo de Norteamérica; otros continuaron en dirección sudeste hasta el otro lado del océano Atlántico, donde hubo más impactos en la capa de hielo europea; y otros más siguieron en el aire hasta alcanzar Oriente Medio, cerca de Turquía, Líbano y Siria, donde tuvo lugar la lluvia final de fragmentos.

Dado que la evidencia del cometa es tan nueva y que la hipótesis del impacto todavía se discute, casi no se han tenido en cuenta los efectos inmediatos de los múltiples impactos principales que se piensa tuvieron lugar en la capa de hielo norteamericana. En todos los casos, el propio hielo, que hace 12.800 años seguía teniendo más de dos kilómetros de grosor, habría absorbido la mayoría del impacto, dejando muy pocas mareas duraderas en el suelo. A pesar de ello, los investigadores han comenzado a centrarse en una serie de posibles cráteres.

Un candidato es el llamado Charity Shoal del lago Ontario. Consiste en un borde elevado en torno a un pequeño lago circular de aproximadamente un kilómetro de diámetro y 19 metros de profundidad, y fue estudiado por un equipo de científicos liderados por Troy Holcombe, que concluyó que era posible que fuera un impacto extraterreno y pudiera haber sido creado a finales del Plioceno, en torno al comienzo del Dryas Reciente[181].

De igual modo, la estructura de Bloody Creek en el suroeste de Nueva Escocia, de medio kilómetro de diámetro y 10 metros de profundidad, ha sido identificado como un posible cráter de impacto por Ian Spooner, George Stevens y otros en un artículo de 2009 en la revista *Meteoritics and Planetary Science* no están seguros de su edad, pero mencionan que «el impacto en hielo glaciar durante las etapas menguantes de la glaciación de Wisconsin hace unos 12.000 años pudo haber significado la disipación de gran parte de la energía del choque gracias al hielo, con el resultado que se ve en la presente morfología de la estructura de Bloody Creek»[182].

Un tercer candidato es el cráter Corossol, en el golfo de Saint Lawrence (Canadá). Descubierto por el Servicio Hidrográfico del Canadá durante la creación de un mapa subacuático, Corossol tiene 4 kilómetros de diámetro, lo que implica un objeto de impacto con un diámetro de hasta medio kilómetro. En la actualidad el cráter se encuentra bajo el agua a entre 40 y 185 metros de profundidad y al principio se pensó que era muy antiguo, situándolo en algún punto tras el Ordovicio Medio, hace unos 470 millones de años[183]. Investigaciones recientes, no obstante, arrojan dudas sobre esta cronología. Por ejemplo, M. D. Higgins y sus colegas de la Universidad de Quebec y el Geological Survey de Canadá sostienen en un artículo presentado en el 42.ª Conferencia sobre Ciencia Lunar y Planetaria en marzo de 2011 que:

> *La escasez de sedimentos en el cráter puede considerarse como indicio de que es joven. La edad mínima fue establecida utilizando datos de un testigo de 7 metros tomado en la depresión central. Fechas de carbono 14 calibradas de conchas en los sedimentos pueden ser extrapoladas para ofrecer una edad estimada de la base de la secuencia sedimentaria de entorno a hace 12.900 años […]. Esta se considera como la edad más moderna posible del impacto*[184].

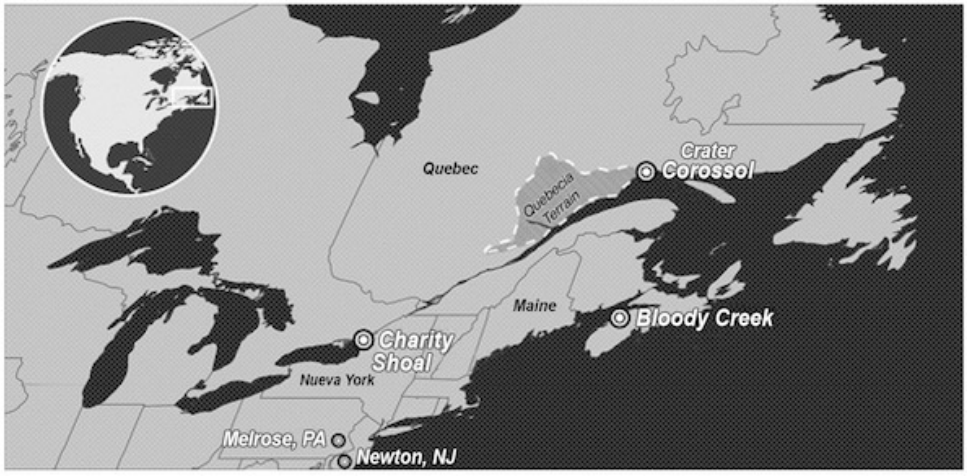


Figura 21.

La «edad más moderna posible» de 12.900 años entra sin problemas dentro del margen de error de 12.800 años más/menos 150 años que se acepta actualmente para el LDR[185]. En otras palabras, si se confirman los hallazgos de Higgins y su equipo, Corossol muy bien podría ser uno de los hasta ahora «desaparecidos» cráteres de impacto dejados por el cometa del Dryas Reciente. Una identificación firme de uno de estos cráteres sería la guinda del pastel para Firestone, Kennett, West y los demás científicos proimpacto; pero, como han dejado claro en numerosas ocasiones, no *necesitan* cráteres para demostrar su hipótesis, pues ni de estallidos en el aire, ni de impactos en las capas de hielo se han de esperar cráteres.

No obstante, Charity Shoal, Bloody Creek y Corossol no son los únicos. Un posible cuarto punto de impacto se ha identificado al oeste de Corossol,

en una zona conocida por los geólogos como Quebecia Terrain. Grandes concentraciones de microesférulas LDR halladas cerca de las ciudades de Melrose (Pensilvania) y Newtonville (Nueva York) fueron analizados por Wu, Sharma, LeCompte, Dimitroff y Landis en un artículo publicado en septiembre de 2013 en *Proceedings of de National Academy of Sciences*. Su conclusión es que un impacto en la capa de hielo laurentino penetró hasta la capa de roca de Quebecia Terrain proyectando deyecciones muy alto en la atmósfera. Estas deyecciones incluían esférulas de entre 2 y 5 milímetros de diámetro que fueron diseminadas por los vientos y terminaron cayendo a cientos de kilómetros de distancia, en la zona de Melrose-Newtonville. Resulta significativo que, al ser analizadas, las esférulas demostraran contener:

> *Minerales como la suessita, que se forma a temperaturas superiores a los 2.000º C. Su textura basta, la mineralogía y la edad de las esférulas parecen concordar con su formación como deyecciones de un impacto hace 12.900 años […]. Los patrones de los elementos raros y los isótopos Sr y Nd de las esférulas indican que su fuente se encuentra en el Quebecia Terrain*[186].

«Hemos proporcionado evidencias de un impacto en la parte superior de la capa de hielo —concluía el coautor del estudio, Makul Sharma—. Por primera vez hemos delimitado la región donde tuvo lugar el impacto del Dryas Reciente, aunque todavía no hayamos encontrado su cráter»[187].

A juzgar por la aparente trayectoria de noroeste a sureste del cometa del Dryas Reciente[188], la Charity Shoal del lago Ontario, la deyecciones del Quebecia Terrain, el cráter Corossol en el golfo de Saint Lawrence y la estructura Bloody Creek de Nueva Escocia pueden señalar los impactos de los últimos fragmentos grandes que golpearon Norteamérica. Pero, inevitablemente, los fragmentos aún mayores —en torno a los 12 kilómetros de diámetro que imaginan Firestone, Kennett y West— habrían golpeado la capa de hielo *antes* siguiendo esa misma trayectoria y, por lo

tanto, en puntos situados más al norte y al oeste. Es en esos hipotéticos puntos de impacto en los límites occidentales de la capa de hielo laurentino y la capa de hielo cordillerano donde debemos buscar la posible fuente del agua derretida de la inundación de Bretz.

Ideas radicales

Si bien la idea de unas inundaciones repentinas desde el lago glacial Missoula lleva tiempo aceptada por la corriente principal de la ciencia como la fuente de los espectaculares daños de inundación documentados por Bretz, es importante reconocer que varios científicos importantes de impolutas credenciales continúan disintiendo de este punto de vista. Entre los disidentes más destacados se encuentra John Shaw, profesor de Ciencias de la Tierra en la Universidad de Alberta (Canadá). Shaw sostiene que el volumen de agua del lago Missoula, calculado en torno a unos 2.000 kilómetros cúbicos en su momento álgido, no basta para generar las evidencias sobre el terreno. Su propia teoría es que inmensas cantidades de agua derretida —del orden de 100.000 kilómetros cúbicos— se fueron acumulando en un depósito subglacial muy por debajo de la capa de hielo norteamericana y propone que los daños de inundación fueron creados por un vaciado único y masivo de este depósito[189].

Los investigadores japoneses Goro Komatsu, Hideyaki Miyamoto, Kazumasa Itoh e Hiroyuki Tosaka han realizado amplias simulaciones por ordenador de inundaciones catastróficas a gran escala de los Scablands y concuerdan en que el lago Missoula, por sí solo, no llegó a ser lo bastante grande como para explicar los daños de inundación:

> *Ni siquiera el vaciado completo del lago Missoula puede explicar las evidencias de la altura del agua que se encuentran sobre el terreno […]. La inundación subglacial desde el norte propuesta por Shaw puede proporcionar una explicación a la cantidad superior de agua requerida para explicar las marcas de la altura del agua en los Scablands*[190].

Del mismo modo, Victor Baker, profesor de Hidrología y Recursos Hídricos en la Universidad de Arizona, y Jim O'Connor, del Centro de Ciencias del Agua del US Geological Survey, han expresado sus dudas respecto «a la explicación de *jökulhlaups* colosales y periódicas» del lago Missoula:

> *Desde nuestro punto de vista, todavía existen anomalías entre algunos aspectos de la evidencia de campo y los modelos conceptuales que se han defendido. La postura de que «la hipótesis de montones de inundaciones completa la imaginativa teoría de Bretz» (Waitt, 1985, p. 1286) puede distraer la atención prematuramente de algunos de los principales problemas que persisten en la interpretación de los espectaculares rasgos de los Scablands*[191].

En 1977, el geólogo C. Warren Hunt realizó una detallada investigación de la inundación de Bretz. Lo hizo porque, como los especialistas mencionados más arriba, no estaba convencido de la teoría —la cual a mediados de la década de 1970 ya había alcanzado la categoría de hecho irrefutable— de que los daños hídricos visibles en los Scablands habían sido creados por descargas desde el lago Missoula. La insatisfacción de Hunt procedía de su propio y amplio conocimiento de las presas y cómo diseñarlas para aprovechar mejor la geología local. Según sus cálculos, la conclusión fue que la presa de hielo propuesta en el río Clark Fork, tras la cual se supone se habría acumulado el lago Missoula, habría sido, literalmente, *imposible*.

Primero de todo consideremos las estadísticas. Según el US Geological Survey, el lago glacial Missoula en su nivel máximo —el que se presume había alcanzado antes de que la presa de hielo de Clark Fork se rompiera— cubría un área de 7.770 km2 y contenía aproximadamente 2.084 kilómetros cúbicos de agua. Su superficie se habría encontrado a 1.264 metros sobre el nivel del mar, pero el terreno del fondo variaba de altitud dependiendo del

lugar, de modo que el USGS calcula que el lago habría tenido 290 m de profundidad en la actual Missoula, 80 m en Darby y unos 335 m de profundidad cerca de Polson. En la propia presa de hielo, no obstante, un gradiente en el terreno significa que el lago habría tenido más 610 m de profundidad (su punto más profundo, más del doble que el actual lago Superior)[192].

Si bien concuerda ampliamente con las cifras del US Geological Survey, C. Warren Hunt rechaza enfáticamente «la sugerencia de que el hielo pudiera haber obstruido Clark Fork lo suficiente como para embalsar agua hasta 640 metros de profundidad […]».

> *Cuando uno considera —escribió— que la ingeniería moderna usa lechada de cemento para asegurar las presas de 150 metros, a cualquier lector le debe resultar virtualmente frívolo sugerir que la colocación al azar de hielo glacial pueda haber creado en Clark Fork una presa de 11 kilómetros de vano sin contrafuertes intermedios y luego ¡retener agua a cuatro veces la presión de las modernas presas de hormigón!*[193]

La incredulidad de Hunt ante la idea de una presa de hielo de más de 610 metros de altura y 11 kilómetros de anchura se apoya en estudios que sostienen que «en lagos con una profundidad de aproximadamente 200 metros, la presión hidrostática ejercida en el hielo de la presa es suficiente para comenzar a crear un agujero en el hielo. Una vez formado, este agujero aumentará debido al deshielo por rozamiento, lo que permite que ocurra el drenado del agua del lago creado por dicha presa de hielo»[194].

Por lo tanto, con el triple de altura que esos 200 metros, la hipotética presa de hielo de Clark Fork comienza, de hecho, a parecer «imposible».

No obstante, como se ha mencionado, Hunt acepta las estadísticas del USGS. En un momento dado, la superficie del lago Missoula se encontró a 1.200 metros sobre el nivel del mar y, por tanto, el lago sí debió haber alcanzado una profundidad de unos 640 metros en el valle de Clark Fork,

entre las cadenas montañosas de Bitteroot y Cabinet. Que así fue queda confirmado por una antigua línea de marea que se conserva a esa altitud y por otras halladas a altitudes menores que muestran con claridad muchos niveles de agua inferiores tras el superior[195]. No obstante, la solución de Hunt, dado que continúa considerando la presa de Clark Fork como una imposibilidad geológica, fue proponer que *una inundación gigantesca de centenares de metros de profundidad* debió haber barrido la región a finales de la Edad del Hielo, llenando en el proceso las diferentes cuencas del lago glacial Missoula hasta los 1.295 metros de altura a los que se encuentra la línea de marea más alta, al tiempo que iba dejando las inferiores según iba menguando[196].

Como fuente de esta inundación regional, Hunt sugería que:

> *Una inundación mareal producida por algún tipo de atracción gravitacional desde alguna fuente celeste, la naturaleza de la cual está más allá de las competencias del autor, debe haber resultado en una […] marea […] que alcanzara los 1.600 metros por encima del actual nivel del mar […]. Las aguas fueron contenidas allí varias semanas […] durante las cuales hubo mucho oleaje, el flotamiento parcial de glaciares y se crearon las playas más altas del «lago Missoula». El reflujo de las mareas e inundaciones con la creación de playas sucesivamente más bajas permitió el barrido de los cañones, la eliminación de depósitos glaciales, bancos de arena y derrubios previos, limpiando así los Scablands, la presencia de bloques de hielo, el pulido de las obstrucciones de roca por el oleaje de las mareas, agrandamiento del valle y suelos de «by-pass» y la descarga de cantos rodados en deltas y bancos de arena submarinos. Por último, tras el paso de la marea quedaría una capa de limo, sobre todo en las aguas más tranquilas de los estuarios sin salida*[197].

En otras palabras, en gran medida Hunt había «regresado a Bretz» al proponer una única y gigantesca inundación como la fuente de todos los daños de la meseta de Columbia. No obstante, su noción de 1977 de que se trataba de una inundación mareal de agua salada que remontó los estuarios (producida por la atracción gravitacional de un hipotético cuerpo celeste) **[198]** es insostenible, como el propio Hunt reconoció cuando volvió a tratar el tema unos años después en su libro de 1990 *Environment of violence*. Tras reconocer que «la solución de la marea queda debilitada por la gran distancia hasta la marea y la ausencia de un rastro de evidencias a lo largo de las posibles rutas»**[199]**, buscó otras posibles fuentes de agua en cantidades suficientemente grandes como para infligir al paisaje los daños que había observado *in situ*. En el proceso consideró brevemente la teoría de John Shaw de un depósito subglacial de 100.000 kilómetros cúbicos de agua de deshielo, pero planteó varias preguntas pertinentes:

> *¿Cómo pudo tener lugar un deshielo semejante sin una fuente de calor como el calor volcánico que precipita los jökulhlaups islandeses? En primer lugar, ¿que régimen climático permitiría esos deshielos? ¿Por qué el agua no elevó la periferia de la capa de hielo y emergió sin acumularse al poco de ser producida por el deshielo? ¿Qué mecanismo de contención habría permitido la acumulación de un gran lago bajo el hielo […] bajo 3.000 metros de hielo? ¿El agua bajo los puntos de máximo espesor del hielo no habría tendido a escaparse hacia la menor presión de las regiones periféricas de la capa de hielo? ¿Existe algún modo por el que se acumule una cantidad de agua tan inmensa bajo el hielo?***[200]**

En pocas palabras, Hunt llegaba a la conclusión de que no había forma. Además, los 100.000 kilómetros cúbicos que ofrecía la teoría de Shaw eran, en su opinión, insuficientes. Para explicar toda la evidencia sobre el terreno se necesitaría casi diez veces más agua. Con una fuente mareal, el lago

glacial Missoula y el depósito bajo el hielo de Shaw descartados, Hunt se encontró que solo le quedaba una solución posible, si bien asombrosamente catastrofista. De algún modo tuvo lugar un deshielo muy rápido y cataclísmico de una zona inmensa de la capa de hielo norteamericana. Tras realizar los cálculos necesarios, Hunt llegó a la conclusión de que se necesitaban 840.000 kilómetros cúbicos de hielo, es decir, en torno al 10 por ciento de toda la zona glacial «tuvo que haberse fundido»[201].

El lector recordará que, originalmente, Bretz imaginó algo similar; pero se vio derrotado por la incapacidad de un calentamiento global radical o un vulcanismo subglacial (simplemente ninguno de los dos tuvo lugar) para explicar las vastas cantidades de agua de deshielo que necesitaba «su» inundación. Al final, como hemos visto, se decidió por inundaciones repentinas del lago glacial Missoula como respuesta. En 1990, Hunt se enfrentaba al mismo dilema —con la diferencia de que ya había descartado el lago Missoula—, pero demostró ser un innovador muy competente e intuitivo cuando, sin preámbulos, escribió:

> *El calor de la Tierra no pudo haber fundido el hielo continental para producir agua de inundación en las cantidades requeridas […]. Una fuente de calor cometaria pudo haber cumplido ese propósito [las cursivas son mías]*[202].

Hunt calculó que para fundir el 10 por ciento de la capa de hielo norteamericana sería suficiente con la energía cinética de un cometa de medio kilómetro de diámetro:

> *Un cometa del tipo que estalló sobre Tunguska en 1908 podría haber proporcionado ese calor. El gran lago que pudo haber creado en medio de la capa de hielo habría horadado rápidamente por debajo del resto del glaciar y emergido como una inundación catastrófica en muchas direcciones. El fundido cometario del hielo parece necesario para reunir tanta agua en tan poco tiempo [las cursivas son mías]* **[203]**.

Anticipándose a la objeción de que no se había encontrado ningún cráter, Hunt señaló que el suceso de Tunguska —un estallido en el aire— tampoco dejó ningún cráter ni una capa de eyecciones. Además, en el caso del hipotético impacto de un cometa en la capa de hielo norteamericana:

> *todas las deyecciones y material del cometa es probable que hubieran sido arrastrados por la subsiguiente inundación, terminando en una capa de deriva lejos de su fuente. Diluida y mezclada con otros escombros, la evidencia directa de proyectiles estallados o deyecciones del lugar habrían sido difíciles de reconocer, cuando no haber quedado perdidos permanentemente para la ciencia*[204].

Por último, pero no por ello menos importante —y su clarividencia vuelve a ser casi espeluznante—, Hunt menciona que «esférulas de cristal halladas en escombros glaciales podrían apoyar esta teoría»[205].

Al escribir hace un cuarto de siglo, no podía saber que a partir de 2007 un equipo de destacados científicos defendería la causa de los impactos cometarios en la capa de hielo norteamericana y que, ante la ausencia de cráteres evidentes, obtendrían muchas de sus evidencias de las microesférulas, el cristal fundido y los nanodiamantes.

Cómo cambiar el clima mundial en un instante

La sugerencia de Hunt era que un único objeto de tamaño relativamente pequeño, medio kilómetro, habría generado suficiente energía cinética como para provocar el deshielo de aproximadamente una décima parte de la capa de hielo norteamericana y producir una inundación cataclísmica. Veinticinco años después, los defensores de la hipótesis del cometa del Dryas Reciente, como hemos visto, están proponiendo que «múltiples objetos de dos kilómetros» pueden haber impactado con la capa de hielo[206]. Si tienen razón, la escala de las subsiguientes inundaciones debe de haber sido inimaginablemente grande. Tampoco se habría limitado a los Scablands de la meseta de Columbia. La hipótesis del cometa supone una lluvia de impactos en la capa de hielo desde las costas norteamericana del Pacífico hasta las del Atlántico, de modo que deberíamos encontrar pruebas de la inundación por todas partes.

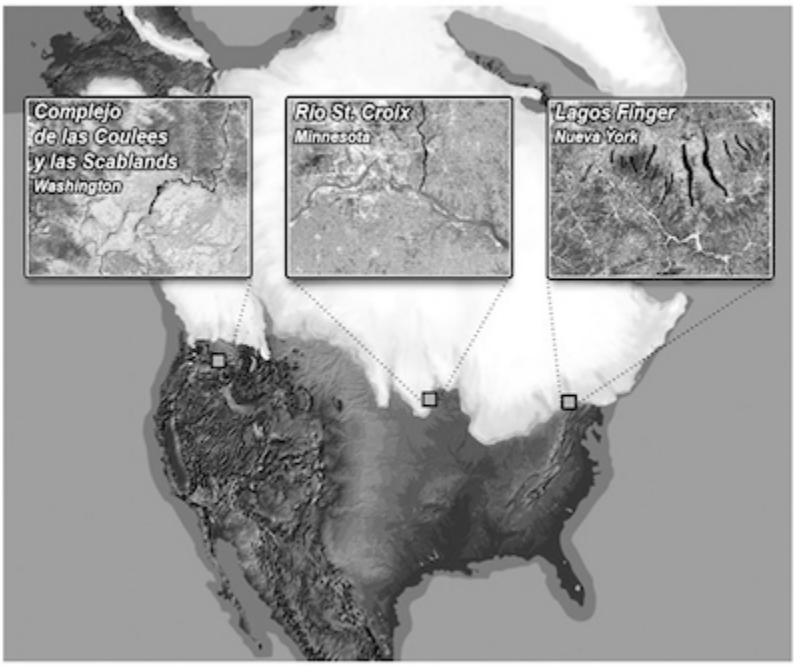


Figura 22.

Y lo hacemos. La meseta de Columbia presenta scablands arrasados por la inundación; pero lo mismo sucede en el estado de Nueva Jersey, mucho más al este. La meseta de Columbia es notable por sus campos y colinas salpicados de bloques erráticos de glaciar llegados flotando, pero también lo es el estado de Nueva York. De hecho, perchados en las superficies de roca

del Central Park de Manhattan hay muchos erráticos de glaciar imponentes, incluida dolerita de las Palisades Sill a lo largo de río Hudson y esquisto de incluso más lejos. También resulta también interesante que, del mismo modo que la meseta de Columbia tiene sus coulees, Nueva York tiene sus lagos Finger. Durante mucho tiempo se pensó que estos habían sido formados por glaciares, pero su geomorfología sigue muy de cerca la de las coulees y algunos investigadores creen ahora que fueron excavados por agua de deshielo de glaciar a presiones extremas; un proceso relacionado por medio de evidencia sedimentaria con el «colapso de las capas de hielo continentales»[207].

Del mismo modo, en Minnesota, en el río Saint Croix, en el que Randall Carlson y yo terminamos nuestro largo viaje en coche por Norteamérica, hay una espectacular formación de más de 80 hoyas glaciares gigantes. Una tiene 3 metros de anchura y 18 metros de profundidad, lo que la convierte en la hoya explorada más profunda del mundo. Otras, todavía sin excavar, son incluso más anchas, lo que sugiere la posibilidad de que sean también profundas. Todas ellas, sin excepción, fueron excavadas por inundaciones turbulentas al final de la Edad del Hielo; inundaciones emanadas, cree Randall, del lóbulo superior de la capa de hielo laurentino.

«Puedes pasarte toda la vida —me dice— viajando por esta tierra y no terminar de verla. Los efectos de las corrientes de inundación de escala gigante se han documentado ampliamente en las estribaciones orientales de las Rocosas, tanto en Canadá como en los Estados Unidos, en los estados de las praderas, en la cercanía de los grandes lagos, en Pensilvania y el oeste de Nueva York y en Nueva Inglaterra. Todas las provincias canadienses conservan evidencias a gran escala de corrientes de agua gigantescas. Todas las regiones dentro o cercanas a la zona de la última gran glaciación muestran los efectos de intensas inundaciones de escala gigantesca».

Pero la cuestión sigue siendo la fuente de esas inundaciones.

Tras haber sido obligada a trancas y a barrancas hasta conceder que la inundación tuvo lugar, la ciencia gradualista, como hemos visto, se enamoró después del lago glacial Missoula, convirtiendo a este y a sus épicos *jökulhlaups* en la única explicación de todos los asombrosos rasgos diluviales de los Scablands de la meseta de Columbia. No resulta

sorprendente, por lo tanto, que otras inundaciones de la Edad del Hielo, allí donde admiten que han ocurrido, sean atribuidas también a *jökulhlaups* de lagos glaciares.

Más aún, son las aguas de inundación de estos lagos glaciares —en vez de algo tan vulgarmente catastrofista como un cometa— lo que en la actualidad es considerado por la corriente principal de la ciencia la causa más probable del período frío del Dryas Reciente. El gigantesco lago glacial Agassiz, que ocupaba la mayor parte de Manitoba, el noroeste de Ontario y el norte de Minnesota y Saskatchewan, tiene un protagonismo importante. Se piensa que hace unos 13.000 años —es decir, inmediatamente antes del comienzo del Dryas Reciente—, cuando el lago Agassiz cubría una superficie de 440.000 kilómetros cuadrados, una presa de hielo se rompió y una fracción substancial de su contenido, quizá tanto como 9.500 km3, se derramó por un largo camino de inundación que recorrió el sistema fluvial del río Mackenzie hasta la llanura costera ártica canadiense y de ahí al océano Ártico[208]. Allí, la circulación anticiclónica conocida hoy como el giro de Beaufort la habría trasladado lentamente hacia el subpolar Atlántico norte y hasta la deriva transpolar:

> *El lento desagüe hacia el sur por el estrecho de Fram proporciona un mecanismo único al Ártico que es capaz de convertir una descarga de agua de deshielo de corta duración y gran magnitud en un desvío significativamente más largo, moderado y sostenido hacia el Atlántico norte*[209].

Lo que empeora la cosa, sin embargo, es que *al mismo tiempo* inmensas cantidades de agua derretida muy fría estaban siendo desaguadas en el Atlántico norte desde los otros lagos glaciares, directamente desde la capa de hielo laurentino[210]. El efecto combinado, así dice la teoría al menos, alteró la circulación oceánica hasta tal punto que afectó de forma radical el clima mundial:

> *Un gran torrente de agua dulce fría procedente del deshielo de la capa de hielo laurentino barrió la superficie del Atlántico norte. Impidió que el agua salada caliente del sur del océano que fluía muy por debajo de la superficie (la corriente del golfo) ascendiera hasta la superficie. El normal intercambio de agua del océano se detuvo. Como consecuencia, la atmósfera sobre el océano, que en condiciones normales se habría calentado, se mantuvo fría y, como consecuencia, lo mismo sucedió con el aire sobre Europa y Norteamérica*[211].

Se trata de cuestiones muy técnicas, en las que no necesitamos profundizar demasiado; pero, en pocas palabras, la circulación meridional del Atlántico, conocida también como la circulación termohalina, que es la gran cinta transportadora del océano[212] y no solo lleva agua salada cálida ecuatorial a la superficie y desde allí hacia el norte, donde termina enfriándose y hundiéndose frente a las costas de Groenlandia y Noruega, sino que también lleva al sur el agua fría profunda del Atlántico norte, devolviéndola lentamente al Ecuador, donde se mezcla con aguas más cálidas y asciende a la superficie, continuando así el ciclo:

> *Transporta grandes cantidades de agua, calor, sal, carbón, nutrientes y otras sustancias por todo el planeta y conecta la superficie del océano y la atmósfera con el inmenso depósito del agua profunda. Como tal, es de una importancia crítica para el sistema climático mundial*[213].

Los científicos concuerdan en que fue la detención de este *crítico* ciclo, delicadamente equilibrado, intrincadamente interconectado e inmensamente complejo, lo que causó el dramático enfriamiento global del Dryas Reciente. También están de acuerdo en que la detención fue el resultado de colosales aguas de inundación procedentes de los lagos glaciares de la capa de hielo laurentino. Un misterio mayor, no obstante, como menciona S. J.

Field en el artículo de portada de la revista *Quaternary International*, es por qué esto sucedió hace 12.800 años, en vez de 800 o 1.000 años antes, en el cenit de la fase cálida —conocida como el estadio intermedio Bølling-Allerød— que precedió inmediatamente al Dryas Reciente[214]. De forma intuitiva, uno pensaría que las aguas del deshielo deberían haber sido máximas durante la fase cálida; pero, en realidad, fue durante el estadio intermedio Bølling-Allerød/Límite Dryas Reciente cuando tuvieron lugar las descargas de agua de deshielo.

Para Richard Firestone, Allen West, Jim Kennett y otros defensores de la hipótesis del impacto del Dryas Reciente, la solución al misterio es obvia. Sencillamente, ¡no hay misterio! Tal y como ellos lo ven, las inmensas inundaciones de agua de deshielo que afectaron de modo tan radical al clima mundial fueron causadas por múltiples fragmentos grandes de un cometa que atravesaron la atmósfera terrestre y chocaron contra la capa de hielo; no un único fragmento de medio kilómetro o así, como pensaba C. Warren Hunt, sino tantos como ocho, y posiblemente más, incluyendo algunos que pueden haber tenido hasta dos kilómetros de diámetro[215].

El colosal calor generado por semejantes impactos, con un poder explosivo combinado que se estima, como ya hemos visto, en diez millones de megatones, proporciona toda la energía necesaria para poner en marcha un deshielo cataclísmico de inmensos sectores de la capa de hielo norteamericana. La gigantesca inundación que habría venido después, tras barrer la tierra a su paso, habría entrado en el océano como «un gran torrente de agua dulce» y trastornado la circulación atlántica meridional que mantuvo el clima global salvajemente frío durante los siguientes 1.200 años. La situación habría empeorado con la inyección de polvo e inmensas cantidades de humo en las capas superiores de la atmósfera que «bloquearon la luz del sol durante un extenso período de tiempo», lo que, evidentemente, habría tenido el efecto de hacer descender las temperaturas todavía más. Y, por si esto fuera poco:

> *El impacto, seguido por extensos incendios y un repentino cambio climático, es probable que contribuyera a la rápida extinción de la megafauna y de otros muchos animales*[216].

El lector recordará que no menos de treinta y cinco géneros de mamíferos norteamericanos se extinguieron durante el Dryas Reciente[217]. Por lo tanto, por definición, estamos buscando «un mecanismo de extinción capaz de barrer hasta treinta y cinco géneros animales en todo un continente en un instante geológico»[218]. No es Norteamérica la única a la que debemos tener en cuenta, pues la mayoría de la variada megafauna de Sudamérica que había florecido antes del Dryas Reciente también sufrió extinciones hace 12.000 años, es decir, antes de que el Dryas Reciente terminara[219].

¿Pudo haberse debido a un «exceso de caza» por parte de los cazadores humanos? La cuestión toca un punto muy controvertido, a saber, ¿cuándo, de hecho, y desde dónde llegaron los primeros seres humanos a las Américas? Cualquiera que sea la respuesta, no parece probable que bandas nómadas de cazadores-recolectores hubieran tenido la motivación, o hubieran sido lo bastante eficientes e implacables, como para hacer desaparecer tantos animales, incluidos gigantes como el mamut de Columbia, en tan poco tiempo y en dos continentes. Además, muchas son las cosas que sugieren que durante el Dryas Reciente los propios seres humanos de las Américas entraron en un período de profunda miseria que hubiera reducido todavía más su motivación y eficiencia. La evidencia arqueológica de Sudamérica es limitada, pero en Norteamérica esa fue la época cuando la cultura Clovis, con su sofisticada tecnología de armas de piedra, desapareció abruptamente de los registros. De hecho, todos los indicadores disponibles señalan «un significativo declive o reorganización, o ambos, de la población humana durante los primeros siglos del Dryas Reciente»[220].

De nuevo, por tanto, la única explicación que da sentido a todas las evidencias vuelve a ser la hipótesis del impacto del cometa de Firestone, Kennett, West y su amplio grupo de colegas y coautores.

A la luz de sus hallazgos, que hemos visto con detalle en los capítulos anteriores, propongo lo siguiente:

1. Sí que hubo una inundación catastrófica en Norteamérica al final de la Edad del Hielo.
2. No fue originada principalmente por las descargas de los lagos glaciales, sino más bien por el rápido, casi instantáneo, deshielo de una amplia parte de la capa de hielo.
3. La fuente de calor necesaria para iniciar este deshielo procedió de la energía cinética de una serie de impactos de fragmentos de un cometa gigante que entraron en la atmósfera de la Tierra hace 12.800 años y bombardearon la capa de hielo norteamericana.
4. Norteamérica, pese a ser el epicentro del desastre, en modo alguno fue la única región golpeada por él. Otros fragmentos del cometa desintegrado, incluidos algunos particularmente grandes, parecen haberse estrellado contra la capa de hielo europea. En relación con ello pueden tener relevancia los recientes escáneres de alta resolución del canal de la Mancha, cuyo fondo no estaba cubierto por las aguas durante la Edad del Hielo, que han revelado evidencias de inundaciones cataclísmicas en forma de una red de 400 km de valles sumergidos y parcialmente colmatados tallados en la roca. «Los datos muestran una colección de formas del relieve que, tomadas en su conjunto, indican un origen en una inundación catastrófica», afirman los autores de un estudio publicado en *Nature*. En concreto, el estudio compara las ahora sumergidas formas del terreno con «el terreno Cheney-Palouse de los Scablands de Washington (EE. UU.)». Los autores dicen que «no pueden averiguar la fecha absoluta de las inundaciones». No obstante, concluyen que su estudio «proporciona la primera evidencia directa de que una megainundación fue la responsable de haber tallado la red de valles del canal de la Mancha. Nuestras observaciones son consistentes con la erosión debido a inundaciones de gran magnitud, como las de los Scablands»[221].
5. En total, más de 50 millones de kilómetros cuadrados de la superficie de la Tierra se vieron afectados por impactos y estallidos en el aire de fragmentos del cometa del Dryas Reciente, algunos grandes, algunos más pequeños, pero todos devastadores en sus efectos, desde

Norteamérica a Europa cruzando el océano Atlántico y con la lluvia final de fragmentos llegando hasta Oriente Medio.

6. Los efectos combinados de estos múltiples impactos, sobre todo las inmensas inundaciones de agua dulce en los océanos Ártico y Atlántico que los siguieron, desencadenaron el enfriamiento del Dryas Reciente, por sí mismo un cataclismo de escala mundial que resultó en la extinción de inmensas cantidades de especies animales y que afectó mucho a la humanidad.
7. El coste humano del desastre puede no haberse limitado a la completa destrucción de las culturas cazadoras-recolectoras, como la Clovis de Norteamérica. Se ha de tener en cuenta la posibilidad de que una civilización avanzada, ahora perdida para la historia, también fuera arrasada.

Se acerca la primavera

Lo que resulta particularmente chocante es que los muy radicales cambios climáticos tanto del principio como del final del Dryas Reciente fueran globales y tuvieran lugar en el espacio de una generación humana[222]. De nuevo vuelve a ser la hipótesis del cometa la que mejor lo explica todo. Los diez millones de megatones de la fuerza explosiva combinada que se calcula a los impactos habría soltado suficientes deyecciones a la atmósfera hace 12.800 años como para sumergir a la Tierra en un largo y sostenido crepúsculo, semejante a un invierno nuclear —el tiempo de oscuridad del que tantos mitos antiguos hablan—, capaz de reducir la radiación solar durante más de mil años. El dramático calentamiento que comenzó hace 11.600 años se explicaría como resultado de la disipación final de la nube de deyecciones sumada al final de la inercia que había atacado a la circulación termohalina del Atlántico norte[223].

Otra posibilidad, que no tiene por qué ser excluyente con ninguno de los mecanismos arriba mencionados, es que hace 11.600 años la Tierra volvió a interactuar con la estela de restos del mismo cometa fragmentado que había originado el Dryas Reciente hace 12.800 años. No obstante, los análisis sugieren que en esta segunda ocasión los impactos no fueron sobre tierra, sino en los océanos del mundo, lo que originó bastas columnas de vapor de

agua y creado un «efecto invernadero» que causó calentamiento global en vez de enfriamiento global[224].

Según el renombrado astrónomo británico sir Fred Hoyle:

> *La diferencia entre un océano caliente y otro frío equivale a la insolación de diez años. De modo que las condiciones cálidas producidas por un efecto invernadero debido al vapor de agua han de mantenerse durante al menos una década para producir la requerida transformación del océano, y ese es aproximadamente el tiempo que puede esperarse que el agua de repente lanzada a la estratosfera persista en ella. La cantidad de agua necesaria es tan grande, cien millones de millones de toneladas, que solo un tipo de proceso causativo parece posible, la caída de un objeto del tamaño de un cometa en uno de los grandes océanos*[225].

Es indudable que se necesitan más estudios para establecer los mecanismos exactos, con toda su complejidad, que produjeron el repentino final del Dryas Reciente; pero sus efectos en el clima mundial ya se comprenden perfectamente. Los testigos de hielo de Groenlandia, esas ventanas al pasado de incalculable valor, nos dicen que:

> *Las temperaturas aumentaron en menos de una década en la transición climática que señala el final del intervalo frío del Dryas Reciente y el comienzo del período Holoceno, más cálido, hace 11.600 años*[226]. *En menos de 20 años, el clima de la región del Atlántico norte se transformó en un régimen más suave y menos tormentoso, como consecuencia de un rápido retroceso de la capa de hielo. En unos 50 años tuvo lugar un calentamiento de 7º C*[227].

En exactamente el mismo intervalo, en el cinturón subalpino de la Europa Occidental, especies de árboles que nunca antes habían estado presentes, incluidas *Laris, Pinus cembra* y *Betula*, comenzaron a proliferar de repente[228].

En el noroeste de Montana, en los Estados Unidos, el hielo glacial en Marias Pass había retrocedido valle arriba desde la boca del cañón y el glaciar de Sun River desapareció por completo hace 11.200 años[229].

Se podrían citar mil ejemplos más, pero el mensaje es el mismo en todas partes: desde Tasmania hasta los Andes, desde Turquía hasta Japón, desde Norteamérica hasta Australia, desde Perú hasta Egipto, el invierno había terminado y una gran primavera global había comenzado. «Tal es el renacimiento del cosmos —como proclaman los textos herméticos—. Es la creación de nuevo de todas las cosas buenas, una sagrada e impresionante restauración de toda la naturaleza…»[230].

¿Un renacimiento?

¿Una nueva creación?

¿Una restauración?

Pero ¿de qué? ¿Quién desapareció antes? ¿Qué era exactamente lo que iba a renacer?

Estas son las cuestiones que consideraremos en los capítulos siguientes.

Tercera parte

SABIOS

Capítulo 7

LA PRÓXIMA VEZ EL FUEGO

Cerca del final de la última Edad del Hielo se produjeron tres singularidades, relacionadas con la repentina aparición e igual de repentina desaparición de la misteriosa época conocida como el Dryas Reciente:

- Hace en torno a 12.800 años, tras más de 2.000 años de ininterrumpido calentamiento global (con un margen de error de más menos 150 años, que es la mayor precisión que nos permiten calcular los datos en la actualidad), una inundación de agua helada entró en el Atlántico norte de forma tan repentina y en tales cantidades que interrumpió la circulación oceánica. La fuente de la inundación fue la capa de hielo norteamericana. Dado que los dos milenios anteriores habían sido testigos de un continuo ascenso del nivel del mar, la definición de los datos significa que no hay medio de saber exactamente cuánta línea costera se tragaron las aguas en este suceso concreto. No obstante, con tanta agua que hasta entonces había sido hielo añadida bruscamente, podemos suponer que se produjo un dramático e instantáneo aumento del nivel del mar[231].
- En el mismo instante geológico en el cual se desató la inundación de agua de deshielo, las temperaturas globales cayeron en picado y el clima del mundo sufrió un retroceso desde ese cálido «verano» de 2.000 años de duración que había comenzado hace 15.000 años (se piensa que hace 13.000 años las condiciones habían mejorado hasta tal punto que eran más cálidas y mejores que en la actualidad) hasta un salvaje y gélido invierno global. De nuevo, los datos no nos permiten decir claramente cuánto tiempo después de la inundación de agua de deshielo comenzó el frío helador; pero, como hemos visto en capítulos anteriores, son muchas cosas las que sugieren que esta

radical inversión de las temperaturas se produjo en el intervalo de una única generación humana. En ese mismo período de tiempo, la capa de hielo, que se había estado fundiendo y en retroceso en todas partes, comenzó a avanzar implacablemente y el aumento del nivel del mar cesó.

- Hace unos 11.600 años, otra vez con el margen de error de 150 arriba o abajo impuesto por los datos —si bien de nuevo parece que en el margen de una generación—, el congelamiento se detuvo de forma repentina, la temperaturas globales crecieron y el resto de las capas de hielo se colapsó, enviando su carga de aguas residuales a los océanos del mundo, los cuales crecieron dramáticamente hasta su nivel actual.

Nuestros antepasados pasaron por estos tumultuosos cambios y es inconcebible que no los mencionaran o buscaran hablar de sus experiencias con otros. Sus historias y relatos como testigos presenciales, a su vez, se habrían convertido en parte de reverenciadas historias orales y, como tales, habrían sido transmitidas durante generaciones hasta que el paso del tiempo las volvió manidas. Como el lector recordará del capítulo 3, algunos «mitos» de los nativos norteamericanos parecen, sin duda, hablar de los acontecimientos de finales de la última Edad del Hielo. Las terribles inundaciones que marcaron y asolaron la Tierra aparecen descritas con detalle. Pero de mayor interés incluso son las tradiciones de la «estrella con la larga y ancha cola» que «una vez cayó aquí, miles de años atrás», que «lo quemó todo» y «creó un mundo diferente» en el cual «el clima era más frío que antes».

Estas tradiciones parecen recoger los devastadores efectos del impacto del cometa que ahora podemos fechar definitivamente, con los consabidos márgenes de error, en torno a hace 12.800 años. Ya hemos visto cómo científicos como Richard Firestone, Allen West, Jim Kennett y otros creen que el cometa se rompió en múltiples fragmentos, ocho de los cuales —algunos con diámetros cercanos a los 2 kilómetros— quizá chocaron contra la capa de hielo norteamericana generando inmensas cantidades de calor y transformando grandes masas de hielos en inundaciones de agua de deshielo que interrumpieron la circulación oceánica y tuvieron un papel

clave a la hora de traer profundo frío del Dryas Reciente. El lector también recordará que se cree que otros fragmentos del cometa gigante chocaron contra la capa de hielo europea e incluso llegaron hasta tierras tan lejanas como Oriente Medio. Por tanto, si bien el epicentro estuvo en Norteamérica, no resulta sorprendente que el Dryas Reciente fuera un acontecimiento global que afectó a pueblos y culturas de todo el mundo.

Lo que resulta sorprendente es la notable coincidencia con la que tradiciones de todas partes del globo hablan, no solo de acontecimientos cataclísmicos, sino también de los muy específicos avisos dados a ciertos humanos «sabios», o «buenos», o «puros», *antes* del inminente cataclismo. En el capítulos 3 vimos varios ejemplos de tales avisos en las tradiciones de los nativos norteamericanos; pero si atravesamos océanos y continentes alejándonos del epicentro de los impactos, encontramos relatos de avisos similares en Oriente Medio, en el punto más lejano en el que hasta el momento se han documentado los efectos del cometa. Esto no significa que el campo de impacto de los restos del cometa esté limitado a los 50 millones de kilómetros cuadrados que hoy se conocen. Simplemente quiere decir que las muestras de sedimentos de otras regiones no han sido estudiadas en busca de nanodiamantes, esférulas magnéticas y de vidrio, cristal fundido, platino y otros indicios del impacto.

Figura 23.

No obstante, según los estudios realizados hasta ahora, el yacimiento más alejado de Norteamérica que ha producido evidencias firmes de la presencia y efectos del cometa del Dryas Reciente es un montículo arqueológico, o *tell*, llamado Abu Hureyra, en Siria, excavado en 1974, justo antes de que la compleción de la presa de Taqba en el río Éufrates hiciera que desapareciera para siempre bajo las crecientes aguas del lago Assad. Muestras de sedimentos de las trincheras arqueológicas de Abu Hureyra fueron tomadas y conservadas antes de que el yacimiento quedara inundado y fue en el estrato Límite del Dryas Reciente de una de ellas (la trinchera E, fechada hace 12.800 años) donde Firestone, West, Kennett y su equipo realizaron su estudio. Como vimos en el capítulo 5, encontraron nanodiamantes, abundantes esférulas de impacto cósmico y cristal fundido, que solo podían haberse formado a temperaturas supriores a 2.200 ºC, lo cual sugería que el yacimiento estuvo «cerca del centro de un impacto/onda expansiva de un estallido aéreo de alta energía»[232].

Abu Hureyra no puede volver a ser estudiado arqueológicamente, puesto que ahora se encuentra bajo las aguas del lago Assad; pero Firestone, Kennett y West creen que los efectos del cometa en «ese asentamiento y sus

habitantes habrían sido severos»[233]. Es de señalar el hecho de que el yacimiento se encuentra cerca tanto del sudeste de Turquía (donde se encuentra situado Göbekli Tepe) como del moderno Irán (la antigua Persia), donde tradiciones de gran antigüedad han sido preservadas en las escrituras del zoroastrismo, la religión preislámica de la antigua Persia.

«Están a punto de caer los inviernos fatales…»

Los estudiosos todavía no han establecido satisfactoriamente cuál es la antigüedad del zoroastrismo, pues incluso el período de vida de su profeta Zarazustra (usualmente más conocido como Zoroastro) es incierto. De hecho, la acreditada *Encyclopedia iranica* de la Universidad de Columbia admite: «La controversia respecto a las fechas de Zarazustra lleva mucho tiempo sacando los colores a los estudios zoroastrianos»[234].

Los historiadores griegos se encuentran entre los primeros que se interesaron por la cuestión. Plutarco, por ejemplo, nos dice que Zoroastro «vivió 5.000 años antes de la guerra de Troya»[235] (en sí misma una cuestión de incierta historicidad, pero que generalmente se sitúa en torno al 1300 a. C., de modo que 5.000 más 1.300 = 6300 a. C.). Una cronología similar ofrece Diógenes Laercio, quien cuenta que Zoroastro vivió «6.000 años antes de la campaña griega de Jerjes»[236] (es decir, en torno al 6480 a. C.). Estudiosos más recientes han propuesto fechas tan alejadas entre sí como el 1750 a. C. y «258 años antes de Alejandro»[237] (es decir, entorno al 588 a. C.). Cualquiera que sea la verdad de la cuestión, se coincide en que el propio Zoroastro tomó prestadas muchos elementos de tradiciones anteriores y que el zoroastrismo, por lo tanto, como otras religiones, posee raíces que penetran mucho en la prehistoria.

En las escrituras zoroastrianas, conocidas como el Zend Avesta, algunos versículos concretos se reconocen como originados por esas muy antiguas tradiciones orales[238]. Los versículos hablan de la figura de un padre primordial llamado Yima, el primer hombre, el primer rey y el fundador de la civilización, que aparece en las secciones iniciales del Zend Avesta, conocidas como el Vendidad. Aquí leemos que el dios Ahura Mazda creó la primera tierra, «Airyana Vaejo, junto al buen río Daitya»[239], como un

paraíso en la tierra, y cómo «el buen Yima, el gran pastor […] fue el primer mortal» con el cual Ahura Mazda eligió conversar, mandándole que se convirtiera en predicador[240]. Yima se negó, tras lo cual el dios le encomendó una tarea diferente:

> *Como no quieres ser el predicador y el portador de mi ley, haz entonces que mi mundo prospere, haz que mi mundo crezca; encárgate de alimentar, gobernar y vigilar mi mundo*[241].

A lo cual Yima accedió, por ello el dios le ofreció un anillo de oro y un puñal —un cuchillo para lanzar, largo y terminado en punta— incrustado de oro. De modo significativo, pues como veremos en el capítulo 17 existen similitudes a esta historia en lugares tan alejados como los Andes sudamericanos, entonces Yima:

> *presionó la tierra con el anillo de oro y la horadó con el puñal*[242].

Se nos dice que mediante este acto «hizo crecer la tierra un terció más de lo que era hasta entonces», una hazaña que repitió dos veces más a lo largo de los siguientes mil años y, en el proceso, terminó por duplicar el terreno disponible para «las manadas y rebaños con hombres y perro y pájaros» que se unieron a él, «a su voluntad y deseos, tantos como quiso»[243].

Los humanos anatómicamente modernos como nosotros llevan existiendo, hasta lo que sabemos, poco más de doscientos mil años (el esqueleto de un humano anatómicamente moderno más antiguo reconocido por la ciencia procede de Etiopía y está fechado hace 196.000 años)[244]. En este período de tiempo solo ha habido una época en la cual esas partes de la tierra que son útiles para los humanos hayan aumentado dramáticamente de tamaño y fue durante la última Edad del Hielo, entre el 100000 y el 11600 a. C. De hecho, tierras hasta entonces sumergidas con una extensión de 27 millones de kilómetros cuadrados —equivalente a Europa y China juntas— quedaron expuestas al bajar el nivel del mar durante el último máximo

glacial hace 21.000 años. Si bien es suponer demasiado que este incremento real de tierra útil —gran parte de la cual todavía seguía por encima de las aguas al comienzo del Dryas Reciente hace 12.800 años— es el que se menciona en la historia de Yima, o que tenga nada que ver con la supuesta edad de oro conseguida por su benigno reinado en Airyana Vaejo[245], resulta interesante mencionar lo que sucedió después.

Tras otro inmenso período de tiempo, leemos que Yima fue convocado a «un lugar de reunión junto al buen río Dayta», donde el dios Ahura Mazda se apareció ante él llevándole el ominoso aviso de un repentino y catastrófico cambio climático:

> *Oh, buen Yima, sobre el mundo material los inviernos fatales van a caer, ellos traerán la feriz y terrible helada; sobre el mundo material los fatales inviernos van a caer que harán que los copos de nieve caigan espesos, incluso en las cimas de las montañas más altas […].*
>
> *De modo que hazte un vara [un hipogeo, o recinto subterráneo] largo como un terreno para montar en cada largo del cuadrado, y allí lleva semillas de ovejas y bueyes, de hombre, de perros, de pájaros, y de fuegos al rojo […]. Allí debes llevar las semillas de hombres y mujeres de los más grandes, mejores y más finos tipos de esta tierra; allí debes llevar las semillas de cada tipo de ganado, de los más grandes, mejores y más finos tipos de esta tierra. Allí debes llevar las semillas de cada tipo de árbol, de los más grandes, mejores y más finos tipos de esta tierra; allí debes llevar las semillas de cada tipo de fruta, las más llenas de comida y de más dulce olor. Todas esas semillas debes llevar, dos de cada tipo, para mantenerlas inagotables allí, tanto tiempo como esos hombres estarán en el vara. No debe haber jorobados, ninguno doblado hacia delante allí; ni impotentes, ni lunáticos […] ni leprosos*[246].

¿Captáis la idea…? Este escondrijo subterráneo serviría de refugio contra un terrible invierno que estaba a punto de apoderarse de Airyana Vaejo; un invierno al comienzo del cual, como nos informa el Bundahish, otro texto zoroastriano:

> *El espíritu maligno […] se extendió como una serpiente fuera del cielo hasta la tierra […]. Se precipitó a mediodía y de ese modo el cielo quedó destrozado y asustado por él como una oveja de un lobo. Llegó al agua, que estaba dispuesta bajo la tierra, y entonces el medio de esta tierra fue atravesado y penetrado por él […]. Se abalanzó sobre toda la creación e hizo que el mundo estuviera muy herido y oscuro a mediodía como si fuera noche oscura*[247].

Al estudiar estos relatos no pude sino acordarme de los dos milenios de tiempo cálido y bueno, el cual desde luego debió parecer una edad de oro, antes del repentino y letal Dryas Reciente hace 12.800 años. Los textos zorastrianos no se equivocan mucho al describirlo como una «feroz, terrible helada» y un «invierno fatal». El «espíritu maligno» al que se atribuye esta aflicción es Angra Mainyu, el agente de la oscuridad, la destrucción, maldad y el caos, que se alza en oposición y busca socavar y deshacer todo el buen trabajo de Ahura Mazda; pues el zoroastrismo es una religión profundamente dual en la cual los seres humanos, y las elecciones que hacemos entre el bien y el mal, se ven como la eterna competencia entre las fuerzas opuestas de la oscuridad y la luz.

Y en este enfrentamiento, la oscuridad gana a veces. De modo que el Vendidad nos recuerda que si bien Airyana Vaejo fue «la primera de las buenas tierras y países» creados por Ahura Mazda, no pudo resistir al malvado:

> *Acto seguido vino Angra Mainyu, que es todo muerte, y creó con su brujería la serpiente en el río, e invierno, un trabajo de demonios […]. [Ahora] hay diez meses de invierno allí, dos meses de verano, y estos son fríos para las aguas, fríos para la tierra, fríos para los árboles. El invierno cae allí con la peor de sus plagas*[248].

En otras traducciones, la frase «la serpiente en el río, e invierno» aparece como «una gran serpiente e invierno» e incluso como «una poderosa serpiente y nieve»[249].

Volvéis a haceros una idea… La metáfora que se está repitiendo aquí es la de la poderosa serpiente que se lanza desde el cielo hasta la tierra, que penetra en la tierra y que provoca un prolongado invierno en el mundo, tan severo que es «oscuro» («completamente túrbido, opaco» según otras traducciones)[250] al mediodía e incluso los fugaces meses de verano son demasiado fríos para la vida humana. Una vez más, toda la escena parece describir de forma muy precisa las terribles condiciones que habrían afectado al mundo después de que el cometa del Dryas Reciente diseminara su rastro de destrucción a lo largo de al menos 50 millones de kilómetros cuadrados, provocando una «vehementemente destructora helada» y lanzara tales cantidades de polvo a la parte superior de la atmósfera, unidas al humo de los incendios de tamaño continental prendidos por estallidos aéreos y deyecciones súper calientes, que una túrbida y opaca oscuridad habría ocupado los cielos, reflejando los rayos del sol y perpetuando algo muy parecido a un invierno nuclear durante siglos.

Los textos zoroastrianos no dejan lugar a la duda de que esas condiciones supusieron una amenaza mortal para la supervivencia de la especie. Por esa razón, Ahura Mazda fue a Yima con un aviso e instrucciones para construir un refugio subterráneo donde una representación de la humanidad pudiera protegerse, manteniendo a salvo las semillas de todos los animales y plantas, hasta que el nefasto invierno hubiera pasado y la primavera retornado al mundo. Además, el relato revela muy poco que parezca «mítico» o que derive de forma obvia de fantasías religiosas. Más bien, todo tiene un aire de planificación práctica bien pensada que le añade una escalofriante nota de veracidad.

Por ejemplo, la admonición de que la gente deforme, impotente, lunática y leprosa debía ser mantenida fuera del *vara* se asemeja mucho a la eugenesia; una política sin duda repugnante, pero que podría ser puesta en práctica si la raza humana estuviera en juego y hubiera un limitado espacio disponible en el refugio. Por el mismo motivo, no resulta sorprendente que las semillas de los árboles, frutas y vegetales «más grandes, mejores y más

finos», aquellos que «más llenos de comida y de más dulce olor», fueran llevadas al *vara*. ¿Por qué desperdiciar espacio con nada excepto lo mejor?

Además, si bien es cierto que una determinada cantidad de personas cuidadosamente seleccionadas sería admitida en el *vara*, quizá como cuidadores y gerentes del proyecto, y como futuro plantel reproductor, el énfasis se pone en las semillas, que en el caso de los seres humanos sería esperma de los hombres y óvulos de las mujeres. De modo que cuando leemos que el *vara* se construirá en tres niveles subterráneos, cada uno más pequeño que el superior, cada uno con su propio sistema de «calles» entrecruzadas, resulta legítimo preguntarse si de lo que se está hablando aquí no es algún tipo de sistema de almacenamiento, quizá con hileras de estanterías dispuestas en pasillos entrecruzados:

> *En la parte mayor del lugar deberás hacer nueve calles, seis en la parte media, tres en la pequeña. A las calles de la parte mayor debes llevar un millar de semillas de hombre y mujeres; a las calles de la parte media, seiscientas; a las calles de la parte más pequeña, trescientas*[251].

Si parece fantasioso imaginar que pudiéramos, en un sentido casi de alta tecnología, estar mirando a las especificaciones de un banco de semillas, ¿cómo describir entonces los otros aspectos «tecnológicos» del *vara*, como por ejemplo su sistema de iluminación? Del mismo modo en que hace una puerta para el lugar, y la sella con el anillo de oro que le diera Ahura Mazda, Yima también ha de crear «una ventana, que brille sola por dentro»[252]. Cuando Yima le pide aclaraciones respecto a la naturaleza de esta ventana que «brilla sola», Ahura Mazda le dice crípticamente «hay luces no creadas y luces creadas». Las primera son las estrellas, la Luna y el Sol, que no serán vistos desde los confines del *vara* durante el largo invierno, pero las segundas son las «luces artificiales» las cuales «brillan desde debajo»[253].

Yima hizo lo que se le ordenó y completó el vara, que desde ese momento «brilló con su propia luz»[254]. Una vez conseguido esto:

> *Hizo que las aguas fluyeran a un lecho de kilómetro y medio de largo; allí asentó pájaros, junto a las orillas siempre verdes que tenían comida sin fin. Allí estableció zonas de residencia, que consistían en una casa con un balcón, un patio y una galería…*[255]

También allí, se nos recuerda, siguiendo las órdenes del dios:

> *Llevó las semillas de hombres y mujeres […]. Allí llevó las semillas de todo tipo de árbol [y] […] todo tipo de fruta […]. Todas esas semillas que llevó, dos de cada tipo, para ser mantenidas inagotables allí, durante tanto tiempo como esos hombres deban estar en el vara…*[256]

Por último se nos dice que:

> *Cada cuadragésimo año, a cada pareja le nacen dos, un macho y una hembra. Y así es para cada tipo de ganado. Y los hombres en el vara, el cual hizo Yima, viven la vida más feliz*[257].

Resulta interesante que el traductor explique, en una nota sacada de varios antiguos comentarios especializados del texto, que los habitantes humanos del *vara* «vivieron allí durante 150 años; algunos dicen que ninguno murió»[258]. Además, algo especialmente intrigante, el nacimiento de la progenie de cada pareja no resulta de la unión sexual, sino «de las semillas depositadas en el *vara*»[259].

Otros indicios de misteriosa tecnología perdida relacionada con Yima incluyen una copa milagrosa en la cual podía ver todo lo que estaba sucediendo en cualquier lugar del mundo y un trono de cristal enjoyado (en ocasiones descrito como un «carro de cristal») capaz de volar[260].

Inundación y lluvia

Además de una catástrofe climática en forma de reversión de un día para otro a las condiciones del cenit de la Edad del Hielo, también sabemos que el Dryas Reciente estuvo implicado en una extensa inundación global al fundirse una amplia fracción de la capa de hielo norteamericana, que terminó desaguada en el océano mundial. Por eso merece la pena mencionar que los textos zoroastrianos no solo hablan de la «vehemente, destructora helada» de un invierno global, sino también de una inundación asociada a él acompañada de grandes precipitaciones, en la cual:

> *Cada gota de lluvia se volvió tan grande como un cuenco y el agua permaneció con la altura de un hombre sobre toda esta tierra*[261].

En el otro lado del mundo y mucho más próximo al epicentro norteamericano del cataclismo, el *Popol Vuh*, un documento originario de los mayas quiche de Guatemala, basado en fuentes precolombinas, también habla de una inundación y la asocia con «mucho granizo, lluvia negra y niebla, y un frío indescriptible»[262]. En lo que es un notable eco de la tradición zoroastriana, dice que fue un período «nuboso y crepuscular en todo el mundo […]. Las caras del Sol y la Luna estuvieron cubiertas»[263]. Otras fuentes mayas confirman que estos extraños y terribles fenómenos fueron experimentados por la humanidad «en el tiempo de los antiguos, la tierra se oscureció […], sucedió que el sol todavía era brillante y claro. De repente, a mediodía, se hizo oscuro…»[264]. La luz del sol no volvió a verse «hasta el vigésimo sexto año después de la inundación»[265].

Volviendo al Oriente Medio, la famosa narración del patriarca Noé y el gran arca en el cual se libra de la inundación llama la atención. Es evidente que hay muchos paralelismos con la historia de Yima y su *vara*. Al fin y al cabo, el *vara* fue un medio de sobrevivir a un terrible y devastador invierno que iba a destruir a toda criatura viviente envolviendo a la Tierra en una helada trampa de hielo y nieve. Del mismo modo, el Arca es un medio de sobrevivir a un devastador diluvio que destruirá toda criatura viva anegando el mundo con agua. En ambos caso, la deidad —Ahura Mazda en el caso de la tradición zoroastriana y el dios Yahvé en el caso de la tradición hebrea—

interviene para darle un aviso previo a un hombre bueno y puro, para que se prepare para el inminente cataclismo. En ambos casos, la esencia del proyecto es preservar las semillas, o las parejas reproductivas, de toda la vida existente:

> *Meterás además en el arca, de entre todo viviente, de todo ser corpóreo, dos de cada clase para conservarlos con vida contigo; serán macho y hembra; de las aves, las bestias y todos los reptiles de la tierra en sus respectivas especies, dos de cada clase vendrán a ti para conservarles la vida*[266].

A pesar de que es fácil pasarlo por alto, resulta interesante mencionar que el arca de Noé, al igual que el *vara* de Yima, tiene que tener una «ventana», estar cerrado como una «puerta» y tiene que estar formado por tres niveles:

> *Harás al arca una lucera y un codo más arriba darás remate a aquella. Pondrás la puerta del arca a uno de sus costados; plantas bajas, segundas y terceras le harás*[267].

Y por último, pero no por ello menos importante, en el arca de Noé hay indicios de una perdida tecnología de iluminación paralela a las referencias a las «luces artificiales» del *vara*. En *The legends of the jews*, la notable y completa compilación de Louis Ginzberg de historias y tradiciones antiguas relacionadas con la Biblia hebrea, leemos que todo el viaje del arca «durante el año de la inundación» tuvo lugar en la oscuridad tanto por la noche como por el día:

> *Todo el tiempo que duró, el Sol y la Luna no arrojaron luz alguna…*[268]

No obstante, del mismo modo que la «ventana que brilla sola» del *vara*:

> *El arca estaba iluminada con una piedra preciosa, la luz de la cual era más brillante por la noche que por el día, permitiendo así a Noé distinguir entre el día y la noche*[269].

Ciudades subterráneas

Como es bien sabido, el arca de Noé se dice que terminó su viaje en las laderas del monte Ararat, el centro simbólico de la antigua Armenia; pero hoy, como resultado de guerras a principios del siglo xx, está localizado dentro de la actual Turquía. Turquía, a su vez, tiene frontera con Irán —la antigua Persia—, desde donde ha llegado hasta nosotros el antiguo relato del *vara* de Yima.

Resulta intrigante, por tanto, que la región turca de Capadocia posea un gran número de antiguas estructuras subterráneas excavadas en la roca sólida y por lo general, como el *vara*, formadas por múltiples niveles amontonados unos sobre otros. Estas «ciudades» subterráneas, como son conocidas, incluyen el inquietante y espectacular yacimiento de Derinkuyu, que pude visitar en 2013. Localizado bajo la cuidad moderna del mismo nombre, ocho de sus niveles están en la actualidad abiertos al público, si bien hay otros cerrados más abajo y, sorprendentemente, un túnel subterráneo de varios kilómetros de longitud que lo conecta con otro hipogeo similar en Kaymakli.

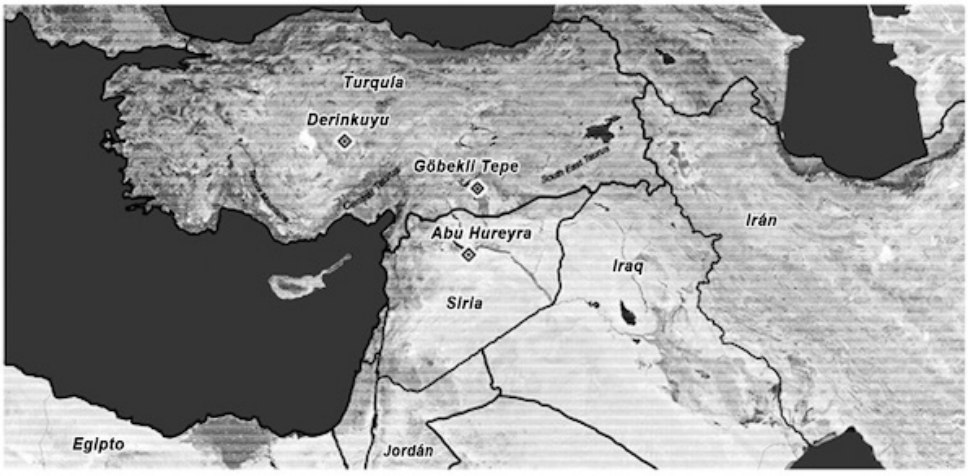


Figura 24.

Entrar en Derinkuyu fue como cruzar una barrera invisible a un inesperado inframundo. Estaba de pie bajo el sol brillante y al cabo de un instante, tras haberme zambullido en el fresco, húmedo y escasamente iluminado sistema de túneles y galerías (nada de ventanas autoiluminadas esta vez, solo luz eléctrica de pocos vatios), sentí que me había transportado a un reino excavado por enanos míticos en el alba de los tiempos. En algunos puntos los túneles son bajos y estrechos, de modo que uno tiene que encorvarse y caminar en fila india entre muros manchados y oscurecidos por humo antiguo donde aquí y allí crece moho verde. A intervalos regulares, retraídas en profundos nichos, pasé junto a pesadas puertas megalíticas en forma de rueda de molino de entre 1,5 y 1,8 m de diámetro con un peso cercano a media tonelada. Estaban claramente pensadas para ser sacadas rodando y taponar el acceso. Escaleras y empinadas rampas llevaban desde los niveles superiores a los inferiores y, si bien todos los niveles estaban interconectados, las puertas rodantes podían ser utilizadas para aislarlos unos de otros cuando fuera necesario.

Me di cuenta de un notable sistema de larguísimos pozos de ventilación verticales que conectaban los niveles más profundos con la superficie; tan bien hechos que ráfagas de aire fresco todavía se podían sentir a ochenta metros o más de profundidad. En algunos puntos el corredor que estaba siguiendo desembocaba en una intersección de donde partían varios túneles en diferentes direcciones y unas escaleras conducían a niveles inferiores.

Aquí y allá, a veces a este lado y a veces en el otro del pasillo, en ocasiones con acceso mediante agujeros horadados en la pared, en ocasiones mediante puertas de tamaño normal, había pequeñas grutas de techo bajo donde incluso unas pocas personas sentadas juntas habrían estado apretujadas. Pero otras veces las puertas conducían a redes interconectadas de cámara y pasajes y en ocasiones desembocaban en altas salas y espaciosas habitaciones con techos abovedados situados muy por encima de la cabeza, soportados por columnas monolíticas talladas en la roca.

En resumen, que todo el lugar es un ingenioso y complejo laberinto a una escala inmensa; un trabajo de una sorprendente complejidad arquitectónica que ya habría sido impresionante de haber sido construido en la superficie; pero que resulta completamente asombroso cuando se considera que tuvo que ser excavado, tallado, martilleado y cortado en un lecho de roca volcánica. Más tarde, estudiando un plano, me di cuenta de que este vasto hipogeo, que en sección parecía una conejera gigante que ocupaba más de 4 kilómetros cuadrados[270], se encontraba por debajo de cualquier punto de la ciudad de Derinkuyu al que uno se dirigiera, calles bajo calles, habitaciones bajo habitaciones, una ciudad antípoda secreta de antigüedad y propósito desconocidos, pero ciertamente resultado de un inmenso ingenio, determinación y habilidad.

Y Derinkuyu no es sino uno de los *doscientas* complejos subterráneos, cada con un mínimo de dos niveles (en torno a cuarenta de ellos poseen tres o más niveles) que han sido identificados en Turquía en la zona entre Kayseri y Nevsehir[271]. Además, nuevos descubrimientos se realizan constantemente. La propia Derinkuyu solo fue hallada en 1963, después de que los albañiles que estaban renovando el sótano de una casa moderna se encontraran con que habían penetrado en el antiguo pasadizo de debajo. Más recientemente, en 2014, unos obreros que estaban preparando el terreno para un nuevo proyecto de viviendas en Nevsehir, a una hora de coche de Derinkuyu, se tropezaron con otro hipogeo desconocido. Se llamó a los arqueólogos y no tardaron en darse cuenta de que era mayor que cualquiera de los que se conocían hasta ese momento. Como dijo Hasan Unver, alcalde de Nevsehir, Derinkuyu y Kaymakli son poco más que «cocinas» comparados con el nuevo yacimiento. «Es una ciudad

subterránea desconocida —añadió Mehmet Ergun Turan, director del Departamento de Desarrollo de la Vivienda de Turquía—. Se habla de túneles de siete kilómetros. Naturalmente, cuando se realizó el descubrimiento, detuvimos la construcción que planeábamos hacer en la zona»[272].

De inmediato varios comentaristas especularon que el yacimiento recién descubierto podía tener «5.000 años de antigüedad»[273], pero no hay base para ello… en realidad para ninguna fecha. Todo lo que se puede decir con seguridad es que la más antigua mención de las ciudades subterráneas turcas se encuentra en la *Anábasis* del historiador griego Jenofonte, escrita en el siglo iv a. C.[274], de modo que tienen que se más antiguas.

La cuestión es ¿cuánto más antiguas?

Como recordará el lector del capítulo 1, no hay un modo objetivo de fechar estructuras hechas completamente de roca. Por tanto, lo que los arqueólogos buscan son materiales orgánicos que puedan fecharse con el carbono 14. Para que sirvan, no obstante, esos materiales orgánicos han de ser extraídos de puntos —bajo un megalito que nunca se haya movido, por ejemplo, o en el mortero original de una junta entre dos bloques de piedra— que permitan realizar deducciones sobre la fecha en la que fueron colocados los elementos estructurales asociados.

Por eso, la misteriosa decisión de los constructores de Göbekli Tepe de *enterrar* los recintos megalíticos ha sido tan práctica para la arqueología. Una vez enterrados, así permanecieron y los materiales orgánicos del relleno pudieron ser utilizados para realizar valiosas inferencias sobre su antigüedad. En otros muchos yacimientos, en cambio, existe la posibilidad de que la intrusión de materiales orgánicos posteriores proporcionen fechas falsamente modernas y en algunas —las ciudades subterráneas de Turquía son un ejemplo destacado— no se pueden realizar dataciones. Esto se debe a que los yacimientos estuvieron en uso y fueron reutilizados, a veces con propósitos diferentes, en muchas ocasiones con el paso del tiempo y por muchos pueblos diferentes, cada uno de los cuales introdujo materiales orgánicos, lo cual hace imposible realizar inferencias sobre la época de la construcción original.

La opinión general de los arqueólogos es que las estructuras subterráneas fueron realizadas originalmente en los siglos viii o vii a. C. por un pueblo indoeuropeo, los frigios, que por entonces habitaba la Capadocia. La teoría es que los frigios comenzaron el proyecto ampliando y profundizando cuevas y túneles naturales ya existentes en la roca volcánica, utilizando los espacios que crearon como lugares de almacenamiento y posiblemente como refugio contra atacantes.

En época romana, con los frigios desaparecidos hacía mucho, los habitantes de la zona eran cristianos grecoparlantes que ampliaron e incrementaron la cavernas subterráneas, dedicando algunas de las habitaciones a capillas y dejando en ellas inscripciones en griego, algunas de las cuales todavía se conservan. En la época bizantina, entre los siglos viii y xii d. C., el Imperio romano de Oriente estuvo enfrascado en combates con los recién islamizados árabes, y las ciudades subterráneas se convirtieron de nuevo en lugares donde refugiarse; una función que siguieron desempeñando durante las invasiones mongolas del siglo xiv d. C. Más tarde aún, los cristianos griegos utilizaron las ciudades para escapar de la persecución de los gobernantes turcos musulmanes, una práctica que continuó durante el siglo xx, cuando las estructuras finalmente cayeron en desuso tras la tregua y el intercambio de poblaciones entre Grecia y Turquía en 1923[275].

Con una historia tan movida resulta sencillo comprender por qué las ciudades subterráneas no pueden ser fechadas mediante técnicas arqueológicas. Además, el vasto esfuerzo realizado en su excavación en la roca sólida y sus sofisticados sistemas de ventilación hablan de motivos a largo plazo mucho más allá de la limitada y temporal necesidad de protegerse contra atacantes. Con esto en mente, consideremos un escenario en el que los frigios, elegidos sin ningún motivo por los arqueólogos como los creadores de estas ciudades, no fueran sino una de las muchas culturas que las utilizaron con posterioridad. Resulta perfectamente posible que este sea el caso y, de ser así, también es posible que estas extraordinarias estructuras subterráneas puedan datar de mucho tiempo antes de los frigios… quizá incluso tan lejos como los «fatales inviernos» del Dryas Reciente, comenzado hace 12.800 años.

Evidentemente, no hay prueba de esto. No obstante, el historiador y arqueólogo turco Omer Demir, autor de *Cappadocia: craddle of History*, es de la opinión de que Derinkuyu se remonta de hecho al paleolítico[276]. Su argumento se basa en parte en la noción de que ya existía en época de los frigios[277], parte en las diferencias estilísticas entre los niveles superiores (más antiguos) y los inferiores (más modernos)[278] y parte en el hecho de que las marcas de las herramientas utilizadas para cortar la roca han desaparecido por completo en los niveles superiores, pero todavía son visibles en los niveles inferiores:

> *Se necesita un largo período de tiempo para que desaparezcan las marcas de cincel. Esto significa que hay bastante diferencia temporal entre los años de construcción de los primeros niveles y de los últimos*[279].

Demir también sugiere que las inmensas cantidades de roca excavadas para crear la ciudad subterránea —las cuales no son visibles en las cercanías en la actualidad— fueron arrojadas a los arroyos locales y así desaparecieron[280]. En uno de esos arroyos, el Sognlai, a 26 kilómetros de distancia de Derinkuyu, se han encontrado hachas de mano, lascas de piedra y otros artefactos paleolíticos[281].

Como mucho, la evidencia es sugestiva, de modo que ¡no apostaría mi vida o mi reputación en ella! No obstante, el escenario que sitúa la construcción de Derinkuyu y las demás ciudades subterráneas al comienzo del Dryas Reciente tiene el gran mérito de no dejarnos elucubrando en busca de un motivo adecuado al esfuerzo desplegado. La historia de Yima nos informa de forma muy clara respecto al motivo. Dicho de forma sencilla, las ciudades son *varas* excavadas en las profundidades de la tierra como refugio contra los horrores del Dryas Reciente, que no se limitan a «las violentas heladas destructoras», sino que —como sabemos por las esférulas de impacto cósmico y el cristal fundido en muestras de sedimentos en la cercana Abu Hureyra— también incluyen la aterradora amenaza de bombardeos desde el cielo.

Como una serpiente salida del cielo

Es casi una certeza, si nuestro planeta se cruzó en el recorrido de un cometa gigante hace 12.800 años, como sostienen Firestone, Kennett y West, que el bombardeo no se limitó a los grandes fragmentos caídos durante el primer momento. La cola de escombros del cometa habría permanecido en una órbita que se cruzaba con la de la Tierra y, muy probablemente, el resultado fueron décadas, quizá incluso siglos, de subsiguientes bombardeos; no a la misma escala de intensidad que el encuentro inicial, pero aun así capaces de causar daños catastróficos y diseminar el suficiente miedo y consternación ante la poderosa «serpiente» que merodeaba por los cielos como para justificar la construcción de seguros refugios subterráneos.

De hecho, como veremos, la Tierra *todavía* puede cruzar la cola de escombros del cometa gigante del Dryas Reciente y objetos grandes y mortíferos, más oscuros que el carbón, invisibles para nuestros telescopios, pueden seguir orbitando hoy día en esa cola. Lo cual me recuerda la profecía ojibwa que vimos en el capítulo 3:

> *La estrella con la larga y ancha cola va a destruir el mundo algún día cuando baje de nuevo. Ese es el cometa llamado Estrella Celestre Creciente de Larga Cola.*

¿Está regresando el cometa del Dryas Reciente? ¿Podría ser que no perdiera toda su ira y fuerza destructiva con los fragmentos que golpearon la Tierra y causaron el intenso y destructor invierno del Dryas Reciente hace 12.800 años?

Curiosamente, las antiguas tradiciones iranias también contienen una profecía, pues dicen que Yima regresará y caminará de nuevo entre ellos, cuando

> *aparezcan los signos que presagian los últimos días. De estos, el peor será un invierno más terrible que ninguno que el mundo haya visto antes, cuando llueva y nieve y granice durante tres largos años*[282].

El abrasador descenso de más fragmentos del cometa podría crear un invierno semejante, igual que sucediera hace 12.800 años y, del mismo modo que sucedió entonces, lo haría en parte porque los cielos estarían oscurecidos por los escombros y el humo de los incendios originados por los estallidos en el aire y las deyecciones supercalientes de los impactos sobre la Tierra. Se trata de cuestiones graves, y regresaremos a ellas en el capítulo 19; pero primero hemos de considerar la historia de Noé, la contrapartida hebrea de Yima, llevado por las aguas del diluvio —así se nos dice— hasta las laderas del monte Ararat, a solo unos días de marcha a pie de Göbekli Tepe. La historia de Noé también contienen una profecía que se manifiesta en el Nuevo Testamento 2 Pedro 3, 3-7:

> *(…) por las que el mundo de entonces pereció, inundado de agua. A su vez los cielos y la tierra de ahora, por la misma palabra están guardados para el fuego, reservados para el día del juicio y perdición de los hombres impíos.*

O como dice la vieja canción: «Dios le dio a Noé el símbolo del arcoíris: no más agua, fuego la próxima vez».

Capítulo 8

LOS ANTEDILUVIANOS

La historia bíblica del diluvio es muy familiar para todos y no necesita que la repitamos aquí en detalle. Los elementos esenciales pueden sintetizarse como sigue:

- Una mortal inundación global, enviada por Dios para castigar la maldad humana[283].
- Un hombre (Noé) es seleccionado por Dios, quien le avisa con antelación del inminente cataclismo de tal modo que pueda construir un barco de supervivencia (el arca)[284].
- La conservación en el arca de las semillas, o parejas reproductoras, de todas las formas de vida, con particular énfasis en la vida humana (Noé y su esposa, junto a sus hijos y sus esposas) y animal («de las aves, las bestias y todos los reptiles de la tierra, en sus respectivas especies, dos de cada clase vendrán a ti para conservarles la vida») [285].
- El arca navega sobre la inundación hasta que las aguas se retiran[286].
- El arca termina descansando «sobre las montañas de Ararat»[287].
- Cuando las aguas «habíanse enjugado sobre la tierra», Dios le dice a Noé que abandone el arca con su familia y: «Saca contigo todos los animales que te acompañan, de toda criatura, en aves, en bestias y en todos los reptiles que reptan sobre la tierra; y pululen sobre por el orbe y procreen y se multipliquen sobre la tierra»[288].
- Noé construye un altar en el cual sacrifica alguno de los animales y pájaros que acaba de salvar de la inundación. El olor de las ofrendas quemadas le es grato a Dios[289].
- Los humanos y animales supervivientes se marchan y «llenan la tierra», como se les ha ordenado[290].

El monte Ararat se alza hasta los 5.137 metros y los geólogos nos aseguran, basándose en excelente ciencia, que ninguna parte de él ha estado nunca cubierta por aguas de inundación oceánica desde que comenzó a tomar forma de montaña cerca del final del Mioceno Temprano, hace unos dieciséis millones de años. La presencia de humanos anatómicamente modernos en el mundo, como vimos en el capítulo anterior, no se puede remontar más allá de doscientos mil años e incluso nuestro último antepasado común con el chimpancé —una criatura que estaba muy lejos de ser «humana» en cualquier sentido— apenas se remonta a seis millones de años, de modo que la noción de un barco con humanos abordo quedando acostados en el monte Ararat es una imposibilidad cronológica.

No obstante, resulta intrigante que la historia del diluvio tal cual aparece en el Antiguo Testamento mencione de forma específica y deliberada «las montañas de Ararat» (el «monte» tiene, de hecho, dos picos gemelos), que en época bíblica se consideraban parte del «reino de Ararat»[291], las tierras históricas de Urartu, conquistadas por el rey asirio Salmanasar a finales del segundo milenio a. C.[292] Debido a los limitados estudios arqueológicos realizados allí, los historiadores confiesan que «los orígenes de Urartu han de permanecer oscuros»[293]; pero los yacimientos más antiguos que se conocen y el principio de la agricultura en la región han sido rastreados hasta «aproximadamente el 10000 o el 9000 a. C.»[294]; en otras palabras, el período de Göbekli Tepe.

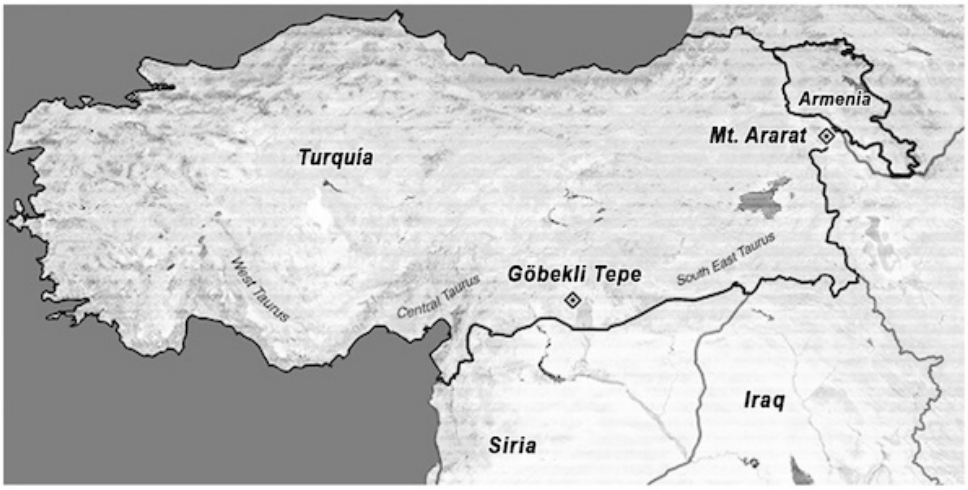


Figura 25.

Además, toda esta zona, incluidos por supuesto el monte Ararat y Göbekli Tepe, formaba el corazón de la Armenia histórica, la descendiente directa del reino bíblico de Ararat, cuyos habitantes se consideraban —como lo siguen haciendo hoy día— «las gentes de Ararat»[295]. Escrita en el siglo v d. C., la influyente *Historia de los armenios* de Moses Khorenatsi atribuye la fundación de la nación al patriarca Haik, de quien se dice era el tatarabisnieto del propio Noé y, por lo tanto, del linaje de los supervivientes de la inundación que salieron del arca[296]. De hecho, se debe a Haik que en el siglo xxi los armenios se sigan refiriendo a ellos mismos como hay y a su tierra como Haiastán[297]. Para ellos se trata simplemente de una tragedia que tanta de su tierra, incluidos Göbekli Tepe y el monte Ararat, se encuentre ahora mismo en posesión de la República de Turquía tras el genocidio armenio de 1915-1923, durante el cual se cree que más de un millón de personas de etnia armenia fueron asesinadas por las fuerzas turcas[298].

El sentimiento nacionalista todavía es profundo en las comunidades de la diáspora armenia repartidas por el mundo y en lo poco que queda de la Armenia histórica que hoy forma la República de Armenia. Estas tensiones han afectado a Göbekli Tepe y muchos armenios están indignados de que Turquía afirme que este importante yacimiento es herencia suya, como si la antigua conexión armenia no existiera. Unos pocos minutos de búsqueda en

internet utilizando la palabra clave «Portasar», el antiguo nombre armenio de Göbekli Tepe, basta para confirmarlo. Solo pondré un ejemplo, un vídeo de YouTube titulado «Turquía presenta la antigua Portasar armenia como la Göbekli Tepe turca»[299]. Entre los comentarios, muy representativo de las opiniones vertidas por muchos de quienes lo han visto, leemos:

> *Así es como pienso en Portasar (Göbekli Tepe). Esta gente enterró deliberadamente un templo sagrado. Lo hicieron como paso previo a su descubrimiento muchos años después en el futuro. Creían en la reencarnación. Las gentes que construyeron Portasar (Göbekli Tepe) se encuentran entre los armenios. Sus espíritus han transcendido a los armenios actuales. Cuando le entregas algo a tu familia quieres estar seguro de que solo va a un miembro de la familia y a nadie más. Portasar y esas tierras retornarán a los armenios de acuerdo a las leyes de la naturaleza…* **[300]**

Del mismo modo, aunque actualmente por entero dentro de las fronteras de Turquía, el monte Ararat sigue siendo un poderoso símbolo del nacionalismo armenio. Una imagen del monte Ararat con las aguas retirándose y el arca de Noé en la cima campea en el escudo de la República de Armenia, mientras que la propia montaña —tan cerca y sin embargo tan lejos— se cierne sobre la capital armenia de Yerevan, un amenazador e insoslayable recordatorio de que:

> *El pasado nunca muere. No es ni siquiera pasado*[301].

Son muchos los modos por los cuales la historia de Noé y su arca, y de un mundo rehecho tras un terrible cataclismo global, sigue siendo una fuerza viva en la región de Göbekli Tepe, ese misterioso santuario de las montañas del Tauro donde grandes círculos de piedra comenzaron a ser erigidos en el 9600 a. C.; una fecha que señala el final exacto del largo

«invierno fatal» del Dryas Reciente. Como Klaus Schmidt me preguntó de forma retórica cuando lo entreviste en el yacimiento (véase el capítulo 1):

> *¿Cuáles son las posibilidades de que sea una casualidad que la fase monumental de Göbekli Tepe comience en el 9600 a. C., cuando el clima de todo el mundo dio un brusco giro a mejor y se produce un estallido de crecimiento en la naturaleza y en las posibilidades?*

Hay otra cosa sobre esta fecha. Al igual que el comienzo del Dryas Reciente en el 10800 vino acompañado de inmensas inundaciones globales y un episodio de rápido incremento del nivel del mar, cuando las heladas aguas derretidas de la capa de hielo norteamericana se derramaron de forma repentina dentro del océano Atlántico[302], en torno al 9600 a. C. hubo una segunda inundación global cuando los restos de la capa de hielo norteamericana y del norte de Europa se colapsaron simultáneamente en medio de un calentamiento global. El difunto Cesare Emiliani, profesor del Departamento de Ciencias Geológicas de la Universidad de Miami, realizó análisis isotópicos de sedimentos de alta mar[303] que produjeron asombrosas evidencias de una catastrófica inundación global «hace entre 12.000 y 11.000 años»[304].

De modo que aunque es posible que las inundaciones de finales de la Edad del Hielo nunca llevaran a Noé y su arca a miles de metros sobre el actual nivel del mar hasta las laderas del monte Ararat, lo cierto es que sí fueron globales en su extensión y habrían tenido devastadoras consecuencias para los humanos de la época. Regiones montañosas como la cadena del Ararat habrían sido lugares naturales de refugio; lugares naturales para llevar «las semillas de la vida» y empezar de nuevo. Por lo tanto, si bien la historia de Noé puede que no sea literalmente cierta en todos sus detalles, hemos de considerar la posibilidad de que sí lo sea en esencia, es decir, que recoja la construcción de un «arca» en la cual semillas de las plantas más útiles y parejas reproductoras de animales quizá fueran preservadas por gentes que ya conocían la agricultura y poseían habilidades

arquitectónicas, que sobrevivieron a la inundación, que emigraron a tierras entre el monte Ararat y Göbekli Tepe y que subsiguientemente diseminaron el conocimiento de la agricultura y la arquitectura a los cazadores-recolectores de la región.

La repentina aparición, de hecho carente por completo de precedentes, de los círculos de piedras gigantes en Göbekli Tepe, que seguramente solo pudieron haber sido concebidos y llevados a cabo por personas con un amplio conocimiento previo de la arquitectura megalítica, y la simultánea «invención» de la agricultura en exactamente el mismo lugar hacen, desde mi punto de vista, que se trate de una posibilidad muy sugestiva. También está la inquietante sensación de que el propio Göbekli Tepe constituye una especie de «arca» congelada y registrada en piedra; pues su iconografía no es solo sobre animales, sino también —en varios intrigantes relieves que muestran mujeres con los genitales expuestos[305] y hombres con el pene erecto—[306] sobre la fertilidad humana. Imaginería de este último tipo, incluida una imagen que Karl Luckert, catedrático de Historia de las Religiones en la Universidad Estatal de Missouri, interpreta como una clásica «madre tierra»[307], hace pensar en la orden de Dios a Moisés y su familia de: «Procread y multiplicaos y llenad la tierra»[308].

Mientras tanto, dónde si no en el arca de Noé podemos encontrar una colección de animales tan ecléctica como la representada en los megalitos de Göbekli Tepe; un zoológico que, como vimos en el capítulo 1, incluye arañas, escorpiones y serpientes («todos los reptiles que reptan sobre la tierra»), pájaros y ganado («todos los cuadrúpedos, reptiles y aves»), y zorros, felinos, cabras, gacelas, verracos, osos, etc., etc. (en resumen, como dice el Génesis 6, 20: «las aves, las bestias y todos los reptiles de la tierra en sus respectivas especies»).

Un último detalle. Noé sacrificó alguno de los animales y aves que acababa de salvar de la inundación en una ofrenda a Dios. En Göbekli Tepe, los arqueólogos han encontrado los huesos masacrados de muchas de las especies animales representadas en los pilares megalíticos[309].

Ciudades de antes del diluvio

Los especialistas saben desde hace mucho que la narración del diluvio bíblico no es original del Antiguo Testamento, sino que fue tomada prestado de una fuente muy anterior, de hecho, una fuente que se remonta a la más antigua civilización verdadera reconocida hasta ahora por la arqueología, la de la antigua Sumer mesopotámica, que surgió en el v milenio a. C., floreció durante el iv y el iii milenios a. C. y sobrevivió hasta el ii milenio a. C.[310] Las dos versiones escritas más antiguas de este «mito» de la inundación global se pueden ver actualmente en el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania[311] y en la colección privada Schøyen de Noruega[312]. Ambas están escritas en sumerio con caracteres cuneiformes y ambas nos han llegado como fragmentos en vez de como textos completos.

No obstante, de las dos, la tablilla de la Universidad de Pensilvania, encontrada durante las excavaciones de la ciudad sumeria de Nipur[313] (situada junto al Éufrates, a 200 kilómetros al sur de la actual Bagdad) es la más completa; pues consiste en el tercio inferior de lo que antaño fue una tablilla de arcilla cocida con seis columnas de texto[314] y está fechada en el siglo xvii a. C.[315] Si bien se conserva menos de ella, la tablilla Schøyen es un poco más antigua (está fechada entre los siglos xix-xviii a. C.)[316], repite algunas de las líneas del fragmento de Pensilvania y añade algunos detalles que no se encuentran en ninguna otra parte[317].

¡Cuán preciosas y excepcionales son estas pequeñas tablillas de barro cocido! Y cuántas cosas tienen que contarnos. Cuando leí por primera vez ese relato de inmediato me intrigó, porque contiene referencias explícitas a la existencia de cinco ciudades antediluvianas, las cuales se nos cuenta fueron tragadas por las aguas del diluvio.

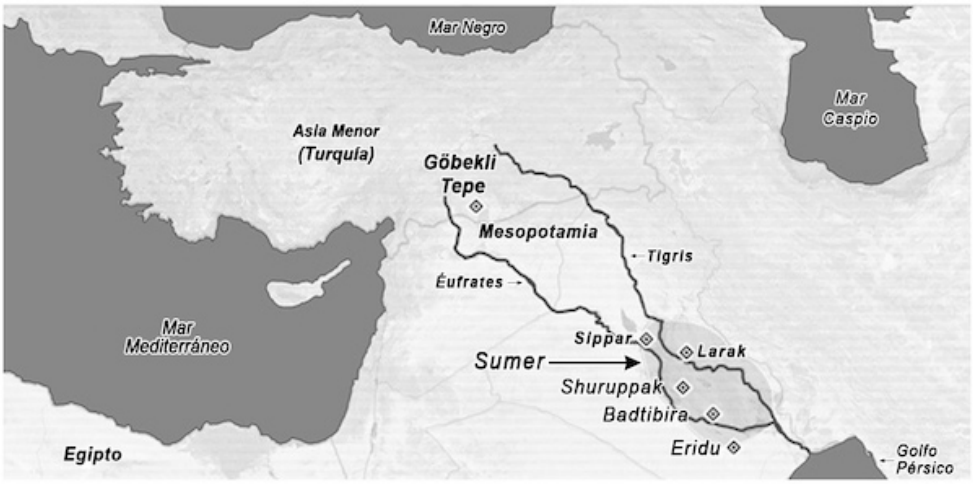


Figura 26. Mapa de la antigua Sumer donde aparecen las ciudades antediluvianas.

Las primeras 37 líneas de la tablilla de la Universidad de Pensilvania faltan, de modo que no sabemos cómo empieza la historia; pero en el punto en el que nos introducimos en ella el diluvio todavía queda lejos en el futuro[318]. Aprendemos sobre la creación de los seres humanos, los animales y las plantas[319]. Después hay otra laguna de 37 líneas, tras la cual hemos saltado hacia delante en el tiempo hasta una época de alta civilización. Se nos dice que en esa época, antes del diluvio, «la realeza descendió desde el cielo»[320].

Entonces llega la referencia a la fundación de las ciudades antediluvianas de Sumer a manos de un rey o dios anónimo:

> *Después de que la noble corona y el trono de la realeza fueran descendidos desde el cielo,*
> *perfeccionó los ritos y las elevadas leyes divinas […],*
> *fundó las cinco ciudades […] en lugares puros,*
> *dijo sus nombres, las asignó como centros de culto.*
>
> *la primera de esas ciudades, Eridu […],*
> *la segunda Badtibira […],*
> *la tercera Larak […],*
> *la cuarta Sippar […],*
> *la quinta Shuruppak […]*[321].

«El conservador de la semilla de la humanidad…»

Cuando volvemos a retomar la narración tras una laguna de 37 líneas, la escena ha cambiado de modo desconcertante. Aunque el diluvio sigue estando en el futuro, la fundación de las cinco ciudades antediluvianas está ahora lejos en el pasado. Por el contexto resulta claro que en el período transcurrido los habitantes de las ciudades se han comportado de tal modo que han incurrido en el desagrado divino y que se ha convocado una reunión de dioses para castigar a la humanidad con el terrible instrumento de una inundación que destruya a la Tierra. En el momento en el que nos reincorporamos a la historia, unos pocos de los dioses disienten de esta decisión y expresan su tristeza e insatisfacción con ella[322].

Sin preámbulos, aparece después un hombre llamado Zisudra… el arquetipo sumerio del patriarca bíblico Noé. El texto lo describe como un «rey piadoso y temeroso de los dioses»[323] y nos permite entender que uno de los dioses siente piedad por él. El nombre de este dios no ha sobrevivido en la tablilla de la Universidad de Pensilvania; pero el fragmento Schøyen nos proporciona una clave cuando revela que Zisudra no es solo rey, sino

también sacerdote del dios Enki[324]. Este dios, con el que volveremos a encontrarnos más adelante, le dice a Zisudra:

> *Cree lo que te digo, presta oídos a mis instrucciones:*
> *un diluvio arrasará los centros de culto.*
> *Para destruir la semilla de la humanidad,*
> *es la decisión, la palabra de la asamblea de dioses*[325].

Sigue una laguna de 40 líneas en la cual, a partir de las muchas recensiones posteriores del mismo mito, los especialistas deducen que «debe haber continuado con detalladas instrucciones a Zisudra para que construya un barco gigante y así se salve de la destrucción»[326].

Cuando la historia 40, el cataclismo ya ha empezado:

> *Todos los huracanes, extremadamente poderosos, atacaron como uno solo,*
> *al mismo tiempo, la inundación arrasó los centros de culto.*
> *Durante siete días y siete noches la inundación barrió la tierra,*
> *y el inmenso barco fue zarandeado por los huracanes sobre las grandes aguas*[327].

Durante el cataclismo los cielos permanecieron oscuros. Entonces, al octavo día, el sol aparece entre las nubes y las lluvias y furiosas tormentas cesan. Tras abrir la «ventana» de su barco de supervivencia, Zisudra mira a un mundo que ha cambiado para siempre y sacrifica un buey y una oveja a los dioses[328].

Sigue una exasperante laguna de 39 líneas, donde presumiblemente se nos habla del lugar donde Zisudra termina embarrancando y los pasos que dio después. Cuando retomamos la historia, cercano el final del texto, lo encontramos en presencia de los grandes dioses del panteón sumerio, *Anu* y *Enlil*, que se han arrepentido de su decisión de borrar por completo a la

humanidad de la faz de la tierra y están tan agradecidos a Zisudra por construir su arca que deciden hacerlo inmortal:

> *Vida como a un dios le dieron;*
> *aliento eterno como a un dios trajeron para él,*
> *… Zisudra el rey,*
> *el preservador del nombre de la vegetación y de la semilla de la humanidad*[329].

Las últimas treinta y nueve líneas faltan[330].

Los siete sabios

El difunto catedrático Samuel Noah Kramer, una de las grandes autoridades en la antigua Sumer, comentó que había «incitantes oscuridades e incertidumbres» en esta, la más antigua versión escrita que conservamos de la tradición mundial del diluvio[331]. De lo que no puede caber ninguna duda, sin embargo, es de que la tablilla habla de una civilización urbana que existió antes del diluvio y nos proporciona los nombres de sus ciudades sagradas: Eridu, Badtibira, Larak, Sippar y Shuruppak. De estas ciudades se nos dice de forma muy específica que fueron tragadas por el diluvio. Además, mucho tiempo después de que la propia Sumer dejara de existir, ricas tradiciones relativas a las cinco ciudades, la época antediluviana y el diluvio sobrevivieron en Mesopotamia y fueron repetidas por las culturas de Akad, Asiria y Babilonia, que alcanzaron prominencia tiempo después, casi hasta la época cristiana[332]. De hecho, se puede decir que la historia tradicional de esta región, tal cual se contaba en la Antigüedad, está claramente dividida en dos períodos diferentes: antes y después del diluvio, y que ambos períodos eran considerados por las gentes de la región como por completo factuales y reales.

Figura 27. Los antiguos imperios de Mesopotamia alcanzaron prominencia en diferentes momentos de la historia, pero todos ellos mantuvieron tradiciones de un diluvio global que casi destruye por completo a la humanidad en la antigüedad remota.

En el capítulo 1 vimos que las tradiciones mesopotámicas no solo conservaban el recuerdo de las ciudades antediluvianas, sino también de un héroe civilizador antediluviano llamado Oannes y la hermandad de los siete sabios, los «siete *apkallu*», de quienes se dice que apoyaron su misión civilizadora. Como recordará el lector, los sabios aparecen representados a menudo en las manifestaciones artísticas de la región como hombres barbados que sujetan un tipo peculiar de bolsa o cubo, pero que también aparecen como teriantropos, parte pájaro y parte hombre. Cuando profundicé, retrocediendo y releyendo con atención los relatos del sacerdote babilonio Beroso, con los cuales me encontré por primera vez cuando estaba investigando *Las huellas de los dioses*, me di cuenta de que Oannes y los *apkallu* también se representan en ocasiones con una forma teriantrópica diferente, en este caso parte pez y parte humana. Cada uno de ellos estaba emparejado como «consejero» a un rey antediluviano y eran conocidos por su sabiduría en cuestiones de Estado y por sus habilidades como arquitectos, constructores e ingenieros[333].

Beroso compiló su historia a partir de los archivos del templo de Babilonia (la cual supuestamente contenía «registros públicos» conservados durante «más de 150.000 años»)[334]. Nos ha hecho llegar una descripción de Oannes como un «monstruo», o una «criatura». No obstante, lo que

Beroso dice de él parece reflejar más a un hombre que viste algún tipo de traje de pez, es decir, una especie de disfraz. El monstruo, nos dice Beroso,

> *tenía todo el cuerpo de un pez, pero por debajo unida a la cabeza del pez había otra cabeza, humana, y unidos a la cola del pez, pies como los de un hombre, y tenía voz humana […]. Al final del día, este monstruo, Oannes, regresaba al mar y allí pasaba la noche. Era anfibio, capaz de vivir tanto en tierra como en el mar […]. Posteriormente, otros monstruos similares a Oannes aparecieron*[335].

Teniendo en cuenta que los curiosos contenedores llevados por Oannes y los *apkallu* también aparecen representados en uno de los pilares megalíticos de Göbekli Tepe (y, como ya vimos en el capítulo 1, tan lejos como en el propio México), ¿qué conclusión podemos sacar de ello?

El misterio se acrecienta cuando seguimos ahondando en las tradiciones mesopotámicas. En resumen, Oannes y la hermandad de los *apkallu* aparecen representados enseñando a la humanidad durante muchos miles de años. Es durante este largo período de tiempo cuando surgen las cinco ciudades antediluvianas, centros de gran civilización, y cuando esa realeza «es bajada del cielo». Antes de la primera aparición de Oannes, Beroso dice que la gente de Mesopotamia «vivía sin leyes, como las bestias en el campo»[336].

Figura 28. Oannes y la hermandad de los *apkallu* (sabios).

Beroso escribió su *Historia* en algún momento entre el 290 y el 278 a. C., pero solo fragmentos de ella han llegado hasta nosotros, conservados como citas y resúmenes en obras de escritores con Sincelo y Eusebio. No obstante, los especialistas reconocen que lo llegado hasta nosotros por estos medios refleja tradiciones mesopotámicas mucho más antiguas escritas en tablillas cuneiformes que se remontan a los tiempos más lejanos[337]. Por ejemplo, el nombre de Oannes, que quizá haya sido distorsionado por los escritores que nos lo han transmitido, resulta que deriva de Uannadapa en cuneiforme, a menudo abreviado como Adapa o U-Anna; siendo *adapa* un título que significa «sabio», por lo que resulta muy apropiado para alguien que lo es[338]. En las antiguas inscripciones mesopotámicas se dice que U-Anna «realiza los planes del cielo y la tierra»[339]. Otros del grupo de sabios antediluvianos son U-Anne-dugga «quien está dotado de la comprensión completa» y An-Enlilda, descrito como «el conjurador de la ciudad de Eridu»[340].

Este último punto —que los siete sabios antediluvianos eran «conjuradores», «hechiceros», «brujos», «magos»— aparece mencionado repetidas veces en los textos cuneiformes[341]. Pero, al mismo tiempo, asociadas a sus habilidades mágicas hay evidentes capacidades prácticas, técnicas e incluso científicas[342]. De modo que son los maestros de «las recetas químicas»[343], eran médicos[344], carpinteros, canteros, metalúrgicos y orfebres[345], y pusieron los cimientos de las ciudades[346].

De hecho, en épocas posteriores todos los oficios utilizados en los edificios reales y los proyectos de renovación fueron atribuidos a conocimientos originados por los sabios antediluvianos[347]. Como resume Amar Annus, de la Universidad de Tartu (Estonia), en un detallado estudio:

> *El período anterior al diluvio fue uno de revelación en la mitología mesopotámica, cuando se estaban sentando los cimientos de todo el conocimiento posterior. Los sabios antediluvianos eran héroes de la cultura, que trajeron las artes de la civilización a la región. Durante la época que siguió a este período, nada nuevo se inventó, únicamente se desarrolló y transmitió la revelación original. Oannes y otros sabios enseñaron todos los cimientos de la civilización a la humanidad antediluviana*[348].

Las tablillas cuneiformes de la antigua Mesopotamia también arrojan alguna luz sobre los contenedores que los *apkallu* tan a menudo aparecen representados sujetando. Se mencionan como *banduddu*, «cubos»[349], y se supone que contenían «agua bendita»[350]. Muy a menudo, también, como recordará el lector del capítulo 1, los sabios llevan en la otra mano un objeto en forma de cono. En las inscripciones son llamados *mullilu*, que significa «purificadores»[351]. En las mismas escenas los sabios aparecen frecuentemente junto a un árbol estilizado o en ocasiones con la figura de un rey, a veces ambos. No se han conservado referencias textuales sobre el árbol, pero los especialistas por lo general consideran que debe tratarse de un «árbol sagrado», mientras que muchos creen que se trata del «árbol de la vida»[352] y que simboliza «tanto al orden mundial divino como al rey, que actuaba como su administrador terrenal»[353]. La conclusión, por tanto, es que estamos viendo «un rito protector mágico, una bendición, una unción»[354]:

> *Al salpicar el árbol con agua sagrada, el sabio le impartía su propia santidad, sostenía la armonía cósmica y aseguraba el correcto funcionamiento de los planos del cielo y la tierra*[355].

Figura 29. Enki, el dios sumerio de la sabiduría y la magia, cuya especial responsabilidad era el océano subterráneo de agua dulce conocido como el Abzu. Dada su conexión con el Abzu, a menudo era representado con corrientes de agua con peces manando de sus hombros. Los acadios lo llamaban Ea.

Se creía que los siete *apkallus* habían sido creados por Enki (Enki es su nombre sumerio, los acadios lo llamaban Ea), que en la tablilla de Schøyen se revela como el patrón de Zisudra, el gran dios del océano subterráneo de agua dulce conocido como el Abzu[356]. Los atributos particulares de Enki, además de su conexión con el reino acuático, eran la sabiduría, la magia y las artes y oficios de la civilización[357], de modo que resulta adecuado que los sabios se encuentren entre sus criaturas y que aparezcan representados frecuentemente como peces. La forma de los *apkallu* pez, como menciona un especialista:

> *está relacionada con los secretos que se encuentran en las profundidades; y sus ojos que nunca se cierran y siempre están vigilantes le proporcionan su omnisciente sagacidad*[358].

Los textos cuneiformes nos informan de que gracias a los consejos y enseñanzas de estos extraordinarios sabios, estos magos del dios de la sabiduría, Enki, la civilización humana alcanzó rápidos avances tecnológicos y científicos y entró en una fase de «excepcional esplendor y abundancia, la edad de oro antes de la inundación»[359]. Todo parecía ir de maravilla, en el mejor de los mundo posibles; pero, según pasaron los milenios, la humanidad perdió la armonía con el universo y con las deidades, en especial con una de ellas, el gran Enlil, descrito como «el rey, señor supremo, padre y creador», y (lo que quizá dé más sentido a su personalidad) como una «violenta tormenta»[360]. Si bien el dios del cielo, Anu, estaba técnicamente catalogado como el primero del panteón sumerio, por lo general era una figura bastante remota e imponente. Enlil era el segundo al mando; pero en realidad era el responsable de la mayoría de las «decisiones ejecutivas». Enki —nombrado en algunos textos como el hermano menor de Enlil— aparece como el tercero[361].

La historia del diluvio sumerio, como hemos visto, tiene muchas lagunas, pero otras tablillas, como las que contienen el poema de Gilgamesh, posiblemente el más famoso de los textos mesopotámicos que se conocen, rellenan los detalles y no dejan lugar a la duda sobre el papel de Enlil:

Figura 30. La poderosa divinidad sumeria Enlil (sentado a la derecha). Descrito a menudo como una «violenta tormenta», fue quien ordenó el exterminio de la humanidad por medio de un diluvio.

> *En esos días, el mundo era abundante, la gente se multiplicaba, el mundo bramaba como un toro salvaje y el gran dios se despertó con el clamor. Enlil escuchó el clamor y dijo a los dioses en un consejo: «El barullo de la humanidad es intolerable y ya no se puede dormir debido al jaleo». De modo que los dioses estuvieron de acuerdo en exterminar a la humanidad*[362].

Sabemos lo que sucedió después. El dios Enki (además de la tablilla Schøyen, otros textos posteriores también confirman que fue él) intervino para avisar a Zisudra de que el instrumento de la exterminación, un gran diluvio destructor de vida, estaba a punto de ser desencadenada[363]. Beroso, que llama a Zisudra «Xisouthros», nos proporciona el siguiente capítulo de la historia:

> *[Enki] se le apareció a Xisouthros en un sueño y le reveló que […] la humanidad iba a ser destruida por un gran diluvio. Entonces le ordenó que enterrara juntas todas las tabillas, la primera, la de en medio y la última, y las escondiera en Sippar, la ciudad del sol. Luego tenía que construir un barco y abordarlo con su familia y sus mejores amigos. Tenía que aprovisionarlo con comida y bebida y también llevar abordo animales salvajes y pájaros y todos los animales de cuatro patas. Entonces, cuando todo estuviera listo, tenía que prepararse para navegar […]. No paró de trabajar hasta que el barco estuvo construido. Su longitud eran cinco estadios [914 metros] y su anchura dos estadios [366 metros]. Se subió al barco terminado, equipado para todo como le había sido ordenado, con su esposa, hijos y amigos íntimos […]*[364].

Los fragmentos que se conservan de Beroso no nos hablan de la experiencia de la inundación, pero el poema de Gilgamesh sí, poniendo las palabras en boca del mismo Zisudra/Xisouthro[365]:

> *Durante seis días y noches el viento sopló, torrente y tempestades y el diluvio arrollaron el mundo como enemigos enfrentados. Cuando el séptimo día amaneció, la tormenta del sur amainó, el mar se calmó, la inundación se aquietó. Miré a la cara del mundo y había silencio. La superficie del mar se extendía tan plana como el tejado de una casa. Toda la humanidad había retornado a la arcilla […]. Abrí una escotilla y la luz cayó sobre mi rostro. Entonces me encorvé profundamente, me senté y lloré, las lágrimas caían por mi rostro, pues por todas partes había un yermo de agua […]. Distante catorce leguas apareció una montaña, y allí el barco embarrancó…*
> **[366]**

Figura 31. El superviviente sumerio de la inundación y el arca: «La superficie del mar se extendía tan plana como el tejado de una casa. Toda la humanidad había retornado a la arcilla […]. Distante catorce leguas, apareció una montaña, y allí el barco embarrancó».

Beroso de nuevo:

> *Entonces Xisouthros supo que la tierra de nuevo había aparecido […]. Desembarcó acompañado de su esposa e hija, junto con el timonel. Se postró en adoración de la tierra y dispuso un altar hizo un sacrificio a los dioses. Tras la cual desapareció junto aquellos que habían abandonado el barco con él. Los que habían permanecido en el barco y no habían salido con Xisouthros […] lo buscaron y llamaron por su nombre por todas partes. Pero Xisouthros desde entonces no fue visto más, y entonces el sonido de una voz procedente del aire dio instrucciones de que era su deber honrar a los dioses y que Xisouthros, debido al gran honor que había mostrado a los dioses, había ido al lugar de residencia de los dioses y que su esposa y su hija y el timonel habían disfrutado del mismo honor. La voz les dijo entonces que regresaran a […] la ciudad de Sippar, para desenterrar las tablillas que fueron enterradas allí y devolvérselas a la humanidad. El lugar donde habían terminado embarrancando estaba en la tierra de Armenia*[367].

De modo que, en resumen, tanto el relato bíblico como el mesopotámico concuerdan en que Armenia fue el lugar de refugio de los supervivientes del diluvio. No obstante, Beroso añade algunos detalles importantes que faltan en la historia del Antiguo Testamento. Son, primero, la referencia a Sippar, que como hemos visto era una de las cinco ciudades antediluvianas recordadas en las tradiciones sumerias; segundo, la intrigante información de que escritos o archivos de época antediluviana («todas las tablillas, la primera, la de en medio y la última») fueron enterrados en Sippar antes de que cayera el diluvio; y, tercero, que los supervivientes tenían que regresar a Sippar cuando las aguas bajaron para exhumar las tablillas enterradas y «devolvérselas a la humanidad».

Lo que vemos aquí, por lo tanto, es nada menos que una renovación de la humanidad tras un cataclismo global; una renovación en la cual el

conocimiento antediluviano fue recuperado y repromulgado. No obstante, los siete sabios ya no tendrían nada que ver con la difusión de ese conocimiento. Los textos cuneiformes nos dicen que en el momento del diluvio fueron enviados de vuelta a las profundidades del Abzu, ordenándoseles que no regresaran nunca[368]. Otros sabios «de ascendencia humana» —si bien en un caso descritos como «dos tercios *apkallu*»—[369] ocuparon su puesto, alguna continuidad se mantuvo y la civilización volvió a surgir. A su debido tiempo, reyes posteriores mencionarían su relación con el mundo antediluviano. A finales del i milenio a. C., Nabucodonosor I de Babilonia se describía a sí mismo como «semilla preservada desde antes del diluvio»[370], mientras que Asurbanipal, que gobernó el imperio central mesopotámico de Asiria en el siglo vii a. C., presumía de que: «He aprendido el oficio de Adapa, el sabio, el cual es el conocimiento secreto […]. Conozco bien los signos del cielo y la tierra […]. Disfruto de los escritos en las piedras de antes de la inundación»[371].

Es un curioso misterio, como veremos en el capítulo siguiente, que exactamente la misma noción de los siete sabios como portadores de la civilización en la más remota antigüedad, y el de la preservación y repromulgación de «escritos en las piedras de antes de la inundación», aparezcan en la cultura del antiguo Egipto, en teoría por completo diferente y sin relación.

Cuarta parte

RESURRECCIÓN

Capítulo 9

LA ISLA DEL KA

Las orillas del Nilo son exuberantes, repletas de palmeras y campos verdes; pero son estrechas, ganadas a los desiertos circundantes gracias solo al don de la fertilidad otorgado por el río eterno. Sucede igual a lo largo de todo el camino desde El Cairo hasta Asuán, donde la Gran Presa ha modificado permanentemente el paisaje divino de los faraones al crear el lago Nasser, una de las mayores reservas artificiales de agua del mundo, que continúa hacia el sur hasta cruzar la frontera con Sudán. En la década de 1960, según fue creciendo el nivel de las aguas del lago, muchos yacimientos del antiguo Egipto, como el fuerte de Buhen, quedaron sumergidos. Otros, como el mundialmente famoso Abu Simbel y el asombrosamente bello y pequeño templo de Isis en Filae, fueron rescatados al ser trasladados bloque a bloque y reconstruidos en terrenos más elevados.

Hubo otros que fueron desmantelados y enviados al extranjero, como por ejemplo el templo de Dendur, ahora en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, el templo de Debod, en la actualidad en el parque del Oeste en Madrid, o el templo de Taffa, ahora en el Rijksmuseum Van Oudheden de Leiden, en Holanda. Por este medio, el reino sagrado de los dioses, que en la Antigüedad de continuo se rehacía y volvía a manifestarse en Egipto durante miles de años sin número, puede decirse que hoy día aún sufre una resurrección y renacimiento en tierras lejanas.

Así sucedía, según sus propias inscripciones, con el templo de Horus en Edfu. Conocido como Behdet en época antigua (de ahí que su patrón, el dios halcón Horus, sea llamado a menudo Horus el Behdetita), Edfu se encuentra en la orilla oeste del Nilo a 110 kilómetros al norte de Asuán y, por tanto, se libró de la crecida de las aguas del lago Nasser. El templo, tal

cual lo vemos hoy día, con sus dorados bloques de arenisca luminosos y elegantes bajo el feroz sol del Alto Egipto, es relativamente reciente, pues todo el complejo fue terminado durante la época ptolemaica en varias etapas entre el 237 y el 57 a. C.[372] En todos los sentidos, sin embargo, lo que tenemos ante nosotros es la última encarnación de los templos mucho más antiguos que en su momento ocuparon ese emplazamiento, desde al menos el Reino Antiguo (2575-2134 a. C.)[373] y quizá mucho antes.

Figura 32.

En cualquier caso, es de gran interés la *idea* del propio templo expresada en las hectáreas de enigmática inscripciones que cubren sus muros. Esas inscripciones, los llamados textos de la construcción de Edfu, nos retrotraen a un período muy remoto llamado «la temprana edad primigenia de los dioses»[374]; y esos dioses sucede que no eran originalmente egipcios[375], sino que vivían en una isla sagrada, el «hogar de los primigenios», en medio de un gran océano[376]. Entonces, en algún momento no especificado del pasado, un terrible desastre —un verdadero cataclismo de inundación y fuego, como vamos a ver— barrió la isla, donde

«se habían fundado las primeras mansiones de los dioses[377], destruyéndola por completo, inundando todos sus lugares sagrados y matando a la mayoría de sus divinos habitantes[378]. No obstante, algunos sobrevivieron, y se nos dice que estos largaron amarras en sus barcos (pues los textos son inequívocos en que los dioses de esta temprana época primigenia eran navegantes)[379] para "errar" por el mundo[380].

Su propósito al hacerlo era nada menos que recrear y revivificar la esencia de su hogar perdido[381], en resumidas cuentas:

> *La resurrección del antiguo mundo de los dioses […]*[382]. *La recreación de un mundo destruido*[383].

El tono general, como confirma la egiptóloga Eve Anna Elisabeth Reymond en su magistral estudio sobre los textos de la construcción de Edfu, transmite la imagen de que «un mundo antiguo, tras haber sido constituido, fue destruido y como mundo muerto fue la base de un nuevo período de creación que al principio fue la recreación y resurrección de lo que antaño existió en el pasado»[384].

Importante en el análisis de los textos es darse cuenta de que no fueron *compuestos* en el histórico templo. Al contrario, como nos informa Reymond, los sacerdotes y escribas de Edfu se limitaron a *copiar* lo que consideraban eran los extractos más importantes de un vasto archivo de documentos antiguos que tenían a su disposición[385]. En el siglo v, el peso del fanatismo romano y cristiano había provocado el colapso de la antigua civilización egipcia[386]. A partir de entonces (lo que no tardó en empeorar con el odio islámico al pasado) se dejó de cuidar los templos, que se utilizaron como almacenes, establos y casas por los lugareños, que ya no veneraban a los antiguos dioses. En 1837, el explorador británico Howard Vyse visitó Edfu y describió el desastre que encontró en su interior:

> *El propio templo, uno de los más imponentes de Egipto, presenta un sorprendente contraste con las miserables casuchas, muchas de las cuales se han construido sobre él, y otras en los vastos montículos de basura de los que está rodeado. El interior, cubierto con jeroglíficos pintados, ha sido dividido con muros de tierra para crear un almacén de grano, y por debajo de él hay subestructuras en las que entré por un agujero en una casa árabe. Están llenas de arena y porquería de todo tipo, pero están construidas del modo más sólido…*[387]

Afortunadamente para nosotros, cuando Edfu todavía era pujante, los sacerdotes y escribas que podían leer los misteriosos textos en la biblioteca del templo se dedicaron al proyecto de seleccionar extractos y grabarlos profundamente en los «sólidos» e «imponentes» muros del propio templo. Al hacerlo, ya fuera por accidente o como proyecto pensado, se aseguraron de que al menos esos fragmentos se hayan conservado hasta la actualidad, aunque los documentos originales —saqueados, utilizados para hacer fuego, arrojados al Nilo a lo largo de siglos de negligencia y malos tratos— hace mucho que desaparecieron.

Resulta inevitable que, al carecer de su contexto original, resulten confusos y prometedores. Pese a ello, nos ofrecen un esbozo de las maravillas y secretos de nuestro pasado que las fuentes originales —¡ojalá las conserváramos!— podrían habernos revelado de forma más completa.

La Atlántida en Egipto

En general, los arqueólogos consideran que el famoso filósofo griego Platón, que nos ha legado la extraordinaria historia de la Atlántida destruida por un terrible cataclismo de agua y fuego 9.000 años antes de la época de Solón —es decir, en el 9600 a. C. según nuestro calendario—, se inventó la historia de la perdida civilización de la Edad del Hielo. La línea de defensa, entre aquellos que a regañadientes conceden alguna veracidad a la información contenida en *Timeo* y *Critias*, es que Platón quizá basó su

relato en un cataclismo mucho más reciente centrado en el Mediterráneo, como por ejemplo la erupción de Tera (Santorini) a mediados del II milenio a. C. El *establishment* arqueológico se opone con determinación, de hecho se burla, de la idea de un desastre global hace más de 11.000 años, sobre todo de la herética hipótesis de que podría haber barrido a una alta civilización de esa época, porque, por supuesto, los arqueólogos afirman «conocer» que no hubo, y nunca bajo ninguna circunstancia pudo haber, una civilización elevada en aquella época.

Esto lo «saben» no porque haya ninguna prueba sólida que por completo imposibilite la existencia de una civilización de tipo Atlántida en el Paleolítico Superior, sino más bien basándose en el principio de que el resultado de menos de 200 años de arqueología «científica» es un marco temporal consensuado para la aparición de la civilización que ve a nuestros antepasados avanzando progresivamente desde el Paleolítico Superior hasta el Neolítico (ambas, por definición, culturas de la Edad de Piedra) en torno al 9600 a. C., y desde ahí en adelante mediante el desarrollo y perfeccionamiento de la agricultura en los milenios que siguieron; un proceso que también fue testigo de la fundación de algunos asentamientos permanentes muy grandes, como Catalhoyuk en Turquía en torno al 7500 a. C.

Alrededor del 4000 a. C. la creciente sofisticación de las estructuras sociales y económicas, así como las crecientes capacidades organizativas, hicieron posible la creación de los primeros monumentos megalíticos (como Gigantija, en la isla maltesa de Gozo, por ejemplo), mientras que las primeras ciudades-Estado aparecieron en torno al 3500 a. C. en Mesopotamia y el valle del Indo, y pocos después en Egipto y en el otro lado del mundo, en Perú[388]. Las pirámides de Guiza también son monumentos megalíticos; al igual que la Esfinge. En las islas británicas, Callanish, en las Hébridas exteriores, y Avebury en el suroeste de Inglaterra, datan ambas sobre el 3000 a. C. y son los ejemplos más antiguos de verdaderos monumentos megalíticos. La fase megalítica de Stonehenge se piensa que comenzó en torno al 2400 a. C. y continuó hasta el 1800 a. C.

Dentro de esta bien trabajada y largo tiempo establecida cronología, simplemente no tiene cabida ninguna civilización prehistórica como la

Atlántida, de ahí el deseo de la corriente principal del pensamiento arqueológico de descartar la «estrafalaria» historia de Platón por cualquier medio. Esto incluye ridiculizar la supuesta base «egipcia» de la narración; en concreto, la afirmación realizada en el *Timeo* de que los sacerdotes de Sais, en el Delta, decían que la Atlántida y su cruel destino aparecían descritos en «registros sagrados»[389] de su templo que se remontaban a miles de años antes del establecido comienzo de la civilización egipcia, a finales del iv milenio a. C.[390] Para aquellos comprometidos con la cronología ortodoxa, la idea misma de que los sacerdotes de Sais puedan haber entregado a Solón un relato verdadero de esos registros «imposibles», que en su debido momento llegaron a Platón, parece absurda; un evidente oxímoron histórico que solo merece ser ignorado. Además, con frecuencia se afirma que no hay referencias a la Atlántida en ningún papiro o inscripción egipcios.

Solo un egiptólogo, el difunto profesor John Gwyn Griffiths, de la Universidad de Gales en Swansea (fallecido en 2004), tuvo el valor de desafiar el consenso. El desafío que presentó, no obstante, no tiene nada que ver con la idea fundamental de si la Atlántida existió y fue destruida en el x milenio a. C., sino más bien sobre el tema menor de si Platón, por medio de su antepasado Solón, pudo haber estado influido por tradiciones genuinamente egipcias[391]. Es extraño para un hombre tan cultivado, pero Griffiths parece no haber sabido nada de Edfu y sus seductor relato de una isla sagrada habitada por «dioses» y destruida por las aguas y el fuego en época primigenia; un evidente prototipo de la Atlántida de Platón, como vamos a ver. El interés del profesor, en cambio, se centraba en un papiro, catalogado como P. Leningrado 1115 y ahora conservado en Moscú, que contiene la intrigante historia en prosa conocida como *El náufrago*. En este «cuento de hadas», fechado en el Reino Medio egipcio, entre el 2000 y el 1700 a. C., Griffiths —de forma muy acertada, bajo mi punto de vista— encontró similitudes convincentes con el relato de la Atlántida de Platón.

El «náufrago» epónimo del papiro nos habla de una época en la que realizó un viaje en un gran navío oceánico que fue golpeado por una ola gigante:

> *Cuando el barco murió. De aquellos en él ninguno permaneció. Fui lanzado a una isla en el mar. Pasé allí tres días solo […]. Tendido en el refugio de árboles, abracé la sombra […]. Entonces estiré las piernas para descubrir lo que podía llevarme a la boca. Encontré higos y uvas, todo tipo de buenos vegetales, higos de sicómoro […] y pepinos que parecía que los cultivaran. Había peces y aves; no había nada que no hubiera allí. Me atiborré y dejé algunos en el suelo, porque llevaba demasiado en los brazos*[392].

El náufrago construye un arco para hacer fuego, enciende una hoguera y quema unas ofrendas para los dioses:

> *Entonces escuché un sonido tonante […]. Los árboles se astillaron, el suelo tembló. Al descubrir mi rostro vi que se trataba de una serpiente que estaba acercándose. Tenía 30 codos [15 metros] […]. Su cuerpo estaba recubierto de oro; sus cejas eran de verdadero lapislázuli […]. Entonces me cogió en su boca y me llevó al lugar donde vivía, y me depositó sin daño…*[393]

La serpiente interroga al marinero sobre cómo ha llegado a la isla, y al escuchar su respuesta le dice que no tenga miedo:

> *Es un dios el que te ha dejado vivir y traído a esta isla del Ka. No hay nada que no haya en ella; está repleta de cosas buenas…*

El nombre de «isla del Ka» es «curioso», menciona Miriam Lichtheim, la traductora del relato. Añade que el renombrado egiptólogo sir Alan Gardiner «lo tradujo como “isla fantasma”»[394]. Se escapa al objetivo de este libro presentar un estudio detallado sobre el concepto del *ka*: el

«doble», la esencia astral o espiritual de una persona o cosa. Existe con el ser humano durante su vida mortal, pero era «el poder superior en los mundos más allá de la tumba». De hecho, el término para «muerte» en la antigua lengua egipcia significa «ir a reunirse con su *ka*», o «reunirse con su *ka* en el cielo»[395]. Se creía que cada dios tenía su propio *ka*, así como también los grandes monumentos de Egipto. Aquí tiene especial relevancia que Osiris, el señor del reino del más allá celestial llamado Duat, fuera siempre llamado «el *ka* de las pirámides» de Guiza[396]:

> *El ka entraba en la eternidad antes que su huésped humano, tras haber cumplido su función caminando al lado del humano para alentar la amabilidad, la quietud, el honor y la compasión. A lo largo de toda la vida del humano, el ka era la conciencia, el guardián, el guía. Tras la muerte, no obstante, el ka se volvía supremo…*[397]

Con esto en mente, la idea de que una «isla fantasma» está implicada en *El náufrago* tiene sentido. El náufrago levó anclas en un barco desde el mundo físico del Reino Medio egipcio, pero fue lanzado a la orilla de «la isla del Ka», un mundo fantasma; un lugar que ya no existe en el mundo excepto en su esencia espiritual.

El mismo tema se desarrolla mientras la inmensa serpiente que gobierna la isla le cuenta al marinero su triste historia:

> *Estaba aquí con mis hermanos y había niños entre ellos. En total éramos setenta y cinco serpientes, niños y hermanos, sin mencionar una pequeña hija mía que había obtenido mediante la oración. Entonces una estrella cayó, y se fueron en llamas con ella. Sucedió que yo no estaba con ellas en el fuego. No estaba entre ellas. Podría haber muerto por sus destinos cuando las encontré como un montón de cadáveres*[398].

A su debido tiempo, un barco pasa y el náufrago es rescatado. La serpiente-rey de la isla lo despide con valiosos presentes: mirra, aceites, láudano, especias, «perfume, pintura para los ojos, colas de jirafa, grandes terrones de incienso, colmillos de elefante, sabuesos, monos, babuinos y todo tipo de cosas preciosas»[399]. El marinero, lleno de gratitud, quiere regresar con regalos desde Egipto; pero antes de subir abordo del barco la serpiente lo lleva aparte y le dice:

> *Cuando abandones este lugar, no volverás a ver esta isla de nuevo; se habrá convertido en agua*[400].

El símil con la historia de Platón y la Atlántida que presenta John Gwyn Griffiths tiene que ver sobre todo con la rica variedad de plantas y vida animal, incluidos elefantes, que se dice había en ambas islas. Aquí está la Atlántida de Platón:

> *Había gran número de elefantes en la isla; pues había suministros para todo tipo de animales, tanto para los que viven en lagos y marismas y ríos, y también para los que viven en montañas y llanuras, como también lo había para el animal que es el más grande y más voraz de todos. También cualquier cosa fragante que ahora hay en la tierra, ya sean raíces, o hiervas, o maderas, o esencias que se destilan de las frutas o las flores, creían y eran cultivadas en esa tierra; también el fruto que admite cultivo, tanto del tipo seco, que se entrega como alimento y cualquier otro que utilizamos como comida —los llamamos todos por el nombre común de «legumbres»— y los frutos que tienen una corteza dura, y permiten bebidas y carne y ungüentos […] todos estos, esa isla sagrada que entonces contempló la luz del sol, trajo en considerable y maravillosa e infinita abundancia. Con tales bendiciones, la tierra libremente los dotaba…*[401]

Además, está el hecho de que la Atlántida es una isla sagrada y, también, por supuesto, la isla del Ka, a la cual el náufrago fue llevado por un dios. Con todo, el mayor parecido se encuentra en el destino de la Atlántica, que fue «tragada por el mar y se desvaneció»[402], y en que la isla del Ka nunca volvería ser vista porque se había «convertido en agua».

Tomando esos elementos en consideración, Griffiths concluye que a pesar de que la historia de Platón puede «no derivar de Egipto *in toto*», no obstante, sin duda tiene una «deuda conceptual con Egipto»[403]. Su argumento está bien planteado, pero si hubiera estado familiarizado con los textos constructivos de Edfu podría, creo, haber sustentado su argumentación más sólidamente.

Juntando pistas

Ya no tenemos acceso a los registros sagrados antaño guardados en el templo de Sais, en el Delta, que Platón nos cuenta contenían la historia de la Atlántida. Ese templo, que Solón visitó en torno al 600 a. C., estaba dedicado a la diosa Neith y era en extremo antiguo, pues se remontaba al menos hasta la i dinastía, *circa* 3200 a. C.[404] Por desgracia, fue destruido por completo en el 1400 d. C. y solo quedan montones de escombros y algunos bloques dispersos en el yacimiento, que hoy ocupa el poblado de Sa al Hagar[405]. En Edfu, por otra parte, si bien los registros sagrados originales también han desaparecido, los fragmentos que se conservan en los textos de la construcción parecen contar esencialmente la misma historia que escuchó Solón y luego transmitió a Platón y que Griffiths sostiene que nos ha llegado, si bien de un modo más fragmentario y literario, en *El náufrago.*

Ya hemos visto que el hogar ancestral de los primigenios en los textos de Edfu se describe como una isla sagrada en medio de un gran océano, de modo que la comparación con la isla del Ka en *El náufrago* es evidente al nivel de la disposición geográfica básica. No obstante, el parecido es más profundo, pues hay muchos pasajes de los textos de la construcción que dejan claro que el primer y original dios que presidió el hogar de los primigenios era «una deidad muerta, el Ka»[406]. De hecho, leemos que la

isla también era conocida como «la casa del Ka»[407] y que «el Ka gobernaba en ella»[408]; «este Ka que reside entre las cañas de la isla»[409]. En otras palabras, el hogar ancestral de los primigenios en los textos de Edfu es nada más y nada menos que la isla del Ka y, dado que Griffiths tiene razón al ver el prototipo de la Atlántida de Platón en la isla del Ka, entonces el hogar ancestral de los primigenios también es un prototipo.

Lo que nos ayuda a reafirmar la comparación son ciertos detalles dados en los textos de construcción que no aparecen en *El náufrago*. Especial interés tiene un pasaje de Edfu donde leemos cosas sobre un «canal» circular lleno de agua que rodeaba el lugar sagrado original que se encontraba en el centro de la isla de los primigenios; un anillo de agua que estaba destinado a fortificar y proteger dicho terreno[410]. Aquí tenemos, por supuesto, un paralelo con la Atlántida, donde el terreno sagrado sobre el que se alzaban el templo y el palacio del dios, al cual Platón llama «Poseidón», también estaba rodeado de un anillo de agua, situado en medio de muchos más anillos concéntricos de agua separados por anillos de tierra, de nuevo con el propósito de fortificar y proteger[411].

Otros detalles se encuentran en las tres historias. Por ejemplo, el sorprendente parecido entre la inundación de la isla de la Atlántida como la narra Platón y la inundación de la isla del Ka de *El náufrago*, inquietantemente duplicado en la inundación del hogar ancestral de los primigenios como la describen los textos de Edfu, donde leemos sobre un trastorno

> *tan violento que destruyó la tierra sagrada […]*[412]. *El agua primigenia […] sumergió la isla […] y la isla se convirtió en la tumba de los originales habitantes divinos […]*[413] *la tierra ancestral acabó en oscuridad bajo las aguas primigenias*[414].

Comparemos esto con Platón, que nos habla de «terremotos e inundaciones de extraordinaria violencia»[415], como resultado de los cuales

> *en un único y terrible día y noche […] la isla de la Atlántida fue […] tragada por el mar y desapareció*[416].

Resulta intrigante que Platón también sugiera la causa inmediata de los terremotos e inundaciones que destruyeron la Atlántida. En el *Timeo*, como preludio a su narración sobre la civilización perdida y su desaparición, informa de que los sacerdotes egipcios de quienes Solón recibió la historia comenzaron hablando de un *cataclismo celestial*:

> *Ha habido y habrá muchas calamidades diferentes que destruyen la humanidad, la más grande de ellas por fuego y agua, incontables menores por otros medios. Tu propia [de los griegos] historia de cómo Fetón, hijo del sol, enganchó el carro de su padre, pero fue incapaz de conducirlo según el curso de su padre y así quemó cosas sobre la tierra y fue él mismo destruido por un rayo, es una versión mítica de la verdad de que a largos intervalos hay una variación en el curso de los cuerpos celestes y como consecuencia una amplia destrucción por el fuego de cosas sobre la tierra*[417].

En *El náufrago* también encontramos que un cataclismo celestial interviene. Como recordará el lector, el rey serpiente habla de la destrucción de su raza cuando «una estrella cayó, y se fueron en llamas con ella». Ese mismo agente ominoso aparece en los textos de la construcción de Edfu, donde de nuevo se invoca a una serpiente; pero con el significativo cambio de que no es el triste y sabio gobernante de la isla, sino más bien el fatal «enemigo» de la isla y sus divinos habitantes[418]. Para situar lo que cuentan los textos de Edfu sobre esto en un contexto más amplio, revisitemos la tradición zoroastriana de un «espíritu maligno» que

> *se extendió como una serpiente fuera del cielo hasta la tierra […]. Se precipitó a mediodía y de ese modo el cielo quedó destrozado y asustado por él como una oveja de un lobo. Llegó al agua, que estaba dispuesta debajo de la tierra, y entonces el medio de esta tierra fue atravesado y penetrado por él […]. Se abalanzó sobre toda la creación e hizo que el mundo estuviera muy herido y oscuro a mediodía como si fuera una noche oscura*[419].

Estoy convencido, como sostuve en el capítulo 7, de que lo que nos encontramos aquí es «una versión mítica de la verdad»; siendo la verdad subyacente un encuentro cataclísmico con un cometa. Ahora echémosle un vistazo a los pasajes relevantes de los textos de la construcción de Edfu donde una serpiente llamada *nhp-wer*, «la gran saltadora», es descrita como «el principal enemigo del dios»[420]. Es su «asalto» el que origina que las tierras ancestrales de los primigenios sean tragada por el mar; pero, primero, los pies de la deidad de la isla —el Ka, que aquí es descrito de forma explícita como el «dios de la tierra»—[421] fueron «atravesados y el terreno dividido»[422].

Esto, como comenta Reymond:

> *es una clara imagen de un desastre […]. Destruye la tierra sagrada con el resultado de que sus divinos habitantes fallecen. Esta interpretación coincide con otras partes del primer registro de Edfu, que alude a la muerte de la «compañía» [un grupo de seres divinos] y a la oscuridad que cubrió la isla primigenia*[423].

Muchas pistas parecen encaminarnos hacia aquí: la variación en el curso de los cuerpos celestiales que conduce a una amplia destrucción de la tierra mencionada por Platón, la estrella asesina que cae en *El náufrago*, la serpiente de la tradición zoroastriana que salta desde el cielo, atraviesa la

tierra y hace que el mundo se oscurezca, así como la gran serpiente saltadora de los textos de Edfu, cuyo asalto horada los pies del dios de la tierra, conduce a la muerte de la compañía divina y cubre de oscuridad la isla primigenia. También me recuerda al «mito» ojibwa mencionado en el capítulo 3 de la «Estrella Celestre Creciente de Larga Cola, que bajó una vez, miles de años atrás»; una «estrella» específicamente reconocida como un cometa[424], que origina «la primera inundación de la tierra»[425].

Los impactos de cometas y asteroides no solo causan inundaciones, sino también inmensas tensiones en la corteza terrestre que suponen un incremento de los terremotos y la actividad volcánica. Por lo tanto, ¿cuántas posibilidades hay de que sea casualidad que Platón, quien se esforzó por poner como prefacio a su historia los «rayos» de Faetón, implique tanto a terremotos como a inundaciones en la desaparición de la Atlántida y sitúe con detalle todo el episodio 9.000 años antes de la época de Solón, es decir, en el 9.600 a. C.? Sugiero que existe una posibilidad bien real de que todas estas tradiciones señalen a la misma y horrible época de la prehistoria.

Esta época, como he sostenido en capítulos anteriores, es el Dryas Reciente, que comenzó de forma cataclísmica hace 12.800 años y terminó de forma igual de cataclísmica hace 11.600 años con las inundaciones a gran escala —asociadas al colapso en cascada de las capas de hielo norteamericana y europea— que tuvieron lugar en ambas fechas. Creo que la teoría de múltiples impactos de un gran y fragmentado cometa como iniciadores del Dryas Reciente es muy sólida. A la luz de la evidencia mitológica, también se debe considerar la posibilidad de que fue un posterior encuentro con la cola de escombros en órbita del mismo cometa gigante la que hizo que el Dryas Reciente terminara.

En el trascurso del mismo, sugiero, como tantos mitos y tradiciones de todo el mundo afirman, una civilización avanzada se perdió para la historia.

El misterio del ojo sólido

La arqueología no se equivoca cuando nos dice que hace entre 12.800 y 11.600 años la mayor parte del mundo estaba poblada por cazadores-recolectores, atrapados en la Edad de Piedra y desconocedores de la

agricultura. Pero Platón, para eterna frustración de los arqueólogos, no deja lugar a la duda sobre que la Atlántida era muy diferente. En pocas palabras, era un gran y maravilloso imperio con una gran flota de barcos oceánicos que le permitían proyectar su poder hacia África, tan lejos como Egipto, hacia Europa tan lejos como Italia[426], y hasta la tierra firme de lo que Platón llama «todo el continente contrario —lo cual muchos consideran las Américas—[427] que rodea lo que en verdad puede llamarse el océano»[428]. La Atlántida era una ciudad-Estado completamente desarrollada que obtenía su riqueza de una madura y próspera economía agrícola y que presumía de una metalurgia avanzada y unos sofisticados trabajos arquitectónicos y de ingeniería, todo ello reforzado por una inmensa riqueza en recursos naturales:

> *Con semejantes bendiciones la tierra libremente los proveía; mientras tanto continuaron construyendo sus templos y palacios y puertos y muelles. Y dispusieron todo el país del modo siguiente: primero de todo tendieron puentes sobre las zonas de mar que rodeaban la antigua metrópolis, haciendo una carretera desde y hacia el palacio real […] el cual continuaron ornamentando en sucesivas generaciones […] hasta convertir el edificio en una maravilla que admirar por su tamaño y belleza.*
>
> *Al comienzo desde el mar excavaron un canal de trescientos pies de anchura y cien pies de profundidad y cincuenta estadios de longitud, que continuaron hasta la zona más externa, haciendo un pasaje desde el mar hasta este, que se convirtió en un puerto, y dejando una abertura suficiente para permitir que los barcos más grandes pudieran entrar. Además, dividieron en los puentes las zonas de tierra que partían las zonas de mar, dejando espacio para que una sola trirreme pasara desde una zona a la otra, y cubrieron los canales para dejar por debajo un camino para los barcos; pues las orillas se elevaban considerablemente sobre el agua.*
>
> *La zonas más grande en la que se excavó un pasaje desde el mar tenía tres estadios de anchura, y la zona de tierra que venía después la misma anchura; pero las siguientes dos zonas, la una de agua, la otra de tierra, tenían dos estadios, y la que rodeaba la isla central solo tenía un estadio de anchura. La isla en la cual el palacio estaba situado tenía un diámetro de cinco estadios. Todo esto, incluyendo las zonas y el puente, que tenía la sexta parte de un estadio en anchura, lo rodearon con un muro de piedra en cada*

> *lado, con torres y puertas en los puentes por donde pasaba el mar.*
>
> *La piedra que se utilizó para el trabajo la extrajeron de debajo de la isla central, y de debajo de las zonas del lado de dentro igual que del de fuera. Un tipo era blanco, otro negro, un tercero rojo, y según extraían, al mismo tiempo excavaban dobles muelles, con tejados formados con la roca nativa. Algunos de sus edificios eran simples, pero en otros utilizaron diferentes piedras, cambiando el color para que agradaran a la vista y para ser una fuente natural de deleite. Todo el recorrido del muro, que rodeaba toda la zona más externa, lo cubrieron con una capa de bronce, y el recorrido del siguiente muro lo cubrieron con estaño, y el del tercero, que rodeaba la ciudadela, resplandecía con la roja luz del oricalco*[429].

Nadie sabe con exactitud qué metal era el mítico oricalco de la Atlántida, pues Platón nos dice que en su época había sobrevivido «solo en nombre»[430]; pero se suma al aura de maestría tecnológica que rodea a la mítica civilización.

Navegación de altura, agricultura avanzada y obras de arquitectura e ingeniería a gran escala se encuentran entre las más notables características de las tierras ancestrales de los primigenios descritas en los textos de Edfu. Ya hemos visto cómo en ellos también está prefigurado el sistema de canales en anillo, pero también los grandes templos de la Atlántida. Leemos, por ejemplo, sobre una capilla que «medía 90 por 20 codos» (aproximadamente 45 por 10 metros):

> *Delante se había erigido un amplio patio de 90 por 90 codos […]. Después una sala hipóstila de 50 por 30 codos fue construida […] luego otra sala de 20 por 30 codos y dos salas consecutivas de 45 por 20 codos se añadieron delante de la primera sala hipóstila*[431].

Se describe un recinto que mide 300 codos (150 metros) de este a oeste y 400 codos de norte a sur. Dentro hay un templo, «la mansión del dios», en cuyo interior había un sanctasanctórum que media 90 codos de este a oeste[432].

También leemos sobre un tercer recinto a la misma escala grandiosa de 300 por 400 codos. También contiene un santuario interno de 90 codos de este a oeste por 20 codos de norte a sur, subdividido en tres habitaciones, cada una de las cuales medía 30 por 20 codos[433].

Pero el principal indicio de una elevada tecnología en las tierras ancestrales de los primigenios la da un extracto de Edfu que describe el cataclísmico final de la isla tras el ataque de la «serpiente» celestial llamada «la gran saltadora», que «atraviesa» el dios tierra y «divide» el terreno. Entonces leemos —lo que es muy misterioso— que «el ojo firme cayó»[434].

«La mención del ojo firme […] es algo extraña», admite Reymond. Pero explica que, aunque los textos son oscuros en este punto, parece ser:

> *El nombre del centro de luz que iluminaba la isla*[435].

De modo que, en resumidas cuentas, debemos imaginarnos un sistema de iluminación artificial que da luz a la isla primigenia de los dioses. Y aún hay más:

> *Todo lo que puede decirse, con las debidas cautelas, es que parece como si hubiera una alusión a un desastre que causó la caída del ojo firme, con el resultado de que una completa oscuridad cayó sobre los dominios del Creador*[436].

Los dioses navegaron…

¿Qué pasó tras el desastre que golpeó la Atlántida? ¿Hubo supervivientes? Si los hubo, ¿qué hicieron con los avanzados conocimientos que poseían?

El *Timeo* y el *Critias* de Platón no nos proporcionan respuestas a estas cuestiones, pero los templos de la construcción de Edfu dejan claro que hubo supervivientes al desastre que golpeó las tierras ancestrales de los primigenios: «compañías de dioses» que ya estaban en el mar cuando la isla sagrada se inundó. Tras el cataclismo navegaron de regreso al antiguo emplazamiento de la isla, pero

> *solo vieron cañas en la superficie del agua*[437].

También había grandes cantidades de barro[438], una escena que recuerda la descripción de Platón de los alrededores de la Atlántida tras la inundación:

> *El mar en esa zona estaba imposible para la navegación, que se veía dificultada por el barro justo bajo la superficie, los restos de la isla hundida*[439].

En el caso de las tierras ancestrales de los primigenios, parece que cerca de la superficie quedaba suficiente de la isla hundida como para que los supervivientes intentaran ganársela de nuevo al mar; una empresa mencionada en los textos de Edfu como la «creación de las tierras-*pay*», expresión que claramente significa tierras ganadas al mar[440]. Así, leemos: «Los *shebtiw* recitaron encantamientos sagrados, el agua gradualmente se retiró del borde de la isla y la tierra-*pay* fue sacada»[441]. El texto sigue describiendo:

> *un proceso de […] creación continua mediante la emersión de una progresiva serie de terrenos […]*[442]. *La creación de estos […] terrenos sagrados fue, de hecho, la resurrección y restauración de lo que había sido en el pasado pero había desaparecido […]*[443]. *Al final aparecieron más tierras-pay, que trajeron nueva vida a las antiguas tierras ancestrales*[444].

No obstante, a pesar de estos esfuerzos, el cataclismo había devastado la isla primigenia de tal manera que ningún terreno ganado al mar podía devolverla a su antigua gloria. La única solución para los supervivientes, por tanto, fue intentar recrearla en otro lugar, en regiones que no hubieran sido tan afectadas por la catástrofe. El resultado fue el comienzo de un gran proyecto cuyo resultado es el mundo en el que vivimos hoy. Lo que los textos de Edfu dicen, explica Reymond, es que:

> *Los dioses abandonaron las tierras-pay […]*[445]*. […] Navegaron hasta otro lugar del mundo primigenio […]*[446] *[y] recorrieron las […] tierras de la era primigenia […]*[447]*. En cualquier lugar en el cual se asentaban encontraban nuevos terrenos sagrados*[448].

En pocas palabras, que su misión fue repromulgar la civilización y la religión perdidas de los días anteriores a la inundación. Como dice Reymond, esta «segunda era de la época primigenia» vio «el desarrollo de dominios que sobrevivieron hasta época histórica»[449].

Comenzad de nuevo como niños

Lo textos de Edfu hacen alusión al *smd*, «deambular», de la «compañía de dioses»[450] que inició el proyecto civilizador. Su líder era el dios halcón Horus, al cual se dedicaría mucho después el templo de Edfu, pero también estaba presente Thot, el dios de la sabiduría[451]. Acompañando a Horus y Thot estaban los *shebtiw*, un grupo de deidades encargadas de la responsabilidad concreta de la «creación»[452], los «dioses constructores» que realizaron «el trabajo de construcción»[453], y los «siete sabios»[454]. Es una cuestión interesante a la luz de las tradiciones mesopotámicas de los *apkallu* descritas en el capítulo 8, y parece que se trata de algo más que de una mera coincidencia.

El lector debe recordar que los *apkallu* eran representados a menudo como criaturas híbridas, parte pájaro de presa, parte humanos. Del mismo modo, los siete sabios de los textos de Edfu son descritos como deidades

primigenias que eran capaces de asumir «la forma de halcones» y «parecerse a halcones»[455].

Del mismo modo, exactamente igual que los *apkallu*, los siete sabios de los textos de Edfu (los cuales no se mencionan en ninguna otra inscripción del antiguo Egipto) eran los magos de entre los dioses. Eran videntes que podían predecir el futuro[456], y podían *swr iht ti* —«dotar de poder las sustancias de la tierra»—[457], un proceso de creación «mediante la palabra de los creadores»[458] que, como señala Reymond, «no posee equivalente»[459]. Además, se creía que poseían la capacidad de «magnificar las cosas» y así proporcionar protección mágica[460]. Sobre esta cuestión, lo mejor que es capaz de explicar Reymon es lo que ella misma describe como un texto «inusualmente oscuro», «la protección estaba constituida por símbolos. El poder mágico de proteger fue conferido mediante una entrega de nombres»[461].

Los *apkallu* mezclaban su magia con habilidades prácticas, como trazar los cimientos de ciudades y templos. Del mismo modo, los siete sabios de los textos de Edfu también tenían su lado práctico y arquitectónico, por ello muchos pasajes atestiguan su participación en el diseño y construcción de edificios y en la creación de cimientos[462]. Además, los egipcios creían que «las plantas de los templos históricos fueron trazadas según lo que los sabios de la época primigenia revelaron a Thot»[463].

Este indicio de una conexión especial entre los sabios y Thot es, evidentemente, una coincidencia más, porque como hemos visto los *apkalllu* estaban relacionados con *Enki*, el dios mesopotámico de la sabiduría. No obstante, en las inscripciones mesopotámicas, Enki es claramente superior a los sabios; de hecho, es su creador; pero en los textos de Edfu, extrañamente, parece que el conocimiento de los sabios es considerado superior al de Thot, el dios de la sabiduría. De hecho, en Edfu la tradición decía que los registros y archivos originales de donde se extractaron los textos eran nada menos que «las palabras de los sabios» dictadas a Thot, que las consignó por escrito[464]. El texto cuenta también que se creía que los sabios de la era mítica eran «los únicos seres divinos que sabían cómo se creaban los templos y lugares sagrados»[465] y que eran

los *creadores* mismos del conocimiento[466], que con posterioridad solo podía ser transmitido, pero no inventado de nuevo. Esto encuentra similitudes en la noción mesopotámica de que desde la época de los *apkallu* antediluvianos nada nuevo se había inventado; limitándose la revelación original a ser transmitida y desarrollada en épocas posteriores.

Sin elaborar más la cuestión, por lo tanto, me parece que la idea transmitida de forma tan clara por las inscripciones cuneiformes de la antigua Mesopotamia de un proyecto para recuperar y repromulgar el conocimiento antediluviano tras un cataclismo global es, de forma bastante exacta, el mismo proceso que se pone en marcha en los textos de la construcción de Edfu, que a su vez presentan una misteriosa y turbadora similitud con el informe de Platón de la civilización destruida de la Edad del Hielo de la Atlántida.

Más aún, los textos de Edfu nos invitan a considerar la posibilidad de que los supervivientes de la civilización perdida, considerados como «dioses»; pero manifiestamente humanos —si bien con «poderes» misteriosos—, se pusieron a «errar» por el mundo tras la inundación. Por casualidad, solo las poblaciones de cazadores-recolectores, gentes de la montaña y el desierto —«los iletrados e incultos», como tan elocuentemente dice Platón en el *Timeo*— se «libraron del azote del diluvio»[467]. Pero los civilizadores mantenían el anhelo desesperado de que, si su misión triunfaba, la humanidad no tendría que «comenzar de nuevo como niños, en completa ignorancia de lo que había sucedido en épocas antiguas»[468].

Las evidencias de las inscripciones mesopotámicas y de Göbekli Tepe, a los que retornaremos, dicen que las tierras montañosas de la antigua Armenia y el este de Turquía se encuentran entre las tierras originales hacia las cuales los civilizadores se abrieron paso tras la inundación. Pero el testimonio de Edfu es que también llegaron al Nilo, que fluye por su fértil valle atravesando los desiertos de Egipto.

Además, los textos de la construcción dicen muy claramente a qué parte de Egipto llegaron primero… y no fue Edfu, como veremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 10

EL MONASTERIO DE LOS SIETE SABIOS

Ya hemos visto que en el *Timeo* Platón habla de acontecimientos, descritos en los registros de los antiguos templos egipcios, que tuvieron lugar 9.000 años antes de la época de Solón, es decir, en el 9.600 a. C. Tampoco es el *Timeo* el único lugar donde Platón alude a una antigüedad tan grande. En sus *Leyes*, por ejemplo, dice de los antiguos egipcios:

> *Si examinas su arte donde está, encontrarás que diez mil años atrás (y no lo digo por decir; quiero decir diez mil, literalmente) se producían pinturas y relieves que eran tan buenos o tan malos como los actuales*[469].

Resulta interesante que el filósofo griego mencione concretamente «diez mil años atrás», enfatizando que no está hablando por hablar, que de verdad quiere decir lo que está diciendo. Pero, supuestamente, nosotros vivimos en una época más científica que disfruta de unas técnicas de datación objetivas, por lo tanto, ¿qué podemos interpretar de esa cronología?

Platón nació en torno al 428 a. C., de modo que su referencia a «hace diez mil años» significa en torno al 10400 a. C. en nuestro calendario, muy próximo a la fecha del 10450 que propuse en *Las huellas de los dioses* para la remota época *Zep tepi* —«la primera vez»—, cuando los antiguos egipcios creían que los dioses caminaron sobre la tierra y la civilización del valle del Nilo tuvo sus verdaderos comienzos[470].

Esta fecha, basada en hallazgos surgidos de la investigación subyacente a *El misterio de Orión*, el innovador estudio de 1994 de mi amigo Robert

Bauval sobre los aspectos astronómicos de las mundialmente famosas pirámides de Guiza, en Egipto[471], fue profundizado por los dos juntos en nuestro libro de 1996 *Guardián del génesis*[472]. En pocas palabras, la fecha de la extraordinariamente precisa disposición de los principales monumentos de la meseta de Guiza y la relación de estos con ciertas estrellas del cielo. Para todos los detalles refiero al lector a *Las huellas de los dioses* y a *Guardián del Génesis*, donde se estudia la cuestión en profundidad; pero el núcleo de la cuestión reside en el hecho de que la posición de las estrellas en el firmamento no es fija y definitiva, sino que varía de forma muy gradual a lo largo de un extenso ciclo —conocido para los astrónomos como el ciclo precesional— que tiene lugar a lo largo de 25.920 años.

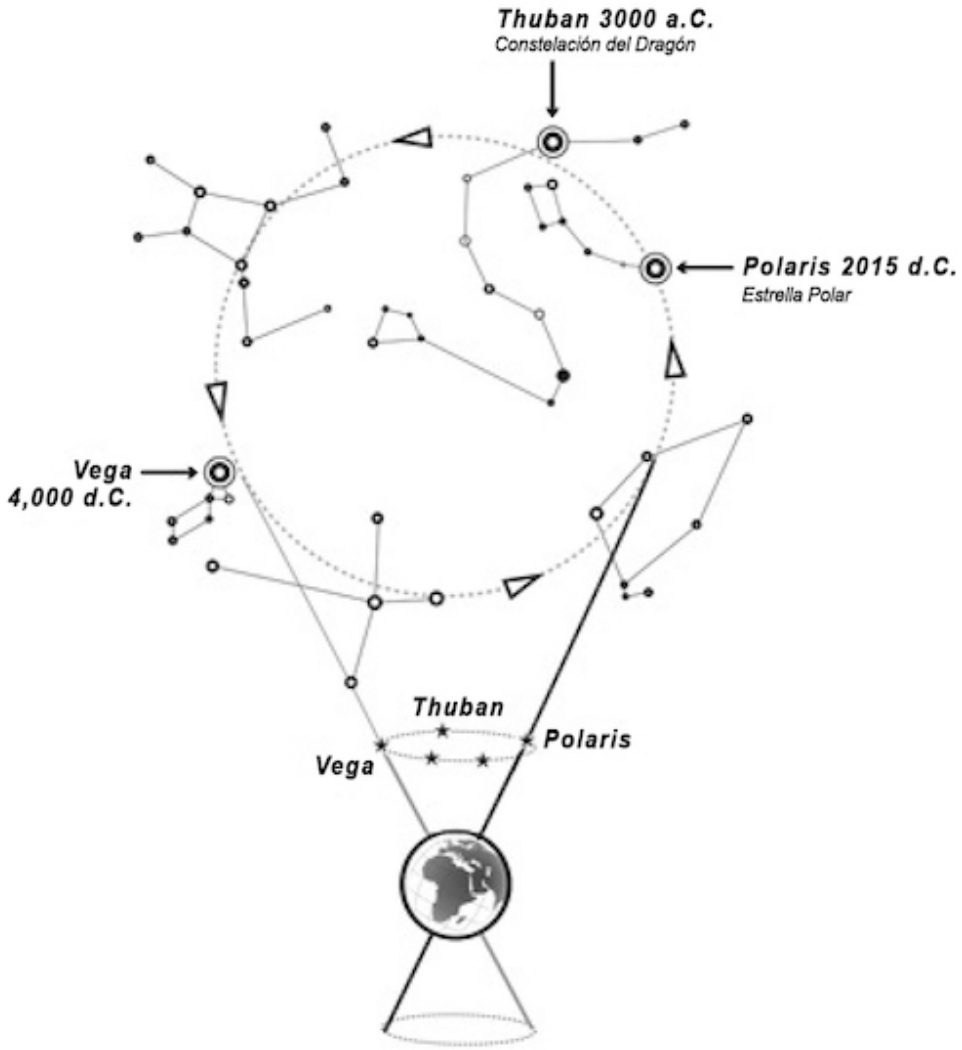


Figura 33. El efecto de la precesión es cambiar la Estrella Polar a lo largo de un período de tiempo muy largo

Este ciclo es el resultado del movimiento de la propia Tierra, una lenta oscilación circular del eje del planeta a razón de un grado cada 72 años; como la Tierra es la plataforma desde donde observamos las estrellas, esos cambios de orientación inevitablemente afectan a la posición y hora de ascenso de todas las estrellas vistas desde aquí. Nuestra Estrella Polar, en torno a la cual el resto del cielo parece rotar, es sencillamente la estrella a la que apunta más directamente el eje imaginario de la Tierra, que pasa por el Polo Norte geográfico. En la actualidad es Polaris (Alpha Ursae Minoris, en la constelación de la Osa Menor), pero el efecto de la precesión es cambiar la Estrella Polar a lo largo de períodos muy extensos de tiempo. Así, en

torno al 3000 a. C., justo antes del comienzo de la época de las pirámides en Egipto, la Estrella Polar era Thuban (Alpha Draconis), en la constelación del Dragón. En época de los griegos era Beta Ursae Minoris. En el 14000 d. C. será Vega[473]. En ocasiones, a lo largo de este largo ciclo el Polo Norte apuntará a un espacio vacío del cielo y no habrá ninguna Estrella Polar útil.

No obstante, los efectos más dramáticos, de hecho, los más bonitos y estéticamente agradables, son los que se observan durante el equinoccio de marzo, cuando el día y la noche duran lo mismo y el sol se levanta justo en el este contra el fondo de las doce constelaciones del zodíaco. El ritmo de cambio es el mismo que en el polo, es decir, solo un grado cada 72 años, de modo que no resulta sencillo detectarlo —y menos aún medirlo— a lo largo de lo que dura una simple vida humana. Pero si la tuya es una cultura que lleva cuidadosos registros a lo largo de amplios períodos de tiempo, se apreciará que la constelación zodiacal que «alberga» el Sol en ese día especial (el cual señala el comienzo de la primavera en el hemisferio norte), en realidad realiza con mucha lentitud un desplazamiento por el horizonte hasta que finalmente aparece la siguiente constelación.

Hablando en sentido amplio, el Sol se pasa 2.160 años «en» cada casa del zodíaco (32 grados × 72 años) y, dado que hay 12 casas zodiacales, el resultado es que «el gran año» —el ciclo precesional— se desarrolla a lo largo de 12 × 1.260 años, es decir, 25.920 años, momento en el cual el ciclo ha retornado a su punto de partida y comienza un nuevo año. En el recorrido anual del Sol por el zodíaco, que se pasa aproximadamente un mes en cada signo, como todos los que consultamos nuestro horóscopo sabemos, Acuario es seguido de Piscis, que a su vez viene seguido de Aries, al que siguen Tauro, luego Géminis, Cáncer, Leo, etc., etc., etc. Pero el lento y majestuoso curso precesional del Sol por el gran año es un recorrido hacia atrás que se desarrolla justo en la dirección contraria —de modo que Leo g Cáncer g Géminis g Tauro g Aries g Piscis g Acuario—, y cada mes dura 2.160 años.

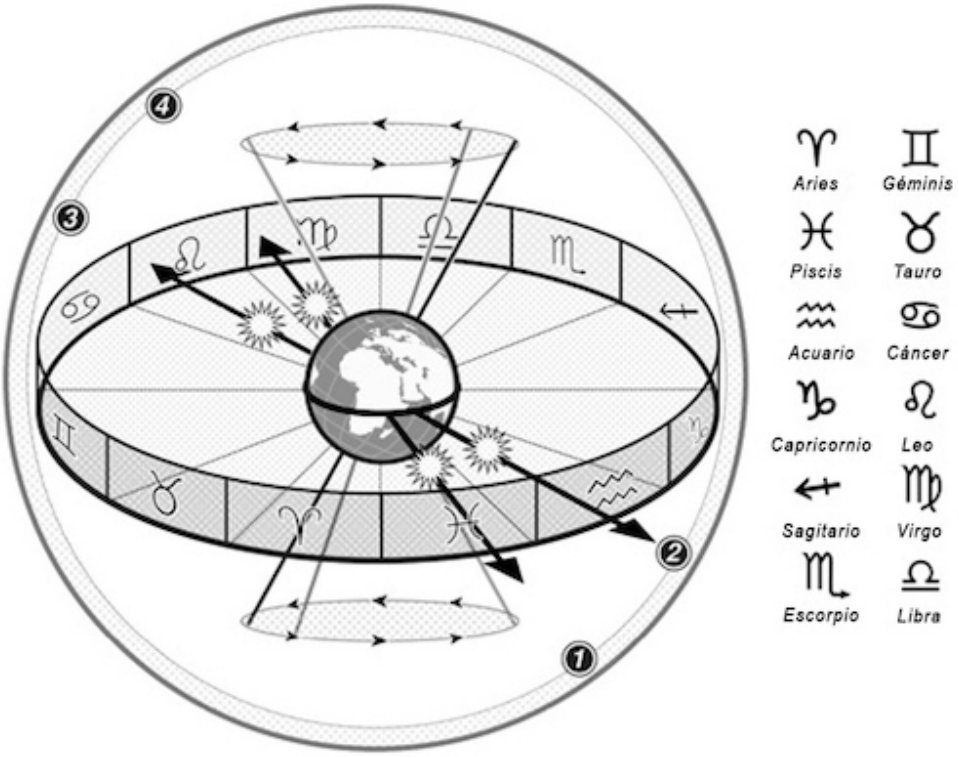


Figura 34. El sol ha estado en Piscis (1) durante el equinoccio de primavera de los últimos 2.000 años, definiendo así la astrología «era de Piscis», pero a su debido tiempo pasará a Acuario (2) como resultado de la precesión y dará comienzo la «era de Acuario». A su vez, la constelación que señala el equinoccio de otoño cambiará desde Virgo (4) hasta Leo (3).

De modo que, por poner unos cuantos ejemplos concretos, no es casualidad que los primeros cristianos utilizaran un pez como su símbolo, pues la constelación de Piscis alberga al Sol en el equinoccio de primavera desde el principio de la era cristiana hasta hoy. Tampoco se equivoca la famosa canción al decir que «estamos en el nacimiento de la era de Acuario», pues el principio del sigo xxi se encuentra de hecho en esa tierra de nadie cercana al final de la «era de Piscis» y en el umbral de la «nueva era» de Acuario. Antes de la era de Piscis tenemos la era de Aries (2330-170 a. C.) cuando en el antiguo Egipto los carneros era un motivo simbólico dominante (por ejemplo las esfinges con cabezas de carnero del templo de Karnak, en Luxor) y, antes, en la era de Tauro (4490-2330 a. C.) cuando el culto al toro Apis se inició en fechas tan tempranas como la i dinastía, quizá antes.

Dependiendo del astrólogo o el astrónomo, las fronteras de las constelaciones pueden variar algunos grados (y con ellos un siglo o dos) en una dirección u otra; pero el esquema general se comprende bien y las fechas mencionadas son una buena aproximación a los hechos. Si retrocedemos en el tiempo todavía más, como resulta sencillo hacer con los modernos programas de ordenador que simulan los cielos durante la Antigüedad, terminamos llegando a la era de Leo, cuando la constelación de Leo, el león, albergaba el sol del equinoccio de primavera. Esta era astrológica ocupa el período entre el 10970 a. C. y el 8819 a. C.; si bien, de nuevo, dependiendo de dónde coloque uno las fronteras de las constelaciones, las fechas pueden desplazarse hacia delante o hacia atrás un par de siglos. Lo que está claro, no obstante, incluso trasteando un poco con esos límites, es que la era de Leo ocupa la época del Dryas Reciente de forma casi perfecta (10800-9600 a. C.), algo de lo que no era consciente cuando escribí *Las huellas de los dioses*. Y, por supuesto, también fue la era de Leo la que señalé como el candidato más probable para la remota época que los antiguos egipcios llamaban *Zep Tepi*, la «primera vez».

De nuevo, vuelvo a dirigir al lector a *Las huellas de los dioses*, al *Guardián del Génesis* y a mi libro posterior *Heaven's mirror*[474], para un estudio más detallado de los hechos astronómicos, así como de las ideas que hay detrás de ellos. La esencia del argumento, no obstante, es que hubo una doctrina mundial —«abajo igual que arriba»— que puso en práctica de forma bastante deliberada la creación de monumentos sobre la tierra que copiaban los patrones de ciertas constelaciones significativas del cielo. Además, dado que la posición de todas las estrellas cambia lenta pero continuamente como resultado de la precesión, resulta posible utilizar las concretas configuraciones de los monumentos astronómicamente alineados para deducir las fechas que estos representan; es decir, las fechas en las cuales las estrellas estuvieron por última vez en la posición representada por los monumentos sobre el suelo.

La meseta de Guiza contiene la más extraordinaria colección del mundo de monumentos astronómicamente alineados y, por cuestiones de claridad, haré hincapié en que esos alineamientos no tienen nada que ver con las direcciones de la brújula. El «norte» indicado por una brújula es el norte

magnético, que puede variar hasta diez grados o más con respecto al norte verdadero y se desplaza constantemente debido a los cambios magnéticos del núcleo de la Tierra. El norte verdadero es el norte geográfico de la Tierra, en otras palabras, el eje sobre el cual rota nuestro planeta; de este norte verdadero se derivan el sur, el este y el oeste. De modo que resulta significativo que la mirada de la Gran Esfinge apunte perfectamente al este verdadero, mientras que las tres grandes pirámides están alienadas con misteriosa precisión al norte y sur verdaderos; de hecho, el error en el caso de la Gran Pirámide es de solo 3/60 de grado.

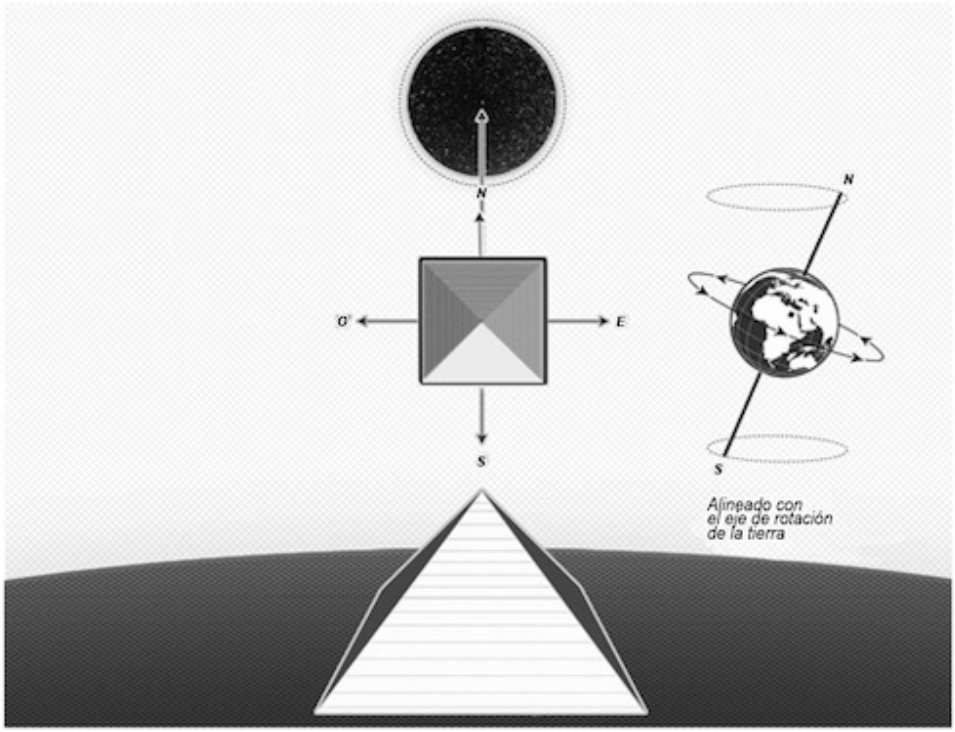


Figura 35. La alineación de la Gran Pirámide se desvía únicamente un 3/60 de grado con respecto al norte verdadero.

Lo que esto nos está diciendo es que todos estos monumentos fueron orientados utilizando la astronomía; pues no resulta posible conseguir tal precisión con ningún otro método. En otras palabras, incluso si no hubiera otras características astronómicas presentes, solo a partir de la precisión de la alineación tendríamos que decir que los astrónomos estuvieron involucrados en ello. Pero el caso es que hay otras muchas características astronómicas —no solo en los propios monumentos, sino también en

escritos del antiguo Egipto como los *Textos de las pirámides*—, para las cuales, ya que quiero evitar las repeticiones innecesarias, de nuevo envío al lector a mis otras obras.

En esencia, no obstante, implica dos constelaciones: la constelación de Leo, que aparece justo en el este por encima del Sol al amanecer del equinoccio de primavera de la época del 10500, y la constelación de Orión, que los antiguos egipcios visualizaban como la figura celestial del dios Osiris, el difunto dios-rey que gobernaba el reino del más allá, conocido como la Duat. Como vimos en el capítulo 9, también se creía que Osiris era de algún modo el *ka* —el «doble» o esencia espiritual— de las pirámides de Guiza.

No molestaré al lector con largas disquisiciones para demostrar las afirmaciones que siguen, pues ya están perfectamente respaldadas, referenciadas y documentadas en mis otros libros; pero un misterioso «encaje» tiene lugar en Guiza en la época del 10500 a. C. En *Las huellas de los dioses* opté por una fecha cincuenta años más moderna, el 10450 a. C., pero estos detalles menores no son en realidad significativos, pues los cambios estelares son tan lentos, incluso en el seno de una única era astrológica, que la misma configuración se mantiene durante muchos siglos. De hecho, se puede decir que el encaje del cielo de Guiza se mantiene en su sitio durante la mayoría, si no todo, el Dryas Reciente, desde el 10800 a. C. hasta el 9600 a. C.

De modo que, en efecto, la era de la «primera vez», como voy a llamar a partir de ahora a la época del 10500 a. C. para simplificar las cosas, *es* la época del Dryas Reciente. Y si bien era una época de temperaturas bajo cero más al norte —sobre todo en Norteamérica y el norte de Europa—, hay indicios de que el clima de Egipto habría sido mucho más confortable y conductivo, y mucho más húmedo y fértil que en la actualidad. No estamos diciendo que Egipto se librara por completo de los cataclismos del Dryas Reciente —había poderosas y destructivas inundaciones del Nilo, como vamos a ver—, pero en comparación con otros muchos lugares del globo habría destacado como un acogedor refugio.

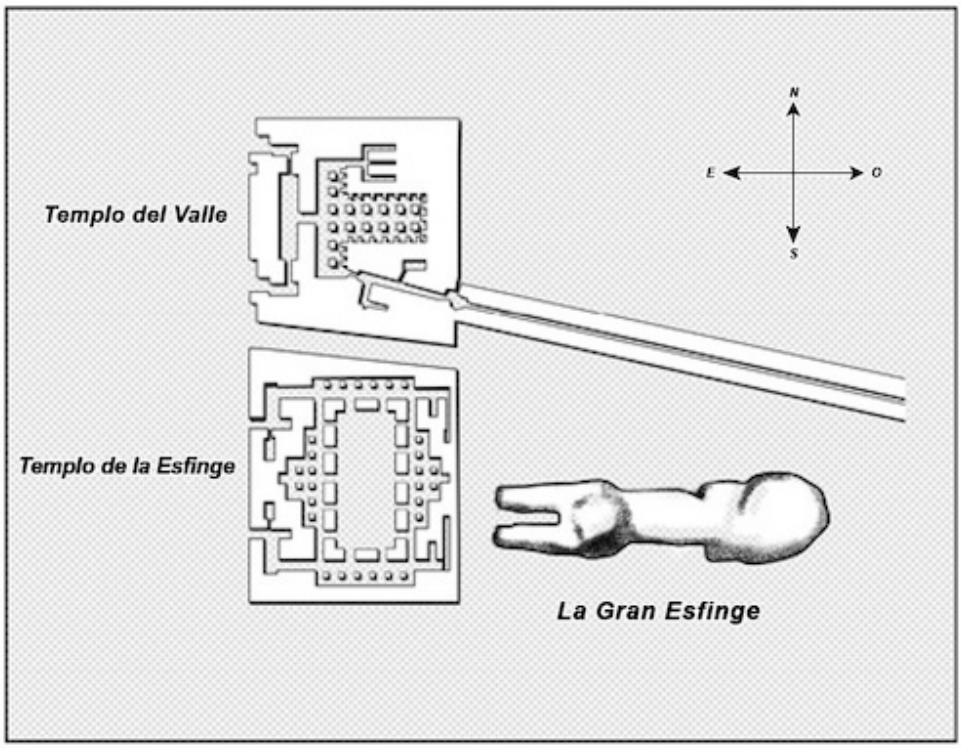


Figura 36. La mirada de la Esfinge está perfectamente dirigida al este verdadero.

Abajo igual que arriba… Regresando a la cuestión del encaje cielo-tierra de Guiza en la época del 10500 a. C., consideremos primero el monumento con cuerpo de león (y, muy probablemente, antaño con cabeza de ese felino), orientado perfectamente al este verdadero, que llamamos la Esfinge. No solo mira hacia el sol naciente durante el equinoccio de primavera, sino también a la constelación que alberga el sol durante el mismo. Hoy día, por tanto, este monumento mira hacia el punto entre Piscis y Acuario. Cuando se construyó el templo de Karnak miraba a la constelación de Aries y durante el Reino Antiguo, cuando se supone que fue construida la Esfinge, miraba hacia la constelación de Tauro; lo que está claro no es un correlación perfecta tierra-cielo.

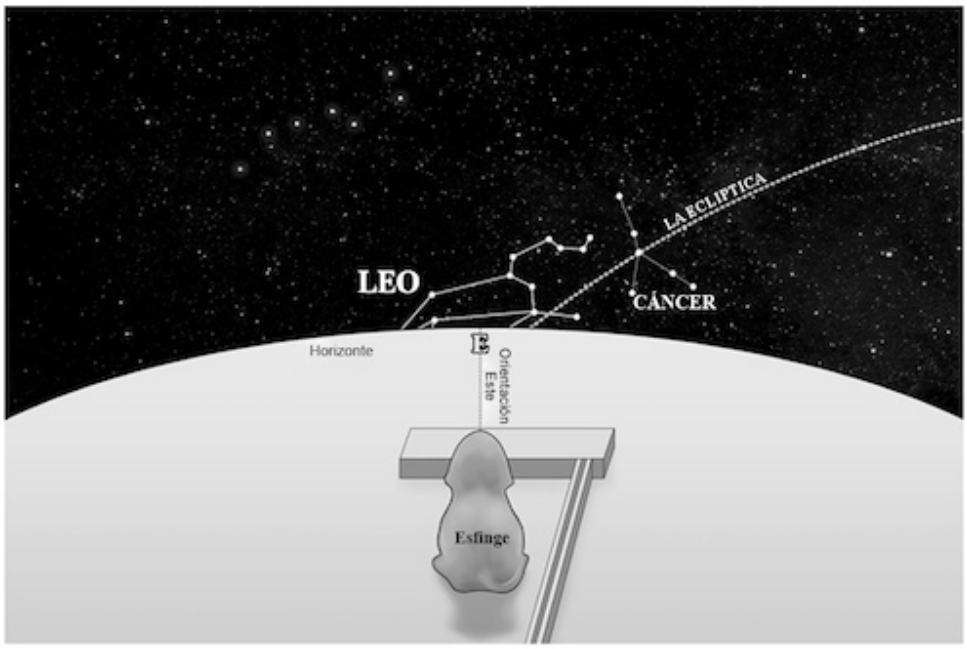


Figura 37. Mirando hacia el este, justo una hora antes de que amanezca durante la mañana del equinoccio de primavera en la época del 10500 a. C., vemos la constelación de Leo descansando su vientre sobre el horizonte, directamente en línea de la mirada de la Esfinge.

De hecho, solo en un momento de los últimos 25.920 años la esfinge de cuerpo de león ha mirado a su equivalente celeste, la constelación de Leo, al alba del equinoccio de primavera, y fue en la época del 10500 a. C.

Pero aquí no se acaba la cosa. En esa misma época, en el momento exacto en el cual el sol bisecaba el horizonte por el este verdadero, las tres estrellas del cinturón de la constelación de Orión se encontraban en el sur verdadero sobre el meridiano; y lo estaban de un modo que reproduce perfectamente la disposición de las tres pirámides sobre el suelo, dando un significado sublime a la imagen de Osiris/Orión como el *ka*, «o doble», de las pirámides.

Después de que Robert Bauval presentara la correlación de Orión a los lectores del mundo en su libro de 1994 *El misterio de Orión*, y después del trabajo adicional que realicé yo sobre la cuestión en *Las huellas de los dioses*, y del que Robert y yo realizamos juntos en *Guardián del Génesis*, la hipótesis recibió una gran cantidad de críticas del arqueoastrónomo ortodoxo Ed Krupp, del Observatorio Griffiths de Los Ángeles.

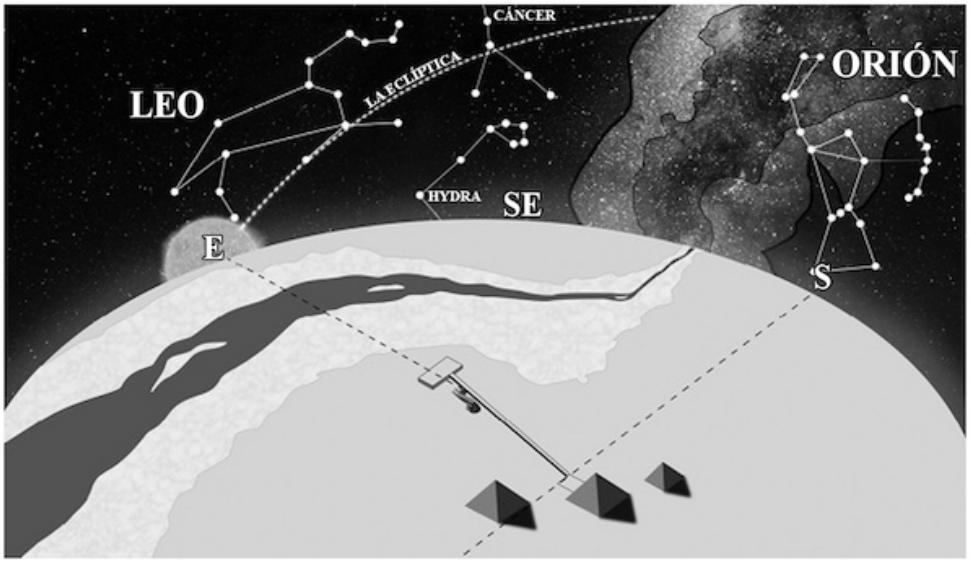


Figura 38. En el equinoccio de primavera de la época del 10500 a. C., en el momento exacto en el cual el sol bisecaba el horizonte por el este verdadero, las tres estrellas del cinturón de Orión se encontraban en el sur verdadero sobre el meridiano; una disposición que emulaba con mucha precisión el patrón de las tres grandes pirámides sobre el suelo.

Krupp afirmaba que la correlación estaba «boca abajo», un argumento un tanto sofístico basado en la curvatura aparente del cielo, la cual hace que la superior de las tres estrellas del cinturón de Orión (representada en la correlación de Orión por la más meridional de las tres pirámides) sea, en efecto, la estrella más septentrional. A modo de refutación fuimos capaces de demostrar que disponer las pirámides en el suelo de un modo que satisficiera a Krupp podría ser técnicamente «correcto» en términos de convenciones astronómicas modernas; pero no produciría una similitud inmediatamente reconocible y visualmente agradable entre lo que se ve en el cielo y lo que se ve en el suelo. Si, por otra parte, uno se libera de las convenciones astronómicas del siglo xxi (en las cuales el norte es «arriba») y simplemente modela sobre el suelo —como haría un artista o escultor— lo que se habría visto en el cielo al amanecer del equinoccio de primavera en la época del 10500 a. C., entonces el resultado es una correspondencia muy buena, como Robert Bauval siempre ha afirmado, entre las tres grandes pirámides y las tres estrellas del cinturón de Orión (véase el

apéndice «La correlación de Orión no está boca abajo» para mayores detalles).

Además, como se ha mencionado más arriba, el rasgo especialmente chocante de esta correlación es el encaje Esfinge/Leo. Merece la pena volver a hacer hincapié en ello. Si miramos al este antes del amanecer, aproximadamente una hora antes de que salga el sol, la mañana del equinoccio de primavera en la época del 10.500 a. C., veremos a la constelación de Leo reposando su vientre sobre el horizonte, directamente en línea con la mirada de la Esfinge. Existe aquí una innegable correlación cielo/tierra; pues la constelación de Leo, de perfil como se ve en este momento, se parece mucho al perfil de la esfinge leonina.

La tierra gira, las estrellas y el sol amanecen, la luz inunda el cielo y, a su debido tiempo —al cabo de una hora aproximadamente—, el disco solar biseca el horizonte justo por el este verdadero, exactamente en línea con la mirada de la Esfinge. Justo en el momento en que lo hace, las tres estrellas del cinturón de Orión se colocan en su lugar centradas en el sur verdadero sobre el meridiano. Esto lo confirman los programas informáticos modernos y habría sido conocido por cualquiera con un conocimiento sofisticado de los movimientos celestes, de haber estado presente en persona en Guiza en la época del 10500 a. C. De hecho, casi se pueden sentir las pesadas ruedas del mecanismo del cielo en movimiento, como un inmenso reloj: la aguja de las hora es la correlación Esfinge/Leo y la aguja de los minutos la correlación pirámides/cinturón de Orión, y ambas trabajan juntas para señalar de forma inconfundible la época del 10500 a. C. Esta es la época que hace ya tiempo sugerí era la misteriosa «primera vez» de los antiguos egipcios; pero que ahora comprendo fue significativa también por el cataclismo del Dryas Reciente que cambió el mundo.

Poniendo fechas con estrellas

El uso combinado de estrellas en el cielo y construcciones a gran escala sobre el terreno para señalar momentos significativos de la historia fue una práctica muy utilizada en la Antigüedad, como queda ampliamente documentado en mi libro de 1988 *Heaven's mirror*[475]. De hecho, ejemplos

de tales simetrías cielo-tierra, una vez se han comprendido adecuadamente, con frecuencia arrojan nueva luz sobre cuestiones arqueológicas. Por ejemplo, en 2014, un montículo antiguo en la República de Macedonia fue identificado como artificial mediante sistemas arqueoacústicos. Las dimensiones del montículo son 85 × 45 m, está orientado con mucha precisión norte-sur y en su cima, situada dentro de una trinchera ovalada, investigadores de la Universidad de Trieste identificaron un gigantesco monumento de tierra como una representación de la constelación de Casiopea tal cual habría aparecido desde en ese punto al amanecer del 21 de julio del 356 a. C., el cumpleaños del famoso soberano macedonio Alejandro Magno. Dicen los investigadores:

> *Casiopea se encuentra directamente al norte y se encuentra sobre la vertical del geoglifo en el zenit del cielo, formando una imagen perfecta del cielo sobre la tierra*[476].

Este tipo de esfuerzos no se ven limitados al mundo antiguo. Un ejemplo relativamente reciente es la presa Hoover, en los Estados Unidos. Allí, en la base del alto monumento conmemorativo, cuyos pedestales de diorita negra soportan dos figuras aladas colosales e imponentes —ellas mismas reminiscentes de deidades mesopotámicas y egipcias—, el escultor Oscar Hansen creó un espectacular suelo de terrazo con una mapa estelar incrustado. Así es como el Department of the Interior’s Bureau of Reclamation norteamericano describe la obra de arte y su propósito:

> *El mapa preserva para las generaciones futuras la fecha en la que el presidente Franklin D. Roosevelt inauguró la presa Hoover, el 30 de septiembre de 1935 […].*
>
> *En este mapa celestial, los cuerpos del sistema solar aparecen situados con tanta exactitud que aquellos versados en astronomía pueden calcular la precesión (la ocurrencia progresivamente anterior) de la Estrella Polar durante aproximadamente los siguientes 14.000 años. A la inversa, futuras generaciones podrán mirar este monumento y determinar, si no hay otros medios disponibles, la fecha exacta en la cual la presa Hoover fue inaugurada*[477].

Hansen, que comparó explícitamente la presa con la Gran Pirámide como «un monumento al genio colectivo ejercido en esfuerzos comunitarios en torno a una necesidad o ideal común»[478], también incorporó los signos del zodíaco en su diseño[479]. Semejantes elementos, dice, fueron situados como pistas e indicios, de tal modo que «en remotas épocas por llegar, gente inteligente» sea capaz de discernir «la fecha astronómica de la inauguración de la presa»[480].

Se da el caso de que la presa Hoover y sus esculturas monumentales fueron terminadas el mismo año, 1935; pero es, por supuesto, posible utilizar arquitectura simbólica y alineaciones astronómicas para realizar una declaración permanente respecto a momentos significativos del pasado en *cualquier momento.* Un paralelo puede ser las catedrales góticas de Europa, que se construyeron en los siglos xii y xiii de nuestra era, pero cuyos detalles simbólicos y la astronomía sagrada incorporada a sus piedras y cristales emplomados[481] se refieren todos a períodos muy anteriores, en especial la época de Cristo y el tiempo de los patriarcas del Antiguo Testamento.

Desde un punto de vista puramente astronómico, lo que puede decirse sobre el inmenso esfuerzo de los monumentos de Guiza es que la

disposición sobre el suelo de las pirámides y la Esfinge habla claramente de la época del 10500 a. C. Pero, como los lectores de mis anteriores libros conocen, estos monumentos también incluyen rasgos como los cuatro estrechos canales que atraviesan hacia arriba el cuerpo de la Gran Pirámide y que apuntan a estrellas importantes de la época del 2500 a. C., cuando los egiptólogos creen que fueron construidas las pirámides[482].

En otras palabras, *ambas* épocas aparecen simbolizadas: el 2500 a. C. mediante los canales y el 10500 a. C. mediante su distribución por la meseta.

El prolongado culto a los sabios

La hipótesis que extraigo de ello es que Guiza fue uno de los varios puntos de todo el globo —Göbekli Tepe fue otro— donde los supervivientes de una gran civilización prehistórica, que prácticamente resultó destruida en el cataclismo global que desencadenó el Dryas Reciente, eligieron asentarse y donde sus sabios pusieron en marcha un plan a largo plazo para conseguir «la resurrección del antiguo mundo de los dioses […]. La creación de nuevo del mundo destruido»[483]. Quizá sentían que su propia civilización había cometido algún terrible error, alguna funesta equivocación, la cual había originado el castigo del universo contra ellos en forma del cometa del Dryas Reciente y que, por tanto, resultaría impío o poco inteligente intentar volver a crear de inmediato el mundo destruido. De hecho, quizá resultara *imposible* para ellos hacerlo. Si bien su clima habría resultado atractivo, en una época en la que gran parte del mundo se encontraba inmersa en un repentino clima helador, el valle del Nilo, como otros muchos lugares, sufrió acontecimientos cataclísmicos tanto al comienzo como al final del Dryas Reciente. Entre ellos se contaron episodios de crecidas extremas del Nilo, el llamado «Nilo salvaje», que tuvieron lugar en varias ocasiones en la época del 10500 a. C., no siendo restauradas las condiciones más tranquilas y predecibles hasta alrededor del 9000 a. C.[484]

Situada en un terreno elevado, muy por encima del nivel del valle, no hay evidencias que sugieran que Guiza se viera afectada en ningún momento por esas crecidas y, por lo tanto, habría sido una elección evidente

en Egipto para que los supervivientes crearan una base y comenzaran a trabajar en su proyecto arquitectónico, centrado quizá en torno a ciertos rasgos del paisaje de la propia meseta. Entre ellos llamaré especial atención sobre la colina rocosa de más de 10 metros de altura —un excelente candidato para ser «la colina primigenia» descrita en los textos de Edfu, como veremos— que mucho más tarde sería incorporada al núcleo de la Gran Pirámide.

Sugiero que en esa colina se excavó un conducto profundo en la roca para crear la cavidad rectangular que hoy se conoce como «cámara subterránea», a la cual en la actualidad solo sigue siendo posible acceder por medio de ese mismo conducto de 100 metros de largo (el llamado «corredor descendente») que penetra profundamente en las entrañas de la tierra con un ángulo de 26º. Desde mi punto de vista, no es sino uno de los varios elementos subterráneos que fueron creados en esa época y que hay otros —mucho más amplios— que siguen esperando a ser descubiertos.

Del mismo modo, esos visitantes a la Guiza primigenia de la época del 10500 a. C. también habrían encontrado una cresta de roca (el término técnico para ese elemento del paisaje es «yardang») que sobresalía pendiente abajo y que quizá ya había sido esculpido por los vientos predominantes hasta darle una forma similar a la cabeza de un león. Miraba hacia el este y dominaba el valle del Nilo y, con el tiempo, fue ampliamente excavado y tallado para crear la Esfinge. Es probable que algunos trabajos importantes fueran realizados en la época del 10500 a. C. para liberar al menos los cuartos delanteros del cuerpo de la Esfinge de la roca circundante; pero, según mi punto de vista, el mismo desde que escribí *Las huellas de los dioses*, es que la mayoría del trabajo de este proyecto, como en las propias pirámides, fue realizado y terminado después, en la época del 2500 a. C., cuando la cabeza leonina de la Esfinge, quizá muy erosionada, fue retallada con la forma de cabeza humana desproporcionadamente pequeña que todavía tiene hoy. Mi hipótesis, entonces y ahora, es que el mismo «culto» sagrado, que habitaba en algo parecido quizá a un monasterio, con una huella arqueológica muy pequeña, incluso despreciable —llamémoslo el «monasterio de los Siete Sabios»—, estuvo implicado en ambas fases principales del trabajo y en todo lo que tuvo lugar en Guiza

entre medias. Como escribí en 1995, esta hipótesis resuelve la anomalía de los ocho mil años «desaparecidos» entre ambas épocas,

> *al suponer que los canales estelares [de la Gran Pirámide] solo son una obra posterior de ese culto de larga duración que trazó originalmente el plano de Guiza en el 10450 a. C. Naturalmente, la hipótesis también sugiere que fue este mismo culto, hacia el final de esos 8.000 años desaparecidos, el que proporcionó la chispa inicial de la repentina y «plenamente formada» aparición de la alfabetizada y lograda civilización histórica del Egipto dinástico*[485].

Fechar mediante la luz

Desde la publicación de *Las huellas de los dioses* he tenido muchos años para reflexionar sobre los misterios de Guiza. Sigo siendo de la opinión de que el papel de los faraones históricos de la iv dinastía fue completar, y por último culminar, un plan mucho más antiguo llevado a Egipto por primera vez en la época del 10500 a. C. No obstante, como se ha señalado más arriba, los elementos subterráneos de la meseta de Guiza, y los primeros trabajos en la Esfinge, pueden en realidad datar de la época del 10500 a. C. Debido a los característicos patrones de erosión en los flancos de este monumento y en secciones de la trinchera que lo rodea —destacados en el análisis del profesor de Geología de la Universidad de Boston, Robert Schoch—, parece que existió una protoesfinge cuando intensas lluvias caían sobre Egipto a finales de la Edad del Hielo[486], quizá hace tanto como en el período del Nilo salvaje.

Llevo mucho tiempo convencido por las evidencias geológicas de que la Esfinge en realidad se remonta de alguna forma a la época del 10500 a. C. Pero hay una zona gris que tiene que ver con los acontecimientos entre el 10500 a. C. y el 2500 a. C. y tiene que ver con los templos megalíticos de la meseta, en concreto el templo de la Esfinge (justo delante, es decir, al este

de la propia Esfinge) y el templo del valle que se encuentra inmediatamente al sureste de la Esfinge, ambos construidos en su mayor parte con bloques extraídos alrededor del núcleo del cuerpo de la Esfinge, si bien en muchos casos la capa visible de los bloques de caliza fue revestida con granito. La fecha arqueológica ortodoxa de estas estructuras (tanto de sus elementos de caliza como de los de granito) es el Reino Antiguo; en concreto la iv dinastía, aproximadamente del 2613 a. C. al 2494 a. C.[487], es decir, la época del 2500 a. C.

Cuando escribí *Las huellas de los dioses*, sin embargo, estaba abierto a la posibilidad de que pudieran datar de la época del 10500 a. C. Sigo estándolo, pero a la luz de evidencias recientes es necesario una cuidadosa consideración. Esto se debe a una avanzada técnica científica conocida como datación por luminiscencia de superficie (la cual mide la energía luminosa almacenada en la piedra) que ha sido aplicada a esos templos. Esta técnica parece, al menos a primera vista, descartar de forma bastante concluyente cualquier posibilidad de que los templos fueran creados en la época del 10500 a. C. con la forma que hoy tienen[488].

Digo, «al menos a primera vista», porque hay ciertos problemas con la nueva técnica que implican que cualquier conclusión basada en ella debe ser cuidadosamente analizada. Lo más significativo, como los propios investigadores admiten, es que la datación mediante termoluminiscencia de superficie se basa en la asunción de que la muestra que se está estudiando no ha sido expuesta a la luz desde que fue colocada en el edificio del que forma parte. De haber existido esa exposición al sol, incluso «solo de minutos» —como sucedería, por ejemplo, si cualquier trabajo posterior en la zona estudiada hubiera sido realizado sin estar bajo una techumbre—, entonces «la luminiscencia latente se libera […] colocando la señal a cero o casi cero», produciendo una fecha que refleja cuándo tuvieron lugar los trabajos más recientes en vez de la fecha original en la que fue construido el edificio[489].

El estudio Giza Surface Luminiscence Dating fue realizado por el profesor Ionnis Liritzis y su colega Asimina Vafiadou, ambos del Laboratorio de Arqueometría de la Universidad del Egeo. Anunciaron sus resultados con detalle en 2015, en la *Journal of Cultural Heritage*[490]. La

muestra n.º 4 (caliza del templo del valle) y la muestra n.º 6 (granito del templo de la Esfinge) proporcionaron indicios concluyentes de que al menos algunas de las estructuras que muestrearon habían sido retrabajadas y su reloj luminiscente puesto a cero y puesto en marcha de nuevo en ese momento. La primera proporcionó una fecha muy temprana, el 1050 a. C. ± 540 años; mientras que la segunda proporcionó una fecha por luminiscencia de superficie en el 1190 a. C. ± 340 años[491]. Se trata, efectivamente, de fechas del Reino Nuevo egipcio (la xviii dinastía y después) y poseemos firmes evidencias arqueológicas y epigráficas de que tanto el templo de la Esfinge como el templo del valle ya eran muy antiguos en esa época.

Por ello, las fechas más antiguas proporcionadas por el estudio también han de ser consideradas con precauciones y, ciertamente, no deben ser tomadas como evidencia firme de la fecha de construcción de los templos, sobre todo en el caso de la muestra n.º 3 (granito del templo del valle) y las muestras n.º 7 y n.º 8 (ambas granito del templo de la Esfinge). Estas dieron una fecha de luminiscencia de superficie, respectivamente, del 3060 a. C. ± 470 años, el 2740 a. C. ± 640 años y el 3100 a. C. ± 540 años[492]. Estas fechas son, *en líneas generales*, compatibles con el Reino Antiguo —si bien con algunas reservas que estudiaremos más adelante—; pero bajo ninguna circunstancia descartan una fecha de construcción mucho más antigua para el núcleo de caliza de los templos, pues desde siempre el argumento de Robert Schoch ha sido que:

> *Este revestimiento de granito fue añadido en el Reino Antiguo para reparar y restaurar los más antiguos (mucho más antiguos: «Edad de la Esfinge») templos de caliza*[493].

De modo que solo nos queda una muestra (la n.º 5) obtenida del núcleo original de caliza del templo de la Esfinge. Proporcionó una fecha de luminiscencia de superficie del 2220 a. C., ± 220 años[494], pero en realidad a partir de ella no se puede decir —o deducir— nada conclusivo, puesto que su localización no descarta la posibilidad, como Schoch mencionó cuando le pedí que comentara estos hallazgos, de que «también pudo haber sido

expuesta o retrabajada al hacer reparaciones en la estructura durante el Reino Antiguo»[495].

En resumen, el nuevo estudio no proporciona ninguna evidencia que confirme más allá de cualquier duda razonable que los elementos megalíticos de caliza originales del templo de la Esfinge y del valle fueran construidos por el faraón Khafre, de la iv dinastía, como sostienen los arqueólogos. Al contrario, lo único que el estudio parece demostrar de forma segura es que los templos fueron retrabajados durante el Reino Nuevo. Más alarmante para la cronología generalmente aceptada es que la datación por luminiscencia de superficie presenta la posibilidad de que el revestimiento de granito de los templos (a excepción de la muestra n.º 6, que es del Reino Nuevo) no fuera añadido durante el Reino Antiguo, sino muchos siglos antes; de hecho, en fechas tan antiguas como el 3380 a. C., en el extremo de la banda de datación, según la muestra n.º 7; tan antiguas como el 3550 a. C. según la muestra n.º 3 y tan antiguas como el 3640 a. C. según la muestra n.º 8[496].

Esto, en potencia, refuerza lo que Schoch siempre ha considerado como obras de restauración del templo de la Esfinge (el añadido de un revestimiento de granito sobre unos bloques megalíticos de caliza mucho más antiguos y erosionados) en épocas tan antiguas como el predinástico, es decir, mucho antes del supuesto comienzo de la construcción a gran escala en Egipto. Y, ni que decir tiene, que si estos templos tuvieron necesidad de semejante restauración en el período predinástico, entonces la mampostería de su núcleo es probable que sea realmente muy antigua, quizá se remonte incluso tan lejos como la época del 10500 a. C.

Esto respecto al templo de la Esfinge y al templo del valle, pero ¿qué sucede con las enigmáticas pirámides que se ciernen sobre ellas?

Los investigadores no pudieron estudiar la segunda pirámide de Guiza, atribuida convencionalmente a Khafre. Tampoco estudiaron la Gran Pirámide, atribuida a Khufu; pero sí estudiaron una única muestra de la más pequeña de las pirámides, que la egiptología atribuye a Menkaure, el faraón que sucedió a Khafre en el trono. Tomada de los bloques de granito que revisten la pirámide y no de la mampostería de su núcleo, la nuestra proporcionó otra datación sorprendentemente anómala —3450 a. C. ± 950

años— cuando se probó la lumiscencia de superficie[497]. Solo la fecha más temprana del rango cronológico (3450 - 950 = 2500 a. C.) se aproxima al reinado de Menkaure; si bien muchos especialistas no creen que este faraón se sentara en el trono hasta el 2490 a. C.[498], es decir, *después* de que su pirámide fuera completada incluso en la fecha más reciente de las ofrecidas por la luminiscencia de superficie. Pero lo que resulta más perturbador aquí son las otras posibilidades generadas por la datación, es decir, que las piedras del revestimiento de la llamada «pirámide de Menkaure» pudieran haber sido colocadas en fechas tan antiguas como el 3450 a. C. e incluso antes, quizá 950 años antes, es decir, en el 4400 a. C., por lo tanto en pleno período predinástico, casi 2.000 años antes que el Reino Antiguo.

Hay que trabajar más esta cuestión para que no queden dudas. Como ya he dicho, por el momento estoy dispuesto a aceptar el punto de vista general que fecha las pirámides en el Reino Antiguo; pero lo que está surgiendo, creo, es la conciencia de que se necesita una imagen más matizada de todo el yacimiento con importantes indicios por parte de la geología, la astronomía y, ahora también, la luminiscencia de superficie de que no puede seguir siendo atribuido exclusivamente a la época del 2500 a. C., sino que más bien parece el resultado de una serie de modificaciones a lo largo de un período de tiempo inmensamente largo que se remonta a más de 12.000 años. Como dice en sus conclusiones el profesor Ioannis Liritzis, de la Universidad del Egeo y autor principal del estudio de la luminiscencia de superficie, parte del yacimiento parece haber sido reutilizado y:

> *Es una asunción razonable que alguna de las estructuras ya estaban presentes en Guiza cuando comenzaron los trabajos a gran escala de la iv dinastía*[499].

La *antigüedad* no es la única cuestión abierta del yacimiento. También su función está en juego. A los egiptólogos les gusta definir a las pirámides como «tumbas y solo tumbas», pero como señala el profesor Liritzis:

> *La ausencia de restos funerarios humanos contemporáneos en todas las pirámides egipcias y la evidente naturaleza astronómica y geométrica del lugar, la cual demuestra que su orientación no fue casualidad, sino que es inherente al conocimiento y los patrones de configuración estelar en el período de la construcción, implican que la teoría de «las pirámides como tumbas» ya no basta y se necesita una más amplia determinación de la antigüedad, el funcionamiento y la reutilización tanto de las pirámides como de Guiza…*[500]

«Este libro, el cual descendió del cielo…»

Ya hemos visto que hay muchos pasajes de los textos de la construcción de Edfu que nos hablan de que aquellos de entre los «dioses» de la era primigenia que sobrevivieron a la inundación que destruyó su antiguo territorio ancestral se lanzaron a «errar» por el mundo, con el propósito de establecer nuevos dominios sagrados en emplazamientos adecuados. Un pasaje nombra una localización específica hacia la cual algunos de esos «dioses» encontraron un modo de ir, el primer lugar en el que se establecieron en Egipto. Este resultó no ser Edfu, en el Alto Egipto (el sur), sino más bien la ciudad que los griegos llamarían después Heracleópolis[501], que está situada en el Bajo Egipto (el norte) y a la que los egipcios llamaban Henen-Nesut, que significa «la casa del niño real». Los arqueólogos no saben cuándo se fundó Henen-Nesut, pero una referencia a ella en la Piedra de Palermo (llamada así porque actualmente se conserva en esa ciudad de Italia) arroja alguna luz sobre la cuestión. Un antiguo fragmento de diorita inscrito, la Piedra de Palermo, proporciona información (desestimada como «mitológica» por los egiptólogos) de unos 120 reyes predinásticos que se dicen gobernaron Egipto antes del 3000 a. C.; pero también ofrece detalles del dinástico temprano que los egiptólogos consideran «históricos». Un registro de la Piedra de Palermo datado en el reinado de Den, el segundo rey de la i dinastía, sugiere claramente que los

orígenes de Heracleópolis/Henen-Nesut se remontan muy atrás en el período predinástico[502].

Pero Henen-Neut es solo el comienzo, porque resulta que se encuentra estrechamente asociada con el antiguo centro religioso de Menfis, Inbu-Hedj (más tarde Men-Nefer), situado 100 kilómetros más al norte y, según la leyenda, fundado por Menes, el primer rey de la i dinastía; si bien es probable que sus orígenes sean muy anteriores. De modo que resulta interesante, como comenta Eve Reymond, la traductora de los textos de la construcción de Edfu, que:

> *Es imposible leer los principales registros de Edfu y no sentirse sorprendido por el muy pronunciado trasfondo y tono menfita que todavía conservan*[503].

Según su punto de vista, los textos de Edfu «preservan el recuerdo de un centro religioso predinástico que antaño existió cerca de Menfis»; un centro que «los egipcios miraban como el lugar de origen ancestral del templo egipcios»[504]. Obsérvese que no está diciendo «el cual existió antaño *en* Henen-Nesut», ni siquiera «*en* Menfis», sino «*cerca* de Menfis». En pocas palabras, que su localización es un pequeño misterio; Reymond supone que la arqueología todavía no lo ha identificado[505]. Pero, donde quiera que estuviera, se creía que era un lugar cuidadosamente seleccionado por los dioses para fundar el primero de la nueva generación de templos dedicados al dios Horus; el esencial primer movimiento del proyecto a largo plazo para recrear el destruido mundo de antaño[506]. En su propia búsqueda del misterioso lugar, Reymond reconoció como una clave importante un texto de la cara interna del muro del recinto de Edfu donde se cuenta que el primordial templo de Horus fue:

> *construido según los dictados de los antepasados de acuerdo a lo que estaba escrito en este libro, el cual descendió del cielo al norte de Menfis*[507].

Un amplio terreno funerario para los reyes de Menfis, conocido por los egiptólogos como la «necrópolis menfita», alcanzó especial preeminencia

durante la iv dinastía (2613-2492 a. C.), cuando según la cronología ortodoxa se supone que fueron construidas la Gran Pirámide y la Esfinge. Los campos de pirámides de Dashur, Sakkara y Guiza formaban parte integral de la necrópolis; de modo que, en teoría, todos ellos pueden ser candidatos[508]. Pero en Guiza, como hemos visto, la Esfinge es un modelo de la constelación de Leo en el 10500 a. C., las tres pirámides un modelo del cinturón de Orión en esa misma época y los cuatro canales de la Gran Pirámide están orientados a estrellas específicas de una época posterior, el 2500 a. C. Por tanto, me parece a mí que Guiza responde a la descripción «de un libro que descendió del cielo», de un modo mucho más evidente que Dashur y Sakkara; un libro, por otra pare, escrito con la «pluma» de la arquitectura megalítica según el «guion» de la precesión.

Hay algo más, el dios Horus, para quien fue construido el templo primordial, es una figura compleja que se manifiesta de muchas formas simbólicas diferentes, sobre todo el halcón; de hecho, todavía hoy día una imponente estatua de granito del Horus halcón se yergue en el antepatio del templo de Edfu. Horus también era representado con frecuencia como un hombre con cabeza de halcón; en otras palabras, un típico teriántropo, como los *apkallu* de Mesopotamia; pero Horus tenía otro avatar destacado y ese era el león[509]. Además, este león Horus en ocasiones era representado como un teriántropo con cabeza humana y hay una inscripción específica de Edfu que nos dice que:

> *Horus de Edfu se transformó a sí mismo en un león con la cara de un hombre…*[510]

El misterio de la Esfinge

Dada la conexión que los textos de Edfu establecen con la zona de Guiza, y con ese misterioso «libro descendido del cielo», resulta por tanto imposible de ignorar el hecho de que los antiguos egipcios identificaban estrechamente a Horus con la Esfinge. En esta capacidad, la Esfinge con cuerpo de león (antaño probablemente también con cabeza de este felino) era conocida tanto como Hor-em-Akhet —Horus en el Horizonte— como

Horakhti, que establece una sutil diferencia en el énfasis, pues significa «Horus *del* Horizonte»[511].

No obstante, hay algo muy extraño respecto a la Esfinge. Con la excepción del doctor Rainer Stadelmann, que cree que fue obra del faraón Khufu, de la iv dinastía, todos los demás egiptólogos modernos coinciden en la opinión de que la Esfinge fue hecha por Khafre, el hijo de Khufu[512]. Utilizo la palabra «opinión» de forma deliberada, porque es importante dejar claro desde el principio que no estamos hablando de un «hecho» empíricamente establecido sobre la Esfinge, sino más bien de un corpus recibido de conjetura egiptológica que, gradualmente, por falta de oposición, ha comenzado a ser tratado como si fuera un hecho demostrado. «Como muy a menudo en nuestra disciplina, viejas afirmaciones aparentemente ciertas permanecen para siempre sin posteriores verificaciones», comenta el doctor Stadelmann[513], quien debe saber de qué está hablando, pues fue el director del Instituto Arqueológico Alemán en El Cairo entre 1989 y 1998.

Cuando nos limitamos a los hechos de la Esfinge, más que a las opiniones de los egiptólogos, lo primero que descubrimos es que no se han conservado inscripciones del Reino Antiguo que se refieran a este estupendo e imponente monumento. Incluso el gran egiptólogo Selim Hassan, que realizó extensas excavaciones en Guiza en la década de 1930, se vio obligado a admitir:

> *Respecto a la edad exacta de la Esfinge y a quién hemos de atribuirle su erección, no se conocen datos definitivos, y no poseemos ni una sola inscripción contemporánea que nos ilustre sobre este punto*[514].

Tampoco hay, por ejemplo, inscripciones del Primer Período Intermedio o del Reino Medio o del Segundo Período Intermedio. No es hasta el Reino Nuevo, aproximadamente a partir del 1550 a. C., supuestamente unos 1.000 años *después* de que fuera tallada en la roca de la meseta de Guiza, cuando los faraones del antiguo Egipto comienzan de repente a hablar de la Esfinge.

Lo que Selim Hassan describe adecuadamente como «la primera opinión auténtica» la proporciona Amenhotep II (1427-1401 a. C.), que construyó un pequeño templo todavía visible hoy día en el lado norte del recinto de la Esfinge[515]. En una estela de caliza aquí situada, este faraón del Reino Nuevo se refiere a la Esfinge con los nombres de Hor-em-hakhet y Horakhti[516], y también hace referencia directa a las pirámides de Guiza, las cuales —para enfado de los egiptólogos— no adscribe a sus predecesores de la iv dinastía Khufu, Khafre y Menkaure, sino que más bien las menciona como «las pirámides de Hor-em-hakhet»[517]. La clara implicación es que en época de Amenhotep —mucho más cerca de la iv dinastía que nosotros— no existían archivos históricos, ni siquiera tradición, que relacionara las pirámides con los tres faraones a quienes los modernos egiptólogos insisten en ver como sus constructores. Como explica Selim Hassan, sucede más bien al contrario, pues el uso del epíteto «pirámides de Hor-em-hakhet» sugiere (dado que Hor-em-hakhet era uno de los muchos nombres con los cuales se conocía la Esfinge) que Amenhotep:

> *consideraba la Esfinge más antigua que las pirámides*[518].

Cronológicamente, la siguiente inscripción que se refiere a la Esfinge aparece en la famosa Estela del Sueño de Tutmosis IV. Dice la historia que antes de ascender al trono el futuro faraón estaba cazando un día por Guiza, donde la Esfinge yacía olvidada, enterrada hasta el cuello en la arena. Tutmosis se echó una siesta a la sombra de la cabeza gigante, momento en el cual:

> *Una visión de sueño se apoderó de él a la hora cuando el sol estaba en su zenit, y encontró a la majestad de este reverenciado dios hablando con él con su propia boca, como un padre habla con su hijo, diciendo: «¡Contémplame! ¡Mírame, hijo mío Tutmosis! Soy […] Hor-em-hakhet […] quien te dará mi reino sobre la tierra…*[519]

No obstante, había una condición, pues la Esfinge dijo «la arena de este desierto donde estoy me ha alcanzado […]. Mi estado es como si estuviera enfermo de mis miembros […]. Debes ser para mí un protector…»[520].

En pocas palabras, Tutmosis comprendió que si limpiaba de arena la Esfinge y la restauraba a su antigua gloria se convertiría en faraón. De modo que hizo lo que se le había pedido y, cuando la restauración estuvo completa, y el trono fue suyo, como se le había profetizado, erigió la Estela del Sueño en conmemoración.

Si uno visita hoy ese lugar todavía se puede ver la inmensa estela —tiene casi 3,66 cm de altura y 2,10 cm de anchura— de pie entre las patas de la Esfinge, delante del pecho del monumento; pero gran parte de la inscripción original, a partir de la línea trece, se ha descascarillado. No obstante, en la década de 1830 se hizo un molde de la misma, cuando todavía seguía intacta parte de la línea décimo tercera —si bien por desgracia no toda—. En ella se leyó la sílaba «Khaf-» (hoy día desaparecida) y, a partir de ella, como comenta el egiptólogo norteamericano James Henry Breasted en su acreditada traducción de la estela, muchos se han sentido inclinados a concluir que la Esfinge fue obra de Khafre. Semejante conclusión, añade Breasted secamente, «no se sostiene». Señala que, de hecho, «no hay restos de cartucho» (el signo ovalado que normalmente rodea al nombre real) ni en la copia ni en el molde de la estela realizados en el siglo xix; lo cual sugiere claramente que la sílaba «khaf-» en modo alguno se refiere al faraón Khafre de la iv dinastía[521].

Además, como añadiría Selim Hassan después, incluso aunque el cartucho hubiera estado presente, a partir de la línea dañada no se podría

concluir que Khafre hizo la Esfinge. Como mucho, nos diría que «de algún modo Tutmosis relacionaba la estatua con Khafre»[522]. Incluso Gaston Maspero, que fue director del Departamento de Antigüedades del Museo de El Cairo a finales del siglo xix y creía que el cartucho estuvo presente en algún momento, no veía motivos para deducir a partir de una evidencia tan débil que la Esfinge fuera obra de Khafre. Al contrario, su interpretación era que el propósito de Tutmosis en esta parte de la inscripción era reconocer la antigua restauración y exhumación de la Esfinge realizada por Khafre. «Por consiguiente —escribió Maspero— tenemos aquí prueba casi definitiva de que la Esfinge ya estaba enterrada en la arena en la época de Khufu [el padre de Khafre] y sus predecesores»[523].

Posteriormente, Maspero cambiaría de opinión, afirmando a regañadientes que la Esfinge «probablemente representa al propio Khafre»[524], uniéndose así al creciente consenso entre los egiptólogos del siglo xx. Su opinión inicial de que el monumento era más antiguo que Khafre y que, de hecho, estaba enterrado en la arena en la época de Khufu, en parte se había basado en la información contenida en otra estela, la llamada Estela del Inventario, descubierta en Guiza en la década de 1850 por el arqueólogo francés Auguste Mariette. Lo esencial de la estela, antaño mencionada como la Estela de la Hija de Khufu[525], era que la Esfinge y el templo del valle, así como otras varias estructuras de la meseta, existían mucho antes de que Khufu llegara el trono[526].

No obstante, lo que aparentemente lo «desacreditó», y sin duda contribuyó al cambio de opinión de Maspero, fue la firme evidencia de que el sistema de escritura jeroglífico utilizado en la inscripción no era similar al estilo de la iv dinastía, sino que era de un período mucho más reciente; Selim Hassan sugiere la xxvi dinastía[527]. Debido a ello, esta interesante y pequeña estela ha pasado a ser considerada un trabajo de ficción, mayormente inventada por un grupo de sacerdotes que quería magnificar el nombre de la diosa Isis (popular en la xxvi dinastía, 664-525 a. C.) y, por lo tanto, carente de valor en nuestros intentos por determinar lo que sucedió en Guiza 2.000 años antes, durante la iv dinastía o quizá mucho antes.

Así, ciertamente, es como se ven las cosas desde el prisma de la «egiptológica»; es decir, esa especial forma de razonamiento con un doble

rasero incorporado, utilizado solo por los egiptólogos. Según la «egiptológica», si las evidencias soportan las teorías establecidas, entonces se aceptan; pero si las evidencias socavan las teorías establecidas, entonces deben ser rechazadas. De este modo, la egiptología utiliza datos *por completo* circunstanciales y no contemporáneos para sustentar su presente afirmación de que la Esfinge y sus templos megalíticos fueron obra del faraón Khafre de la iv dinastía (como hemos visto, Selim Hassan admite que «no poseemos ni una sola inscripción contemporánea» que nos ilustre sobre la edad exacta de la Esfinge). De modo que la datación del monumento en la iv dinastía —algo que los egiptólogos pregonan como un «hecho», que se enseña en las universidades y que es ampliamente diseminado por los medios de comunicación— descansa por completo en su «contexto» (las cercanas pirámides y los templos megalíticos) y en esa única sílaba «khaf», presente en un momento dado en la Estela del Sueño de la xviii dinastía.

El endeble caso de la egiptología

En cuanto al contexto, incluso si las pirámides fueran una obra exclusiva de la iv dinastía —lo cual ha sido puesto en cuestión, como hemos visto, por la datación mediante luminiscencia de superficie de la pirámide atribuida a Menkaure—, no por ello podemos deducir con seguridad que la Esfinge también es de la iv dinastía. De hecho, se puede dar el caso de que las pirámides fueran construidas allí precisamente *porque* la Esfinge ya existía, otorgándole un aire de santidad antigua al lugar.

Tampoco los templos megalíticos demuestran nada respecto a la Esfinge, pues no hay evidencias que fechen de forma inequívoca su construcción en la iv dinastía. Lo más que se puede decir es que la estatua de diorita negra de Khafre (actualmente en el Museo de El Cairo) fue encontrada tirada bocabajo en un profundo pozo en el templo del valle. No obstante, esto solo nos dice que en algún momento Khafre quiso que su estatua fuera situada en el templo y de este modo identificada de algún modo con este, no que lo construyera.

Ligeramente más convincente es la afirmación realizada por algunos egiptólogos de que el nombre de Khafre fue encontrado inscrito en el templo del valle. En su página web «Guardians», el explorador residente de la National Geographic Zahi Hawass, exdirector de la meseta de Guiza y exsecretario general del Consejo Supremo de Antigüedades de Egipto, dice esto sobre el templo del valle:

> *Las inscripciones en el edificio se encuentran en las puertas de acceso al templo; mencionan los nombres y títulos del rey, los de la diosa Bastet (puerta norte) y los de Hathor (puerta sur)*[528].

Wikipedia, que tiene influencia a la hora de dar forma a la percepción del público sobre Guiza y que, de forma rutinaria, califica los planteamientos alejados de la corriente principal como de «seudocientíficos», va incluso más lejos que Hawass cuando dice del templo del valle que:

> *Se han encontrado bloques que muestran restos de una inscripción con el nombre de Horus de Khafre (Weser-ib)*[529].

No obstante, cuando uno profundiza, resulta que Wikipedia está equivocada. Stephen Quirke, profesor de Arqueología Egipcia en el University College de Londres, tuvo la amabilidad de estudiar la cuestión por mí cuando se lo comenté y al tiempo me informó del resultado de su investigación. De hecho, la inscripción parcial con el nombre de Horus de Khafre no aparece en bloques del templo del valle, sino más bien en bloques de un edificio por completo distinto de Guiza[530].

¿Qué sucede entonces con la afirmación del doctor Hawass sobre «los nombres y títulos del rey»? En cualquier caso, lo que está claro es cuál fue su fuente, porque en la primera edición (1947) de su clásico estudio *Las pirámides de Egipto*, I. E. S. Edwards, exconservador jefe de antigüedades egipcias del Museo Británico, escribió varias páginas sobre el templo del

valle, el cual consideraba, como el resto de la profesión egiptológica de la época, como obra de Khafre[531]:

> *En torno a cada puerta de acceso hay una banda inscrita en jeroglíficos que da el nombre y títulos del rey; en ninguna otra parte del templo hay inscripciones o relieves*[532].

Esto parecería aclarar la cuestión, de no ser por el hecho de que muchos años después, cuando Edwards concluyó la edición final y definitiva de su libro, revisó el pasaje anterior con información importante que no presentó en 1947. Ahora leemos:

> *En torno a cada entrada había tallada una banda inscrita en jeroglíficos que daba el nombre y títulos del rey, pero solo las últimas palabras «Amado [de la diosa] Bastet» y «Amado [de la diosa] Hathor» se han conservado. En ninguna otra parte del templo hay inscripciones o relieves*[533].

Ni que decir tiene que las palabras «Amado de Bastet» y «Amado de Hathor», aisladas como lo están estas, no demuestran que Khafre sea el rey del que se dice era «amado» por esas deidades. Pueden referirse a cualquiera y, por lo tanto, no pueden ser legítimamente utilizadas para apoyar la afirmación de que el templo del valle es obra de Khafre.

¿Hay algo más que apoye esta afirmación? La oscura y dolorosamente cara *Encyclopaedia of the archaeology of ancient Egypt* contiene una entrada sobre el complejo piramidal de Khafre. Escrita de nuevo por Zahi Hawass, en ella se nos informa de que el templo del valle:

> *Se identifica como de Khafre a partir de inscripciones en los bloques del revestimiento de granito del extremo occidental del templo del valle. Relieves de este complejo fueron descubiertos en el-Lisht, donde fueron utilizados como relleno de la pirámide de Amenemhat (xii dinastía)*[534].

¡De verdad es agarrarse a un clavo ardiendo! Dado que están a kilómetros de distancia, en el-Lisht, canibalizados como material de relleno para la pirámide de un monarca posterior, esos bloques no nos dicen nada fiable en absoluto respecto al templo del valle. Quizá fueran sacados de allí, pero quizá provengan de otro lugar por completo diferente. Además, nadie afirma que ninguna de las inscripciones fueran realizadas en el núcleo de mampostería de caliza del templo del valle. Todas aparecen en los «bloques de granito del revestimiento» y, como ya hemos visto, estos bloques de granito tienen toda la pinta de haber sido colocados mucho después de que los bloques del núcleo de caliza fueran puestos en su sitio; en algunos casos, quizá en fechas tan antiguas como el 3640 a. C. y en otras, en fechas tan posteriores como el 1190 a. C. Que Khafre muy bien pueda haber sido uno de los varios faraones que llevaron a cabo trabajos de restauración en el templo del valle a lo largo de extenso período, y que conmemorara sus buenas obras con una inscripción oficial y algunas estatuas suyas —quizá al mismo tiempo que parece haber llevado a cabo un proyecto de restauración en la Esfinge—, no significa que sea el constructor original ni de la Esfinge ni del templo.

De modo que nos quedamos con una única sílaba, «khaf», en la Estela del Sueño de la xviii dinastía, a la cual los egiptólogos modernos (al contrario que sus predecesores del siglo xix) se han agarrado con entusiasmo como «prueba» de que Khafre construyó la Esfinge. Ni que decir tiene que la xviii dinastía y la iv dinastía no son contemporáneas. Además, hay mucho que decir en favor de que incluso la atribución de la estela a la xviii dinastía es cuestionable. Breasted, por ejemplo, señala «errores y sorprendentes irregularidades en la ortografía» y otras varias «sospechosas peculiaridades» que le llevan a concluir que la inscripción no

fue de hecho obra de Tutmosis IV, sino que es una «restauración tardía» fechada entre la xxi dinastía y la xxvi dinastía (saita)[535].

En otras palabras, es bastante posible que la Estela del Sueño sea igual de joven que la Estela del Inventario. No obstante, la «egiptológica» necesita que la débil evidencia de la sílaba «khaf» en la primera sea aceptada como prueba de que Khafre hizo la Esfinge, mientras que las varias afirmaciones claras de la segunda que contradicen por completo la atribución de Khafre son rechazadas como «ficciones absurdas».

Revelaciones explosivas

Aquí tenemos varios extractos del texto de la Estela del Inventario. Antes de leerlos, recuérdese que todos los faraones de Egipto eran considerados encarnaciones del dios Horus[536] y que, por lo tanto, el nombre «Horus» era incluido de forma rutinaria en sus títulos. Cada rey tenía también un «nombre de Horus», que en el caso de Khufu era Mezer[537]:

> *Vive, Horus, el Mezer, el rey del Alto y del Bajo Egipto, Khufu, dada vida. Encontró la casa de Isis, señora de la pirámide, al lado de la cavidad de la Esfinge, al noroeste de la casa de Osiris, señor de Rostau […]. Los planos de la imagen de Hor-em-hakhet fueron traídos para revisar lo dicho de la disposición de la imagen […]. Él restauró la estatua toda cubierta de pintura […]. Hizo que se excavara la parte trasera del tocado nemes, el cual faltaba, con piedra dorada, y el cual tiene una longitud de unos siete ells (3,7 metros). Vino a recorrerlo, para ver el rayo, el cual está de pie en el Lugar del Sicómoro, así llamado debido a un gran sicómoro, cuyas ramas fueron golpeadas cuando el señor del cielo descendió sobre el lugar de Hor-em-hakhet […]. La figura de este dios, al estar cortada en piedra, es sólida y existirá para la eternidad, teniendo su rostro siempre mirando hacia el este*[538].

Figura 39. La Estela del Inventario. Lo esencial de la inscripción, que los egiptólogos rechazan, es que la Esfinge y el templo del valle, así como varias otras estructuras de la meseta de Guiza, ya existían mucho antes de que Khufu subiera al trono.

El lenguaje de la Estela del Inventario es oscuro; pero el análisis de Selim Hassan pone alguna luz:

> *Si hemos de creer las inscripciones, debemos acreditar a Khufu el haber reparado la Esfinge, aparentemente después de que hubiera sido dañada por un rayo. De hecho, puede que haya algo de verdad en esta historia, pues la cola del tocado nemes de la Esfinge ciertamente falta, y no se trata de una parte que, debido a su forma y posición, pueda romperse con facilidad, excepto por un golpe directo de algún objeto pesado, propinado con fuerza terrible. De hecho, en la espalda de la Esfinge se puede ver la cicatriz de este roto, y restos del mortero antiguo mediante el cual fue reparado. Esta cicatriz mide unos 4 metros, lo que concuerda con las medidas mencionadas en la estela […]. Por lo tanto, quizá sea probable que la Esfinge fuera golpeada por un rayo, pero no hay ni una mínima evidencia que demuestre que este accidente tuvo lugar durante el reinado de Khufu*[539].

No obstante, tampoco hay evidencias que prueben que el «accidente» de la Esfinge *no* ocurrió en el reinado de Khufu. Todo lo que tenemos es el prejuicio egiptológico de que no pudo haber sucedido entonces, porque se supone que la Esfinge es obra de Khafre, realizada tras la muerte de Khufu y, por lo tanto, como es evidente, no puede haber existido en época de Khufu.

Lo mismo sucede con la segunda revelación explosiva de la Estela del Inventario, es decir, la mención a «la casa de Osiris, señor de Rostau»[540]. Podemos colegir la localización de esta estructura porque «la cavidad de la Esfinge» se dice que se encuentra en su «noroeste»[541], lo cual significa, para ver las cosas desde el otro lado, que la «casa de Osiris, señor de Rostau» se encuentra situada inmediatamente al sureste de la Esfinge. La única estructura que encaja en estas coordenadas es el templo del valle, que se encuentra justo al sureste de la Esfinge. En cuanto a las referencias a la propia Esfinge, el testimonio de la Estela del Inventario es que el templo del

valle no fue hecho por Khafre, pues ya existía en época de su predecesor Khufu.

Estas son, por lo tanto, las verdaderas razones de que la Estela del Inventario haya sido rechazada por los egiptólogos como una absurda invención; en vez de, digamos, una inscripción que preserva y transmite a una época posterior, utilizando el lenguaje y la terminología disponible en esa época, una tradición mucho más antigua, pero genuina. Ciertamente, el rechazo no puede ser debido a que la Estela del Inventario no es contemporánea al reinado de Khufu, o por su «ortografía» de la xxvi dinastía; pues semejantes factores no impiden a los egiptólogos aceptar la Estela del Sueño, que padece de la misma no-contemporaneidad y las mismas «sorprendentes irregularidades en la ortografía». En resumen, ¿acaso no está claro que la Estela del Inventario ha sido rechazada e ignorada y la Estela del Sueño aceptada y asumida porque la primera vuela completamente por los aires la teoría establecida de la historia egipcia, mientras que la segunda puede ser convenientemente «sesgada» para apoyar la teoría establecida?

Un rayo del cielo y un archivo antiguo

Aparte de sus implicaciones de una Esfinge mucho más antigua, hay otros dos aspectos de la Estela del Inventario que merecen un estudio más detallado.

El primero es la información de que la Esfinge fue dañada por un «rayo». Selim Hassan se muestra dispuesto a aceptar que puede haber algo de verdad en ello; pero no podemos estar seguros de que «rayo» signifique que un rayo golpeó el monumento, como asume. Del rayo en cuestión se dice en la inscripción que seguía presente para que Khufu lo «viera» cuando realizó su «visita». Esto sería imposible con un rayo, que sí puede causar daños, pero que no es un objeto físico que pueda ser visto. Del otro lado, tenemos que un meteorito, tras golpear y dañar la Esfinge, habría quedado allí *in situ* para que el rey lo viera y, habiendo descendido en fuego desde el cielo en medio de un ruido asombroso y quemando un viejo árbol al pasar,

puede fácilmente ser descrito como un rayo (de hecho, en varias culturas así es exactamente como los meteoritos eran descritos)[542].

Igual de intrigante resulta la afirmación de la Estela del Inventario de que «los planos de la imagen de Hor-em-hakhet», es decir, la Esfinge, fueron llevados al lugar por Khufu, probablemente con propósitos de referencia, mientras se llevaba a cabo la reparación del monumento. Resulta muy evidente que esto implica la existencia de un antiguo «archivo» relacionado con Guiza, quizá una «sala de los registros» reminiscente de los registros perdidos de la biblioteca del templo de Edfu, de donde sabemos fueron extractados los textos de la construcción de Edfu.

Estos, como hemos visto, se decía que eran las palabras de los siete sabios, puestas por escrito nada menos que por un personaje de la categoría del mismísimo dios de la sabiduría, Thot. Reymond sugiere incluso que pudo haber existido un *Libro sagrado de la temprana era primigenia de los dioses*, en el cual se habría expuesto todo el plan «divino» para Egipto[543]. Del cual dice que los indicios sugieren que estaba relacionado con un segundo libro antiguo, *Las especificaciones de las colinas de la temprana era primigenia*, que se creía contenía registros no solo de todas esas «colinas» menores y los templos que terminarían siendo construidos sobre ellos como parte del proyecto de provocar no solo el renacimiento del destruido mundo de los «dioses», sino también de la colina primigenia[544].

Desgraciadamente, nada más se sabe sobre ninguno de estos dos «libros» perdidos excepto las escasas y muy breves y tentadoras referencias a ellos que hay en Edfu. No obstante, como ya he sugerido, existen muchas posibilidades de que la gran colina primigenia, donde se supone que comenzó el tiempo de la era actual de la Tierra, fuera la colina rocosa de Guiza en torno a la cual se construiría en su momento la Gran Pirámide. Está también el extraordinario texto, conservado en un papiro del Reino Medio, que habla de la búsqueda de «las cámaras secretas del santuario de Thot»; cámaras secretas que Khufu desea «copiar» para su templo.

En estas extrañas referencias se encuentra oculto un profundo y antiguo misterio que exploraremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 11

LOS LIBROS DE THOT

Un rápido resumen. Los textos de la construcción de Edfu hablan del «territorio ancestral de los primigenios» —una isla, cuya localización nunca se especifica— que fue destruido por un «enemigo», descrito como una «serpiente», «la gran saltadora». El salto de la «serpiente» originó una crecida que inundó este «mundo primigenio de los dioses», matando a la mayoría de sus «divinos» habitantes. Unos pocos de ellos, no obstante, escaparon al desastre y huyeron del lugar en barcos para errar por la tierra. Su propósito al hacerlo era identificar lugares adecuados donde poder poner en marcha un designio sagrado para conseguir:

> *La resurrección del antiguo mundo de los dioses […].*
> *La recreación de un mundo destruido.*

Y todos estos acontecimientos tuvieron lugar en la «temprana era primigenia»; hace mucho, mucho tiempo, tanto que habría sido olvidado por la memoria humana de no haberse realizado grandes esfuerzos por preservarlos. Supuestamente, los sacerdotes egipcios de Sais le dijeron a Solón:

> *En nuestros templos hemos preservado de los tiempos más antiguos un registro escrito de cualquier logro grande o espléndido, o acontecimiento notable que haya llegado hasta nuestros oídos*[545].

Este también fue el caso en Edfu, donde el detallado estudio de Reymond revela que en tiempos existió un vasto y extenso archivo, a partir

del cual los sacerdotes tomaron extractos que tallaron en los muros del templo, que así todavía sobreviven. Siguiendo el rastro de las pistas presentes en estos extractos, como hemos hecho en el último capítulo, llegamos a la Esfinge, quizá el mismísimo «león el cual tiene cara de hombre» en el que los textos de Edfu dicen que se transformó Horus.

En este contexto, la referencia en la Estela del Inventario a que Khufu tenía acceso a planos de la Esfinge, a los cuales se refiere cuando «restaura la estatua», sugiere la existencia de un archivo antiguo en Guiza; un archivo que quizá databa de la remota época en la cual el lugar fue fundado por los «dioses» con unas distintivas características astronómicas que posteriormente permitirían que todo el complejo fuera descrito como un «libro descendido del cielo». ¿Se refiere este «libro» a la constelación de Leo tal cual aparecía al amanecer del equinoccio de primavera en la época del 10500 a. C.; una constelación que «descendió desde el cielo» en Guiza en forma de la Esfinge? ¿Acaso las tres estrellas de la constelación de Orión como se veían en esa lejana época «descendieron desde el cielo» en Guiza en forma de remedos terrestres de las tres grandes pirámides?

Ya hemos visto que la Esfinge, o cuando menos grandes partes de ella, muy bien podría haber sido tallada en la época del 10500 a. C. Ciertamente, las pirámides fueron *completadas* mucho después; pero en mi opinión fueron construidas sobre estructuras preexistentes que se remontan a la época de los dioses; dioses de los cuales los textos de Edfu nos dicen de forma muy explícita que eran «capaces de unirse con el cielo»[546]. Evidentemente, estas estructuras preexistentes habrían quedado ocultas cuando fueron reemplazadas por las pirámides[547], entre ellas la colina natural original que ancla todo el plano y que fue incorporada posteriormente a la estructura de la Gran Pirámide.

Dado que los textos de Edfu consideran el trabajo de los dioses como la recreación en otras tierras de su mundo perdido, y como el rasgo clave de esas tierras ancestrales era «un templo primigenio que fue erigido en una colina baja»[548], resulta de los más probable que hubieran intentado reproducir esos rasgos en Guiza. En cualquier caso, nada menos que una autoridad de la categoría del difunto profesor I. E. S. Edwards, quien fuera conservador de antigüedades egipcias en el Museo Británico, opinaba que la

colina natural incorporada al núcleo de la Gran Pirámide era, de hecho, la colina primigenia que tan a menudo aparece mencionada después en textos del antiguo Egipto[549]; una colina que ahora comprendemos obtenía su santidad a partir de su predecesora en el mundo perdido de los dioses. Esta colina, nos dice Reymond, formaba «el núcleo original del mundo de los dioses en la era primigenia»[550], de modo que la conclusión es que el montículo rocoso existente en el núcleo de la Gran Pirámide y posteriormente la propia Gran Pirámide tenían la misma función en el proyecto de resucitar en Egipto ese mundo perdido.

En modo alguno es la Estela del Inventario el único testimonio de la existencia de antiguos planos relacionados con ese proyecto. En los textos de Edfu hemos visto que esos planos formaban parte de un archivo que se cree fue puesto por escrito por el dios de la sabiduría Thot «según las palabras de los dioses»[551]; de modo que no resulta sorprendente que los antiguos egipcios de épocas posteriores se obsesionaran con «los libros de Thot», a los cuales parecen haber perdido el acceso y que llegaron a ser considerados como la fuente de todo conocimiento. Varios papiros han sobrevivido que documentan búsquedas de los libros de Thot; como resulta lógico, esas búsquedas siempre tienen lugar en las cercanías de Guiza y de la necrópolis menfita.

Está, por ejemplo, la historia de Setnau-Khaem-Uat, un hijo de Ramsés II, uno de los grandes faraones del siglo xiii a. C. Informado de que un «libro escrito por el mismo Thot» yacía escondido en una antigua tumba cerca de Guiza:

> *Setnau fue allí con su hermano y pasó tres días y noches buscando la tumba […] y el tercer día la encontraron [y] […] penetraron en el lugar donde estaba el libro. Cuando los dos hermanos entraron en la tumba, se encontraron con que estaba brillantemente iluminada por la luz que procedía del libro*[552].

Aquí parece haber un indicio de una tecnología antigua, reminiscente del *vara* de Yima, que «brillaba con su propia luz», o con la misteriosa iluminación del arca de Noé, descrita en el capítulo 7. Lo que suena como el resultado de una tecnología perdida también aparece mencionado en tradiciones árabes relativas a Guiza. El historiador Ibn Abd El Hakem creía que las pirámides fueron construidas como lugares para mantener a salvo el conocimiento antediluviano, en especial archivos de libros que contenían:

> *Las profundas ciencias, y los nombres de drogas y sus usos y males, y la ciencia de la astrología, y aritmética y geometría […] [y] todo lo que es y será desde el principio hasta el final de los tiempos…*[553]

Hakem, que vivió en el siglo ix d. C., puede no haber sabido nada de metalurgia o plásticos, sin embargo afirma que entre los tesoros de la época de la inundación que estaban escondidos en las entrañas de las pirámides había:

> *Armas que no se oxidaban y cristal que podía ser doblado, pero no partido*[554].

También describe máquinas que protegían esos restos antediluvianos, incluido:

> *Un ídolo de ágata negra sentado en un trono con una lanza. Sus ojos estaban abiertos y brillaban. Cuando alguien lo miraba, escuchaba en un lado de sí una voz que le quitaba el sentido, de modo que caía postrado sobre su rostro, y no cesaba hasta que moría*[555].

Una segunda máquina también tenía forma de estatua:

> *Quien mirara hacia ella era atraído por la estatua hasta que se quedaba pegado a ella, y no podía ser separado de ella hasta el momento en que hubiera muerto*[556].

Si regresamos ahora a las historias de los antiguos egipcios propiamente, tenemos un texto del Papiro Westcar, fechado en el Reino Medio, en torno al 1650 a. C., pero copiado de un documento más antiguo ahora perdido[557]. El texto hace referencia a un «edificio llamado "Inventario"» situado en la ciudad sagrada que los antiguos egipcios conocían como Iunu, que la Biblia llama On y los griegos hicieron famosa después con el nombre de Heliópolis —la Ciudad del Sol— a 18 kilómetros al noreste de Guiza. Según el papiro «un arcón de pedernal» fue guardado en Heliópolis y contenía un misterioso documento del que se nos informa que el propio faraón Khufu «pasó mucho tiempo buscándolo»; un documento que recogía «el número de las cámaras secretas del santuario de Thot», las cuales Khufu quería «copiar para su templo»[558].

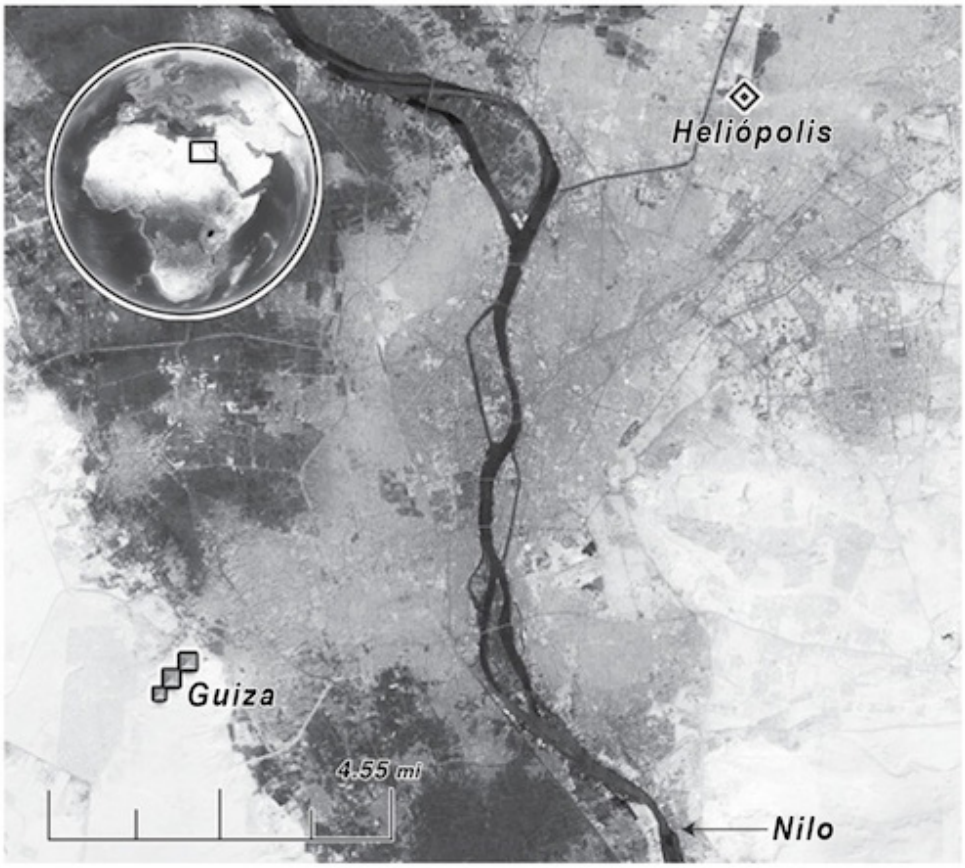


Figura 40. Heliópolis se encuentra a unos 18 kilómetros al noreste de las pirámides de Guiza. Excepto un obelisco en lo que ahora es el suburbio cairota de Al Matariya, no queda casi nada de la antigua «Ciudad del Sol».

¿Qué tenemos aquí?

I. E. S. Edwards señala que Heliópolis, el lugar donde se encontraba el «edificio del Inventario», fue desde época inmemorial un centro de conocimientos astronómicos estrechamente relacionado con Guiza, y que el título del sumo sacerdote de la ciudad era el de «jefe de los astrónomos»[559]. A lo que el egiptólogo F. W. Green añade que el «edificio del inventario» parece haber sido una «sala de mapas» en Heliópolis «o quizá una “sala de dibujo” donde se hacían y guardaban mapas»[560]. Del mismo modo, sir Alan Gardiner sostiene que «la habitación en cuestión debe haber sido un archivo», y que Khufu «buscaba detalles relativos a las cámaras secretas del santuario primigenio de Thot»[561].

De modo que volvemos a encontrarnos con un informe de que Khufu buscaba y consultaba documentos antiguos para guiar sus trabajos en Guiza, ya se tratara de restaurar la apariencia original de la Esfinge, como se nos cuenta en la Estela del Inventario, o de construir su «templo» del modo correcto, incorporándole un diseño antiguo, como sugiere el Papiro Westcar. Estas tradiciones, desde mi punto de vista, fortalecen la idea de que fuera lo que fuese que Khufu y los demás faraones de la iv dinastía estuvieran haciendo en Guiza se trataba más bien de terminar y completar los planes que habían heredado de la época de los dioses —en otras palabras, planes antediluvianos— que de la puesta en práctica de algún nuevo diseño propio. En pocas palabras, que estaban llevando a cabo su parte en la resurrección del antiguo mundo de los dioses. Además, los resultados de la datación por luminiscencia de superficie mencionados en el capítulo 10, sumados a los argumentos geológicos sobre la edad de la Esfinge y su templo, nos llevan a considerar que este proceso se originó en la época de la inundación del 10500 a. C., cuando quedó latente durante muchos miles de años, a lo largo de los cuales los conocimientos antiguos y los archivos fueron mantenidos por iniciados en algo similar a un monasterio, para luego ser puestos en marcha de nuevo quizá en fechas tan antiguas como el iv milenio a. C. con un incremento gradual que quedó terminado y completado en la época del 2500 a. C.

La existencia de un colegio de iniciados se menciona claramente en los textos de Edfu, que habla de la misión a largo plazo de:

> *Los dioses constructores, que actuaron durante la época primigenia, los señores de la luz […], los fantasmas, los antepasados […] que cultivaron la semilla para dioses y hombres […], los ancianos que comenzaron a ser al principio, quienes iluminaron esta tierra cuando marcharon hacia delante unidos*[562].

Los textos de Edfu no afirman que esos seres fueran inmortales. Tras su muerte, se nos dice, la nueva generación «fue a sus tumbas para realizar los

rituales funerarios en su nombre»[563] y luego asumieron su puesto. De este modo, por medio de una cadena ininterrumpida de iniciación y transmisión del conocimiento, los «dioses constructores», los «sabios», los «fantasmas», los «señores de la luz», los «brillantes» descritos en los textos de Edfu pudieron renovarse a sí mismos constantemente, como el mítico Fénix; transmitiendo así al futuro tradiciones y sabiduría derivadas de una época previa de la Tierra.

Otro nombre para esos iniciados, apropiado dada la importancia de Horus en Edfu, era el de *shemshu Hor*, los «seguidores de Horus»[564]. Con este nombre quedaban relacionados de forma particularmente estrecha con Heliópolis/Iunu, la ciudad sagrada donde los documentos de las cámaras secretas del santuario de Thot se conservaban. El lector recordará que en Edfu eran los siete sabios quienes especificaron los planes y diseños que serían utilizados para todos los futuros templos a todo lo largo y ancho de Egipto, de modo que resulta interesante que en Dendera, algo al norte de Edfu, las inscripciones hablen de que el «gran plano» utilizado por sus arquitectos estuviera «recogido en antiguos escritos llegados desde los seguidores de Horus»[565]. Idénticos en todos sus aspectos a los «sabios» y los «dioses constructores», estos seguidores de Horus se dice que trajeron consigo un «conocimiento de los orígenes divinos» de Egipto[566] y del divino propósito de esta tierra, «la cual una vez fue sagrada y donde, en ella sola, como recompensa por su devoción, los dioses se dignaron a residir sobre la tierra»[567].

Piedras caídas de los cielos

El nexo que relaciona a los sabios de Edfu con los textos de Guiza, Heliópolis y los seguidores de Horus ofrece varias pistas que nos permitirán continuar con nuestra investigación. Entre ellas, de primera importancia está el hecho de que Heliópolis, un suburbio sin interés del El Cairo actual, fue antaño el lugar del templo del Fénix —conocido en el antiguo Egipto como el pájaro Bennu—, el famoso símbolo de resurrección y renacimiento[568]. En este templo, mencionado a menudo como la «Mansión del Fénix», se guardaba un misterioso objeto desde entonces largo tiempo

perdido para la historia, una «piedra» llamada el *benben* (una palabra estrechamente relacionada con Bennu)[569] de la que se dice que cayó del cielo y se representa como la semilla, el esperma de Ra-Atum, el padre de los dioses. En la antigua lengua egipcia, el determinativo de la palabra *benben*, como explica un experto:

> *Muestra un ahusamiento, una forma un tanto cónica para la piedra Benben que se vuelve estilizada para su uso en arquitectura como una pequeña pirámide, el piramidión; cubierta de una lámina de oro, era mantenida en lo alto por el largo tallo del obelisco y brillaba bajo los rayos del sol, al cual glorificaba el obelisco*[570].

Del mismo modo, la última piedra de cada pirámide también era llamada el benben[571]; un ejemplar de las cuales ha sobrevivido en excelentes condiciones, el de la pirámide de la xii dinastía de Amenemhat III, que se puede ver en el Museo de El Cairo.

Se han sugerido numerosas teorías respecto al origen de donde procede el benben, pero la más convincente, bajo mi punto de vista, es el trabajo de mi amigo y colega Robert Bauval, aparecido por primera vez en la revista científica *Discussions in Egyptology* en 1989, con el título de «Investigación sobre los orígenes de la piedra Benben: ¿era un meteorito de hierro?». Semejante a otros muchos casos de adoración de meteoritos por gentes de la Antigüedad, Robert argumentaba:

> *Es probable que la piedra Benben antaño adorada en la Mansión del Fénix fuera un meteorito. Su forma cónica […] sugiere mucho un meteorito orientado de hierro, posiblemente con una masa de entre 1 y 15 t. Tales objetos caídos del cielo, por lo general, eran representativos de «estrellas caídas» y probablemente proporcionaron al clero egipcio un objeto estelar tangible, una «semilla» de Ra-Atum*[572].

Una posibilidad relacionada fue considerada por el egiptólogo R. T. Rundle Clark en 1949 en un artículo titulado «El origen del Fénix» para la *University of Birmingham Historical Journal*. Llamó la atención sobre la mención más antigua conservada del pájaro Bennu, que aparece en los *Textos de las pirámides* (Reino Antiguo, v y vi dinastías) y dice lo siguiente:

> *Tú [se refiere al dios Ra-Atum] brillaste sobre la piedra Benben en la Casa del Pájaro Bennu en Heliópolis*[573].

Pero, curiosamente, la piedra Benben, representada siempre en textos posteriores como un piramidión geométrico[574], aparece en los *Textos de las pirámides* como una piedra basta con lados algo curvos. «Este es un detalle importante —observa Rundle Clark—, pues demuestra que las pirámides no son copias exactas de la piedra Benben original de Heliópolis […]. Se puede asumir que la piedra Benben se convirtió en un piramidión durante el Reino Antiguo, pero no se puede determinar si influida por el desarrollado contorno de las pirámides de la iv dinastía»[575].

Continúa diciendo algo que llamó mi atención:

> *La forma de la piedra Benben en [los Textos de las pirámides] es la de un onfalos o betilo, la piedra umbilical que tan difundida está en la primera religión de Asia […]. Es una enseñanza de este texto […] que la piedra Benben es un objeto similar a un betilo y que se modificó hasta convertirlo en un piramidión en la iv dinastía*[576].

De lo que Rundle Clark no parece haberse dado cuenta en su artículo de 1949, y que refuerza fuertemente el posterior argumento de Bauval, es que los betilos, en cualquier lugar donde sean adorados, eran nada más y nada menos que *meteoritos*; si bien a menudo son de piedra en vez de metálicos. Tuve ocasión de estudiar esta cuestión con alguna profundidad en la década de 1980, cuando estaba investigando para mi libro *The sign and the seal*,

con especial referencia a las dos tablas de los Diez Mandamientos que se dice se conservan en el arca de la Alianza[577].

El especialista bíblico Menahem Haran, autor del acreditado *Temples and temple service in ancient Israel*, sostiene de manera convincente que «el Arca no contenía las dos tablas de la ley, sino […] un meteorito del monte Sinaí»[578]. Como tal, el culto al Arca y su contenido encaja con una tradición más amplia, extendida por todo el Oriente Próximo y Medio, la de la veneración de «piedras que caen del cielo»[579].

Un ejemplo que ha sobrevivido hasta el mundo moderno es la especial reverencia concedida por los musulmanes a la piedra negra sagrada que hay en una esquina del muro de la Kaaba en La Meca. Tocada por todos los peregrinos que hace la *haj* al lugar sagrado, el profeta Mahoma declaró que esta piedra había caído del cielo a la tierra, donde fue dada por primera vez a Adán para absorber sus pecados tras su expulsión del jardín del Edén; posteriormente, fue presentada por el ángel Gabriel a Abraham, el patriarca hebreo; al final, se convirtió en la piedra angular de la Kaaba, el «corazón latiente» del mundo islámico[580].

Los geólogos atribuyen a la piedra Negra un carácter meteorítico[581]. Del mismo modo, los betilos —piedras sagradas— que algunas tribus preislámicas llevaban en sus vagabundeos por el desierto eran meteoritos, y se reconoce que existe una línea directa de transmisión cultural que conecta estos betilos (a menudo situados en altares portátiles) con la piedra Negra de la Kaaba y con las «tablas de la ley» de piedras guardadas en el arca de la Alianza. En Europa también se conocen betilos, llamados *lapis betilis*, un nombre

> *de origen semita adoptado después por los griegos y los romanos para las piedras sagradas que se asumía poseían vida divina, piedras con alma [utilizadas] para diversas supersticiones, para magia y para decir la buena fortuna. Eran piedras meteoríticas caídas del cielo*[582].

Con todo esto en mente, el especial interés de Khufu en el «rayo» mencionado en la Estela del Inventario adquiere un nuevo significado. Como recordará el lector, la inscripción habla del «señor del cielo» —un epíteto de Ra-Atum— que «desciende» sobre la Esfinge y le causa un daño que posteriormente repararía Khufu según «planos» antiguos a los que tenía acceso. No tiene ningún sentido que semejante rayo fuera solo eso, como sugiere Selim Hassan; pues la Estela del Inventario nos dice muy claro que Khufu visitó el lugar «para *ver* el rayo».

En resumen, que un objeto caído del cielo y que puede razonablemente ser descrito como el resultado del descenso del Señor del Cielo sobre la Esfinge todavía debía estar físicamente presente allí. Un meteorito satisface la descripción, pero evidentemente no podía haber sido *el* Benben conservado en Heliópolis; pues la Casa del Fénix y el Benben ya existían en época de Khufu[583]. El entusiasmo del faraón por «ver el rayo», no obstante, atestigua la especial reverencia que se le otorgaba a este tipo de objeto y resulta lógico preguntarse hasta qué acontecimiento específico se remonta aquella… y cuán lejano es.

¿Podría remontarse, por ejemplo, a la época recogida en los textos de Edfu, cuando la isla de los dioses fue destruida por la cataclísmica inundación originada por el asalto de la «serpiente enemigo», tan evocativamente descrita como «la gran saltadora»?

Antes de intentar responder a esta cuestión consideremos la piedra Benben, y el pájaro Benu con la que está asociada, con algo más de profundidad.

El vuelo del fénix

R. T. Rundle Clark, que realizó un estudio en profundidad del benu-fénix, informa que los antiguos egipcios creían en una «esencia vital» —*hike*— que había sido traída a su tierra

> *desde una lejana fuente mágica. Esta era la «isla de Fuego»; el lugar de la luz eterna en los límites del mundo, donde los dioses nacían o revivían y desde donde eran enviados al mundo. El fénix es el principal mensajero de esta inaccesible tierra de divinidad. Un texto de los ataúdes hace que el alma victoriosa diga: «Vengo de la isla de Fuego, tras haber llenado mi cuerpo con hike, como ese pájaro que [vino] y llenó el mundo con lo que el cual no había conocido*[584].

De modo que el fénix vino de lejos, concluye Rundle Clark, «trayendo el mensaje de luz y vida a un mundo envuelto en la impotencia de la noche primigenia. Su vuelo es lo ancho del mundo, “sobre océanos, mares y ríos”, para aterrizar al fin en Heliópolis, el centro simbólico de la tierra donde anunciará la nueva era»[585].

Hay mucho en este resumen que recuerda a los textos de Edfu: la isla lejana de la que salen los dioses, el retorno de la luz tras un episodio de oscuridad primigenia y la llegada a Heliópolis, donde una nueva era es puesta en marcha. De hecho, casi se puede decir que el fénix simboliza la misión de esos «dioses» que abandonaron sus inundadas tierras ancestrales con un plan a largo plazo para que renaciera y se renovara el antiguo mundo.

Pero la fusión simbólica se vuelve más profunda y compleja. El fénix, recordemos, está estrechamente asociado no solo con la luz, sino también con el fuego. Así, Lactancio, en el siglo iv d. C. nos dice sobre el fénix:

> *Se baña en aguas sagradas y se alimenta de la espuma. Tras un millar de años […] construye su nido como un sepulcro, provisto de varios ricos jugos y olores. Según se sienta en su nido, su cuerpo se vuelve cada vez más caliente, lo bastante como para producir llamas que queman el cuerpo hasta dejarlo en cenizas, destinadas a producir un gusano blanco como la leche; este se duerme y entonces se transforma en un huevo, que finalmente se abre para dejar salir a un pájaro de la rota cáscara. Tras alimentarse hace una bola con las cenizas mezcladas con mirra e incienso, que el recién nacido pájaro transporta a un altar de la ciudad de Heliópolis*[586].

Este tema del fuego, la regeneración y la nueva vida que emerge de una muerte abrasadora también lo encontramos en el Irán antiguo, donde Yuma construyó su *vara* y donde el fénix era llamado *simorgh*. Como explica la folclorista E. V. A. Kenealy, los relatos del *simorgh* establecen definitivamente que:

> *La muerte y renacimiento del fénix representan la sucesiva destrucción y resurrección del mundo, que muchos creen tuvo lugar como consecuencia de un intenso diluvio*[587].

Diferentes períodos de tiempo —1.000 años, 500 años, 540 años, 7.006 años— se dan como la duración de la vida del fénix antes de que muera por el fuego y se renueve a sí mismo[588]. Existe, no obstante, una poderosa y muy concreta tradición, transmitida, por ejemplo, por Solino a principios del siglo iii d. C., que establece para el ciclo del fénix lo que parece ser un número por completo arbitrario y extraño: 12.954 años[589]. Pero al profundizar nos encontramos que «el período del regreso fénix año se pensaba correspondía al gran año»[590] y, como ya sabemos, el «gran año» es un concepto antiguo relacionado con la precisión de los equinoccios y

sus doce «grandes meses» (uno por cada paso del sol por cada casa del Zodíaco) de 2.160 años cada uno, de modo que 12 × 2.160 = 25.920. A su vez, esta cifra de 25.920 años es evidentemente muy parecida a dos veces 12.954 años (2 × 12.954 = 25.908 años); demasiado próxima como para ser una coincidencia, creo yo, sobre todo cuando recordamos que Cicerón relaciona específicamente en su *Hortensio* el gran año con el número 12.954[591].

La cifra de 540 años que ofrecen otras fuentes como el período del fénix también resulta proceder del gran año, como Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend demuestran en *Hamlet's mill*, su magistral estudio del conocimiento precesional transmitido por medio del mito. Como vimos en el capítulo 10, la clave del ciclo precesional es el número 72, la cantidad de años necesarios para que se produzca un grado de precesión. Seguidamente le sumamos 36 (la mitad de 72) al número 72 para conseguir 108; después dividimos 108 entre 2 para conseguir 54 y, finalmente, multiplicamos 54 por 10 para obtener 540. Estudié esto con mucho detalle en *Las huellas de los dioses* hace veinte años y voy a referir al lector a ese libro para una exposición completa de esos números precesionales[592], que aparecen en mitos y tradiciones de todo el mundo, los cuales De Santillana y Von Dechen demostraron mucho tiempo atrás que son prueba de un avanzado conocimiento astronómico desde la más profunda Antigüedad; conocimiento que atribuyen a una todavía anónima y «casi increíble» civilización antepasada[593].

Lo que resulta particularmente intrigante es lo a menudo que autoridades antiguas relacionan el paso del gran año, que ahora sabemos relacionado con el período del fénix, con una «conflagración mundial» y una «inundación mundial»; no necesariamente como la causa de esos cataclismos, sino como un reloj que los registra y predice[594]. Enfrentado a semejante material, a pesar de todas las rarezas y contradicciones que ha ido acumulando con el paso de los milenios, no tengo por más que acordarme del cometa del Dryas Reciente y la conflagración e inundación global que trajo con él; esta última causada por el catastrófico hundimiento de una amplia sección de las capas de hielo norteamericana y europea al ser golpeadas por múltiples fragmentos de gran tamaño; la primera causada por

las deyecciones supercalientes que prendieron fuego a los como mínimo 50 millones de kilómetros de la superficie de la Tierra que se vieron afectados.

Todo lo que va vuelve

Supón que deseas hacer llegar un mensaje al futuro, y no solo al futuro más inmediato, sino al futuro más lejano. No sería muy inteligente dejarlo por escrito, porque no puedes tener la seguridad de que una civilización de dentro de 12.000 años vaya a ser capaz de descifrar tu escritura. Además, incluso en el caso de que la escritura pudiera ser descifrada, el documento escrito al que confíes tu mensaje puede no sobrevivir el paso del tiempo. Por lo tanto, si estás realmente decidido a ser comprendido por alguna distante generación futura, es mejor que presentes tu mensaje utilizando gigantescos monumentos arquitectónicos a los que «el propio tiempo tiene miedo» —monumentos como las pirámides y la Esfinge de Guiza— y asociar estos monumentos a un lenguaje universal como los lentos cambios precesionales en el cielo que cualquier cultura astronómicamente alfabetizada será capaz de leer.

Lo ideal sería, también, que tu mensaje fuera sencillo.

En el capítulo 10 vimos cómo la zona Guiza-Heliópolis-Menfis encaja perfectamente como uno de los nuevos dominios sagrados que los textos de Edfu nos dicen fueron creados en diferentes emplazamientos por las errantes «compañías» de dioses que buscaban la resurrección del antiguo mundo destruido por la inundación. Es, además, un dominio que justifica por completo su descripción como «un libro descendido del cielo». Y cuando «leemos» ese libro, redactado en la «escritura» de la precesión con la «pluma» de la arquitectura megalítica, nos compele a mirar hacia la época del 10500 a. C.; no es una fecha exacta, porque el «reloj» precesional proporciona indicaciones que son demasiado generales como para permitirnos especificar los «segundos» o siquiera los «minutos», pero definitivamente es la época del 10500 a. C., es decir, hace unos 12.500 años. Las mismas configuraciones astronómicas generales que están simbolizadas sobre el terreno mediante los grandes monumentos de Guiza

habrían sido ciertas durante gran parte de los 500 años anteriores al 10.500 a. C. y durante unos 1.000 años después.

En otras palabras, como hemos visto, el «mensaje» de los monumentos encapsula con exactitud el episodio cataclísmico del Dryas Reciente que comenzó de forma repentina y sorpresiva con el impacto de múltiples fragmentos de un cometa gigante en torno al 10800 a. C., es decir, hace unos 12.800 años atrás, y que terminó de forma igual de repentina —todavía no se sabe exactamente cómo— en torno al 9600 a. C., es decir, hace unos 11.600 años. La explicación más probable es que la Tierra volviera a interactuar con el mismo cometa fragmentado que había originado el comienzo del Dryas Reciente en el 10800 a. C. Esta segunda vez, no obstante, el efecto de los impactos fue un calentamiento global, en vez de un enfriamiento global.

Con los cometas, igual que con el mítico fénix, todo lo que va vuelve.

Como están en órbita, regresan a nuestros cielos a intervalos cíclicos; algunos muy cortos, como los 3,3 años del cometa Encke, por ejemplo; algunos de más 4.000 años, como el cometa Hale-Bopp; algunos, incluso, tienen ciclos de decenas de miles de años.

Al igual que el mítico fénix, también los cometas experimentan, literalmente, un proceso de «renovación» —«renacimiento» de hecho— con cada aparición en nuestros cielos. Esto se debe a que el núcleo de los cometas es por lo general inerte y por completo negro mientras viajan por el espacio, sin producir su característica «coma» brillante o su centelleante «cola». No obstante, según el cometa se va acercando al Sol (y por tanto también a la Tierra), los rayos solares hacen que los materiales volátiles enterrados en su interior comiencen a hervir, una bullente actividad que produce chorros de gases —los científicos llaman a este fenómeno «desgasificación» o «eyección de gases»— y arroja millones de toneladas de escombros y un polvo excepcionalmente fino que forman el coma y la cola.

Por último, pero no menos importante, los cometas que se desgasifican, como el Fénix, parecen que se están consumiendo en llamas. Además, la colisión de grandes fragmentos cometarios con la propia Tierra, como tan gráficamente han indicado los científicos que estudian el impacto del Dryas

Reciente de hace 12.800 años, se puede esperar que resulte en conflagraciones de tamaño continental seguidas, si el impacto tiene lugar en las capas de hielo, por una inundación global.

Es posible, de hecho muy probable, que todavía no hayamos terminado con el cometa que cambió el rostro de la Tierra entre el 10800 y el 9600 a. C. Siendo muy claros, como veremos en el capítulo 19, algunos sospechan que «el regreso del Fénix» tendrá lugar en nuestra propia era —de hecho cerca o antes del año 2040— y existe el peligro de que uno de los objetos de sus cola de escombros tenga hasta 30 km de diámetro. Una colisión con un fragmento cometario de esas dimensiones supondría, como mínimo, el final de la civilización tal cual la conocemos y quizá, incluso, el final de toda la vida humana en el planeta. Sus consecuencias serían varios órdenes de magnitud más devastadoras que los impactos del Dryas Reciente de hace 12.800 años, que nos dejaron como una especie con amnesia, obligada a comenzar de nuevo, como niños sin recuerdos de lo que fue antes.

O *casi* sin memoria.

Porque da la impresión de que en nuestros comienzos tuvimos la guía, el liderazgo, las enseñanzas y la gran sabiduría de «los sabios», «los brillantes» —esos «magos de los dioses»— que habían sobrevivido a la época antediluviana y cuya misión era asegurarse de que no todo se hubiera perdido. No tiene sentido que se tomaran tantas molestias para deletrear la época de 10500 a. C. en Guiza solo para decir: «Estuvimos aquí». Sugiero que la ciencia de su civilización era lo bastante avanzada como para que comprendieran exactamente lo que había sucedido y predecir cuándo volvería a suceder de nuevo.

Creo, en resumidas cuentas, que su propósito puede haber sido enviarnos un mensaje.

En capítulos posteriores estudiaremos con más detalle este mensaje, y sus implicaciones; pero primero hay otra serie de pistas que seguir, un rastro que puede acercarnos más a los «magos» y su «magia».

Quinta parte

PIEDRAS

Capítulo 12

BAALBEK

Aterrizamos en el aeropuerto internacional de Beirut avanzada la tarde del 9 de julio de 2014. El aeropuerto lleva el nombre de un antiguo primer ministro, Rafic Hariri, que fue asesinado el 14 de febrero de 2005, cuando su caravana motorizada pasó junto a una furgoneta Mitsubishi aparcada delante del hotel Saint George, en el popular paseo marítimo de la ciudad, conocido como la Corniche, frente al Mediterráneo. Dentro de la furgoneta había un joven terrorista suicida (o eso sugieren las evidencias del ADN) y lo que se calculan eran 1.800 kilos de TNT. Murieron 23 personas, entre ellas Hariri, varios de sus guardaespaldas y su amigo íntimo y exministro de Economía Bassel Fleihan. Entre quienes se sospecha pudieron organizar la masacre se incluyen miembros destacados de Hezbollah, el grupo político y militante chií que controla la ciudad de Baalbek en el valle del Bekaa, donde hay unas intrigantes ruinas antiguas que estoy decidido a ver en esta visita de investigación al Líbano. La propia Hezbollah acusa a Israel. Además, algunos sospechan que el presidente de Siria, Bashar al-Assad, estuvo implicado directamente[595].

La frontera siria corre por el límite oriental del valle del Bekaa y está muy próxima a la propia Baalbek, que fue alcanzada por misiles en junio de 2013 y donde ha habido repetidos incidentes violentos[596]. Con la horrible guerra civil siria en su apogeo, e inmensas cantidades de refugiados sumándose al estado general de caos e inestabilidad, nos han aconsejado que nos mantengamos alejados; pero llevo años queriendo ver Baalbek y después de lo que he aprendido tras haber estado investigando sobre el antiguo Egipto me siento todavía más atraído por las ruinas.

La verdad es que existen varias conexiones desconcertantes y las tengo muy presentes, tras haber releído mis notas durante el vuelo, cuando Santha y yo bajamos del avión hasta la pista y nos dirigimos hasta el edificio de la terminal. El aire nocturno es cálido, pero una refrescante brisa sopla del Mediterráneo y me encuentro esperando con ganas cualesquiera aventuras que nos vayamos a topar.

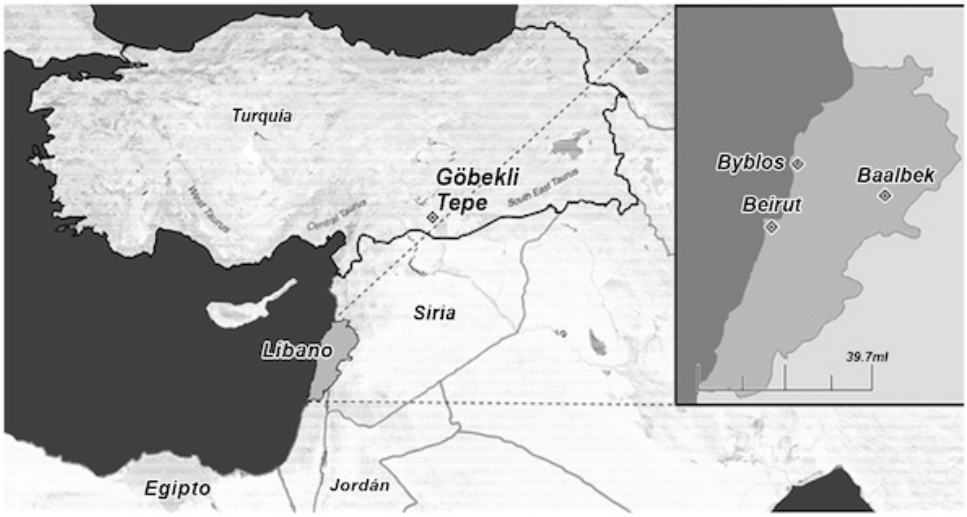


Figura 41. El Líbano en su contexto regional.

Nuestro primer encuentro es con la burocracia, en forma de un policía de inmigración con uniforme gris con el cuello de la camisa desabotonado. Es joven, pero tiene una complexión amarillenta y enfermiza, además de ir sin afeitar y tener una mirada de sospecha. De hecho, se muestra *extremadamente* receloso, como deja claro cada vez que levanta la mirada de mi pasaporte y me observa, antes de retornar a su estudio forense del mismo. Mi pasaporte contiene 41 páginas con espacio para visados y viajo con frecuencia, de modo que hay sellos de todo el mundo: Malasia, Indonesia, Australia, Suráfrica, India, Estados Unidos, Brasil, Bolivia, Perú, Egipto, Emiratos Árabes, Canadá, Turquía… El joven funcionario estudia cada sello detenidamente, pasando las páginas con lentitud de la primera a la última, mirándome, volviendo a su estudio, volviendo a mirarme. Después, cuando ha llegado a la última página, repite el procedimiento, esta vez hojeándolo de delante hacia atrás.

Sé lo que está buscando: un visado de Israel, cuya presencia le permitiría negarme la entrada. No lo encontrará. Si bien mi investigación me ha llevado a Israel en varias ocasiones, siempre tengo la precaución de que me estampillen los sellos de entrada y salida en una hoja suelta de papel colocada dentro de mi pasaporte, en vez de en el propio documento. Además, mi última visita fue en 1999 y desde entonces he cambiado mi pasaporte en dos ocasiones, de modo que en ese aspecto no hay nada por lo que preocuparse. Incluso así, he de confesar que me siento incómodo ante este intenso y sostenido escrutinio.

Tras repasar el pasaporte una tercera vez, el funcionario me lanza otra mirada hostil y me pregunta:

—¿Para qué viene a nuestro país?

—Turismo —respondo.

Sé por una larga experiencia que decir algo respecto a estar investigando para un libro puede conducir a todo tipo de problemas y sospechas adicionales que es mejor evitar.

Alza las cejas escéptico:

—¿Turismo? ¿Para ver qué de nuestro país?

Estoy listo para esa pregunta.

—Beirut. La bonita Corniche. He oído decir que hay algunos restaurantes estupendos. Luego iremos a Biblos y, por supuesto, a Baalbek.

Sus cejas se alzan de nuevo:

—¿Baalbek?

—¡Por supuesto! No me lo perdería por nada del mundo. —Esto, al menos, es cierto—. Los templos. Las grandes piedras. Me han dicho que es una de las maravillas del mundo.

De repente, una sonrisa:

—¡Maravilloso, sí! Soy de Baalbek. Mi ciudad natal. —Me sella el pasaporte con una floritura y garabatea algo sobre el visado—. Bienvenido al Líbano —dice.

Ahora le toca a Santha, pero una vez roto el hielo, el funcionario solo hojea las páginas de su pasaporte una vez antes de sellarlo e indicarnos la recogida de equipajes.

El pozo de las Almas

En el coche desde el aeropuerto hasta el hotel pasamos por el lugar donde fue asesinado Rafic Hariri. Los daños hace tiempo que fueron reparados, claro, todo parece muy *chic* y, a pesar de lo tardío de la hora, todavía hay mucha gente, la mayoría joven, la mayoría vestidos a la moda, paseándose por la Corniche, que domina las brillantes aguas del Mediterráneo, en las cuales las luces y las estrellas se reflejan deliciosamente. En medio de semejante escena, resulta difícil imaginarse toda la violencia de la que ha sido testigo la ciudad en los últimos cuarenta años y mis pensamientos retornan de nuevo al motivo de nuestra presencia aquí.

Mientras investigaba sobre Egipto, y los indicios de una antigua misión civilizadora tras un cataclismo global descritos en los textos de Edfu, encontré algo extraño que parece sugerir una posible relación entre los monumentos megalíticos de la meseta de Guiza y el Líbano.

Hace unos pocos miles de años, el Líbano formaba la región norte de las tierras a las que en la Biblia se llama Canaán, que también incluyen la región que ocupan, más o menos, el moderno Israel, los Territorios Palestinos, el occidente de Jordania y el suroeste de Siria. Lo que me interesa es que tanto en Israel como en el Líbano hay misteriosas estructuras megalíticas de una escala que no solo rivalizan con las de Guiza, sino que parecen expresar el mismo propósito subyacente de crear algo que dure: túmulos sagrados, lugares santos, que soportarán el paso del tiempo y que continuarán siendo venerados así pasen los años, incluso si cambian las religiones y las culturas asociadas con ellas.

El monte del Templo en Jerusalén, también conocido como la explanada de las Mezquitas, es uno de esos lugares. Tanto la arqueología ortodoxa como los testimonios bíblicos sitúan la construcción de los primeros grandes edificios de esta zona en la casi mítica época del rey Salomón; ese renombrado mago entre los monarcas, que supuestamente gobernó en el siglo x a. C. La estructura conocida como el templo de Salomón, el «primer templo» de los judíos, fue destruido por los babilonios en el 587 a. C. y reconstruido por Zorobabel en el 520 a. C.[597] Una restauración más

ambiciosa fue comenzada por el monarca judío romanizado Herodes el Grande en el siglo i a. C. y terminada en el año 20 d. C.[598] En el 70 d. C., unos noventa años después de su muerte, el templo de Herodes fue a su vez destruido por los romanos, junto con gran parte de la ciudad de Jerusalén[599].

Lo que sobrevivió es la inmensa plataforma trapezoidal, hoy conocida como Haram esh-Sharif, donde se encuentran la mezquita de Al Aqsa y la cúpula de la Roca, el tercer y el cuarto lugar más sagrado del islam[600]. No tenemos que detenernos aquí en la historia reciente de este lugar, o sobre cómo terminó en manos musulmanas; pero la cúpula de la Roca se llama así porque dentro se encuentra un enorme megalito conocido para los judíos como la piedra del *Shetiyah* (literalmente «fundamento»). Cuando el templo de Salomón fue erigido en este preciso lugar en el siglo x a. C., la *Shetiyah* formaba el suelo del sanctasanctórum y el arca de la Alianza, ese enigmático objeto que he investigado ampliamente en otro libro, reposaba sobre él[601].

La *Shetiyah* no es el único megalito de Jerusalén que, en teoría, se remonta a lo que los textos de Edfu llamarían «el tiempo de los dioses». Como es lógico, esta inmensa roca natural lleva en la cima de una colina primigenia, bastante parecida a la colina natural que hoy se encuentra en el seno de la Gran Pirámide, desde hace un período de tiempo incalculable. Pero, en un momento dado, quizá en el siglo x a. C. que los arqueólogos aceptan para el templo de Salomón, quizá después, quizá mucho antes, fue modificado por seres humanos y ahora hay un agujero que lo horada y por donde penetra un rayo de luz dentro de la cueva natural, también modificada por manos humanas y conocida con el evocativo nombre de «pozo de las Almas», que se encuentra justo debajo.

He estado en el pozo de las Almas en varias ocasiones. Si no tiene el puro poder evocador de la cámara subterránea bajo la Gran Pirámide, se debe solo a que el mal gusto de los lugareños ha permitido que el pozo fuera alicatado, llenado de alfombras, amueblado e iluminado como una sala de oración; pero el modo en que la gran roca que lo cubre ha sido tallada recuerda mucho a los patrones que se encuentran en superficies de roca talladas de Guiza. Mi conjetura es que, como en Guiza, con su cámara

subterránea bajo una colina natural, la roca y el pozo formaban el santuario sagrado original en torno al cual todo lo demás fue construido en el monte del Templo.

Lo siguiente fue una plataforma, sólidamente cimentada, de piedras gigantes para crear la superficie nivelada y elevada sobre la cual todos los templos (y mezquitas) posteriores serían construidos. No es mi intención explorar aquí los misterios de Jerusalén, pero antes de trasladarnos a Baalbek, el tema principal de este capítulo, simplemente mencionaré mi sorpresa ante el hecho de que se haya asumido con tanta rapidez que los bloques megalíticos —algunos de los cuales pesan más de 500 toneladas— [602] descubiertos en el llamado túnel Asmodeo, situado al norte del famoso muro de las Lamentaciones, al que prolonga, sean obra de Herodes.

Del mismo modo se asume que los muy similares bloques gigantescos de Baalbek son de una fecha relativamente reciente —situada entre finales del siglo i a. C. y la segunda mitad del siglo i d. C.— y obra de los romanos, con quizá alguna participación temprana del propio Herodes[603]. Pero del mismo modo que la historia de la meseta de Guiza ha sido metida con calzador dentro de unos límites estrechos y restrictivos, lo mismo sucede con Baalbek. Partes del mismo pueden ser mucho más antiguas de lo que se cree en la actualidad.

El mago entre los dioses

Selim Hassan (1887-1961) era lo que un verdadero egiptólogo ha de ser: apasionado, erudito, profundamente versado en su especialidad y abierto de mente. También fue un excavador de los que se manchaban las manos con la tierra y, en la década de 1930, llevó a cabo la más minuciosa y detallada excavación de casi todas las grandes estructuras de la meseta de Guiza. En el proceso, mientras excavaba el recinto de la Esfinge, se tropezó con evidencias de presencia cananea en Guiza —de hecho, de un asentamiento cananeo prolongado—, que por algún motivo se centró particularmente en la Esfinge y sus templos megalíticos. «Sobre cómo llegaron estas gentes a asentarse en Egipto, y por qué, y cuándo lo abandonaron, no tenemos, por ahora, ninguna inscripción que nos lo cuente», admite Hassan[604]. Está bien

atestiguado que estaban allí desde al menos la xviii dinastía (1543-1292 a. C.); pero no puede descartarse la posibilidad de que su estancia en Egipto se remonte a mucho antes.

En cualquier caso, se han encontrado numerosas estelas votivas y otras señales de respeto a la Esfinge de Guiza, inscritas y ofrecidas por miembros de esta comunidad cananea. Ya hemos dicho que la Esfinge se identificaba con el dios egipcios Horus, que puede aparecer con muchas formas, pero sobre todo con la de halcón. Resulta interesante, entonces, que la Esfinge sea llamada Hurna en las inscripciones cananeas, a veces Hauron. No son en absoluto palabras egipcias, sino los nombres de una deidad halcón cananea[605]. El lector también recordará del capítulo 10 que los antiguos egipcios a menudo llamaban a la Esfinge Hor-em-hakhet (Horus en el horizonte). Resulta que este nombre aparece relacionado directamente con Hurna en varias inscripciones, dejadas no solo por los miembros de la comunidad cananea que se había asentado cerca de Guiza, sino también por los propios antiguos egipcios; por ejemplo, una placa de Amenhotep II donde el faraón aparece mencionado como «amado de Hurna-Hor-em-Hakhet»[606].

Selim Hassan comenta sobre «la asimilación de los nombres Hurna y Hor-em-Akhet» en la placa de Amenhotep, la cual confirma sucintamente el uso del «nombre del dios Hurna en Egipto y su asociación con Hor-em-Akhet en relación con la Esfinge»[607]. Del mismo modo, una estela encontrada en la Esfinge dice: «Adoración a Hor-em-Hakhet en su nombre de Hurna […]. Eres el único que existirá hasta la eternidad, mientras toda la gente muere»[608]. Una segunda estela representa a Hurna con forma de halcón junto a una inscripción que dice: «Oh Hurna-Hor-em-Akhet, ojalá que él me dé favor y amor…»[609]. Christiane Zivie-Coche, directora de Estudios Religiosos en la École Pratique des Hautes Études de París, añade que la variante Hauron también era utilizada con frecuencia del mismo modo:

Hauron estaba tan estrechamente asociado con Hor-em-Akhet, nombre de la Esfinge de Guiza […] que uno se podía referir a ella indistintamente como Hor-em-Akhet, Hauron o Hauron-Hor-em-Akhet[610].

No obstante, lo que realmente me llamó la atención y me puso en un avión hacia Beirut fue otra observación de Zivie-Coche:

> *Un epíteto en una estatuilla de la Esfinge indica que Hauron es originario del Líbano*[611].

Igual de intrigante resulta, a la luz del trabajo civilizador de los «sabios» y «magos», de los cuales hay muchas trazas en los textos de Edfu y en las inscripciones mesopotámicas, una tablilla de arcilla cocida procedente de la antigua ciudad de Ugarit, en la costa mediterránea de lo que hoy es Siria, algo al norte de Biblos, en el Líbano. El tema de la tablilla es Hauron, que aparece representado como «conjurador»[612]; de hecho, como menciona el egiptólogo Jacobus van Dijk, como:

> *El mago entre los dioses…*[613]

En lo que son nuevos ecos de los *apkallu*, la «magia» de Hauron consiste en lo que al oído moderno suena como un conocimiento científico avanzado, en este caso proporcionar un contraveneno, extraído «de entre los matorrales del árbol de la muerte»[614], que curó a la víctima de la mortal picadura de una serpiente. El veneno fue neutralizado, leemos, de tal modo que «se volvió débil» y «se escurrió como un arroyo»[615].

Y hay algo más —algo que señala directamente hacia Baalbek y sus misteriosos megalitos—; pues no solo Hauron/Hurna era adorado en Guiza asimilado a la Esfinge y al dios halcón, sino que también Baal, la deidad cananea a partir de la cual recibe su nombre Baalbek[616], recibía culto en Egipto, donde era asociado a Seth, el dios de los desiertos y las tormentas[617].

Por último, pero no menos importante, está el hecho de que Baalbek fue rebautizada Heliópolis —«ciudad del sol» en griego— después de que Alejandro Magno conquistara el Levante y Siria en el 332 a. C.[618] El lector recordará del capítulo 11 que Iunu, la ciudad sagrada de los antiguos egipcios, donde se encontraba el templo del Fénix atendido por el sacerdocio de Guiza, también era llamada Heliópolis por los griegos. Así se

referían a ella desde al menos la época de Heródoto, el siglo v a. C.[619], y los romanos continuaron con ese nombre. De igual modo, Baalbek continuó siendo llamada Heliópolis durante la época romana.

Siguiendo los pasos de Alejandro, Pompeyo anexionó el Levante y Siria en el 64 a. C., mientras que el poder romano en la zona alcanzó su zenit en los siglos i y ii d. C., cuando una estatua de «Júpiter, el más elevado y más grande de Heliópolis», se alzaba en el patio del gran templo que los romanos habían construido en Baalbek en honor de este dios[620]. Además de sus habituales atributos romanos, la estatua, que hoy día se puede ver en el Museo del Louvre de París, presenta un disco solar en el pecho; una posible referencia, sostiene Friedrich Ragette, quien fuera profesor de Arquitectura en la Universidad Americana de Beirut, «al dios de la Heliópolis egipcia»[621].

No fue hasta la conquista árabe en el siglo vii a. C. cuando el nombre cananeo original de «Baalbek» comenzó a reaparecer en los anales levantinos; solo entonces el apelativo grecorromano de «Heliópolis» cayó por completo en desuso[622].

Entre las cadenas montañosas del Líbano y el Antilíbano

A la mañana siguiente de nuestra tardía y nocturna llegada a Beirut, unos amigos libaneses tuvieron la amabilidad de reunirse con nosotros en el hotel para llevarnos en coche a Baalbek. Tomando un café antes de ir, nos dijeron que habíamos tenido mucha suerte: había un momento de pausa en la guerra en Siria, todo estaba tranquilo en la frontera y no esperaban problemas.

Figura 42.

A la luz del día, la capital libanesa es casi tan encantadora y bonita como lo era a medianoche. 120.000 personas fallecieron en este país durante la terrible y prolongada guerra civil que hubo entre 1975 y 1990; pero la ciudad que fuera el centro de tantos combates parece haber dejado atrás ese espantoso episodio. La mayoría de los agujeros de bala, de metralla y los causados por las ondas expansivas que había en los edificios han sido reparados; se está construyendo mucho y la atmósfera es de optimismo y vigorosas iniciativas. Sí, hay tristeza en el aire —es inevitable tras tantos asesinatos y caos—; pero la sensación que percibo es la de una nación que se está recuperando de sus traumas, no refocilándose en ellos, repleta de gente brillante, inteligente y joven decidida a avanzar.

El tráfico es denso mientras realizamos nuestro ascenso por las empinadas estribaciones de las montañas del Líbano, al este de la capital.

Solo son 86 kilómetros hasta Baalbek, pero hay frecuentes puestos de control militares, donde se nos hace pasar chicanes y somos inspeccionados por soldados atentos y fuertemente armados. Inevitablemente, esto nos retrasa. No obstante, las vistas se vuelven cada vez más espectaculares, con el Mediterráneo brillando detrás de nosotros y las grandes, verdes y arboladas cumbres de las montañas del Líbano alzándose ante nosotros. La carretera se ciñe a sus múltiples curvas en forma de horquilla con caídas vertiginosas, el aire se vuelve bastante más frío y el paisaje más desolado. De repente nos encontramos en la cima del paso de Dahar el Baydar a una altitud de 1.556 metros, y bajamos por la otra ladera con la ancha e intensamente cultivada franja del valle del Bekaa abriéndose bajo nosotros. Pasamos por el extrarradio de Zahle, famosa por las bodegas Ksara, y no tardamos en estar recorriendo el mismo Bekaa; si bien se trata más bien de una meseta que de un valle, pues su altura media es superior a los 1.000 metros por encima del nivel del mar.

Limitado al oeste por las montañas del Líbano, las cuales acabamos de culminar, y al este por la cadena del Antilíbano, el Bekaa está regado por dos ríos históricos: el Litani y el Orontes. Cuando los romanos colonizaron la región, hace 2.000 años, esta fértil meseta era uno de sus graneros, que exportaba grano para alimentar al Imperio. Hoy día, una cosecha mucho más lucrativa es el cannabis, aunque en su mayor parte está oculta. Para mantener a los granjeros locales contentos, las autoridades suelen hacer la vista gorda.

Después de treinta o cuarenta minutos recorriendo un largo y recto tramo de carretera, mayormente plano y flanqueado por campos de cultivo, llegamos a los arrabales de Baalbek, al borde de las estribaciones del Antilíbano. Es una ciudad destartalada de tiendas, oficinas y bloques de apartamentos baratos en ruinas, muchos de ellos engalanados con la bandera de Hezbollah: un brazo alzado en el extremo del cual una mano transformada en puño agarra un rifle de asalto AK-47. Mano, brazo y Kalashnikov emergen de una línea de caligrafía que deletrea el nombre de Hezbollah: «Partido de Dios»; otras letras afirman: «Pues, sin duda, los del partido de Dios son los que triunfan» y, por separado: «La resistencia

islámica en el Líbano». El color de fondo de las banderas es amarillo chillón, mientras que el símbolo y las frases son verdes.

Las modas y preferencias en dioses van y vienen, pero el paisaje sagrado permanece. En una eminencia sobre la ciudad podemos ver con claridad las espectaculares ruinas, las inmensas columnas y los elevados frontones del grupo de tres templos romanos que tanto renombre supusieron para Baalbek en el mundo antiguo. Dedicados, supuestamente, a Júpiter, Baco y Venus, están construidos a una escala mayor y más imponente que ninguna otra estructura romana, incluidas las de la propia Roma. Lo que de verdad me interesa, no obstante, es el muro megalítico que rodea el templo de Júpiter por tres de sus lados, en concreto los tres bloques gigantes, conocidos como el trilito, que están incrustados en él. Mucho de lo que he aprendido del trilito en mis anteriores investigaciones me ha llevado a sospechar que puede ser más antiguo —mucho más antiguo— y estar dedicado a un propósito mucho más enigmático que nada que los romanos construyeron allí.

Ahora tengo la oportunidad de averiguarlo.

Siglos de oscuridad

El sol del mediodía está brillando en una mañana de cielo azul sin una sola nube y me encuentro sobre un gran bloque de caliza situado aproximadamente en medio de lo que antaño fue el templo de Júpiter. Digo «antaño» porque es muy poco lo que hoy queda de este elevado edificio, más allá de seis inmensas columnas que se alzan hacia el cielo detrás de mí, más o menos a la misma distancia que el ancho de un campo de fútbol; son las últimas 6 de las 54 que originalmente demarcaban el exterior de esta vasta estructura rectangular. El lugar es tan enorme, el complejo de templos tan colosal y a la vez está tan derruido que encuentro difícil orientarme. Tengo que confesar que los largos ecos de la distante artillería, interrumpidos por las rápidas toses tartamudeantes de las ametralladoras y la ocasional explosión muy fuerte, son un tanto desconcertantes.

«De acuerdo —pienso, cerrando deliberadamente mis oídos a lo que seguro solo sea el ejército libanés haciendo prácticas de tiro—, intentemos

averiguar lo que tenemos aquí». Miro sobre mi hombro y al hacerlo lo hago aproximadamente hacia el sureste por entre las seis grandes columnas que se yerguen al borde de la masiva plataforma en medio de la cual me encuentro, a través de una plaza hundida, hasta la docena de columnas que se alinean por el perímetro del más pequeño pero más intacto y todavía muy bonito templo de Baco, el dios romano del vino.

No he venido para investigar o escribir sobre arquitectura romana, pero eso no me impide sentirme impresionado. No solo los romanos tuvieron el humor de dedicarle un templo al vino y sus placeres —supuestamente, en su interior con regularidad tenían lugar alegres actos de licencia sexual—, sino que también, no nos andemos por las ramas, ¡esta gente sabía *construir*! Las columnas en sí son un extraordinario logro de arquitectura megalítica y los romanos no parecen haber tenido problemas para elevar los pesados bloques del frontón, cada uno de los cuales pesa decenas de toneladas —en algunos casos centenares de toneladas— hasta su posición.

Así que dejémoslo claro desde el principio, porque se escuchan por ahí muchas chorradas ignorantes sobre la cuestión: los romanos eran unos constructores *increíblemente* expertos y eran del todo capaces de mover y colocar bloques de piedra inmensos y pesados. Si se puede hablar de una civilización perdida en Baalbek no lo es basándose en el peso de los bloques o en infantiles e inexactas nociones sobre lo que los romanos podían, o no, hacer; porque en el campo de la construcción, todas las evidencias que me rodean confirman que podían hacer poco más o menos todo lo que se les antojara.

Una de las cosas que hicieron con frecuencia fue construir sus templos en lugares sagrados ya existentes. Su objetivo no era borrar los dioses o la religión indígena (como los españoles intentaron hacer en México, por ejemplo, cuando levantaron iglesias donde había habido templos aztecas); sino más bien asociar a los dioses y la religión de Roma de un modo positivo con lo que había existido antes. Por lo general, los cultos prerromanos continuaron floreciendo y sus deidades fueron honradas y absorbidas en un rico, creativo e incesantemente prolífico sincretismo. Pero para aquellos que realizan el trabajo forense arqueológico, esta costumbre de construir encima presenta, no cabe duda, ciertos desafíos; en especial,

como es el caso en Baalbek, cuando culturas posteriores y los estragos del tiempo han continuado modificando posteriormente el yacimiento.

Hacia finales de la época romana, cosas malas comenzaron a tener lugar aquí. El punto de inflexión fue la conversión de Roma, bajo el emperador Constantino (306-337 d. C.), a la nueva, fanática y exclusivista religión del cristianismo. Los devotos de esa fe centraron primero sus vigilantes ojos en el templo de Venus, descrito por el cronista cristiano Eusebio como «una escuela para aprender prácticas sensuales», donde los iniciados se abandonaban a «todo tipo de depravaciones»[623]. Constantino dio órdenes de que el templo fuera destruido por completo (al final no lo fue)[624]. Juliano el Apóstata (361-363 d. C.) detestaba el cristianismo y restauró los viejos dioses. Luego, Teodosio (379-395 d. C.) se sentó en el trono y los cristianos regresaron al poder con fuerza. Como narra el *Cronicón pascual*:

> *Constantino el Grande se limitó a cerrar los templos, pero Teodosio los destruyó. Transformó en iglesia cristiana el templo de Heliópolis, el de Baal-Helios, el Gran Sol-Baal, el celebrado Trilito*[625].

Unos cientos de años después comenzó la época islámica. En torno al 664 d. C., Baalbek fue asediada y capturada por un ejército musulmán que convirtió el templo de Júpiter y el templo de Baco, justo al sur del primero, en una sola y gran fortaleza. Varias facciones se apoderaron de Baalbek y continuaron fortificándolo (de hecho, hoy día sigue siendo mencionado a menudo en árabe como la *Kala'a*, que significa la «fortaleza»)[626]. Durante el proceso, como es lógico, los antiguos templos sufrieron más destrucciones. En el 902 d. C., los cármatas, una secta chií disidente, asediaron y capturaron Baalbek, asesinando a sus defensores. Los fatimíes se apoderaron de ella en el 969 a. C. Cuatro años después, un general musulmán llamado Zamita llegó con un ejército inmenso, a lo que siguió otro devastador asedio con su masacre[627].

Un ejército griego cristiano prendió fuego a Baalbek en el 996; en el 1100 estaba en manos del selyúcida Tajd Eddolat Tutush. En 1134 fue asediada por Zinki, que «durante tres meses lanzó contra sus murallas una

tormenta de proyectiles», utilizando «catorce catapultas que trabajaban día y noche»[628].

En 1158, Baalbek fue sacudida por un terremoto de una «violencia sin paralelo» que «destruyó la fortaleza y los templos». Nuredin, el hijo de Zinki, «se apresuró hacia Baalbek para reparar los daños que el terremoto había causado en sus murallas»[629].

En 1171, un grupo de cruzados europeos capturados que estaban prisioneros en la fortaleza organizaron un alzamiento, durante el cual masacraron a la guarnición y tomaron posesión de la ciudadela; pero no tardaron en ser masacrados a su vez por un ejército musulmán que penetró por un pasaje subterráneo. En 1176, los cruzados volvieron. Atacaron y saquearon Baalbel. Poco después, en 1203, hubo otro terremoto gigante que causó más daños importantes[630].

En 1260, el sultán tártaro Holako asedió Baalbek, la conquistó y la destruyó. «Ni las fortalezas se salvaron»; una tontería que los tártaros lamentaron cuando el rey Daher Bibars los atacó y expulsó. Dio órdenes de que la fortaleza de Baalbek —que, no lo olvidemos, era donde estaban los antiguos templos— debía ser reconstruidas de inmediato y sus muros levantados de nuevo. No obstante, en 1318 la naturaleza cogió el relevo y una terrible inundación socavó las murallas, creando varias brechas grandes. «El agua corría con tanta fuerza que desplazó una torre cuadrada de doce metros de lado una distancia de 400 metros»[631].

Luego vino el conquistador turco-mongol Tamerlán. En 1491, tras capturar la ciudadela y vencer toda resistencia, la entregó a «la rapacidad de sus soldados, que la pillaron sin piedad». En 1516, cuando Baalbek se convirtió en parte del Imperio otomano, la fortaleza y sus templos quedaron «completamente derruidos»[632].

En este estado es como los vio el arquitecto inglés Robert Wood en 1751, cuyos detallados dibujos del yacimiento muestran 9 de las 54 columnas originales del templo de Júpiter todavía intactas. Entonces, en 1759 otro terrible terremoto tuvo lugar, que dejó solo las seis columnas ante las cuales estoy sentado mientras repaso la tumultuosa historia de este antiguo lugar sagrado[633].

Lo que me estoy preguntado es: ¿tras tantos ciclos de construcción, destrucción y reconstrucción, cuánto puede la arqueología decir que *conoce* de verdad sobre este lugar? Como Michael Alouf, el exconservador de Baalbek, confirma:

> *Desgraciadamente, este templo ha sufrido mucho los estragos del tiempo y el vandalismo de los ignorantes; sus muros han sido demolidos, sus columnas derribadas y sus cimientos socavados. Solo quedan seis de las columnas del peristilo meridional, cuatro columnas sobre sus basas en el peristilo norte dentro de las fortificaciones árabes y los zócalos [plintos] del peristilo de la fachada. Los emperadores bizantinos fueron los primeros que comenzaron a destruir el templo, utilizando el material de construcción así obtenido para la edificación de [una] basílica. Los árabes siguieron su ejemplo, extrayendo de los muros y cimientos del templo cualquier bloque de piedra que fuera adecuado para fortificar los puntos débiles de las murallas*[634].

Es indudable que el Instituto Arqueológico Alemán, que posee la concesión del yacimiento (como tiene la de Göbekli Tepe, en Turquía), está haciéndolo lo mejor posible. No obstante, en el proceso han revelado capas de complejidad todavía más profundamente confusas que han obligado a cuestionar lo que durante mucho tiempo fue la creencia general de que los primeros constructores de Baalbek fueron los romanos[635]. ¡Lejos de ello! De hecho, bajo el lugar donde me encuentro sentado, situado en medio de lo que antaño fuera la cella —la cámara interna— del templo de Júpiter, se encuentran los restos de un montículo sagrado mucho más antiguo. Estos montículos son conocidos en la región como *tell* y los arqueólogos admiten ahora que «Tell Baalbek» se remonta *al menos* 10.000 años[636], es decir, ¡8.000 años *antes* de que los romanos llegaran aquí! «Una larga secuencia de estratos de asentamientos neolíticos[…] lo más probable neolítico

precerámico»[637], ha sido excavada, remontando los orígenes de Baalbek a una fecha muy próxima a cuando Göbekli Tepe florecía en la cercana Turquía.

El megalítico muro norte

El fuego de la artillería todavía continúa de fondo, pero es uno de esos ruidos que al cabo de un tiempo dejas de oír. Me levanto del cálido y confortable bloque en el que he estado sentado y doy unas pocas docenas de pasos hacia el norte, cruzando lo que habría sido el suelo del templo de Júpiter, hasta que llego a su extremo norte (señalado por unas pocas columnas rotas, todavía erguidas sobre sus plintos como restos de unos dientes podridos), incorporadas al muro —muy improvisado y a la buena de Dios— de una fortificación árabe posterior. En el muro, a intervalos, se construyeron troneras con agujeros redondos por las cuales los defensores disparaban flechas hacia sus atacantes. Mirando al norte por uno de estos agujeros puede verse apenas la parte superior de una verdaderamente gigantesca fila de megalitos que quizá se encuentren (estoy calculando a ojo) a unos 6-8 metros por debajo de mí. Cuento 9 de ellos y me doy cuenta de que están separados de la base del muro en el que se encuentra la tronera por una distancia en horizontal (de nuevo calculo a ojo) de unos 10,5 metros. En el hueco, donde crecen hierbas y arbustos, hay muchos bloques de piedra caídos.

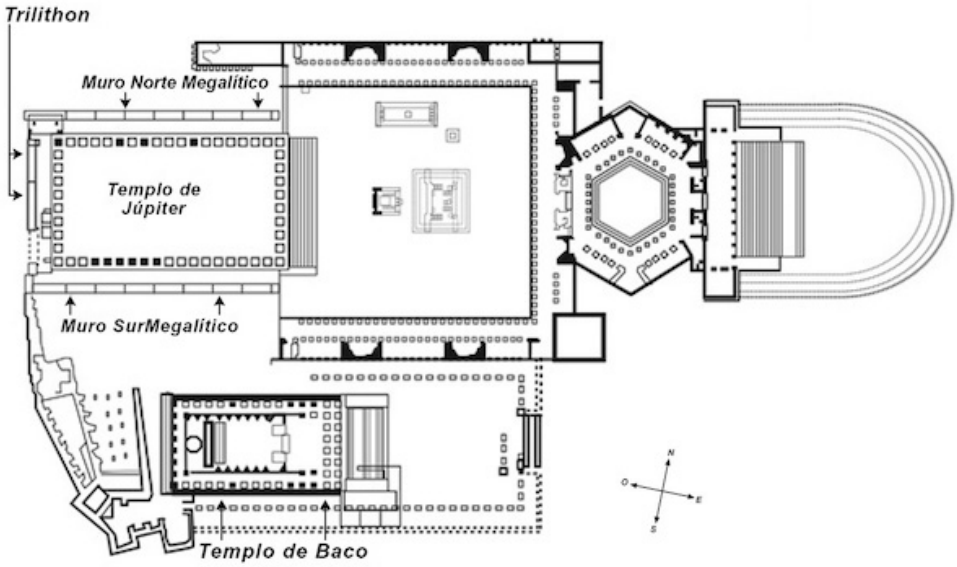


Figura 43. Plano de Baalbek

Para conseguir una mejor vista de este extraño muro megalítico continúo andando hacia el oeste por el borde septentrional del templo de Júpiter, hasta que llego a otra parte de la fortificación árabe que se le añadió después, la llamada «torre Norte». Puedo introducirme en ella —hay una terraza muy adecuada con unas vistas impresionantes— y mirar hacia atrás, en dirección este siguiendo los inmensos megalitos, dispuesto en fila por debajo de mí, y hacia abajo al espacio conquistado por los hierbajos que los separa del muro de la plataforma del templo.

No voy a intentar explicar todavía qué son estos megalitos. ¡Ya hay bastantes factores de confusión! Pero volveremos a ellos enseguida y todo, esperemos, quedará claro. Mientras tanto, salgo de la torre árabe, camino de regreso hasta el inmenso espacio rectangular donde antaño estuvo el templo de Júpiter y lo cruzo hacia el este hasta llegar a las escaleras que una vez condujeron hasta la entrada del templo. Las bajo y giro de nuevo al oeste, hasta una plaza rehundida, limitada al norte por la plataforma del templo de Júpiter y al sur por el templo de Baco.

La trasmisión del conocimiento

Por supuesto, visito el santuario del dios del vino. Es bonito, con una fuerte energía propia y estoy seguro de que en la Antigüedad se celebraron aquí muchas alegrías. Pero también tiene un lado más serio, que sugiere que los romanos fueron los receptores de una corriente de conocimiento y simbolismo antiguos cuyos orígenes se remontan a la más remota antigüedad; una corriente, que si bien dividida en muchos ramales, continúa fluyendo hoy día.

Los masones que han estudiado el templo de Baco señalan varios relieves y dibujos que poseen significado para ellos. Por ejemplo, en la parte inferior de un inmenso bloque del techo, todavía aguantado por las columnas del templo, aparece un emblema conocido como el «sello de Salomón»: una estrella de seis puntas inscrita dentro de un círculo. Según uno de los principales masones norteamericanos, Timothy Hogan, gran maestre de la Orden de los Caballeros Templarios, la figura en el centro de la estrella está representada «realizando un signo que sería familiar para los aprendices». Otro relieve muestra dos figuras «sentadas codo con codo y haciendo gestos que habrían tenido sentido para un compañero masón»[638].

También es de destacar en el templo de Baco, de hecho en todo Baalbek, la cantidad de evidencias de veneración al dios de la sabiduría que los romanos llamaban Mercurio —y los griegos Hermes—, al que los egipcios conocían como Thot y está relacionado, como vimos en el capítulo 9, con las tradiciones de los siete sabios[639]. Otra curiosa conexión es que el culto a Mercurio, en sus formas más primitivas, implicaban el uso de betilos[640], de los que hablamos en el capítulo 11, que eran en origen «piedras caídas desde el cielo»; en otras palabras, meteoritos y, como tales, a menudo parte del rastro de escombros de cometas fragmentados. Cuando recordamos que de la piedra negra de la Kaaba, en La Meca, se dice que es un meteorito, resulta interesante que en la Antigüedad Baalbek fuera el hogar de un famoso oráculo (supuestamente, el emperador romano Trajano lo tenía en gran consideración) y que era «una piedra negra la que respondía preguntas»[641].

Algunos especialistas creen que el templo de Baco estaba dedicado también a Mercurio[642]; pero como no estoy en Baalbek para explorar la arquitectura romana, no voy a continuar describiéndolo. Son el templo de

Júpiter y su enmarañado pasado prehistórico los que me interesan; sobre todo su relación, por intermedio de la plataforma donde se encuentra, con las construcciones anteriores, que se remontan a la época de Göbekli Tepe.

Distinguir las diferentes fases resulta complicado y estoy decidido a no dejarme atrapar en la trampa en la que tantos historiadores «alternativos» han caído, a saber, llegar a la conclusión, al ver megalitos, que en su erección y transporte tuvo que ver una tecnología súper avanzada, incluso extraterrestre. Como ya he dicho, no pongo en duda que los romanos pudieran mover, y lo hicieran, bloques enormes de piedra cuando querían. De hecho, las evidencias de ello se encuentran a todo mi alrededor, en el espacio entre el templo de Baco y el templo de Júpiter, por donde yacen esparcidos montones de bloques tallados y grabados de los caídos tímpanos de ambas estructuras. Son romanos, sin atisbo de duda, algunos de ellos con un peso en torno a las cien toneladas o más —uno pesa 360 toneladas— [643], y todos ellos fueron alzados a casi 21 metros sobre el suelo; la altura de las columnas sobre las que estaban perchados[644].

Camino hacia el norte por entre las ruinas, de regreso al templo de Júpiter, mirando ahora a las seis columnas gigantes que quedan, cada una de ellas compuesta por tres tambores enormes y de pie sobre un plinto monolítico de piedra de casi 2,7 metros de altura[645]. Hay que ser tonto para sostener que los romanos no hicieron y erigieron estas columnas, o los tímpanos que hay sobre ellas; porque es completamente obvio, por motivos estilísticos y basándose en exhaustivas investigaciones arqueológicas, que sí lo hicieron.

No obstante, como ya he dicho, los romanos eran tanto los herederos como los transmisores de algunas tradiciones extremadamente arcaicas y quizá no sea una casualidad que el templo de Júpiter tuviera originalmente 54 columnas. El lector recordará el fenómeno de la precesión del que hablamos en los capítulos 10 y 11 y el misterio de los «números precesionales» codificado en mitos y tradiciones antiguas de todo el mundo, que los profesores Giorgio de Santillana y Hertha von Dechen consideran pruebas de un avanzado conocimiento astronómico procedente de una todavía por identificar y «casi increíble» civilización antepasada. También se da el caso de que el 54 es uno de los números de la secuencia

precesional. Deriva del 72, la cantidad de años necesarios para que se produzca un grado de movimiento precesional. Si le sumamos 36 (la mitad de 72) al propio 72 para conseguir 108 y dividimos 108 entre 2 dos obtenemos 54. En su revolucionario estudio *Hamlet's mill*, De Santillana y Von Dechen mencionan las avenidas de estatuas de Angkor en Camboya, «108 por avenida, 54 en cada lado», como ejemplos de simbolismo precesional deliberado[646]; por tanto, ¿por qué no también las 54 columnas del templo de Júpiter en Baalbek?

El megalítico muro sur

Mi vista recorre las seis columnas restantes desde su cima, pasando por sus inmensas basas hasta el muro de bloques de solo un cuarto de tonelada que coronan (forma el borde sur del templo de Júpiter) y de nuevo hacia abajo, hasta la base del muro, que a su vez está flanqueado por una fila de 9 colosales megalitos cada uno de 9,5 metros de largo, 4 metros de alto y 3 metros de ancho[647]. Estos monstruosos bloques pesan alrededor de 400 toneladas cada uno. Varios de ellos, los más occidentales, tienen un aspecto bellamente terminado, con la piedra alisada y pulida y la mitad superior rebajada para ser más estrecha que la base. Pero otros son bastos y todavía muestran la capa protectora que los canteros dejan en la superficie para proteger el sillar de daños mientras está siendo trasladado a su lugar[648].

La cantera de donde fueron extraídos estos bloques ha sido identificada. Se encuentra a unos 800 metros al sur. No dudo de que cortarlos y transportarlos se encontrara dentro de las capacidades técnicas de los romanos, los mayores y más ingeniosos constructores de la antigüedad histórica. Pero, aun así, la cuestión ha de plantearse: ¿esos 9 bloques son obra suya?, ¿o de alguien diferente? Y ha de plantearse porque estos bloques a los que estoy mirando forman parte del mismo extraordinario muro megalítico al que pertenecen los 9 bloques igual de gigantescos que vi antes en el lado norte del complejo. La hilera norte de megalitos y esta hilera sur de megalitos forman los «brazos» norte y sur de un único muro gigante con forma de «U» que rodea el templo de Júpiter por el norte, el sur

y el oeste, con la base de la «U» —donde se encuentra el fabuloso trilito que he venido a ver— orientada al oeste.

Como es habitual en Baalbek, como si esto no bastara ¡hay nuevas complicaciones! Estas han sido estudiadas por Daniel Lohmann, un arquitecto y arqueólogo alemán extremadamente riguroso y realmente brillante que se ha pasado años excavando y examinando de cerca este lugar y que, en febrero de 2015, tuvo la tremenda amabilidad de comenzar una correspondencia conmigo y proporcionarme el beneficio de sus amplios conocimientos. En su opinión, que estudiaré con más detalle en el capítulo siguiente, el asombroso muro megalítico que rodea el templo de Júpiter es romano al cien por cien.

Sostiene que era parte de lo que estaba previsto se convirtiera en un inmenso podio —sigamos la lógica de su argumento y llamémoslo «podio 2»—, con el cual quien encargó el templo (y como hay *cero* documentos contemporáneos no sabemos quién fue)[649] quería rodear su «megalomaníaca» obra maestra[650]. El resultado de la investigación de Lohmann es que dentro del podio 2 con forma de U se encuentran los restos de lo que él considera una fase constructiva anterior, a la que se refiere como «podio 1»[651]. Sus estudios demuestran que el podio 1 tiene unas dimensiones de 12 metros de altura y 48 metros de norte a sur, por 95 metros de este a oeste; pero admite que «la única pista definitiva» sobre su antigüedad «es que precede al templo Julio-Claudio»[652] (es decir, el templo de Júpiter, construido en su mayor parte por la dinastía Julio-Claudia, formada por los emperadores Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, entre el 27 a. C. y el 68 d. C.). En pocas palabras, Lohmann sostiene que el podio 1 fue obra de Herodes el Grande, el rey cliente de los romanos que gobernó Judea en las últimas décadas del siglo i a. C.; pero no hay inscripciones u otras pruebas documentales que pueda dilucidar la cuestión, de modo que «la única fuente de información es la bien conservada estructura en sí misma»[653], en concreto, sus rasgos estilísticos, como:

> *El uso alternado de sillería a soga y tizón, mampostería con reborde y la reconstrucción del plano de esta primera estructura. Estos elementos revelan paralelos sorprendentemente cercanos a los de los santuarios herodianos y, en concreto, al templo de Jerusalén, no solo en su aspecto general, sino en sus precisas proporciones y medidas. Esta correspondencia entre los dos proyectos constructivos sugiere claramente una participación herodiana […] aunque la naturaleza concreta de la misma queda por determinar*[654].

Como hemos visto, el templo de Jerusalén fue destruido por los romanos en el año 70 d. C., de modo que Lohmann se ve obligado a basar su argumento en «la única parte superviviente del templo, la gigantesca plataforma trapezoidal del Haram-esh-Sharif»[655]. La detallada comparación que ofrece fundamenta muy bien la «participación herodiana» en el podio 1 de Baalbek. Lo que queda por determinarse, no obstante, es cómo de *amplia* fue esa participación. En concreto, si bien Lohmann concede que «Tell Baalbek […] estuvo habitado de continuo entre el período Neolítico Precerámico»[656] —es decir, desde la época de Göbekli Tepe— y pese a que su argumento es que los emperadores Julio-Claudios trabajaron en torno al podio 1 cuando comenzaron a construir el gigantesco e imponente muro en forma de U del podio 2, no considera la posibilidad de que pueda haber un «podio 0», sobre el que a su vez Herodes habría construido.

En modo alguno puedo reprochárselo, pues que yo conozca ningún arqueólogo que siga la corriente principal está dispuesto a considerar esta misma posibilidad para la restauración de Herodes del templo de Jerusalén; en concreto en referencia a los inmensos bloques megalíticos, ya mencionados, que ahora se pueden ver en el túnel hasmoneo. No obstante, es una posibilidad que no debería ser obviada en Baalbek, sobre todo a la luz de lo que el propio Lohmann describe como la «gran antigüedad» del yacimiento[657].

Todavía existe otra posibilidad, que pretendo considerar. Concierne al muro megalítico en forma de U que forma la base y el límite de lo que Lohmann llama «podio 2». Supongamos que no sea romano en absoluto. Supongamos que ya estaba ahí *antes, no después* de que Herodes construyera el podio 1. Supongamos también que el *tell* que precede al podio 1 en millares de años fuera situado allí donde está debido a la existencia previa del muro megalítico en forma de U. En otras palabras, supongamos que el muro en forma de U y sus inmensos megalitos fueran el *primer* trabajo arquitectónico construido en este lugar, quizá para encerrar algún rasgo central, alguna colina primigenia, delante de la cual el *tell* se desarrolló después, hasta que el templo herodiano fue construido encima y, algo después, tapado por el templo de Júpiter.

Trilito

Tras haber subido la escalera dispuesta contra el lateral del monstruosamente grande bloque —¡aquí la escala de todo es épica!—, me abro camino a lo largo de la parte superior de la fila de megalitos de 4 metros de altura y 400 toneladas de peso que forman la parte sur del muro megalítico en forma de U que Lohmann considera parte del —nunca completado— podio 2. Me dirijo al oeste y paso bajo las seis columnas en pie, que no resultan amenazantes, sino más bien parecen volar por encima de mí, tan ligeras y gráciles resultan a pesar de su tamaño gigante. El muro sobre el que están perchadas tiene dos veces mi altura; su borde superior —donde se encuentran las columnas— señala el nivel del suelo del templo de Júpiter, donde estuve sentado antes. El espacio de 3 metros de ancho entre el muro y el borde de los megalitos sobre el que estoy caminando es una carrera de obstáculos de fragmentos rotos de columna y adornados pedazos del tímpano que antaño soportaron.

Al final de la larga fila de megalitos me veo enfrentado a un laberinto de torres, arcadas y ruinas de las fortificaciones medievales árabes. Me abro camino por entre ellas —¡todo es un poco desconcertante!—, subo un tramo de escaleras y giro a la derecha hasta un estrecho callejón en el límite occidental de todo el complejo. Ahora estoy yendo hacia el norte y el

callejón, que no es lo bastante ancho como para que pasen dos personas a la vez, discurre entre el muro exterior de la fortificación a mi izquierda —parte romano y parte reconstrucción árabe— y una fila de megalitos toscamente labrados a mi derecha. No sé qué pensar de estos bloques, pero unos pocos meses después, en la correspondencia que acabaremos manteniendo, Lohmann me dirá que son:

> *Parte de una capa de relleno […] destinada a llenar el espacio entre el muro herodiano y los megalitos posteriores que forman la capa exterior del segundo podio, Julio-Claudio. Estaba pensado que no se vieran tras la capa, de modo que no fueron preparados y se dejaron sin alisar*[658].

Sea lo que sean, estos bloques gigantescos están separados por poco más que la anchura de mis hombros del muro híbrido romano ampliado por fortificaciones árabes de mi izquierda. El sentimiento es de constricción, casi de claustrofobia. No obstante, tras una veintena de pasos, más o menos, el callejón se ensancha según el muro exterior de la fortificación, hasta entonces de varias hiladas de grosor, de repente se reduce a una sola hilada que, justo delante, tiene una inmensa abertura en ella por la que miro hacia un parterre con hierbas, a unos 10 o 12 metros más abajo, bordeado por la valla moderna que rodea todo el complejo de Baalbek.

Es entonces cuando me doy cuenta de verdad —lo estaba medio esperando, pero no estaba seguro hasta ese momento— de que estoy de pie sobre lo que he venido a ver a Baalbek. Tiene algo más 19 metros de longitud, más de 4 metros de altura, casi 3,7 de anchura y pesa más de 800 toneladas[659].

Es el más meridional de los tres famosos megalitos del trilito.

Capítulo 13

Y ENTONCES VINO EL DILUVIO…

Deseaba, esperaba, estaba casi seguro de que el camino que había seguido por las ruinas me conduciría al trilito; pero aun así ¡tengo una pequeña sensación de triunfo al ver que mi vagabundeo por el laberinto me ha llevado a este sitio tan especial!

Es un buen momento para recapitular. Esta única hilada de mampostería de fortificación externa a mi oeste apenas cubre una cuarta parte de la inmensa anchura del trilito. Justo en el hueco de las fortificaciones que da al parterre con hierbas y a la valla perimetral que rodea las ruinas hay parte de un tambor de una columna caída. Apoyada contra el muro de la fortificación, esta columna cubre aproximadamente la mitad de la anchura del inmenso megalito sobre el que descansa, el más meridional de los tres del trilito. Se trata de un punto resguardado, tranquilo, casi un pequeño patio. De manera muy conveniente, hay un bloque suelto del tamaño de un escabel para sentarme en él y como ahora es por la tarde, también hay una sombra, lo que es más importante.

Con un suspiro de alivio me siento, saco mi cuaderno de notas y aclaro mis pensamientos. Soy consciente, mientras lo hago, de que mis pies no solo están situados en el bloque del trilito, sino también sobre algo inscrito que efectivamente demuestra que es más antiguo que el templo de Júpiter, pero no *cuánto* más viejo. La sombra va en contra de mí, los cincuenta años transcurridos desde que fuera sacado a la luz por primera vez no han sido amables con él y, si soy sincero, no puedo verlo. No obstante, el profesor Haroutune Kalayan, el ingeniero encargado de la restauración de Baalbek por el Departamento Libanés de Antigüedades, explica que a mediados de la década de 1960, «a la vista del interés científico, el emir Maurice

Chehab, director general del Departamento de Antigüedades, decidió limpiar la parte superior del trilito…». Cuando estuvo hecho:

> *El bloque sur […] expuso un dibujo ortogonal a escala del frontón del templo de Júpiter. El dibujo se extiende parcialmente bajo la construcción romana y parte queda oculto bajo una construcción árabe del primer período […]. Este […] descubrimiento sugiere que el trilito ya estaba en su lugar para servir de pizarra donde medir y encargar los bloques del tímpano; es decir, a principios de la segunda mitad de siglo i d. C. Además, puede concluirse que tras la construcción del tímpano, después de que el dibujo cumpliera su función, se realizó el esquema constructivo por encima del nivel trilito; por eso parte del dibujo se extiende por debajo de la construcción romana*[660].

De modo que aquí mismo, bajo mis pies, por desgracia invisible sin la luz adecuada, hay una prueba convincente de que un misterio de verdad, no uno imaginado por historiadores alternativos, rodea el trilito. Evidentemente, al ser utilizado para realizar un dibujo arquitectónico de parte del templo de Júpiter, como admite Kalayan, y sobre todo porque después quedó parcialmente cubierto por una construcción romana, la única conclusión lógica es que debe ser más antiguo que el templo.

Luego profundizaremos en las implicaciones de esto, pero hemos de apuntar desde el principio que Daniel Lohmann no está de acuerdo. En una comunicación que presentó en el III Congreso Internacional de Historia de la Construcción, celebrado en la ciudad alemana de Cottbus en mayo de 2009, sostenía que:

> *Kalayan sugirió que el dibujo demuestra que el trilito era más antiguo y ya estaba allí cuando el templo fue construido. Hoy día, nuevos indicios demuestran que se trata de una asunción superada y que el trilito y el templo fueron construidos de forma sincrónica. De un modo práctico, la superficie superior del este bloque [el más meridional del trilito, donde está el dibujo] fue utilizada para una construcción simultánea, que simplemente después quedó cubierta por la siguiente hilada de piedra*[661].

Y, posteriormente, en un artículo de continuación en el año 2010, amplió su razonamiento:

> *La construcción del santuario prerromano sin terminar [podio 1] fue incorporada a un plan general de monumentalización. Aparentemente puesto en dificultades por la inmensa construcción prerromana ya existente, el primer santuario imperial a Júpiter demuestra tanto un megalomaníaco diseño arquitectónico como las técnicas de construcción de la primera mitad del siglo i d. C. El ejemplo más conocido puede ser el trilito que forma la capa media del podio del templo occidental […]. El podio puede ser considerado un intento de esconder la terraza del templo, más antigua y con una forma inconveniente, tras un podio al gusto romano…*[662]

Comprendo la lógica de Lohmann, pero tengo varios problemas con ella. El primero y principal es el concepto mismo de «podio» que se está barajando aquí. El diccionario define «podio» como:

> *La mampostería que soporta un templo clásico*[663].

O, alternativamente:

> *Un estilóbato para un templo clásico, especialmente uno con lados perpendiculares*[664].

A su vez, «estilóbato» se define como:

> *La base sobre la cual se erige un edificio o similar*[665].

o, alternativamente:

> *La base sólida que forma el suelo y subestructura de un templo clásico; crepidoma; podio*[666].

Del mismo modo, «crepidoma» es «la plataforma sobre la que se erige la superestructura de un edificio»[667].

Lo que todas estas definiciones tienen en común es la noción de que un podio es una estructura sobre la cual se construye un templo; pero este no es el caso con el podio 2 de Lohmann. No es «la base» sobre la que se erige el templo de Júpiter, no es la «base sólida que forma el suelo» del templo de Júpiter y no es «la mampostería que soporta» el templo de Júpiter. Donde de hecho se levanta el templo de Júpiter, y es «soportado», como el propio Lohmann deja claro, es el herodiano podio 1. Resulta que el podio 2 de Lohmann no «soporta» parte alguna del templo de Júpiter. *Rodea* el podio 1 por tres lados, pero no lo soporta. En otras palabras, como he descrito en varias ocasiones en el capítulo 12, es un muro megalítico en forma de U; pero no es un podio. Si los romanos lo construyeron, como cree Lohmann, no lo hicieron con la intención de que tuviera ninguna función estructural, soportadora de peso propia de un podio, sino únicamente por motivos estéticos; «como un intento —por repetir sus palabras— de esconder la terraza del templo, más antigua y con una forma inconveniente, tras un podio al gusto romano».

Como respuesta solo puedo volver a repetir que «podio» continúa siendo un término equívoco, que no describe lo que realmente estamos viendo *in situ.* Si el análisis de Lohmann de los ya existentes trabajos herodianos es correcto, entonces no vemos evidencias de que los romanos

estuvieran escondiendo «la terraza del templo, más antigua y con una forma inconveniente» detrás de un «podio» al gusto romano. Cualesquiera planes que pudieran haber tenido para ampliar y desarrollar, que no podemos saber y de los que no hay documento alguno, la evidencia sobre el terreno se limita a un gigantesco muro en forma de U que rodea al podio 1 por tres lados, pero sin soportarlo; un muro profundamente megalítico, más grande en cualquiera de sus dimensiones que ningún otro que se sepa hayan construido los romanos en ninguna parte del mundo.

Un muro que ni siquiera *parece* romano, al incorporar bloques que pesan más de 800 toneladas —el trilito—, y hubieran necesitado de un esfuerzo espectacular para ser trasladados y colocados en su sitio.

No estoy diciendo que los romanos no estuvieran a la altura de tales esfuerzos, o que los bloques de 800 toneladas escaparan a su tecnología constructiva. No conozco, y no afirmo conocer, los límites de su tecnología. Lo que estoy diciendo es que no parece propio del modo de ser práctico y flemático de los romanos, lo cual Lohmann reconoce[668], realizar semejantes esfuerzos por razones solo cosméticas. Sin duda, por lo tanto, cabe considerar una posibilidad alternativa, a saber, que el muro megalítico en forma de U ya estuviera en su sitio mucho antes —*quizá incluso miles de años antes*— de que se construyera al podio 1.

No obstante, en el mismo artículo en el que Kalayan afirma que el trilito es anterior al templo de Júpiter, ofrece otro crucial fragmento de información que parece un jarro de agua fría sobre cualquier especulación de este tipo. Sí, el trilito es anterior a la superestructura del templo de Júpiter, pero no demasiado, porque:

> *Parte del tambor de una columna de dimensiones similares a las columnas del templo de Júpiter se utilizó como cimentación bajo el trilito. En ausencia (por lo que sabemos) de un segundo monumento con columnas de dimensiones similares, se puede llegar a la conclusión de que las columnas ya estaban cortadas, o estaban en el proceso de serlo, cuando los cimientos del trilito comenzaron*[669].

¿Es quizá «el pequeño dato que destruye una bonita teoría»? ¿Está mi búsqueda de una civilización perdida en Baalbek fatalmente comprometida? ¿Hago las maletas y me vuelvo a casa? Así podría pensarse por las publicaciones escépticas sobre la cuestión, que sin cesar regurgitan una y otra vez el párrafo citado como si decidiera la cuestión de una vez por todas, como si probara más allá de toda duda razonable que el trilito es obra de los romanos… como si cualquier pensamiento o duda sobre la cuestión fueran tonterías espurias y seudocientíficas.

Por ejemplo, Jason Colavito, autor escéptico y autodenominado «desacreditador de ciencia marginal e historia revisionista», afirma que «la arqueología y la ingeniería pueden explicar todos los aspectos concretos del trilito» y que, por tanto, no se necesita una perspectiva alternativa[670]. En vez de hacer él mismo el trabajo sobre el que apoya sus afirmaciones, nos remite a los «maravillosos» escritos de otro autoproclamado «escéptico», el físico Aaron Adair[671]. Este, a su vez, simplemente hace un refrito de los argumentos de Kalayan, poniendo mucha confianza en el tambor de columna en los cimientos y en el dibujo arquitectónico en la parte superior del bloque meridional del trilito para concluir:

> *podemos estar razonablemente seguros de que las piedras del trilito fueron colocadas en su sitio al mismo tiempo que se construía el templo de Júpiter. De modo que, al ser las piedras del trilito contemporáneas al templo, hemos establecido el origen romano de la estructura*[672].

Todo suena razonable, completo y convincente; pero, en realidad, como tanta de la literatura escéptica que se considera un hecho, cuando se estudia con detalle demuestra ser especulación, opinión y prejuicio disfrazados de objetividad. Ese tambor de columna, que Kalayan menciona de pasada, y sobre el que tantos otros se han basado por completo para reforzar ideas preestablecidas sobre la cronología del yacimiento es en realidad mucho —*¡mucho!*— menos de lo que parece.

Irónicamente, el problema central al que estoy llegando lo ilustra el propio Adair en una fotografía en blanco y negro del muro occidental del santuario (aparentemente, sacada de una postal muy vieja) que reproduce en su artículo para ilustrar su argumento, es decir, que hay bloques debajo del trilito y que debajo de dichos bloques, fuera de la imagen en la foto, se encuentra el tambor de columna de Kalayan. Pero lo que la fotografía muestra en el muro *encima* del trilito es una sección de un tambor de columna romana diferente, que fue utilizado por los árabes durante una de las muchas veces que sabemos repararon la fortaleza de Baalbek, tras haber sido atacada y golpeada por las catapultas enemigas[673]. Además, como para subrayar lo efímero de cada rasgo redistribuible de los muros de Baalbek, incluso ese pedazo de tambor de columna (el cual también puede verse en una fotografía «tomada antes de la Primera Guerra Mundial» y reproducida en 1980 por Friedrich Ragette)[674] fue quitado en restauraciones más recientes; como muestran las imágenes de Santha Faiia en el pliego de fotografías.

De hecho, de forma regular y rutinaria, los árabes canibalizaban, reutilizaban y daban nuevos usos a los tambores y partes de tambores de las columnas romanas[675]. Además, como vimos en el capítulo 12, y como confirma Michael Alouf, una persona que conoce en detalle las ruinas desde hace más de cincuenta años, los cimientos de Baalbek fueron repetidas veces *socavados* durante los numerosos asedios que sufrió el santuario cuando servía como fortaleza[676]. Como es lógico, tras los asedios, los cimientos eran reparados (de otro modo secciones enteras del muro se hubieran derrumbado), y soy de la opinión de que esta, más que una construcción original romana, es la explicación más probable para el tambor de columna encontrado en la base bajo el trilito. Después de todo, si los romanos hicieron esos cimientos, como la teoría ortodoxa nos exige que aceptemos, ¿por qué habrían utilizado de repente un tambor de columna en ese punto, cuando seguramente tendrían a su disposición multitud de bloques regulares, cortados y arreglados específicamente para ese propósito?

Simplemente, no tiene sentido. En cambio, unos canteros árabes reparando una cimentación socavada habrían utilizado cualquier cosa que

tuvieran a mano y los siglos de guerras, terremotos y otros desastres sufridos por Baalbek significan que había una enorme cantidad de columnas rotas repartidas por el suelo, como siguen existiendo en la actualidad. Hay otra posibilidad, que sí que fueran los romanos quienes pusieran el tambor de columna en el muro; pero también como reparación, en vez de como un acto de construcción original. Si el muro megalítico ya era muy antiguo cuando los romanos hicieron su aparición, y si su intención era utilizarlo como base para construir más, no cabe duda de que habrían revisado los cimientos y reparado cualquier sector que no hubiera soportado bien los años.

Garabateo «averigua más sobre ese tambor de columna» en una página de mi cuaderno de notas. La cuestión no está cerrada todavía —en uno u otro sentido—; pero la hipótesis de que los romanos *no* fueron los constructores originales del muro megalítico en forma de U del cual el trilito es una parte esencial me continúa pareciendo viable y merecedora de ser investigada más.

Es el momento de ver el trilito desde fuera. Dejo mi agradable resquicio de sombra, trasteo un poco más por encima de los bloques gigantes y luego retrocedo siguiendo mis pasos hacia el este por el complejo del templo de Júpiter. Finalmente —es un largo paseo— consigo llegar a la entrada principal del yacimiento, cruzo los propileos y bajo las escaleras principales, giro a la derecha y sigo el camino que recorre el muro exterior meridional de la fortaleza en la que los árabes convirtieron este lugar. El templo de Venus aparece a unos pocos cientos de metros al sureste de las ruinas principales. Es bonito, pero irrelevante para mis propósitos, de modo que lo ignoro y continúo hacia el suroeste, pasando junto a otras dos torres árabes construidas en el muro de la fortificación y termino llegando a una puerta en la valla por la cual puedo ver el trilito en la distancia.

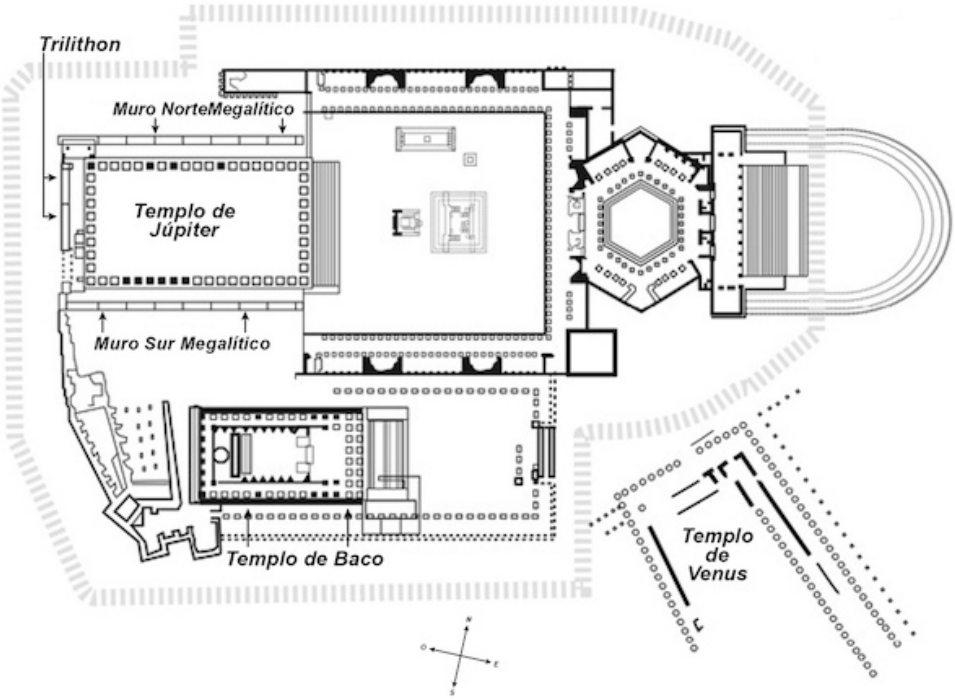


Figura 44. Plano de Baalbek

Hay un guarda. Hace grandes aspavientos para mantenerme fuera, pero algo de dinero cambia de manos, la puerta se abre con una floritura y me encuentro atravesando una huerta de árboles marchitos para conseguir ver mejor los tres bloques más grandes utilizados nunca en una construcción en ningún lugar del mundo…

«El más alto pináculo del poder y la ciencia…»

En el siglo xix, David Urquhart, un erudito escocés, viajó mucho por el Líbano y finalmente terminó publicando su *History and diary* en 1860. Nunca explicó de dónde le vino la pista, pero creía que Baalbek había representado un papel importante en el hermético imperio marítimo de los fenicios, cuyas hazañas comenzaron a ser destacadas por otras culturas en el ii milenio a. C. y que eran descendientes de los habitantes cananeos de esta región. De hecho, los fenicios por lo general se refieren a sí mismos como cananeos[677]. Renombrados por sus logros marítimos y, sobre todo, por su misteriosa —o quizá deberíamos decir en su lugar, precisa y científica— habilidad para navegar, crearon puertos en las costas de todo el

Mediterráneo, hasta tan lejos como Túnez, Marruecos, España, Italia, Turquía, Chipre y Malta. No obstante, sus tierras de origen se encontraban en el Líbano y su principal ciudad era Biblos, al norte de la moderna Beirut, siendo otros centros importantes Tiro y Sidón.

Hay muchas cosas que son misteriosas de los fenicios, a quienes los frustrados investigadores han reprochado a menudo «ser tan persistentemente silenciosos sobre ellos mismos y no haber dejado historia escrita propia. Todo lo que sabemos sobre ellos procede de los anales de otras razas; solo tienen defensores extranjeros para abogar por su causa ante la posteridad»[678].

Uno de esos abogados extranjeros es el erudito griego Filón, que vivió en Biblos durante el siglo i y el ii d. C.; de ahí su nombre de Filón de Biblos. Su *Historia fenicia* supuestamente es una traducción de un libro escrito por un tal Sanjuniatón, un sabio fenicio que parece vivió más de mil años antes[679]. Los escritos de Sanjuniatón no han llegado hasta nosotros a través de ninguna otra fuente. Además, como las obras del sacerdote babilonio Beroso, a quien el lector recordará de capítulos anteriores, la propia *Historias fenicia* de Filón también se ha perdido. Todo lo que quedan son fragmentos conservados como citas y resúmenes de otros autores; sobre todo del padre de la Iglesia Eusebio, del siglo iv a. C.[680]

En estos fragmentos leemos sobre las hazañas de un «dios» identificado con la deidad griega Urano, cuyo nombre significa «cielo» y que:

> *Inventó los betilos al crear piedras dotadas de vida*[681].

Aquí hay un par de puntos interesantes. El primero de todo, evidentemente, es que retornamos al mundo de los betilos, aquellas meteoríticas «piedras caídas del cielo» que tan a menudo forman parte de la cola de escombros de cometas fragmentados y eran tratadas como objetos de culto por todo el Oriente Próximo antiguo. Si miramos la etimología de la palabra «betilo» encontramos que significa «casa del dios»[682], y la casa de Urano es, por supuesto, el cielo, el lugar adecuado para objetos de origen meteorítico. En segundo lugar, está esa curiosa referencia a «piedras

dotadas de vida» que, significativamente, aparecen traducida algunas veces como «piedras que se *movían* como si tuvieran vida»[683]. Aquí no puedo sino acordarme de esas tradiciones del antiguo Egipto que hablan de piedras enormes movidas sin esfuerzo por «magos» utilizando «palabras de poder». Por ejemplo, está el relato, conservado en el papiro del Museo Británico n.º 604, de las hazañas del mago Horus el Nubio:

> *Hizo una bóveda de 200 codos de largo y 50 codos de ancho alzada sobre la cabeza del faraón y sus nobles […]. Cuando el faraón miró hacia el cielo abrió su boca en un gran grito, junto con la gente que estaba en la corte*[684].

Dado que 200 por 50 codos equivale aproximadamente a 100 por 25 metros, es evidente que cualquier mago que pudiera alzar un bloque tan gigantesco como este no tendría ninguna dificultad en levantar los megalitos del trilito, que tienen menos de la cuarta parte de esas dimensiones. En cualquier caso, este pensamiento en los magos nos lleva de regreso, por un camino tortuoso, a David Urquhart, que en su *History and diary* nos cuenta qué fue lo que lo llevó a Baalbek a mediados del siglo xix:

> *Fui atraído hasta aquí por los betylia [betilos], ese misterio de los escritores antiguos […] que [creo] fueron magnetos utilizados en los navíos fenicios comprometidos en tráficos lejanos y que, al regreso de sus flotas, eran transportados en procesiones religiosas al templo de Baalbek, para permanecer allí hasta que las flotas fueran enviadas fuera de nuevo…* [685]

Desgraciadamente, Urquhart no encontró indicios de la perdida tecnología, «las piedras mágicas, magnéticas»[686] que estaba buscando en Baalbek. «¿Dónde está el templo que guardaba los *betylia*? —preguntaba —. Ha desaparecido». Dedujo que «debía de estar sobre la plataforma y probablemente fuera derruido» para dejar sitio a los templos romanos[687].

Por lo tanto, se conformó con investigar los misterios del trilito y de un bloque incluso más grande que sus informadores locales le mostraron abandonado en la cantera a 800 metros al sur de las ruinas. Estas ruinas, señalaba, cuando las imaginas sin los templos posteriores «que ahora están clavados encima», no eran «nada sino un recinto cuadrangular»[688]:

> *Uno puede concebir el labrado de enormes bloques para la estatua de un rey, el adorno de un palacio o la pompa de un templo, pero aquí no hay semejante objeto; aquí no hay propósito concebible mediante el cual semejante esfuerzo pueda ser explicado*[689].

Esta era una de la serie de preguntas para las cuales Urquhart no pudo proponer una respuesta propia: primero, ¿quién construyó esos inmensos bloques (junto a los cuales «Stonehenge es un juguete de guardería»)?; segundo, ¿por qué construirlo *aquí*, dado que Baalbek no es una gran capital o un gran puerto, sino que estaba lejos tierra adentro?; tercero, ¿por qué se detuvieron los trabajos repentinamente, como demuestran el bloque de la cantera y que esté sin terminar el muro en forma de U donde se encuentra el trilito?; y cuarta, ¿por qué Baalbek era único?[690]

> *Esta estructura está sola; no hay nada sobre la tierra que en el más remoto grado se parezca a ella*[691].

Esa noche, Urquhart cenó con el emir de Baalbek y le preguntó por quien había sido construido el inmenso recinto en forma de U. El emir le respondió con un tono bastante seguro que había habido tres fases de construcción. El trabajo megalítico había sido hecho por orden de dos soberanos diferentes en la época primigenia antes del diluvio:

> *Y entonces vino el diluvio. Tras lo cual fue reparado por Salomón*[692].

Cuando estaba de regreso a Beirut, Urquhart reflexionó sobre lo que el emir le había dicho, llegando a la conclusión de que se refería a una verdad

universal y que «las piedras de Baalbek tenían que ser consideradas como uno de esos objetos bien sólidos que el diluvio no pudo barrer»[693]. Más incluso, le parecía que:

> *Antes del diluvio todo el curso de la sociedad humana había sucedido […]. Los constructores de Baalbek deben haber sido gentes que habían alcanzado el más alto pináculo del poder y la ciencia; y esta región debe haber sido el centro de sus dominios*[694].

Al fin y al cabo, Noé había dominado el arte de construir el arca:

> *Un navío de 137 metros de largo, 23 de ancho y 14 de profundidad […]. Por lo tanto, compartía el conocimiento de esos hombres de renombre, y la navegación debe haber alcanzado en esas épocas antediluvianas un extraordinario grado de perfección. Para la construcción del arca solo tenemos la autoridad de la Biblia […]. El escéptico, por otro lado, que visite Baalbek dejará de dudar de que los hombres que incorporaron a sus muros piedras con el peso de un tres puentes con sus armas abordo pudieran construir un navío de [tan inmensas] dimensiones. Asumo que el origen antediluviano de uno ya no puede seguir siendo contestado por el crítico que el del otro por el creyente*[695].

Hoy día, con toda la razón, los escépticos cuestionan todo lo que huela a superstición crédula y creencia fácil. Las tradiciones que tanto emocionaron a Urquhart, sin embargo, son omnipresentes. Se dice que el propio Noé fue enterrado en la zona, tras haber retornado allí después del diluvio para vivir hasta el final de sus días[696]. Según Estfan El Douaihy, patriarca maronita del Líbano entre 1670 y 1704:

> *Baalbek es el edificio más antiguo del mundo […]. Fue […] poblado por gigantes, que fueron castigados por sus iniquidades con el diluvio*[697].

Otras tradiciones implican a demonios en la colocación de los megalitos[698], y un manuscrito árabe repite la historia que le contaron a Urquhart sobre un intento de reconstruir Baalbek tras el diluvio. En esta historia no era Salomón, sino Nemrod, el bisnieto de Noé, quien envió gigantes para reparar los muros dañados[699].

¿Demonios, gigantes, rodillos, cabestrantes, grúas… o extraterrestres?

Mirando a los tres gigantescos bloques del trilito, cuyas bases se encuentran a más de 6 metros de altura sobre el suelo en el muro occidental de Baalbek, puedo comprender por qué se creía que fueron obra de demonios o gigantes. De hecho, hay algo sobrenatural —algo que parece *imposible*— en ellos. Su longitud es, respectivamente, de 19,60 metros, 19,30 metros y 19,10 metros, y todos tienen 4,34 metros de alto por 3,65 metros de ancho[700]. Están colocados en su lugar con tanta precisión que resulta imposible insertar entre las juntas una cuchilla de afeitar.

¡«Inimaginable» es lo único que puedo decir!

Pero si uno quiere el punto de vista ortodoxo sobre la cuestión debe leer el artículo de 1977 de Jean-Pierre Adam «A propósito del trilito de Baalbek: el transporte y colocación de los megalitos»[701]. Sigue siendo el estudio de referencia citado por todos los escépticos como si demostrara sus alegaciones y lo que propone es el uso de rodillos de cedro, sobre los cuales hemos de imaginar colocados los bloques[702]. Para colocar estos sobre los rodillos, Adam primero sugiere y luego rechaza (por motivos logísticos) el uso de una manada de 800 bueyes[703].

Finalmente, razonando que la debilidad del músculo humano puede ser vencida mediante el ingenio técnico, dispone de múltiples grupos de poleas conectadas a seis cabestrantes, cada uno movido por un equipo de 24 hombres, lo que hace un total de solo 144 personas para transportar los bloques del trilito, uno por uno, desde la cantera a 800 metros de distancia

hasta el lugar de la construcción[704]. Al final del viaje, calcula que 16 cabestrantes mayores, cada uno movido por un equipo de 32 personas (es decir, 512 hombres en total), se habrían necesitado para maniobrar los bloques hasta su posición final[705]. El motivo del incremento de cabestrantes y hombres al final de la operación es que los rodillos de madera tendrían que ser quitados, dado que como es evidente no podían quedarse en el muro. Esto incrementaría mucho la fricción entre el bloque y la superficie sobre la cual tenía que ser arrastrado; pero el uso de algún tipo de lubricante teóricamente habría reducido la fricción lo bastante como para evitar la necesidad de levantar los bloques; un problema que Adam cree que los romanos habrían preferido obviar con bloques de semejante tamaño[706].

Friedrich Ragette propone una solución ortodoxa ligeramente distinta al desafío de mover y colocar los megalitos del trilito[707]. En este caso implica levantar los megalitos al final del procedimiento, lo que sugiere habría sido hecho utilizando múltiples «castañuelas» (piezas de metal metidas dentro de agujeros especialmente horadados en las piedras encima de su centro de gravedad, unidas a cadenas o cuerdas y elevadas mediante grúas o cabestrantes):

> *El bloque de 800 toneladas del trilito debe haber sido trasladado a su posición mediante rodillos. Luego tendría que ser elevado ligeramente para quitar los rodillos antes de que su tremendo peso fuera bajado centímetro a centímetro. Si calculamos una capacidad de elevación de 5 toneladas por cada agujero con castañuela, necesitaríamos 160 enganches por cada piedra*[708].

No pretendo ofrecer aquí una crítica detallada; simplemente, mencionaré de pasada que existen algunos problemas con las propuestas de Adam y Ragette. Ambos, por ejemplo, utilizan rodillos de madera; pero los cálculos demuestran que la presión por soportar los inmensos bloques los habría aplastado con mucha rapidez, aunque hubieran sido hechos con el más resistente cedro del Líbano[709]. Del mismo modo, los cabestrantes

están muy bien y ciertamente multiplican la fuerza que cada hombre puede aplicar, pero hay un peligro, que Adam reconoce: a menos que estuvieran increíblemente bien anclados al suelo, hubieran sido los cabestrantes y no los bloques los que se habrían movido[710]. Finalmente, todos los canteros comprenden el principio de las castañuelas y cómo trabajan; pero en los bloques del trilito no hay ni rastro de un agujero para castañuela, mucho menos de 160 de ellos[711].

Tanto a Adam como Ragette, y otros que quieren asegurarnos lo ordinario y nada misterioso que es el logro del trilito, les gusta prologar sus trabajos con referencias a grandes megalitos que fueron movidos utilizando tecnología conocida en tiempos históricos. Por ejemplo, un obelisco egipcio de 25 metros de altura, con un peso de 320 toneladas, fue llevado a Roma en el siglo i d. C. por el emperador Calígula. Transportarlo desde Egipto, cruzando el Mediterráneo en un barco especialmente construido fue, en sí mismo, un increíble logro de ingeniería, logística y movimiento de grandes pesos. Mucho después —en el siglo xvi— este mismo obelisco fue trasladado desde donde estaba desde la época de Calígula y erigido de nuevo en la plaza de San Pedro por orden del papa Sixto V[712]. Del mismo modo, en Rusia, a finales del siglo xviii la «piedra del rayo», un bloque de granito de 1.250 toneladas que sirve de base a una estatua ecuestre de Pedro el Grande que todavía se yergue en la ciudad de San Petersburgo, fue trasladado 7 kilómetros por tierra a lo largo de una pista especial de esferas de bronce[713].

Pero, ojo, una cosa es arrastrar un megalito descomunal en línea recta sobre un soporte de bolas de bronce, o erigir uno en medio del inmenso espacio vacío de una plaza, y otra muy diferente colocar una serie de esos megalitos en un muro que parece el juego de Lego de un gigante.

Aun así… aceptemos que puede hacerse, que cosas similares se han hecho y que, por supuesto —la evidencia está ante nuestros ojos—, se hizo en Baalbek. La única pregunta que importa, por lo tanto, es si fueron los romanos quienes lo hicieron o si ellos y las culturas que los precedieron allí, y se remontan a 10.000 años o más, encontraron el muro megalítico en forma de U ya en su lugar y colocaron sus propias estructuras dentro de su abrazo.

Esto último es lo que me parece a mí.

La sólida base que se alza sobre la llanura de Baalbek y que Daniel Lohmann identifica como prerromana y llama «podio 1», *y encima de la cual se construyó el templo de Júpiter*, está situada dentro del muro en forma de U, que abraza sus lados sur, este y oeste. En ningún punto el muro *soporta* el templo de Júpiter. Se trata de una estructura exterior por completo separada.

Camino varias veces junto al muro occidental, observando estupefacto los asombrosos megalitos del trilito, intentado comprender qué significan. Sin importar si fueron los romanos, o una cultura antediluviana desconocida, quienes los pusieron ahí, lo que me gustaría saber es *por qué* los colocaron a 6 metros de altura. ¿Por qué los pusieron encima de hiladas de bloques más pequeños, cuando lo lógico seguramente hubiera sido colocar los bloques más grandes y pesados a nivel del suelo y añadir encima los bloques más pequeños y ligeros. ¿Por qué crear otro inmenso desafío de ingeniería al hacerlo al revés?

Recorro el muro. Estoy contando bloques e hiladas. Lo primero de todo, hacia arriba desde el nivel del suelo hay tres hiladas de sillares realmente pequeños, digamos que de 1,5 metros de alto y un cuarto de tonelada. Encima de ellos hay seis bloques mucho mayores, muy bien terminados (si bien también muy erosionados) con la parte superior rebajada para que sea más estrecha que la base. Estos 6 bloques, que son más o menos idénticos a los bloques del muro sur que ya he descrito (véase el capítulo 12), pesan cada uno unas 400 toneladas. Finalmente, encima de ellos vienen los 3 monstruosos bloques de 800 toneladas del trilito.

Ahora camino hacia el norte, a la esquina entre los muros oeste y norte. El bloque más septentrional del trilito no llega justo hasta el final del muro oeste. Hay un hueco, relleno con una torre defensiva árabe que sobresale desde el podio 1 y está construida sobre la esquina. Pero si quito la torre con mi imaginación, entonces puedo ver lo que sucede, porque al otro lado de ella hay otra inmensa hilada de megalitos que forman el brazo norte del muro en forma de U, la hilada que miré antes desde arriba (véase el capítulo 12); de hecho, la torre defensiva árabe fue desde la que me asomé para ver adecuadamente esta parte del muro megalítico, que está separado por un

hueco lleno de hierbas de 10,65 metros de anchura del muro norte del podio 1.

Sé que los arqueólogos ven el muro en forma de U como la base del grandioso, pero sin terminar, podio 2 del templo de Júpiter. Lohmann lo argumenta muy bien; pero todavía me preocupa que no tenga función sustentante, sino puramente cosmética, si es que es el caso, y no puedo deshacerme de la sensación de que es un rasgo que los romanos heredaron de una época muy anterior.

En lo que sí concuerdo con los arqueólogos, no obstante, es que incluso los megalitos de mayor tamaño que sé siguen en la cantera a 800 metros de distancia, y a los que voy a ir a echarles un vistazo en cuanto haya terminado aquí, estaban definitivamente destinados a ser colocados en la parte superior de los brazos norte y sur del muro en forma de U, elevándolos así hasta la misma altura que el muro oeste consiguió con los trilitos. Cierto, son algo más largos y anchos que los bloques del trilito; pero tras arreglar el reborde dejado para protegerlos durante su traslado habrían sido exactamente iguales, encajando como piezas de un rompecabezas. Esto es así ya fueran los romanos quienes hicieran el muro en forma de U como parte del podio 2 o si este fue obra de arquitectos y canteros de una civilización perdida de antigüedad prehistórica.

Y hay otra cosa con la que estoy de acuerdo con los arqueólogos.

Las ideas puestas en circulación hace décadas por los entusiastas de los «astronautas en la Antigüedad», sobre todo Zecharia Sitchin en su libro *La escalera al cielo*, publicado en 1980 (y en otros volúmenes posteriores de su serie Crónicas de la Tierra), no pueden ser ciertas. Sea lo que sea Baalbek, sean los que sean los motivos por los que se utilizaron aquí megalitos de 800 toneladas y más y sea quien sea el que colocó estos megalitos en su sitio, definitivamente no lo hicieron para crear «un lugar de aterrizaje para las aeronaves de los dioses»[714]. La afirmación de Sitchin de que la plataforma elevada de Baalbek estaba «prevista para soportar pesos extremadamente grandes» y que el gran peso en cuestión era un «cámara voladora similar a un cohete»[715], solo pudo haberla realizado alguien que no tiene ni idea del aspecto y disposición reales del Baalbek y solo puede creérsela alguien sin conocimiento directo del lugar.

Los gigantescos bloques megalíticos del trilito que parecen haber convencido a Sitchin de que toda la plataforma de Baalbek es megalítica resultan al completo ser parte del muro en forma de U que abraza el podio 1 (de dimensiones modestas). Y si bien un extraterrestre puede aterrizar sin problema su nave espacial incluso sobre un podio tan modesto (siempre que no haya otras estructuras allí), ciertamente, no querría aterrizar encima del muro. Es lógico, por tanto, que utilizar el carácter megalítico del muro en forma de U para afirmar que un podio —al que ni siquiera está conectado, y al que no ofrece apoyo— era una «plataforma de aterrizaje», diseñada para soportar pesos extremadamente elevados, donde «todos los aterrizajes y despegues de la lanzadera tenían que tener lugar»[716], es ignorancia o falsedad, o bien ambas cosas.

Además, incluso en el supuesto de que el complejo de Baalbek fuera megalítico —lo que en modo alguno es el caso— debemos preguntarnos por qué extraterrestres tecnológicamente avanzados, capaces de cruzar el sistema solar en sus naves espaciales, necesitarían de una plataforma semejante para aterrizar. Si podían ir saltando de planeta en planeta, como Sitchin nos pide que creamos, ¿acaso su ciencia no les habría permitido construir algo de una tecnología más avanzada y más adecuado para tal propósito? En resumen, ¿no resulta evidente que Sitchin solo cogió la tecnología de la NASA de 1970 como su modelo y la proyectó en sus imaginarios astronautas antiguos?

Conocí en persona a Zecharia Sitchin, cené un par de veces con él en Nueva York y una vez lo llevé en coche desde Stonehenge hasta Londres cuando estuvo visitando Inglaterra. Me caía bien, y creo que hizo algunas buenas investigaciones; pero al menos respecto a Baalbek no tengo ninguna duda —tras explorar el lugar yo mismo— de que su tesis de la «plataforma de aterrizaje» es fundamentalmente errónea. Esto no quiere decir, no obstante, que todas las ideas de sus libros estén igualmente comprometidas. Los textos cuneiformes mesopotámicos, que no podía ni leer ni traducir, como afirmaba (sus «traducciones» eran adaptaciones, hasta cierto punto «noveladas», del trabajo de destacados especialistas), en realidad contienen material de gran interés, y creo que tenía razón al ver en ellos indicios de alta tecnología.

Pero esta tecnología ¿era «extraterrestre» o humana? Es una cuestión a la que regresaremos en el capítulo 16, cuando reposemos lo que se sabe de verdad sobre ciertos seres poderosos que aparecen mencionados en la Biblia y otros textos antiguos como «los nefilim» y «los vigilantes».

El sillar más grande del mundo

«Me he dado cuenta de que los arqueólogos casi nunca se muestran receptivos a la noción de antiguos astronautas —escribió Elif Bauman en un artículo sobre Baalbek en *The New Yorker* el 18 de diciembre de 2014—, si bien uno podría sostener que, cuando los arqueólogos fueron a buscar respuestas, lo único que consiguieron encontrar fue un bloque todavía más grande y misterioso»[717].

¡Vaya que sí! En junio de 2014, solo un mes antes de mi llegada a Baalbek, el Instituto Arqueológico Alemán realizó un descubrimiento sorprendente en las canteras que se encuentran a 800 metros al sur del templo de Júpiter. Ahí se sabía desde hacía mucho tiempo que yacían dos megalitos gigantes más pesados, y por un margen apreciable, que cualquiera de las piedras del trilito. Lo que nadie había sospechado, no obstante, a pesar de un siglo de investigaciones bastantes intensivas en torno a Baalbek, era que un inmenso tercer bloque yacía enterrado y oculto a la vista bajo los sedimentos acumulados en la cantera con el paso de los milenios. Los arqueólogos decidieron no anunciar su descubrimiento al mundo hasta finales de noviembre de 2014; pero, como lo habían desenterrado en junio, yacía a la vista cuando visité la cantera por primera vez el 10 de julio, y un vendedor local —que afirmaba que el descubrimiento en realidad es suyo y que los alemanes simplemente se lo apropiaron— se esforzó en llamar mi atención al respecto.

La cantera está dividida en dos partes por una carretera, y en la parte que te encuentras según llegas desde los templos se halla la famosa «piedra de la mujer embarazada», conocida también como la «piedra del sur», que lleva decorando las postales de Baalbek cien años y era conocida de viajeros como David Urquhart desde mucho antes. Mide 21,50 metros de longitud, 4,20 metros de altura y 4,30 metros de anchura. Pesa 970

toneladas[718]. Del otro lado de la carretera un segundo megalito más grande, que yacía desde tiempo inmemorial sin ser descubierto, fue excavado en la década de 1990. Mide 20,5 metros de largo, 4,56 de ancho y 4,5 de alto; su peso se ha calculado en 1.242 toneladas[719]. Pero el megalito descubierto en junio de 2014 tiene una masa incluso mayor que los anteriores, pues con 19,60 metros de largo, 6 metros de ancho y 5,5 metros de alto se estima que pesa 1.650 toneladas[720].

Fue este recién excavado megalito, el bloque individual de piedra más grande extraído nunca de una cantera en el mundo antiguo, el que me señaló emocionado el vendedor durante mi visita. Su superficie superior se encuentra a menos de 2 metros por debajo del borde inferior de la piedra de la mujer embarazada, que se encuentra justo al lado y en paralelo a ella. Y, al igual que ella, está perfectamente cortado y tallado, listo, tras quitarle la rebaba, para ir directo al muro en forma de U para el cual estaban sin duda destinados los tres bloques gigantes.

Paso varias horas visitando estos bloques extraños y como de otro mundo. Me siento como si estuviera haciendo montañismo. La escala es tan inmensa, y de algún modo tan «alienígena», que me entra una especie de alejamiento de la realidad diaria y pierdo toda noción del tiempo. Me doy cuenta de que la piedra de la mujer embarazada parece haber sido cortada en la base, donde sale de la roca con un tajo limpio y recto. ¿Cómo se hizo? No importa dónde me ponga —arriba, debajo, al lado— quedo empequeñecido por este monstruoso producto de mentes antiguas que no se pueden conocer. La idea misma de que alguien, en una época remota, pudiera concebir esto, cortarlo, darle forma por entero y luego, al final, limitarse a dejarlo ahí, abandonado, olvidado, me resulta incomprensible. Cuando más lo estudio, más detalles observo de la precisión del trabajo, la escala de la empresa y las ganas e imaginación que se pusieron en su creación, y más convencido quedo de que tanto él como sus compañeros de la cantera, el trilito y los demás megalitos de Baalbek, no son obra de los romanos.

¡Sé lo profundamente en desacuerdo que está Lohmann! Pocos meses después, en febrero de 2015, él y yo mantendremos una correspondencia de cierta extensión a lo largo de varios días. Amable, responderá a mis muchas

preguntas y me ayudará a comprender algunas de las complejidades de Baalbek que se me escaparon cuando estuve allí. Defenderá excelentemente la procedencia romana de todo el vasto conjunto. Incluso me enviará una fotografía del tambor de columna incorporado a la base del muro del trilito y me escribirá:

> *En mis recientes trabajos localicé este fragmento de tambor de columna, lo excavé de nuevo y lo medí al milímetro para determinar el diámetro de la columna. Estudié la estructura de la superficie y los restos del trabajo de los canteros comparándolos con las columnas del templo de Júpiter y la litología. El fragmento estaba claramente trabajado en los laterales para convertirlo en un sillar y recibió los bonitos bordes afilados que tienen todos los sillares de la fase del templo romano de Júpiter (incluidos los megalitos)*[721].

Mi respuesta fue:

> *En primer lugar, para dejarlo perfectamente claro, no pongo en duda que este fragmento provenga de un tambor de columna del templo romano de Júpiter. Está claro que lo es. Y no pongo en duda la fecha generalmente admitida para las columnas del templo romano de Júpiter. Pero este fragmento es una parte muy importante de la (¡formidable!) construcción lógica que tú y tus colegas utilizáis para establecer la cronología del trilito y sobre la que otros se han basado al mencionar la fecha del mismo. En lo que me gustaría profundizar un poco más, por tanto, es en tu nivel de certeza de que ese fragmento de tambor de columna fue colocado allí al mismo tiempo que la construcción original del muro occidental. Está bien cortado y tallado, estoy de acuerdo; pero sigue destacando como un pegote (especialmente ahora que lo veo limpio en la foto que tan amablemente me has enviado). Parece una intrusión, extraña y rara; muy diferente del resto de bloques de esa hilada. En pocas palabras, creo que se puede defender que es más probable se trate de una reparación posterior del muro que de una parte integral del muro original. A este argumento le proporciona cierto apoyo que sabemos que los árabes estuvieron reparando constantemente los muros de todo el lugar, en ocasiones utilizando tambores de columna para hacerlo; por tanto ¿por qué no puede ser este uno más de esos arreglos? ¿Cuál es la prueba arqueológica absolutamente irrefutable que excluya por completo, realmente y de una vez por todas esta posibilidad? Te estaría inmensamente agradecido si pudieras tratar este punto en tu respuesta*[722].

Lohmann me respondió al respecto de inmediato:

> *El fragmento solo es uno más de los indicios que muestran la sincronicidad entre el podio megalítico y el templo, que no es un descubrimiento nuestro, sino algo conocido por la ciencia desde hace más de cien años; cuando menos desde las excavaciones del equipo alemán en 1900-1904. Sí, destaca; pero no, no es diferente a los demás. Los constructores del templo eran bastante pragmáticos: cuando la estructura iba a quedar escondida bajo la tierra o detrás de algo no se preocupaban por alisar las superficies o dejarla bonita […]. Lo más importante cuando se estaba construyendo es que el sillar estuviera perfectamente alisado por arriba y por abajo, y luego los dos lados, para crear un muro sólido y estable; y eso es lo que se le hizo a la columna, exactamente del mismo modo romano que se hizo con los bloques que la rodean. Si miras la longitud del fragmento y te imaginas en su lugar un agujero en el muro, los sillares más pequeños de encima se caerían, creando mayor inestabilidad en la estructura de encima. Aquí se necesita la conexión de fricción/cierre con fuerza (traducciones de kraftschluss en mi diccionario… ¡barreras lingüísticas!), no se puede reemplazar simplemente un sillar en una hilada de «sogas». En segundo lugar, las reparaciones árabes en los muros romanos tienen un aspecto muy distinto: utilizaban bloques más pequeños y nunca hubieran sido capaces de ajustar tanto el bloque […]. Las reparaciones medievales nunca tienen unas juntas tan estrechas. Es la comparación de la precisión, lo que hace que un ingeniero como yo esté cien por cien seguro*[723].

Tras examinar nuestras propias fotografías del muro del trilito —Santha tomó una buena cantidad de ellas mientras estuvimos allí—, no quedé

convencido por el argumento de Lohmann. En primer lugar (véase la foto 40), este tambor de columna no está «escondido bajo la tierra o detrás de algo». Está bien a la vista en la hilada inferior del muro y destaca como un pegote. Está hecho de una piedra muy característica, mucho más oscura, y tiene un «aspecto» muy diferente a cualquier bloque cercano. De hecho, es bastante única. En segundo lugar, en cuanto a la precisión, no estoy de acuerdo en que el tambor de columna no pueda ser una reparación árabe. En las fotos 42 y 43 el lector encontrará un ejemplo de otro tambor de columna que ciertamente es parte de una reparación árabe de los muros de Baalbek y su precisión es tan buena como la del tambor de columna de la base. La otra posibilidad que he considerado, que pueda ser una reparación romana de un muro prerromano, sigue estando ahí. Si el bloque inferior al que reemplaza este bloque improvisado hubiera estado muy dañado y se hubiera tomado la decisión de reemplazarlo, los dos pequeños bloques rectangulares de encima (los que Lohmann dice «se caerían, creando mayor inestabilidad en la estructura de encima») tendrían que haber sido quitados a la vez.

Pero la siguiente hilada está colocada de tal modo que ninguno de los otros bloques en ella se hubiera caído, como tampoco se hubiera creado ninguna inestabilidad en el inmenso megalito de la hilada de por encima, que está soportada por no menos de 5 grandes bloques horizontales, 3 de los cuales no se hubieran visto afectados en absoluto por la retirada de los 2 bloques más pequeños de debajo, mientras que los otros dos se habrían mantenido en su sitio por la «conexión de fricción». Una vez el tambor de columna hubiera sido cortado al tamaño adecuado y colocado al nivel del suelo, los 2 bloques más pequeños habrían podido ser colocados en el muro encima de ellos, completando así una reparación muy limpia y efectiva.

Hay otra cosa más, un punto fundamental de desacuerdo, relativo a lo que yo veo como un muro megalítico en forma de U que rodea el podio 1; pero que Lohmann ve como las primeras hiladas del podio 2. Me dice que «dejando un lado el tamaño de los sillares», lo que yo llamo muro megalítico en forma de U es «la parte inferior del podio de un templo romano después de la época augusta». Me pide que le eche un vistazo al podio de la Maison Carrée de Nimes[724], y sugiere que el templo de Baco en el propio Baalbek también tiene un podio similar[725]. Me manda enlaces

a fotografías. «Si las amplias —escribe—, puedes ver las piedras de la segunda hilada sobre la hilada de la base, correspondiente al trilito»:

Mi respuesta:

> *Escribes que el podio megalítico del templo de Júpiter, si bien a una escala evidentemente muy distinta, es la «forma estándar del podio de un templo romano»; pero no estoy seguro de verlo en las fotos cuyo enlace me has mandado. Te adjunto una de las nuestras del templo de Baco […] (el mismo ángulo de la que me has mandado)*[726]*. Muestra un podio con un único lado recto (a excepción del reborde que hay arriba y abajo), mientras que el podio del templo de Júpiter produce un efecto más escalonado con la fila de inmensos bloques megalíticos, que según nuestra correspondencia forma parte de la hilada inferior del podio del templo Julio-Claudio, muy alejada del muro que hay por arriba, encima del cual se encuentran el peristilo. Supongo que el parecido sería mayor si la hilada megalítica hubiera sido completada y extendida hasta la parte superior del muro; pero el peristilo hubiera seguido estando retrasado varios metros respecto a la parte superior, en vez de casi unirse con la parte superior, como en el templo de Baco. En resumen, que cuando amplío el podio del templo de Baco realmente no veo bloques, dejando a un lado la escala, que se correspondan con los bloques del trilito. ¿Hay algo evidente que se me esté escapando?*[727]

También pregunté: «¿Has encontrado materiales orgánicos procedentes de buenos puntos del “podio 2”; los has fechado por carbono 14?»[728].

Sobre las fechas de carbono 14, Lohmann me responde que «desgraciadamente» no se ha conseguido ninguna:

> *La historia de constantes cambios del edificio, además de los profundos niveles de excavación de los últimos cien años, no han dejado ningún material arqueológico u orgánico que pudiera ayudarnos con esto*[729].

A su modo, esto es toda una revelación para mí, pues significa —por utilizar una metáfora inadecuada— que todo el edificio de la cronología arqueológica del llamado «podio Julio-Claudio» —podio 2— del templo de Júpiter descansa sobre unos cimientos en los que no existe en absoluto ninguna evidencia cronológica científica. ¡Esto no significa que las fechas de radiocarbono para los yacimientos arqueológicos no sean problemáticas! Como hemos visto en capítulos anteriores, a menudo son muy problemáticas…, a no ser que pueda demostrarse, como sucede en el caso de Göbekli Tepe, que los restos habían «sellados» en un momento concreto y no haya posibilidad de una intrusión subsiguiente de materiales posteriores que pudieran proporcionar una fecha falsamente moderna.

Pero, el caso es que no hay fechas de carbono 14, problemáticas o no, para el podio 2. De ello se desprende, por lo tanto, que la cronología ortodoxa de esta increíblemente interesante y peculiar estructura se basa por completo en factores estilísticos; de que ciertos estilos de edificios pueden ser asociados con culturas específicas y períodos específicos y el «estilo» visible en el podio 2 es por completo apropiado para la época «Julio-Claudia» de la construcción romana.

En mi opinión, el argumento estilístico en Baalbek no está tan claro como debería, dado lo mucho que de él depende nuestra comprensión del yacimiento. Y, en respuesta a mi pregunta sobre la posición del peristilo (es decir, el porche o salón con columnas en los cuatro lados que rodea la cella —el edificio interno— del templo), Lohmann admite que existe una anomalía estilística:

> *Sí, normalmente el peristilo descansaría en el borde del podio, como hace en el templo de Baco. Así sería siguiendo ejemplos romanos. (Mars-Ultor en el Foro romano es un hito arquitectónico al respecto)*[730]*. Es una de las rarezas de Júpiter*[731].

Por otro lado, Lohmann señala que existen templos donde el peristilo está retrasado del modo en que imagina habría terminado estando en Baalbek si el podio 2 hubiera llegado a completarse; por ejemplo, el templo de Bel en Palmira, el templo de Zeus en Aizanoi (Turquía) y el colosal templo de Tarsos (Turquía). Escribe:

> *En mi opinión, esto se debe a que tanto el templo de Bel como el de Júpiter en Baalbek fueron construidos sobre podios más antiguos (herodiano en Baalbek, helenístico en Palmira) y tuvieron que encontrar una solución para introducir dentro un podio romano del siglo i a la última moda bajo el templo (solo ligeramente) más antiguo. La terraza de Baalbek era inmensamente elevada, de modo que el podio tenía que ser colosal y en Palmira el peristilo ya existía, de modo que el podio fue erigido alejado*[732].

Además, Lohmann mantiene su postura sobre la cuestión de la forma del podio 2, la cual, a pesar de estar incompleto, ve bastante normal:

> *Un podio estándar consiste en un perfil inferior (el borde, como lo llamas), el «astil» o parte vertical (en Baalbek es la capa del trilito […]) y un borde superior…*[733]

Adjunta un diagrama arquitectónico del podio de Hosn Niha, otro templo romano del Líbano en apoyo de su afirmación[734]. No obstante, a mí me parece sorprendentemente *distinto* al podio 2 de Baalbek y la hilada

que quiere que compare con la del trilito solo tiene 1,58 metros de alto, mientras que el trilito, como hemos visto, tienen 4,34 metros de altura.

Como ya he comentado, creo que Daniel Lohmann presenta un caso sólido, pero nada en nuestra correspondencia me demuestra que el muro megalítico en forma de U (que rodea, pero no soporta, el podio 1 sobre el cual el templo de Júpiter de hecho descansa) sea obra de los romanos. Puede tener razón, pero también estar equivocado y, en el contexto de todos los demás indicios de todo el mundo sobre una civilización perdida, considero adecuado mantener la mente abierta respecto a Baalbek.

Por último, no obstante, es lo que veo en la cantera lo que me convence de ello, porque hemos de preguntarnos por qué tres inmensos bloques de entre 1.000 y 1.650 toneladas fueron dejados allí.

La respuesta convencional es que los romanos, tras haber extraído estos bloques excepcionalmente grandes, se dieron cuenta de que no podían moverlos y sencillamente los abandonaron. Pero esta explicación tiene poco sentido. Si el argumento de que los romanos fueron responsables del muro megalítico en forma de U es correcto, entonces sabemos que continuaron construyendo un extenso templo dedicado a Júpiter utilizando bloques de piedra más pequeños. Por tanto, lo lógico hubiera sido que su primera fuente para los múltiples bloques más pequeños que necesitaban fueran los inmensos megalitos que, según el argumento de la arqueología, habían descubierto que no podían sacar de la cantera. Los romanos eran gente práctica, que no hubieran permitido que un trabajo tan laborioso se echara a perder. En vez de abrir nuevas secciones en la cantera, ¿acaso no habrían utilizado esos gigantescos, y casi por completo extraídos, bloques de más de 1.000 toneladas para cortarlos en megalitos más pequeños y manejables para la construcción del resto del templo?

Resulta del todo desconcertante que no lo hicieran y, por tanto, el hecho de que esos bloques gigantescos casi terminados sigan en la cantera, y nunca fueran cortados en bloques más pequeños y utilizados en la construcción general del templo de Júpiter, me sugiere fuertemente que los romanos ni siquiera sabían que estaban allí; del mismo modo que el Instituto Arqueológico Alemán, a pesar de un centenar de años de excavaciones, no supo hasta junio de 2014 que allí había un tercer bloque

gigantesco. A su debido tiempo, me dicen, «nueva información sólida sobre la cronología y los aspectos prácticos de la extracción de megalitos» puede aparecer; pero esa información no está disponible mientras escribo estas líneas[735]. La espero con interés, pero también con algunas dudas respecto a si aclarará algo o sencillamente planteará más preguntas.

Somos una especie con amnesia. Los devastadores impactos de cometa que pusieron en marcha el Dryas Reciente hace 12.800 años y causaron dos episodios de inundaciones mundiales, uno al principio y otro al final del Dryas Reciente, nos hicieron olvidar mucho. La recuperación de la memoria a partir de los fragmentos que restan es logísticamente complicada y psicológicamente dolorosa… como demuestran la complejidades y décadas de disputas en torno a Baalbek. Pero los mensajes todavía nos alcanzan desde el profundo y distante pasado en las palabras de los sabios, en los hechos de los magos y en los poderosos monumentos que nos dejaron detrás para despertarnos en el momento del Gran Retorno.

Sexta parte

ESTRELLAS

Capítulo 14

LAS PUERTAS DEL SOL

Al día siguiente, seguía dando vueltas a Baalbek mientras atravesábamos en coche la magnífica costa de la bahía de Junieha para recorrer 38 kilómetros en dirección norte hacia Biblos, el antiguo puerto fenicio que afirma, con cierta justificación, ser la ciudad del mundo que más tiempo lleva estando habitada de forma continua. Los arqueólogos han establecido que estaba ocupada en fechas tan tempranas como el 8800 a. C.[736], mientras Göbekli Tepe todavía seguía funcionando[737]. En el 5000 a. C., Biblos era un yacimiento floreciente y estable que desde entonces siempre ha contado con población humana[738]. En el 3000 a. C., cuando era conocida como Gubla, o Gebel, había crecido hasta convertirse en un puerto y ciudad clave de la antigua costa cananea[739]. Fueron los griegos quienes después la llamaron Biblos, cuando servía de centro de un lucrativo comercio de papiro con Egipto (*bublos* es la palabra griega para «papiro»)[740]. Del mismo modo, el lector recordará del capítulo 13 que «fenicio» era el nombre griego para los cananeos, que era como los propios fenicios se referían a sí mismos. Para simplificar, continuaré utilizando aquí los términos «fenicio» y «cananeo» de forma indistinta y llamando «Biblos» a la antigua Gubla/Gebel.

Según entramos en Biblos, con sus cafés con terrazas y sus palmeras y el Mediterráneo a los pies de su bonito puerto en forma de media luna, lo que me ronda la cabeza es una pregunta sobre Baalbek. ¿Por qué los romanos no eligieron construir el mayor y más espectacular templo de todo el Imperio en la propia Roma? O, al menos, si por algún motivo se vieron obligados a construir el templo de Júpiter en el Líbano, ¿por qué no erigirlo en un centro comercial importante y prestigioso como Biblos? Y, si no en

Biblos, ¿por qué no en otro de los renombrados puertos fenicios a lo largo de la misma costa, como Tiro o Sidón?

¿Por qué Baalbek para el templo de Júpiter? Esa es la cuestión; pero no hay una respuesta sencilla, porque arqueólogos e historiadores admiten que no existe ni un átomo de evidencia que «nos cuente quién encargó, pagó o diseñó parte alguna del complejo»[741]. Por lo tanto, solo podemos especular sobre los motivos. Cuando se considera la escala de la empresa, la verdad es que resulta bastante sorprendente que ningún emperador, ningún general y ningún arquitecto reclamaran el crédito de ella; pero lo cierto es que este templo se encuentra peculiarmente ausente de los anales de los romanos y de todos los demás pueblos durante muchos siglos después de haber sido construido[742].

Solo con Macrobio, que escribió en el siglo v a. C. (para entonces Baalbek hacía tiempo que estaba cristianizado), tenemos una mención al dios que allí era adorado[743]. Es casi como si un hechizo de silencio hubiera sido lanzado sobre el lugar por los magos de una era pasada y los romanos hubieran caído bajo su influencia, permitiéndose quedar afectados por ella, incluso mientras erigían las inmensas columnas y tímpanos de sus propios templos. Como consecuencia, como observa el historiador de la arquitectura Dell Upton, «la antigua Baalbek es un invento de nuestra imaginación»[744]. Incluso el propio yacimiento, tal y como lo vemos ahora, es en cierto sentido una obra de fantasía, pues mucho de él:

> *Fue reconstruido por la misión arqueológica alemana a principios del siglo xx y por arqueólogos franceses y libaneses en las décadas de 1930, 1950 y 1960. Los demás lo conocemos por dibujos del complejo reconstruido en un estadio mítico de compleción*[745].

Es una continuidad de esa «creación de mitos» arqueológica, creo, la que lleva a Daniel Lohmann a la paradójica especulación de que los constructores de la Baalbek romana eran «megalómanos», a pesar del hecho de que fueron tan modestos que nunca buscaron asociar su nombre a ninguno de los «pasos gigantes hacia la monumentalidad» que aquí se

dieron[746]. Por supuesto, el más gigantesco de esos pasos «megalómanos», si Lohmann está en lo correcto, fue el inacabado intento de dotar al templo de Júpiter de un podio puramente cosmético que no recibía carga alguna, que —de haber sido terminado— hubiera alcanzado en torno a los 15 metros de altura (dejando pequeño al podio de cualquier otro templo romano) y hubiera estado hecho con bloques con un peso de cientos de toneladas y, en el caso del trilito, cercanos a las 1.000 toneladas. En el marco de referencia de Lohmann, que es el mismo que el de cualquier arqueólogo del siglo pasado, solo unos megalómanos habrían contemplado semejante tarea.

No obstante, dado que todos estamos especulando, ofrezco la hipótesis alternativa de que los romanos eligieron Baalbek para el templo de Júpiter —que era un lugar tan especial para ellos—, precisamente *porque* el muro en forma de U que Lohmann cree era la base de su podio «megalómano» ya estaba allí, llegado desde la época de los propios dioses y merecedor de veneración en épocas posteriores solo para honrar a esos dioses antiguos, en vez de para exaltar los nombres e inflar los egos de aquellos que los honraban.

Adoradores de estrellas

El monumento principal de la Biblos actual es el castillo de las Cruzadas (siglo xii d. C.) que domina las ruinas de los templos fenicios y romanos. Resulta interesante, también, que este castillo cruzado, reconstruido y reparado en muchas ocasiones, tenga al menos una docena de tambores de columnas romanas reutilizados en sus muros; un recordatorio de que, en esta región, nunca puedes tomar del todo un fragmento de arquitectura por lo que parece a primera vista.

Pero el castillo es un maravilloso lugar para hacerse una idea de la vieja, de hecho verdaderamente antigua, ciudad de Biblos, desde la cual marineros fenicios navegaron antaño a todos los puntos del mundo conocido y más allá; pues la sugerencia de que los fenicios alcanzaron las Américas miles de años antes que Colón continúa siendo apoyada por evidencias intrigantes, si bien fragmentarias[747]. También hay una

misteriosa conexión con el antiguo Egipto que va más allá del comercio de papiro entre ambos pueblos antiguos.

Esta relación tiene que ver con el dios Osiris, cuya imagen celestial los antiguos egipcios vieron en la constelación de Orión. Padre de Horus y esposo de Isis, la diosa de la magia, Osiris era, según la tradición, un gran rey de épocas primordiales, que ofreció los presentes de la civilización a aquellos que deseaban recibirlos[748]. Tras liberar a los lugareños de Egipto

> *de sus miserables y bárbaras maneras, les enseñó cómo trabajar la tierra y cómo plantar y recoger las cosechas, formuló un código legal para ellos, y los hizo adorar a los dioses y realizar el servicio para ellos. Luego dejó Egipto y viajó por el resto del mundo enseñando a las demás naciones a hacer lo que sus propios súbditos estaban haciendo. No obligó a nadie a llevar a cabo sus instrucciones, pero, mediante una gentil persuasión y la llamada a la razón, consiguió inducirlos a practicar lo que predicaba*[749].

Las hazañas de este gran maestro civilizador según quedan recogidas en los antiguos anales egipcios son, por supuesto, reminiscentes de la misión de esas compañías de dioses, magos y sabios de quienes los textos de Edfu nos dicen que «erraron por la tierra» en sus grandes barcos tras la inundación que destruyó sus tierras ancestrales, buscando conseguir la resurrección del mundo antediluviano. Y el antagonista, Seth, que aparece en la tradición de Edfu y termina siendo derrotado y sometido por Horus, también representa un papel clave en el ciclo de mitos de Osiris. Conjura contra el rey-dios mientras este se encuentra fuera en su misión civilizadora y a su regreso se las ingenia para asesinarlo con la ayuda, significativamente, de setenta y dos conspiradores[750]. Se trata de un código, pues, como recordará el lector, el número 72 se encuentra en el núcleo del ciclo precesional; el número de años necesarios para que se produzca un movimiento precesional de un grado.

Se nos dice que el cuerpo de Osiris fue colocado en un sarcófago por Seth y los otros conspiradores y arrojado al Nilo, desde donde la corriente lo lleva al norte y hasta el mar Mediterráneo. Las olas llevaron la caja hasta la costa del Líbano

> *y embarrancó en Biblos, y nada más descansar en el suelo un gran árbol floreció y, al crecer alrededor de la caja, la tapó por todos lados. El rey de Biblos se maravilló del tamaño del árbol e hizo que lo cortaran y ordenó que se tallara un pilar para su palacio con la porción del tronco que contenía la caja*[751].

Tras descubrir dónde se encontraban los restos de su esposo, Isis embarca hacia Biblos en un navío, va al palacio y consigue que la nombren niñera de los hijos del rey. Cuando nadie la observa, se transforma en una golondrina y vuela entorno al pilar, lamentándose. Al final revela su verdadera identidad y convence al monarca para que le dé el pilar, de donde saca el sarcófago que contiene el cadáver de su esposo Osiris y regresa con él a Egipto[752].

Lo que viene después es una larga historia, en la que no tenemos necesidad de adentrarnos, pero el resultado es la resurrección de Osiris en el cielo como la constelación de Orión, donde, como dios-estrella, reina sobre el reino de la otra vida, con su consorte Isis a su lado como la brillante estrella Sirio (llamada Sopdu o Sept en la antigua lengua egipcia, a menudo transformada en griego en Sothis)[753]. En un texto que deja especialmente claras estas identificaciones estelares, Isis le habla así a Osiris:

> *Tu imagen sagrada, Orión en el cielo, se alza y se pone cada día; soy Sothis que lo sigue, y no renunciaré a él*[754].

Y en los *Textos de las pirámides* leemos, entre muchas recitaciones similares, que «Osiris ha llegado como Orión»[755]. Otras múltiples referencias también identifican a los faraones fallecidos con Osiris y con las estrellas de Orión y Sirio, por ejemplo:

> *Oh, carne del rey, no te descompongas […]. Debes alcanzar el cielo como Orión, tu alma debe ser efectiva como Sothis…*[756]

E igualmente:

> *Oh, rey, el cielo te concibe con Orión, la luz del amanecer te trae con Orión. Quien vive, vive por orden de los dioses, y tú vives. Ascenderás regularmente con Orión desde la región oriental del cielo, descenderás regularmente con Orión a la región occidental del cielo*[757].

A partir de tales textos, el egiptólogo Selim Hassan dice:

> *Creo que no se puede negar que, en un momento de su historia, los egipcios creían que las almas de su rey o bien se mezclaban con las estrellas, o se convertían en una estrella […] y esta tradición nunca murió por completo. Además, la asociación de las pirámides de Guiza con el culto estelar fue largamente mantenida mediante la tradición y las de Khufu y Khafre conservaron la reputación de estar conectadas con la adoración de estrellas hasta el período árabe*[758].

En el mismo pasaje, Hassan realiza una observación de la mayor relevancia para mi investigación. Dice:

> *En el diccionario geográfico, Mogam-el-Buldan, de Yakut el-Hamawi (vol. VIII, p. 457, edición de El Cairo), se dice, tras dar las dimensiones de las dos más grandes pirámides de Guiza: «Hacia ambos los sabios hacían su peregrinación». Evidentemente, los sabios era adoradores de estrellas y si supongo bien derivan su nombre de la palabra egipcia sba, «estrella». Los sabios eran seguidores de una antigua religión […] adoradores de las huestes del cielo, los cuerpos celestes […]. Cualquiera que pueda haber sido el origen de su nombre, el hecho es que reconocían por completo a las pirámides de Khufu y Khafre con monumentos relacionados con el culto estelar y las reverenciaban como lugares de peregrinación*[759].

La relación que establece Hassan es notable, porque la ciudad de origen de los sabios, desde tiempo inmemorial, es Harrán, en la Turquía suroriental[760], a unos pocos kilómetros de Göbekli Tepe. Por otra parte, además de ser «adoradores de estrellas», los sabios de Harrán eran seguidores de los *Libros de Thot* —véase el capítulo 11—, en los cuales el antiguo dios de la sabiduría egipcio había recogido las «palabras de los sabios». De hecho, en época islámica (cientos de años después de la revelación del Corán al profeta Mahoma en el siglo vii d. C.), los sabios consiguieron exenciones a la persecución a manos de los musulmanes afirmando que no eran paganos, sino «gente del Libro», distinguidos, como los cristianos y los judíos, por su posesión de unas Escrituras reveladas por la divinidad[761]. Cuando les pedían que enseñaran su «libro», mostraban una copia de los textos herméticos, los escritos griegos y latinos que supuestamente recogen los diálogos entre Thot (el Hermes de los griegos, el Mercurio de los romanos) y varios de sus pupilos[762]. Es de destacar que Thot, además de ser el dios de la sabiduría, era también el «señor de la luna»[763], y que el mayor templo de Harrán estaba dedicado al dios luna de su propio panteón, cuyo nombre era Sin[764]. Por último, pero no menos

importante, Filón de Biblos nos dice que Sanjuniatón, la fuente de su *Historia de los fenicios*,

> *investigó cuidadosamente los libros de Taautos. Lo hizo porque se dio cuenta de que Taautos era la primera persona bajo el sol que pensó en inventar la escritura y que comenzó a conservar registros, sentando las bases como tales, del aprendizaje. Los egipcios lo llaman Thout y los Alejandrinos Thot y los griegos tradujeron su nombre como Hermers*[765].

Nos quedamos unas horas más en Biblos. Las excavaciones en la ciudad antigua se centran en el castillo de los cruzados. Hay una columnata romana; un pequeño teatro; baluartes fenicios; los restos (poco más que los cimientos) del templo de Baalat-Gebel, *circa* 2800 a. C. y dedicado a la diosa patrona de Biblos; y el llamado templo en forma de L, *circa* 2600 a. C. (un lago sagrado separaba antaño los dos edificios). Encima de un podio se yerguen varios obeliscos pequeños y bastos; es el templo de los Obeliscos, *circa* 1900-1600 a. C. Aquí se encuentran los restos de la necrópolis real de los reyes de Biblos, *circa* siglos xviii-x, pero entremezclada con todo esto, muy próxima, se encuentra la zona neolítica, que se remonta al 5000 a. C. y más allá, donde los habitantes de Biblos empezaron a crear suelos de caliza compactada entorno al 4500 a. C.[766]

Todas estas ruinas y restos están entremezclados de forma promiscua, uno encima de otro, uno entorno a otro, siglo sobre siglo, milenio sobre milenio, remontándose hasta la prehistoria y limpiados de forma exhaustiva por los arqueólogos y dejados a la vista como atracción turística. El yacimiento no me impresiona y, en ausencia del texto original de Sanjuniatón, en ausencia incluso de la *Historia* de Filón, más allá de los fragmentos supervivientes, siento que no hay mucho más que podamos hacer aquí.

Es el momento de seguir adelante.

Colina de pilares

Desde Beirut a Estambul es un vuelo corto y desde Estambul otro hasta la ciudad de Sanliurfa, que Santha y yo utilizaremos como base para visitar Harrán, la ciudad de los misteriosos sabios «adoradores de estrellas», y para regresar a Göbekli Tepe. No obstante, nuestro primer objetivo no es ninguno de estos lugares. En vez de ello nos dirigimos a un yacimiento todavía sin excavar que presenta todos los indicios de ser tan antiguo como Göbekli Tepe y que parece haber estado dedicado al mismo propósito misterioso. El nombre del yacimiento, cono he sabido por mis investigaciones previas, es Karahan Tepe; pero conocer su nombre es una cosa, encontrarlo otra muy diferente.

En julio, el sureste de Turquía parece un horno. Nuestro chófer habla inglés, de modo que no hay problemas de comunicación con él y, a su vez, él puede comunicarse con otros en nuestro nombre; pero nadie de quienes nos encontramos según atravesamos un paisaje de campos irrigados y colinas áridas parece tener ni la menor idea de dónde se encuentra Karahan Tepe. ¿Por qué deberían saberlo? No es sino otra colina y según todos se encuentra en medio de una zona muy desértica. Al final la encontramos, sin embargo, a unos 15 kilómetros al sur de la autopista principal E90 y a 65 kilómetros al este de Sanliurfa. Ahí es donde avistamos una pequeña casa de labranza rodeada de muros bajos y campos pobres al final de un bacheado camino de tierra. El campesino señala a una colina que se alza unos cientos de metros hacia el norte. Está en sus tierras, dice, pero somos bienvenidos para echar un vistazo. Nos asigna a su hijo quinceañero para que nos muestre cómo conducir nuestro coche lo más cerca posible del yacimiento, luego salimos y continuamos el resto del camino a pie.

El *tepe* es una cresta de caliza que va aproximadamente de norte a sur con laderas empinadas, cubiertas de un terreno quebradizo suelto, donde una hierba amarilla crece en sus laderas este y oeste. La cima de la cresta se encuentra a unos 705 metros sobre el nivel del mar; pero subiendo desde donde dejamos el coche son solo 50 metros y casi de inmediato empezamos a ver la característica forma de T de los pilares que nos es familiar por Göbekli Tepe. Se encuentran por todas partes entorno a los lados de la cresta, docenas de ellos, algunos organizados en círculos, otros en lo que parecen ser filas paralelas; pero todos ellos profundamente enterrados,

excepto las características partes superiores de la T, que sobresalen del suelo.

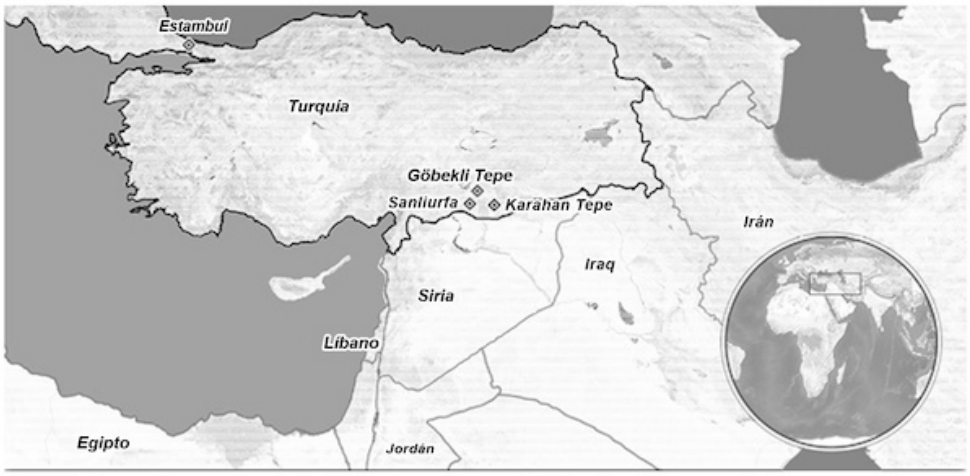


Figura 45.

Resulta extraordinario que, excepto para confirmar que Karahan Tepe es de la misma cronología que Göbekli Tepe, es decir, de hace entre 11.000 y 12.000 años, y de que fue abandonada hacia la misma época, es decir, hace unos 10.200 años, tras lo cual nunca volvió a ser ocupada[767], no se haya realizado ninguna excavación arqueológica en el yacimiento. Los lugareños, por otra parte, han estado ocupados buscando tesoros y en sus esfuerzos han dejado expuestos y rotos varios pilares, dos con serpientes talladas exactamente del modo en que las serpientes aparecen representadas en los pilares de Göbekli Tepe.

En la cima de la cresta encontramos numerosas depresiones semiesféricas, como pequeños cráteres, cortadas en la roca. Algunas poseen bordes muy claros y bien definidos que suelen tener 30 centímetros de diámetro y hasta 15 centímetros de profundidad; si bien las hay más grandes y más pequeñas. En la mayoría de los casos están agrupadas en conjuntos de 12 o más, en ocasiones en filas, en otras formando patrones circulares o en espiral; pero de un modo tan aleatorio que resulta difícil ver la lógica que hay detrás de ellos.

Como en Göbekli Tepe, está claro que la extracción de los pilares se realizó allí mismo y encontramos varios lugares donde surcos paralelos que marcan la forma de un pilar fueron tallados en la roca de la cresta. En la

cantera todavía hay *in situ* casi completo un pilar en forma de T que mide 4,5 metros de alto, por 1,5 metros de ancho y 80 cm de grosor[768]. Mirando desde allí al bosque de pilares de los que solo sus cabezas sobresalen de las laderas de la colina, no puedo sino preguntarme qué encontraríamos si se excavara adecuadamente. Göbekli Tepe ya ha reescrito la historia de la humanidad y aquí tenemos otro Göbekli Tepe, prístino, prácticamente intacto y nadie parece tener el menor interés en él. De hecho, hay incluso un fragmento de un bloque en forma de L cuidadosamente cortado que tiempo atrás formó parte de una «ventana» u «ojo de buey» —piezas similares se han encontrado en Göbekli Tepe—, que ha sido utilizado como parte del hogar para la fogata de algún pastor y ahora está ennegrecido con humo en un resguardado rincón de la cima de la cresta.

Me resulta incomprensible que un lugar tan importante como Karahan Tepe, con tanto por enseñarnos, pueda ser ignorado y se haga caso omiso de él. He dicho a menudo, como hice al final del capítulo anterior, que somos una especie con amnesia. Atribuyo nuestra gran capacidad de olvido, las páginas en blanco de nuestra memoria, a los terribles cataclismos que sufrió la Tierra al final de la Edad del Hielo; pero Karahan Tepe me recuerda que nuestro estupor es a menudo voluntariosamente autoinfligido, como si ya no nos preocupara conocer de dónde venimos y quiénes somos realmente.

Control del pasado

Al día siguiente, Santha y yo volvemos a Göbekli Tepe. Es julio de 2014 y Klaus Schmidt todavía está vivo; pero se encuentra pasando el verano en Alemania y solo unos pocos días después morirá de un ataque al corazón.

En su ausencia quiero echarle otro vistazo al yacimiento. Sobre todo, espero conseguir estar allí por la noche, de modo que pueda experimentarlo a cielo abierto y captar algo de su relación con las estrellas de arriba tanto como con la tierra de debajo. En cambio, lo que consigo es otra prueba más de cómo los humanos profanan a sabiendas los preciosos bienes que hemos heredado de nuestros antepasados.

En 2013, el vandalismo y desfiguramiento arqueológico del yacimiento estaban muy avanzados, pero casi no hay palabras para describir lo que ha

sucedido desde nuestra última visita. Una techumbre de madera inmensamente fea se yergue ahora por encima y cubre por completo los recintos megalíticos y pesadas plataformas cargadas con toneladas de piedras han sido colgadas debajo para impedir que el techo salga volando con un viento fuerte. Estas plataformas, junto con los puntales que soportan el techo y los destacados carteles de «No entrar» repartidos por la zona, hacen casi imposible ver los pilares megalíticos o apreciar su profunda y original belleza, así como su poder espiritual.

Lo que los arqueólogos han hecho —evidentemente, afirman que lo han hecho para «proteger» el yacimiento— es una parodia, una abominación, una obra maestra de la fealdad y nosotros, el público del mundo, de cuya herencia forma parte Göbekli Tepe, nos quedamos engañados y desprovistos. Simplemente, no puedo comprender el modo de pensar de quienes han podido encajonar, enjaular y aprisionar Göbekli Tepe de este modo. Soy incapaz de imaginar qué estaban pensando. E incluso si el techo es «temporal», como se afirma —sin duda hasta que uno más grande sea colocado en su lugar—, no es excusa. Mejor sin techo, ninguno (el yacimiento se las ha arreglado muy bien sin uno durante los casi diecinueve años transcurridos desde que comenzaron las excavaciones), ni siquiera cinco minutos de este abominable horror «temporal».

Además, tengo grandes dudas sobre cómo de «temporal» va a ser. El Instituto Arqueológico Alemán ha tardado casi un año en poner el tejado (ya estaban trabajando en él durante nuestra visita previa, en septiembre de 2013), se ha gastado un montón de dinero en él y me temo que no voy a verlo desmontado y reemplazado por algo más apropiado estéticamente para la majestad y misterio de Göbekli Tepe en mucho tiempo.

En cuanto a una visita nocturna y mi plan de ver las estrellas con los megalitos a mi alrededor… ¡Vaya chasco! El tejado ha separado por completo a Göbekli Tepe del cosmos. Da la sensación de que casi es un acto deliberado y calculado para disminuir su poder; como si alguien entre las autoridades se hubiera despertado de golpe y se hubiera dado cuenta de lo peligroso que este antiguo yacimiento se ha vuelto para el orden establecido de las cosas y lo subversivo que es en potencia para el sistema de control

mental, el cual por supuesto incluye el control del pasado, que mantiene a la sociedad moderna en orden.

Astrónomos en la Antigüedad

Esa noche, de regreso al hotel, estoy trabajando con mi portátil, revisando una pila de artículos científicos sobre Göbekli Tepe que me he descargado y traído conmigo. La mayoría de ellos son de revistas científicas, pero uno es de mi propia página web. Escrito por el ingeniero en ejercicio y geólogo medioambiental Paul Burley, no lo he leído desde que lo publiqué en marzo de 2013. Recuerdo haber sentido por entonces que era importante, aunque no puedo acordarme ahora mismo de por qué. Göbekli Tepe no era entonces tan relevante para lo que me preocupa como lo es ahora. Sin embargo, según voy leyendo el artículo de Burley a la luz de todo lo que he aprendido desde marzo de 2013, su mensaje principal y exactamente por qué es importante me llega como si fuera una dosis de adrenalina.

La oposición de Klaus Schmidt a cualquier forma de conexión astronómica en Göbekli Tepe, que mencioné brevemente en el capítulo 1, se basaba más en su profunda ignorancia propia sobre astronomía y su aversión por el tema que en cualquier otra cosa. No obstante, a pesar de la hostilidad del arqueólogo principal, varios científicos han estudiado Göbekli Tepe para ver si sus recintos, o los grupos de pilares dentro de ellos, revelan alguna alineación astronómica evidente. Todos esos estudios se muestran unánimes en que Göbekli Tepe es un yacimiento *profundamente astronómico*, que sus constructores estudiaron las estrellas con detalle y que fueron capaces de poner de manifiesto esas observaciones en las alineaciones de las estructuras sobre el suelo.

Aquí van unos pocos ejemplos.

El doctor Giulio Magli, profesor de Física Matemática en el Politécnico de Milán, es un destacado astrofísico que ha realizado estudios arqueoastronómicos en varios yacimientos y monumentos antiguos de todo el mundo. En 2013 publicó un artículo científico sobre Göbekli Tepe basado en precisas simulaciones por ordenador sobre los cambios en el cielo producidos por la precesión en largos períodos de tiempo**[769]**; un fenómeno

que ya hemos explorado. Magli sostiene que Sirio, la estrella que los antiguos egipcios identificaban con la diosa Isis, era objeto de un particular interés para los constructores de Göbekli Tepe:

> *Al simular el cielo en el x milenio a. C. resulta posible ver un fenómeno bastante espectacular ocurrido en ese período en Göbekli Tepe: el «nacimiento» de una nueva «estrella» y, ciertamente, no una normal, pues es la estrella más brillante y el cuarto objeto más brillante del cielo, Sirio. De hecho, en la latitud de Göbekli Tepe, la precesión puso a Sirio bajo el horizonte aproximadamente en los años entorno al 15000 a. C. Tras alcanzar el mínimo, Sirio comenzó a acercarse al horizonte y volvió a ser visible de nuevo muy baja y cerca del sur verdadero hacia el 9300 a. C.* **[770]**

Después, Magli demuestra que los puntos de aparición de Sirio a lo largo del horizonte, que también cambian lentamente como resultado de la precesión, parecen haber sido «seguidos» en Göbekli Tepe en el recinto D, recinto C y recinto B. Los azimuts medios extrapolados de esos recintos, tomados como las líneas medias entre los dos monolitos centrales en cada caso, se alinean con el azimut de salida de Sirio en el 9100 a. C., 8750 a. C. y 8300 a. C., respectivamente**[771]**. «Las estructuras de Göbekli Tepe —concluye Magli— fueron concebidas para celebrar, y luego seguir a lo largo de siglos, la aparición de una brillante estrella "invitada" en el cielo: Sirio»**[772]**.

El profesor Robert Schoch de la Universidad de Boston, aunque no es un astrónomo, también detectó alineamientos astronómicos en Göbekli Tepe, y en la misma región del cielo destacada por Magli. No obstante, Schoch llega a una conclusión diferente sobre cuáles son los objetos estelares que pudieron haber interesado a los constructores. «Se trata de una cuestión difícil de responder», escribe antes de ofrecer la siguiente hipótesis:

> *En la mañana del equinoccio vernal de circa 10000 a. C., antes de que el sol amanezca por el este verdadero en Göbekli Tepe, las Pléyades, Tauro y la parte superior de Orión estaban visibles en la dirección indicada por las piedras centrales del recinto D, con el cinturón de Orión cerca del horizonte mientras comenzaba a verse el amanecer (observado desde los puntos más favorables de la zona). Un escenario similar tiene que ver con la orientación de las piedras centrales del recinto C circa 9500 a. C. y para el recinto E, circa 9000 a. C. El recinto A está orientado hacia las Pléyades, Tauro y Orión en la mañana del equinoccio vernal circa 8500 a. C.; pero debido a los cambios precesionales, el cinturón de Orión entero no volvió a alzarse por encima del horizonte antes de que amaneciera. En torno al 8150 a. C. el cinturón de Orión permanecía por debajo del horizonte al amanecer durante el equinoccio vernal. Estas fechas encajan bien con el marco temporal establecido para Göbekli Tepe a partir de fechas de radiocarbono*[773].

Otros no astrónomos, como el autor Andre Collins y el ingeniero colegiado Rodney Hale, miraron en dirección opuesta a Schoch y Magli, es decir, al norte en vez de al sur, y encontraron fuertes alineamientos con la posición de Deneb, la estrella más brillante de la constelación del Cisne. De nuevo los alineamientos siguen los cambios en la posición de la estrella originados por la precesión[774]. La creciente impresión de que los constructores de Göbekli Tepe prestaron mucha atención a las estrellas y eran por completo conscientes de los efectos del movimiento precesional en el paisaje celeste quedó confirmada en enero de 2015, en un artículo de la revista *Archaeological Discovery* escrito por Alessandro de Lorenzis y Vincenzo Orofino, ambos del Departamento de Matemáticas y Física de la Universidad de Salento (Italia). Su conclusión es que Collins y Hale tenían razón y que, en el lado norte de sus orientaciones, «los pilares centrales de

los recintos estudiados están, de hecho, girados para mirar la puesta de Deneb»[775]. De Lorenzis y Orofino ajustaron las fechas proporcionadas por Collins y Hale, retrasándolas otros 200 años, pero estaban de acuerdo en que los sutiles cambios en la orientación de los recintos eran evidencias del seguimiento de la precesión[776].

El astrofísico Juan Antonio Belmonte también estudió las características astronómicas de Göbekli Tepe. Observó que entre los recintos circulares «hay uno con muros casi rectangulares, que están casi perfectamente alineados con los puntos cardinales»[777]. Ni que decir tiene, semejantes alineamientos, como el de la Gran Pirámide de Guiza en Egipto, no pueden haberse conseguido sin el uso de observaciones astronómicas igual de exactas.

Belmonte también le presta atención a la «profusa decoración» de los pilares T de Göbekli Tepe, llegando a la conclusión de que pueden representar:

> *Otras observaciones astronómicas, como el creciente lunar y la estrella, tan comunes en Oriente Medio […]. Luego están lo que puede ser interpretado como representaciones totémicas de animales, las cuales, si continuamos especulando, pueden simbolizar constelaciones como Leo, Tauro y Escorpio.*

Este es el momento adecuado para lidiar con los argumentos de Klaus Schmidt (véase el capítulo 1) de que no puede haber ninguna «figura astronómica» en Göbekli Tepe porque «las constelaciones del zodíaco no fueron conocidas hasta la época babilónica, 9.000 años después de Göbekli Tepe». No le dije nada sobre esta cuestión cuando lo entrevisté pues estaba más interesado en escuchar sus opiniones sobre Göbekli Tepe que en empezar un debate que posiblemente hubiera sido reñido. Parece claro, no obstante, que Belmonte no está de acuerdo con la posición adoptada por Schmidt.

Como tampoco, en realidad, el astrónomo e historiador de la ciencia Alexander Gurshtein, que remonta el primer reconocimiento y bautismo de

constelaciones —sobre todo la Osa Mayor— al 20000 a. C.[778] y un conocimiento más detallado del zodíaco en la época del 5600 a. C.[779]

No obstante, el arqueoastrónomo Michael Rappenglück remonta los orígenes del zodíaco todavía más atrás. Ha identificado una representación correcta de la constelación zodiacal de Tauro pintada hace más de 17.000 años en la habitación de los toros en la cueva de Lascaux, en Francia[780].

Rappenglück señala que hay cuatro momentos clave en el año, los equinoccios de primavera y otoño y los solsticios de invierno y verano. Ya hemos visto que desde hace mucho se considera que el «carácter» de una era mundial viene gobernado por la constelación zodiacal que «alberga» el sol durante el equinoccio de primavera; pero otras constelaciones también «albergan» las otras tres prominentes «estaciones del sol» durante el equinoccio de otoño y los solsticios de verano e invierno, y cuando un cambio de era tiene lugar con una de las constelaciones dando paso a otra en el equinoccio de primavera, también cambian las constelaciones que gobiernan las otras tres «estaciones».

No tenemos tiempo para presentar las evidencias con detalle, pero la esencia del argumento de Rappenglück relativo a Lascaux es que allí aparece representada toda la constelación de Tauro (en uno de los uros o «toros» de la sala de los Toros) y también por encima de su hombro, en un característico patrón de seis puntos, las seis estrellas visibles de las Pléyades, que forman un elemento muy reconocible de Tauro. Y lo que es más, a esta representación se le puede poner fecha:

> *Las Pléyades en el 15300 a. C. estaban muy próximas al punto del equinoccio de primavera […]. Las seis estrellas en la «salle des Taureaux», por tanto, representan un sorprendente y excelente marcador celeste para el comienzo del otoño […]. La época calculada astronómicamente se encuentra próxima de forma extraordinaria a la […] fecha de carbono-14 [para la actividad humana en esta parte de la cueva] correspondiente al 15300 a. C.*[781]

En otro trabajo, Rappenglück proporciona más evidencias convincentes de que nuestros antepasados, al menos desde una época tan temprana como la situada entre el 16000 a. C. y el 10000 a. C.,

> *reconocían patrones de estrellas sencillos y muy complejos, incluidos la Vía Láctea, la Cruz del Norte en la cueva de El Castillo (España), las Pléyades en la cueva de Lascaux (Francia) y las principales constelaciones del cielo en ese mismo lugar*[782].

También documenta un panel de roca en la cueva de La Tête du Lion (Francia), donde

> *se ve la combinación de un patrón de estrellas —Alderabán en el Toro y las Pléyades— que tiene encima un dibujo del ciclo de la Luna. Este dibujo procede de la época Solutrense [c. 20000-19000 a. C.]. Muestra, no solo una notable similitud con la representación de Lascaux, sino que claramente conecta el patrón de estrellas con parte del ciclo lunar*[783].

La conclusión de Rappenglück, y de nuevo me veo obligado a sintetizar, es que:

> *Los cazadores-recolectores de la época paleolítica miraron al cielo estrellado y vieron el conjunto abierto de las Pléyades con la Luna errante y el Sol cerca o entre la puerta dorada de la eclíptica hace 21.000 años*[784].

La «puerta dorada» de la eclíptica a la que se refiere aquí Rappenglück se concebía tradicionalmente como el área de los cielos flanqueada por las Híades y las Pléyades (ambos grupos de estrellas dentro de la constelación del Toro), entre las cuales, como por entre una gran «puerta» celestial, pasa

la eclíptica[785]. La «eclíptica» es la expresión técnica para el «camino» aparente del Sol por el firmamento. La implicación, por tanto, es que el camino del Sol (y la luna)[786] contra el telón de fondo de las constelaciones del zodíaco fue observado, representado y comprendido en el Paleolítico, quizá hasta tanto como 10.000 años antes de que Göbekli Tepe fuera construido. Por este motivo, Belmonte señala el trabajo de Rappenglück y, de hecho, incluye una foto de este de la figura del Toro en la sala de los Toros en Lascaux[787] cuando realiza su aparentemente espontánea afirmación de que constelaciones zodiacales «como Leo, Tauro y Escorpio» podrían ser la inspiración de los animales «totémicos» representados en Göbekli Tepe.

En resumen, que para Belmonte Göbekli Tepe ofrece evidencias de que

> *hace más de 11.000 años, una sociedad de cazadores-recolectores completamente desconocida intentó crear estructuras monumentales relacionadas con los cielos. Esta serie de santuarios, presumiblemente construidos uno tras otro e incluso unos sobre otros, pueden haber sido utilizados durante siglos, quizá milenios, para trazar los cielos. No obstante, por motivos desconocidos, los constructores de forma deliberada enterraron las estructuras, creando condiciones que contribuyeron a su excelente estado de conservación a pesar de su gran antigüedad*[788].

Ciertamente, los habitantes de la zona de Göbekli Tepe eran cazadores-recolectores y ¡completamente desconocidos, además! A lo largo del libro, mi tesis ha sido que su repentino uso de la espectacular arquitectura monumental, seguido de cerca por la igualmente espectacular «invención» de la agricultura, es muy extraño. De hecho puede considerarse un «gran salto adelante» que reclama a voces una explicación coherente que la arqueología no ha proporcionado. La hipótesis que estamos estudiando aquí, y que creo puede explicar estas anomalías, es que los supervivientes de una civilización perdida, que ya dominaba la agricultura y todo lo que

había que saber sobre la construcción con megalitos, se asentó entre los cazadores-recolectores de Göbekli Tepe tras el cataclismo del Dryas Reciente y les transfirieron algunas de sus habilidades.

Ahora, además de la arquitectura megalítica y la agricultura debemos incluir las evidencias de la astronomía. A primera vista, mientras que el trabajo de Belmonte, Collins, Hale, Schoch, Magli y otros confirma que en Göbekli Tepe tuve que haber trabajando astrónomos competentes, no podemos decir que el nivel de conocimientos manifestado en los supuestos alineamientos de los pilares y recintos sea, necesariamente, el de una «civilización» sofisticada. Como ya hemos visto, gracias a los estudios de Gurshten y Rappenglück, la cuidadosa observación del cielo, y la identificación de constelaciones reconocibles todavía hoy día, pueden remontarse hasta el Neolítico y más allá, hasta el arte de las cuevas pintadas del Paleolítico hace 20.000 años o más. De modo que la expresión de tales conocimientos en Göbekli Tepe no deben sorprendernos excesivamente.

Pero supongamos que había algo más; algo que no pudiera esperarse que unos cazadores-recolectores conocieran bajo ninguna circunstancia, sin importar lo inteligentes que fueran.

Fue este «algo más» lo que el trabajo de Paul Burley me proporcionó, como una inyección de adrenalina, cuando releí su artículo en la habitación de mi hotel en Saliurfa en julio de 2014.

Rompecabezas neolítico

El artículo de Burley se titula «Göbekli Tepe: templos que comunican una antigua geografía cósmica». Lo escribió en junio de 2011 y lo conocí en la Conferencia sobre Precesión y Conocimientos de la Antigüedad en Sedona (Arizona) en septiembre de ese año; intercambiamos un par de correos electrónicos durante 2012, y en febrero de 2013 me pidió que leyera su artículo, que dijo tenía que ver con «evidencias de un zodíaco en uno de los pilares de Göbekli Tepe». Lo leí, le respondí que lo encontraba «muy convincente e interesante, con significativas implicaciones» y le dije que me gustaría publicarlo en la sección de «Artículos» de mi página web. Paul

accedió y el artículo se colgó el 8 de marzo de 2013[789]. Sigue allí, accesible mediante el enlace que aparece en la nota.

Mientras releo el artículo de nuevo en la habitación de mi hotel en Sanliurfa, me doy cuenta de que «implicaciones significativas» fue quedarse muy corto. Pero no realicé mi primera visita a Göbekli Tepe hasta septiembre de 2013 y, para entonces, está claro que me había olvidado de lo esencial de la argumentación de Burley, la cual se centra casi exclusivamente en el recinto D y en el mismo pilar, el pilar 43, el que más me había interesado cuando estuve allí. Mi interés había sido despertado por la sugerencia de Belmonte de que el relieve de un escorpión tallado cerca de su base (que el lector recordará estaba enterrado con escombros y que Schmidt se negó a permitirme que quitara) podía ser una representación de la constelación zodiacal de Escorpio. De modo que fue un lapsus por mi parte no haber releído el artículo de Burley que documentaba «un zodíaco» en ese mismo pilar antes de viajar al yacimiento. Pero todos somos humanos, todos cometemos errores, todos olvidamos cosas y, a pesar de haber reconocido sus «significativas implicaciones» en nuestra correspondencia seis meses antes, lo que Burley había descubierto se me había borrado por completo de la mente en mi visita de septiembre de 2013.

Así es como expone su argumento:

Uno de los pilares de caliza [del recinto D] incluye una escena en bajorrelieve en la sección superior de uno de sus lados. Hay un pájaro con las alas extendidas, dos pájaros más pequeños, un escorpión, una serpiente, un círculo y varias líneas onduladas y elementos en forma de cuerda. A primera vista, este zoo lítico parece ser simplemente una mezcolanza de animales y diseños geométricos situados al azar en el lado ancho del pilar.

La clave para desentrañar este temprano rompecabezas neolítico es el círculo situado en el centro de la escena. De inmediato me recuerda al padre cósmico: el Sol. La siguiente clave son el escorpión que mira hacia el sol y el gran pájaro que parece sujetar el sol con su ala extendida. De hecho, la figura del Sol parece estar situada correctamente en la eclíptica con respecto a la familiar constelación de Escorpio, si bien el escorpión del pilar solo ocupa la porción izquierda, o cabeza, de nuestra moderna concepción de esa constelación. Como tal, el símbolo del sol está localizado cerca del centro galáctico, pues puede estar en la eclíptica cuando cruza en plano galáctico.

Figura 46. La imaginación celestial del pilar 43.

Seguid conmigo y ahora explicaré todo esto. Mientras tanto, continuemos con el artículo de Burley, porque es su siguiente afirmación la que realmente me mantiene en pie y prestando atención:

> *Lo importante aquí es que, por algún motivo desconocido, los constructores de Göbekli Tepe erigieron un templo donde aparentemente se destaca una época situada 11.600 años en su futuro; sin embargo, la escena es intencionada. El simbolismo está claro y en consonancia con muchas mitologías que describen este mismo evento como ¡teniendo lugar en la época en que vivimos!*

Burley presenta entonces un gráfico que «ilustra el cruce del plano galáctico de la Vía Láctea cerca del centro de la galaxia, con varias constelaciones familiares cerca». Un segundo gráfico muestra la misma imagen con el añadido de las antiguas constelaciones representadas en el pilar:

> *Nótese que las alas extendidas, el sol, las patas del pájaro y la serpiente parecen estar orientadas para enfatizar el camino del Sol a lo largo de la eclíptica […]. La similitud de los bajorrelieves del cruce de la eclíptica y el ecuador galáctico en el centro de la Vía Láctea resulta difícil de rechazar, apoyando la posibilidad de que los humanos reconocieran y documentaran la precesión de los equinoccios miles de años antes de lo que generalmente aceptan los especialistas […]. Göbekli Tepe fue construido como una esfera simbólica que comunica un muy antiguo conocimiento del mundo y la geografía cósmica. Por qué este conocimiento fue intencionalmente enterrado poco después sigue siendo un misterio.*

No comprendí de inmediato lo que Burley estaba diciendo con todo esto; pero sí lo bastante como para comenzar a mirarlo; por fortuna tengo en mi ordenador un programa de astronomía —*Stellarium*— que puede simular los cielos antiguos teniendo en cuenta la precesión. Más importante todavía, el programa puede mostrarme el cielo de nuestra propia época y me permite recorrerlo día a día, mes a mes, hacia delante y hacia atrás a mi capricho, ampliando e inspeccionando cualquier elemento concreto que me interese. Por lo general estudio los cielos de la Antigüedad, no los modernos; pero hoy es nuestra época la que tengo que mirar.

O, más bien, no concretamente nuestra época, julio de 2014 mientras estoy sentado delante de mi ordenador en Sanliurfa, sino un año y medio antes, el solsticio de invierno de 2012; la muy publicitada «fecha final» (la

cual pasó sin causar apenas un susurro, mucho menos una explosión) del calendario maya.

¿Un mensaje en un pilar?

Esto es de lo que me he dado cuenta mientras abro *Stellarium* en mi ordenador. Cuando Paul Burley dice que el sol representado en el pilar de Göbekli Tepe está situado «tan cerca del centro galáctico como puede estarlo en la eclíptica» y cuando me señala que Escorpio está implicado, sé que solo se puede estar refiriendo a una época: la época del año 2000, más o menos, con una variación máxima de 40 años hacia ambos extremos (es decir, desde 1960 hasta 2040). La gran banda de estrellas y nubes de polvo interestelar que cruzan el cielo formando lo que llamamos la Vía Láctea, y que en realidad es nuestra propia galaxia vista de canto, es cruzada por la eclíptica —es decir, el recorrido aparente del Sol por el firmamento— dos veces al año. Uno de estos gigantescos intercambios tiene lugar en el norte, entre las constelaciones de Géminis y Tauro; en nuestra época, el sol se encuentra allí en el solsticio de verano del hemisferio norte, es decir, en torno al 21 de junio. El segundo intercambio tiene lugar en el sur, entre las constelaciones de Sagitario y Escorpio, y en nuestra época el sol se encuentra allí en el solsticio de invierno del hemisferio norte, es decir, en torno al 21 de diciembre.

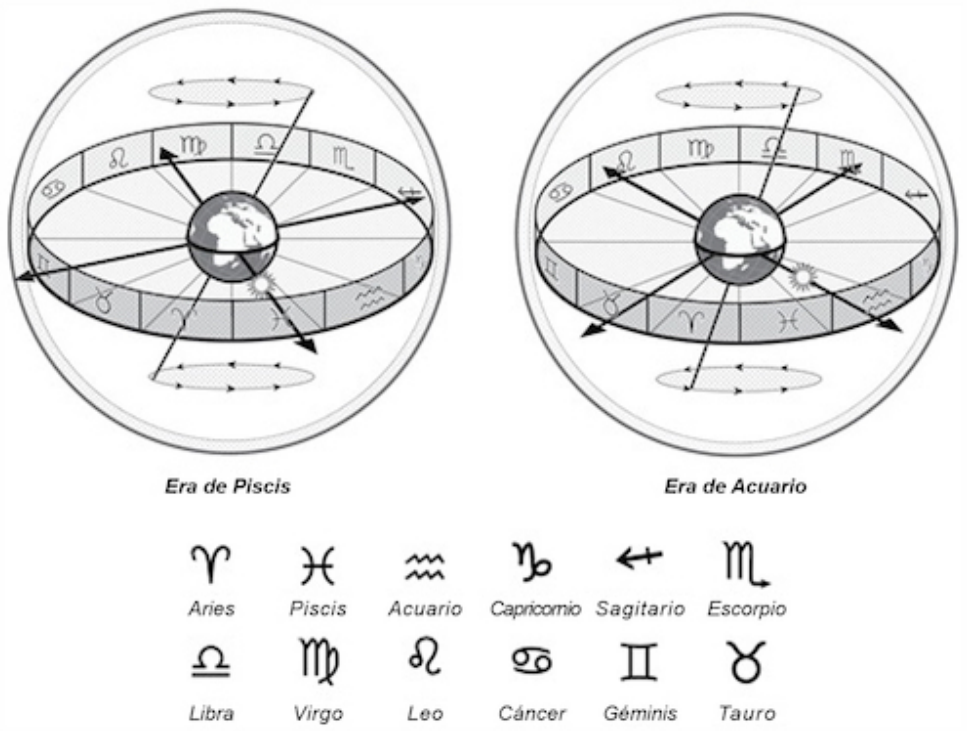


Figura 47. El cambio precesional desde la era de Piscis a la era de Acuario. Mientras la posición del sol contra el telón del fondo de las constelaciones zodiacales en el equinoccio de primavera para de Piscis a Acuario, el solsticio de verano cambiará desde Géminis hasta Tauro, el equinoccio de otoño desde Virgo hasta Leo y el solsticio de invierno desde Sagitario hasta Escorpio.

El lector recordará que la precesión tiene el efecto visual, observado desde la Tierra, de hacer que las constelaciones que «albergan» al sol en los cuatro momentos clave del año —los dos equinoccios y los dos solsticios— vayan desplazándose muy lentamente en torno al cinturón del zodíaco, pasándose el sol 2.160 años «en» cada constelación zodiacal en cada momento clave, antes de que el sistema entero se desplace lo bastante como para que el sol haya pasado por completo de una constelación a otra. Cuando esto sucede en el equinoccio, sucede también en las otras tres «estaciones». De hecho, es un buen ejercicio mental imaginar un círculo —que representa la eclíptica, es decir, el recorrido anual del sol— y señalar a intervalos iguales en torno a la circunferencia de este círculo las doce constelaciones del zodíaco. Ahora coloca cuadro radios formando una cruz dentro del círculo. Donde cada uno de sus extremos toque el borde del círculo, ahí tienes una de las estaciones clave del sol: el equinoccio de

primavera del hemisferio norte (21 de marzo), el solsticio de verano (21 de junio), el equinoccio de otoño (21 de septiembre) y el solsticio de invierno (21 de diciembre). En nuestra época, las constelaciones zodiacales que albergan al sol en esas cuatro estaciones son Piscis en el equinoccio de marzo, Géminis en el solsticio de junio, Virgo en el equinoccio de septiembre y Sagitario en el solsticio de diciembre.

No obstante, la precesión tiene el efecto de rotar lentamente los radios de la cruz. Estamos cerca del final de la era de Piscis (es decir, de los 2.160 años en los que Piscis alberga al sol durante el equinoccio de marzo) y el final del radio que estaba en Piscis no tardará en pasar hasta Acuario (de ahí la canción, «vivimos en el amanecer de la era de Acuario»); pero como, por así decirlo, la cruz está soldada para formar una unidad fija, todos los radios se mueven juntos, con el resultado de que según el equinoccio de marzo pasa de Piscis a Acuario, el solsticio de junio lo hace desde Géminis hasta Tauro, el equinoccio de septiembre desde Virgo hasta Leo y el solsticio de diciembre desde Sagitario hasta Escorpio.

Quiero evitar complicaciones innecesarias tanto como me sea posible, pero regresemos a la Vía láctea, la cual, como hemos visto, se cruza por el recorrido del sol dos veces al año. Recordemos que en cada cruce, un par de constelaciones zodiacales flanquean la Vía Láctea y forman los pilares de dos puertas celestiales a través de la cual pasa la «carretera» de la Vía Láctea. Géminis y Tauro en el norte (con el Sol albergado actualmente por Géminis en el solsticio de junio) y Sagitario y Escorpio en el sur (con el Sol albergado actualmente por Sagitario durante el solsticio de diciembre). *La relación de esos dos pares de constelaciones zodiacales con respecto a la Vía Láctea no se ve afectada por la precesión y NUNCA CAMBIA.* Géminis y Tauro siempre señalarán la puerta «norte» de la Vía Láctea y Sagitario y Escorpio siempre señalarán la «puerta» sur de la Vía Láctea.

No obstante, de las dos es la puerta Sagitario-Escorpio la más importante, porque sucede que la zona de la Vía Láctea que se ve a través de esta puerta mientras miramos al cielo nocturno es el centro y corazón mismo de nuestra galaxia. No solo eso, sino que dado que es el centro galáctico, en medio del cual los astrónomos ahora creen que se encuentra un inmenso agujero negro —«un objeto hiperdenso del que ni siquiera la luz

puede escapar»—[790] hay un abultamiento notable justo en esa zona. Por último, pero no menos importante, en el medio de este llamado «bulbo galáctico» hay otro rasgo por completo característico que los astrónomos llaman la «gran grieta», que aparece de forma destacada en muchas mitologías antiguas[791], la cual es creada por una serie de nubes de polvo molecular superpuestas y no luminosas.

Figura 48. Las puertas celestiales. Sagitario/Escorpio a la derecha, con el Sol albergado en la actualidad por Sagitario durante el solsticio de invierno; y Géminis/Tauro a la izquierda, con el sol albergado en la actualidad por Géminis en el solsticio de verano.

Como resultado de la precesión, el Sol del solsticio de diciembre es albergado en la actualidad por Sagitario y así, visto desde la Tierra, «apunta» al centro galáctico como el punto de mira del cañón de un rifle. La última vez que este gran alineamiento de la Tierra, Sol del solsticio de diciembre y centro galáctico ocurrió fue hace todo un ciclo precesional, 25.920 años atrás, y la próxima que suceda será otro ciclo precesional completo en el futuro, dentro de 25.920 años. En otras palabras, vivimos en un momento muy especial, de hecho más bien único, en términos de simbolismo cósmico y astronómico. En el próximo capítulo profundizaré en el aspecto simbólico y, en concreto, en por qué el solsticio de invierno tiene

importancia: pero primero de todo es necesario dejar una cosa perfectamente clara.

Si, hipotéticamente, alguna civilización antigua quisiera desplegar sus conocimientos de los movimientos y cambios regulares de los cielos con el propósito de llamar la atención sobre un momento concreto del devenir del tiempo, una posibilidad que ya hemos considerado con los monumentos de Guiza, entonces las eras precesionales del mundo, si bien útiles, no son en realidad lo suficientemente precisas como para deletrear una fecha concreta. Después de todo, la configuración general de cada era precesional se mantiene durante 2.160 años. Si queremos ser más específicos, entonces necesitaremos llamar la atención hacia algo que sea a) un producto de la precesión y b) tenga lugar dentro de unos límites mucho más limitados que una era mundial precesional de 2.160 años.

Un acontecimiento semejante tiene lugar en nuestra época. Se trata de la llegada del Sol al solsticio de diciembre en la puerta meridional de la Vía Láctea, entre Sagitario y Escorpio, donde apunta al centro galáctico. Existen algunas imprecisiones, relacionadas sobre todo con la anchura del disco solar y sobre en qué período podemos decir que se alinea exactamente con el centro de la Vía Láctea visto desde la Tierra; pero, a pesar de ello, no estamos tratando ya de 2.160 años. Apuntar directamente al centro galáctico ocurre en un período no mayor de 80 años y continuaremos estando en él durante aproximadamente otros 25 años.

Esto crea una interesante situación con respecto al mensaje del pilar 43 de Göbekli Tepe, porque si Paul Burley tiene razón, los relieves del pilar utilizan un lenguaje simbólico para representar al Sol del solsticio de diciembre en la puerta meridional de la Vía Láctea entre Sagitario y Escorpio.

En otras palabras, esos relieves están hablando a nuestra época.

Nos están hablando a nosotros.

Capítulo 15

EL LUGAR DE LA CREACIÓN

Sentado en la habitación de mi hotel en Sanliurfa en julio de 2014, girando los cielos en la pantalla de mi ordenador, cada vez estoy más convencido de que Paul Burley tuvo una idea genial sobre la escena del pilar 43 de Göbekli Tepe. El lenguaje de Burley en su artículo es cuidadoso, casi cohibido. Como hemos visto en el capítulo 14, dice que «la figura del sol parece estar situada correctamente en la eclíptica con respecto a la familiar constelación de Escorpio». Habla de otras «constelaciones familiares» cercanas. Y llama nuestra atención hacia el gran pájaro —el buitre— «que parece sujetar el sol con su ala extendida». No dice qué constelación cree que representa el buitre, pero los gráficos que incluye para reforzar su argumento no dejan lugar a dudas sobre que lo considera una representación de la constelación de Sagitario[792].

Ya hemos visto que hay evidencias sobre la identificación de las constelaciones que se remontan a la Edad del Hielo, alguna de las cuales fue representada en esa época remota de una forma que nos es reconocible hoy día. El lector recordará del capítulo anterior el trabajo de Michael Rappenglück sobre la constelación zodiacal de Tauro, representada en Lascaux hace unos 17.000 años como un uro (una antigua especie de res) con las seis estrellas visibles sobre su hombro.

Reconocer semejantes continuidades asombrosas en el modo en que algunas constelaciones son representadas no significa que todas las constelaciones que nos resultan familiares hayan sido representadas siempre del mismo modo por todas las culturas en todos los períodos de la historia. Esto está muy lejos de ser el caso. Las constelaciones están sometidas a cambios en ocasiones radicales, dependiendo de qué figura imaginaria las

diferentes culturas elijan proyectar sobre el cielo. Por ejemplo, la constelación mesopotámica del Toro del Cielo y la moderna constelación de Tauro comparten el grupo de las Pléyades como la cabeza; pero en otros aspectos son muy diferentes[793]. Del mismo modo, la constelación mesopotámica del Arco y la Flecha está constituida con estrellas de las constelaciones que nosotros llamamos Argo y Can Mayor, con la estrella Sirio como la punta de la flecha. Los chinos también tienen una constelación llamada el Arco y la Flecha, formada a base de prácticamente las mismas estrellas, pero la flecha es más corta y Sirio no forma la punta, sino el blanco[794].

Incluso cuando los límites de las constelaciones son los mismos de una cultura a otra, el modo en que esas constelaciones son vistas puede ser muy diferente. Así, los antiguos egipcios conocían la constelación que nosotros llamamos la Osa Mayor, pero la representaban como la pata delantera de un toro. La Osa Menor la veían como un chacal. La constelación zodiacal de Cáncer la veían como un escarabajo pelotero. La constelación del dragón, que nosotros vemos como dicho monstruo, era interpretada por los antiguos egipcios como un hipopótamo con un cocodrilo en su espalda[795].

Por lo tanto, en principio no puede haber objeciones a la sugerencia de que la constelación que nosotros llamamos Sagitario, «el Arquero» —y representamos como un centauro que sujeta un arco con una flecha tendida —, pueda haber sido vista por los constructores de Göbekli Tepe como un buitre con las alas extendidas.

Me paso horas en *Stellarium* pasando del cielo del 9600 a. C. al de nuestra época, centrándome en la región entre Sagitario y Escorpio —la región que Burley cree está representada en el pilar 43— y mirando a la relación del Sol con estas dos constelaciones.

Lo primero que me queda claro es que un buitre con las alas extendidas es una *muy buena* imagen para Sagitario; de hecho, es un modo mucho mejor y más intuitivo de representar la parte central de esta constelación que el de un centauro/arquero que hemos heredado de los mesopotámicos y los griegos. Esta parte central de Sagitario (sin las patas y ni cola del centauro) contiene sus estrellas más brillantes y forma un asterismo fácil de reconocer, llamado a menudo la «tetera» por astrónomos actuales, porque se

parece a una moderna tetera con un asa, una tapa apuntada y un pitorro. El asa y el pitorro, no obstante, pueden verse igual de bien como las alas extendidas de un buitre, mientras que la «tapa» apuntada se convierte en el cuello y la cabeza del buitre. Es el ala extendida delante del buitre —el pitorro de la tetera— la que Burley interpreta que «parece sujetar el Sol», representado por el prominente disco en el centro de la estela del pilar 43.

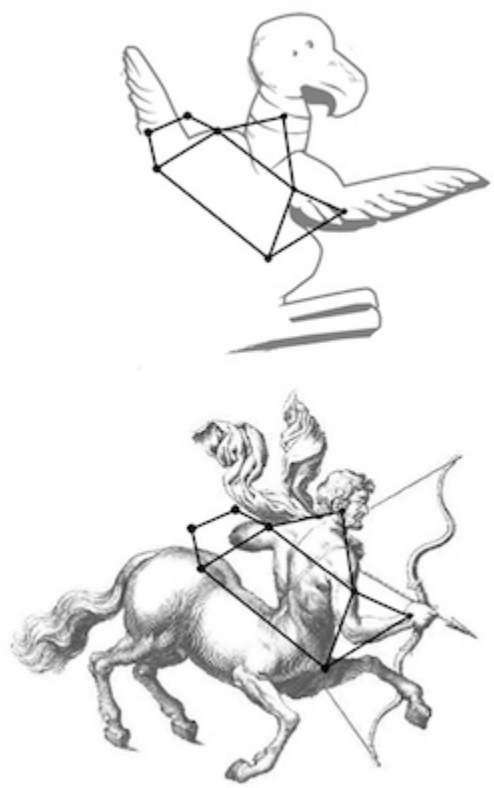


Figura 49. Un buitre con alas extendidas es una imagen mucho mejor, más intuitiva y más evidente para identificar el brillante asterismo central en forma de «tetera» de la constelación de Sagitario.

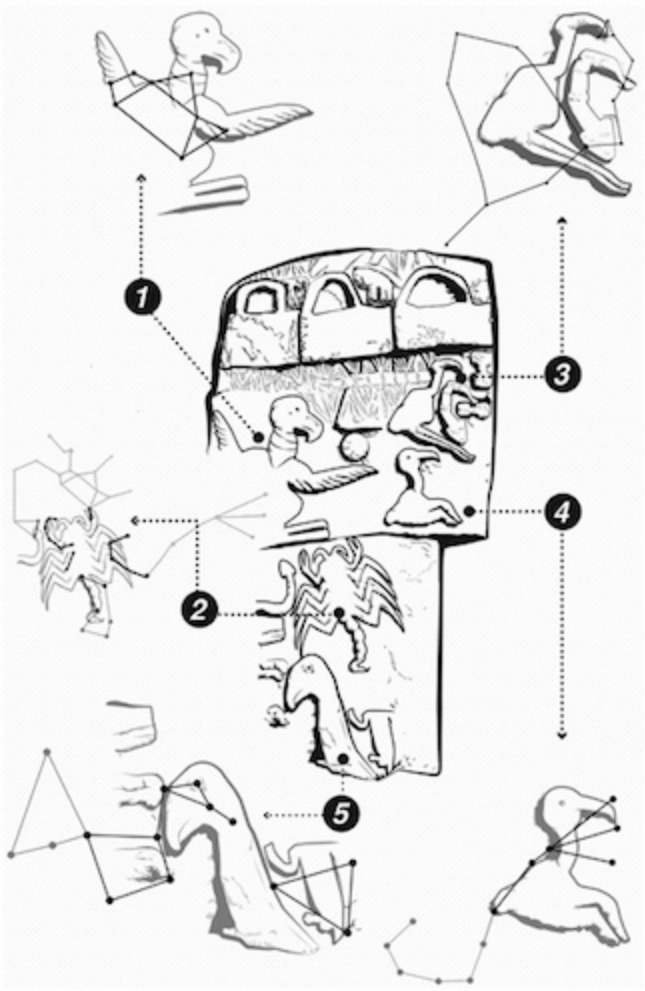


Figura 50. Sagitario y las constelaciones vecinas tal cual se interpretan en el pilar 43.

Pero el buitre y el sol son solo dos aspectos de la compleja imaginería del pilar. Debajo y un poco a la derecha del buitre hay un escorpión. Encima y a la derecha del buitre hay un segundo pájaro grande con un largo pico en forma de hoz y, situada cerca de este pájaro, hay una serpiente con una gran cabeza triangular y su cuerpo formando una curva. Un tercer pájaro, de nuevo con el pico curvo, pero más pequeño, con aspecto de pollito, aparece situado entre estas dos figuras; de nuevo a la derecha del buitre, de hecho, inmediatamente a la derecha de su ala extendida frontal. Debajo del escorpión están la cabeza y el largo cuello de un cuarto pájaro. Junto al escorpión, elevándose, hay otra serpiente.

Parte del motivo de mi creciente confianza en las conclusiones de Burley, si bien este no insiste demasiado en su artículo, es que con solo

ajustes menores las figuras curiosamente se pueden comparar con otras constelaciones en torno a la supuesta figura de Sagitario/buitre.

La primera y destacada es el escorpión de debajo y un poco a la derecha del buitre, que ya hemos visto posee una evidente semejanza con Escorpio, la siguiente constelación del zodíaco desde Sagitario. Su postura y posición están equivocadas —ya volveremos con más detalle a las implicaciones de esto—, pero está allí y se superpone al final de la cola de la constelación que hoy día reconocemos como Escorpio.

En segundo lugar está el gran pájaro por encima y a la derecha del buitre con el cuerpo curvo de una serpiente próximo a él. Estas dos figuras están en la posición y relación correcta entre ambas para equipararse con la constelación que nosotros llamamos Ofiuco, el cazador de serpientes, y la constelación de la Serpiente, que este sujeta.

En tercer lugar, justo a la derecha del ala extendida frontal del buitre hay otro pájaro, más pequeño, como un polluelo, con pico curvo. Le escribo un correo electrónico a Burley sobre esto, también sobre la posición y orientación cambiada del escorpión del pilar y la moderna constelación de Escorpio y, tras darle varias vueltas, llegamos a una solución. Como recordará el lector, los límites de las constelaciones no necesariamente son los mismos en todas las culturas de todos los períodos y está claro que con el tiempo aquí se produjo un desplazamiento de esos límites. El polluelo del pilar 43 parece haber formado una pequeña constelación propia en la mente de los astrónomos de Göbekli Tepe; una constelación que utilizaba alguna de las importantes estrellas que hoy consideramos parte de Escorpio. El pico curvo del polluelo está colocado correctamente, igual que su cuerpo tiene la forma correcta, para identificarse con la cabeza y las garras de Escorpio[796].

En cuarto lugar, junto al escorpión del pilar 43 hay una serpiente y debajo del escorpión la cabeza y el largo cuello de otro pájaro, con una figura antropomorfa descabezada situada a su derecha. La serpiente coincide con la cola de Sagitario (como hemos visto, el buitre parece estar formado solo por la parte central de Sagitario —la tetera—, de modo que esto deja el resto de la constelación disponible para que los antiguos le dieran otros usos). Las mejores opciones para el pájaro, y para la peculiar

pequeña figura antropomorfa que hay a su derecha, son parte de las constelaciones que vemos como Pavo y Triángulo Austral. El resto del Pavo puede tener que ver con otras figuras presentes en el pilar a la izquierda del pájaro.

Al igual que en el caso de Sagitario, elementos de la moderna constelación de Escorpio han sido utilizados en la antigua constelación representada en el pilar 43. Solo la cola de nuestro Escorpio se encuentra en el sitio correcto para equipararse al escorpión del pilar 43 y su cara mira a la derecha, mientras que la cara del escorpión mira hacia la izquierda. El escorpión del pilar también está debajo del buitre, mientras que la moderna Escorpio es una constelación muy grande que se encuentra en paralelo y a la derecha de Sagitario. Sugiero que la solución a este problema es que el escorpión del pilar 43 está formado por una combinación de la cola de la moderna constelación de Escorpio (patas derechas del escorpión del pilar 43), una parte sin usar del asterismo de la «tetera» en Sagitario (garra derecha del escorpión del pilar 43) y las constelaciones que conocemos como Ara, Telescopio y Corona Austral (respectivamente, la cola, patas izquierdas y garra izquierda del escorpión del pilar 43). Mientras tanto, como hemos mencionado más arriba, las garras y la cabeza de la moderna constelación de Escorpio han sido cogidas para formar el polluelo de pico curvo del pilar 43.

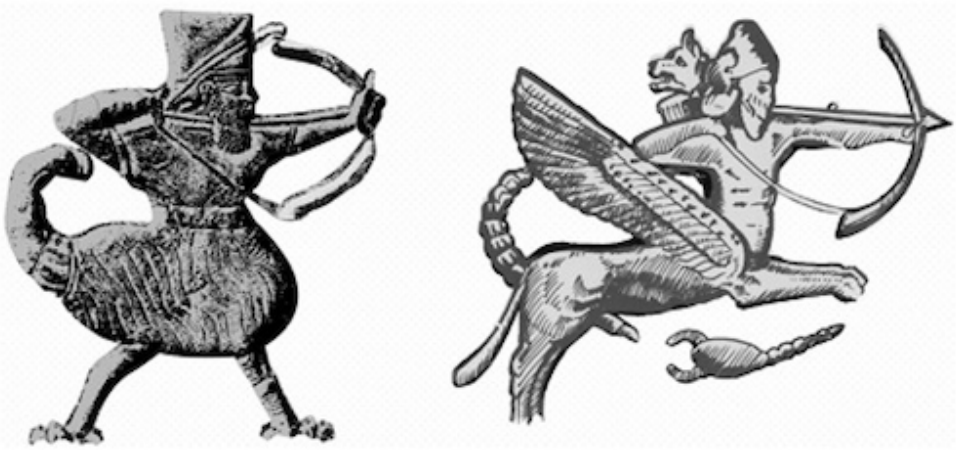


Figura 51. En los *kudurru* babilónicos (izquierda), las figuras de Sagitario en forma de hombre-escorpión aparecen representadas con frecuencia con patas y garras de pájaros, lo que refuerza la identificación del buitre del pilar 43 con Sagitario. En otras representaciones mesopotámicas (derecha) vemos un segundo escorpión bajo el cuerpo de Sagitario en una posición similar a la del pilar 43.

Toda esta cuestión de la relación entre las constelaciones modernas de Escorpio y Sagitario y las figuras del escorpión y el buitre representadas en el pilar 43 alcanza un nuevo nivel de significado cuando recordamos que, en algunas figuras astronómicas de la Antigüedad, Sagitario aparece representado no solo como un centauro —un hombre-caballo—, sino también como un híbrido en forma de hombre-caballo con cola de escorpión y, en ocasiones, sencillamente como un híbrido hombre-escorpión[797]. En piedras *kudurru* babilónicas (a menudo llamadas «mojones», si bien es probable que su función haya sido mal interpretada) [798], aparece con frecuencia la figura de un hombre-escorpión tendiendo un arco, que «es universalmente identificada con el arquero Sagitario»[799]. Lo que cimenta todavía más la identificación entre Sagitario y el buitre del pilar 43 es que las figuras hombre-escorpión de los *kudurru* babilónicos a menudo aparecen representadas con las patas y garras de pájaros[800]. Además, en algunas representaciones, un segundo escorpión aparece bajo el cuerpo —es decir, bajo el asterismo de la tetera— de Sagitario[801], que recuerda la posición del escorpión en el pilar 43 (véanse las figuras 50 y 51).

Cuando todo esto se toma en su conjunto, en mi opinión, creo que va mucho más allá de lo que puede ser explicado como una mera «coincidencia». La implicación es que ideas de cómo ciertas constelaciones deben ser representadas, las cuales fueron expresadas en Göbekli Tepe hace casi 12.000 años, incluida la noción de que debe haber un escorpión en esa región de los cielos, han sido transmitidas a lo largo de milenios, sufriendo algunos cambios en el proceso, pero pese a ello sobreviviendo de forma reconocible, hasta encontrar una expresión relacionada en la mucho más tardía iconografía astronómica babilónica. Pero, dada la estrecha conexión con la antigua Mesopotamia, sus ciudades antediluvianas, sus siete sabios y sus supervivientes de la inundación arrastrados por las mareas en su arca hasta cerca de Göbekli Tepe, quizá no deberíamos sorprendernos demasiado.

Por último, pero no menos importante, está el misterio de las tres «bolsas» o «cubos» en el registro superior del pilar 43, que me llamó la atención en mi primera visita a Göbekli Tepe y de los que hablamos en el capítulo 1. Como el astrónomo Giulio Magli ha notado:

> *Estas tres «bolsas» son muy similares a las tres «casas en el cielo» que aparecen en las mucho [¡pero que mucho!] más tardías tradiciones de los kudurru babilónicos*[802].

Lo que Magli llama las «casas en el cielo» (véanse las ilustraciones de acompañamiento) son símbolos de deidades mesopotámicas, sobre todo Enlil, que envió el diluvio para destruir a la humanidad, y Enki, el dios de la sabiduría que intervino para salvarnos[803]. El lector recordará del capítulo 8 que fue Enki quien avisó al patriarca Zisudra del inminente cataclismo y le instó a construir un gran arca que terminaría llevando a los supervivientes de la inundación a la región de Ararat, tan próxima a Göbekli Tepe. Resulta complicado evitar la conclusión de que todos estos temas comunes en la iconografía de Mesopotamia en fechas tan tardías como el i milenio a. C. y de Göbekli Tepe en fechas tan tempranas como el 10000 a. C. poseen un origen antediluviano mucho más antiguo en una civilización perdida que

fue la progenitora de ambas —y quizá de otras muchas en todo el mundo— que se tomó la molestia, al crear de forma deliberada mitos y tradiciones de sabiduría, y mediante enseñanzas cuidadosamente estructuradas pasadas de generación en generación por sabios iniciados, de asegurarse de que su recuerdo no quedaría perdido para siempre en la tierra.

Figura 52. El astrónomo Giulio Magli observa que las «bolsas» del registro superior del pilar 43 de Göbekli Tepe (derecha) son similares a las «casas en el cielo» que aparecen en los muchos más tardíos pilares babilónicos (izquierda).

Los mayas

Avanzada la noche, mientras trabajo sobre todo eso mi habitación del hotel de Sanliurfa, mi confianza en la propuesta de Burley continúa creciendo. Una vez se tiene en cuenta todo el contexto, el buitre que «parece sujetar al sol» en su ala frontal realmente parece la figura de una antigua constelación que representa el asterismo de la tetera en la constelación de Sagitario.

Esto, a su vez, saca a la luz la siguiente parte del rompecabezas: ¿*cuándo* «sujeta al sol» el buitre/sagitario? Burley deja claro que cree que el momento representado en el pilar 43 todavía se encontraba lejos en el

futuro cuando Göbekli Tepe fue construido; de hecho, una época situada 11.600 años en el futuro, es decir, nuestros propios tiempos, la época de 2012. Y llega a esta conclusión porque es solo en la actualidad, concretamente en el arco de 80 años que hay entre 1960 y 2040, el sol el 21 de diciembre, cuando el solsticio de invierno, no solo se sitúa sobre el ala extendida del pájaro (es decir, sobre el pitorro de la «tetera» en el concepto moderno del asterismo), sino también apunta al «bulbo galáctico» y la gran grieta del centro de la galaxia de la Vía Láctea. De modo que se puede decir que en el pilar 43 aparece simbolizado un momento astronómico muy significativo.

Es, de verdad, muy significativo, porque se trata también del arco de 80 años (con el año 2012 situado un poco después del punto medio) que aparece señalado en el famoso —o quizá ahora sería mejor infame— calendario maya. Se han dicho muchas tonterías al respecto de ese calendario, sobre todo respecto a la fecha del 21 de diciembre de 2012, que muchos consideraron erróneamente como algo absoluto y preciso, cuando en realidad siempre fue «una fecha indicativa» y nada más.

Para comprender este misterio, solo la astronomía cuenta, y astronomía sin instrumentos. No estamos hablando de radiotelescopios o astrofísica. Sobre la astronomía sin instrumentos de los antiguos mayas, los verdaderos especialistas en el tema, entre los cuales nadie es más relevante que John Major Jenkins, hicieron valientes esfuerzos —bastante antes de 2012— por enseñarnos que la fecha final del calendario maya se basa en lo que, de hecho, es la conjunción una vez cada 26.000 años del Sol del solsticio de invierno con el centro de la galaxia, es decir, con la gran grieta y el bulbo galáctico de la Vía Láctea. Dado el diámetro del Sol y las limitaciones de la astronomía sin instrumentos, esta conjunción no puede precisarse hasta un año concreto, sino que lo mejor es considerarla como un arco de 80 años entre los años 1960 y 2040.

Como resultado de la precesión, el Sol del solsticio de invierno se fue moviendo lento y seguro hacia esta conjunción con el centro de la galaxia durante miles de años antes de 2012… y en sus libros, al menos desde *Maya cosmogenesis*, que publicó en 1998, John Major Jenkins lo dejó claro por completo. Los diagramas que ofrecía a sus lectores mostraban el viaje

del Sol del solsticio de invierno desde el 3000 a. C., cuando estaba a 70 grados de distancia de la gran grieta que cruzaba Sagitario, pasando por la época de Cristo, cuando había recorrido la mitad de la distancia que le quedaba por viajar, hasta la época de 2012 (ese arco de 80 años entre 1960 y 2040) cuando entra en la conjunción más próxima con la gran grieta, y hacia el 5000 d. C., cuando se habrá alejado 70º de la gran grieta[804].

Y lo que es más, Jenkins documenta meticulosamente *por qué* la conjunción del sol del solsticio de invierno con la gran grieta en el bulbo galáctico de la Vía Láctea era importante para la cosmología maya: porque los mayas pensaban que esta región del cielo era «el lugar de la creación», siendo considerado el bulbo galáctico como «el útero o lugar de nacimiento del cielo»:

> *Los mayas consideraban este bulbo denso y brillante como un centro cósmico y un lugar de nacimiento, una conclusión basada exclusivamente en la observación a simple vista que, de hecho, es muy cierta: el centro de nuestra galaxia en forma de plato se encuentra dentro de esta parte brillante y ancha de la Vía Láctea […] esa hiperdensa región de la que surgió la Vía Láctea y todo lo que hay en ella, nosotros incluidos*[805].

No es mi propósito aquí profundizar en todo este enigma del calendario maya, ya que escribí con cierta profundidad sobre el tema en *Las huellas de los dioses*[806]. No obstante, desde su publicación, en 1995, mi comprensión del problema ha mejorado y es importante dejar claro que al señalar a las décadas en torno al 2012 como el final de un gran ciclo, los mayas no estaban hablando del final del mundo, sino más bien del final de una era —«una época de grandes transformaciones y renacimiento mundial»—[807] que vendría seguida por el comienzo de un nuevo gran ciclo o era mundial. Este, en el esquema mental de los mayas, es el turbulento y peligroso momento de transición que vivimos en la actualidad. Resulta extraño, por lo tanto, y en realidad un tanto inquietante encontrar las coordenadas solar y astronómica de exactamente el mismo marco de 80 años, entre 1960 y 2040

y profetizado por los mayas, como un punto de inflexión de la historia de la humanidad, talladas en un pilar de 12.000 años de antigüedad en Göbekli Tepe, en la lejana Turquía.

Eliminar lo imposible

Quiero asegurarme de que tengo razón al ver algún tipo de predicción o profecía para nuestra era, algún tipo de notificación, algún tipo de mensaje, en los relieves del pilar 43. Antes incluso de comenzar a considerar de qué puede hablar ese mensaje, el primer paso es confirmar que el descubrimiento de Paul Burley es sólido.

Ya estoy convencido de su identificación de Sagitario con el buitre y el disco sujeto por su ala con el sol. El contexto general de la constelación que lo rodean también encaja muy bien. No obstante, ¿es posible que los relieves del pilar de verdad representen la conjunción con Sagitario y el centro de la Vía Láctea, pero en algún otro momento del solsticio de invierno en los años entre 1960 y 2040?

Evidentemente, el alineamiento del solsticio de invierno ocurre una vez cada 26.000 años, de modo que el 24000 a. C. habría sido visto en Sagitario, apuntando al centro de la galaxia exactamente igual que ocurre hoy, y esta rara alineación volverá a suceder de nuevo dentro de 26.000 años, es decir, en el año 28000 d. C. No es imposible que cualquier hipotético mensaje tenga que ver con estas dos remotas fechas.

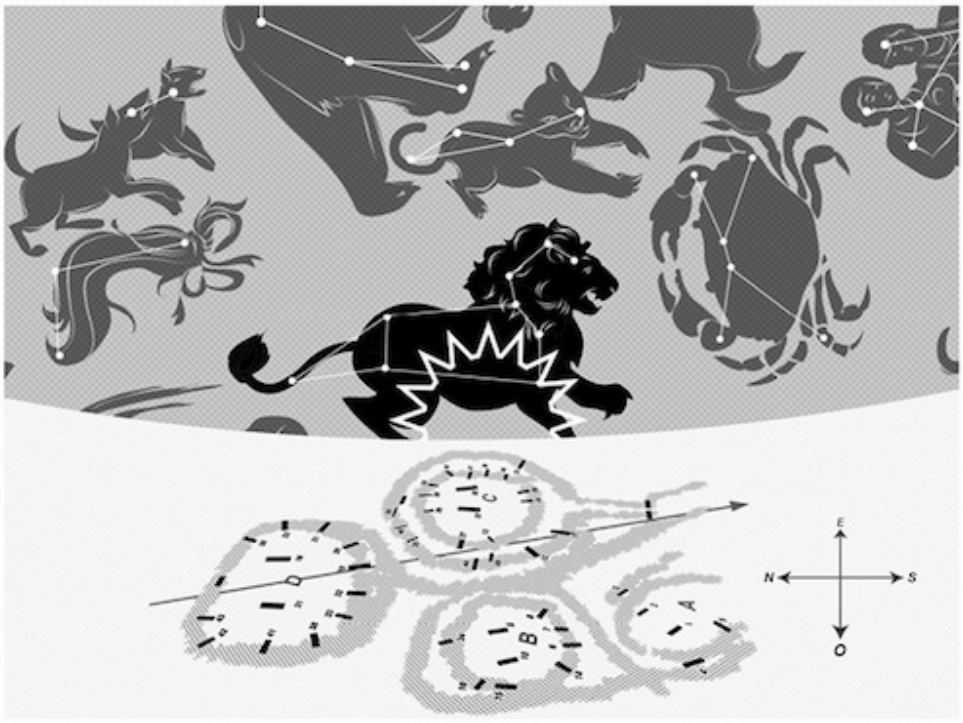


Figura 53. Amanecer durante el equinoccio de primavera del 9600 a. C. En Göbekli Tepe.

No obstante, resulta intrigante que haya otro «mensaje» de otra cultura completamente diferente —los antiguos mayas— que utiliza el mismo sistema de coordenadas y que, de hecho, este se encuentre centrado, con mucha precisión, en los años entre 1960 y 2040.

Mientras tanto, en Göbekli Tepe debemos considerar también los otros tres elementos clave del año: el solsticio de verano y los dos equinoccios. ¿Hubo algún alineamiento por medio de Sagitario con el centro de la galaxia en cualquiera otra de esas tres «estaciones del sol» en la época del 9600 a. C., cuando Göbekli Tepe fue construido?

Sé por mis trabajos sobre el antiguo Egipto que en el equinoccio de primavera en el 10800 a. C. el Sol estaba en Leo. Unos pocos minutos en el ordenador me confirman que este seguía siendo el caso 1.200 años después; en el 9600 a. C. el Sol del equinoccio seguía en Leo y se encontraba en un punto de su camino por la eclíptica muy alejado de cualquier alineamiento con el centro de la galaxia. Por lo tanto, me siento bastante seguro a la hora de descartar el equinoccio de primavera, al menos en esa época.

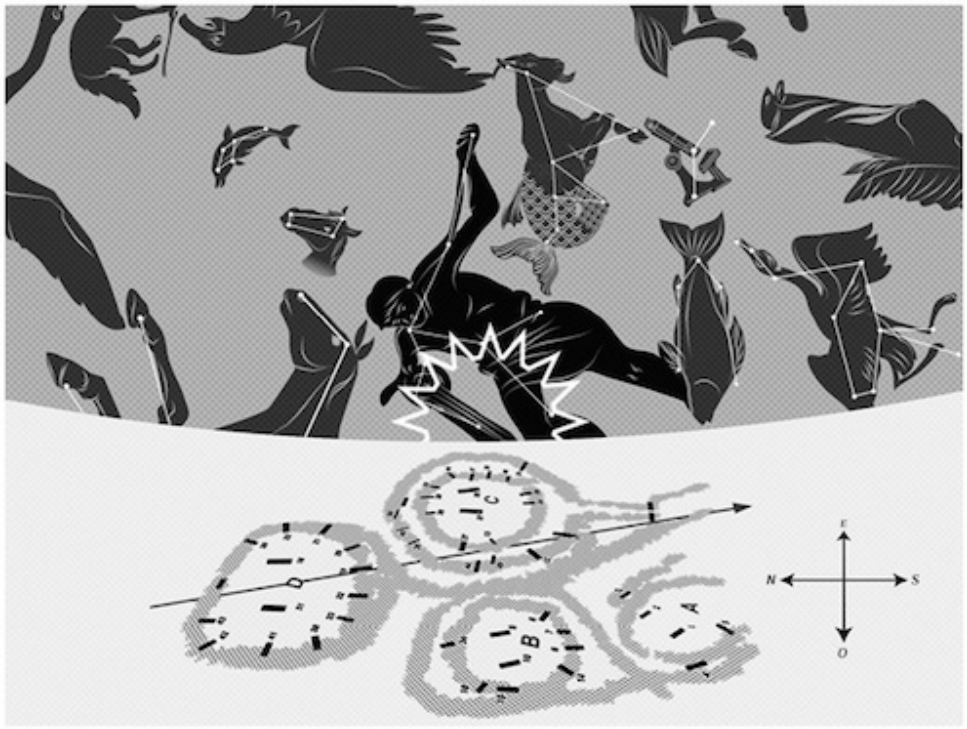


Figura 54. Amanecer durante el equinoccio de otoño del 9600 a. C. En Göbekli Tepe.

Figura 55. Amanecer durante el solsticio de invierno de 9600 a. C. En Göbekli Tepe.

Lo mismo es cierto para el equinoccio de otoño del 9600 a. C. Como por entonces el sol estaba en la constelación de Acuario, de nuevo muy alejado del alineamiento con el centro de la galaxia, lo descarto también.

Además, tras recordarme a mí mismo la orientación de todos los recintos de Göbekli Tepe, queda claro que los equinoccios pueden ser descartados en *todos* los períodos. Esto es así porque los cuatro recintos mayores, A, B, C y D —recordemos que el pilar 43 se encuentra en el recinto D—, poseen una muy clara orientación *norte-oeste hacia sur-este*[808]. Ninguno de ellos se acerca siquiera al este verdadero, donde amanece el sol del equinoccio, o al oeste verdadero, donde se pone el sol. Si los constructores de Göbekli Tepe hubieran querido dirigir nuestra atención a cualquiera de los equinoccios con una obra de arte simbólico como el pilar 43, su primer paso habría sido proporcionar una clave evidente alineando el yacimiento de este a oeste. Como no lo hicieron, parece que se puede asumir que no eran los equinoccios lo que tenían en mente.

Figura 56. Amanecer durante el solsticio de verano de 9600 a. C. En Göbekli Tepe.

Esto nos deja con los solsticios. El sol se alza al sur del este y se pone al sur del oeste durante el solsticio de invierno. En el solsticio de verano sale al norte del este y se pone al norte del oeste. Por lo tanto, en teoría, los alineamientos del amanecer (al sur del este) durante el solsticio de invierno y los alineamientos de las puestas de sol (al norte del oeste) durante el solsticio de verano pueden considerarse relevantes para la orientación norte-oeste a sur-este de Göbekli Tepe.

Como hemos visto, un alineamiento durante el solsticio de invierno que implique al Sol, Sagitario y el centro de la galaxia puede descartarse para el 9600 a. C., puesto que tal cosa solo sucede en nuestra época, o en el 24000 a. C., o en el 28000 d. C. Durante el solsticio de invierno del 9600 a. C. el Sol estaba en Tauro y muy lejos de estar alineado con el centro de la galaxia. También puede descartarse un alineamiento durante el solsticio de verano, no solo en el 9600 a. C., sino en todas las épocas, dado la clara orientación sur-este a norte-oeste del yacimiento.

Por un proceso de deducción, por tanto, solo nos queda una posible alineación que pueda funcionar en el 9600 a. C. y es con la *puesta de sol* del solsticio de verano, al norte del oeste, que no presenta conflicto alguno con la orientación general sur-este a norte-oeste de Göbekli Tepe. Además, las simulaciones por ordenador demuestran que durante el solsticio de verano en la época del 9600 a. C. el sol estaba en la constelación de Escorpio y, si bien no estaba alineado con el centro de la galaxia (al haberse desplazado más allá de la gran grieta y del bulbo galáctico), seguía estando razonablemente cerca de ese punto. Como recordará el lector, Sagitario y Escorpio se ponen a horcajadas sobre la gran grieta y el bulbo galáctico, pero es en Sagitario, no en Escorpio, donde ocurre la alineación exacta con el centro de la galaxia. No obstante, parece razonable aceptar la puesta de sol del solsticio de verano al norte del oeste, en la época del 9600 a. C., como candidata para la escena representada en el pilar 43. Un relativamente menor error de dibujo por parte del escultor podría, en teoría, bastar para explicar la discrepancia.

No obstante, existe una dificultad que tanto Andrew Collins como su colega Rodney Hale, y también los matemáticos Alessandro de Lorenzis y Vincenzo Orofino, parecen todos haber pasado por alto al concentrarse en la posible alineación hacia el norte-oeste, concretamente hacia la puesta de la estrella Deneb en la constelación del Cisne, que ya vimos en el capítulo anterior. Deneb sí que se pone al norte del oeste en la época del 9600 a. C. alineada con la orientación del recinto D, pero esta alineación, si bien bastante precisa, es puramente teórica y no pudo haber sido observada nunca desde el recinto D, por la sencilla razón de que este se encuentra construido en la ladera de la empinada cresta del *tepe* que se alza al norte del grupo principal de recintos. En el recinto D no hubiera podido observarse la puesta de Deneb y, por el mismo motivo, tampoco hubiera sido posible una observación de la puesta del Sol durante el solsticio de verano. El Sol habría quedado fuera de la vista tras el cresta aproximadamente 20 minutos antes de ponerse realmente; para poder verlo habría sido necesario abandonar el recinto D y subir a la cresta. Este motivo, combinado con el hecho de que el Sol en Escorpio, aunque cerca,

no apunta al centro de la galaxia, hace que también se deba descartar un alineamiento durante la puesta de sol del solsticio de verano.

«Cuando has eliminado lo imposible —como bien decía Sherlock Holmes, el personaje de Arthur Conan Doyle—, lo que queda, *por improbable* que parezca, debe ser la verdad». Por un proceso de eliminación hemos visto que Göbekli Tepe no nos puede estar invitando a considerar los equinoccios, y tampoco el solsticio de verano, incluso en el momento favorable de la puesta del sol. Esto nos deja solo con el solsticio de invierno, con el sol en Sagitario apuntando el centro de la Vía Láctea, la firma astronómica definitiva de los años entre 1960 y 2040 en nuestra época; una firma que sucede a intervalos de 26.000 años. Por improbable que pueda parecer, por tanto, nos vemos obligados a considerar la posibilidad de que en el 9600 a. C. los constructores de Göbekli Tepe tuvieran unos conocimientos tan avanzados del recóndito fenómeno de la precesión que fueron capaces de calcular sus efectos durante miles de años hacia atrás y hacia delante en el tiempo para producir una imagen simbólica exacta de la conjunción Sagitario/solsticio de invierno.

Si esta especulación es correcta, entonces resulta adecuado recordarnos que dos logros científicos comparables de la antigüedad prehistórica han sobrevivido también al tiempo y nos llegan en el mismo grado de compleción.

Uno es el calendario maya, el cual consideraba que un gran ciclo en la vida del mundo llegaba a su final en exactamente el mismo período de 80 años que va de 1960 al 2040. Además, utilizaba exactamente la misma vara de medir —el progreso del Sol del solsticio de invierno hacia su alineación con el centro de nuestra galaxia— para predecir cuándo tendría lugar la fatídica conjunción y definir el punto de inflexión entre el final de la edad antigua y el comienzo de la nueva.

La otra es el gran geoglifo astronómico de la meseta de Guiza en Egipto, inscrito en la orilla oeste del Nilo en forma de las grandes pirámides y la Esfinge. El lector recordará que esas obras maestras de la arquitectura megalítica presentan un profundo conocimiento de la precesión que nos ofrece una imagen del cielo durante el equinoccio de primavera en el 10800 a. C. También aquí, como veremos en el capítulo 19, existen las distintivas

características de un mensaje; un mensaje enviado a través de los tiempos y dirigido, de forma bastante específica, a nuestra época y a nosotros.

En nuestra búsqueda por descubrir lo que estos mensajes pueden significar, quizá los sabios de Harrán, esos «adoradores de estrellas» cuya ciudad se encuentra a penas a 40 kilómetros de Göbekli Tepe, esos seguidores del dios de la sabiduría con sus misteriosas peregrinaciones a las pirámides de Guiza, pueden darnos una pista.

Capítulo 16

ESCRITO EN LAS ESTRELLAS

En los capítulos del 8 al 11 hemos explorado la tradición secreta de los sabios, mantenida en Egipto durante miles de años, perpetuada a sí misma mediante el reclutamiento e iniciación a lo largo de las eras. Y hemos considerado la posibilidad de que esos «misteriosos profesores del cielo», esos «seguidores de Horus» —esos «magos de los dioses»— representaran un papel clave, no una, sino muchas veces, en momentos cruciales de la historia de Egipto, al impulsar hacia delante esa notable cultura.

En el capítulo 12 echamos un vistazo a la conexión entre el increíble yacimiento megalítico de Baalbek y el enigmático grupo de colonos del antiguo Canaán que se asentaron cerca de la meseta egipcia de Guiza, donde realizaron regulares ofrendas devocionales a la Esfinge, a la cual llamaron con diversos nombres, como Hauron y Hurna, según el de una deidad halcón cananea.

En el capítulo 14 vimos que otro grupo, conocido como los sabios y renombrados como «adoradores de estrellas», llegaron como peregrinos desde más lejos incluso a las pirámides de Guiza. Su ciudad de origen era Harrán, situada cerca de Göbekli Tepe, en lo que hoy es el sureste de Turquía. No queda registro de cuándo comenzaron esas peregrinaciones, pero Harrán ya estaba habitada miles de años[809] antes de que apareciera la primera referencia escrita a ella, en el 2000 a. C.[810] Lo notable es que las peregrinaciones sabias a Guiza siguieron teniendo lugar hasta fechas tan tardías como el 1228 d. C., cuando el geógrafo Yakut el-Hamawi las menciona en su *Mogam-el-Buldan* (Diccionario de países). Como el egiptólogo Selim Hassan señala en el pasaje citado en el capítulo 14, el

relato de Hamawi demuestra que los sabios «reconocían las pirámides de Khufu y Khafre como monumentos relacionados con el culto estelar».[811]

Figura 57.

Esto puede parecer un dato sin importancia, y los «expertos» en los sabios lo han ignorado; pero demuestra la continuación de una tradición oculta. La religión y la cultura egipcias antiguas dejaron de existir cientos de años antes de 1228 d. C. (la última inscripción en jeroglíficos sagrados data del 394 d. C.), mientras que los egiptólogos no redescubrieron las evidencias de la naturaleza estelar del «culto» de la pirámide hasta principios del siglo xx[812]. Por lo tanto, no hay otro medio que no sea una tradición oculta de que los sabios «adoradores de estrellas» hubieran podido saber que las pirámides estaban relacionadas con las estrellas o pudieran haber estado motivados para convertirlas en objeto de peregrinación.

Ah, pero Harrán… Harrán, la fabulosa ciudad de los sabios. En la actualidad es una humilde ciudad. Construida de adobes, unas pocas de las tradicionales casas en forma de colmena todavía sobreviven, agrupadas en un centro donde se venden recuerdos a los turistas. La desvencijada ciudad moderna está situada en medio de una vasta y desolada llanura con las estribaciones de las montañas del Tauro, azules y brumosas, amenazantes a 40 kilómetros al norte. Göbekli Tepe se encuentra en unas de estas crestas y, de hecho, en teoría ambos lugares son visibles el uno desde el otro[813]; en otras palabras, si tu vista es lo bastante buena, puedes ver Göbekli Tepe desde Harrán y viceversa.

Lo que en la Antigüedad habría hecho esa vista más sencilla, habría sido una alta torre aneja al templo que antaño estuvo allí; un templo dedicado a Su-En (por lo general contraído como Sin), el dios luna de los sabios[814]. Tras decirnos que «en este templo había poderosas imágenes», el filósofo griego Libanio (314-394 a. C.) describe la torre, señalando que «desde su parte superior uno puede ver toda la llanura de Harrán»[815].

El templo del dios de la Luna ya era tremendamente antiguo en el i milenio a. C., cuando sabemos por inscripciones que necesitó de varias restauraciones. Por ejemplo, sabemos que los reyes asirios Salmeneser III (858-824 a. C.) y Asurbanipal (685-627 a. C.) llevaron a cabo en él reparaciones. Posteriormente, Nabónido, que gobernó el Imperio neobabilonio entre el 556 y el 539 a. C., reconstruyó el templo[816]. Al igual que Tutmosis IV de Egipto, que restauró la Esfinge de Guiza (véase el capítulo 10), Nabónido recibió inspiración para ello gracias a un sueño[817].

Resulta notable que la religión «pagana» de Harrán sobreviviera varios cientos de años en la era islámica. Esto se debió en gran parte a la aceptación de los sabios como «gente del Libro» (el lector recordará del capítulo 14 que afirmaron con éxito que Hermes era su profeta y ofrecieron una compilación de los textos herméticos como sus Escrituras). De modo que cuando el general árabe Ibn Ghanam conquistó Harrán en el siglo vii d. C., se apoderó del sitio donde se encontraba el templo del dios Luna, con su fabulosa torre, para la construcción de una gran mezquita. Parece que el templo fue destruido para dejar sitio a la mezquita; pero que Ghanam ofreció a los sabios un lugar alternativo en la ciudad donde se les permitió erigir un nuevo templo[818]. Allí continuaron practicando su «adoración de estrellas» sin interrupciones significativas hasta el siglo xi d. C., bien en el 1031 o el 1081 —los relatos son contradictorios—, cuando una nueva generación de gobernantes musulmanes se volvió contra ellos, suprimió su fe y destruyó su último templo[819].

Dos siglos después comenzó la invasión mongola y Harrán fue escenario frecuente de feroces enfrentamientos. En sucesivos episodios en 1259, 1262 y 1271, los lugares de culto islámico fueron destruidos[820]. Actualmente, la gran mezquita sigue en ruinas, pero cuando uno recuerda que el templo del dios Luna estuvo allí al pie de una elevada torre, resulta

curioso que esta sea el único resto arquitectónico casi intacto que queda, con una base cuadrada de solo 4 metros de lado y alzándose a más de 50 metros de altura dominando la llanura de Harrán, igual que hizo su predecesora sabiana. Sin duda no es sino un minarete superviviente de la gran mezquita de Ibn Ghanam… la arquitectura es definitivamente islámica. No obstante, sigue siendo de lo más peculiar, cuando menos, que la gente del lugar se siga refiriendo a ella actualmente como la torre Astronómica, como si conservaran un antiguo recuerdo de la época en la que sus antepasados sabios subían por la hace largo tiempo desaparecida torre del templo del dios Luna para observar los cielos.

Las pocas sesiones arqueológicas llevadas a cabo en Harrán a partir de la década de 1950, si bien han encontrado gran número de inscripciones relativas al dios Luna, por el momento no han hallado trazas físicas de templos preislámicos[821]. Un equipo del Instituto Oriental de Chicago estuvo a punto de comenzar una importante excavación en torno a las ruinas de la gran mezquita en 1986; pero parece que las autoridades turcas impusieron unas condiciones tan restrictivas para realizar el trabajo que el proyecto hubo de ser abandonado[822]. Las excavaciones en curso de la Universidad de Harrán y el Directorio del Museo de Sanliurfa muestran escaso interés en recuperar restos sustanciales del período preislámico de la ciudad[823].

Hasta ahora, basándose en los mínimos trabajos arqueológicos realizados, los artefactos fechables de Harrán se remontan hasta en torno al 5000 a. C.[824], si bien es muy posible que futuras excavaciones realicen hallazgos más antiguos. En una colina de asentamiento llamada Asagi Yarimca, unos pocos kilómetros al noroeste de la ciudad, se han encontrado las características cerámicas de tipo Halaf, monocromas y fechadas en el 6000 a. C.[825] Y, 6 kilómetros al sur de Harrán, las excavaciones que desde 2006 realiza el arqueólogo turco Nurettin Yardimci han establecido la existencia de un yacimiento permanente todavía más antiguo, fechado en el 8000 a. C.[826]

Como el 8000 a. C. —hace 10.000 años— señala la fecha aproximada en la que Göbekli Tepe fue abandonada y el último de sus círculos de piedra enterrado deliberadamente, me dejó intrigado saber que el lugar de las

excavaciones de Yardimci es conocido desde tiempo inmemorial como Tell Idris, es decir, «la colina de habitación del Idris». Esto resulta interesante, porque en el Corán Idris es el nombre del profeta bíblico Enoch, el séptimo de los diez patriarcas que vivieron en la época anterior al diluvio[827]. Para ser específicos, Enos es el hijo de Jared, el padre de Matusalén, el abuelo de Lamec y el bisabuelo del propio Noé[828]. Además, la traición musulmana asocia a Idris/Enoc con Hermes[829]. El filósofo islámico persa Abu Mashar (787-886 d. C.) expresa la cuestión como sigue:

> *El nombre de Hermes es un título. Su primer poseedor, que vivió antes del diluvio, fue […] aquel a quien los hebreos llaman Enoc, cuyo nombre árabe es Idris. Los harrianos declaran que fue un profeta*[830].

Este Enoc/Idris/Hermes antediluviano era un maestro de las ciencias, «sobre todo la astronomía». Además:

> *Escribió muchos libros, cuya sabiduría preservó en las paredes de los templos egipcios y no fuera a perderse. Fue él quien construyó las pirámides*[831].

Los comentarios de Abu Mashar contienen fuertes ecos de los textos de la construcción de Edfu, supuestamente, derivados también de libros antediluvianos perdidos y cincelados en los muros del templo de Horus para asegurarse de que su mensaje no se perdiera. Y que las pirámides son de una antigüedad remota y fueron construidas por Hermes —ese «maestro de la astronomía», el Thot egipcio, como recordará el lector— encuentra resonancia en la tradición sobre «el número de las cámaras secretas del santuario de Thot», mencionada en el capítulo 11, que en época histórica el faraón Khufu quiso consultar y copiar para sus propios trabajos de construcción en Guiza.

Una vez más, enfrentados a este material, parece razonable suponer que nos hemos tropezado con las trazas de un proyecto, puesto en marcha por los supervivientes de una cataclísmica inundación mundial, para conseguir «la resurrección del antiguo mundo de los dioses». Dondequiera que el

proyecto echaba raíces, me parece a mí, su esencia era una *tradición*, pasada de generación en generación por maestros iniciados y, de este modo, capaz en teoría de ser implementada en cualquier lugar, y época, cuando el momento era el adecuado.

Con su habilidad para fundirse en el entorno y sobrevivir a las circunstancias cambiantes, con su conocimiento de las cualidades astronómicas de las pirámides preservadas hasta al menos una fecha tan tardía como el siglo xiii d. C. y con su nombre, como Selim Hassan reconoció acertadamente, derivado de *sba*, la palabra del egipcio antiguo para «estrella»[832], los sabios de Harrán tienen todas las características de los portadores de una tradición secreta.

El misterio de los vigilantes

Aparte de su genealogía en el linaje de patriarcas anteriores a Noé, y la enigmática afirmación de que «caminó en compañía de Dios» y fue misteriosamente tomado consigo por Dios sin experimentar la muerte[833], la Biblia canónica no tiene nada más que decirnos respecto a Enoc. Por fortuna, mucha más información está disponible en los textos apócrifos, es decir, textos que los redactores bíblicos, por uno u otro motivo, decidieron no incluir dentro de las escrituras oficialmente sancionadas. Con mucho, uno de los más famosos es el Libro de Enoc. Con anterioridad al siglo xviii los eruditos pensaban que estaba sin remedio perdido. Compuesto mucho antes del nacimiento de Cristo[834], y considerado una de las piezas más importantes de la literatura mística judía, solo se conocía por fragmentos y referencias en otros textos. No obstante, todo esto cambió después de que el polímata y aventurero James Bruce de Kinnaird visitara Etiopía en los años 1770-1772. Entre otros notables logros[835], consiguió y se llevó consigo a Gran Bretaña varias copias del Libro de Enoc, que durante la Antigüedad había sido traducido al geez, la lengua sagrada etíope. Fueron las primeras copias completas vistas nunca en Europa[836].

Mencionaré de pasada que el Libro de Enoc siempre ha tenido gran importancia para la masonería. De hecho, ciertos rituales masónicos —en curiosa resonancia con las tradiciones islámicas— identifican a Enoc con el

antiguo dios egipcio de la sabiduría, Thot, y con su avatar griego, Hermes[837]. Una entrada de la *Royal masonic cyclopaedia*, publicada originalmente en 1877, nos dice que Enoc fue el inventor de la escritura, que «enseñó a los hombres el arte de escribir» y que, antes del diluvio, «temía que los secretos reales se perdieran, para prevenirlo escondió el gran secreto, grabado en una piedra de pórfido oriental blanco, en las entrañas de la tierra». La *Cyclopaedia*[838] contiene sus propios indicios de una tradición secreta transmitida a lo largo de los años, por ejemplo, cuando sugiere que el propio Enoc era masón y que al final de sus días sobre la tierra «entregó el cargo de gran maestre a Lamec»[839].

El Libro de Enoc es un documento muy extraño, que pretende, entre otras cosas, ser una visión del futuro cataclismo del diluvio y por qué este va a ser desencadenado contra el mundo. En una serie de sueños[840], Enoc recibe noticia de la advertencia que Dios hará a su descendiente Noé de que «un diluvio está a punto de llegar sobre la tierra y destruirá todo lo que hay sobre ella»[841]. Evidentemente, se trata de cosas conocidas; sencillamente un resumen, o repetición de lo que podemos leer en el Génesis. Igual que lo es el pasaje siguiente, donde a Enoc se le hace entender que se tomarán acciones para que Noé escape y «su semilla pueda ser preservada para todas las generaciones del mundo»[842].

Lo que viene después resulta intrigante. A pesar de que el propósito expreso del diluvio de Dios es matar a la mayoría de la humanidad —excepto, por supuesto, a Noé y sus descendientes— se habla de la necesidad de:

> *Curar la tierra que los ángeles han corrompido […], de que todos los hijos de los hombres pueden no perecer mediante todas las cosas secretas que los vigilantes han revelado y han enseñado a sus hijos*[843].

Es la segunda mención a esos misteriosos «vigilantes» que aparece en el Libro de Enoc. La primera, unas páginas antes, no nos dice nada de ellos excepto que «se estremecerán» ante la perspectiva de los acontecimientos

por llegar[844]. Hasta el momento no tenemos ninguna clave real sobre quién o qué son, excepto que han transgredido alguna ley divina al enseñar «cosas secretas» —aparentemente cosas *peligrosas*— a la humanidad y que ellos (y la mayor parte de la raza humana por medio del diluvio) van a ser castigados gravemente por eso.

Se mencionan algunos nombres de los vigilantes, o cuando menos de sus jefes: Azazel, Semjaza, Armen, Rumjal, Turel, Armaros, Danjal, Kokabel y una docena más[845]. Más concretamente, se nos habla de la naturaleza de las «cosas secretas» que enseñaron a la humanidad:

> *Y Azazel enseñó a los hombres a hacer espadas y cuchillos, y escudos, y pectorales, y les hizo conocer los metales de la tierra, y el arte de trabajarlos, y brazaletes, y adornos, y el uso del antimonio, y el embellecimiento de las pestañas, y todo tipo de piedras costosas, y todas las tinturas para dar color. Y allí surgió mucho pecado, y cometieron fornicación, y fueron extraviados, y se volvieron corruptos en sus modos. Semjaza les enseñó encantamientos, y a cortar raíces; Armaros a solucionar encantamientos; Baraquijal les enseñó astrología; Kokabel las constelaciones; Ezequeel el conocimiento de las nubes; Araquiel los signos de la Tierra; Shamsiel los signos del Sol, y Sariel el recorrido de la Luna…*[846]

Seguidamente, empezamos a comprender que los vigilantes están divididos en dos grupos mutuamente opuestos, porque leemos que los líderes de un grupo convocan a Enoc —recordemos que todo esto le está sucediendo mientras se encuentra en un estado de ensoñación, visionario— para entregarle un mensaje para los líderes del otro grupo, llamado «los vigilantes del cielo»[847]. Parece que esos «vigilantes del cielo» (en ocasiones mencionados como los «vigilantes celestiales»[848]) se han «manchado con mujeres, y han hecho como los hijos de la Tierra hacen, y han tomado mujeres para ellos mismos»[849]. También han «llevado gran

destrucción sobre la Tierra»[850]. Por esto van a ser castigados de varios modos profundamente desagradables y aterradores[851].

Obediente y cumplidor, Enoc parte llevando este duro mensaje de asesinato y caos de los vigilantes a… los vigilantes.

¿Qué está sucediendo aquí?

Un estudio más profundo del texto revela el trasfondo:

> *Y vino a suceder cuando los hijos de los hombres se habían multiplicado que en esos días les nacieron bellas y bonitas hijas. Y los ángeles, los hijos del cielo, las vieron y las desearon con lujuria, y se dijeron los unos a los otros: «Vamos, escojamos esposas de entre los hijos de los hombres y engendremos hijos». Y Semjaza, que era su líder, les dijo: «Tengo miedo de que vosotros no estéis de acuerdo en cometer este acto y yo solo tenga que pagar el castigo de un gran pecado». Y todos le respondieron y dijeron: «Déjanos realizar un juramento, y unámonos mediante imprecaciones mutuas a no abandonar este plan, sino a continuar con él». Entonces juraron todos juntos y se unieron mediante imprecaciones mutuas al respecto. Y eran en total 200, que descendieron en los días de Jared sobre la cima del monte Hermón…*[852]

Las cosas se están empezando a aclarar. «Vigilantes» es un término general referido a ángeles. Entre ellos hay ángeles malos. Quieren tener sexo y tener hijos con mujeres hermosas y, mientras están en ello, como podemos saber por los pasajes ya citados, enseñarán a la humanidad una cosa o dos sobre metales y las constelaciones y el recorrido del Sol y la Luna (o la eclíptica, como este «recorrido» —este «camino»— es conocido hoy por los astrónomos). Como primer paso para implementar su plan, estos vigilantes malos descienden sobre el monte Hermón, que resulta está en la antigua Canaán, hoy el Líbano, y a solo 73 kilómetros de Baalbek.

Mientras tanto, hay ángeles buenos, «los sagrados ángeles que vigilan»[853]; entre ellos, Uriel, Rafael, Raguel, Miguel, Saraquel, Gabriel y Remiel[854]. Y son estos ángeles buenos los que se le aparecen a Enoc en un sueño para transmitirle el mensaje de muerte y destrucción para que lo lleve a los ángeles malos del monte Hermón. Nos dice en concreto dónde tuvo el sueño:

> *Salí y me senté en las aguas de Dan, al sur del oeste de Hermón […]. Caí dormido y tuve un sueño y visiones cayeron sobre mí y tuve visiones de castigos y una voz vino ordenándome decírselo a los hijos de los cielos y a regañarlos. Y cuando desperté fui a ellos…* **[855]**

Mientras leo estos pasajes, situados antes del diluvio, cuando la gente del Líbano y la antigua Turquía seguían en un estadio cazador-recolector, cada vez me parece más y más evidente que Enoc es una figura chamánica. Y, como todos los chamanes, en todas partes, en todos los tiempos y lugares, concede gran importancia a las visiones, que en este caso vienen en forma de sueños recibidos cuando estaba «dormido». Con todo, lo interesante es que cuando se despierta de su estado visionario es capaz de dirigirse a un lugar físico real en el monte Hermón, donde se encuentran los vigilantes malos, y hablar con ellos cara a cara:

> *Y narré ante ellos todas las visiones que había visto dormido, y comencé a hablar las palabras de rectitud, y a regañar a los vigilantes celestiales*[856].

¿Acaso esto no sugiere, de un modo muy evidente, que los malos vigilantes son seres físicos? No sé lo que son los vigilantes buenos, porque solo se le aparecen a Enoc en sueños. Es muy posible que sean reales a cierto nivel. Los lectores de mi libro *Supernatural*, que trata sobre el chamanismo, conocen mi opinión de que, en un estado alterado de consciencia (incluidos el del sueño), el «receptor de ondas» del cerebro puede sintonizarse de nuevo, permitiéndonos establecer contacto con otras

dimensiones de la realidad[857]. Pero en la historia de Enoc los vigilantes malos han de ser reales —reales en el plano terreno de la existencia física —, porque cuando se despierta es capaz de trepar al monte Hermón y regañarlos.

También hemos de tener en cuenta la posibilidad de que los vigilantes malos —quienesquiera o lo que quiera que sean— puedan de hecho no ser malos. Todo lo que podemos decir es que son considerados malos y representados como tales en los sueños-visiones de Enoc. Una posibilidad que debemos de no obviar, junto a la de que el Libro de Enoc no sea sino un antiguo libro de ficción fantástica, es que los encuentros de Enoc con los vigilantes «malos» tuvieran lugar en realidad y que este los odiara por los cambios que estaban intentado introducir en el modo de vida cazador-recolector de su gente. En ese caso, puede que la regañina que les imparte, transformada por sus subconsciente en algo venido de los vigilantes buenos, solo esté expresando sus profundamente enraizadas opiniones, las de un viejo chamán intolerante que se siente amenazado por el cambio; aunque él mismo sea transformado más adelante debido a sus contactos con los vigilantes.

No tenemos espacio aquí para revisar al completo el extraño, impenetrable y tremendamente sugestivo texto del Libro de Enoc. Lo que me interesa es la mucho más específica posibilidad de que los 200 vigilantes que «descienden» sobre monte Hermón fueran seres reales, no fantasmas. Me gustaría comprender más sobre qué tipo de seres pueden haber sido. Y quiero estudiar la imagen que Enoc pinta de ellos, cargada de odio y resentimiento como está, de que fueron ellos quienes entregaron técnicas y ciencias a nuestros antepasados; habilidades y ciencias que, al final, también le serán reveladas a él por los vigilantes buenos y con los cuales su propio nombre terminará asociado en la leyenda y la tradición[858].

El misterio de los nefilim

Los vigilantes comenzaron su proyecto de desarrollo con pasos pequeños, enseñando «hechizos y encantamientos, y a cortar raíces» a los humanos, y

haciendo que «conocieran las plantas»[859]. Esto parece bastante inofensivo; excepto un poco por los «encantamientos», realmente no está por encima del nivel de las capacidades básicas de los cazadores-recolectores. Pero, rápidamente, como ya hemos visto, nuestros antepasados estuvieron siendo iniciados en los secretos de los metales, y en cómo hacer espadas y cuchillos, y cómo estudiar los cielos; y también cómo adornarse con maquillaje de ojos y joyería.

A cambio (un poco como los soldados norteamericanos que, durante la Segunda Guerra Mundial, supuestamente compraban los favores de las mujeres británicas mediante regalos de medias de nilón, cigarrillos y chicles)[860], los vigilantes están consiguiendo sexo —¡mucho sexo!—, y esto parece ser lo que más molesta a Enoc. Habla con reprobación, una y otra vez, de la «fornicación de los vigilantes»[861], de su «lujuria» por las «bellas y atractivas» mujeres humanas[862] con las que «duermen»[863], «a las que van»[864] y con las que «se ultrajan» a ellos mismos[865] y a las que revelan todo tipo de pecados[866].

De semejantes admoniciones podemos deducir razonablemente varias cosas sobre los vigilantes, sobre todo que debían tener el tamaño y la forma adecuados, además de estar dotados con los órganos e impulsos necesarios para practicar, y disfrutar, del sexo con mujeres humanas. Para mí, la conclusión evidente de esto es que los vigilantes eran, de hecho, humanos; o al menos en extremo próximos a nivel genético a los humanos anatómicamente modernos; lo bastante próximos, en realidad, como para dejar embarazadas a mujeres humanas y tener «hijos de la fornicación»[867] con ellas. Estos vástagos no salieron enclenques, como podría esperarse de incluso la menor discrepancia genética en un emparejamiento. Al contrario, crecieron tan vigorosos que Enoc, o los ángeles «buenos» hablando a través de él, no solo quiso destruir a los vigilantes, sino también a «los hijos de los vigilantes»[868].

Pero en la progenie híbrida hay algo muy extraño, al menos si aceptamos la palabra de Enoc al respecto, porque nos dice que cuando las mujeres humana «quedaron preñadas» por los vigilantes, dieron a luz a:

> *Grandes gigantes cuya altura era de 3.000 codos, que consumían todas las adquisiciones de los hombres. Y cuando los hombres no pudieron seguir alimentándolos, los gigantes se volvieron contra ellos y devoraron a la humanidad*[869].

3.000 codos equivale a 1.371 metros. Por tanto, cualquiera que sea la verdad que pueda haber tras el relato, lo cierto es que el anciano chamán enfadado la está embelleciendo fantásticamente en su apuesta por desacreditar a los vigilantes. La posibilidad de mujeres humanas dando a luz a bebés que luego crecerían hasta tener más de un kilómetro de altura es bien absurda. No obstante, nos trae de nuevo al familiar territorio bíblico; de hecho, a uno de los pasajes más conocidos del libro del Génesis, que dice:

> *Y entonces sucedió, cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, e hijas les nacieron, que los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran bellas; y tomaron como esposas a todas las que escogieron. Y el Señor dijo: «Mi espíritu no siempre perdurará con el hombre, porque él también es carne: no obstante sus días serán ciento veinte años». Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después, cuando los hijos de Dios fueron a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos: estos se convirtieron en hombres poderosos, desde antiguo varones de renombre*[870].

Esta es la versión de la Biblia del rey Jaime (he añadido las cursivas al final), pero otras traducciones ponen la palabra original *nefilim*, que la versión mencionada traduce como «gigantes»:

> *Los nefilim estaban sobre la tierra en aquellos días, y también después, cuando los hijos de Dios fueron a las hijas de los hombres, y tuvieron hijos con ellas. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre*[871].

Las cosas comienzan a quedar algo más claras. Un grupo de ángeles malos, «vigilantes del cielo», han llegado a la tierra —«descendieron», concretamente, en el monte Hermón del Líbano—, transfirieron alguna tecnología, se aparearon con hembras humanas y tuvieron vástagos que de algún modo eran gigantes y se llamaban nefilim. Esto es lo que nos cuentan los siguientes versos:

> *Y vio Jehová cuán grande se había vuelto la malicia de la raza humana sobre la tierra, y que todas las inclinaciones de los pensamientos del corazón humano eran de continuo solamente el mal. El Señor se arrepintió de haber creado hombres sobre la tierra, y su corazón estaba profundamente turbado. De modo que el Señor dijo: «Barreré de la faz de la tierra a la raza humana que he creado —y con ellos los animales, los pájaros y las criaturas que se mueven por el suelo—, pues me arrepiento de haberlos hecho». Empero Noé halló gracia en los ojos de Jehová*[872].

En los últimos años, en torno a estos versículos ha proliferado en internet una extraordinaria cantidad de tonterías crédulas, muchas de ellas derivadas de las novelas de ciencia ficción de Zecharia Sitchin, sobre todo la serie *Earth chronicles*, que consiguió hacer creer al público que eran serios estudios factuales. Ya he hablado en el capítulo 13 de las malas interpretaciones de Sitchin sobre Baalbek y, si bien no estoy diciendo que todo lo que escribió sea ficción —en ella incluye hechos bastante valiosos e interesantes—, el grueso de su trabajo está echado a perder por suficientes

invenciones y fantasías como para que sus lectores se muestren precavidos al respecto, en vez de aceptarlo de inmediata y sin desconfiar del mismo.

Su tratamiento de la cuestión de los nefilim (así es como lo escribe en vez de en inglés, «nephilim», pero esto no es importante) es un buen ejemplo. Afirmando ser un experto en lenguas bíblicas, se pregunta:

> *¿Qué significa la palabra nefilim? Procedente de la raíz semita nfl («ser descendido»), significa exactamente lo que dice. ¡Significa los que fueron descendidos sobre la tierra!*[873]

No obstante, el problema es que, como ha demostrado de forma conclusiva Michael S. Heiser, un verdadero especialista bíblico y experto en lenguas semíticas antiguas:

> *Sitchin asume que «nefilim» procede de la palabra hebrea «nafal», que generalmente significa «caer». Seguidamente fuerza el significado «descender» a la palabra, creando su traducción «descendiendo desde arriba». En la forma en la cual la encontramos en la Biblia hebrea, si la palabra nefilim procediera del hebreo nafal no aparecería escrita tal cual la vemos. La forma nefilim no puede significar «los caídos» (hubiera sido escrita nefulim). Del mismo modo, «nefilim» no significa «aquellos que caen» o «aquellos que descienden abruptamente» (eso sería benofelim). El único modo de obtener en hebreo nefilim de nafal según las normas de la morfología [formación de palabras] hebrea sería presuponer un nombre que se escribiera nafil y luego pluralizarlo. Digo «presuponer» porque tal nombre no existe en el hebreo bíblico —a menos que uno cuente Génesis 6, 4 y Números 13, 33, las dos menciones de nefilim—, pero eso significaría ¡asumir lo que uno está intentando probar! No obstante, en arameo sí existe el nombre nafil(a). Significa «gigante», explica fácilmente por qué la Septuaginta [la antigua traducción al griego de la Biblia hebrea] tradujo nefilim como gigantes*[874].

Está claro que Heiser tiene razón en esto, porque, como él mismo señala, hay un pasaje posterior en el Antiguo Testamento, en Números 13, donde la palabra *nefilim* vuelve a aparecer. Se trata de miles de años después del diluvio, de hecho, en el período histórico, ciertamente no después del 1200 a. C., cuando los israelitas penetraron por primera vez en Canaán tras el éxodo de Egipto. Exploradores avanzados informaron a Moisés:

> *Y toda la población que hemos visto en medio de él son hombres talludos. Allí hemos visto a los nefilim […] y resultábamos a nuestros propios ojos como langostas, y lo mismo éramos a sus ojos*[875].

El contexto no deja lugar a la duda sobre que los *nefilim* son gente de «gran talla», las referencias a ellos como «gigantes» en la Biblia del rey Jacobo y otras versiones tienen, por tanto, completo sentido, y la «traducción» que ofrece Sitchin es evidentemente falsa. ¿Sabía que era falsa incluso mientras la utilizaba en sus libros? No cabe la certeza, porque como Heiser demuestra a continuación, el conocimiento que tenía Sitchin de las lenguas bíblicas era tan escaso como para no diferenciar siquiera entre arameo y hebreo[876]. Heiser cree que la noción de que los nefilim eran seres «descendidos del cielo», o que «bajaron del cielo», fue utilizada por Sitchin sencillamente porque le venía bien a su argumento y le permitía «hacer que los *nefilim* sonaran como antiguos astronautas»[877].

Las críticas vuelven a estar justificadas, porque Sitchin va más allá de lo que podría ser un error inocente al proporcionar más «traducciones» de la palabra «nefilim» que son incluso más interesadas y falsas. Por ejemplo, los convierte en «dioses del cielo sobre la tierra»[878] y, lo que es peor, en «la gente de los cohetes»[879]; una interpretación para la que no existe justificación posible en ningún texto, pero le permite hablar, entre otras egregias y engañosas ficciones, de «la NASA de los nefilim»[880].

Al revisar este material, que ha tenido semejante impacto en la percepción del público sobre el pasado, también es importante dejar claro que los vigilantes, quienes no aparecen mencionados en absoluto en la Biblia, pero de los cuales en el Libro de Enoc se dice que descendieron de los cielos, son muy diferentes a los nefilim. No hay nada en el Libro de Enoc que diga que los nefilim cayeron, o fueron expulsados, o descendieron del cielo en ningún modo. Lo más que podemos encontrar en el Libro de Enoc es que los nefilim son la progenie del apareamiento de los vigilantes con mujeres humanas, pero incluso esto resulta complicado.

Una acreditada traducción del texto etíope traído por Bruce fue realizada por el reverendo R. H. Charles y publicada en 1917[881]. No

contiene mención alguna a los nefilim y, simplemente, describe a la progenie de vigilantes y humanas como «gigantes»[882]. Del mismo modo, la palabra «nefilim» tampoco aparece en la traducción de 1979 del profesor Michael A. Knibb, que además del texto etíope tiene en consideración los recién descubiertos fragmentos arameos de los rollos del mar Muerto[883]. No obstante, una traducción más reciente, de George W. Nickelsbur y James C. VanderKam, publicada en 2012, incluye fragmentos no considerados por Knibb y en ellos, en el capítulo 7, versículo 2, la palabra «nefilim» aparece dos veces:

> *Y ellas [mujeres humanas] concibieron de ellos [los vigilantes] y dieron a luz a grandes gigantes. Y los gigantes engendraron nefilim, y de los nefilim nacieron elioud. Y crecieron de acuerdo a su grandeza*[884].

Los nefilim no vuelven a aparecer en la traducción de Nickelsburg y VenderKam. No obstante, el versículo citado aquí lo deja bien claro: no deben ser considerados como «caídos» o «bajados» o cosa alguna semejante, sino como la progenie de la unión vigilantes-humanos. Tampoco es la primera generación, es decir, los hijos de los «grandes gigantes», los que son llamados nefilim. Es la segunda generación, es decir, la progenie de los gigantes, quienes son los nefilim, que a su vez producen su propia progenie, los «elioud».

Cuando menos, los «elioud», de los cuales se sabe muy poco más allá de las tradiciones místicas judías, son evidencia de la estrecha relación genética entre los vigilantes y los humanos; tan estrecha que realmente han de ser clasificados como de la misma especie. Por lo general, cuando dos especies diferentes se aparean, incluso cuando son lo bastante próximas como para tener descendencia —como burros y caballos, por ejemplo—, esta es estéril. No obstante, al contrario que las mulas estériles que resultan de cruzar caballos y burros, es evidente que los nefilim no son estériles, pues pueden tener descendencia propia, es decir, los elioud.

La única conclusión razonable, como ya he mencionado, es que los vigilantes han de ser seres humanos; sin duda rodeados de un aura o glamur relacionado con su dominio de la tecnología y las ciencias, pero igual de humanos que las mujeres con las que se aparean y, por lo tanto, su progenie también fue humana. Es muy posible que fueran de estatura elevada. Muy probablemente, el epíteto «gigantes» con el que son definidos también pueda tener algo que ver con sus habilidades intelectuales, que pueden haber parecido superiores. Pero, a pesar de ello, eran humanos y no veo motivo para concluir lo contrario.

Mientras tanto, dado que se trata de un tema en torno al cual hay mucha confusión, resulta necesario reiterar que ni en Génesis ni en Números —los únicos lugares de la Biblia donde aparecen citados— hay sugerencia alguna de que los nefilim hayan «caído», ni siquiera en el sentido metafórico de haber pecado. Al contrario, lejos de ser censurados, son descritos como «hombres poderosos, desde antiguo», «héroes», «varones de renombre». El Génesis es inequívoco, como el lector puede confirmar a partir de los pasajes citados anteriormente, es la maldad humana y el mal de los corazones humanos lo que hace que Dios envíe el diluvio; un cataclismo al que no solo sobreviven los descendientes de Noé, sino también los propios nefilim, que seguían estando en Canaán y todavía de gran altura, cuando los israelitas llegaron para tomar posesión de la Tierra Prometida, como atestigua Números.

Emisarios

Tras esta breve excursión por los cimientos del culto a los nefilim de Sitchin, regresemos a los vigilantes y a quiénes y qué pudieran haber sido.

La condena que de ellos hace Enoc por «fornicar» con mujeres humanas encuentra su contrapartida en el Génesis, donde, si bien no se los nombra, son claramente «los hijos de Dios» que «vieron que las hijas de los hombres eran bellas; y tomaron como esposas a todas las que escogieron». La historia de lo que sucedió después solo se conserva en Enoc, donde se nos lleva a entender que los vigilantes:

> *Enseñaron todo lo que de perverso había en la Tierra y revelaron los secretos eternos que estaban preservados en el cielo, los cuales los hombres se esforzaban por aprender*[885].

Si ahora nos fijamos en otra de las Escrituras no canónicas, el Libro de los Jubileos, que supuestamente es una revelación dada por Dios a Moisés, volvemos a encontrarnos con los vigilantes, esta vez en un contexto que nos retrotrae a los sabios de Harrán. Según el historiador islámico Al-Masudi y el cronista cristiano Gregorio Bar Hebreo, en origen Harrán fue fundada por Cainán[886], el bisnieto de Noé[887]. Por lo tanto, por definición, si bien muy temprana, Harrán es una ciudad posdiluviana. Cainán (a veces escrito Qenan, Kainan o Keinán) era hijo de Arpaxad:

> *Y el hijo creció, y su padre le enseñó la escritura, y fue por sí solo a buscar un lugar donde pudiera apoderarse por sí solo de una ciudad. Y encontró un escrito, que generaciones anteriores había grabado en una roca, y leyó lo que estaba escrito allí, y lo transcribió y pecó al poseerlo, pues contenía las enseñanzas de los vigilantes, conforme a las cuales solían observar los augurios del Sol, la Luna y las estrellas en todos los signos del cielo*[888].

Aquí tenemos, por tanto, el origen de la adoración de estrellas de los sabios, que se remonta a los misteriosos vigilantes —quienesquiera que fueran, lo que quiera que fueran—, asentados en Oriente Próximo en época antediluviana, enseñaron a nuestros antepasados conocimientos prohibidos, quebrantaron algún mandamiento fundamental al aparearse con mujeres humanas y, como resultado, fueron recordados como los responsables del gran cataclismo global que fue el diluvio.

¿Fueron estos vigilantes los emisarios de una civilización perdida de la Edad del Hielo? ¿Quizá una civilización tan avanzada con respecto a los cazadores-recolectores del Paleolítico Superior, que representaban la mayoría de la población del mundo en esa época, como lo está hoy nuestra

civilización de las tribus aisladas de la selva del Amazonas? Evidentemente, cuando digo «adelantada» no me refiero a valores morales o espirituales, sino solo a tecnología, técnica y conocimientos. Dado que en el siglo xxi siguen existiendo semejantes discrepancias, en principio no veo motivo para que no hayan existido en la remota época anterior al gran cataclismo del Dryas Reciente, situado entre el 10800 y el 9600 a. C.

Siguiendo en esta línea de especulación, ¿podría haber habido algún tipo de acercamiento *antes* de esos cataclismos?

¿Un programa de acercamiento muy cuidadoso, considerado y estructurado para observar, estudiar —en otras palabras para *vigilar*— a las poblaciones de cazadores-recolectores, pero sin mezclarse con ellas, ni entrar en los complicados enredos de las relaciones sexuales y familiares con ellos y, sobre todo, sin transferirles ninguna tecnología?

Uno se puede imaginar que un grupo actual de antropólogos y científicos enviados para estudiar una tribu amazónica hasta entonces desconocida podría estar condicionado por limitaciones semejantes; pero imaginemos que alguno de ellos no estuviera de acuerdo. Supongamos que algunos de ellos se «volvieron nativos», como solía decirse, en la época del Imperio británico, de los colonos que intimaban demasiado con la población indígena con la que trataban.

¿Quizá fue eso lo que le sucedió a la tropa de 200 «vigilantes» del monte Hermón? ¿En algún momento en torno al 10900 a. C. rompieron con los mandamientos de su propia cultura para «volverse nativos» entre los cazadores-recolectores de Oriente Medio? De algún modo, ¿fueron los primeros encuentros fortuitos con fragmentos de un cometa gigante un siglo después, en el 10800 a. C. —encuentros que devastaron el mundo—, achacados a su relajación moral?

Y algunas consideraciones finales. ¿Sobrevivió su civilización, si bien truncada, dañada y reducida, a los rigores del Dryas Reciente y hasta el segundo y fatídico encuentro con la cola de escombros del cometa en el 9600 a. C. que acabó con el «largo invierno fatal», pero también condujo al hundimiento y destrucción de la «tierra de origen de los primigenios»? Ese reino «isla», muy dentro del océano, que presenta tantas sorprendentes similitudes con la Atlántida descrita por Platón.

¿Sucedió entonces que los últimos supervivientes de la antaño avanzada y próspera civilización comenzaron a errar por el mundo en barcos para iniciar su gran plan, cuyo objetivo final, quizá al cabo de miles de años, era resucitar el antiguo mundo de los dioses?

¿Fueron Egipto, Baalbek y Göbekli Tepe algunos de los lugares donde esos «magos de los dioses» eligieron asentarse para poner en marcha su plan; quizá precisamente porque antes de los cataclismos en esas zonas habían existido acercamientos y, por lo tanto, se conocían su potencial y el carácter de sus habitantes?

¿Era Harrán parte de la segunda etapa de este plan, cuando el trabajo en Göbekli Tepe estuvo terminado y la cápsula temporal que allí habían creado estuvo enterrada para ser descubierta en una edad futura?

¿Enterrada en las entrañas de la Tierra como esa «piedra de pórfido blanco que menciona la tradición masónica mencionada anteriormente?

¿O, al igual que el «escrito grabado en la roca» que contenía las enseñanzas de los vigilantes encontrado y transcrito por Cainán cuando se estableció en Harrán, llevando a la ciudad conocimiento de los augurios del Sol y las estrellas y «todos los signos del cielo»?

Conocimiento del tipo que, precisamente, sería central para la misteriosa religión estelar de los sabios en milenios venideros…

La astronomía y la medición de la Tierra

El arqueastrónomo James Q. Jacobs ha observado algo bastante raro en Harrán. La latitud de la ciudad, 36,87 grados al norte del Ecuador, parece no ser aleatoria, dado que esta cifra es la misma que la del ángulo agudo de un triángulo rectángulo 3:4:5[889], es decir, un triángulo que contenga un ángulo recto de 90 grados y cuyos lados mantengan una relación 3:4:5. En todos los triángulos de este tipo —los cuales son la base de la trigonometría y son fundamentales para la astronomía y la geodesia—, los otros dos ángulos son, redondeando, 53,13 grados y 36,87 grados.

¿Es una coincidencia que en la cámara del rey de la Gran Pirámide de Guiza exista un triángulo rectángulo con esos mismos ángulos internos? El suelo de esta austera habitación de granito rojo sin inscripciones, en la que

ningún faraón fue encontrado nunca enterrado, forma un rectángulo 2:1, de exactamente 20 codos reales de longitud por 10 codos reales de anchura (10,46 × 5,23 metros). El lado más corto (15 codos) del triángulo rectángulo está formado por la diagonal del muro oeste, desde la esquina inferior suroeste hasta la esquina superior noroeste; su lado medio (20 codos) por toda la longitud del suelo del lado sur de la habitación; su lado largo (25 codos) por la diagonal desde la esquina superior noroeste de la habitación hasta la esquina inferior sureste[890].

Estas longitudes de 15, 20 y 25 codos pueden ser expresadas como la relación 3:4:5, porque si consideramos que la longitud de 15 codos equivalen a 3, entonces 20 codos equivalen a 4 y 25 codos equivalen a 5. Todos los triángulos rectángulos con lados según esta relación especial 3-4-5 se llaman pitagóricos; a partir de Pitágoras, el filósofo y matemático griego del siglo vi a. C. que, supuestamente, fue el primero en descubrir que comparten una característica única: que el cuadrado del lado corto (3 unidades × 3 unidades = 9 unidades) sumado al cuadrado del lado medio (4 unidades × 4 unidades = 16 unidades) da una cifra que es igual al cuadrado del lado largo (5 unidades × 5 unidades = 25 unidades, es decir, la suma de 9 y 16)[891]. Sin embargo, la verdadera «magia secreta» de este triángulo, como ha señalado el matemático islandés Einar Palsson, solo se revela cuando las cifras se elevan al cubo[892]. Entonces tenemos:

$$3 \times 3 = 27$$

$$4 \times 4 \times 4 = 64$$

$$5 \times 5 \times 5 = 125$$

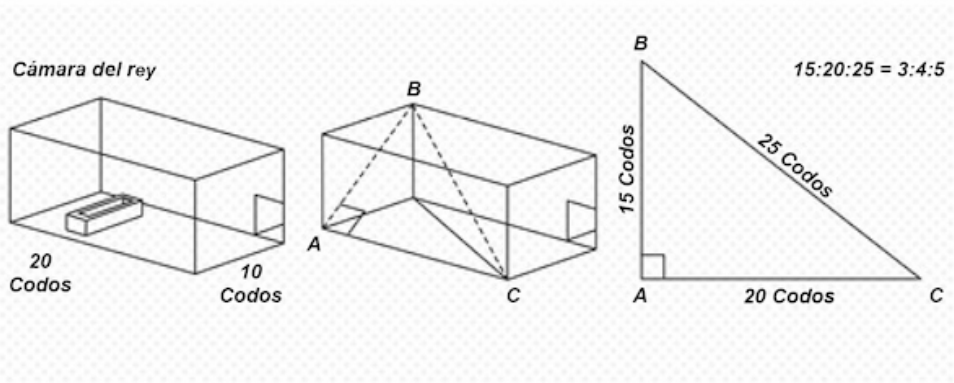


Figura 58. El triángulo rectángulo 3:4:5 oculto en el seno de la cámara del rey de la Gran Pirámide.

El total de 27 más 64 más 125 es 216 y, como el lector recordará de capítulos anteriores, 216 es uno de los números de la secuencia identificada por los historiadores de la ciencia Giordio de Santillana y Hertha von Dechend como derivada de la precisa observación de la precesión de los equinoccios, cuyos cambios a largo plazo en el cielo se desarrollan a razón de un grado cada 72 años. Números derivados de esta secuencia precesional resultan estar codificados en mitos y monumentos de la Antigüedad de todo el mundo, que remontan sus orígenes a lo que De Santillana y von Dechen concluyen solo puede ser alguna «casi increíble» civilización antepasada de antigüedad prehistórica, «la primera que se atrevió a comprender el mundo como creado de acuerdo a números, dimensiones y pesos»[893].

El centro del ciclo es, como ya hemos visto, el 72: el número de años necesarios para que tenga lugar un grado de cambio precesional. En términos precesionales, un desplazamiento de un grado cada 72 años —lo que viene a ser la duración de una vida humana— es apenas perceptible, pues equivale de forma aproximada a la anchura de un índice levantado sobre el horizonte. Un desplazamiento de 30 grados —a lo largo de una constelación zodiacal entera, el cual requiere 30 × 72 = 2.160 años para completarse— es imposible no verlo; pero esta progresión solo puede ser recogida y anotada precisamente por muchas generaciones de observadores concienzudos y precisos. Un desplazamiento de 60 grados, es decir, a lo largo de dos constelaciones zodiacales, requiere 4.320 años (2.160 × 2 =

4.320), y por eso un desplazamiento de 360 grados (por las doce constelaciones zodiacales, un «gran año») requiere un total de 25.920 años.

En el seno del «código precesional», como De Santillana y von Dechen demostraron conclusivamente, es permisible dividir y multiplicar el «número central» 72 (el número de años necesarios para que se produzca un grado de cambio precesional). Esto tiene lugar en mitos y monumentos de todo el mundo (por ejemplo, en Angkor [Camboya], como vimos en el capítulo 12, y en Borodudur [Indonesia], como veremos en el capítulo 18). Así, 216 es 3 × 72 (o 2.160 dividido entre 10). De modo que su derivación a partir del triángulo rectángulo 3:4:5 de la cámara del rey de la Gran Pirámide es muy improbable que se deba a una casualidad y la relación de todo esto con la astronomía y la geodesia —la medición de la Tierra— está clara. Algo que se vuelve a confirmar con las dimensiones externas de la Gran Pirámide, las cuales, como demostré en *Las huellas de los dioses*, contienen codificadas las dimensiones de nuestro planeta en la escala precesional de 1:43.200[894].

En esencia, si mides la altura de la Gran Pirámide y la multiplicas por 43.200 consigues el radio polar de la Tierra, y si mides el perímetro de la Gran Pirámide y lo multiplicas por 43.200 obtienes la circunferencia ecuatorial de la Tierra. El hecho de que 43.200 sea uno de los números de la secuencia precesional identificada por De Santillana y Von Dechen reduce todavía más la posibilidad de una coincidencia y requiere que nos tomemos en serio la propuesta de que estamos viendo parte del legado intelectual de alguna «casi increíble» civilización antepasada que medió la Tierra y observó los cambios en las estrellas con precisión científica mucho antes de que comenzara lo que nosotros consideramos como «historia».

De modo que, para regresar a Harrán, el descubrimiento de James Q. Jacobs ciertamente sugiere que los fundadores de esta ciudad realizaron una elección geodésica deliberada cuando la situaron a una latitud de 36,87 grados norte. A esta impresión se suma la conexión entre Harrán y la legendaria ciudad mesopotámica de Ur, con la cual se sabe mantuvo en la Antigüedad una estrecha relación[895]:

> *La historia/mito de Mesopotamia dice que Ur y Harrán son dos centros sumerios importantes y relacionados, ambos asociados con la Luna. Comprobé la [latitud del] zigurat de Ur, situado a 36,963 grados. Al principio no me di cuenta de que la colatitud equivale a 5/3 del arcotangente (arctan). La colatitud es la distancia al polo más próximo, un punto de referencia geodésico. La latitud es una referencia con el ecuador, el plano perpendicular al eje de giro situado equidistante de los polos. El plano nivel local en Harrán intersecta el eje de rotación con un ángulo 4/3 arctan, formando un triángulo rectángulo 3:4:5, al igual que lo hace la latitud en relación con el ecuador y el centro geodésico. En resumen, la colatitud en Harrán es igual a 4/3 arctan y en Ur a 5/3 arctan. De modo que la latitud en Harrán es igual a 3/4 arctan y en Ur a 3/5 arctan. ¿Acaso estos «idolatristas» estaban haciendo astronomía?* **[896]**

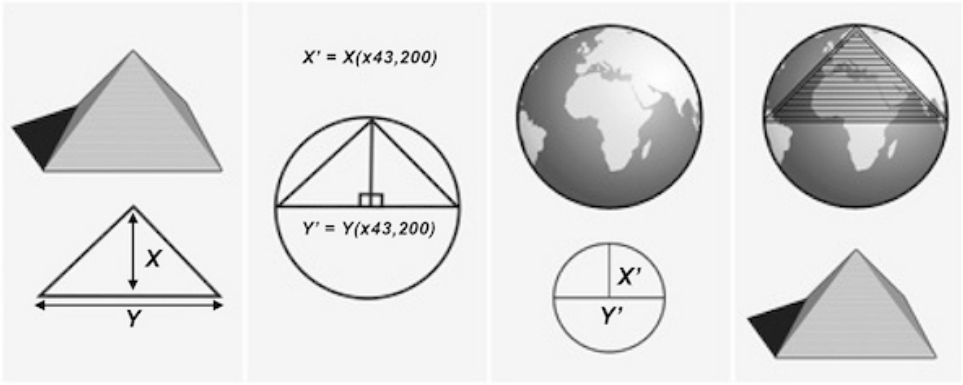


Figura 59. La Gran Pirámide contiene codificadas las dimensiones de nuestro planeta a la escala procesional de 1:43.200. La altura del monumento multiplicada por 43,200 nos da el radio polar de la Tierra, y el perímetro de la base multiplicado por 43,200 nos da la circunferencia ecuatorial de la Tierra, en ambos casos con errores mínimos.

Yo iría más allá y diría que *sin duda* los «adoradores de estrellas» sabios de Harrán estaban haciendo astronomía. Y, dada las evidencias que hemos revisado en los capítulos 14 y 15 respecto a los precisos cálculos de la precesión realizados por los constructores de Göbekli Tepe —tan precisos que fueron capaces de crear una imagen simbólica del cielo del solsticio de invierno en nuestra propia época, 11.600 años hacia el futuro—, no me sorprenden las nuevas evidencias de una extremadamente precisa astronomía y geodesia científica en esta región. Estas evidencias van mucho más allá de las capacidades normalmente atribuidas a la civilización mesopotámica y, dado que levanta el velo y nos obliga a mirar con mucho detalle en la prehistoria, vuelve a conjurar el espectro de una civilización perdida.

Jacobs se dio cuenta de ello y admite estar perplejo por ello. Su último descubrimiento de relevancia tiene que ver con la relación geodésica entre Göbekli Tepe y Harrán:

> *Los dos puntos son aparentemente visibles el uno desde el otro, a solo 40 km de distancia. La diferencia de latitud entre Harrán y Göbekli Tepe equivale precisamente a 1/1.000 de la circunferencia de la Tierra. Aquí es donde penetramos en una zona crepuscular de la astronomía antigua. Parece que, la metáfora correcta respecto a esta implicación sería contraria: «el amanecer» de la antigua astronomía. Göbekli Tepe contiene la más antigua habitación alineada norte-sur, evidencia de una astronomía en práctica.*
>
> *Incluso quienes no son arqueólogos comprenden las bases de la estratificación y la deposición: cuanto más profundo más antiguo. Göbekli Tepe tiene 12.000 años de antigüedad. Harrán es equiparado […] con la Ur de Sumer, la «tierra civilizada» y una «cuna de la civilización». Esa cuna y esa astronomía se supone que tienen entre 4.000 y 5.000 años de antigüedad, no 12.000. Harrán está localizada a 3/4 arctan de latitud, un parámetro fijo, y Göbekli Tepe está a una diferencia de latitud específica al norte. Dado que el parámetro fijo debe de aparecer primero, el enigma, por supuesto, es si esta precisa diferencia de latitud equivalente a 1/1.000 de circunferencia es una coincidencia o si la astronomía antigua acaba de realizar un salto hacia atrás de 12.000 años*[897].

Entiendo que Jacobs no es fan de la historia alternativa y que ha realizado críticas manifiestas sobre la cantidad «asombrosamente increíble de seudociencia» que circula actualmente por internet referente a Göbekli Tepe[898]. Felicitaciones para él, por lo tanto, por ir donde lo lleva la ciencia genuina y mantener la mente abierta a la posibilidad de que la astronomía y la medición precisa de la Tierra puedan, de hecho, retrotraerse mucho más

dentro de esa «zona de crepúsculo» de lo que hasta ahora ha supuesto la arqueología tradicional.

Los magos de Harrán

Tal cual era Harrán en sus inicios —un centro para las «ciencias exactas», como propone Jacobs[899]— así continuó durante los milenios, que los sabios estuvieron practicando allí su «adoración de estrellas». En fechas tan tardías como el siglo xi d. C. Al-Battani, más conocido en Occidente como Albategnio, posiblemente el más notable astrónomo y matemático de la Edad Media, nació en Harrán y tuvo una larga y distinguida vida[900], durante la cual consiguió muchos notables logros científicos.

Destacado es su cálculo, en el que se combinan una astronomía exacta con una geodesia exacta, de la mayor distancia entre la Luna y la Tierra (como la órbita de la Luna es elíptica, tiene tanto perigeo, el punto en el que está más próxima a la Tierra, como apogeo, el punto en el que se encuentra más alejada de ella). La estimación de Al-Battani de la distancia de la Luna en su apogeo se diferencia en solo un 0,6 por ciento de los cálculos modernos[901]. También es conocido por su cálculo de la longitud del año solar: 365 días, 5 horas, 46 minutos y 24 segundos[902]; un error de solo 2 minutos y 22 segundos comparado con la cifra producida por los astrónomos modernos con ayuda de tecnología avanzada[903]. Al-Battani catalogó 489 estrellas[904], obtuvo mediciones más precisas del recorrido del Sol de las que conseguiría Copérnico 600 años después[905], y proporcionó importantes fórmulas trigonométricas para los triángulos rectángulos[906], un hecho de la historia de la ciencia quizá digno de mención, dada la relación de la latitud de Harrán con los triángulos 3:4:5 discutida anteriormente.

El nombre completo de Al-Battani, que incluye cierto número de reveladores epítetos, era Abu Abdallah al-Battani ibn Jabir ibn Sinan al-Raqqi al-Harrani al-Sabi. El origen del propio epíteto «al-Battani» es desconocido, pero se conjetura con que sea una referencia a una calle o distrito de Harrán, su ciudad de origen; de donde, por supuesto, procede «al-Harrani». «Al-Raqqi» se refiere a la ciudad de al-Raqqa, junto al río

Éufrates, en Siria, donde al-Battani pasó gran parte de su vida profesional. Más interesante, no obstante, es el epíteto «al-Sabi», que según el acreditado *Dictionnary of Scientific Biography* indica que los antepasados de al-Battani, cuando no él mismo:

> *habían profesado la religión de los sabeos de Harrán, en la cual parece haberse conservado una considerable cantidad de la antigua teología astral y sabiduría estelar de la antigua Mesopotamia y que, tolerada por los gobernantes musulmanes, sobrevivió hasta mediados del siglo xi. El hecho de que el contemporáneo de al-Battani, si bien más mayor, el gran matemático y astrónomo Thabit ibn Qurra fuera natural de la misma región y continuara profesando la religión sabea parece un indicio del intenso interés en la astronomía que caracterizaba incluso esta fase tardía de la idolatría estelar mesopotámica*[907].

Thabit ibn Qurra (839-901 d. C., nacido también en Harrán) habría tenido poca paciencia con expresiones cargadas de implicaciones como «idolatría estelar», que buscan situar el «paganismo» de los sabeos a un nivel inferior que el mortal, a menudo intolerante, estrecho de miras y acientífico monoteísmo clerical de religiones como el cristianismo, el judaísmo y el islam. Thabit era muy consciente de que, subyacentes a las antiguas prácticas sabias, mal interpretadas por esas religiones jóvenes como «idolatría estelar», había de hecho ciencias exactas de gran beneficio para la humanidad, por lo cual escribió:

> *¿Quiénes han civilizado el mundo, y construido ciudades, si no los nobles y reyes del paganismo? ¿Quiénes otros han puesto en orden los puertos y ríos? ¿Y quiénes otros han enseñado la sabiduría oculta? ¿A quiénes más se ha revelado la deidad, dado oráculos y hablado del futuro si no es a los hombres famosos entre los paganos? Los paganos han dado a conocer todo esto. Han descubierto el arte de curar el alma; también han dado a conocer el arte de sanar el cuerpo. Han llenado la tierra con formas asentadas de gobierno, y de sabiduría, que es el mayor bien. Sin paganismo, el mundo estaría vacío y sería miserable*[908].

A lo anterior debería añadirse que ni siquiera esta traducción consigue hacer justicia a lo que Thabit estaba intentado transmitir. La palabra siríaca *hanputho*, que utiliza en el texto original y aquí se traduce como «paganismo», en realidad significa «la religión pura»[909]. Su cognado en árabe es la palabra *hanif*, que aparece en el Corán refiriéndose a antiguas religiones preislámicas que eran consideradas puras y, por tanto, no eran perseguidas[910]. De hecho, en los primeros siglos del islam, muchos líderes del pensamiento concedieron a los sabeos el reconocimiento de ser los arquetípicos *hanif*[911], lo que, junto a su famosa afirmación de ser «gente del libro», estuvo entre las razones por las cuales tuvieron libertad durante tanto tiempo para practicar su antigua religión.

Ya hemos visto cómo, después de que el general árabe Ibn Ghanan conquistara Harrán en el siglo vii d. C., a los sabeos se les permitió construir un nuevo templo al dios Luna y continuar sus ritos religiosos. En sí mismo, esto es signo de un favor muy inusual, pues por lo general los ejércitos islámicos ofrecían a los «paganos» elegir entre la conversión o la muerte. Más interesante aún, sin embargo, es el encuentro de los sabios con el califa abasí Abu Jafar Abdullah al-Mamun, que pasó por su ciudad en el 830 d. C. y supuestamente los interrogó con intensidad sobre su religión[912].

Si recordamos las peregrinaciones sabeas a Guiza, es razonable preguntarse si existe alguna conexión con el hecho de que en el 820 d. C., una década antes de visitar Harrán, fuera al-Mamun quien excavara un túnel en la Gran Pirámide y abriera sus hasta entonces túneles y cámaras ocultos. De hecho, es por el «agujero de al-Mamun» como los visitantes penetran hoy en el monumento[913]. Descrito por Gibbon como «un príncipe de raros conocimientos»[914], parece que la investigación de al-Mamun vino instigada por información que recibió sobre la Gran Pirámide, en concreto, que contenía:

> *Una cámara secreta con mapas y tablas de las esferas celeste y terrestre. Si bien se dice que fueron hechas en el remoto pasado, se supone que poseían gran exactitud*[915].

Como su padre, Harun al-Rashid, famoso por *Las mil y una noches*, al-Mamun pertenecía a un linaje de califas eruditos y de mentalidad abierta. No obstante, en el siglo xi, cuando el último templo del dios Luna de Harrán fue finalmente destruido, una nueva facción mucho menos tolerante se había hecho con las riendas del islam y la supresión de «la religión pura» de los sabeos comenzó en serio. Sabemos que continuaron realizando peregrinaciones a Guiza hasta el siglo xiii; pero después desaparecen de la historia y, si bien algunos especialistas tienen la sensación de que elementos de su fe sobreviven entre sectas como los mandeos y los yazidis de Irak[916] (quienes a su vez han sido sometido a una intensa persecución islámica en época moderna), en la actualidad parecen no haber quedado restos de los sabios.

Excepto por un tentador e intrigante pensamiento.

El libro sagrado de los sabios era la compilación de textos que hoy conocemos como los *Hermetica*[917], una copia de los cuales encontró su camino del modo más misterioso hasta las manos de Leonardo de Pistoia, un agente de Cosme de Médici, fundador de la dinastía política de ese nombre en Florencia. Era 1460 y Pistoia estaba viajando entonces por Macedonia; pero de inmediato regresó a Florencia con el tesoro de antigua

sabiduría que había comprado. Con igual rapidez, Cosimo ordenó a su hijo adoptado, Marsilio Ficino, que pospusiera la traducción de las obras completas de Platón, la cual acababa de comenzar, y tradujera en cambio los *Hermetica*[918]. Se trató, como comentó la difunta dama Frances Yates, una de los principales expertos mundiales en el Renacimiento, de "una situación extraordinaria"[919].

Y tanto, sobre todo porque mucho es lo que sugiere que fue esta introducción de las ideas herméticas en la Europa del siglo xv la que dio el impulso definitivo al Renacimiento y dio a luz al mundo moderno[920].

¿O se trató más bien, en vez del nacimiento de un nuevo mundo, del renacimiento —la resurrección» en el lenguaje de los textos de Edfu— del antiguo mundo de los dioses?

Signos de las manos

Como hemos visto, los textos de Edfu hablan de los siete sabios, que trajeron la sabiduría a la humanidad, profesores de ciencia y magia. Los textos mesopotámicos también hablan de siete sabios —los *apkallu*—, cuyas funciones eran idénticas a los de sus homólogos egipcios. Hemos explorado todo esto en capítulos anteriores y no hay necesidad de repetirlo. No obstante, de lo que no era consciente hasta que comencé a estudiar la tradición de los vigilantes en el Libro de Enoc, el Libro de los Jubileos y otros, es que los especialistas han descubierto estrechas relaciones entre los vigilantes y los *apkallu*.

Por ejemplo, «figuritas de *apkallu* fueron enterradas en cajas en los depósitos de fundación de edificios mesopotámicos con la intención de alejar el mal […]. El término *massare*, "vigilantes" se utiliza para estos grupos»[921]. Del mismo modo, se dice que los *apkallu* enseñaron ciencias antediluvianas a la humanidad, como también hicieron los vigilantes[922]. No obstante, como concluye un especialista: «Los autores judíos a menudo invirtieron las tradiciones intelectuales mesopotámicas con la intención de mostrar la superioridad de sus propios cimientos culturales. [Así] […] los sabios antediluvianos, los *apkallu* mesopotámicos, fueron demonizados

como los “hijos de Dios” y […] aparecen como los vigilantes […] profesores ilegítimos de la humanidad antes del diluvio»[923].

En resumidas cuentas, lo que estas investigaciones revelan es una serie de conexiones tan estrechas entre los vigilantes y los *apkallu* que se puede razonablemente suponer que se trata de dos nombres, o títulos, diferentes para los mismos seres[924]. No tenemos espacio, ni necesidad, de explorar aquí con más detalle este material con sus múltiples interconexiones; pero resulta tentador imaginar que pueden ser estos mismos seres —esos vigilantes, esos sabios— los que aparecen representados en los altos pilares megalíticos de Göbekli Tepe.

A pesar de su similitud con los símbolos de las deidades mesopotámicas (véase el capítulo 15), la presencia de los objetos en forma de bolso en el registro superior del pilar 43 en el recinto D, sobre los que llamé la atención por primera vez en el capítulo 1, continúa intrigándome, pues se trata también de objetos muy similares a los bolsos que llevan en la mano las figuras de *apkallu* en muchas representaciones antiguas. Y esa similitud, como recordará el lector, no queda confinada al Oriente Medio. En una escultura del yacimiento olmeca de La Venta, que mira al golfo de México, un relieve de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, el legendario traedor de la civilización a los pueblos de la América Central, lleva un bolso idéntico.

En julio de 2014, antes de abandonar Turquía, hacemos un nuevo viaje a Göbekli Tepe. Apenas soporto la visión de ese horrible y pesado techo de madera, que sumerge a los cuatro recintos principales en una amenazante penumbra sepulcral; pero hay un motivo concreto por el cual quiero echarle un vistazo final al recinto D, esta vez no al pilar 43, sino a los dos pilares centrales con sus brazos en ángulo y sus manos de dedos largos que casi se tocan sobre sus vientres de piedra.

Cuando estoy satisfecho, he visto lo bastante como para hacer que nuestro taxista nos lleve de vuelta a Sanliurfa, al museo principal, donde numerosos artefactos de Göbekli Tepe, considerados demasiado preciosos como para ser dejados en el yacimiento, están expuestos. También he estado aquí antes, pero hay ciertos detalles que quiero repasar.

Me paso largo tiempo delante de la hipnótica escultura de una figura humana. No fue encontrada en Göbekli Tepe; se trató de un hallazgo accidental realizado en la década de 1980 en la propia Sanliurfa, en el centro de la ciudad vieja, donde se estaban excavando unos profundos cimientos para un aparcamiento. Ha sido fechada en el período de Göbekli Tepe —es decir, en torno al 9600 a. C.— y, como escribió Klaus Schmidt, «está en camino de convertirse en mundialmente famosa por ser la más antigua estatua a tamaño natural que se conserva de toda la humanidad»[925].

Al contrario que los pilares megalíticos de Göbekli Tepe, donde las cabezas están estilizadas —se parecen a la barra transversal superior de la letra T—, esta figura posee una cabeza humana completamente formada y un rostro con brillantes ojos de obsidiana negra, una barbilla pronunciada que le da toda la impresión de llevar barba, un pectoral en forma de una gran doble V tallada en relieve en el pecho y los brazos doblados al modo de las figuras de Göbekli Tepe, con los dedos casi encontrándose sobre del vientre.

Me traslado hacia la segunda pieza que quiero examinar, el llamado «poste tótem». Es más espeluznante que la primera. Vuelve a tener la altura de una persona, pero en modo alguno es completamente humano. Se trata de un híbrido complejo con muchas características diferentes. La cabeza está muy dañada, pero las orejas y ojos se conservan y sugieren un depredador de algún tipo, quizá un oso, quizá un león o leopardo. De modo que es un teriantropo. Largas serpientes suben por la parte externa de sus piernas. Tienen cabezas extragrandes que se proyectan hacia fuera a la altura de la ingle de la figura.

Hay dos grupos de brazos y manos que parecen pertenecer a la propia figura. En el caso del par superior, están doblados al modo de Göbekli Tepe y las manos se acercan, con los dedos casi tocándose sobre el pecho. Luego hay un segundo juego de lo que parecen ser solo antebrazos y manos, cuyos dedos se juntan de nuevo y casi se tocan sobre el vientre, más o menos a la altura del ombligo.

Hacia abajo, aproximadamente a la altura de los genitales, una pequeña cabeza y dos brazos más sobresalen hacia fuera en el eje central de la

figura. De nuevo la manos de largos dedos casi se rozan, pero esta vez parecen estar tocando un tambor. A su lado, pero justo por debajo, hay algo que pudiera ser otro par de brazos y manos muy dañado.

Mucho de ello me resulta familiar.

Muy familiar.

No de Göbekli Tepe, sino, como veremos en el siguiente capítulo, del otro lado del mundo.

Séptima parte

DISTANCIA

Capítulo 17

MONTAÑA

Es octubre de 2013 y me encuentro sobre las laderas por encima de la ciudad de Cuzco, en los Andes peruanos, explorando el increíble yacimiento megalítico de Sacsayhuamán con Jesús Gamarra, un descendiente de los incas. Gamarra tiene setenta y tantos años, más de una década mayor que yo, pero uno nunca podría sospecharlo al mirarlo. Es tan ágil como una cabra montesa, está por completo aclimatado a la altitud de 3.701 m y tan en forma como un atleta olímpico tras años de trepar por los pasos y senderos de su tierra durante toda una vida de estudio de los orígenes de la cultura inca.

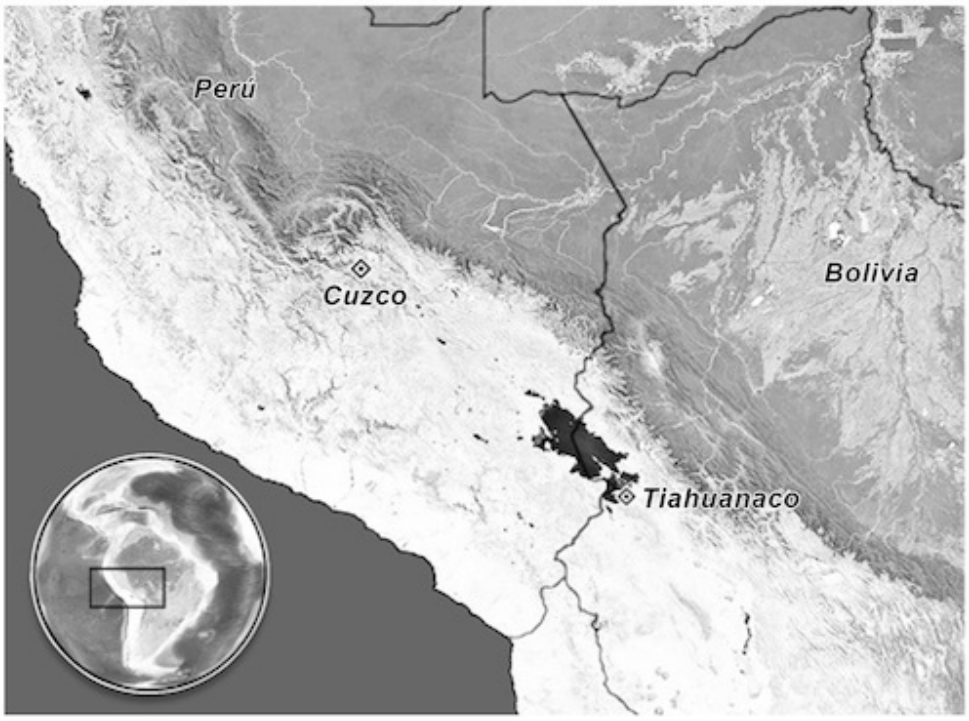


Figura 60.

Mi primera visita a Sacsayhuamán fue en 1992, y desde entonces he regresado muchas veces, siempre aprendiendo algo nuevo. En *Las huellas de los dioses*, publicado en 1995, expresé mi escepticismo al respecto de la teoría ortodoxa de que todos los grandes monumentos de los Andes fueran obra de los incas, cuyo imperio no tenía mucho más de un siglo de antigüedad al comienzo de la conquista española del Perú, en 1531. «Como se sabe que los incas hicieron mucho uso de Sacsayhuamán —escribí en *Las huellas de los dioses*—, resulta sencillo comprender por qué se ha asumido que lo construyeron ellos; pero no existe una conexión evidente, o necesaria, entre estas dos afirmaciones. Los incas muy bien pudieron haberse encontrado las estructuras y trasladarse a ellas»[926]. En *Heaven's mirror* (1998) desarrollé más el argumento de que las gigantescas construcciones megalíticas y talladas en la roca de los Andes, las cuales en modo alguno quedan limitadas a Sacsayhuamán, *no* eran obra de los incas, sino de una mucho más antigua y predecesora civilización largo tiempo perdida para la historia:

> *Si tal es el caso, no es necesario imaginar una ruptura completa entre la hipotética «cultura anterior» y los incas; al contrario, estos podrían haber heredado algunas de las tradiciones y conocimiento de la anterior e intentado, a menor escala, imitar su mundo ciclópeo*[927].

No conocía a Gamarra ni su trabajo cuando escribí los párrafos citados arriba. Ahora, mientras me enseña Sacsayhuamán, explicándome con cuidado y detalle todo lo que quiere que vea, llevándome a rincones escondidos del yacimiento completamente desconocidos por mí hasta entonces, me abre los ojos a todo tipo de detalles que apoyan y refuerzan mi primera intuición. Lo que es más, presenta un argumento arqueológico sólido originalmente desarrollado por su padre, Alfredo Gamarra, muy refinado y ampliado por él mismo, el cual, tengo la sensación, merecería una consideración seria por parte de los especialistas de la corriente arqueológica principal… caso de que no estuvieran tan encerrados en las rígidas preconcepciones de que todos esos monumentos tienen solo unos cuantos cientos de años de antigüedad y son obra por entero de los incas[928].

Resulta tremendamente complicado saber, con un nivel de certeza que resulte útil, la antigüedad de monumentos anónimos de piedra sin inscripciones. Las fechas de radiocarbono de los materiales orgánicos asociados solo son útiles cuando uno tiene la completa certeza de que los materiales que se están fechando fueron depositados al mismo tiempo que se cortaron y colocaron las piedras que nos interesan. En el caso de muchas estructuras megalíticas, esto es imposible. El fechado por luminiscencia de superficie, que ya vimos en el capítulo 10 y ha producido algunos resultados anómalos en la pirámide de Menkaure, en la Esfinge y en el templo del valle de Guiza, todavía no ha calado del todo entre los poderes establecidos de la arqueología y nunca ha sido aplicado a los monumentos de los Andes. Faltando mediciones útiles, por tanto, la siguiente estrategia en utilizarse es mirar el estilo y los métodos arquitectónicos. Del mismo modo en que a menudo diferentes tipos de cerámica pueden proporcionar

indicaciones fiables sobre qué cultura y en qué período fabricó una pieza concreta, lo mismo sucede con la arquitectura. La regla general es que estilos y modos de hacer muy diferentes en construcción o creación de monumentos de piedra, incluso si aparecen codo con codo, indican la participación de culturas diferentes que trabajaron en momentos diferentes del pasado.

Desgraciadamente, esta lógica y razonable técnica de fechado estilístico no es popular entre los arqueólogos que estudian los monumentos de los Andes; quizá porque, si la utilizaran aquí, como hacen en otros lugares, se verían obligados a cuestionar la teoría establecida de que los incas lo hicieron todo. La arqueología es una disciplina profundamente conservadora y me he encontrado con que los arqueólogos, sin importar dónde estén trabajando, tienen horror a cuestionar nada que sus predecesores y pares ya han anunciado como verdad. Si lo hacen, corren el peligro real de poner en riesgo sus carreras. La consecuencia es que se centran —quizá en gran parte de modo inconsciente— en evidencias y argumentos que no lo echen todo a perder. Puede que exista la posibilidad de algunos retoques en áreas periféricas, algún refinamiento de las ideas ortodoxas; pero Dios no quiera que se descubra algo que pueda minar seriamente el paradigma establecido.

Lo que Gamarra me está mostrando mientras caminamos por Sacsayhuamán es que hay tres estilos arquitectónicos muy diferentes; tan diferentes, de hecho, que resulta extremadamente difícil comprender por qué los arqueólogos insisten en que son todos obra de la misma cultura inca y fueron realizados casi en el siglo anterior a la llegada de los españoles. Resulta innecesario repetir las detalladas descripciones del monumento que ya he realizado en mis otros libros. No obstante, resumiendo, Sacsayhuamán se encuentra en la ladera de una colina que domina la ciudad de Cuzco y consiste en una serie de tres filas paralelas de muros, todos de unos 6 metros de alto, construidos por completo con megalitos gigantescos, algunos con un peso superior a las 360 toneladas[929], cada muro tiene un perfil dentado, casi en zigzag, construido en la ladera y dispuestos escalonados uno con respecto al otro. Más allá del muro superior, la ladera continúa subiendo hacia el sur y está salpicada por las ruinas de varios

edificios mucho más pequeños; uno de ellos, justo en la cima, consiste en 3 círculos concéntricos de bloques bellamente cortados, de los cuales solo se conservan los cimientos, y debió ser impresionante cuando estaba intacto. Desde allí, un valle repleto de árboles y densos matorrales desciende con una fuerte pendiente hacia el sur, con Cuzco enclavada en el fondo.

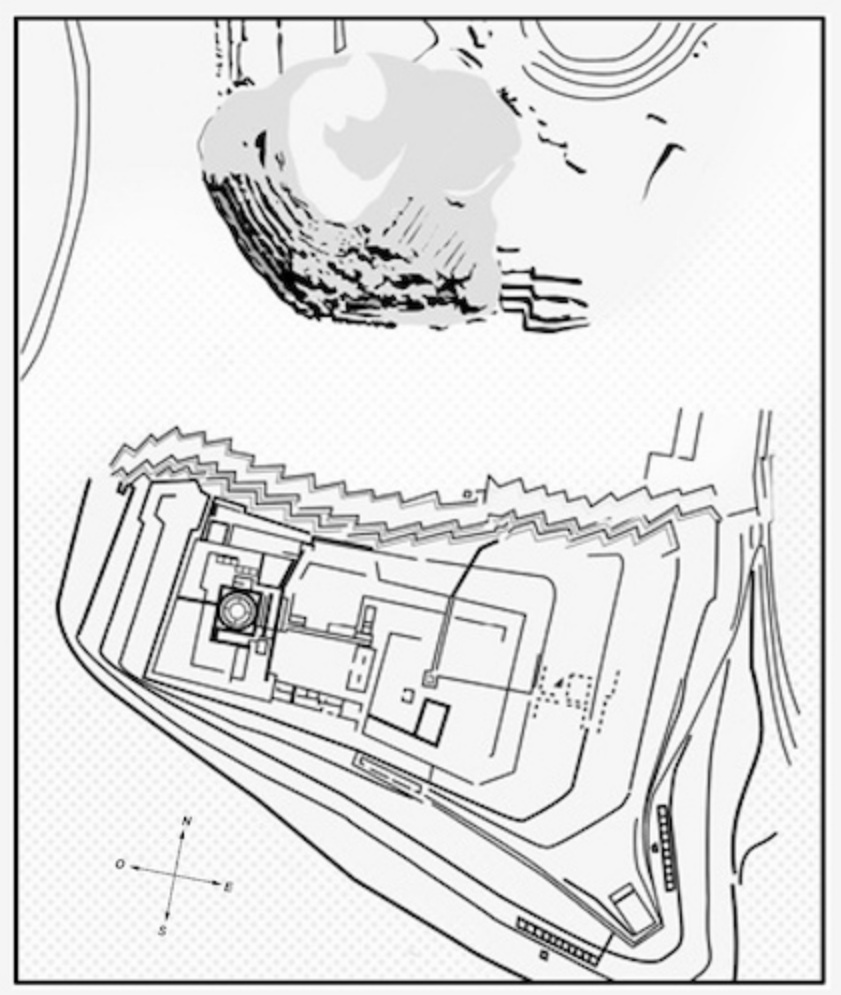


Figura 61. Plano de Sacsayhuamán, muros megalíticos en zigzag al sur, otero rocoso con forma al norte.

Si giramos hacia el norte, una meseta herbácea de quizá 100 m de anchura se extiende desde la base del más bajo de los tres muros megalíticos a todo lo largo del mismo, unos 400 metros. En el lado norte de la meseta hay un otero natural de diorita volcánica; pero que ha sido retallado hasta darle forma de intrincadas terrazas y escalones. Aquí es donde nos encontramos Gamarra y yo, cuando este empieza a explicarme.

—Esto es trabajo «hanan pacha» —dice, señalando hacia las bellamente cortadas terrazas a nuestros pies—. El primer mundo. Fue realizado miles de años antes de la época de los incas. Entonces sabían cómo dar forma a la roca. —Una mueca pícara—. Podían hacer con ella todo lo que querían. Quizá era fácil para ellos. —Se para, me hace señas para que mire de cerca la superficie de la roca—. ¿Lo ves?

Me encojo de hombros. Estoy perplejo. No estoy seguro de qué quiere que vea.

—No hay señales de herramientas —dice. Señala orgulloso a toda la talla, al gigantesco trabajo artístico en el que se ha transformado el otero. En ninguna parte hay marcas de herramientas.

—¿Qué es lo que hicieron? ¿Pulir las marcas después de haber cortado la piedra?

—No —dice Gamarra—. No necesitaban herramientas. Tenían otro modo. Sucedía lo mismo en el segundo mundo, al cual llamo «uran pacha».

Señala a los amenazantes muros de en frente. Existe cierto desacuerdo entre los expertos sobre exactamente de qué clase de roca están hechos y dónde fue extraída. El consenso, aunque hay algún porfirio de diorita verde y alguna andesita, es que para los propios megalitos se utilizó una forma de caliza local muy dura y densa. Como fuente de esta caliza se han identificado canteras a 15 y a 3 kilómetros de distancia[930].

Descendemos la ladera del otero y cruzamos la plaza llena de hierba hasta que nos encontramos bajo las hiladas de pasados megalitos que se han convertido en la conocida imagen que Sacsayhuamán proyecta ahora al mundo. Como siempre que estoy aquí, mi primera sensación es de maravilla. Me siento pequeño, reducido, minúsculo. No es solo que los muros, y los bloques con los que están construidos, sean grandes. Parecen tener —¿me atreveré a decirlo?— personalidad propia, y es la personalidad de un gigante dormido.

Lo que resulta espectacular de estos muros, aparte de su tamaño, aparte del hecho de que hay al menos un millar de bloques individuales, es la imponente hazaña de virtuosismo realizada para colocarlos juntos. Quiero decir, seamos serios. Cuando estás construyendo un muro en el que la roca más pequeña que planeas utilizar pesa una tonelada, mientras que la

mayoría sobrepasa las 20 toneladas, hay muchas que pesan 100 toneladas, algunas pesan 200 toneladas y unas pocas más de 300 toneladas, es evidente que te has planteado un formidable desafío logístico.

Pero, supongamos que, solo porque sí, decides subir un poco la dificultad e insistes en que esos muros sean construidos en forma de inmensos rompecabezas tridimensionales. Cada bloque tiene que ser un polígono con entre seis y doce lados, cada bloque ha de ser diferente —no hay dos iguales— y debe encajar con los demás de forma tan ajustada que después no puedas introducir una cuchilla de afeitar entre las juntas.

No puedo decir nada de la parte *trasera* de los bloques, donde se encajan con otros detrás de ellos —de nuevo tridimensionalmente—, pero los patrones creados en sus extrañas fachadas ciclópeas ya son lo bastante complicados sin tener en cuenta lo que sucede fuera de la vista. Resulta evidente, al mirar con estupefacto asombro la escala y complejidad del proyecto, que ¡debió de ser una cosa increíblemente difícil de hacer! Quienes quiera que fueran los responsables de la fase megalítica de Sacsayhuamán solo pudieron ser unos profesionales de la mayor categoría, con años de experiencia tras ellos y una muy larga tradición de conocimiento al que recurrir. No puedes concebir, planear y construir algo semejante con solo un siglo o dos de pruebas y errores tras de ti, como se supone que fue el caso de los incas. Los megalitos de Sacsayhuamán son el trabajo de madurez de unos maestros de la piedra.

Además, en los Andes no hay ninguna evidencia de aprendices formándose para hacer esto, ni prototipos que estén casi bien, pero no del todo. Otras estructuras pueden no tener la escala de Sacsayhuamán (si bien muchas se aproximan); pero todas ellas, ya sea en Pisac, Ollantaytambo o Machu Picchu, o en otros muchos yacimientos, comparten el mismo nivel de complejidad al tiempo que solucionan otros desafíos —como emplazamientos extremadamente difíciles muy alejados de las canteras— que Sacsayhuamán no tuvo que sortear. Todos ellos son obras maestras desde un principio. Todos ellos son perfectos. Como dice Gamarra, es como si «fuera sencillo para ellos».

Sé que tiene una teoría para explicarlo. La teoría es que durante los dos primeros «mundos» —la etapa *hanan pacha* y la etapa *uran pacha*— la

gravedad era más baja y esto hizo que las piedras fueran más ligeras y fáciles de manipular. La gravedad baja está unida en su pensamiento a la noción de que la Tierra antaño siguió una órbita mucho más cercana al Sol —una órbita de 225 días y una órbita de 260 días— antes de asentarse en la actual de 365 días[931]. Puede tener razón, recientemente la ciencia ha sugerido que las órbitas de los planetas no son fijas y estables, sino que pueden estar sometidas a cambios radicales que, entre otras cosas, pueden incrementar el flujo de cometas dentro del sistema solar interior[932].

No obstante, no esta parte de su teoría la que me interesa. Donde creo que es muy convincente es en sus observaciones sobre el carácter anómalo de los monumentos de los Andes; observaciones basadas en sus cincuenta años de trabajo de campo y en los sesenta años de trabajo de campo de su padre. Los Gamarra se han ganado el derecho a hablar sobre esta cuestión y, cuando lo hacen, a pesar de ser de ascendencia inca, su mensaje es absolutamente claro: muchas de las obras arquitectónicas atribuidas a los incas no fueron realizadas por los incas. Hay rastros de una civilización perdida. De hecho, no una sola civilización perdida, sino —si el marco temporal de Gamarra es correcto— *dos*.

—Todos los bloques grandes de Sacsayhuamán son del período Uran Pacha —dice. Estamos de pie junto a una esquina donde se unen una docena o así de estos bloques increíbles. Gamarra vuelve a señalar la precisión de sus juntas, las cuales tienen el aspecto de que las hubiera repasado alguna máquina moderna, y la abrumadora complejidad de los patrones que forman. Luego llama mi atención hacia algo diferente. Varios de los bloques poseen extraños huecos circulares y rastros poco profundos con bordes alzados festoneados en su superficie, junto con algunos otros dibujos peculiares y aparentemente aleatorios—. No hay marcas de herramientas —reitera—. Ni cinceles, ni martillos.

—Entonces, ¿cómo lo hicieron?

—¿No parece —pregunta Gamarra— como si hubieran trabajado la piedra cuando estaba blanda? —Pasa la mano por las curvas y ángulos de una junta poligonal—. ¿Como mantequilla? ¿Para poder moldearlo todo junto?

De repente todo queda claro. Las extrañas formas que estoy viendo en la roca serían sencillas de crear, en realidad no requeriría ningún esfuerzo, si los bloques estuvieran hechos de algo con la consistencia de la mantequilla a temperatura ambiente en vez de la fría y dura caliza. De ser así, además de moldearlas para crear este gigantesco rompecabezas, la punta de un cuchillo de mesa podría utilizarse para tallar los festoneados poco profundos y la parte inferior de una cuchara serviría para hacer los huecos.

Es una idea atractiva y no tengo que aceptar las teorías de Gamarra sobre órbitas y gravedad para profundizar en ella. Hay otros modos de explicar los dibujos. Por ejemplo, la tecnología de una civilización perdida puede haber tenido la capacidad para ablandar la roca y trabajarla como si fuera mantequilla. ¿Quizá el calor tuvo algo que ver? Un intrigante estudio del Instituto de Tectónica y Geofísica de la Academia de Ciencias Rusa, en colaboración con el Ministerio de Cultura del Perú, ha proporcionado evidencias de que en algún momento los megalitos de caliza de Sacsayhuamán fueron sometidos a temperaturas superiores a los 900 ºC y, posiblemente, tan altas como 1.100 ºC.

Cuando los investigadores rusos fueron a las canteras de donde se cree que se extrajeron los bloques, encontraron la caliza natural repleta de diminutos fósiles orgánicos. Se trata de algo esperable, pues la caliza es una roca sedimentaria que se forma bajo mares antiguos y consiste mayormente en los restos de las diminutas conchas y microesqueletos de otros organismos marinos. Lo extraño es que, cuando las muestras de los megalitos de Sacsayhuamán fueron estudiadas por los investigadores, confirmaron que la roca era, de hecho, caliza de «alta densidad»[933]. No obstante, no había

> *fósiles evidentes, ni restos orgánicos en ellas, solo una claramente visible estructura de grano fino*[934].

Su conclusión fue que los bloques habían sido sometidos a un calor intenso entre el momento en el que fueron extraídos y en el momento en el que fueron colocados en el muro, y que este calor fue suficiente para reducir los fósiles a una estructura de grano-fino indeterminada:

> *Evidentemente, se necesitan estudios y análisis más detallados para poder estimar los verdaderos motivos del efecto termal en la caliza estudiada […]. Pero el hecho sigue existiendo: recristalización de caliza silícea biogénica en caliza silícea microcristalina. El resultado de este proceso puede verse en el material que forma el muro de bloques poligonales de Sacsayhuamán. En condiciones normales, en la naturaleza este proceso es absolutamente imposible*[935].

«Se han hecho por vía de encantamiento…»

Jesús Gamarra y yo continuamos nuestra exploración subiendo las escaleras por entre las líneas de megalitos hasta que alcanzamos la ladera de arriba y podemos acercarnos a las destrozadas ruinas desparramadas por la cima de la colina. «Estas —dice Gamarra señalando a las ruinas— son un ejemplo de lo que se hacía en el período Ukun Pacha, el trabajo de los incas». Parte de él, deja claro, por ejemplo la estructura de tres círculos concéntricos de muros, se hizo muy bien. Los incas lo llamaban Muyuc Marca, me dice. Era una torre que en su momento se alzó a más de 30 metros de alturas y fue construida como residencia imperial del emperador, cuyo título era «el inca». Solo posteriormente, y por extensión, la nación entera se convirtió en «los incas».

El argumento de Gamarra es que los edificios como Muyuc Marca son el mejor resultado que los incas eran capaces de conseguir. Sin embargo, son tan claramente inferiores a los megalitos —y tan diferentes— que resulta evidente que han de ser considerados el trabajo de otra cultura.

Curiosamente, aunque hoy día tales ideas son consideradas como herejías por los arqueólogos, no era así cuando los Andes fue estudiado de forma científica por primera vez a finales del siglo xix y principios del xx. Por ejemplo, el gran geógrafo sir Clamens Markham, que viajó ampliamente por Perú y escribió el estudio clásico *The incas of Peru*, afirma que «los incas no sabían nada» de los orígenes de Sacsayhuamán:

> *Garcilaso habla de torres, muros y puertas construidas por los incas, e incluso da los nombres de los arquitectos; pero se trata de defensas construidas posteriormente dentro de la gran fortaleza ciclópea. Las líneas exteriores deben ser atribuidas a la era megalítica. No hay nada de este tipo que pueda ser comparado a ellas en ninguna otra parte del mundo*[936].

El «Garcilaso» mencionado por Markhan es el cronista Inca Garcilaso de la Vega, el hijo de un conquistador español y de una princesa inca, una herencia que le dio un acceso único a las tradiciones incas genuinas, sobre todo porque nació y fue criado en Cuzco y el quechua, el idioma de los incas, era su lengua materna. De haber sido los elementos megalíticos de Sacsayhuamán un trabajo reciente, realizado en el siglo anterior al nacimiento de Garcilaso, hubiera habido recuerdos frescos y claros, incluso relatos de testigos de la construcción de un logro tan magnífico. Pero Garcilaso no menciona nada semejante y, de hecho, la magia es la única explicación que puede ofrecer para lo que describe como «un enigma todavía más grande que el de las siete maravillas del mundo». Esto es lo que escribe sobre Sacsayhuamán en sus *Comentarios reales*:

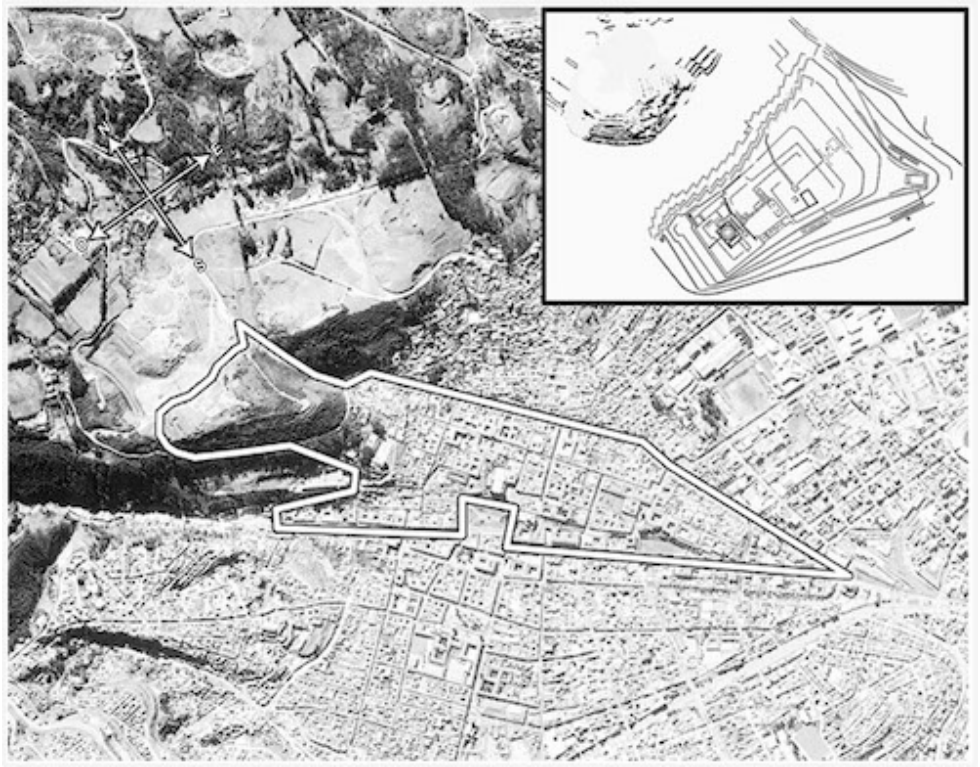


Figura 62. El «puma» de Cuzco-Sacsayhuamán.

> *La obra mayor y más soberbia que mandaron hacer para mostrar su poder y majestad fue la fortaleza del Cuzco, cuyas grandezas son increíbles a quien no las ha visto, y al que las ha visto y mirado con atención le hacen imaginar y aun creer que son hechas por vía de encantamiento y que las hicieron demonios y no hombres […]. Cierto tuvo razón de dificultar el cómo se asentaron en el edificio, aunque fuera con la ayuda de todas las máquinas que los ingenieros y maestros mayores de por acá tienen; cuanto más tan sin ellas, porque en esto excede aquella obra a las siete que escriben por maravillas del mundo […]. Mas imaginar cómo pudieron aquellos indios tan sin máquinas, ingenios ni instrumentos, cortar, labrar, levantar y bajar peñas tan grandes (que más son pedazos de sierra que piedras de edificio), y ponerlas tan ajustadas como están, no se alcanza; y por esto lo atribuyen a encantamiento, por la familiaridad tan grande que con los demonios tenían*[937].

¿Estamos mirando, de nuevo, al trabajo de los magos de los dioses? Si recordamos que el gran templo de Edfu, en el Alto Egipto, estaba dedicado al dios Horus, que en ocasiones era representado como un halcón y otras como un león, resulta intrigante descubrir que el nombre Sacsayhuamán significa «halcón» (concretamente «halcón satisfecho»). Además, desde hace largo tiempo se reconoce que Sacsayhuamán forma parte de un gran geoglifo, antaño visible desde los picos de las montañas de los alrededores, en el cual se combina con los barrios antiguos de Cuzco para crear la forma de un inmenso felino: un puma, lo más cercano en la fauna americana a un león del Viejo Mundo. El río Tullumayo (ahora desviado bajo tierra cuando pasa por la ciudad) solía servir como la columna de este antiguo león. El torso era el trozo de tierra entre el Tullamayo al este y el río Huatnay (hoy día también subterráneo) al oeste. Sacsayhuamán sigue siendo reconocible como la cabeza del león. Los muros en zigzag, que Jesús Gamarra atribuye

al segundo episodio (Uran Pacha) de la civilización de los Andes, perfilan la parte superior de su morro y hocico, con este apuntando hacia el oeste verdadero, la dirección de la puesta de sol del equinoccio, del mismo modo en que la Esfinge apunta al este verdadero, la dirección del amanecer del equinoccio[938].

Hay tradiciones, apoyadas por algunas excavaciones modernas, que hablan de una red de túneles bajo la Esfinge donde misteriosos tesoros descansan enterrados[939]. Hay tradiciones virtualmente idénticas —de nuevo apoyadas por excavaciones modernas— de un laberinto de túneles enormemente largos bajo la cabeza del león de Sacsayhuamán «en los cuales la gente descendía y se perdía para siempre, o emergían, balbuceando, locos, aferrados a piezas de tesoro»[940].

Antes de abandonar Sacsayhuamán, Jesús Gamarra me lleva a un lugar muy extraño a unos pocos cientos de metros al noreste de los muros megalíticos, donde una estrecha escalera con una docena de escalones parece haber sido moldeada —y no cortada— en medio de un gigantesco pedazo de roca de 6 metros de altura y otros tantos de anchura. Cuando fue hecha, la escalera solo podría haber sido vista desde arriba, pero la roca se ha partido en dos partes —Gamarra cree que por un terremoto— y uno de los lados está derecho mientras el otro yace de lado en un ángulo de unos 40º, exponiendo así los escalones, a los cuales nos acercamos al nivel del suelo. En el punto donde el más bajo de los escalones habría tocado tierra originalmente, Gamarra me muestra la entrada a lo que parece un agujero profundo y oscuro, ahora relleno con lascas de piedra. «Es un túnel —me dice—. Va por debajo del suelo hasta Cuzco; pero el Gobierno bloqueó la entrada para impedir que la gente continuara explorándolo».

Misión civilizadora

Durante los días siguientes, Jesús Gamarra me muestra más evidencias que apoyan su teoría. De hecho, ahora que he comprendido su razonamiento, veo ejemplos por todas partes.

En el centro de Cuzco —el nombre de la ciudad significa «ombligo de la tierra» en la lengua quechua de los incas—[941] me lleva a un antiguo

templo conocido como Coricancha, que fue convertido en catedral tras la conquista de los españoles. El templo era utilizado por los incas; de hecho, era básico para su vida sagrada, pero Gamarra no cree que lo construyeran ellos. Según su punto de vista, si bien realizaron algunas reparaciones y añadieron algunas construcciones menores propias, la mayor parte del trabajo en el pulido, preciso y de ángulos definidos, granito gris es del período Uran Pacha («segundo mundo») y, por lo tanto, antecede a los incas en millares de años. Se muestra reacio a comprometerse con una cronología, pero sugiere que Coricancha fue erigido originalmente «hace más de 20.000 años» para venerar un emplazamiento monolítico Hanan Pacha («primer mundo») todavía más antiguo; la original «y sin descubrir piedra ombligo» de la que deriva el nombre de la ciudad[942].

Los incas conservaron una tradición, llegada a nosotros por intermedio del Inca Garcilaso de la Vega, relativa a la fundación de Cuzco. Parece que una especie de cataclismo había afectado al mundo, algún tipo de desastre, y los habitantes de los Andes habían caído en un estado muy bajo. Su propio tío, un noble inca, le dijo a Garcilaso que la gente de esa época muy lejana «vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes […]; vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra. Comían, como bestias, yerbas del campo y raíces de árboles y la fruta inculta que ellos daban de suyo y carne humana. […] Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima de ellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos» para llevarles los regalos de la civilización y enseñarles «preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad, para que habitasen en casas y pueblos poblados»[943].

Esta pareja real —pues como Isis y Osiris en Egipto eran hermano y hermana, además de marido y mujer— viajó por la tierra llevando con ellos una vara de oro que les había dado el dios sol, quien les dijo que la clavaran en la tierra en varios puntos hasta que encontraran un lugar donde desapareciera de un solo golpe y que allí establecieran su corte. «De allí llegaron él y su mujer, nuestra Reina, a este valle del Cuzco […]. Allí

procuró hincar en tierra la barra de oro, la cual con mucha facilidad se les hundió al primer golpe que dieron con ella, que no la vieron más. […] De esta manera se principió a poblar esta nuestra imperial ciudad…»[944].

Existe aquí un paralelo exacto con la historia del patriarca zoroastriano Yima, narrada en el capítulo 7, a quien un dios le dio un puñal de oro y que del mismo modo lo clavó en la tierra como el acto fundacional de una civilización.

¡Y qué civilización floreció en los Andes! Ciertamente, los extraordinarios logros de los edificios gigantes de Coricancha parece sugerir el uso de algo más que habilidades ordinarias. Los inmensos monolitos de granito están tallados con tanta habilidad —Gamarra insiste en que fueron moldeados— que las muy altas cámaras interiores parece más partes de una máquina gigantes y sofisticada que de un templo. A esta impresión se le suma la compleja serie de ranuras, canales, agujeros y nichos presentes en algunos bloques, que les dan la apariencia de placas de circuitos integrados a las que se le han quitado los componentes, dejando solo las conexiones.

Tras pasar algunas horas dentro de Coricancha, Gamarra me lleva fuera, a la cercana calle del Loreto, que me promete me proporcionará una demostración particularmente gráfica de sus argumentos. Se trata de un estrecho callejón delimitado por muros altos, en los cuales, coronados por un enlucido moderno de yeso, se pueden ver claramente cuatro estilos diferentes de mampostería. Dos de los cuales son incas (Ukun Pacha), dice Gamarra, uno del período colonial (en torno al siglo xvii o xviii) y el otro del período Uran Pacha.

A lo largo de una gran parte de un lado de la calle hay bloques de granito que son de tanta calidad y están tan bellamente encajados como los del interior de Coricancha. De hecho, esta sección del muro es la elevación exterior de una de las grandes habitaciones de Coricancha y, por lo tanto, según Gamarra, del período Uran Pacha. Las juntas entre los bloques son tan delgadas, y sin embargo tan complejas, con elementos que se traban, que lo cierto es que parecen moldeados. Además —y de esto también me ha enseñado antes ejemplos en Sacsayhuamán— hay un curioso lustre vítreo en torno a las juntas, que él cree evidencia de la «vitrificación originada por

la exposición a un calor intenso». Expone de forma convincente que lo que estamos mirando es distinto al brillo normal que los pasajeros pueden darle a la piedra al rozarla o tocarla durante siglos. De hecho, los elementos «vitrificados» —y no estoy diciendo que lo sean— forman una clara capa sobre los bloques de debajo, que es particularmente evidente en las zonas donde está dañada o rota.

Junto a las hiladas de bloques Uran Pacha, pero sin elevarse a la misma altura, hay otras que tienen un aspecto superficialmente similar; pero que al ser examinadas de cerca demuestran ser mucho más groseras y con evidentes marcas de herramientas, sin brillo vítreo y enormes huecos en alguna de las juntas. «Buen trabajo Ukun Pacha —comenta Gamarra—. Hecho por los incas. Estaban haciendo todo lo posible por imitar el estilo Uran Pacha, pero no lo consiguieron del todo y sus esfuerzos se fueron haciendo cada vez más pobres».

Señala cuatro hiladas de adoquines irregulares situada algo más arriba, con amplios espacios entre las juntas rellenos de adobe:

—Período colonial —dice.

Finalmente, me lleva al otro lado de la calle para mostrarme una larga sección de muro de piedras en seco. Los adoquines han recibido una cierta forma, pero son burdos y están unidos de forma desigual. No hay adobe cubriendo las juntas:

—Hecho por los incas —dice Gamarra.

—¿Y cuál es la opinión de los arqueólogos? —pregunto.

Una mueca.

—Reconocen el trabajo colonial, pero se han engañado a sí mismos hasta creer que todo lo demás fue hecho por los incas. Están tan convencidos de que aquí no hubo una civilización más antigua y avanzada que están ciegos a las inmensas diferencias existentes entre los bloques Uran Pacha y el trabajo inca.

—Supongo que el hecho de que los propios incas intentaran a veces imitar el estilo Uran Pacha, al menos en esta sección de aquí, complica las cosas.

—Más complicadas, sí. Pero, a pesar de ello deberían ser capaces de ver. Unos cambios tan profundos en la calidad del trabajo, sobre todo

cuando ejemplos como este se encuentran por toda la región, deberían indicarles de que hay implicadas culturas diferentes.

El valle sagrado

Si el foco en Coricancha es el delicado trabajo megalítico que Gamarra asocia con el período Uran Pacha, en la zona hay otras muchas estructuras que él considera Hanan Pacha; es decir, la fase más antigua de la civilización andina, donde el trabajo de la piedra es por completo megalítico. Algunos grandes afloramientos de roca madre han sido tallados con extraños conjuntos de escalones, terrazas y nichos. En Qenko, uno de tales afloramientos situado un poco más allá de Sacsayhuamán, hay muchos surcos similares a serpientes y canales que recorren hacia abajo los laterales de una cópula mística repleta de cuevas, repisas, pasajes y nichos ocultos. En la cima, de nuevo tallada —o moldeada— en la roca hay una protuberancia coronada por una achaparrada punta doble. También se ven los contornos de varios animales —un puma, un cóndor, una llama— y más terrazas y escalones que conducen a ningún lado.

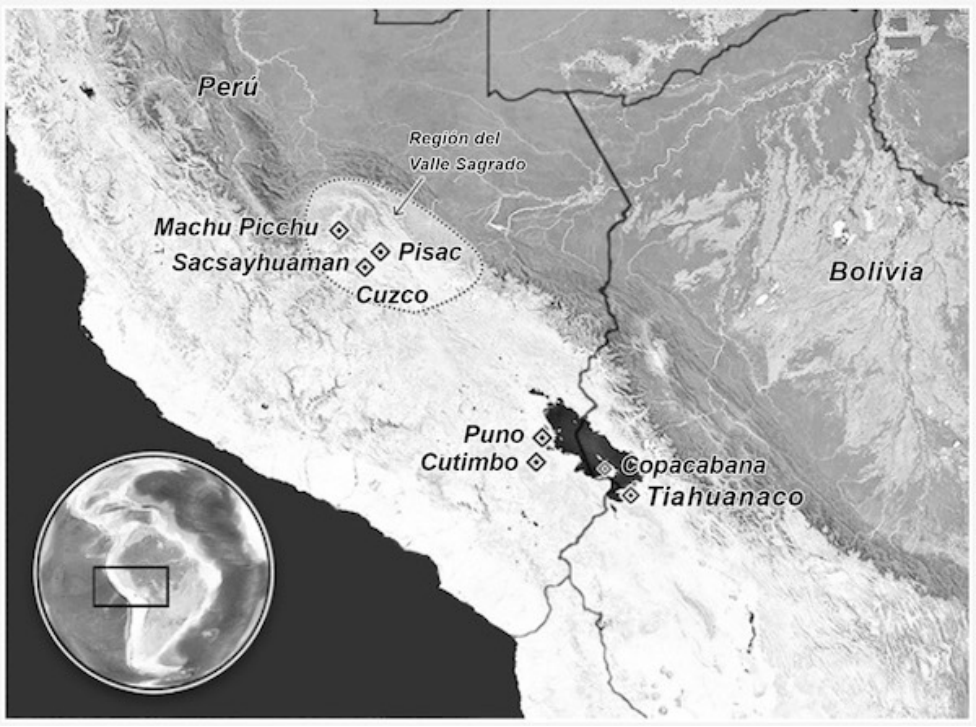


Figura 63.

Vamos a otro afloramiento esculpido de un centenar de metros de altura conocido localmente como el templo de la Luna. En la base de la colina hay una gran grieta, misteriosa y revirada que conduce al interior, a lo largo de cuyo borde, a la altura del hombro aproximadamente, emerge la sinuosa forma esculpida de una serpiente con una extraña cabeza bulbosa. A la derecha de la entrada, la roca adquiere la característica forma de una cabeza de elefante, completa con trompa, ojos y orejas. Sobre la serpiente no hay ninguna duda, pero ¿es el elefante un ejemplo de lo que los psicólogos llaman *pareidolia*, la tendencia humana a reconocer formas y patrones allí donde no las hay? ¿O acaso algún ingenioso artista de la Antigüedad deliberadamente se puso a esculpir la forma de un elefante emergiendo de la roca? Si es lo segundo, entonces tenemos un problema con la historia, porque la última especie emparentada con los elefantes que podría estar representada aquí —*Cuvieronius*— se extinguió en Sudamérica hace al menos 6.000 años, y se supone que los incas que hicieron el templo de la Luna se remontan a menos de 1.000 años.

Luego comentaré más cosas sobre la serpiente y el «elefante». Mientras tanto, al tiempo que me encorvo para atravesar la grieta en la roca y entrar en el templo me doy cuenta de la presencia de otro animal tallado en la piedra a mis pies, un puma, esta vez un poco dañado.

Ahora me encuentro en el interior de lo que parece el útero de la montaña y un suave resplandor aterciopelado me envuelve. La cueva tiene 5 metros de ancho y produce una sensación serpenteante y orgánica; a mi izquierda se han excavado en el muro un par de profundos nichos, mientras que 20 metros hacia delante un pozo de brillante luz dorada se abre camino por una abertura en el rocoso montículo de arriba e ilumina un plinto de piedra de 1,5 metros de altura con dos grandes escalones. Subo al plinto y me siento allí, descansando la espalda contra la roca viva, sumergido por completo en mis pensamientos.

Gamarra dice que este lugar es de la época Hanan Pacha más antigua, que no tiene nada que ver con los incas, y que antecede con mucho al período Uran Pacha responsable de los megalitos de Sacsayhuamán y la sorprendente arquitectura de alta precisión de Coricancha. Mientras miro alrededor absorbiendo la atmósfera, cada vez me siento más y más inclinado a estar de acuerdo con él. La gente que hizo esta cueva no es la misma que la que hizo Coricancha. No es solo que haya diferentes estilos arquitectónicos implicados en cada período. Es una ética diferente, un latido espiritual distinto.

Desde el templo de la Luna nos dirigimos derechos hasta Pisac, a 18 kilómetros en coche a lo largo del borde del Valle Sagrado del río Vilcanota. Sus aguas centellean muy por debajo de nosotros, mientras alrededor el espectacular terreno montañoso refulge esmeralda, gracias a las fértiles terrazas que es indudable los incas crearon y con las que proporcionaron a su imperio una vasta riqueza agrícola. La tremenda magnitud de la tarea de organizar y construir los miles de millares de limpios muros de piedra en seco que sujetan estas terrazas —las cuales se encuentran en cualquier punto viable a todo lo ancho y lo largo de los Andes— casi resulta increíble. Es un logro comparable a las maravillas arquitectónicas. Como también lo son otros muchos aspectos de la civilización inca; la cual no quiero menospreciar en modo alguno con la sugerencia de que hubo

culturas anteriores. Antes al contrario, sospecho que parte de la razón por la cual los incas fueron tan notables se debe a que eran los herederos de un increíble legado de sabiduría y conocimiento del pasado.

De modo que es en medio del paisaje de gran belleza natural que domina el Valle Sagrado como exploramos Pisac, un yacimiento menos famoso; pero en muchas cosas más espectacular que Machu Picchu, el cual se encuentra a otros 60 kilómetros al noroeste.

Al igual que en Machu Picchu, el elemento central de Pisac, en torno al cual todo lo demás parece estar centrado, es un *intihuatana* (la palabra significa «donde se amarra el sol»): un gigantesco afloramiento de roca al que manos humanas han dado forma en lo que Gamarra llama el estilo Hanan Pacha, con un gnomón sobresaliendo de su parte superior. Rodeándolo, y en algunos casos moldeados en su superficie, hay muros de bloques poligonales de forma definida en el posterior estilo Uran Pacha, que parecen haber sido designados para abrazar y proteger el *intihuatana*. Y entorno a ellos hay estructuras Ukun Pacha —incas— con la piedra trabajada de un modo más simple y crudo.

—Cada una de estas culturas —explica Gamarra— veneraba y respetaba la cultura que hubo antes. Expresaban sus sentimientos de respeto construyendo encima y alrededor del trabajo de sus predecesores e intentando copiar lo que estos hicieron. Como te he enseñado en la calle Loreto, los incas buscaron emular el estilo Uran Pacha; pero no poseían ni el conocimiento ni las condiciones adecuadas para realizar un trabajo tan bueno.

Con «condiciones adecuadas», Gabarra se refiere a la menor gravedad y la mayor maleabilidad de la piedra que hipotetiza para las épocas pasadas; pero no tengo que comulgar con esto para aceptar que sus observaciones sobre los diferentes estilos de construcción y su probable origen en culturas diferentes explica a la perfección lo que estamos viendo.

Veo muchos más ejemplos de esos tres característicos estilos, en ocasiones con la guía de Gamarra, en otras no. El propio Machu Picchu, sobre el que he escrito ampliamente en mis libros anteriores, es, evidentemente, el arquetipo de yacimiento Hanan Pacha adoptado por culturas posteriores que seguidamente construyeron encima. Luego está una

pequeña y misteriosa cueva que domina un valle remoto, por el suelo del cual pasa la vía del tren que une Cuzco con Machu Picchu[945]. Es una subida importante de 300 metros por la casi escarpada ladera del valle siguiendo un camino estrecho, pero merece la pena. En la parte frontal de la cueva (foto 60) una roca de andesita negra ha sido esculpida —¿moldeada?— para crear un santuario con una forma curiosa y el dibujo de una pirámide escalonada grabado sobre él.

Los cazatesoros han estado aquí y dinamitado el santuario; pero bastante sobrevivió a la explosión como para hacerse una idea de lo bonito que debió ser antes del ataque. En el mismo estilo Hanan Pacha, un muro de la cueva parece haber sido planeado liso y en él se ha cortado un nicho con bordes rectos absolutamente precisos, como tallado con una máquina. Del otro lado, a mi derecha mirando hacia fuera de la cueva, se construyó un muro inca de piedras bastas unidas con mortero de adobe y, en él, se crearon 6 nichos con la evidente intención de imitar el nicho cortado con precisión en la roca de la izquierda. La calidad y estilos del trabajo son tan completamente diferentes que no tiene ningún sentido, como se hace en la actualidad, insistir en que tanto el tallado de la roca como el muro grosero fueron producidos por la misma cultura. La teoría de Gamarra de que un monumento mucho más antiguo fue honrado e imitado por los incas encaja mejor con las evidencias que tengo ante los ojos.

Déjà vu

Al salir de Perú camino de Bolivia nos detenemos en la ciudad de Puno, a orillas del lago Titicaca, a 3.812 metros sobre el nivel del mar, y desde allí al día siguiente conducimos 22 kilómetros hacia el sur, hasta una dramática colina a una altura de 4.023 metros sobre la cual se encuentra perchado el yacimiento arqueológico de Cutimbo. La principal característica del yacimiento —varias torres altas, algunas circulares, otras cuadradas, conocidas colectivamente como *chullapas*— es visible desde la carretera. Se cree que fueron construidas como tumbas para la nobleza de una cultura india local, los lupakas, convertidos en vasallos de los incas en el período entre 1470 y 1532 d. C.[946] Indudablemente, en esa época dentro de las

chullapas había enterramientos[947], pero ha de considerarse la posibilidad de que sean intrusivos y las torres, construidas a base de finos bloques poligonales que tienen todas características del estilo Uran Pacha de Jesús Gamarra, sean mucho más antiguas que su último uso.

A estas alturas me estoy acostumbrando al poco aire denso de los Andes, pero es una larga caminata por entre la hierba amarilla de la pampa a través de la ladera de la colina, bajo el ardiente sol de la mañana. No obstante, una vez llegamos arriba mi cansancio desaparece cuando empiezo a encontrar, y Santha a fotografiar, una imaginería realmente interesante tallada en altorrelieve en los laterales de varias torres y en bloques dispersos que yacen al azar aquí y allá, resultado de los esfuerzos de otros buscadores de tesoros.

Es esta imaginería, al otro lado del mundo, incluida la serpiente de piedra del templo de la Luna, la que un año después me vendrá de repente a la cabeza en el Museo de Sanliurfa, mientras estudio la colección de relieves de Göbekli Tepe. Dejo al lector que se forme su propia idea a partir de las fotos 61-72, pero entre los paralelos evidentes se encuentran:

- En Göbekli Tepe hay una criatura, esculpida en altorrelieve, identificada por Klaus Schmidt como un depredador con las garras sacadas, hombros poderosos y la cola curvada hacia la parte izquierda del cuerpo. Un animal muy similar se ve en Cutimbo, con las mismas garras sacadas y los mismos hombros poderosos, aunque la cola en vez de estar curvada hacia la izquierda lo está hacia la derecha.
- Tanto en Göbekli Tepe como en Cutimbo aparecen relieves de salamandras y serpientes. En todos los casos, el estilo de la ejecución es muy similar.
- Aproximadamente a la altura de los genitales del llamado «poste tótem» de Göbekli Tepe sobresalen una pequeña cabeza y dos brazos. La cabeza tiene un aspecto enérgico, con cejas prominentes. Los largos dedos de sus manos casi se tocan. La postura es la de un hombre inclinándose hacia abajo sobre la piedra y tocando el tambor. Es también la postura de dos figuras de Cutimbo, que emergen de un gran bloque convexo en una de las torres circulares. Tienen los

mismos rasgos enérgicos y cejas prominentes, como la figura del «poste tótem».
- Las dos serpientes del lateral del «poste tótem» poseen unas cabezas especialmente grandes, que las hacen asemejarse a espermatozoides. Lo mismo sucede con la serpiente de la estrecha y oscura entrada al templo de la Luna sobre Cuzco.
- En los relieves de Göbekli Tepe aparecen leones, en los relieves de Cutimbo aparecen pumas y, de nuevo, el modo de representación es similar.

No sé qué pensar de estas similitudes. ¿Meras coincidencias? Muy probable, aunque todavía hay más.

Ciudad de Viracocha

Cruzar la frontera desde Perú hacia Bolivia es todo un desafío en el que hay que sortear trabas burocráticas y largas colas; pero cerca se encuentran la encantadoramente llamada ciudad de Copacabana y un confortable hotel que se asoma al lago Titicaca. Si tuviéramos más tiempo, desde aquí visitaríamos las islas del Sol y de la Luna en un barco; pero ya hemos estado allí a menudo antes y no son el objetivo de nuestro viaje. Es Tiahuanaco, arriba en el altiplano, a 3.885 metros de altitud, cerca de la orilla sureste del lago gigante, a la que tenemos ganas de regresar.

Los arqueólogos ortodoxos fechan Tiahuanaco en el período entre el 1580 a. C. y el 724 d. C., pero tanto en *Las huellas de los dioses* como en *Heaven's mirror* he sostenido que al final podría demostrarse que es muchos miles de años más antiguo. Hasta ahora, menos del 2 por ciento del yacimiento se ha excavado y creo probable que nuevas excavaciones fuercen un cambio en el paradigma arqueológico. Quizá sea un signo de cosas por venir el hecho de que, el 27 de marzo de 2015, el boliviano Centro de Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas de Tiahuanaco informara de que una prospección realizada con georradar ha revelado la existencia de una «pirámide enterrada» completa en una zona hasta entonces sin excavar del yacimiento, junto a «varias anomalías subterráneas» que se cree que son monolitos. Para saber más sobre estas

misteriosas estructuras se ha puesto en marcha un programa de excavación de cinco años[948].

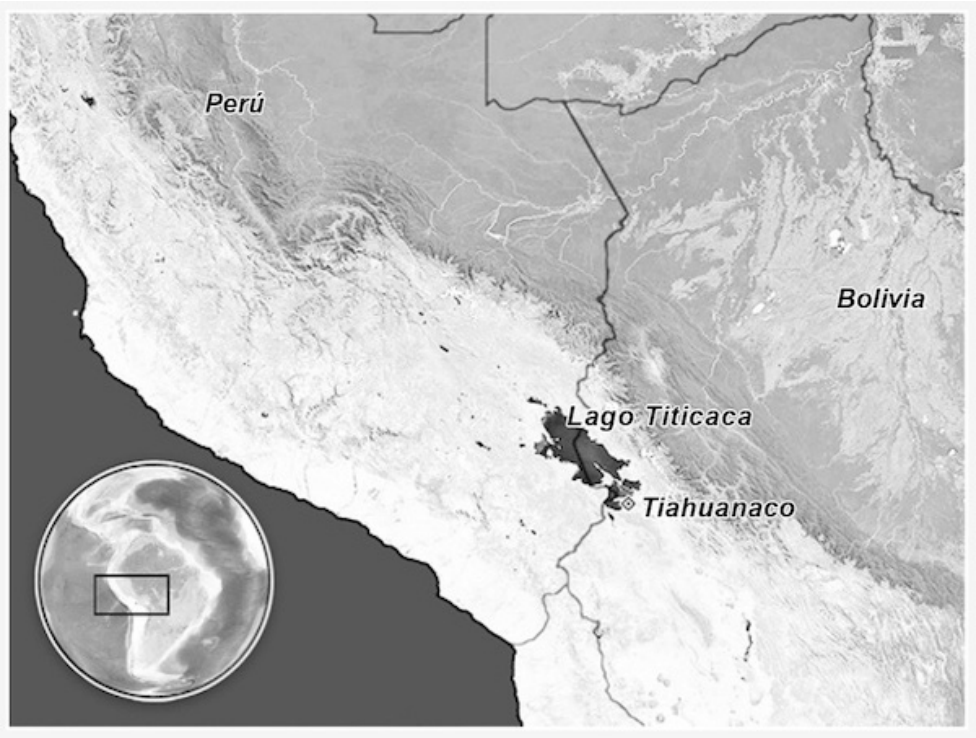


Figura 64.

Como ya he descrito Tiahuanaco en profundidad en mis libros anteriores, parece superfluo repetir aquí la tarea. En mi visita de octubre de 2013, lo nuevo para mí es un estudio mucho más cercano de la precisión, como hecha con máquina, de los megalitos que cubren la inmensa plataforma de Puma Punku y del verdaderamente intrincado modo en el que gran parte de la piedra ha sido tallada; «moldeada», creo que diría Jesús Gamarra. Como en Coricancha, me encuentro con varios megalitos que parecen placas de circuitos integrados sin sus componentes. Hay otros con hendiduras en forma de cruz que parece como si hubieran formado parte de algún tipo de artilugio, quizá para recibir los extremos de ejes de metal, o conectando piezas que se oxidaron hace tiempo o fueron arrancadas por saqueadores.

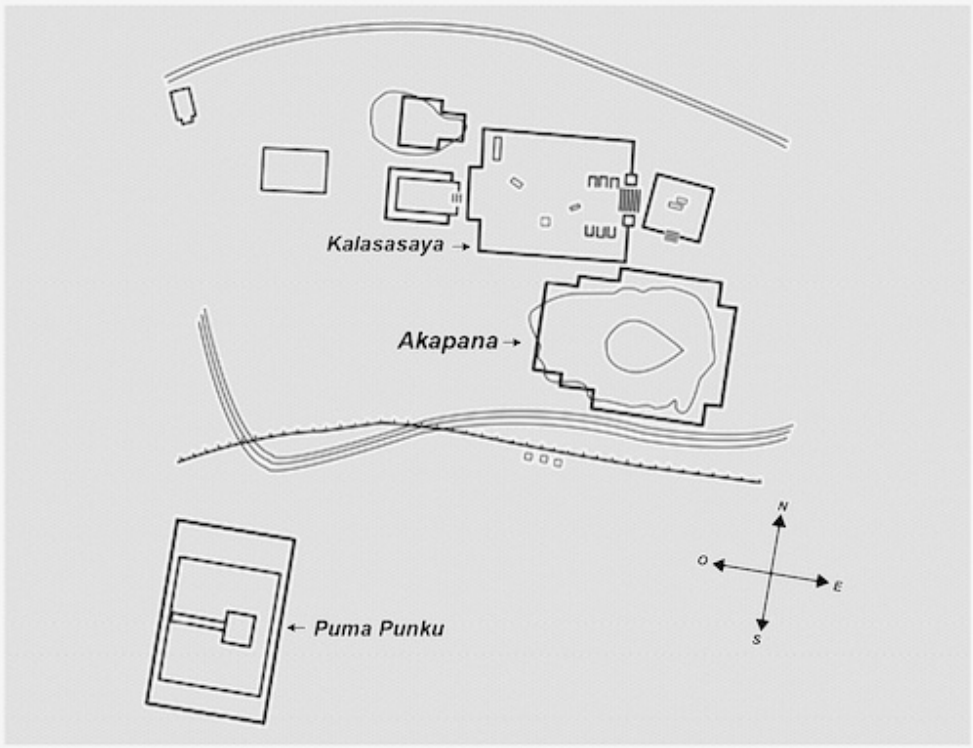


Figura 65. Las principals estructuras de Tiahuanaco.

Especialmente llamativo, porque en todas mis visitas anteriores se me pasaron por alto, son un par de filas de bloques de andesita idénticos, como sacados de un molde, todos con forma de letra H. La comparación con el motivo en H en los cinturones de los pilares de Göbekli Tepe, por ejemplo, es irresistible, aunque se trate solo de otra coincidencia (véanse las fotos 75 y 76).

Luego está la estatua pilar en el templo semisubterráneo de Tiahuanaco. Como el poste tótem de Göbekli Tepe, es antropomorfa. Como en el poste tótem de Göbekli Tepe, tiene serpientes reptando por sus costados. Como en el poste tótem de Göbekli Tepe, los largos dedos de sus manos casi se tocan en la parte frontal de su cuerpo. No obstante, la cara es humana, no animal, y posee una barba espesa. Con todo, en el lateral de la cabeza lleva tallada la figura de un animal que a la especie que más se parece es al toxodonte (véase la ilustración en la siguiente página), una especie de rinoceronte del Nuevo Mundo que se extinguió durante los cataclismos al final de la Edad del Hielo, hace unos 12.000 años. No se trata de *pareidolia*: la figura está allí, no cabe duda. De modo que solo queda responder a una pregunta, y

resulta difícil hacerlo: ¿se trata de la representación de un toxodonte o es una criatura salida de la imaginación del artista?

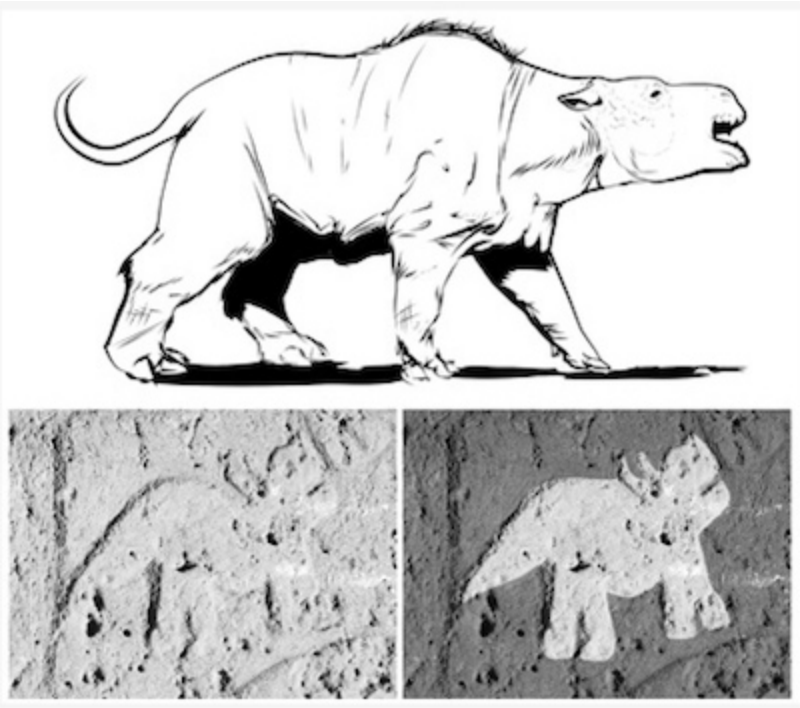


Figura 66. Arriba, reconstrucción artística de un toxodonde. Debajo, la imagen del pilar del templo semisubterráneo de Tiahuanaco (izq. fotografía, der. resaltada).

Me desplazo hasta el Kalasasaya, el inmenso rectángulo abierto, rodeado por muros megalíticos, que parece haber sido la principal zona ceremonial del antiguo Tiahuanaco. En la monolítica Puerta del Sol aparece tallada la imagen de otro elefante con trompa y colmillos, como el que está esculpido en la roca del templo de la Luna, cerca de Sacsayhuamán. El «elefante» de Tiahuanaco ha sido descartado por los críticos como la cabeza de dos cóndores codo con codo; pero, si este es el caso, la imagen en el otro lado de la puerta es desconcertante (véase la figura 67); pues definitivamente sí muestra a dos cóndores codo con codo y es diferente al relieve del elefante.

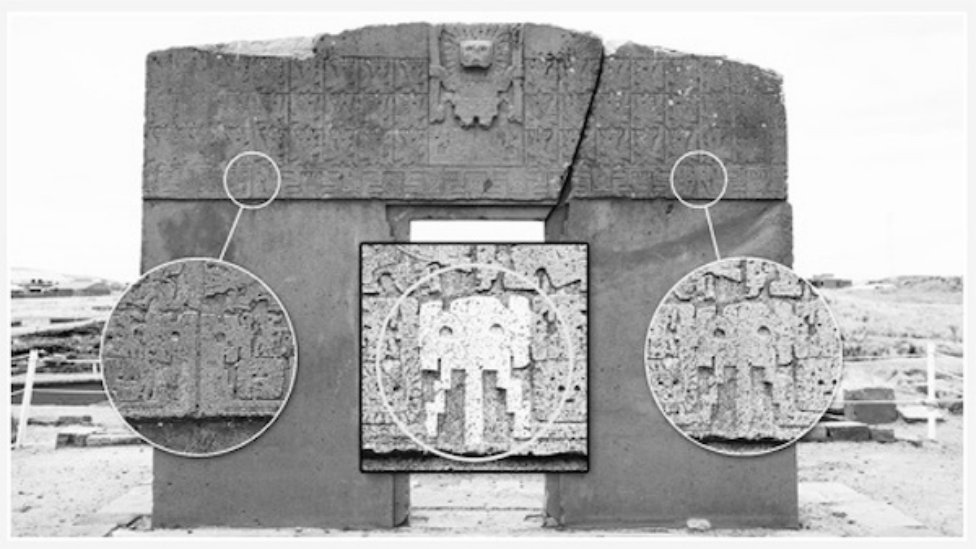


Figura 67. ¿Un elefante en la Puerta del Sol? ¿O solo dos cóndores codo con codo?

Si fue copiado del natural no tiene por qué ser *tan* viejo, pues como vimos antes, el *Cuvieronius* sobrevivió en Sudamérica hasta hace 6.000 años. Por otro lado, la mayoría de las especies emparentadas de mastodonte se extinguieron durante el Dryas Reciente, hace entre 12.800 y 11.600 años atrás.

El Kalaysasaya es un espacio abierto inmenso en gran parte vacío; pero en él hay dos estatuas a las que quiero echarles otro vistazo, el monolito de Ponce, llamado así por Carlos Ponce Sanginés, el «padrino» de la arqueología boliviana, y *El fraile*, una versión más pequeña y ligeramente diferente realizada con el mismo estilo general.

Lo sorprendente de ambos es la posición de las manos, con los dedos casi tocándose sobre el vientre: virtualmente idéntica a la posición de las manos en los pilares o el poste tótem de Göbekli Tepe. No obstante, las figuras de Tiahuanaco, como los *apkallu* mesopotámicos, llevan objetos en las manos; no un cono y un cubo, sino, como ha demostrado el arqueólogo y etnobotánico Constantino Manuel Torres, cajas de «rapé» para consumir polvos DMT alucinógenos del Amazonas[949].

Es un recordatorio de que la Amazonia, con su desenfrenada y exuberante vida, no se encuentra muy lejos de aquí, las frías y austeras tierras altas del Altiplano. Cuando buscamos los restos de una civilización

perdida que antaño quizá estuviera diseminada por el globo, posiblemente no sea el primer lugar en el cual a uno se le ocurriría mirar; pero estas densas junglas esconden muchas cosas y recientes talas han revelado los restos de ciudades antiguas, megalitos, movimientos de tierra gigantescos y suelos enriquecidos por un misterioso proceso que los mantiene fértiles durante miles de años[950].

Lo que también está claro es que un legado de capacidades científicas de alto nivel, heredadas de *algún sitio*, fue pasando de generación en generación de chamanes. La creación de una droga psicodélica con DMT —una mezcla, *ayahuasca*, de dos plantas que por sí solas no son drogas psicodélicas activas oralmente— es un logro farmacológico asombroso cuando recordamos que en el Amazonas existen 150.000 tipos de plantas y árboles diferentes. Del mismo modo, un veneno neurotóxico como el curare, que contiene once ingredientes distintos y produce vapores mortales durante su preparación, no es nada que pueda ser inventado de la noche a la mañana, sino que requiere la aplicación de una ciencia cuidadosamente elaborada.

Otra cuestión interesante de los monolitos de Tiahuanaco es que, del pecho hacia abajo, sus ropajes tienen dibujos en forma de escamas de pez. Un nuevo paralelo con los *apkallu*, las barbudas «figuras con atuendo de pez» que trajeron la gran civilización a Mesopotamia y cuyos misterios exploramos en capítulos anteriores. Tampoco es que las figuras barbadas escaseen en el repertorio de Tiahuanaco. Han sobrevivido dos y una de ellas, en el pilar del templo semisubterráneo, ha sido identificada desde tiempo inmemorial con la gran deidad civilizadora Kon-Tiki Viracocha, sobre la que he escrito ampliamente en mis anteriores libros y que es descrita en múltiples mitos y tradiciones como de piel blanca y barbuda. El Inca Garcilaso de la Vega, que vivió durante los últimos años de la conquista y creció en Cuzco, escribió que Viracocha:

> *Tenía barbas en la cara, a diferencia de los indios que generalmente son lampiños, y que traía el vestido hasta los pies, diferente hábito del que los indios traen, que no les llega más de hasta la rodilla, de aquí nació que llamaron Viracocha a los primeros españoles que entraron en el Perú […]. […] confirmaron de veras el nombre Viracocha a los españoles, diciendo que eran hijos de su dios Viracocha…*[951]

En otras palabras, con su piel blanca y sus barbas los españoles despertaron un antiguo recuerdo tribal, pasado de generación en generación, de héroes civilizadores que habían llegado a los Andes en la más remota prehistoria y enseñado a la gente de allí técnicas agrícolas, arquitectónicas e ingenieriles.

¿Y qué hay del propio Kon-Tiki Viracocha? ¿Qué sucedió con él?

Parece que tras su misión civilizadora en las Américas:

> *Sus viajes lo llevaron a Manta [Ecuador] desde donde cruzó el océano Pacífico, caminando sobre el agua*[952].

No voy a repetir aquí las historias y tradiciones de Viracocha que ya he mencionado en mis anteriores libros; pero es el Osiris y el Quetzalcóatl de los Andes, que viene en una época de oscuridad, tras una gran inundación, trayendo los bienes de la civilización.

Que al final tenga que partir, y que tenga que hacerlo utilizando un sistema de alta tecnología, «caminando sobre las aguas» del océano Pacífico, resulta intrigante.

Sigámoslo y veamos dónde pudo haber ido…

Capítulo 18.

OCÉANO

Según las más antiguas tradiciones de Mesopotamia, la humanidad fue creada en el «ombligo de la tierra», en *uzu* (carne), *sar* (vínculo), *ki* (lugar, tierra)[953]. En el *Rig veda*, el más antiguo escrito de la India, el universo nació y se desarrolló «desde un centro, un punto central»[954]. Con unas marcas que Jesús Gamarra de inmediato diría pertenecen al estilo más antiguo de los Andes, el Hanan Pacha, la *shetiyah* —piedra fundacional— del Templo del Monte en Jerusalén, ahora la «roca» de la Cúpula de la Roca (véase el capítulo 12), es considerada el «centro de la Tierra»[955]. De hecho, esta noción de que hay ciertos centros primordiales de creación a partir de los cuales todo lo demás crece es un tema global en la religión y mitología antiguas:

> *El Más Sagrado creó el mundo como un embrión. Del mismo modo en que un embrión crece a partir del ombligo, así Dios comenzó a crear el mundo por el ombligo y desde allí se dispersó en todas direcciones*[956].

En el mito griego del diluvio universal, enviado por Zeus para castigar a la humanidad por su maldad, los únicos supervivientes son Decaulión y Pirra. Su arca acaba varada en el monte Parnaso, muy por encima de Delfo, un lugar considerado durante toda la Antigüedad como el «ombligo de la tierra»[957]. Del mismo modo en que en Egipto Heliópolis poseía el sagrado Benben, una piedra betilo caída del cielo (véase el capítulo 11), así poseía Delfos un betilo, denominado *onfalos*, o «piedra ombligo». En la mitología

griega era identificado específicamente con la piedra que había sido entregada al monstruoso dios-tiempo Cronos —quién devoró a sus propios hijos— para que se la comiera en lugar del niño Zeus. Cuando Zeus alcanzó la edad adulta, se vengó de Cronos «llevándolo desde el cielo a las profundidades mismas del universo», tras haberlo obligado primero —una imagen que hace pensar en la cola de escombros de un cometa— a vomitar la piedra[958]. «Aterrizó en el centro mismo del mundo, en el santuario de Delfos»[959].

Vimos en el último capítulo que el nombre «Cuzco», la ciudad megalítica de los Andes peruanos, significa «el ombligo de la Tierra». A más de 4.000 kilómetros al suroeste, cruzando el océano Pacífico, el nombre antiguo de la isla de Pascua, Te-Pito-O-Te-Henua, también significa «el ombligo de la Tierra»[960]; lo cual, a su vez, tiene afinidades con el antiguo nombre de Tiahuanaco, Taypicala, «la piedra en el centro»[961]. De hecho, en el borde de la bahía de La Peruse de la isla de Pascua hay una misteriosa piedra esférica cuidadosamente tallada llamada Te-Pito-Kura —«la piedra ombligo dorado»—, considerada como el ombligo de la propia isla[962].

La tradición cuenta que hubo un tiempo cuando «grandes magos» utilizaban esta piedra para centrar su poder *mana* —literalmente «brujería»— para hacer que los moai, las famosas estatuas megalíticas de la isla, «caminaran» desde la cantera hasta los lugares donde se iban a situar[963]. Un concepto casi idéntico se conserva entre los aymara de Bolivia, que llevan viviendo junto al lago Titicaca desde tiempos inmemoriales. Ellos afirman que la misteriosa ciudad con sus extraordinarias estatuas megalíticas fue construida con magia en una sola noche y que «las piedras bajaron por su propia voluntad, o al sonido de una trompeta, desde las canteras de la montaña y se colocaron en su sitio en el lugar»[964].

Los paralelismos no se detienen aquí. Desde finales de la década de 1940, cuando Thor Heyerdahl emprendió su expedición Kon-Tiki (llamada así por Kon-Tiki Viracocha, la deidad civilizadora que encontramos a finales del capítulo anterior), se ha apreciado que hay similitudes entre las estatuas de Tiuhanaco y los moai de la isla de Pascua. Por ejemplo, como ya

hemos visto, las figuras de Viracocha en Tiahuanaco presentan barbas prominentes y pronunciadas (en agudo contraste con los habitantes indígenas de los Andes, que no son capaces de dejarse una tupida) y no cabe duda de que las prominentes barbillas de las figuras de la isla de Pascua también pretenden representar barbas (fotos 78 y 79). Como comentaba Heyerdahl:

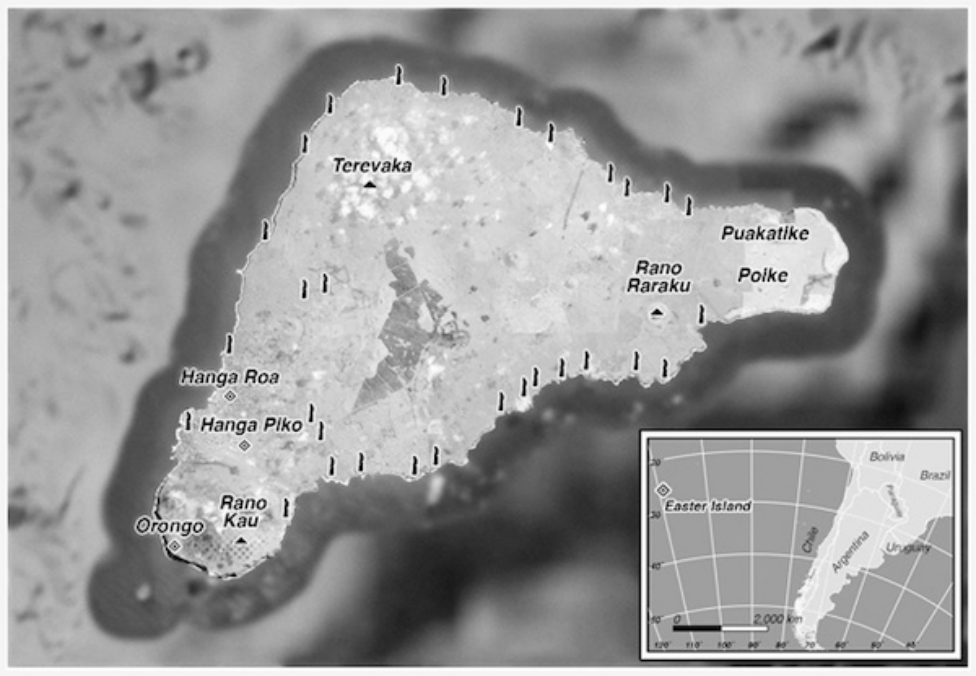


Figura 68. La isla de Pascua y su entorno (según Eric Gaba. Wikimedia Commons).

> *Las estatuas de la isla de Pascua […] tienen la barbilla tallada de forma apuntada y prominente, porque los propios escultores se dejaron la barba*[965].

El aventurero noruego también se quedó pasmado por el modo en que las figuras de la isla de Pascua y las de Tiahuanaco tienen «las manos puestas sobre el estómago»[966]. Ambas llevan también cinturones anchos. Como escribió:

> *La única decoración de las figuras de la isla de Pascua es un cinturón que siempre aparece tallado en torno al estómago de la figura. El mismo cinturón simbólico se encuentra en todas y cada una de las estatuas de las ruinas de la antigua Kon-Tiki, junto al lago Titicaca*[967].

Heyerdahl, a quien tuve el privilegio de conocer y que era un decidido partidario de la hipótesis de la civilización perdida[968], no tuvo la oportunidad de visitar Göbekli Tepe antes de su fallecimiento en 2002. No obstante, de haberlo hecho, creo que se habría quedado impactado ante el parecido entre la posición de las manos en la figura del «poste tótem» de Göbekli Tepe y la posición de las manos en los monolitos estatua pilar de Viracocha y *El fraile* de Tiahuanaco. Mencioné esas estatuas en el capítulo anterior, pero hay más.

Por ejemplo, los grandes pilares antropomorfos de Göbekli Tepe presentan gruesos cinturones esculpidos, muy similares a los que se pueden ver en las figuras de Tiahuanaco y la isla de Pascua. También es de destacar la posición de las manos de los grandes pilares de Göbekli Tepe, con dedos largos hacia delante que casi se tocan sobre el vientre. Una posición idéntica de las manos se ve en los moai de la isla de Pascua. Por último, pero no menos importante, del mismo modo en que la isla de Pascua, Tiahuanaco y Cuzco comparten el extraño concepto de ser el «ombligo de la tierra», también lo hace Göbekli Tepe; pues ya sea en turco o en armenio, donde es llamada Portasar, su nombre significa «la colina del ombligo»[969].

Si todo esto son coincidencias, su profusión resulta bastante extraordinaria… a menos, por supuesto, que los mismos magos de los dioses que crearon y luego enterraron la cápsula del tiempo de Göbekli Tepe a finales del Dryas Reciente, hace unos 11.600 años, también estuvieran en la isla de Pascua. A menos, en otras palabras, que los moai de la isla de Pascua sean más antiguos —mucho más antiguos— de lo que los arqueólogos piensan que son…

¿Un resto de tierras antediluvianas?

Los arqueólogos creen que el más viejo de los moai de la isla de Pascua fue realizado en torno al 690 d. C. y el más joven un millar de años después, en 1650 d. C. Esta cronología se basa en fechas de radiocarbono, que también sitúan el primer asentamiento humano de la isla en el 318 d. C.[970] No obstante, como hemos visto, el carbono 14 no puede fechar monumentos de piedra directamente. Se han de hacer inferencias a partir de la relación entre materiales orgánicos y las piedras y, en ocasiones, esas inferencias pueden ser muy engañosas.

Por ejemplo, sería un error considerar que la *ahu* (plataforma) de Ahu Nau Nau en la bahía de Anakena es de la misma fecha que los siete moais que hay situados sobre ella. Evidentemente, la plataforma es obra de una cultura posterior, que debe haber vuelto a erigir las estatuas, porque en la mampostería de la propia plataforma se reutilizó como bloque de construcción un moai antiguo y muy erosionado por el clima.

Del mismo modo, si, por ejemplo, seres humanos se hubieran asentado aquí durante el Dryas Reciente, cuando el nivel del mar era mucho más bajo que el actual y la isla de Pascua formaba parte de una cadena de escarpadas y estrechas islas antediluvianas tan larga como la cordillera de los Andes, ¿cuánto material orgánico les puede haber quedado a los arqueólogos para fechar por carbono-14? Quizá el pico de la dorsal del Pacífico Oriental que hoy conocemos como la isla de Pascua no fue utilizado en absoluto como lugar de asentamiento, sino exclusivamente para ceremonias religiosas en las cuales tomaban parte las grandes estatuas monolíticas. Quizá llegaba gente de otros lugares del archipiélago para asistir a esas ceremonias y luego regresaban a sus islas de origen… islas que están hoy bajo el agua.

Esta conjetura, por supuesto, es pura especulación; pero la sugiere tentadoramente una leyenda de los propios isleños de la isla de Pascua relativa a un ser sobrenatural llamado Uoke, quien en tiempos remotos:

> *Viajó por el Pacífico con una palanca gigante con la cual arrancaba islas enteras y las lanzaba al mar, donde se desvanecían para siempre bajo las aguas. Tras haber destruido así muchas islas, llegó al final a la costa de Te-Pito-O-Te-Henua, por entonces una isla mucho más grande que hoy. Comenzó a levantar partes de la misma y a tirarlas al mar. Al final llegó a un sitio llamado Puko Pihipuhi […] cerca de Hanga Hoonu [la bahía de La Peruse, lugar de la «piedra del ombligo de oro»]. Aquí las piedras de la isla fueron demasiado duras como para que la palanca de Uoke las levantara, y se rompió con ellas. Fue incapaz de hacerse con el último fragmento, que es la isla que hoy conocemos. Así, Te-Pito-O-Te-Henua sigue existiendo hoy debido al accidente de la ruptura de la palanca de Uoke*[971].

Las leyendas también hablan de una tierra ancestral primigenia en el Pacífico llamada Hiva, desde donde llegaron los primero habitantes de la isla de Pascua; tierra ancestral que también fue víctima de la «diablura de la palanca de Uoke» y «quedó sumergida bajo el agua». Lo que resulta especialmente intrigante de todo esto, debido a su resonancia con los siete sabios —los *apkallu*— de los que hablan las tradiciones antediluvianas mesopotámicas, y con los siete sabios de los textos de la construcción de Edfu, que buscaron nuevas tierras con las cuales recrear el sumergido y devastado mundo de los dioses, es que también se dice que siete sabios —hijos de reyes, todos hombres iniciados— fueron instrumentales en el asentamiento original de la isla de Pascua[972]. Exactamente igual que los *apkallu*, quienes sentaron los cimientos de todos los futuros templos de Mesopotamia, y con los sabios de Edfu, que viajaron a lo largo y ancho de Egipto estableciendo los montículos sagrados sobre los cuales las futuras pirámides y templos se construirían, la primera tarea de los siete sabios de Hiva tras su llegada a la isla de Pascua fue «la construcción de túmulos de piedra»[973].

¿Es posible que esto tenga alguna base? ¿Es posible que las estatuas de la isla de Pascua sean el trabajo de los supervivientes de una civilización perdida que se remonte a la Edad del Hielo, hace 12.000 años o más?

Un posible indicio al respecto procede del descubrimiento realizado por el doctor Robert J. Menzies, director de Investigaciones Oceánicas en el Laboratorio Marino de la Universidad de Duke, en Beaufort (Carolina del Norte). En 1966, Menzies dirigió una investigación oceanográfica en el Pacífico, frente a las costas de Perú y Ecuador, en aguas de la sima Milne-Edwards, una trinchera que en algunos puntos alcanza una profundidad de 5.791 metros. El barco de investigación *Anton Bruun* desplegó cámaras subacuáticas que eran lo último en tecnología de entonces y, a unas 55 millas al oeste del Callao (el puerto de Lima, la capital de Perú), a una profundidad de 1.830 metros, en una zona propicia a la subsidencia marina, en el lecho marino se fotografiaron una «extrañas columnas talladas en la roca»[974]:

> *Dos columnas erguidas, de unos 60 cm o más de diámetro, fueron avistadas sobresaliendo metro y medio del barro. Dos más estaban caídas y parcialmente enterradas y también se vio otro bloque angular cuadrangular*[975].

«No encontramos estructuras como estas en ningún otro lugar —comentó el doctor Menzies en una entrevista a *Science News*—[976]. No he visto nada parecido nunca». El posterior informe oficial del crucero de investigación añadía que una de las columnas llevaba marcas que parecían ser «inscripciones»[977].

Hasta ahora he podido averiguar que el descubrimiento del doctor Menzies, el cual hace pensar con una base real en la sumergida tierra de Hiva, nunca fue continuado. Y ¿qué pasa con la isla de Pascua, donde se dice que los supervivientes se asentaron para reconstruir su mundo perdido? La ciencia geológica tiene algunas claves para que las consideremos.

Lo que se encuentra debajo…

El profesor Robert Schoch, de la Universidad de Boston, renombrado por su redatación geológica de la Esfinge de Guiza, no es de los que atribuye con facilidad o rapidez una mayor antigüedad a los monumentos de lo que permite la corriente arqueológica predominante. La mayor parte de las veces se suma a la cronología ortodoxa, pero cuando diverge de ella, como con la Esfinge, y Gunung Padang en Indonesia (véase el capítulo 2), es solo porque ha quedado convencido por importantes evidencias geológicas que la arqueología ha pasado por alto. Este el caso de su análisis de los moai de la isla de Pascua, sobre los cuales, tras un viaje de investigación, esto es lo que opina:

> *Quedé especialmente impresionado por los diferentes grados de desgaste y erosión que se ve en los diferentes moai, lo que sería indicador de importantes discrepancias en su cronología. El nivel de sedimentación en torno a ciertos moai también me impresionó. Algunos están enterrados en hasta 6 metros de sedimento, o más, de tal modo que aunque están erguidos, solo sus barbillas y cabezas están por encima del nivel del suelo. Semejantes niveles de sedimentación pueden ocurrir con rapidez, por ejemplo si se produce un corrimiento de tierra catastrófico, un flujo de lodo o posiblemente un tsunami que barra la isla; pero no pude encontrar evidencias de tales (además de que los corrimientos de tierras y los tsunamis tenderían a torcer o tumbar las altas estatuas). Desde mi punto de vista, la sedimentación en torno a ciertos moais sugiere una antigüedad extremadamente más antigua de la que la mayoría de los arqueólogos e historiadores convencionales creen… o consideran posible*[978].

Schoch añade que ha comenzado a reunir evidencias de las tasas de desgaste, erosión y sedimentación en la isla de Pascua durante la época

moderna, desde que comenzaron a guardarse registros. «Hasta ahora, parece que la sedimentación a lo largo del siglo pasado ha sido, en general, relativamente modesta»[979].

Como es habitual, Schoch le quita importancia a sus descubrimientos, que donde mejor quedan ilustrados es en el cráter Rano Raraku, una caldera volcánica apagada que sirvió como la cantera principal de donde se extrajeron los moai de la isla de Pascua. Las laderas internas de la caldera, que terminan en un lago bordeado de cañaverales, están salpicadas con lo que se calculan son unas 270 estatuas en diversos estados de compleción. Algunas yacen sobre su espalda, muchas están perfectamente erguidas, otras inclinadas en los más diversos ángulos y la impresión general es la de un extraordinario espectáculo surrealista interrumpido con los preparativos a medias y abandonado para siempre por el artista.

Nadie puede decir con seguridad qué intención tenía todo esto y para qué servía, si bien hay muchas teorías. No obstante, el entorno es inconfundiblemente geológico y las estatuas mismas son sobre todo artefactos geológicos separados de su lecho de roca natural y, sin embargo, se encuentran lo suficientemente en su sitio como para haber seguido formando parte de su entorno original. Más que nada, lo que uno ve según se pasea con aturdido asombro entre ellas son sus serenos y contemplativos rostros barbados, sus cabezas de grandes orejas, sus hombros y la parte superior de sus torsos.

No hay nada que reprochar si uno se imagina que lo que se ve es todo lo que hay, que están enterrados un metro o dos en suelo, lo suficiente como para anclarlos y no más. Pero Thor Eyerdahl, ese infatigable aventurero y explorador, demostró que ese no era el caso cuando excavó varios de los moais de Rano Raraku en 1956 y de nuevo en 1987, descubriendo que, como los icebergs, la mayor parte de su masa permanecía bajo la superficie. Las fotografías de esas excavaciones muestran estatuas que alcanzan profundidades de más de 9 metros bajo la superficie dentro de una honda capa de sedimento de arcilla amarilla[980]. Al estudiar estas imágenes resulta aparente de inmediato que el argumento de Schoch tiene su mérito y que no hay modo de que en solo unos pocos centenares de años (como se ha comentado antes, los arqueólogos sostienen que la producción de moais se

detuvo en fechas tan recientes como 1650) se haya acumulado semejante cantidad de sedimentación.

Lo mismo sucedería aunque la isla de Pascua fuera parte de una gran y continua masa terrestre, donde existe la posibilidad de que el viento y el agua transporten tierra de una zona y la depositen en otra. Pero la isla de Pascua, tal cual la conocemos ahora, si bien un enigma de proporciones gigantescas, no es sino un diminuto punto en el mapa en medio del mayor y más profundo océano de mundo. No solo está situada a más de 3.000 kilómetros de la costa de Sudamérica, sino también a más de 3.000 kilómetros de Tahití, el más cercano grupo importante de islas[981]. Con una superficie total de 163,6 km2 resulta tanto más inconcebible que la propia isla de Pascua haya contribuido al sedimento de 9 metros de profundidad que se ve en torno a los moais del cráter de Rano Raraku. Sin embargo, semejante volumen de sedimentación habría sido posible hace más de 12.000 años, cuando el nivel del mar era más bajo y, como hemos visto, la isla de Pascua formaba parte de un amplio archipiélago.

Esta puede ser, también, la respuesta a otro misterio identificado por Schoch, que es la existencia de un pequeño número de moais tallados en basalto. El problema es que no hay depósitos de basalto en la propia isla de Pascua. Schoch especula que:

> *Las «canteras de basalto perdidas» pueden encontrarse bajo el nivel del mal y, por lo tanto, los moais tallados en ellas son extremadamente antiguos. El nivel del mar ha subido de forma dramática desde el final de la última Edad del Hielo, hace unos diez mil o más años, y si los moais de basalto fueron tallados a lo largo de la costa de la isla de Pascua en áreas ahora inundadas por el mar, esto puede ayudar a fecharlos y sugiere de inmediato que son miles de años más antiguos de lo que se cree de forma convencional que es el caso*[982].

La misma solución —la isla de Pascua como parte de una masa terrestre mucho mayor— explicaría también otro rompecabezas muy diferente, que no es otro sino la escritura Rongo Rongo[983]. Es algo sin precedentes en la historia humana que un sistema de escritura completamente desarrollado sea inventado y utilizado por una pequeña y aislada comunidad isleña. No obstante, la isla de Pascua tiene su propia escritura, ejemplos de la cual, la mayoría incisos en tablas de madera, copias, de copias, de copias de originales mucho más antiguos ya perdidos, fueron recogidos en el siglo xix y encontraron su camino a varios museos de todo el mundo. En la propia isla no queda ninguna y ni siquiera en la época en la que fueron recogidas había ya isleños que fueran capaces de leerlas. Hasta ahora, la escritura sigue sin descifrar; otro más de los muchos enigmas de esta isla de misterio.

El sabio del valle de Bada

Es el 28 de mayo de 2014 y me encuentro a miles de kilómetros de la isla de Pascua, en medio del valle de Bada, en Sulawesi Central, en Indonesia, de pie frente a una figura parecida a un moai tallada en sólido basalto y profundamente enterrada en un campo de hierbas. Lo llamativo de la estatua, aparte de su tamaño —la parte visible, que está muy inclinada hacia su izquierda, sobresale más de 4 metros del suelo— es la postura de sus brazos y manos. Están dispuestos de exactamente el mismo modo que las de los moais de la isla de Pascua y también que las figuras de Göbekli Tepe, con los brazos doblados a los costados y las manos sobre el vientre con los dedos casi tocándose. La gran diferencia es que esta figura, conocida localmente como *Watu Palindo* «El Hombre Sabio»[984], presenta un pene erecto y un par de testículos entre los dedos extendidos.

¿Cuál es la antigüedad del «Hombre sabio»?

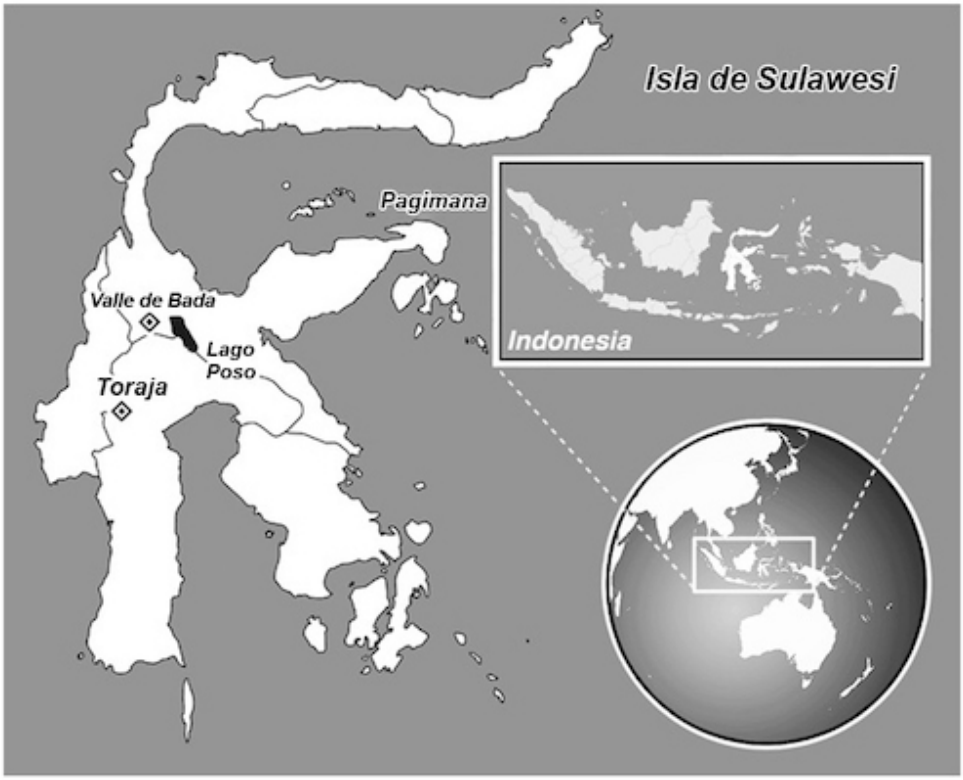


Figura 69. La isla de Sulawesi en su contexto regional.

«Nadie lo sabe —admite Iksam Kailey, conservador del Museo Provincial de Sulawesi Central, que ha tenido la amabilidad de acompañarme en este tramo de un largo viaje de investigación por Indonesia—, la arqueología está en su infancia en nuestra isla». El propio Kailey se inclina a considerar que la estatua, y una docena de otras semejantes del valle de Bada, tienen al menos 4.000 años de antigüedad[985]. Otras estimaciones varían entre 5.000 y menos de 1.000 años[986], pero ninguna de ellas tiene valor ninguno, porque no se ha realizado, ni puede realizarse, ninguna datación arqueológica definitiva; la intrusión de materiales orgánicos de las diferentes culturas que han vivido y cultivado este valle durante milenios, varias de las cuales han excavado *Watu Palindo* en busca de tesoros, significa que nunca sabremos la verdad. Artefactos del no muy lejano valle de Besoa han sido fechados por carbono-14 como de hace 2.890 años[987]; pero eso no nos dice nada sobre la edad del Hombre Sabio.

Alcanzar el valle de Bada es toda una caminata. Santha y yo estamos viajando con Danny Hilman Natawidjaja, el geólogo que ha sacado a la luz para el resto del mundo la pirámide de Gunung Padang, en el oeste de Java (véase el capítulo 2). Nos acompaña también Wisnu Ariastika, amigo y colega de Danny, que amablemente se ha encargado de la logística de nuestro viaje. Comenzamos en Yakarta el 26 de mayo y volamos hasta Palu, la capital de la provincia de Sulawesi Central, donde Iksam Kailey se nos une en la mañana del 27 de mayo. Luego conducimos todo el día por una carretera asombrosamente mala atravesando un espectacular paisaje montañoso, alcanzado la ciudad de Tentana, junto al gigante lago Poso, esa misma tarde. El día siguiente, el 28 de mayo, conducimos otros 50 kilómetros hasta el poblado de Bomba, en el corazón del valle de Bada, que, como gran parte de Indonesia, es espectacularmente bonito: una amplia meseta plana rodeada de montañas verdes coronadas de nubes plateadas que reflejan mágicamente los brillantes arrozales. Alcanzamos Bomba a media mañana, nos registramos en nuestra básica pero confortable casa de huéspedes y nos marchamos derechos a cazar megalitos.

En el valle hay, esencialmente, dos tipos de megalitos, uno son las grandes cisternas de piedra llamadas *kalamba*, cortadas y vaciadas con precisión, que en algunos casos pesan más de una tonelada; el otro son figuras como *Watu Palindo*, que pesan más de veinte toneladas. A lo largo de dos días caminamos por los bordes de los arrozales inundados y por difíciles senderos entre los bosques. En un momento dado llegamos a una estatua caída en medio de un claro, desde donde mira al cielo; un poco después encontramos otra, también sobre su espalda, caída en medio de un río. Ambas muestran la misma posición de brazos y manos que *Watu Palindo*, el Sabio. Una tercera figura con extraños rasgos como de pez aparece enterrada hasta el cuello en un arrozal inundado. Una cuarta aparece de pie y solitaria en una cresta, observando una lejana cadena montañosa.

Lo frustrante es que nada —realmente nada de nada— se conoce sobre estos megalitos. ¿Quién los creó? ¿Cuándo? ¿Por qué? Todo es un misterio.

Hobbits, dragones y el diluvio

Desde el valle de Bada realizamos un largo viaje en coche hasta Toraja, en Sulawesi Sur… todos los viajes son largos aquí, Sulawesi es la undécima isla más grande del mundo. Pasamos un par de días en la zona. Hay un inquietante culto a los muertos, que implica desenterrar el cuerpo de los difuntos una vez al año, vestirlos con ropas nuevas, peinarles sus enmohecidos cabellos, limpiar sus ataúdes y volverlos a enterrar. Efigies similares a los difuntos se colocan también en santuarios tallados en la roca, arriba, en la cara de los acantilados, y hay cuevas llenas de huesos.

Pero no hemos venido a ver muertos, sino megalitos. No obstante, como es Toraja, los megalitos lo tienen que ver todo con los muertos y, al contrario que en otras partes del mundo —y, de hecho, otras partes de Indonesia—, no son reliquias de un pasado remoto y olvidado, sino parte de un culto vivo, activo y completamente funcional. Visitamos Bori Parinding, un lugar dominado por un bosquecillo de menhires en forma de aguja que podrían ser trasplantados sin problemas a una docena de lugares de Europa y fechados con seguridad como de hace 5.000 años o más de antigüedad. Sin embargo, Bori Pariding solo tiene doscientos años de existencia.

El megalito más antiguo fue erigido en 1817. Cada uno es un monumento para un notable torajano difunto y cada año se siguen tallando y colocando nuevos menhires. Los de andesita son extraídos de un depósito cercano y se les da forma con martillos y cinceles de metal —un anciano del lugar me enseña cómo—. Los de caliza, que en algunos casos se calcula pesan 15 toneladas, son traídos desde una cantera a 5 kilómetros por equipos de cientos de hombres que trabajan en turnos durante más de una semana y que arrastran los menhires sobre rodillos hasta su emplazamiento.

Me estoy empezando a dar cuenta de que Indonesia es una tierra donde las tradiciones antiguas continúan vivas de modos fascinantes y que la conexión con el pasado remoto está siempre presente.

Algo de lo que quedo mucho más convencido en nuestra próxima parada, la isla de Flores. Llegamos allí tras conducir todo el día desde Toraja hasta Makassar, donde cogemos un vuelo hasta Bali y, desde allí, vía Komodo, famosa por sus conocidos lagartos predadores, los dragones de Komodo, hasta Ende, la principal «ciudad» de Flores, con una población de solo 60.000 personas. Desde hace algún tiempo, Flores ha conseguido fama

al ser descubiertos en la isla los restos del *Homo floresiensis*, una especie humana extinta cuyos adultos tenía solo 1,1 metros de altura y, por consiguiente, ha sido apodada «el hobbit». Profundizaré sobre estas criaturas más adelante, pero, según aterrizo en Ende tras la escala en Komodo, no puedo evitar pensar que Indonesia es un lugar verdaderamente mítico; el único lugar del mundo actual donde los dragones y los hobbits no son cosa de fantasía, sino de ciencia.

Flores es encantadora; situada en los límites del mundo, simple, carente de muchas comodidades modernas, pero con un espíritu dulce y amable. Situamos nuestra base en la ciudad de Bajawa, y en el par de días que pasamos allí visitamos varios poblados donde las ordenadas casas de bambú con tejado de paja se construyen sobre y entorno a amplios monumentos megalíticos.

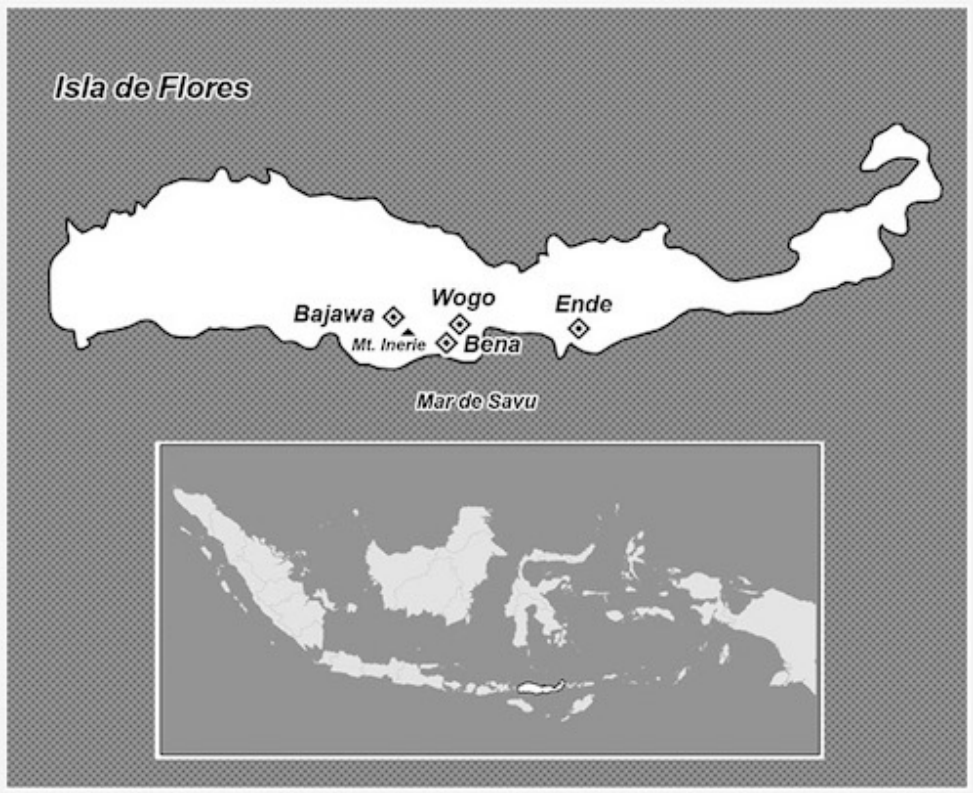


Figura 70. La isla de Flores y su contexto regional.

En el poblado de Bena, a unos 16 kilómetros de Bajawa, con lejanas vistas del mar de Savu y del monte Inerie, es Joseph quien nos hace de guía, un venerable anciano de 88 años. El poblado cuenta con dos filas paralelas

de casas con el elevado tejado de paja de sección triangular que es típico de la zona. Las casas están separadas por un largo y ancho espacio público repleto con una increíble mezcolanza de menhires y dólmenes que, como los menhires de Toraja, no quedarían fuera de lugar si hubieran sido excavados en estratos neolíticos en Europa. Joseph nos cuenta que los dólmenes no son tumbas (como suele ser el caso en Europa), sino altares utilizados por los miembros de cada uno de los diferentes clanes residentes en el poblado. De vez en cuando, sobre los altares se realizan sacrificios de búfalos en honor de difuntos notables, mientras que los megalitos sirven para ayudar a comunicarse con los fallecidos y para conectar el reino de lo sobrenatural con el terrenal.

Semejantes ideas no sincretizan bien con el cristianismo, que también aquí es parte de la vida diaria; de hecho, en el extremo del poblado hay un santuario a la Virgen María. Joseph nos dice que los dólmenes y menhires todavía se erigían cuando él era joven, pero que ya no se hace porque la tradición está muriendo. Cuando le pregunto sobre los orígenes del culto megalítico, sin embargo, me cuenta una historia extraordinaria.

«Nuestros antepasados —dice— vinieron aquí en barco hace unos 12.000 años, durante una gran inundación». De hecho, parece que todo el poblado está distribuido en conmemoración de ese barco, que no estaba impulsado por velas, sino por un «motor». Joseph me muestra una cámara megalítica, aproximadamente en medio del poblado, que simboliza el lugar donde estaba situada la «casa motor» en el barco original. Le pregunto de dónde proceden todos los megalitos y me dice que fueron traídos desde 20 kilómetros de distancia, de las laderas del monte Inerie y colocados en posición por los poderes «especiales» poseídos por los antepasados. Añade que «un estudioso norteamericano, un tal profesor Smith», ha confirmado la historia.

Su mención de un investigador extranjero —cuya identidad y *bona fide* no fui capaz después de establecer— despierta en mí la persistente posibilidad de que toda la historia en modo alguno sea indígena, sino una invención, una fantasía incluso, que Joseph cree verdadera. Ciertamente, en otros poblados megalíticos de Flores no nos cuentan la misma historia. En Wogo Baru, por ejemplo, los ancianos hablan de un «gigante» llamado

Dhake, que era tan inmenso que sin ninguna ayuda trajo los megalitos desde las laderas del monte Inerie.

Lo que todos los relatos parecen tener en común, sin embargo, es un aire de maravilla y magia.

La reina del océano meridional

Tras dejar Flores, volamos desde Ende vía Denpasar, en Bali, hasta la ciudad de Palembarg, en Sumatra, y luego viajamos dos días por carretera de este a oeste por el sur de Sumatra. Nuestro objetivo vuelven a ser megalitos, pero la mayoría de los que vemos en forma de grandes figuras humanas y antropomorfas muestran la influencia del arte hindú y budista y, por lo, tanto es indudable que no son prehistóricos. Solo cuando llegamos a una plantación de té en las montañas cerca de la ciudad de Pagar Alam encontramos algo realmente interesante: una serie de cámaras subterráneas megalíticas gigantes (véase la foto 81), varias de las cuales están pintadas con llamativos colores de ocre rojo y negro carbón, entre los cuales pueden distinguirse figuras de animales.

No se ha realizado ningún estudio para fecharlos, pero cámaras similares, como las de West Kennet Long Barrow (Inglaterra) o Gravrinis en Carnak (Bretaña), tienen más de 5.000 años de antigüedad, mientras que las cuevas pintadas de Francia y España son incluso más antiguas, remontándose a 33.000 años en el caso de Chauvet, por ejemplo. Las pinturas de Sumatra tienen mucho en común con las del sur de Europa, siendo profundamente visionarias, con característicos patrones «entópticos» que indican que los artistas eran chamanes y estaban representando las visiones que habían tenido en estados profundamente alterados de conciencia, es posible que inducidos por planta u hongos psicodélicos[988].

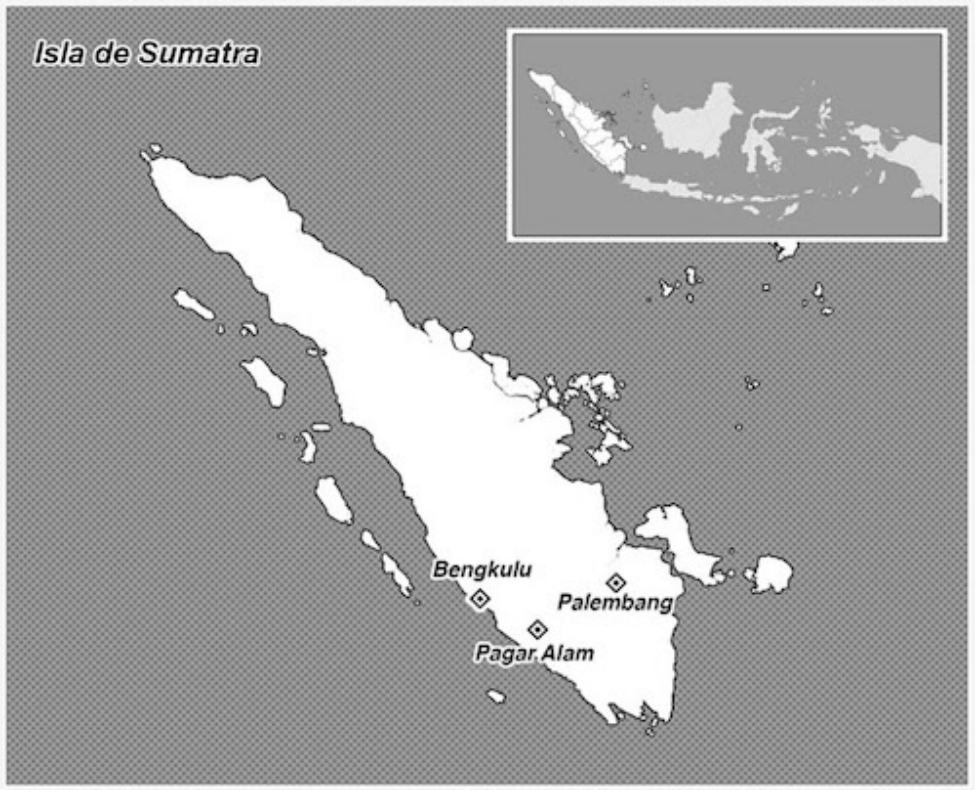


Figura 71. La isla de Sumatra en su contexto regional.

Vamos en coche a la ciudad de Bengkuklu y desde allí volamos a Yakarta, la gigantesca y creciente capital indonesia de la isla de Java. Yakarta es como un pulpo gigante: una vez que te atrapa en los tentáculos de sus congestionadas carreteras es extremadamente difícil liberarse. No obstante, esa misma tarde conseguimos llegar a nuestro siguiente destino, Pelabuhan Ratu, en la costa suroeste de Java, frente al océano Índico. Se trata solo de hacer noche —por la mañana partiremos hacia otro yacimiento megalítico de la isla—, pero resulta que Pelabuhan Ratu («El puerto de la reina», que eso significa) es interesante por derecho propio. De hecho, el Samudra Beach Hotel en el que estamos tiene una habitación, la 308, que nadie está autorizado a reservar porque está siempre dispuesta para la reina del océano meridional, una especie de hada o diosa de los mares, que gobierna sobre una ciudad sumergida y ocasionalmente aparece sobre la tierra para interactuar con los humanos mortales.

Evidentemente, estoy interesado en las ciudades sumergidas, sobre todo ciudades sumergidas en torno a las islas de Indonesia, que todas ellas

formaban parte de un continente gigante conocido por los geólogos como Sondalandia, que sobresalía del agua y estuvo conectado al resto del sureste de Asia hasta hace unos 11.600 años. Cuando a finales del Dryas Reciente el nivel del mar ascendió de forma cataclísmica, esta región perdió más tierra habitable, incluida una gigantesca llanura baja, que casi cualquier otro lugar de la Tierra[989]. Si bien es cerca de medianoche, insisto en visitar la habitación 308, que está completamente decorada y provista como un tocador regio, incluidas imaginativas imágenes de Njai Lara Kidul, la reina del océano meridional.

Figura 72. La isla de Java en su contexto regional.

Se trata de una historia romántica y, quién sabe, puede que haya algo de cierto en ella. Es verdad que ningún intento por descubrir los misteriosos orígenes de la civilización humana puede permitirse el lujo de ignorar el rápido hundimiento de Sondalandia, que era fértil, además de estar bien irrigada por cuatro sistemas fluviales principales, antes de quedar inundada[990]. Por este motivo, y porque gran parte de la inundación tuvo

lugar hace unos 11.600 años, precisamente la fecha que Platón da para el hundimiento de la Atlántida, nuestro compañero de viaje, el geólogo Danny Natawidjaja, cree que Indonesia *es* la Atlántida[991] y ha realizado tantos esfuerzos para investigar la extraordinaria pirámide megalítica de Gunung Padang.

Gunung Padang, donde estuve por primera vez en diciembre de 2013 (descrito en el capítulo 2) se encuentra a 120 kilómetros al norte y al final del viaje allí retornaremos. Antes de hacerlo, sin embargo, hay un yacimiento más que quiero ver. Se llama Tugu Gede, cerca del poblado de Cengkuk, a 20 kilómetros montaña adentro de los picos que se encuentran al norte de Pelabuhan Ratu.

Partimos por la mañana siguiendo otra de esas escarpadas y ligeramente alarmantes carreteras de las que tantas hay en Indonesia, pero el viaje vuelve a merecerlo. Fuimos en coche todo lo que este nos permite, y luego realizamos una larga caminata, primero atravesamos un poblado en medio de plantaciones de plátanos y después un bosque bastante denso, para acabar llegando a un claro místico donde un gigantesco menhir central, tallado por sus lados hasta acabar en punta, como un obelisco, sobresale derecho de la tierra. Está rodeado por un grupo de menhires más pequeños, algunos caídos, algunos todavía en pie y alrededor de ellos un número inmenso de otras piedras trabajadas, muchas con patrones de cúpulas tallados en ellas muy similares a las cúpulas de Karahan Tepe, en Turquía.

Tugu Gede ha sido objeto de algunas excavaciones someras; pero no parece haber un consenso claro respecto a su antigüedad. Se acepta que los megalitos son prehistóricos —«miles de años de antigüedad», pero nadie parece saber exactamente cuántos son esos millares—; pero también hay estratos de ocupaciones posteriores, que han proporcionado cerámica y artefactos de solo unos pocos cientos de años de antigüedad; además, el lugar se encuentra cerca de (y se ve afectado por) asentamientos humanos actuales. Uno de los hallazgos más anómalos es una pequeña estatua. Sin una base demasiado firme, los arqueólogos suponen que es una representación del dios hindú Shiva; pero no presenta ningún parecido con ninguna imagen de Shiva que yo haya visto, y —al menos para mí— se

parece mucho más a una figura egipcia antigua crudamente trabajada con las manos cruzadas y su característico tocado.

La corriente principal de la arqueología no cree que los antiguos egipcios hayan podido alcanzar Indonesia, de modo que esta posibilidad nunca se ha considerado. No obstante, hay pruebas convincentes de que desde Egipto partieron en época faraónica viajes oceánicos de larga distancia; por ejemplo, la presencia en nueve momias fechadas entre el 1070 a. C. y el 395 d. C. de cocaína y tabaco, ambas plantas indígenas norteamericanas que no se pensaba hubieran estado presentes en el Viejo Mundo antes de la época de Colón[992].

Los hallazgos de S. Balabanova, F. Parsche y W. Pirsig han sido puestos en duda por otros investigadores, que consideran los viajes marítimos a larga distancia de los antiguos egipcios *a priori* imposibles. Según el egiptólogo John Baines, por ejemplo: «La idea de que los egipcios deben haber viajado a América es un completo absurdo […] y tampoco conozco a nadie que pierda su tiempo investigando esas cuestiones, porque no se consideran áreas que tengan ninguna relevancia para el tema»[993]. No obstante, tal y como yo lo veo, este comentario de Baines es más indicativo de un problema muy arraigado en el seno de la egiptología, también de la arqueología en general, que de un problema en los hallazgos factuales de Balabanova *et al.* La arqueología está demasiado constreñida por un rígido marco de referencia sobre lo que es posible y lo que no, y tiende a ignorar, dar de lado o ridiculizar las evidencias que desafían ese marco de referencia. Esto es igualmente cierto respecto a la posibilidad de una civilización perdida de la Edad del Hielo, que es desdeñada sobre bases poco sólidas que van poco más allá de considerarla *a priori* imposible.

Mientras tanto, dado que la validez de los hallazgos de Balabanova ha sido vindicada posteriormente[994] y, por lo tanto, debemos asumir que los antiguos egipcios sí realizaron viajes tan lejanos como a las Américas, no veo motivos de peso para ignorar la posibilidad de que también hicieran viajes en la otra dirección, hacia el este, hacia Indonesia y más allá. De hecho, antiguas inscripciones jeroglíficas han sido encontradas en un lugar cercano a la ciudad de Gosford, al norte de Sídney, en el este de Australia. He tenido la oportunidad de estudiar estos glifos personalmente y no estoy

de acuerdo con la opinión general de que pueden descartarse fácilmente como una falsificación del siglo xx. Antes al contrario, un reciente desciframiento (octubre de 2014) de los glifos por los expertos en jeroglíficos Mohamed Ibrahim y Yousef Adb el Hakim Awyan llegó a la conclusión de que:

> *No solo los jeroglíficos de Gosford son legítimos, sino que los escribas utilizaron con exactitud varios jeroglíficos y variaciones gramaticales antiguas que, esencialmente, ni siquiera estuvieron documentados en textos jeroglíficos hasta el año 2012, con lo cual refutaron de inmediato las largo tiempo existentes teorías de la «falsificación». El estilo específico de los jeroglíficos también proporciona un marco temporal lingüístico que sitúa la presencia egipcia en Australia al menos hace 2.500 años, mientras que el texto traducido es tan detallado que identifica a los antiguos escribas por nombre y ocupación*[995].

No estoy afirmando que el caso haya quedado decidido ya; es posible, o no, que los jeroglíficos de Gosford sean una falsificación; mucho trabajo resta por hacer para zanjar la cuestión. No obstante, lo que intento mostrar es que el uso de asunciones *a priori* por parte de los arqueólogos ortodoxos sobre lo que sucedió en el pasado como motivo para no realizar investigaciones de amplio alcance sobre lo que realmente sucedió en el pasado es mala erudición. Desde mi punto de vista, por lo tanto, en vez de sencillamente descartar la posibilidad de que los antiguos egipcios pudieran haber llegado o no a las Américas, y también a Indonesia y Australia, deberíamos preguntarnos por qué, y durante qué período de tiempo, podrían haber realizado tal viaje. En concreto, me pregunto si es posible que la tradición de una tierra ancestral de los dioses hundida bajo las aguas en algún punto del este que con tanta insistencia se expresa en los textos de la construcción de Edfu puede estar conectada con este misterio.

En concreto, ¿podría ser Indonesia, en tiempos parte del continente del sureste asiático y rota en más de 13.000 islas por una cataclísmica elevación del nivel del mar a finales de la Edad del Hielo —quizá sobre todo Java, con sus 45 volcanes activos—, haber estado asociada en el pensamiento egipcio con la «isla de fuego», que R. T. Rundle Clark describe como «la mística tierra de origen más allá del horizonte»?[996].

La misma «isla de fuego» desde donde el fénix llevó la *hike*, esencia mágica, hasta Heliópolis, el simbólico centro y ombligo del mundo, como vimos en el capítulo 11[997].

La isla de fuego con la que Thot está asociado directamente[998] y donde Thot, el Sabio, el señor de la Sabiduría, «hizo santuarios para los dioses»[999].

El peso muerto de la arqueología ortodoxa

El tramo final de nuestro viaje por Indonesia nos lleva de regreso a Gunung Padang, la misteriosa pirámide, durante mucho tiempo considerada una colina natural, sobre la cual los decididos esfuerzos del geólogo Danny Natawidjaja han llamado la atención del mundo. No la describiré de nuevo, puesto que ya lo hice en el capítulo 2.

Ya hemos visto que el yacimiento megalítico de basalto columnar visible en las terrazas superiores de Gunung Padang es, simplemente, el último episodio de su larga historia y cómo Danny y su equipo han utilizado tomografía sísmica, georradar y otras técnicas de detección remota para mostrar que las estructuras humanas continúan decenas de metros bajo el suelo. Testigos tomados en esas estructuras enterradas han proporcionado fechas de radiocarbono todavía más antiguas, que se remontan hasta más de 22.000 años atrás; antes del final de la última Edad del Hielo, cuando se supone que nuestros antepasados (de acuerdo al modelo arqueológico ortodoxo) no eran más que primitivos cazadores-recolectores, incapaces de construcciones a gran escala ni de logros ingenieriles. Curiosamente, como también mencioné en el capítulo 2, el equipo de detección remota señaló la presencia, muy adentro de la pirámide, de lo que parecen ser tres cámaras escondidas, de forma tan rectilínea que lo más probable es que no sean

naturales. La mayor de ellas se encuentra a una profundidad de entre 21,3 y 27,4 metros y mide aproximadamente 5,5 metros de alto, 13,7 metros de largo y 9,1 metros de ancho[1000].

Durante nuestra visita a Gunung Padang a principios de junio de 2014, las excavaciones continuaban paradas por las objeciones de los arqueólogos; pero en agosto, tras la decisiva intervención del presidente indonesio, Bambang Yudhoyono, Danny y su equipo pudieron al fin realizar una corta campaña. Desgraciadamente, los trabajos se interrumpieron poco después, en octubre de 2014, cuando tras terminar su segundo mandato el presidente Yudhoyono dejó el cargo. Hasta el momento, su sucesor, el presidente Joko Widodo, no ha mostrado el mismo nivel de interés ni entusiasmo por el proyecto, quizá debido a las objeciones de Desril Shanti, jefa del Centro Arqueológico de Bandung, quien lanzó un ataque público contra las excavaciones en Gunung Padang a finales de septiembre de 2014, quejándose de que no seguían los métodos estándar que se suelen aplicar en los proyectos arqueológicos. «Todavía tengo que ir al yacimiento —dijo—, pero puedo juzgarlo a partir de las fotografías. Una excavación arqueológica con método no debería haberse realizado así»[1001]. También objetó que se hubieran destinado fondos a los trabajos. Fondos, consideraba ella, que deberían haber sido destinados a su propio departamento[1002].

Como el lector recordará del capítulo 2, a comienzos de octubre de 2014 Danny me escribió entusiasmado lo que sigue:

> *El progreso de la investigación ha sido grande. En las pasadas dos semanas hemos excavado tres puntos más justo en el yacimiento megalítico, que nos dan más evidencias y detalles sobre las estructuras enterradas. Al excavar, hemos descubierto un montón de artefactos de piedra. La existencia de la estructura con forma de pirámide bajo el yacimiento megalítico es ahora muy clara; incluso para los no especialistas, no es demasiado difícil de comprender si vienen a verlo por sí mismos. Hemos encontrado un salón abierto de algún tipo a entre 5 y 7 metros de profundidad; no obstante, todavía no hemos alcanzado la cámara principal. Ahora estamos horadando hacia la supuesta localización (basada en geofísica de superficie) de la cámara en medio del yacimiento megalítico*[1003].

Pocos días después de que Danny me enviara este correo electrónico, la presidencia cambió de manos y la toma de testigos se detuvo. No obstante, la primera y corta campaña produjo importantes resultados. Como Danny me confirmó en su correspondencia conmigo, incluso el relativamente joven estrato que tuvieron tiempo de excavar —el segundo estrato artificial de roca columnar por debajo del yacimiento megalítico visible en la superficie— proporcionó una fechas de radiocarbono del 5200 a. C. (es decir, hace 7.200 años, cerca de 3.000 años más antiguas que la fecha ortodoxa para las pirámides de Egipto) y hay firmes indicios, gracias a la exploración remota y los testigos, de estratos mucho más antiguos por debajo[1004]. En resumen, ahora resulta evidente para todos que Gunung Padang es muchísimo más antiguo que esos 3.000 años en los que los arqueólogos llevan insistiendo décadas. De modo que incluso los más hostiles de entre ellos habían comenzado a modificar su valoración del yacimiento y a referirse a él como «una gigantesca tumba aterrazada que formaba parte de la cultura megalítica del archipiélago»[1005].

Permanecí en contacto con Danny mientras redactaba el libro. El 14 de enero de 2015 me mandó un correo electrónico con la decepcionante noticia de que no se habían autorizado nuevos trabajos de campo. «Seguimos esperando a que el nuevo Gobierno tome una decisión sobre la continuidad del equipo nacional en Gunung Padang», me escribió. Añadía que estaba preocupado por las construcciones realizadas en el yacimiento mientras tanto «por Obras Públicas, el Departamento de Turismo y otros […]. Se están realizando sin un plan/diseño claro ni consultar con nosotros, de modo que están destruyendo el yacimiento». No obstante, seguía siendo optimista sobre que a no mucho tardar él y su equipo recibirían el permiso para continuar sus excavaciones. De ser así, «a finales de 2015 espero saber más del segundo estrato (las construcciones de 7.000 años de antigüedad) y comenzar a comprender el tercer estrato (de hace más de 10.000 años atrás)»[1006].

El 10 de marzo de 2015 volví a tener noticias de Danny. Desgraciadamente, solo podía informarme de que desde su correo del 14 de enero no se había producido ningún avance:

> *El nuevo ministro de Cultura no ha activado todavía el equipo nacional. Seguimos aguardando, con la esperanza de que el nuevo ministro tenga una buena predisposición respecto a la investigación en Gunung Padang*[1007].

El tiempo dirá, pero los auspicios no parecen buenos y, mientras Los magos de los *dioses* va a imprenta, me temo que el peso muerto de la arqueología ortodoxa haya prevalecido de nuevo, en lo que parece una estrategia deliberada para impedirnos saber la verdad sobre nuestro pasado. En Gunung Padang, bajo los estratos fechados aproximadamente hace entre 7.000 y 10.000 años atrás, hay estratos más antiguos todavía de edificaciones humanas. Estos estratos, todavía sin excavar, todavía sin explorar, identificados solo por testigos de tierra y equipo de detección remota, se remontan a antes del cataclísmico episodio del Dryas Reciente (hace entre 12.800 y 11.600 años atrás) y penetran profundamente en la

última Edad del Hielo, cuando la civilización perdida todavía era próspera; una civilización perdida que solo conocemos por mitos y tradiciones, y por las obras de sus supervivientes mientras intentaban recrear «el antiguo mundo de los dioses».

Indonesia tiene que encontrarse entre los candidatos más verosímiles de todo el planeta para ser la tierra ancestral en la que esa civilización pudo haber evolucionado y llegado a la madurez. Algo al respecto de lo cual varios investigadores serios, entre ellos Danny Natawidjaja y el profesor Arysio Santos, han presentado evidencias de que Platón ha sido mal comprendido en cuanto al emplazamiento de la Atlántida en el océano Atlántico[1008]. Todas las claves, sostienen, apuntan realmente al este y sitúan la civilización perdida entre los océanos Índico y Pacífico; es decir, en el punto exacto que antaño ocupara el hundido continente de la Edad del Hielo de Sondalandia, del cual las islas indonesias son los restos que sobreviven. La corriente principal de la arqueología sigue por completo opuesta a la noción de *cualquier* civilización perdida *con el nombre que sea*, sin importar que se diga esté localizada en el este o el oeste. No obstante, soy de la opinión de que ya hay bastantes «rarezas destacadas» de la Antigüedad en torno a Indonesia como para poner en cuestión ese modo de pensar. Unos pocos ejemplos:

- Ya he mencionado al *Homo floresiensis*, el «hobbit», muy posiblemente una especie humana por completo diferente a la nuestra[1009] que sobrevivió durante decenas de millares de años después de que nuestros otros primos en la evolución, los neandertales y los denisovanos, hubieran desaparecido de la Tierra. Resulta intrigante que la fecha de extinción del *Homo floresiensis* parezca encontrarse hace unos 12.000 años[1010]; exactamente dentro del apocalíptico marco temporal del Dryas Reciente.
- En su número del 8 de octubre de 2014, la prestigiosa revista académica *Nature* informaba, con tono de sorpresa, que elaboradas y sofisticadas pinturas rupestres habían sido encontradas en la isla indonesia de Sulawesi con una edad mínima de 39.000 años, haciendo de esta manifestación artística una tan antigua, o más, que cualquiera comparable encontrada en Europa, considerada

previamente el hogar exclusivo de un comportamiento simbólico avanzado de tanta antigüedad[1011].

- Y de nuevo fue *Nature*, en el número del 12 de febrero de 2015, quien informó del descubrimiento en Java de grabados geométricos «interpretados generalmente como indicadores de cognición y comportamiento modernos» y, sin embargo, fechados hace medio millón de años; lo que significa 300.000 años más antiguo que la supuesta primera aparición de humanos anatómicamente modernos en nuestro planeta[1012].

Si evidencias como estas, que reescriben la historia humana, han permanecido sin descubrir en Indonesia hasta fechas tan recientes, ¿cuánto más permanece aún sin descubrir y por qué el siguiente golpe de pala de los arqueólogos no va a poder descubrir una civilización hasta entonces desconocida? Debido a la vasta pérdida de territorio sufrida por toda la región como resultado de una elevación de más de 100 metros del nivel del mar a finales de la Edad del Hielo, todo es posible. Por eso Gunung Padang es tan importante. Y lo más importante de todo, quizá, sea la inmensa cámara identificada por el georradar y otras técnicas de detección remota que descansa en el seno de la pirámide, a entre 21 y 27 metros de profundidad.

¿Es la Cámara de los Registros de la civilización perdida?

Una vez más, solo el tiempo lo dirá…

Montañas de fuego y cenizas

Gunung Padang no fue, ni mucho menos, el final de nuestro viaje de investigación de junio de 2014. Tras volver a explorar este sorprendente yacimiento, absorbiendo su antigua, añeja y ligeramente desconcertante atmósfera, y comprender de nuevo, incluso más claramente que antes, por qué sigue siendo conocida hoy día como la Montaña de Luz por los lugareños, que la quieren y reverencian, Santha y yo viajamos de regreso a Bandung, la capital regional. Desde allí, a la mañana siguiente cogemos el tren para un viaje de siete horas hasta Yogyarkarta, en Java Central, donde

pensamos pasar unos pocos días entorno al legendario templo budista de Borobudur.

El viaje en tren es… encantador y las interminables vistas que ofrece de arrozales y montañas y árboles verdes resplandecientes de vida por todas partes, y de personas amistosas y atareadas, son una delicia. Ya es de noche cuando llegamos a Yogyakarta, pero a la mañana siguiente estamos de pie a las 4 de la madrugada para ir en coche hasta Punthuk Setumbu, la ladera de una montaña que domina el valle donde se encuentra Borobudur. El aire no es frío —nunca hace mucho frío aquí—, pero sí fresco y hay una gran negrura debajo de nosotros… negrura expectante, pues es donde se encuentra Borobudur y dentro de poco estará iluminada por el sol.

Pero este se alza despacio, mientras la luz se filtra por el cielo, iluminando gradualmente la densamente forestada ladera de la montaña y el valle de debajo, mostrándonos las distantes laderas de los elevados volcanes gemelos que también dominan Borobudur: el monte Merapi (literalmente «montaña de fuego»), que sigue activo, y el monte Merbabu («montaña de ceniza»), que está inactivo. En torno a las cinco de la mañana el denso bosque que alfombra el fondo del valle comienza a ser visible, si bien cubierto por unas nubes bajas; poco después un golpe de viento revuelve la niebla, ofreciéndonos una imagen de la gigantesca y serrada forma piramidal de Borobudur, coronada por una alta estepa que parece llegar al firmamento, un eje cósmico que atraviesa el ombligo de la tierra para conectar el cielo y el inframundo. Mientras el sol sigue elevándose, la niebla se retuerce y expande, enroscándose entre los árboles, acumulándose en las partes más profundas del valle; pero, por encima, Borobudur aparece despejado, como alguna isla mítica del amanecer del tiempo.

Tras esta tentadora invitación, estamos impacientes por visitarlo; pero hoy tenemos otros planes y vamos en coche a Yogyakarta, dirigiéndonos primero a Ciudad Surakata (cuyos residentes generalmente la llaman Solo) y luego todavía más al este, hasta el monte Lawu, otro gigantesco volcán inactivo. Toda Java, parece, descansa a horcajadas sobre estos gigantes dormidos, cuyas deyecciones bendijeron en el pasado a la isla al proporcionarle nutrientes esenciales y haciendo que su suelo sea increíblemente verde, fértil y productivo.

Recorremos el retorcido camino de las escapadas laderas de Lawu por entremedias de brillantes plantaciones de té, hasta que una altitud de 910 metros, con la cima del volcán elevándose todavía a 2.000 metros por encima de nosotros, alcanzamos la pequeña aldea donde Danny Natawidjaja nos ha recomendado que vayamos a echar un vistazo a Candi Sukuh, un templo pequeño bastante extraño y misterioso. «Da la impresión de estar fuera de lugar en Indonesia —nos dijo—. Se parece más a una pirámide escalonada maya».

Resulta que es por completo cierto. Sukuh, si bien más pequeño, es sorprendentemente similar en su aspecto general a la pirámide escalonada de Kukulkán/Quetzalcóatl en Chichén Itzá, en el Yucatán. Sukuh fue construida en el siglo xv, justo antes de la conversión de Indonesia del hinduismo y el budismo al islam. Sin embargo, los motivos de su construcción o de su característico e inusual estilo para Indonesia siguen siendo un misterio para los especialistas. Se piensa que, en su aspecto actual —pues su interior alberga una estructura más antigua—, la pirámide de Kukulkán fue construida entre los siglos ix y xii. Miles de kilómetros y cientos de años separan, por tanto, las dos estructuras y la posibilidad de alguna influencia directa de la una sobre la otra es escasa. Mientras exploro Sukuh, sin embargo —y posee un aire místico realzado por una niebla de tarde que engalana toda la ladera de la montaña— me doy cuenta de que estoy pensando si las similitudes son puro accidente, o si pueden explicarse por la influencia en ambas regiones de la misma fuente remotamente antigua.

La señal

Ciertamente, esa influencia está presente en Borobudur, un templo-pirámide formado por 1,6 millones de sillares de andesita volcánica[1013], construido a lo largo de cincuenta años, desde el último cuarto del siglo viii hasta el primer cuarto del siglo xi d. C.[1014] No hay inscripción dedicatoria y, de hecho, casi ninguna inscripción de ningún tipo[1015]. No obstante, es indudable que se trata de un monumento budista; un hecho del que uno puede difícilmente dudar, pues sus hectáreas de relieves exquisitamente

bellos están dedicados en su mayor parte a historias de la vida de Buda. Dentro del pensamiento budista, ha de ser considerado como:

> *Una montaña cósmica, una réplica sagrada del universo diseñada para conducir al peregrino a la consecución de la iluminación plena, sambodhi, mediante la cual un bodhisattva se convierte en un buda; el objetivo final del budismo […]. El devoto sigue un camino hasta la cima de la montaña, manteniendo el hombro derecho apuntado hacia el monumento. Subsiguientemente, su camino lo conduce junto a las […] muchas galerías que muestran paneles de piedra con escenas en relieve cuyo carácter budista ha quedado claro y las cuales se ha reconocido presentan los antiguos textos budistas*[1016].

En este recorrido en el sentido de las agujas del reloj, mientras vas subiendo gradualmente desde la tierra al cielo, pasas ante 504 estatuas de Buda de tamaño natural, de las cuales 432 se encuentran en las terrazas escalonadas cuadradas y las otras 72 en las tres terrazas circulares de la cima que rodean la gran estupa central. Además, cálculos del camino correcto del peregrino por entre las cuatro galerías de bajorrelieves han demostrado que la dirección del camino:

> *Así como el número de veces que cada galería ha de ser recorrida está determinado por los bajorrelieves de cada uno de los lados de la misma. Para «leer» toda la colección en su orden correcto, los fieles están obligados a completar un total de diez vueltas en torno a las galerías siguiendo la dirección de las agujas del relej. Al hacerlo, cada fiel pasa junto a una imagen de Buda otras 2.160 veces antes de alcanzar la entrada a la cima…*[1017]

El lector se dará cuenta enseguida, como hice yo cuando llevé a cabo mi recorrido por Borobudur, que con esas cifras volvemos de nuevo al misteriosamente insistente y universal código numérico descrito en capítulos anteriores. Este código, como hemos visto, se basa en el fenómeno difícil de observar de la precesión de los equinoccios, que se desarrolla a razón de un grado cada 72 años y hace que el sol equinoccial sea alojado sucesivamente por cada constelación del zodíaco durante 2.160 años y fue utilizado para hacer de la Gran Pirámide de Guiza un modelo de nuestro planeta a escala 1:43.200.

Su presencia en Baalbek y en Göbekli Tepe, y ahora en Borobudur, así como en mitos y tradiciones de todo el mundo, solo puede ser explicada por una influencia común y remota manifestada en todos esos lugares y formas; esa «casi increíble» civilización identificada por Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, «la primera que se atrevió a comprender el mundo como creado de acuerdo a números, dimensiones y pesos»[1018].

Mi intuición me dice, como ya he sugerido en varios momentos a lo largo del libro, que la civilización perdida pretendía mandar una señal al futuro —de hecho, a nosotros, en el siglo xxi— y que la onda portadora de esta señal es el código precesional.

Dos sistemas diferentes se utilizaron para asegurar la supervivencia de la señal a lo largo del tiempo.

El primero fue incluirla en mitos y leyendas, así como en preceptos matemáticos y arquitectónicos que serían transmitidos y renovados una y otra vez por las diferentes culturas que los recibieron, ampliando de este modo la señal y permitiendo que permaneciera intacta durante miles de años. Incluso si aquellos por cuyas manos y mentes pasaba la señal ya no comprendían su significado, el peso de la tradición sagrada, envejecida por el paso del tiempo, se aseguraba de que continuaban transmitiéndola y que harían todo lo posible por mantenerla libre de interferencias.

El segundo fue que la señal se expresó físicamente en ciertos yacimientos megalíticos. Algunos ocultos a plena vista, como el complejo de Guiza, que culturas sucesivas continuaron trabajando y perfeccionando durante miles de años según el canon «divino». Otros fueron enterrados en el suelo; cápsulas del tiempo como Göbekli Tepe y, quizá, como la

misteriosa cámara muy por debajo de Gunung Padang, destinadas a ser descubiertas cuando el momento fuera el adecuado.

«Habrá monumentos conmemorativos poderosos de sus trabajos sobre la tierra —nos dice el sagrado sermón de Hermes—, que dejen tenues restos tras ellos cuando los ciclos se renueven»[1019].

Según G. R. S. Mead, el pionero de los estudios gnósticos y herméticos, estas líneas están pensadas para llevar nuestra atención hacia el pasado:

> *Hacia un tiempo en el que una raza poderosa, dedicada a crecer en sabiduría, vivía sobre la tierra y dejó grandes monumentos de su sabiduría en las obras de sus manos, desvaídos restos de lo cual serían vistos en la «renovación de los tiempos»…*[1020]

Mead encuentra en ello un eco de la antigua convicción «de que hubo períodos alternos de destrucción por fuego y agua, y de renovación»[1021]:

> *En Egipto la creencia general […] era que la última destrucción había sido mediante el agua y la inundación. Antes de esta inundación […] hubo una poderosa raza de egipcios, la raza de los primeros Hermes […]. Algunos pálidos restos de las poderosas obras de esta pasada civilización amante de la sabiduría se pueden ver todavía…*[1022]

Y Mead añade, cosa a lo que pocos especialistas actuales se atreverían:

> *Yo, por mi parte, me siento fuertemente inclinado a creer esta tradición; y en ocasiones le he dado vueltas a la posibilidad de que, enterrados bajo una o más de las pirámides, estén los restos de algunos edificios prehistóricos que hayan sobrevivido al diluvio*[1023].

Hay más en los *Hermetica* relacionado con esta cuestión y, de forma bastante específica, un recordatorio de los Libros de Thot, de su creación

por el propio Thot-Hermes y de su propósito:

> *Porque lo que sabía, lo grabó sobre piedra; sin embargo, aunque los grabó en piedra los escondió mayormente, manteniendo seguro silencio en el habla, de que cada nueva generación de tiempo cósmico podría buscarlos*[1024].

Al depositar sus libros, el dios de la sabiduría pronunció las siguientes palabras, admitiendo al hacerlo su propio carácter perecedero y así, quizá, que no era un dios sino un ser humano mortal:

> *Vosotros, libros sagrados, los cuales han sido escritos por mis perecederas manos, pero han sido ungidos con la droga de la perennidad […] permaneced ocultos y sin descubrir para todos los hombres que irán y pasarán por las llanuras de esta tierra, hasta el tiempo cuando el cielo, habiéndose vuelto anciano, deba engendrar organismos merecedores de vosotros…*[1025]

Mead no proporciona explicación de esa extraña palabra «organismos» —en ocasiones traducida también como «instrumentos»—, pero en su edición de los *Hermetica*, sir Walter Scott sí lo hace. Dice que significa que «tras largo tiempo nacerán hombres que serán dignos de leer los libros de Hermes»[1026].

¿Ha llegado ese momento?

¿Somos dignos, al fin, de leer esos «libros» de sabiduría perdida escondida antes del diluvio?

Y, de ser así, ¿qué podrían decir?

Octava parte

CONCLUSIÓN

Capítulo 19

¿LA SIGUIENTE CIVILIZACIÓN PERDIDA?

Más de dos mil mitos de diluvio llegados hasta nosotros del remoto pasado son inquietantemente consistentes en muchos puntos, y en uno en concreto: el cataclismo no fue un accidente casual, se nos dice; lo provocamos nosotros con nuestro comportamiento.

Nuestra arrogancia y crueldad hacia los demás, nuestras disputas y la maldad de nuestros corazones enfadaron a los dioses. Dejamos de alimentar el espíritu. Dejamos de amar y cuidar la tierra y dejamos de considerar el universo con temor reverencial y maravilla. Deslumbrados por nuestro propio éxito, olvidamos cómo llevar nuestra prosperidad con moderación.

Así sucedió, nos dice Platón, con los antaño generosos y buenos ciudadanos de la Atlántida, que en épocas anteriores poseían «una cierta grandeza de mente y trataron a los caprichos de la fortuna y el uno al otro con sabiduría y paciencia», pero que terminaron hinchados de arrollador orgullo por sus propios logros y cayeron en un extremo materialismo, avaricia y violencia:

> *Para el ojo perceptivo, la profundidad de su degeneración era evidente, pero para aquellos cuyo juicio de la verdadera felicidad es defectuoso parecían, en su búsqueda de la desenfrenada ambición y poder, encontrarse en lo más alto de su fama y fortuna*[1027].

¿No resulta evidente que si alguna vez ha habido alguna civilización que reúna todos los criterios mitológicos de la siguiente civilización perdida —una civilización que cumpla *todos* los requisitos— es la nuestra? Nuestra

contaminación y abandono del majestuoso jardín de la Tierra, nuestra violación de sus recursos, nuestro abuso de los océanos y las selvas, nuestro miedo, odio y sospecha de los demás multiplicados por un centenar de amargos conflictos regionales y sectarios, nuestra consistente plusmarca de permanecer inactivos y no hacer nada mientras millones sufren, nuestro racismo ignorante y estrecho de miras, nuestras religiones exclusivistas, nuestra falta de memoria para con nuestros hermanos, nuestro belicoso chauvinismo, las espantosas crueldades que nos permitimos en nombre de la patria, la fe o, sencillamente, la codicia, nuestra producción y consumo, obsesivos y competitivos e impulsados por el ego de bienes materiales, y la creciente convicción de muchos, alentada por los triunfos de la ciencia material, de que la materia es todo lo que hay —de que no hay nada como el espíritu, de que solo somos un accidente de la química y la biología—, todas esas cosas, y muchas más, en términos mitológicos al menos, no pintan nada bien para nosotros.

Mientras tanto, nos hemos dotado de una tecnología tan avanzada que casi parece magia, aunque la utilicemos a diario en nuestras vidas. Ordenadores, internet, aviones, televisión, telecomunicaciones, exploración espacial, ingeniería genética, armas nucleares, nanotecnología, cirugía de trasplantes… La lista no se acaba nunca y, sin embargo, muy pocos de nosotros somos capaces de comprender algo más que una diminuta fracción de cómo funciona, y, mientras esta prolifera, el espíritu humano se marchita y nos enfrascamos en «todo tipo de descabellados crímenes, guerras y robos y fraudes, y todas las cosas hostiles a la naturaleza y el alma»[1028].

Supongamos por un momento que un cataclismo nos estuviera rondando; un cataclismo tan vasto que nuestra compleja, interconectada y muy especializada civilización tecnológica se colapsara; un colapso absoluto más allá de cualquier posibilidad de redención. Si semejante cosa tuviera lugar, es probable que las gentes más humildes y marginalizadas que habitan hoy en nuestro mundo —los cazadores-recolectores de la jungla del Amazonas y el desierto del Kalahari, por ejemplo, que están acostumbrados a funcionar con muy poco y cuyas habilidades de supervivencia son ejemplares— sean las que tengan más posibilidades de superarlo y, por lo

tanto, de continuar con la historia de la humanidad en la época poscataclismo.

¿Cómo nos recordarán sus descendientes dentro de mil, de diez mil años? ¿Cómo será transformado en mito o se convertirá en tradición algo que consideramos normal, como nuestra capacidad para recibir noticias en la televisión las 24 horas del día y de ver y escuchar imágenes de todas partes del mundo, incluso desde el espacio? Al pensar en nosotros, ¿no podrían decir, como se decía de «los antepasados» en el *Popol Vuh*, el libro sagrados de los antiguos mayas quiche?:

> *Estaban dotados de inteligencia; miraban y de inmediato podían ver lejos, tuvieron éxito en ver, tuvieron éxito en conocer todo lo que había en el mundo. Cuando miraban, instantáneamente veían todo lo que había alrededor de ellos, y contemplaban por turnos el arco del cielo y la redonda cara de la Tierra. Las cosas ocultas en la distancia las veían sin necesidad de tener primero que desplazarse; de inmediato vieron el mundo, y así, también, desde donde estaban, lo vieron. Grande era su sabiduría; su vista alcanzaba los bosques, los lagos, los mares, las montañas y los valles*[1029].

Sin embargo, junto con tantos otros recuerdos que parecen retornar a una avanzada civilización de antigüedad prehistórica, sabemos que a su debido tiempo los «antepasados» se volvieron arrogantes y orgullosos y excedieron sus límites, de tal modo que los dioses preguntaron: «¿Acaso por ventura serán los iguales a nosotros, sus hacedores? Comprobemos un poco sus deseos, pues no es bueno lo que vemos»[1030]. El castigo vino rápidamente:

> *El corazón del cielo sopló niebla a sus ojos, lo cual enturbió su vista como cuando se respira sobre un espejo. Sus ojos quedaron cubiertos y solo podían ver lo que estaba cerca, solo eso estaba claro para ellos. De este modo, toda la sabiduría y todo el conocimiento de [los antepasados] quedaron destruidos*[1031].

Resulta interesante destacar el mecanismo utilizado por los dioses para mantener a nuestros antepasados en su sitio, según lo describe el *Popol Vuh*:

> *Una inundación fue traída por el corazón del cielo […]. Una pesada resina cayó del cielo […]. La cara de la tierra quedó oscurecida y lluvia negra calló durante el día y la noche […]*[1032]*. Las caras del Sol y la Luna quedaron cubiertas […]*[1033]*. Hubo mucho granizo, lluvia negra y frío indescriptible…*[1034]

Todos estos fenómenos reflejan de forma muy precisa la compleja naturaleza del cataclismo que afectó la Tierra hace 12.800 años al comienzo de la época fría del Dryas Reciente, cuando, como ya hemos visto a partir de la gran cantidad de evidencias presentadas en la parte ii, muchos científicos tienen ahora la seguridad de que la Tierra fue golpeada por varios fragmentos grandes de un cometa gigante que se desintegraba.

Soy de la opinión, de hecho es el motivo por el cual he escrito este libro, de que tenemos que prestar atención a dichos relatos y a los detalles universales que los unen, ya nos lleguen desde México, desde Perú, desde la isla de Pascua, desde Mesopotamia, desde el antiguo Egipto, desde la antigua Canaán o desde Turquía. Resulta intrigante, por ejemplo, contra el telón de fondo de la inundación y el cataclismo que describe, que el *Popol Vuh* haga mención a «hombres-pez»[1035], exactamente como los *apkallu* de Mesopotamia («que tenían todo el cuerpo de un pez, pero por debajo unida a la cabeza del pez había otra cabeza, humana, y unidos a la cola del pez, pies como los de un hombre)[1036]. Exactamente igual que los *apkallu*, esos

hombres-pez mencionados en las tradiciones de los antiguos mayas que poseían poderes mágicos e "hicieron muchos milagros"[1037].

Por lo tanto, quizá no resulte sorprendente que Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, el traedor de civilización, que en el *Popol Vuh* aparece con el nombre de Gucumatz[1038], se encuentre representado, como vimos en el capítulo 1, en una antigua imagen de La Venta, en el golfo de México, sujetando exactamente el mismo tipo de bolsa o cubo que sujetan los *apkallu* en los relieves mesopotámicos y que también aparece en el pilar 43 de Göbekli Tepe, en Turquía. La Venta es uno de los centros de la misteriosa y temprana civilización olmeca, que dejaron detrás esculturas de hombres barbados con rasgos que no se parecen en absoluto a los de los nativos americanos, sino a las figuras barbadas que aparecen en los relieves mesopotámicos de los *apkallu* y en las estatuas de Kon-Tiki Viracocha en Tiahuanaco, en Bolivia; lo que de nuevo sugiere un simbolismo universal asociado a un grupo de individuos que quisieron diseminar los presentes de la civilización por todo el mundo. Además, está ampliamente reconocido que la extraordinaria ciencia astronómica por la que son famosos los mayas formaba parte de un corpus de conocimientos avanzados más amplio que les fue transmitido por los olmecas, y que el propio calendario maya probablemente se comprenda mejor como uno de esos legados olmecas.

Como vimos en el capítulo 15, un gran ciclo del calendario maya terminó el 21 de diciembre de 2012. Una fecha final calculada para señalar la conjunción, una vez cada 26.000 años, del sol del solsticio de invierno y el centro de la Vía Láctea; una conjunción que, debido al diámetro del Sol y las limitaciones de la astronomía sin instrumentos, no es un punto tan preciso en el tiempo, sino un período de 80 años entre los años 1960 y 2040. También vimos cómo el pilar 43 de Göbekli Tepe utiliza simbolismo solar y de constelaciones para representar exactamente el mismo período, dentro del cual, como cualquier programa de astronomía confirmará, sigue transitando hoy el Sol del solsticio de invierno.

Mi intuición es que ambos utensilios, el calendario maya y el pilar de Göbekli Tepe, son un intento de utilizar el código precesional para enviar un mensaje al futuro. También veo los rasgos de ese mensaje en el inmenso geoglifo astronómico formado por las pirámides y la Esfinge de Guiza.

Utilizando el mismo código, y su relación con las constelaciones de Orión y Leo, estos monumentos llaman nuestra atención hacia la época del Dryas Reciente, hace entre 12.800 y 11.600, y, mediante el simbolismo del regreso del fénix, hacia la época que cae medio ciclo precesional después, es decir, una vez más, nuestra propia época (véase el capítulo 11).

En este caso la selección del objetivo no es tan precisa como la conseguida por el pilar de Göbekli Tepe y el calendario maya; pero tampoco lo es la ciencia mediante la cual los impactos que desencadenaron el Dryas Reciente son fechados hace 12.800 años. Los resultados de las evidencias del carbono-14 en las cuales los científicos basan su cronología significan que se ha de permitir una tolerancia de más/menos 150 años. En otras palabras, el cometa del Dryas Reciente —por comodidad déjenme referirme a él como «el Fénix»— pudo haber golpeado la Tierra tan temprano como hace 12.650 años (es decir, en el 10635 a. C., puesto que estoy escribiendo en 2015) o tan tardía como hace 12.950 años (es decir, en el 10935 a. C.).

Teniendo en cuenta que la mitad de un ciclo precesional son 12.960 años (o 12.954 años en los peculiarmente exactos cálculos del retorno del Fénix mencionadas por Solino)[1039], se nos está invitando a considerar un período que empieza justo dentro de diez años desde el momento en que escribo estas páginas, es decir, en torno al 2025 d. C., y que no se puede considerar que haya pasado hasta el 2325 d. C.; es decir, hasta que hayan transcurrido completos 12.960 años tras la última fecha posible para los impactos del Fénix. El calendario maya y el pilar 43 de Göbekli Tepe, sin embargo, afinan los cálculos, como hemos visto. Si comprendo el mensaje correctamente, ahora estamos en la zona de peligro y seguiremos en ella hasta 2040. Me recuerda la tradición ojibwa citada en el capítulo 3:

> *La estrella con la larga y ancha cola va a destruir el mundo algún día cuando baje de nuevo. Ese es el cometa llamado Estrella Celeste Creciente de Larga Cola. Bajó aquí una vez, miles de años atrás. Como el Sol. Tenía radiación y calor quemante en su cola.*
>
> *El cometa lo quemó todo. No quedó nada. La gente india estaba aquí antes de que eso sucediera, viviendo sobre la tierra. Pero las cosas estaban mal; un montón de gente había abandonado el camino espiritual. El sagrado espíritu los avisó largo tiempo antes de que llegara el cometa. Los hombres medicina le dijeron a todo el mundo que se preparara. Las cosas estaban mal con la naturaleza en la tierra […]. Entonces ese cometa vino aquí. Tenía una larga y ancha cola y lo quemó todo. Voló tan bajo que la cola achicharró la tierra. El cometa creó un mundo diferente. Tras eso la supervivencia fue un trabajo duro. El clima era más frío que antes…*[1040]

¿Suena a alarmismo sugerir que el cometa recordado en este, y tantos otros mitos y tradiciones de todas las partes del globo, puede estar a punto de organizar su «gran retorno»?

¿Estoy leyendo demasiado en recónditos monumentos y calendarios antiguos y en el hecho de que por todas partes, universalmente, en todas las culturas, los cometas siempre hayan sido considerados con miedo y odio y como augurios de una muerte y destrucción inminentes?

No estoy seguro de cuál es la respuesta a esas preguntas. Desde mi punto de vista, como padre y abuelo preferiría mucho más que no hubiera tal peligro; pero, al mismo tiempo, si este existe, sería insensato esconder nuestras cabezas bajo el ala y pretender que no hay nada de lo que preocuparse y que no se necesita realizar ninguna acción. Por lo tanto, me veo obligado a señalar que los últimos descubrimientos de la ciencia a este respecto están en completo acuerdo con la antigua sabiduría.

Hay peligro.

La casa de la historia está construida sobre cimientos de arena

Nos encontramos en medio de un profundo cambio de paradigma referente a cómo vemos la evolución de la civilización humana. Ya vimos al final del capítulo 5 que los arqueólogos tenían la costumbre de considerar los impactos cósmicos, que supuestamente solo ocurren con intervalos de varios millones de años, en gran medida irrelevantes para los 200.000 años de historia de los humanos modernos. Cuando creíamos que el último gran impacto fue el del asteroide que mató a los dinosaurios, hace 65 millones de años, no tenía mucho sentido intentar relacionar de ningún modo accidentes cósmicos de una escala casi inimaginable con el limitado marco temporal de la «historia»; pero el escenario de pesadilla presentado por el grupo de científicos que hay tras la hipótesis del impacto del Dryas Reciente —concretamente que hace 12.800 años atrás tuvo lugar, ante nuestras narices históricas, un acontecimiento gigantesco, capaz de sacudir la tierra y causar extinciones—, la cual está sustentada por la masa de evidencias presentadas en la parte ii, lo cambia todo…[1041]

Lo primero y principal es que significa que la cronología enseñada como «hechos» en todos los colegios e instituciones de enseñanza superior, los lentos y penosos pasos desde el Paleolítico al Neolítico, el desarrollo de la agricultura, la aparición de las primeras ciudades, etc. —en pocas palabras, todas las conclusiones a las que ha llegado la arqueología sobre los orígenes de la civilización— descansan sobre unas bases falsas. Pues ¿con qué otra palabra sino «falsa» pueden describirse las bases del actual paradigma histórico, cuando sabemos que fueron creadas sin tener en cuenta el mayor cataclismo individual en golpear la Tierra desde la extinción de los dinosaurios? Además, este cataclismo tuvo lugar en un período muy concreto y cercano, el Dryas Reciente, hace entre 12.800 y 11.600 años, y vino seguido de inmediato por los primeros signos de la emergencia de la civilización en Göbekli Tepe (Turquía) y, poco después, en otros muchos puntos del globo.

Reconocer, como ahora hacen los arqueólogos, que todos esos experimentos de vida civilizada tuvieron lugar *después* del «punto y aparte»

del Dryas Reciente y, aun así, no tener en cuenta el gigantesco trauma y destrucción desencadenado por los impactos cósmicos que *causaron* el Dryas Reciente, es un verdadero fallo científico. No obstante, lo peor es que al mismo tiempo tampoco le dedican siquiera unos instantes a considerar la posibilidad de que capítulos cruciales de la historia humana —quizá incluso de una gran civilización de antigüedad prehistórica— puedan haber sido borrados de los registros humanos por esos impactos y las inundaciones, la lluvia bituminosa negra, el período de oscuridad y el indescriptible frío que siguió.

¿Si nuestra propia civilización tuviera que soportar una cascada semejante de impactos gigantes, sobreviviría? Todo indica que no podríamos, y por eso, en mi opinión, el creciente reconocimiento de la realidad del cometa del Dryas Reciente impone a los arqueólogos el deber de —*cuando menos*— dejar de despreciar la Atlántida y los demás rumores sobre una civilización perdida de la Edad del Hielo que nos han llegado desde el pasado. En vez de hacer todo lo que está en su mano por desestimar, menospreciar y ridiculizar los mitos, los monumentos anómalos y otros incitantes indicios, restos y claves de un gran episodio olvidado de la historia humana, la evidencia de los impactos del cometa hacia 12.800 años requiere que, por primera vez, se lleve a cabo una detallada investigación de estos misterios utilizando todos los recursos de la ciencia.

¿Planes secretos?

Una gran resistencia tendrá que vencerse para que semejante investigación pueda ser organizada… y por los mismos motivos que James Kennett, Allen West, Richard Firestone y otros investigadores de primera fila sobre los impactos del Dryas Reciente se han encontrado con la resistencia de sus colegas gradualistas y «uniformitarianistas». Como ha comentado Kennett, la hipótesis del impacto del Dryas Reciente desafía los paradigmas existentes en una amplia variedad de disciplinas; no solo la arqueología, sino también la paleontología, paleoceanografía, paleoclimatología y la dinámica de impactos[1042].

Resulta inevitable que cuando uno presenta nuevas evidencias que meten el dedo en tantas llagas diferentes se encuentre oposición. No obstante, las guerras de poder académicas son una cosa, mantenernos a todos en la oscuridad sobre un peligro real que amenaza el futuro de la humanidad, simplemente porque el reconocimiento de tal peligro requiere que algunos especialistas abandonen unas posiciones largo tiempo adoptadas, es otra muy distinta.

No obstante, eso es justamente lo que parece estar sucediendo en los ataques ideológicos, camuflados como críticas genuinas, que se han realizado al trabajo de Kennett. West, Firestone y otros; ataques que, como vimos en la parte ii, han sido repetida y ampliamente refutados; pero que se puede esperar continúen mientras el territorialismo corto de vista prevalezca en la ciencia sobre valoración racional de nuevas e inquietantes evidencias que, en el caso del cometa del Dryas Reciente, son por completo convincentes.

Y puede que haya más que una mera guerra de poder académica; de hecho, algo que se parece mucho más a una conspiración para ocultar verdades desagradables. Mientras investigaba para *Los magos de los dioses* intercambié varios correos electrónicos con Allen West, pues quería comprobar algunos datos y él es el miembro del equipo citado como autor con el que mantener correspondencia en la mayoría de los artículos científicos sobre el impacto del Dryas Reciente. Nuestra discusión se volvió muy amplia y en un momento dado escribió:

Creo que tu nuevo libro pondrá a disposición de una audiencia mucho mayor la hipótesis del cometa y esto es muy bueno para nuestro planeta, porque el tema del impacto no es solo interesante historia pasada. El impacto del Dryas Reciente fue devastador, pero otros mucho más pequeños pueden devastar una ciudad, una región o un país y son mucho más frecuentes de lo que admiten públicamente la NASA y la ESA [Agencia Europea del Espacio], si bien parece que se está tomando más conciencia de ello**[1043]**.

Aprovechando la cuestión de la aparentemente deliberada supresión de información sobre los impactos, y los del Dryas Reciente en particular, le mandé un correo electrónico a West que decía:

> *Tras haber visto el modo lamentable con el que los catastrofistas han sido tratados una y otra vez a lo largo de los años, supongo que no debería sorprenderme la concertada hostilidad de tus críticos, el modo en que retuercen las cosas y su constante pavoneo sobre el último «réquiem» de la teoría del cometa… ¡que acaba demostrando ser no un réquiem, sino mera propaganda, básicamente! Pero, aun así, no puedo evitar la sensación de que hay algo extraño en el modo en que tus críticos parecen ignorar deliberadamente evidencias cruciales presentadas por ti para generar titulares del tipo «estudio arroja dudas sobre el impacto que mató a los mamuts» o decir cosas como «para el yacimiento de Siria la teoría del impacto no funciona», cuando ¡sí que «funciona»!*
>
> *¿Es que desean con desesperación que el mundo sea un lugar seguro y predecible y que se cumpla su deseo eludiendo los hechos en sus artículos? ¿O es que hay algún otro tipo de motivaciones?*[1044]

La respuesta de West fue intrigante:

> *Eso es, ciertamente, un aspecto. Un crítico se me quejó diciendo: «Bueno, es que si tienes razón, ¡vamos a tener que rescribir los libros de texto!». Como si eso fuera algo malo […]. [Pero], curiosamente, algunos de nuestros críticos más virulentos están asociados a la NASA y al Gobierno. Un empleado de la NASA me dijo que esta actitud de oposición a la amenaza de los impactos está arraigada en la NASA y que solo ahora está empezando a cambiar. Cuando décadas atrás se hizo evidente para la NASA que los asteroides y cometas son una amenaza seria, altos funcionarios del Gobierno dieron instrucciones a sus empleados de que minimizaran el riesgo. El Gobierno estaba preocupado ante la posibilidad de que la población entrara en «pánico» por las rocas del espacio y exigiera acciones, cuando la NASA no podía hacer nada al respecto y no quería admitirlo. Además, intentar mitigar los peligros de cualquier impacto habría utilizado unos fondos que se querían utilizar para otra cosa*[1045].

El viajero oscuro

Ya hace mucho, en 1990, antes de que se hubiera descubierto ninguna evidencia física o geológica de los impactos del cometa del Dryas Reciente, el astrofísico Victor Clube y el astrónomo Bill Napier avisaban contra la opinión

> *de que las amenazas del cosmos son un inofensivo telón de fondo para los asuntos humanos, un punto de vista que el mundo académico ahora considera a menudo que es su obligación apoyar y al cual la Iglesia y el Estado están encantados de contribuir*[1046].

En la clarividente opinión de 1990 de Clube y Napier, semejante punto de vista era peligroso porque su efecto era «colocar a la especie humana un poco por encima del avestruz, esperando el destino de los dinosaurios»[1047].

Como podemos ver por las reacciones de algunos miembros del «mundo académico» a la hipótesis del impacto del Dryas Reciente, este punto de vista y lo que Clube y Napier llaman la «gran ilusión de la seguridad cósmica»[1048] que genera, siguen siendo hoy fuerzas poderosas en el mundo. Lo que está en juego es mucho más que la verdad sobre nuestro propio pasado, pues existe una escalofriante convergencia entre los hallazgos de Clube y Napier, por un lado, y los de Kennett, West y Firestone por el otro, respecto a los que el cometa del Dryas Reciente realmente supuso para la humanidad.

Para comprender adecuadamente las implicaciones de esta convergencia será necesario revisar algunos de los descubrimientos realizados por Clube, Napier y otros en las décadas de 1980 y 1990; unos descubrimientos, recordemos, que son por completo independientes del trabajo posterior del equipo Kennett/West/Firestone sobre los impactos del Dryas Reciente. En pocas palabras, como ya he indicado en el capítulo 11, el tema principal de estos descubrimientos es que resulta posible —de hecho muy probable— que no hayamos terminado con el cometa que cambió la faz de la tierra hace entre 12.800 y 11.600 años. El trabajo de Clube y Napier, con importantes contribuciones también del difunto sir Fred Hoyle y del matemático y astrónomo profesor Chandra Wickramasinghe, ha sacado a la luz la escalofriante posibilidad de que el cometa del Dryas Reciente solo fuera un fragmento de un cometa gigante mucho más grande —quizá de hasta 100 kilómetros de diámetro en un momento dado— que entró en el

sistema solar hace unos 30.000 años, fue capturado por el Sol y lanzado a una órbita que cruzaba la de la Tierra. Permaneció relativamente intacto durante los siguientes 10.000 años. Luego, hace unos 20.000 años sufrió una «fragmentación» en algún punto de su órbita que lo transformó desde un objeto único con la capacidad para destruir un mundo en múltiples objetos que variaban en tamaño desde 5 hasta 1 kilómetro o menos de diámetro, cada uno de los cuales seguía siendo, por derecho propio, capaz de originar un cataclismo global[1049].

Las evidencias dicen que fueron varios los fragmentos de esta escala los que golpearon la Tierra hace 12.800 años, originando el Dryas Reciente[1050], que nos volvimos a cruzar con la cola de escombros del cometa hace 11.600 años, con unos efectos igual de dramáticos que acabaron con el Dryas Reciente[1051] y, por último, que *podemos esperar nuevos encuentros con los restantes fragmentos en el futuro*[1052]. «Indudablemente, este conjunto único de escombros —escriben Clube y Napier— es el mayor peligro de colisión al que se enfrenta la Tierra en este momento»[1053].

La lluvia de meteoros de las Táuridas, así llamadas porque producen lluvias de estrellas fugaces que para el espectador en tierra parecen originarse en la constelación de Tauro, es el producto más conocido y familiar de la fragmentación en curso del cometa gigante original. La cola se extiende por completo sobre la órbita de la Tierra —una distancia de más de 300 millones de kilómetros— cortándola en dos puntos, de tal modo que el planeta la tiene que atravesar dos veces al año: a finales de junio y principios de julio (cuando las estrellas fugaces no se ven porque el encuentro se produce cuando es de día) y de nuevo desde finales de octubre hasta noviembre, cuando tienen lugar unos espectaculares fuegos artificiales de Halloween[1054]. Como la Tierra recorre más de 2,5 millones de kilómetros de su órbita todos los días, y como cada paso requiere aproximadamente 12 días, resulta evidente que las Táuridas tienen una «anchura», o «espesor», de al menos 30 millones de kilómetros. De hecho, como mejor se visualiza lo que la Tierra se encuentra durante esos dos períodos es como una especie de «tubo» o «tubería» de escombros

fragmentados, es decir, como una especie de rosquilla; algo que en términos geométricos se llama «toro».

Si las estrellas fugaces son inofensivas —diminutos meteoros que se queman en la atmósfera—, ¿por qué habríamos de preocuparnos en lo más mínimo por la cola de un meteoro? En el caso de los aproximadamente cincuenta campos de meteoros que hasta ahora han sido descubiertos por los astrónomos —las Leónidas, las Perseidas, las Andromeidas, etc.—, la respuesta a esta pregunta es que, en la mayoría de los casos, probablemente no hay peligro o nada que temer. Dado que la mayoría de las partículas que contienen son diminutas, no representan una amenaza para la Tierra.

Algo por completo diferente sucede con las Táuridas. Como Clube, Napier, Hoyle y Wickramasinghe han demostrado, el grupo de las Táuridas está repleto de material mucho más grande, a veces visible, a veces oculto en nubes de polvo, y todo él volando por el espacio a velocidades tremendas y cruzándose con la órbita de la Tierra dos veces al año, con la regularidad de un reloj, año tras año. Entre los gigantescos y mortales miembros de la familia de las Táuridas se encuentra el cometa Encke, que se calcula tiene un diámetro de unos cinco kilómetros. No es el único de su clase, según Clube y Napier, hay:

> *Entre cien y doscientos asteroides de más de un kilómetros de diámetro orbitando dentro del grupo de meteoros de las Táuridas. Parece claro que estamos viendo a los restos de la fragmentación de un objeto extremadamente grande. La desintegración, o secuencia de desintegraciones, debe de haber tenido lugar en los últimos veinte o treinta mil años; pues de otro modo los asteroides se habrían diseminado por el sistema solar interior y ya no serían reconocibles como grupo*[1055].

Además del cometa Encke, en el grupo hay al menos otros dos o tres cometas: Rudnick, que se piensa que también tiene cinco kilómetros de diámetro y un misterioso objeto llamado Oljiato, que tiene un diámetro de

entorno al kilómetro y medio[1056]. Al principio se creyó que este proyectil extremadamente oscuro que se cruza con la Tierra era un asteroide; pero en ocasiones muestra signos, visibles al telescopio, de volatilidad y deyección de gases y ahora la mayoría de los astrónomos consideran que es un cometa inerte en proceso de despertarse[1057]. El propio cometa Encke se sabe que estuvo inerte durante mucho tiempo hasta que, de repente, estalló a la vida, siendo visto por primera vez por los astrónomos en 1876[1058]. Hoy se sabe que alterna regularmente, en ciclos amplios, entre sus estados inerte y volátil.

La investigación de Clube y Napier los ha convencido de que un *hasta el momento no detectado compañero* del cometa Encke está orbitando en el centro mismo del grupo de meteoros de las Táuridas[1059]. Creen que este objeto es de un tamaño excepcional, que es un cometa y que, al igual que Encke y Oljiato, en ocasiones —durante períodos muy largos— se apaga solo. Esto sucede cuando los alquitranes que borbotean continuamente desde su interior durante los episodios de deyección de gases se vuelven tan copiosos que cubren toda la superficie exterior del núcleo con una gruesa capa que se endurece y lo sella por completo, quizá durante milenios[1060]. En el exterior todo queda silencioso después de que la «coma» incandescente y la cola hayan desaparecido y el aparentemente inerte objeto atraviese silencioso el espacio a velocidades de decenas de miles de kilómetros por segundo. Pero en el centro del núcleo la actividad continúa, aumentando lentamente la presión. Como una olla exprés sin válvula de seguridad, al final el cometa termina explotando desde dentro, rompiéndose en fragmentos que pueden convertirse en cometas individuales, cada uno de los cuales amenaza la Tierra.

Los cálculos indican que ese objeto actualmente invisible en el corazón del grupo de las Táuridas puede tener hasta 30 kilómetros de diámetro[1061]. Además, se considera probable que otros grandes fragmentos lo acompañen. Según el profesor Emilio Spedicato, de la Universidad de Bérgamo:

> *Se estiman parámetros orbitales tentativos que pueden conducir a esta observación. Se predice que en un futuro cercano (en torno al año 2030) la Tierra volverá a cruzarse con esa parte del toro que contiene los fragmentos; un encuentro que en el pasado afectó de forma dramática a la humanidad*[1062].

Renacimiento

El año 2030 se encuentra, por supuesto, dentro del marco temporal de peligro indicado por el calendario maya y el pilar 43 de Göbekli Tepe. El asteroide de los dinosaurios de hace 65 millones de años tenía solo 10 kilómetros de diámetro y, sin embargo, desencadenó una tormenta de fuego global que cambió el mundo para siempre. Una colisión con un objeto de 30 kilómetros de diámetro podría significar —cuando menos— el final de la civilización tal cual la conocemos y, quizá, de toda la vida humana sobre el planeta. Sus consecuencias, como se menciona en el capítulo 11, ciertamente serían varios órdenes de magnitud superiores a las de los impactos del Dryas Reciente de hace 12.800 años, que fueron un millar de veces más potentes que la capacidad explosiva combinada de todas las armas nucleares almacenadas hoy en el mundo y que nos convirtieron en una especie con amnesia, obligada a comenzar de nuevo como niños sin memoria de lo que sucedió antes.

No obstante, no tiene por qué ser así. Lo primero y principal es que puede suceder que el universo nos perdone. Cruzar ese toro es un poco como atravesar una autopista de seis carriles, a pie, con los ojos vendados. Afortunadamente, se trata de una vía con poco tráfico, de modo que aunque tienes que cruzar la autopista dos veces al año por lo general no te tropiezas con nada. No obstante, lo que hace que algunos cruces sean más peligrosos que otros es el hecho de que los grandes camiones y otro tráfico pesado tienen tendencia a reunirse en ciertos lugares. En efecto, lo que Clube y Napier han hecho con sus cálculos, trazando hacia atrás las órbitas de objetos conocidos de la «autopista» de las Táuridas, es lanzar un aviso de que ahora, y durante las décadas siguientes, nuestros cruces conllevan un

riesgo muy superior de una serie de colisiones con algún «trafico pesado» muy amenazador.

Las evidencias de que una serie de colisiones semejantes tuvieron lugar hace entre 12.800 y 11.600 años y de que la causa fue la fragmentación del meteorito gigante que dio lugar a todos los objetos de las Táuridas deben, cuando menos, hacer que nos concentremos en el problema. Ya no estamos tratando con algo que solo sucede a intervalos de muchos miles de millones de años; sino más bien con lo que parece ser *un proceso cataclísmico que sigue desarrollándose* dentro del marco de nuestro tiempo histórico.

Incluso así, no debemos perder la esperanza, ni malgastar un solo momento de nuestras preciosas vidas sumergiéndonos en la tristeza y la sensación de desastre. Si bien estoy convencido de que durante la Edad del Hielo floreció una civilización que dominó ciencias avanzadas que parecían magia a culturas más primitivas, no creo que siguiera nuestro particular camino de desarrollo tecnológico. Este camino tiene muchas consecuencias negativas, pero nos proporciona capacidades de las cuales está claro la civilización perdida carecía; en concreto, la capacidad de intervenir en nuestro entorno cósmico inmediato y desviar o destruir asteroides o cometas que amenacen la supervivencia misma de la humanidad.

Lo que se necesitaría es reconocer que, después de todo, somos una única especie, una única gente, una única familia y que, en vez de gastar nuestras energía en feroces enfrentamientos en nombre de «Dios o la patria», o la ideología política, o la pura codicia, ha llegado el momento de que el amor y la armonía desplacen el miedo y el desorden en todos los aspectos de nuestras vidas, de modo que podamos asegurar el futuro humano. Si queremos hacerlo, tenemos que dejar de mirar a nuestro reflejo en el espejo y en cambio aprender a mirar al cosmos; tenemos que prohibir el odio y la sospecha y aprender a compartir nuestros recursos, nuestra inteligencia y nuestros talentos en un gran esfuerzo de redención de la humanidad.

En pocas palabras, tendremos que despertar al misterio completo del magnífico regalo de la conciencia y darnos cuenta de que no debemos desperdiciar un momento más.

Esta era, también, la promesa del calendario maya: que quienes vivimos hoy nos encontraremos ante el umbral de una nueva era de conciencia humana. Si podemos dar a luz a esa era, con todo lo que implica, entonces impedir que los restantes fragmentos del cometa del Dryas Reciente devasten la Tierra será un juego de niños y en el proceso habremos descubierto, quizá por primera vez en más de 12.000 años, quiénes somos realmente.

Es nuestra elección.

Siempre lo ha sido.

Nada se interpone en nuestro camino, excepto nosotros mismos.

Apéndice

La correlación de Orión no está bocabajo

Los astrónomos modernos ven el cielo como una cúpula sobre nosotros, de modo que el artista del dibujo de al lado está mirando a Orión hacia el sur, y la correlación de Orión dice que las tres estrellas del cinturón de Orión están representadas por las tres pirámides sobre el terreno. La estrella inferior está representada por la Gran Pirámide, la estrella del medio por la pirámide de Khafre (la segunda pirámide) y la estrella más alta está representada por la pirámide de Menkaure (la tercera y más pequeña de las pirámides, del mismo modo que la estrella más alta es visualmente la más pequeña —menos brillante— de las tres estrellas).

Ahora bien, sobre el suelo, la Gran Pirámide es la más septentrional de las tres, la segunda pirámide está en el medio, por supuesto, y la tercera pirámide es la más meridional de las tres. La objeción de astrónomos como Ed Krupp, del Observatorio Griffiths de Los Ángeles, se basa en la convención moderna de que es cielo está curvado sobre nuestras cabezas. Si observas el cielo de ese modo, entonces la estrella más alta —representada por la pirámide de Menkaure según la correlación de Orión— es, de hecho, la estrella más septentrional (recordemos que estamos mirando hacia el sur y nos imaginamos que el cielo se curva sobre nosotros; de modo que cuando más alto vayas, más te acercarás al polo norte del cielo, que en diagrama se encuentra detrás del artista) y la estrella más baja, representada por la Gran Pirámide según la correlación de Orión, es, de hecho, la estrella más meridional. Pero, sobre el suelo, la Gran Pirámide es la pirámide más septentrional y la pirámide de Menkaure la más meridional. De ahí que el doctor Krupp sostenga que la correlación está «bocabajo».

Lo que la ilustración demuestra es que esto solo es correcto según la convención astronómica de que el cielo está en el interior de una esfera que se curva sobre nuestras cabezas. Si lo entendemos solo como un proyecto artístico —hacer un dibujo de las tres estrellas del cinturón de Orión y luego colocar el dibujo en el suelo delante de nosotros del modo más natural—,

nos daremos cuenta de que encaja/se correlaciona perfectamente con las tres pirámides sobre el terreno.

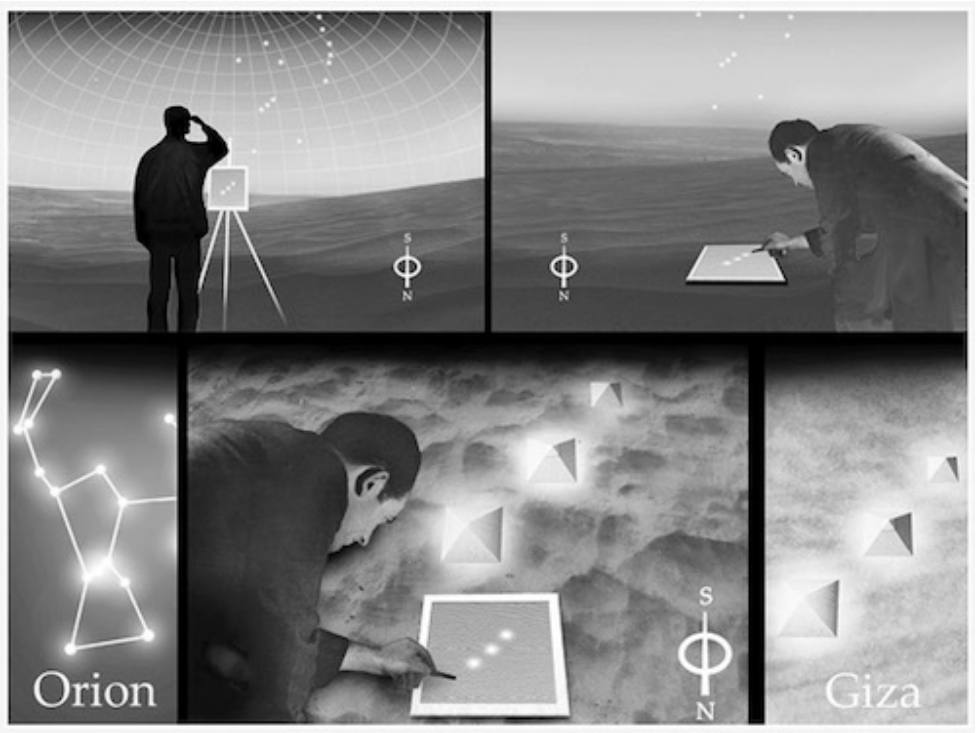


Figura 73. La correlación de Orión no está «bocabajo». Si la miramos simplemente como un trabajo artístico —hacemos un dibujo (o un modelo tridimensional) de las tres estrellas del cinturón de Orión y luego ponemos ese dibujo (o modelo) en el suelo delante de nosotros del modo más natural—, veremos que encaja/tiene correlación exactamente con las posiciones de las tres pirámides sobre el terreno.

Fotografías

Foto 1. Visión general de Göbekli Tepe con el Recinto D en primer plano.

Foto 2. Recinto D con el enigmático Pilar 43 a la izquierda.

Foto 3. El autor con el profesor Klaus Shmidt en Göbekli Tepe en 2013. El profesor Schmidt (a la izquierda de la imagen) falleció en 2014.

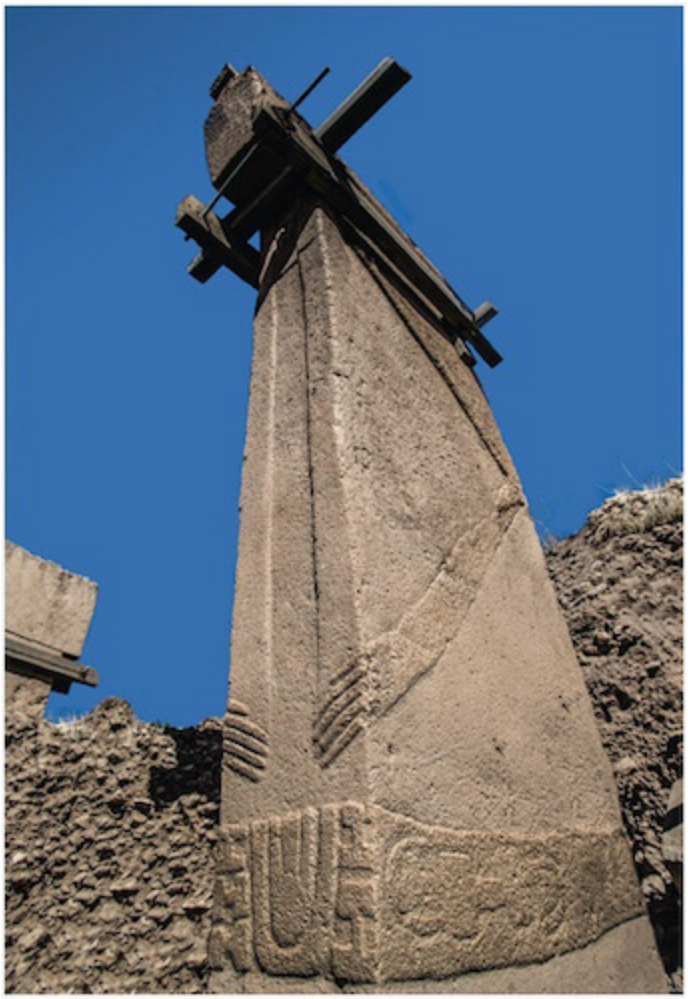


Foto 4. Pilar central oriental, Recinto D.

Foto 5. Zócalo del pilar.

Foto 6. Detalle del lado oeste del cinturón de la figura del pilar.

Foto 7. Pilar 43 en el recinto D en Göbekli Tepe. Esta primera fotografía fue tomada por el excavador, Klaus Schmidt. Posteriormente, la parte inferior del pilar que muestra el escorpión se volvió a enterrar.

Foto 8. Recinto B en Göbekli Tepe.

Foto 9. El autor con pilar en forma de T sin terminar abandonado en la cantera en Göbekli Tepe.

Foto 10. El autor con los geólogos Robert Schoch de la Universidad de Boston (izquierda) y Danny Natawidjaja (centro) en Gunung Padang, Indonesia, estudiando la exploración del interior de la pirámide.

Foto 11. El autor con Danny Natawidjaja en Gunung Padang.

Foto 12 y 13. Panorámica de las principales terrazas de Gunung Padang. De esta forma el sitio ha sido conocido por la arqueología desde hace un siglo. Pero solo cuando el estudio geofísico comenzó en 2011, se dio cuenta de que había estructuras ocultas y una capa de construcción mucho más antigua debajo de las terrazas.

Foto 14. El autor con Randall Carlson en Dry Falls (Cataratas secas).

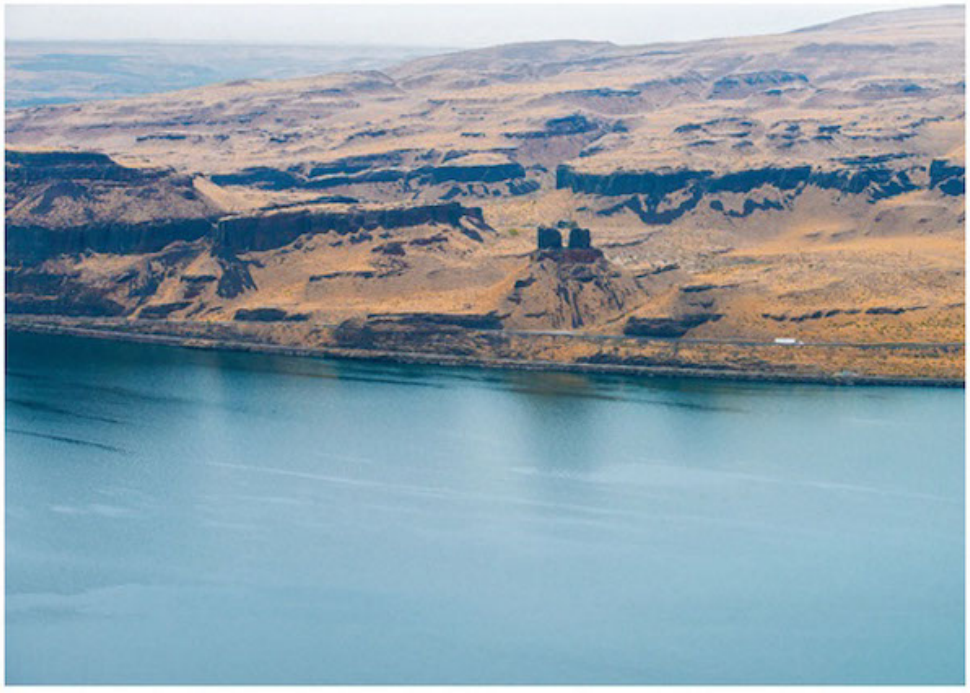


Foto 15. Wallula Gap, «la reunión de las aguas», scabland y las «hermanas gemelas» en el fondo.

Foto 16. Las gigantescas ondas actuales de Camas Prairie, algunas de más de cincuenta pies de altura.

Foto 17. «Parque Boulder», Estado de Washington. Enormes rocas de 10.000 toneladas y más fueron transportadas aquí en icebergs por las cataclísmicas inundaciones al final de la Edad de Hielo.

Foto 18. El monte Ararat vista sobre las ruinas de la catedral de Zvartnots, Armenia.

Foto 19. Pasillo de entrada y puerta de piedra - «Ciudad» subterránea Derinkuyu, Turquía.

Foto 20. El templo de Horus en Edfu, Alto Egipto.

Foto 21. Viñetas de los misteriosos Textos de Construcción de Edfu. Los textos no nos dejan ninguna duda de que los "dioses" de la "era primigenia primitiva" eran marinos y navegantes. Después de la destrucción de su isla natal, se dice que vagaron por el mundo en barcos.

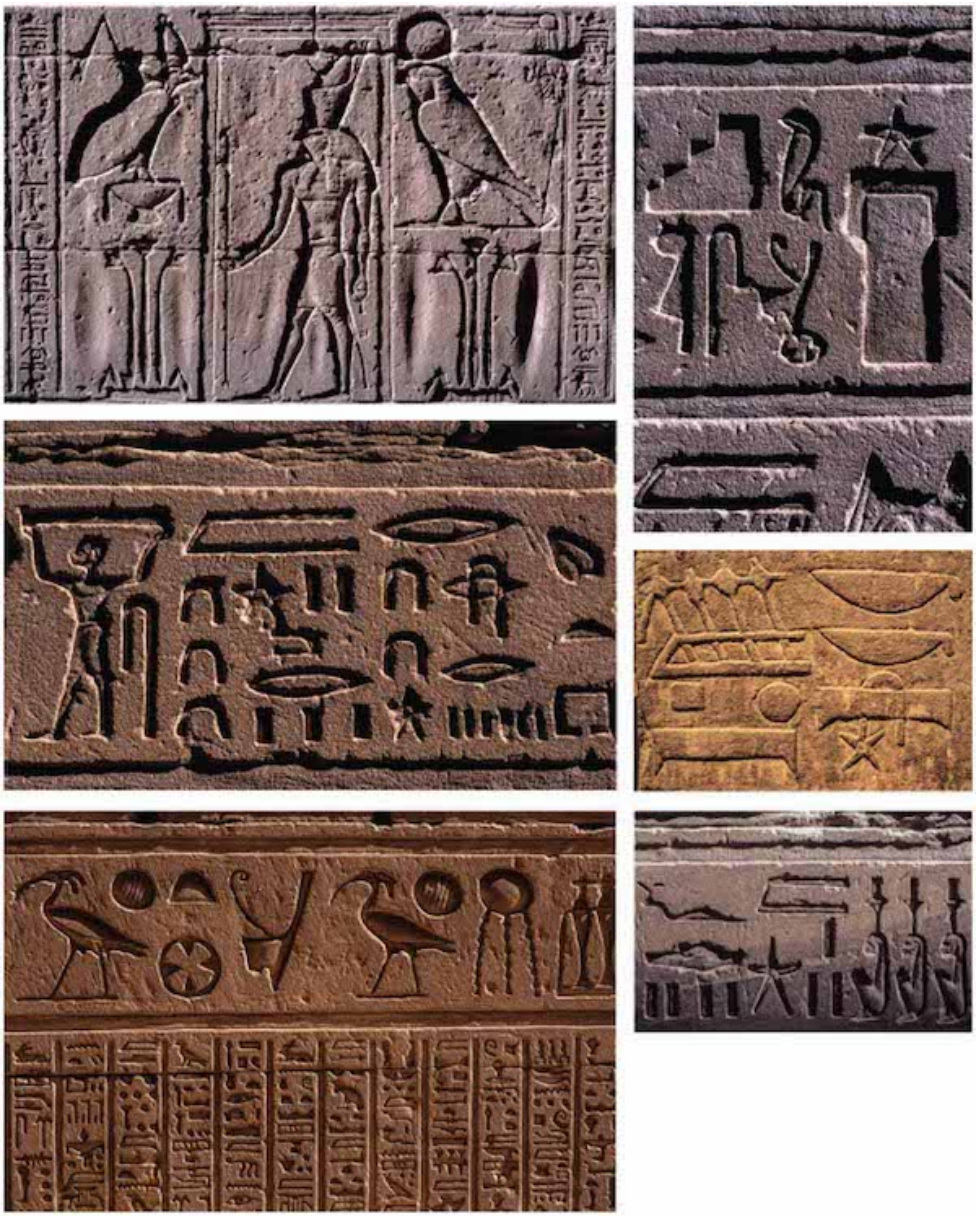


Foto 22-27. Enigmáticos Textos de Construcción y escenas del Templo de Horus en Edfu.

Foto 28. Escena del Templo de Horus en Edfu. Horus lucha con su rival Set, que toma la forma de un hipopótamo.

Foto 29. Jeroglíficos de Edfu.

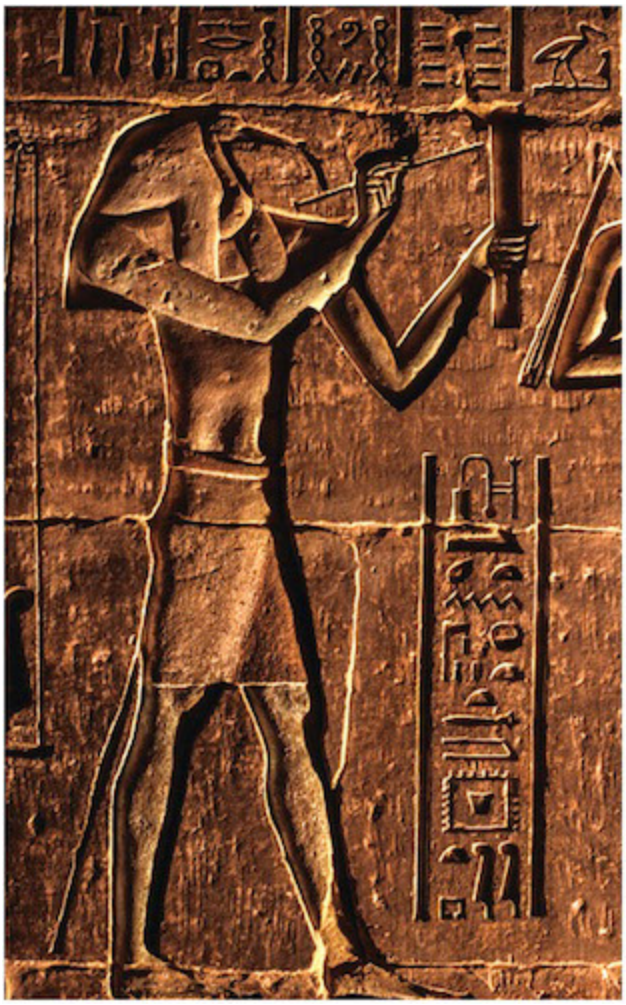


Foto 30. Thoth, el escriba de los dioses quien escribiera las palabras de los Siete Sabios.

Foto 31 y 32. Los monumentos alineados astronómicamente de la meseta de Giza en Egipto: ¿Un “libro que desciende del cielo”?

Foto 33. Vista aérea de la Esfinge y sus templos.

Foto 34. El antiguo núcleo de piedra caliza megalítica del "Templo del Valle". Sus bloques pesan hasta 100 toneladas.

Foto 35. La Esfinge con la "Estela de los sueños" entre sus patas.

Foto 36. Los elementos de granito del "Templo del Valle" se agregaron en tiempos dinásticos a la antigua estructura de piedra caliza preexistente.

Foto 37. Los enormes bloques de piedra caliza del "Templo del Valle" se extrajeron alrededor del cuerpo central de la Esfinge cuando se hizo la Esfinge y, por lo tanto, son el trabajo de la misma cultura.

Foto 38. El autor en Baalbek con el bloque de trilito más al sur a sus pies. El muro detrás de él, construido sobre el trilito, es una fortificación árabe posterior.

Foto 39. Los tres enormes bloques trilito en el lado oeste del muro megalítico en forma de U flanquean, pero no tocan, la plataforma del Templo de Júpiter.

Foto 40. El pie derecho del autor se coloca frente al fragmento de un tambor de columna romana utilizado como un bloque en los cimientos debajo del trilito.

Foto 41. El tambor de la columna romana fue excavado y medido por el Instituto Arqueológico Alemán, que cree que no pudo ser el resultado de reparaciones árabes posteriores a los cimientos y que, por lo tanto, el trilito debe ser obra de los romanos.

Foto 42. Un muro de fortificación construido por los árabes en Baalbek con materiales romanos reciclados. Observe el tambor de la columna colocado horizontalmente a la derecha del arco.

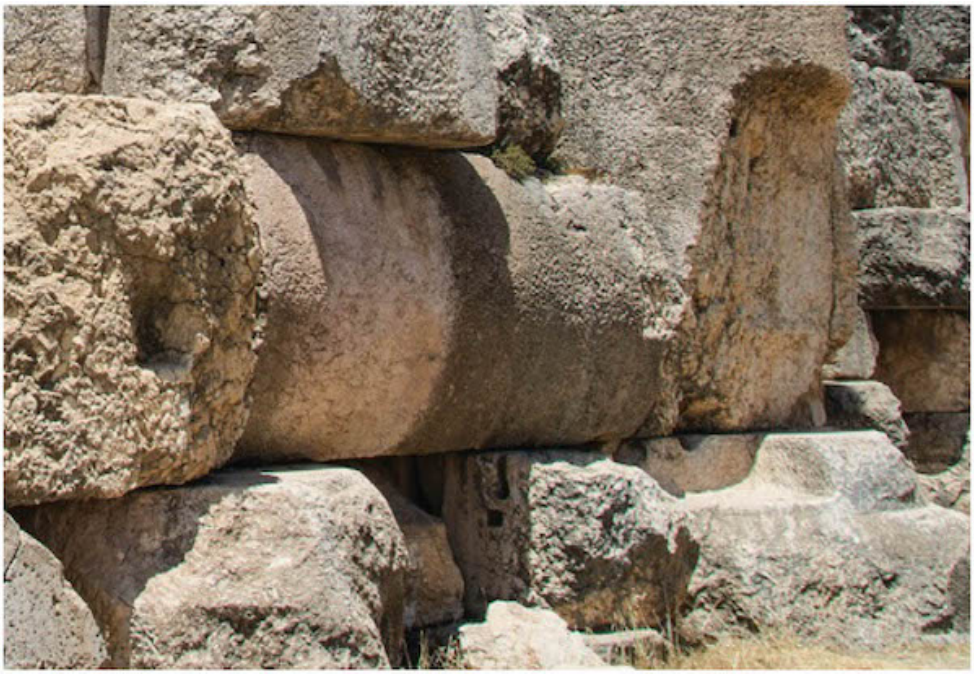


Foto 43. Primer plano del tambor de columna reciclado en el muro de fortificación árabe. Tenga en cuenta que el tambor está perfectamente aplanado en la parte superior e inferior exactamente como el tambor de la columna en los cimientos debajo del trilito. El argumento de que los árabes carecían de la experiencia técnica para cortar y encajar bloques de manera precisa, por lo tanto, no tiene sentido.

Foto 44. Brazo norte del muro megalítico en forma de U que rodea la plataforma del Templo de Júpiter. Tenga en cuenta el tamaño más pequeño de los bloques con los que se construye la plataforma (lado derecho de la imagen).

Foto 45. El autor, de pie en el brazo sur de la pared megalítica en forma de U, con las seis columnas restantes del Templo de Júpiter en el borde de la plataforma detrás de él.

Foto 46. El autor, a escala, de pie sobre la "Piedra de la mujer embarazada" de 970 toneladas, todavía *in situ* en las canteras de Baalbek. El bloque visible debajo de él, a la izquierda, fue recientemente excavado en 2014 y se estima que pesa 1,650 toneladas.

Foto 47. Un tercer bloque en las canteras que pesa 1.250 toneladas.

Foto 48. Las puntas de pilares megalíticos enterrados sobresalen de una ladera en Karahan Tepe, sitio hermano de Göbekli Tepe.

Foto 49. La "Torre Astronómica" en Harran. En su forma actual, data del período islámico, pero ocupa el sitio de una torre anterior que se encontraba dentro de un templo dedicado al Dios de la Luna de los sabios.

Foto 50. Las constelaciones, tal como las imaginamos hoy, del área del cielo representada en el Pilar 43 en Göbekli Tepe.

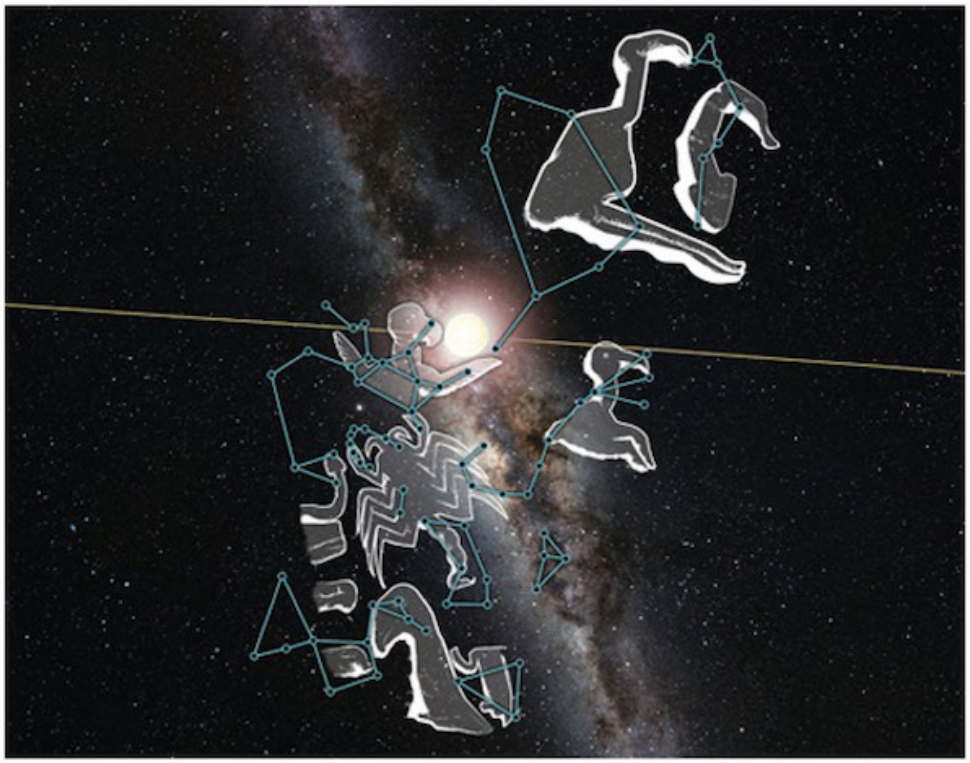


Foto 51. Las mismas constelaciones superpuestas en las figuras del Pilar 43 en Göbekli Tepe. Ver discusión en el capítulo 15 y en la figura 50..

Foto 52. La misteriosa piedra caliza "Totem Pole" de Göbekli Tepe, una entidad compleja e híbrida.

Foto 53. “El hombre Urfa”, la escultura tridimensional más antigua de una figura humana que ha sobrevivido en cualquier parte del mundo. Se remonta al mismo período que Göbekli Tepe y se encontró cerca. Tenga en cuenta que la posición de las manos coincide con las posiciones de las manos de los pilares antropomorfos en forma de T de Göbekli Tepe (véase, por ejemplo, la placa 4).

Foto 54. Muros gigantes de "rompecabezas" en Sacsayhuaman, construidos miles de años antes de los incas según Jesús Gamarra.

Foto 55. Calle Loretto, Cuzco. Diferentes estilos de arquitectura sugieren el trabajo de diferentes culturas.

Foto 56. Arquitectura inferior del Templo de las Vírgenes, que se sabe que fue construido por los incas.

Foto 57. Cerca de Cuzco, Peru.

Foto 58. Alaca Hoyuk, Turquía. ¿Es posible que la misma cultura megalítica prehistórica estuviera trabajando en ambos lugares?

Foto 59. El autor con Jesus Gamarra en Pisac.

Foto 60. Cueva del santuario. Los diferentes estilos arquitectónicos evidentes aquí y en Pisac son indicativos del trabajo de diferentes culturas. En opinión de Gamarra, es absurdo atribuir todo a los incas.

Foto 61. Cutimbo, Perú.

Foto 62. Göbekli Tepe, Turquía.

Foto 63. Cutimbo.

Foto 64. Göbekli Tepe.

Foto 65. Cutimbo.

Foto 66. Göbekli Tepe.

Foto 67. Göbekli Tepe.

Foto 68. Cutimbo.

Foto 69. El autor estudia la serpiente con una cabeza peculiarmente grande tallada en alto relieve en el "Templo de la Luna" cerca de Cuzco.

Foto 70. Serpiente con cabeza peculiarmente grande en alto relieve obtenida en Göbekli Tepe.

Foto 71. Izquierda: Cutimbo. Comparado con Foto 72. Derecha: Göbekli Tepe.

Foto 73. Isla de Pascua.

Foto 74. “El hombre Urfa” Turquía.

Foto 75. Bloques “H”, Tiahuanaco.

Foto 76. Figura del pilar de Göbekli Tepe. Observe posiciones de mano similares en 73, 74 y 76. Observe el motivo “H” en 75 y 76.

Foto 77. El reciclaje de una antigua cabeza de Isla de Pascua como bloque de construcción sugiere que el muro es mucho más joven que las figuras.

Foto 78. El rostro barbudo de Viracocha, en Tiahuanaco.

Foto 79. Cabeza barbuda de isla de pascua. Cantera de Rano Raraku. Los cuerpos de las figuras en la cantera están enterrados en hasta 30 pies de sedimento, lo que sugiere una gran antigüedad.

Foto 80. *Watu Palindo*, el “Sabio del valle de Bada”, Sulawesi, Indonesia.

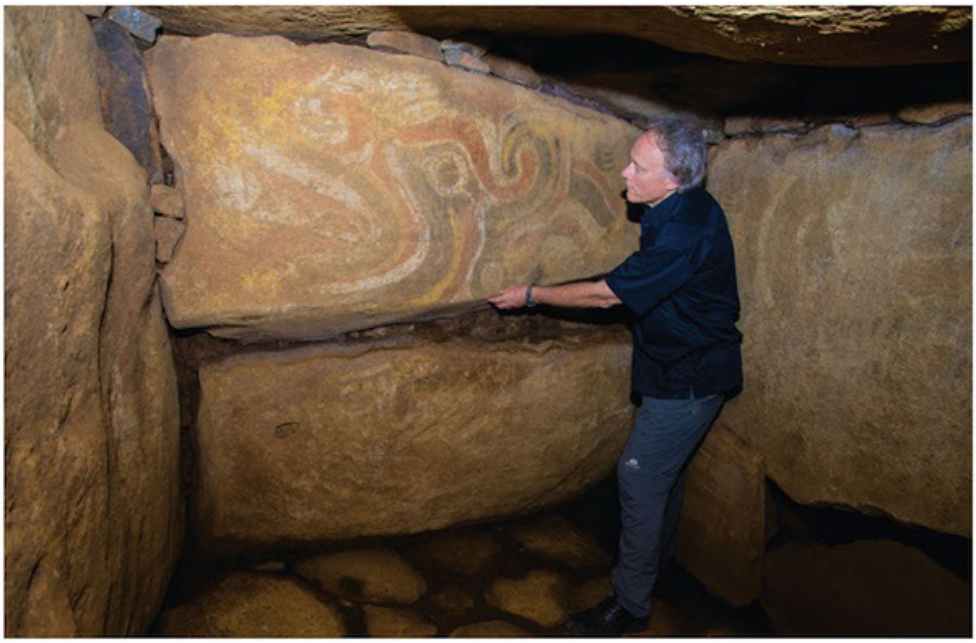


Foto 81. Cámara megalítica pintada cerca de Pagar Alam, Sumatra.

Créditos de las fotografías y los dibujos

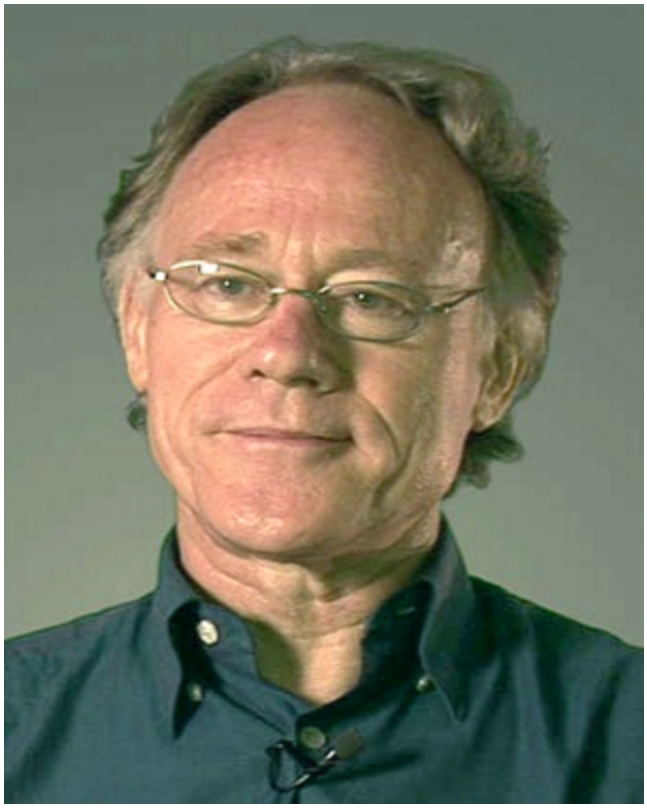
Fotografías

Todas las fotografías son de Santha Faiia excepto:

- Fotos 1 y 62: Nico Becker, Instituto Arqueológico Alemán, Departamento de Oriente.
- Foto 7: Klaus Schmidt, Instituto Arqueológico Alemán, Departamento de Oriente.
- Foto 41: Daniel Lohmann, que fue también el excavador del tambor de columna.
- La interpretación astronómica del pilar 43 de Göbekli Tepe, fotos 50 y 51, fue convertida en dibujo por Luke Hancock.

Dibujos

- Camron Wiltshire (*www.sacredgeometryinternational.com*): figuras números 1, 2, 3, 7, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19 (con Randall Carlson), 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 32, 33, 34, 35, 36, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 48, 49, 51, 53 hasta la 56 (con Afua Richardson), 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 68, 69, 70, 71, 72.
- Afua Richardson: figuras números 4, 8 (fila superior), 46 (con Luke Hancock), 50 (con Luke Hancock), 52, 53 hasta la 56 (con Camron Wiltshire), 66 (con Luke Hancock).
- Luke Hancock: figuras números 37, 38, 46 (con Afua Richardson), 50 (con Afua Richardson), 66 (con Afua Richardson), 67, 73.
- Michael Mauldin: figuras números 6, 8 (fila inferior, derecha), 28, 29, 30.
- Samuel Parker: figuras números 5, 8 (figura inferior, izquierda).
- Pon S. Purajatnika: figura número 9.



Graham Hancock nació en Edimburgo en 1950. Es licenciado en sociología y en la actualidad se dedica a la escritura de libros sobre ocultismo y misterios del mundo. Se le considera uno de los creadores de la llamada Teoría de la correlación de Orión, en la que se afirma que las pirámides representan al Cinturón de Orión.

Desde su infancia, Graham Hancock ha pasado grandes temporadas de su vida en países exóticos. De niño, estuvo en la India junto a su padre que trabajaba como cirujano. Fue sólo el inicio de su fascinación por las antiguas culturas, pues tras licenciarse en sociología y periodismo, marchó a Etiopía.

En 1981 publicó su primer libro, Journey through Pakistan, al que le siguieron Under Ethiopian Skies (1983), Ethiopia: The Challenge of Hunger (1984), AIDS: The Deadly Epidemic (1986), Lords of Poverty (1989) y African Ark (1990). Aunque no fueron libros sobre misterios del pasado, ya mostraban su tendencia a escribir obras «de ruta» llenas de

espectaculares fotografías, como después también veríamos en sus hoy conocidos y respetados bestsellers como Talismán (2004) o La huella de los dioses.

Notas

[1] Klaus Schmidt, *Göbekli Tepe, a Stone-Age sanctuary in South-Eastern Anatolia*, Ex Oriente, Berlín, 2012, p. 88. Véase también *www.ancient.eu/article/234/* y *archive.archaeology.org/0811/abstracts/turkey.html*. <<

[2] Klaus Schmidt, *Göbekli Tepe, a Stone-Age sanctuary in South-Eastern Anatolia, op. cit.*, p. 88. <<

[3] Entrevista con el profesor doctor Klaus Schmidt realizada por Graham Hancock en Göbekli Tepe los días 7 y 8 de septiembre de 2013. Todas citas del doctor Schmidt mencionadas en este capítulo proceden de esta misma entrevista. <<

[4] John Anthony West, *Serpent in the sky*, Harper and Row, Nueva York, 1979, p. 13. <<

[5] Entrevista con Klaus Schmidt, *op. cit.*, y véase también Klaus Schmidt, «Göbekli Tepe – the Stone Age sanctuaries: new results of ongoing excavations with a special focus on sculptures and high reliefs», *Documenta Praehistorica,* xxxvii, 2010, p. 243. <<

[6] Klaus Schmidt, «Göbekli Tepe – the Stone Age sanctuaries», *op. cit.*, p. 245. <<

[7] Juan Antonio Belmonte, *Journal of Cosmology*, vol. 9 (2010), pp. 2052-2062. <<

[8] Véase el capítulo 14. <<

[9] Mi amigo Andrew Collins profundiza en estas características humanas de la figura del buitre en la página 99 de su *Göbekli Tepe: Genesis of the gods*, Bear & Co., Vermont, 2014, cuya introducción escribí. <<

[10] Para más detalles sobre las excavaciones en el recinto H, véase *Göbekli Tepe Newsletter 2014*, Instituto Arqueológico Alemán, pp. 5-7. Disponible como documento pdf: *www.dainst.org/documents/10180/123677/Newsletter+G%C3%B6bekli+Tepe+Ausgabe+1-2014*. <<

[11] Klaus Schmidt, *Göbekli Tepe – the Stone Age sanctuaries*, *op. cit.*, p. 242. <<

[12] Schmidt profundiza en estas ideas en *Göbekli Tepe – the Stone Age sanctuaries, op. cit.*, p. 243. <<

[13] Neil Baldwin, *Legends of the Plumed Serpent: biography of a Mexican God*, Public Affairs, Nueva York, 1998, p. 17. <<

[14] Graham Hancock, *Fingerprints of the Gods*, William Heinemann Ltd., Londres, 1995, p. 130. <<

[15] Neil Baldwin, *Legends of the Plumed Serpent, op. cit.*, p. 17. <<

[16] Gerald P. Verbrugghe y John M. Wickersham (eds.), *Berossos and Manetho. Native traditions in ancient Mesopotamia and Egypt*, University of Michigan Press, 1999, p. 44. <<

[17] Benno Lansberger, «Three essays on the Sumerians II: The beginnings of civilisation in Mesopotamia», en Benno Lansberger, *Three essays on the Sumerians*, Udena Publications, Los Ángeles, p. 174; *Berossos and Manetho, op. cit.*, pp. 17 y 44; Stephanie Dalley, *Myths from Mesopotamia*, Oxford University Press, 1990, pp. 182-183, 328; Jeremy Black y Anthony Green (eds.), *Gods, demons and symbols of Mesopotamia*, British Museum Press, Londres, 1992, pp. 41, 82-83, 163-164. <<

[18] John Biershorst, *The mythology of Mexico and Central America*, William Morrow, Nueva York, 1990, p. 161. <<

[19] «North America of Antiquity», p. 268, citado en Ignatius Donnelly, *Atlantis: the antediluvian world*, Dover Publications Inc. Reprint, 1976, p. 165. <<

[20] Sylvanus Griswold Morley, *An introduction to the study of Maya hieroglyphs*, Dover Publications Inc., Nueva York, 1975, pp. 16-17. <<

[21] John Biershorst, *The mythology of Mexico and Central America, op. cit.*, p. 161. <<

[22] Sylvanus Griswold Morley, *An introduction to the study of Maya hieroglyphs, op. cit.*, pp. 16-17. <<

[23] Véase Graham Hancock, *Fingerprints of the gods*, *op. cit.*, nota 16, p. 517. <<

[24] Platón, *Timaeus and Critias*, Penguin Classics, Londres, 1977, p. 36. <<

[25] Véase *New Scientist Magazine*, con el artículo de portada dedicada a Göbekli Tepe, 5 de octubre de 2013, «The true dawn: civilization is older and more mysterious than we thought». <<

[26] Platón, *Timaeus and Critias*, *op. cit.*, p. 36. <<

[27] Correo electrónico de Danny Hilman Natawidjaja a Graham Hancock, 2 de octubre de 2014. <<

[28] Danny Hilman Natawidjaja, *Plato never lied. Atlantis in Indonesia*, Booknesia, Jakarta, 2013 (libro electrónico). <<

[29] Schoch y yo, que nos conocemos desde hace muchos años, fuimos invitados a presentar una ponencia en el Festival y Conferencia Cultura de Gotrasawala (dedicado en gran parte a debatir sobre Gunung Padang), que tuvo lugar en Bandung los días 5, 6 y 7 de diciembre de 2013. Como parte de la Conferencia se organizó un viaje profesional a Gunung Padang, donde el doctor Natawidjaja expuso sus puntos de vista. <<

[30] Como cuento en *Fingerprints of the gods*, *op. cit.*, p. 420 y ss. <<

[31] Robert M. Schoch, «The case for a lost Ice Age civilization in Indonesia», *Atlantis Rising Magazine*, marzo-abril de 2014, p. 41 y ss. <<

[32] «Con frecuencia recibo mensajes de gente que desea consultarme al respecto de sus ideas sin publicar —escribió Einstein—. Ni que decir tiene que esas ideas en muy pocas ocasiones poseen validez científica. No obstante, ya la primera comunicación que recibí del sr. Hapgood me electrizó. Su idea es original, de una gran simplicidad y, en el caso que continúe demostrándose, de gran importancia para todo lo relacionado con la historia de la superficie de la Tierra». Del prólogo de Albert Einstein a Charles H. Hapgood, *Earth's shifting crust. A key to some basic problems of Earth science*, Pantheon Books, Nueva York, 1958, pp. 1-2. <<

[33] *Archaeoastronomy: The Journal of the Center for Archaeoastronomy*, vol. VIII, n.º 1-4, enero-diciembre de 1985, p. 99. <<

[34] Thor Conway en Ray A. Williamson y Claire R. Farrer (eds.), *Earth and sky. Visions of the cosmos in native American folklore*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1992, pp. 243-244. <<

[35] Mencionado en W. Woelfi y W. Blatensperger, «Traditions connected with the Pole Shift model of the Pleistocene», *arXiv, 1009.578vl*, 26 de septiembre de 2010, p. 24. <<

[36] Thor Conway en Ray A. Williamson y Claire R. Farrer (eds.), *Earth and sky*, *op. cit.*, p. 246. <<

[37] Citado en Richard Firestone, Allen West y Simon Warwick-Smith, *The cycle of cosmic catastrophes: flood, fire and famine in the history of civilization*, Bear & Co., Rochester (Vermont), 2006, pp. 152-153. <<

[38] *Ibidem* <<

[39] Castoroides. Su longitud media era de aproximadamente 1,9 metros y podía llegar a alcanzar hasta 2,2 metros. Fue el roedor más grande conocido en Norteamérica durante el Pleistoceno y el castor más grande que se conoce. <<

[40] Richard Erdoes y Alfonso Ortiz, *American indian myths and legends*, Pantheon Books, Nueva York, 1984, p. 181. <<

[41] Martha Douglas Harris, *History and folklore of the Cowichan Indians*, The Colonialist Printing and Publishing Company, Victoria (Colombia Británica), 1901, pp. 11-12. <<

[42] *Ibidem* <<

[43] Ella E. Clark, *Indian legends of the Pacific northwest*, University of California Press, Berkeley, 1953, pp. 161-162. <<

[44] Richard Erdoes y Alfonso Ortiz, *American indian myths and legends*, *op. cit.*, p. 474. <<

[45] *New Larousse encyclopedia of mythology*, Paul Hamlyn, Londres, 1989, p. 426. <<

[46] Sir J. G. Frazer, *Folklore in the Old Testament. Studies in comparative religion, legend and law*, Macmillan, Londres, 1923, pp. 111-112. <<

[47] *New Larousse encyclopedia of mythology, op. cit.*, p. 431. <<

[48] *www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/AlgonquinFloodMyth-Algonquin.html*. <<

[49] Según la *History of the Dakotas* de Lynd, citada en *Atlantis: the antediluvian world, op. cit*., p. 117. <<

[50] Para profundizar al respecto véase Gail J. Woodside, *Comparing native oral history and scientific research to produce historical evidence of native occupation during and after the missoula floods. A Project submitted to Oregon State University, University Honors College, in partial fulfillment of the requirements for the degree of Honors Baccalaureate in Natural Resources*, 28 de mayo de 2008. Woodside llega a la conclusión de que «las historias orales compartidas por los nativos localizados en la zona de las regiones de inundación, cuando es comparada con la información geológica actual, proporcionan evidencias de ocupación y supervivencia de poblaciones nativas en regiones de inundación». <<

[51] La página web de Carlson es: *www.sacredgeometryinternational.com*. <<

[52] J Harlen Bretz, «The channeled scabland of Eastern Washington», *Geographical Review*, vol. 18, n.º 3, julio de 1928, p. 446. <<

[53] John Soennichesen, *Bretz's flood. The remarkable story of a rebel geologist and the world's greatest flood*, Sasquatch Books, Seattle, 2008, p. 17. <<

[54] *Ibidem* p. 33. <<

[55] *Ibidem* p. 39. <<

[56] *Ibidem* p. 43. <<

[57] *Ibidem* pp. 79-90. <<

[58] *Ibidem* p. 110. <<

[59] *Ibidem* p. 126. <<

[60] *Ibidem* <<

[61] J Harlen Bretz, «The Channeled Scablands of the Columbia plateau», *The Journal of Geology*, vol. 31, n.º 8, nov-dic de 1923, pp. 621-622. <<

[62] *Ibidem* p. 649. <<

[63] John Soennichesen, *Bretz's flood, op. cit.*, p. 131. <<

[64] David Alt, *Glacial lake Missoula and its humongous floods*, Mountain Press Publishing Company, Missoula (Montana), 2001, p. 17. <<

[65] *Ibidem* p. 17. <<

[66] *Ibidem* <<

[67] J Harlen Bretz, «The Spokane Flood beyond the Channeled Scablands», *The Journal of Geology*, vol. 33, n.º 2, feb.-mar. de 1925, p. 98. <<

[68] Citado en Stephen Jay Gould, «The Great Scablands debate», *Natural History*, agosto/septiembre de 1978, pp. 12-18. <<

[69] Citado en Victor R. Baker, «The Spokane Flood controversy and the martian outflow channels», *Science*, New Series, vol. 202, n.º 4734, 22 de diciembre de 1978, p. 1252. <<

[70] Citado en Stephen Jay Gould, «The Great Scablands debate», *op. cit.* <<

[71] Citado en John Soennichsen, *Bretz's flood*, *op. cit.*, p. 192. <<

[72] *Ibidem* <<

[73] *Ibidem* <<

[74] *Ibidem* <<

[75] *Ibidem* <<

[76] Bretz, citado en Victor R. Baker, «The Spokane flood controversy», *op. cit*., pp. 1252-1253. <<

[77] Bretz, citado en *Ibidem* pp. 1252-1253. <<

[78] Victor R. Baker, *Ibidem* p. 1253. <<

[79] Bretz en el *Bulletin of the Geological Society of America*, n.º 39, 1928, p. 643, citado en Victor R. Baker, *The Spokane flood debates: historical background and philosophical perspective*, Geological Society (Special Publications), Londres, 2008, vol. 301, p. 47. <<

[80] Bretz et al. en el *Bulletin of the Geological Society of America*, n.º 67, 957, 1956, citado en Victor R. Baker, «The Spokane flood controversy», *op. cit*., p. 1249. <<

[81] J Harlen Bretz, «The Spokane flood beyond the Channeled Scablands, II», *The Journal of Geology*, vol. 33, n.º 3, abril-mayo, 1925, p. 259. <<

[82] Bretz, «Outline for a presentation before the Geological Society of Washington», enero de 1927, p. 5, citado en John Soennichsen, *Bretz's flood*, *op. cit.*, p. 185. <<

[83] John Soennichsen, *Bretz's Flood*, *op. cit.*, p. 206. <<

[84] «Lake Missoula and the Spokane flood [abstract]», *Geological Society of America Bulletin*, 1 de marzo de 1930, vol. 41, n.º 1, pp. 92-93, citado en John Soennichsen, *Bretz's flood*, *op. cit.*, p. 185. <<

[85] J Harlen Bretz, «The Grand Coulee», Nueva York, *American Geographical Society*, 1932, citado en John Soennichsen, *Bretz's flood*, *op. cit.*, p. 210. <<

[86] Citado en John Soennichsen, *Bretz's flood*, *op. cit.*, p. 222. <<

[87] *Ibidem* pp. 222-223. <<

[88] Bretz, «Washington's Channeled Scabland», p. 53, citado en John Soennichsen, *Bretz's flood*, *op. cit.*, p. 227. <<

[89] John Soennichsen, *Bretz's Flood*, *op. cit.*, p. 229. <<

[90] Stephen Jay Gould, «The great Scablands debate», *op. cit.* <<

[91] John Soennichsen, *Bretz's flood*, *op. cit.*, p. 231. <<

[92] *en.wikipedia.org/wiki/J_Harlen_Bretz*. <<

[93] J Harlen Bretz, «The lake Missoula floods and the Channeled Scabland», *The Journal of Geology*, vol. 77, n.º 5, septiembre de 1969, pp. 510-511. <<

[94] Victor R. Baker, «The Spokane flood debates», *op. cit.*, p. 46. <<

[95] J Harlen Bretz, «The Channeled Scablands of the Columbia Plateau», *op. cit.*, p. 649. <<

[96] J Harlen Bretz, «Presentation of the Penrose Medal to J Harlen Bretz: response», *Bulletin of the Geological Society of America*, parte II, 91, 1095, citado en Victor R. Baker, «The Spokane flood debates», *op. cit.*, p. 48. <<

[97] Véase, por ejemplo, el debate en James E. O’Connor, David A. Johnson *et al.*, «Beyond the Channeled Scabland», *Oregon Geology*, vol. 57, n.º 3, mayo de 1995, pp. 51-60. Véase también Gerardo Benito y Jim E. O’Connor, «Number and size of last-glacial Missoula floods in the Columbia river valley», *Geological Society of America Bulletin*, 115, 2003, pp. 624-638; Richard B. Waitt Jr., «About forty last-glacial lake Missoula jökulhlaups through southern Washington», *The Journal of Geology*, vol. 88, n.º 6, noviembre de 1980, pp. 653-679; E. P. Kiver y D. F. Stradling, «Comments on periodic jökulhlaups from pleistocene lake Missoula», carta al editor, *Quaternary Research* 24, 1985, pp. 354-356; John J. Clague *et al.*, «Palaeomagnetic and tephra evidence for tens of Missoula floods in southern Washington», *Geology*, 31, 2003, pp. 247-250; Richard B. Waitt Jr., «Case for periodic colossal jökulhlaups from pleistocene glacial lake Missoula», *Geological Society of America Bulletin*, vol. 96, octubre de 1985, pp. 121-128; Keenan Lee, *The Missoula flood*, Department of Geology and Geological Engineering School of Mines, Golden, Colorado, 2009. <<

[98] Vic Baker, en una entrevista con John Soennichsen, *Bretz's flood*, *op. cit.*, pp. 251-252. <<

[99] David Alt, *Glacial lake Missoula and its humongous floods, op. cit.*, p. 25. <<

[100] Thomas J. Crowley y Gerald R. North, *Palaeoclimatology*, Oxford University Press, 1991, p. 62. <<

[101] Lawrence Guy Strauss *et al.*, *Humans at the end of the Ice Age*, Plenum Press, Nueva York y Londres, 1996, pp. 66 y 86. El Dryas Reciente es explícitamente un término para una fase fría europea, si bien la fase en sí misma fue global. De modo que esta fase es mencionada en ocasiones con otros nombres en otros lugares; pero también es un término genérico y así se utiliza aquí. <<

[102] Crowley y North, *op. cit.*, p. 63. <<

[103] Adams y Otte dan como fecha para el comienzo del Dryas Reciente hace 12.800 años y para su fin hace 11.400, *Current Anthropology*, 1999, vol. 40, pp. 73-77, en especial p. 73. <<

[104] Strauss *et al.*, *Humans at the end of the Ice Age*, *op. cit.*, p. 86. <<

[105] Graham Hancock, *Underworld. Flooded kingdoms of the Ice Age*, Penguin, Londres, 2002, pp. 194-195. <<

[106] Véase, por ejemplo, US Geological Survey, «Columbia River Basalt Stratigraphy in the Pacific North West»: *or.water.usgs.gov/projs_dir/crbg/*. <<

[107] J Harlen Bretz, «The Channeled Scablands of the Columbia Plateau», *The Journal of Geology*, vol. 31, n.º 8, *op. cit*., pp. 637-638. <<

[108] *Ibidem* p. 622. <<

[109] Randall Carlson: «My Journey to Catastrophism», www.sacredgeometryinternational.com/journey-catastrophism. <<

[110] *Ibidem* <<

[111] Todas las citas de Randall Carlson que siguen en este capítulo proceden de las entrevistas que mantuve con él durante nuestro viaje de estudios en septiembre-octubre de 2014. <<

[112] Cifras confirmadas por el New York State Geological Survey. Véase: *www.nysm.nysed.gov/nysgs/experience/sites/niagara/*. <<

[113] Ella E. Clark, *Indian legends of the Pacific Northwest*, University of California Press, Berkeley, 2003, p. 71. <<

[114] Wikipedia: *en.wikipedia.org/wiki/Lake_Chelan*. <<

[115] Véase Eric Cheney, *Floods, flows, faults, glaciers, gold and gneisses, from Quincy to Chelan to Wenatchee,* Northwest Geological Society, Fieldtrip Guidebook n.º 24, 13-14 de junio de 2009, p. 18. (*www.nwgs.org/field_trip_guides/floods,_flows_faults.pdf*). «Nótese el inmenso bloque errático de CRBG en la ladera sobre la casa». CRBG es la abreviatura de The Columbia River Basalt Group, una gruesa secuencia de basalto miocénico de inundación que cubría el norte de Oregón, el este de Washington y el oeste de Idaho, hace entre 17 y 6 millones de años (*or.water.usgs.gov/projs_dir/crbg/*). <<

[116] *www.wvc.edu/directory/departments/earthsciences/2014NAGT-PNWFieldTrips.pdf.* <<

[117] La cifra de 365 metros de Randall se confirma en David K. Norman y Jaretta M. Roloff, *A self-guided tour of the geology of the Columbia river gorge*, Washington Division of Geology and Earth Resources, Open File Report 2004-2007, marzo de 2004, p. 3: «El punto más alto de la inundación en la quebrada de Wallula, en el río Columbia, en la frontera entre Washington y Oregón, es de unos 365 m, como demuestran los bloques glaciares erráticos que quedaron abandonados en la ladera. El agua corrió a borbotones por la garganta del Columbia y ensanchó el valle al lavar todo el talud rocoso hasta 300 m de elevación, hasta tan lejos como The Dalles (Oregón). Para cuando llegó a Crown Point, la superficie de la última inundación había disminuido hasta los 180 m de altura». <<

[118] Véase un estudio en Graham Hancock, *Fingerprints of the Gods, op. cit.*, p. 46 y ss. <<

[119] Keenan Lee, «Catastrophic flood features at Camas prairie, Montana», Department of Geology and Geological Engineering, Colorado School of Mines, Golden, Colorado, 2009, pp. 4 y 5. <<

[120] *Ibidem* p. 5 <<

[121] Charles R. Kinzie, *et al.*, «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with major cosmic impact at 12,800 Cal BP», *The Journal of Geology*, vol. 122, n.º 5 (septiembre de 2014), pp. 475-505. <<

[122] Véase por ejemplo *phys.org/news/2014-08-year-old-nanodiamonds-multiple-continents.html*, y Wittke *et al.*, «Nanodiamonds and carbon spherules from Tunguska, the K/T Boundary, and the Younger Dryas Boundary Layer», conferencia presentada en el encuentro de otoño de 2009 de The American Geophysical Union (*adsabs.harvard.edu/abs/2009AGUFMPP 31D1392W*). <<

[123] Heather Pringle, *New Scientist*, 22 de mayo de 2007: *www.newscientist.com/article/dn11909-did-a-comet-wipe-out-prehistoric-americans.html#.VJqZ88AgA*. <<

[124] *Ibidem* <<

[125] *Ibidem* <<

[126] *Ibidem* <<

[127] *Ibidem* <<

[128] R. B. Firestone, A. West, J. P. Kennett, *et al.*, «Evidence for an extraterrestrial impact 12,900 years ago that contributed to the megafaunal extinctions and the Younger Dryas cooling», *PNAS*, vol. 104, n.º 41, 9 de octubre de 2007, p. 16016. <<

[129] *Ibidem* p. 16016. <<

[130] *Ibidem* p. 16020. <<

[131] El paralelo es el cometa Shoemaker-Levy 9 que se rompió en múltiples fragmentos que chocaron contra Júpiter con espectaculares efectos en 1994. <<

[132] R. B. Firestone, A. West, J. P. Kennett, *et al.*, «Evidence for an extraterrestrial impact 12,900 years ago that contributed to the megafaunal extinctions and the Younger Dryas cooling», *op. cit.*, p. 16020. <<

[133] *Ibidem* p. 10620. <<

[134] *Ibidem* <<

[135] *Ibidem* <<

[136] *Ibidem* p. 16020-16021. <<

[137] *Ibidem* p. 16021. <<

[138] *Ibidem* p. 16020. <<

[139] *en.wikipedia.org/wiki/Tsar_Bomba*. <<

[140] *www.edwardmuller.com/right17.htm*. <<

[141] D. J. Kennett, J. P. Kennett, G. J. West, J. M. Erlandson, *et al.*, en *Quaternary Science Reviews*, vol. 27, n.º 27-28, diciembre de 2008, pp. 2530-2545. <<

[142] Douglas J. Kennett, James P. Kennett, Allen West, James H. Wittke, Wendy S. Wolback, *et al.*, in *PNAS*, 4 de agosto de 2009, vol. 106, n.º 31, pp. 12623-12628. <<

[143] Andrei Kurbatov, Paul A. Mayewski, Jorgen P. Steffenson *et al.*, en *Journal of Glaciology*, vol. 56, n.º 199, 2010, pp. 749-759. <<

[144] W. M. Napier en *Monthly Notices of the Royal Astronomical Society*, vol. 405, n.º 3, 1 de julio de 2010, pp. 1901-1906. El artículo al completo puede leerse en línea en este enlace: *mnras.oxfordjournals.org/content/405/3/1901.full.pdf+html?sid=19fd6cae-61a0-45bd-827b-f4eb877fd39*, y descargado como pdf aquí: *arxiv.org/pdf/1003.0744.pdf*. <<

[145] William C. Mahaney, David Krinsley, Volli Kalm en *Sedimentary Geology* 231 (2010), pp. 31-40. <<

[146] Mostafa Fayek, Lawrence M. Anovitz, *et al.*, en *Earth and Planetary Science Letters 319-320*, aceptado el 22 de noviembre de 2011, disponible online el 21 de enero de 2012, pp. 251-258. <<

[147] Isabel Israde-Alcántara, James L. Bischoff, Gabriela Domínguez-Vásquez *et al.*, en *PNAS*, 27 de marzo de 2012, vol. 109, n.º 13, pp E738-E747. <<

[148] Ted E. Bunch, Robert E. Hermes, Andrew T. Moore *et al.*, en *PNAS*, junio de 2012, 109 (28), pp. E1903-E1912. <<

[149] Michail I. Petaev, Shichun Huang, Stein B. Jacobsen y Alan Zindler, en *PNAS*, 6 de ago de 2013, vol. 110, n.º 32, pp. 12917-12920. <<

[150] William C. Mahaney, Leslie Keiser, David Krinsley, *et al.*, en *The Journal of Geology*, vol. 121, n.º 4 (julio de 2013), pp. 309-325. <<

[151] Charles R. Kinzie, *et al.*, «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with major cosmic impact at 12,800 Cal BP», *op. cit.*, p. 475. <<

[152] Boslough, Daulton, Pinter *et al.*, «Arguments and evidence against a Younger Dryas impact event», *Climates, Landscapes and Civilizations*, Geophysical Monograph Series 198, American Geophysical Union, 2012, p. 21. <<

[153] Nicholas Pinter, Andrew Scott, Tyrone Daulton *et al.*, «The Younger Dryas impact hypothesis: a requiem», *Earth-Science Reviews*, vol. 106, n.º 3-4, junio de 2011, pp. 247-264. <<

[154] Boslough, Daulton, Pinter *et al.*, «Arguments and evidence against a Younger Dryas impact event», *op. cit.*, p. 21. <<

[155] James H. Wittke, James P. Kennett, Allen West, Richard Firestone *et al.*, «Evidence for deposition of 10 million tons of impact spherules across four continents 12,800 years ago», *PNAS*, 4 de junio de 2013, p. 2089. <<

[156] *Ibidem* p. 2089. <<

[157] Malcolm A. Le Compte, Albert C. Goodyear, *et al.*, «Independent evaluation of conflicting microspherule results from different investigations of the Younger Dryas impact hypothesis», *PNAS*, 30 de octubre de 2012, 109 (44), pp. E2960-E2969. <<

[158] *Ibidem* pp. E2960 y E2969. <<

[159] James H. Wittke, James P. Kennett, Allen West, Richard Firestone *et al.*, «Evidence for deposition of 10 million tons of impact spherules across four continents 12,800 years ago», *op. cit.*, p. 2089. <<

[160] *Ibidem* p. 2089. <<

[161] *Ibidem* p. 2088-2089. <<

[162] *Ibidem* p. 2096. <<

[163] *Ibidem* <<

[164] Citado en Robert Kunzig, «Did a comet really kill the mammoths 12,900 years ago?» *National Geographic*, 10 de septiembre de 2013 (*news.nationalgeographic.com/news/2013/09/130910-comet-impact-mammoths-climate-younger-dryas-quebec-science/*). <<

[165] *Ibidem* <<

[166] *Ibidem* <<

[167] Cosmic Tusk, «In desperate hole, Pinter grabs a shovel»: *cosmictusk.com/nicholas-pinter-southern-illinois/comment-page-2/*. <<

[168] P. Thy, G. Willcox, G. H. Barfod, D. Q. Fuller, «Anthropogenic origin of siliceous scoria droplets from Pleistocene and Holocene archaeological sites in northern Syria», *Journal of Archaeological Science*, 54 (2015), pp. 193-209. <<

[169] *Ibidem* p. 193. <<

[170] «Study casts doubt on Mammoth-Killing Cosmic Impact», *UC Davis News and Information*, 6 de enero de 2015: *news.ucdavis.edu/search/news_detail.lasso?id=11117*. <<

[171] Correspondencia personal entre Graham Hancock y Allen West. Correo electrónico de West a Hancock fechado el 18 de marzo de 2015. <<

[172] Charles R. Kinzie *et al.*, «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with major cosmic impact at 12,800 Cal BP», *op. cit.* <<

[173] *Ibidem* Véanse en concreto pp. 477-478. <<

[174] Citado en Robert Kunzig, «Did a comet really kill the mammoths 12,900 years ago?», *National Geographic*, 10 de septiembre de 2013, *op. cit.* <<

[175] Véanse, por ejemplo, Mark Boslough *et al.*, «Faulty protocols yield contaminated samples, unconfirmed results», *PNAS*, vol. 110, n.º 18, 30 de abril de 2013, y la respuesta en ese mismo número de Malcolm A. LeCompte *et al.*, «Reply to Boslough: prior studies validating research are ignored». Véase también Annelies van Hoesel *et al.*, «Cosmic impact or natural fires at the Allerod-Younger Dryas Bounday: a matter of dating and calibration», *PNAS*, vol. 110, n.º 41, 8 de octubre de 2013, y la respuesta en ese mismo número de James H. Wittke, *et al.*, «Reply to van Hoesel *et al.*: impact related Younger Dryas Boundary nanodiamonds from The Netherlands». Véase también David L. Meltzer *et al.*, «Chronological evidence fails to support claim on an isochronous widespread layer of cosmic impact indicators dated to 12,800 years ago», en *PNAS*, 12 de mayo de 2014. Allen West me informa (correo electrónico de Allen West a Graham Hancock, fechado el 18 de marzo de 2015) de que un artículo de respuesta a Meltzer *et al.* está en preparación por 27 coautores, titulado provisionalmente «Bayesian chronological analyses consistent with synchronous age of 12,820-12,740 cal BP for Younger Dryas Boundary on four continents» y será entregado a no mucho tardar. En ese mismo correo electrónico, West señala que hay un punto que sumar a la datación que ya está impreso (el 18 de marzo de 2015): «En la capa LDR, hemos encontrado identificadores de altas temperaturas, incluidos nanodiamantes, uno de los varios identificadores que se encuentran en *todos* los impactos. Las evidencias están muy disfundidas; nuestros yacimientos LDR se extienden a más de una docena de países en cuatro continentes (Norteamérica, Sudamérica, Europa y Asia). En dos artículos, Wittke *et al.* y Kinzie *et al.* informan sobre una docena de fechas de radiocarbono de alta resolución con una media de 12.800 ± 100 años para la capa LDR. Esto significa que, estadísticamente, la capa LDR de todos esos yacimientos *podría* haber sido depositada el mismo día; no demuestra que sucediera así, pero demuestra que es posible. No obstante, si bien todas esas fechas están *directamente* en el estrato LDR y son estadísticamente idénticas, Meltzer *et*

al. las rechazaron por no ser la misma. Semejante rechazo es simplemente indefendible». <<

[176] Charles R. Kinzie *et al.*, «Nanodiamond-rich layer across three continents», *op. cit.*, p. 501. <<

[177] Citado por Jim Barlow-Oregon, en «Did exploding comet leave trail of nanodiamonds?», *Futurity: Research News from Top Universities: www.futurity.org/comet-nanodiamonds-climate-change-755662/*. Véase también Charles R. Kinzie *et al.*, «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with major cosmic impact at 12,800 Cal BP», *op. cit.*, p. 476. <<

[178] Citado en Julie Cohen, «Nanodiamonds are forever: A UCSB professor's research examines 13.000-year-old nanodiamonds from multiple locations across three continents», *The Current*, UC Santa Barbara, 28 de agosto de 2014. *www.news.ucsb.edu/2014/014368/nanodiamonds-are-forever*. <<

[179] Charles R. Kinzie *et al.*, «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with major cosmic impact at 12,800 Cal BP», *op. cit.*, pp. 498-499. <<

[180] *Ibidem* <<

[181] Troy Holcombe, John Warren, *et al.*, «Small rimmed depression in lake Ontario: an impact crater?», *Journal of the Great Lakes Research*, 27 (4), 2001, pp. 510-517. <<

[182] Ian Spooner, George Stevens, *et al.*, «Identification of the Bloody Creek structure, a possible impact crater in southwestern Nova Scotia, Canada», *Meteoritics and Planetary Science* 44, n.º 8 (2009), pp. 1193-1202. <<

[183] *en.wikipedia.org/wiki/Corossol_crater*. <<

[184] Higgins M. D., Lajeunesse, P. *et al.*, «Bathymetric and petrological evidence for a young (Pleistocene?) 4-km diameter impact crater in the gulf of Saint Lawrence, Canada», *42nd Lunar and Planetary Science Conference, held 7-11 March 2011 at The Woodlands, Texas*. LPI Contribution n.º 1608, p. 1504. <<

[185] Charles R. Kinzie *et al.*, «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with major cosmic impact at 12,800 Cal BP», *The Journal of Geology*, vol. 122, n.º 5 (septiembre de 2014), *op. cit.*, p. 475. <<

[186] Yingzhe Wu, Mukul Sharma *et al.*, «Origin and provenance of spherules and magnetic grains at the Younger Dryas boundary», *PNAS*, 17, septiembre 2013, p. E3557. Se puede leer on-line: *www.pnas.org/content/110/38/E3557.full.pdf+html*. <<

[187] Mukul Sharma, citado en Becky Oskin, «Did ancient Earth-chilling meteor crash near Canada?» *www.livescience.com/39362-younger-dryas-meteor-quebec.html*. <<

[188] Véase, por ejemplo, W. C. Mahaney, V. Kalm *et al.*, «Evidence from the northwestern venezuelan Andes for extraterrestrial impact: the black mat enigma», *Geomorphology* 116 (2010), p. 54. <<

[189] John Shaw, Mandy Munro-Stasiuk *et al.*, «The Channeled Scabland: back to Bretz», *Geology*, July 1999, vol. 27, n.º 7, pp. 605-608. Ej. p. 605: «Presentamos evidencias que sugieren que en el registro sedimentario solo se recoge una gran inundación en el Wisconsin tardío y que la sedimentación dentro de la cuenca del lago glacial Missoula es independiente de la sedimentación de los Scablands». Para un estudio y explicación de las implicaciones del trabajo del profesor Shaw y de las evidencias claves que presenta véase Graham Hancock, *Underworld, op. cit.*, capítulo 3. <<

[190] G. Komatsu, H. Miyamoto *et al.*, «The Channeled Scabland: back to Bretz?», comentario y réplica en *Geology*, junio 2000, vol. 28, pp. 573-574. <<

[191] Jim E. O’Connor y Victor R. Baker, «Magnitudes and implications of peak discharges from glacial lake Missoula», *Geological Society of America Bulletin 1992*, 104, n.º 3, p. 278. <<

[192] US Geological Survey, «The Channeled Scablands of eastern Washington», sección sobre el lago Missoula: *www.cr.nps.gov/history/online_books/geology/publications/inf/72-2/sec3.htm*. <<

[193] C. Warren Hunt, «Inundation topography of the Columbia river system», *Bulletin of Canadian Petroleum Geology*, vol. 25, n.º 3, p. 472. <<

[194] Véase Fiona Tweed y Andrew Russell, «Controls on the formation and sudden drainage of glacier-impounded lakes: implications for *jökulhlaup* characteristics», *Progress in Physical Geography*, marzo de 1999, vol. 23, n.º 1, p. 91. También expresa reservas sobre la integridad de una presa de hielo de más de 3.200 kilómetros de anchura y 11 kilómetros de altura el geólogo consultor en ingeniería Peter James en «The massive Missoula floods: an alternative rationale», *New Concepts in Global Tectonics Newsletter,* n.º 48, septiembre de 2008, pp. 5-23. <<

[195] C. Warren Hunt, «Inundation topography of the Columbia river system», *Bulletin of Canadian Petroleum Geology, op. cit.*, p. 468 y p. 472. <<

[196] *Ibidem* p. 473. <<

[197] *Ibidem* <<

[198] *Ibidem* y véase también C. Warren Hunt, «Catastrophic termination of the last Wisconsin ice advance: observations in Alberta and Idaho», *Bulletin of Canadian Petroleum Geology*, vol. 25, n.º 3, pp. 456-467. Peter James, en «The massive Missoula floods», *op. cit*, también recurre a masivas incursiones de agua de mar, en su caso relacionadas con putativos movimientos polares. Véase, por ejemplo, p. 17. <<

[199] C. Warren Hunt, *Environment of violence: readings of cataclysm cast in stone*, Polar Publishing, Alberta, 1990, p. 137. <<

[200] *Ibidem* pp. 118-119. <<

[201] *Ibidem* p. 119. <<

[202] *Ibidem* <<

[203] *Ibidem* <<

[204] *Ibidem* pp. 119-120. <<

[205] *Ibidem* p. 120. <<

[206] Firestone, West, Kennett *et al.*, «Evidence for an extraterrestrial impact 12,900 years ago that contributed to the megafaunal extinctions and the Younger Dryas cooling», *op. cit.*, p. 16020. <<

[207] Henry T. Mullins y Edward T. Hinchley, «Erosion and infill of New York Finger lakes: implications for laurentide Ice sheet deglaciation», *Geology*, vol. 17, n.º 7, julio 1989, pp. 622-625. <<

[208] Julian B. Murton, Mark D. Bateman *et al.*, «Identification of Younger Dryas outburst flood path from lake Agassiz to the Arctic ocean», *Nature* 464 (7289), abril de 2010, p. 740. <<

[209] Alan Condron y Peter Winsor, «Meltwater routing and the Younger Dryas», *PNAS*, 4 de diciembre de 2012, vol. 109, n.º 49, p. 19930. <<

[210] James T. Teller, «Importance of freshwater injections into the Arctic ocean in triggering the Younger Dryas cooling», *PNAS*, vol. 109, n.º 49, 4 de diciembre de 2012, p. 19880. Véase también Claude Hillaire-Marcel, Jenny Maccali *et al.*, «Geochemical and isotopic tracers of Arctic sea ice sources and export with special attention to the Younger Dryas interval», *Quaternary Science Reviews* (2013), p. 6. <<

[211] S. J. Fiedel, «The mysterious onset of the Younger Dryas», *Quaternary International* 242 (2011), p. 263. <<

[212] Andreas Schmittner, John C. H. Chiang y Sydney R. Hemming, «Introduction: The ocean's meridional overturning circulation», en Andreas Schmittner *et al.*, *Ocean circulation: mechanisms and impacts – Past and future changes of meridional overturning*, Geophysical Monograph Series 173, 2007, p. 1 (publicado online el 19 de marzo de 2013). <<

[213] *Ibidem* <<

[214] S. J. Fiedel, «The mysterious onset of the Younger Dryas», *op. cit.*, p. 264. <<

[215] R. B. Firestone, A. West, Z. Revay *et al.*, «Analysis of the Younger Dryas Impact layer», *Journal of Siberian Federal University, Engineering and Technologies*, vol. 3 (1), 2010, pp. 30-62 (página 23 del pdf: *www.osti.gov/scitech/servlets/purl/1023385/*). <<

[216] *Ibidem* <<

[217] J. Tyler Faith y Todd A. Surovell, «Synchronous extinction of North America's Pleistocene mammals», *PNAS*, vol. 106, n.º 49, 8 de diciembre de 2009, p. 20641. Las últimas fechas para 16 de los 35 géneros se encuentran con seguridad hace entre 13.800 y 11.400 años, es decir, muy cerca del Dryas Reciente. «El análisis de la cronología de las extinciones sugiere que errores en el muestreo pueden explicar la ausencia de fechas de última aparición a finales del Pleistoceno para los diecinueve géneros restantes». En otras palabras, la extinción de los mamíferos norteamericanos fue un «acontecimiento sincrónico». <<

[218] *Ibidem* p. 20641. <<

[219] S. J. Fiedel, «The mysterious onset of the Younger Dryas», *op. cit.*, p. 264. <<

[220] D. G. Anderson, A. C. Goodyear, J. Kennett, A. West, «Multiple lines of evidence for a possible human population decline during the early Younger Dryas», *Quaternary International*, vol. 242, n.º 2, 15 de octubre de 2011, pp. 570-583. <<

[221] Sanjeev Gupta, Jenny S. Collier, Andy Palmer-Felgate, Graham Potter, «Catastrophic flooding origin of the shelf valley systems in the English channel», *Nature*, vol. 448, 19 de julio de 2007, pp. 342-345. <<

[222] Don J. Easterbrook, John Gosse, *et al.*, «Evidence for synchronous global climatic events: cosmogenic exposure ages of glaciations», en Don Easterbrook, *Evidence-based climatic science*, Elsevier, agosto de 2011, capítulo 2, p. 54. <<

[223] Para profundizar en estas posibilidades, véase W. C. Mahaney, V. Kalm *et al.*, «Evidence from the northwestern venezuelan Andes for extraterrestrial impact», *op. cit.*, p. 54, and William C. Mahaney, Leslie Keiser, et al, «New Evidence from a Black Mat site in the Northern Andes Supporting a Cosmic Impact 12,800 Years Ago», *The Journal of Geology*, Vol. 121, n.º 4 (July 2013) p. 317. <<

[224] Véase concretamente, sir Fred Hoyle, *The origin of the universe and the origin of religion*, Moyer Bell, Wakefield Rhode Island y Londres, 1993, pp. 28-29. Véase también Fred Hoyle y Chandra Wickramsinghe, *Life on Mars? The Case for a cosmic heritage?*, Clinical Press Ltd., Bristol, 1997, pp. 176-177. <<

[225] Sir Fred Hoyle, *The origin of the universe and the origin of religion*, *op. cit.*, p. 29. <<

[226] Jeffrey P. Severinghaus *et al.*, «Timing of abrupt climate change at the end of the Younger Dryas interval from thermally fractionated gases in polar ice», *Nature* 391 (8 de enero de 1998), p. 141. <<

[227] W. Dansgaard *et al.*, «The abrupt termination of the Younger Dryas event», *Nature*, vol. 339, 15 de junio de 1989, p. 532. <<

[228] Oliver Blarquez *et al.*, «Trees in the subalpine belt since 11,700 cal BP, origin, expansion and alteration of the modern forest», *The Holocene* (2009), p. 143. <<

[229] Paul E. Carrara *et al.*, «Deglaciation of the mountainous region of northwestern Montana, USA, as indicated by Late Pleistocene ashes», *Arctic and Alpine Research*, vol. 18, n.º 3, 1986, p. 317. <<

[230] Walter Scott (trad. y ed.), *Hermetica: the ancient greek and latin writings which contain religious of philosophic teachings ascribed to Hermes Trismegistus*, Shambhala, Boston 1993, *Asclepius III*, pp. 345-347. <<

[231] El difunto profesor Cesar Emiliani, de la Universidad de Miami, ganador de la medalla Vega de Suecia y la medalla Agassiz de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, cuyos estudios se centraron ampliamente en el aumento del nivel del mar, calculó una cifra: «Como resultado de la inundación que formó los Scablands, el nivel del mar creció muy rápidamente desde menos 100 metros hasta menos 80 metros. Hace 12.000 años, más del 50 por ciento del hielo había regresado al océano y el nivel del mar se había elevado a menos 60 metros». Las referencias a menos 100, menos 80 y menos 60 metros son con referencia al nivel actual del mar. De modo que antes de que la inundación creara los Scablands de la meseta de Columbia, el nivel del mar era 100 metros menor que en la actualidad y tras la inundación se quedó 60 metros por debajo, es decir, una asombrosa elevación de 40 metros. Véase Cesare Emiliani, *Planet Earth: cosmology, geology and the evolution of life and environment*, Cambridge University Press, 1995, p. 543. <<

[232] Ted E. Bunch, Richard B. Firestone, Allen West, James P. Kennett *et al.*, «Very high temperature impact melt products as evidence for cosmic airbursts and impacts 12,900 years ago», *PNAS*, junio de 2012, 109 (28), *op. cit.*, pp. E1903, 1909-1190 y 1912. Véase también Kinzie *et al.*, «Nanodiamond-rich layer across three continents consistent with major cosmic impact 12,800 years ago», *The Journal of Geology*, vol. 122, n.º 5 (septiembre 2014), *op. cit.*, p. 476 y apéndice B «Site descriptions and dating». <<

[233] Ted E. Bunch, Richard B. Firestone, Allen West, James P. Kennett *et al.*, «Very high temperature impact melt products…», *op. cit.*, p. E1912. <<

[234] *Encyclopaedia Iranica*, «Zoroaster ii. General Survey», *www.iranicaonline.org/articles/zoroaster-ii-general-survey*. <<

[235] *Ibidem* <<

[236] *Ibidem* <<

[237] *Ibidem* <<

[238] R. C. Zaehner, *The dawn and twilight of zoroastrianism*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1961, por ejemplo, véase la página 135: «Toda la historia de la edad de oro de Yima, sus excavaciones en Vara, o retirada al subsuelo, y su reaparición para repoblar la Tierra (este último episodio solo aparece en los libros Pahlavi) debe pertenecer a un estrato muy antiguo de folclor iraní, por completo ajeno a las enseñanzas de Zoroastro». <<

[239] J. Darmetester y H. L. Mills (trad.), F. Max Muller (ed.), *The Zend Avesta*, reimp. Atlantic Publishers and Distributors, Nueva Delhi, 1990, Part I, p. 5. <<

[240] *Ibidem* p. 11. <<

[241] *Ibidem* <<

[242] *Ibidem* p. 13. <<

[243] *Ibidem* <<

[244] Presentado por Frank Brown y John Fleagle en *Nature*, el 17 de febrero de 2005. Véase también el *Scientific American* del 17 de febrero de 2005, *www.scientificamerican.com/article/fossil-reanalysis-pushes/*. <<

[245] Una edad de oro en la cual «los campos tenían mucha hierba para el ganado: con corrientes que fluían, con nieve que se fundía, parecía una tierra feliz en el mundo […]». J. Darmetester y H. L. Mills (trad.), F. Max Muller (ed.), *The Zend Avesta*, *op. cit.*, p. 16. Véase también el siguiente pasaje del Yasta, citado en R. C. Zaehner, *The dawn and twilight of zoroastrianism*, *op. cit.*, pp. 92-93: «El regio Yima, de bueno pastos, el más glorioso de todos los hombres nacidos sobre la tierra, como el sol contemplado entre los hombres, pues durante su reinado hizo que hombres y bestias fueran imperecederos, hizo que las aguas y las plantas nunca se secaran y que hubiera un inacabable suministro de alimentos para comer. En el reinado de Yima el Valiente no había ni frío, ni calor, ni tampoco vejez, ni enfermedad […]». «El reinado dorado de Yima, en el cual todos los hombres eran inmortales y disfrutaban de una juventud perpetua, duró mil años completos». <<

[246] J. Darmetester y H. L. Mills (trad.), F. Max Muller (ed.), *The Zend Avesta*, *op. cit.*, pp. 15-18. <<

[247] E. W. West (trad.), F. Max Muller (ed.), *Pahlavi Texts*, Part I, reimp. Atlantic Publishers and Distributors, Nueva Delhi, 1990, p. 17. <<

[248] J. Darmetester y H. L. Mills (trad.), F. Max Muller (ed.), *The Zend Avesta*, *op. cit.*, p. 5. <<

[249] Citado en Lokmanya Bal Gangadhar Tilak, *The Arctic home in the Vedas,* reimp. Arktos Media, 2011, p. 254. <<

[250] E. W. West (trad.), F. Max Muller (ed.), *Pahlavi Texts, op. cit.*, p. 17, nota 5. <<

[251] J. Darmetester y H. L. Mills (trad.), F. Max Muller (ed.), *The Zend Avesta*, *op. cit.*, p. 18. <<

[252] *Ibidem* <<

[253] *Ibidem* p. 20. Véase también la edición norteamericana (1898) de la traducción de Darmetester del Vendidad, reimpresa en 1995, editada por Joseph H. Peterson, p. 14, nota 87. <<

[254] R. C. Zaehner, *The dawn and twilight of Zoroastrianism*, *op. cit.*, p. 135. <<

[255] J. Darmetester y H. L. Mills (trad.), F. Max Muller (ed.), *The Zend Avesta*, *op. cit.*, p. 17. <<

[256] *Ibidem* <<

[257] *Ibidem*, p. 20. <<

[258] *Ibidem* nota 5. <<

[259] *Ibidem* nota 4. <<

[260] *Encyclopaedia Iranica*, *op. cit.* «Jamshid i» (*www.iranicaonline.org/articles/jamsid-i*) y «Jamshid ii» (*www.iranicaonline.org/articles/jamsid-ii*). <<

[261] E. W. West (trad.), F. Max Muller (ed.), *Pahlavi Texts, op. cit.*, p. 26. <<

[262] Delia Goetz, Sylvanus G. Morley, Adrian Reconis (trad.), *Popol Vuh. The sacred book of the ancient quiche maya*, University of Oklahoma Press, 1991, p. 178. <<

[263] *Ibidem* p. 93. <<

[264] John Bierhorst, *The mythology of Mexico and Central America*, Quill/William Morrow, Nueva York, 1990, p. 41. <<

[265] J. Eric Thompson, *Maya history and religion*, University of Oklahoma Press, 1990, p. 333. <<

[266] Génesis 6: 19-20. <<

[267] Génesis, 6: 16. <<

[268] Louis Ginzberg, *The legends of the jews*, The Jewish Publication Society of America, Philadelphia, 1988, vol. i, p. 162. <<

[269] *Ibidem* <<

[270] Omer Demir, *Cappadocia: cradle of History*, 12.ª ed. revisada, p. 70. <<

[271] *en.wikipedia.org/wiki/Derinkuyu_%28underground_city%29.* <<

[272] *Hurriyet Daily News*, 28 de diciembre de 2014 (*www.hurriyetdailynews.com/massive-ancient-underground-city-discovered-in-turkeys-nevsehir-aspx?PageID=238&NID=76196&NewsCatID=375)*, *The Independent*, 31 de diciembre de 2014 (*www.independent.co.uk/news/world/middle-east/vast-5000-yearold-underground-city-discovered-in-turkeys-cappadocia-region-9951911.html*). <<

[273] Véase, por ejemplo, el informe de *The Independent*, 31 de diciembre de 2014, *op. cit.* <<

[274] *Turkey*, *Lonely Planet*, 2013, p. 478. <<

[275] *en.wikipedia.org/wiki/Derinkuyu_%28underground_city%29.* <<

[276] Omer Demir, *Cappadocia: cradle of History*, 9.ª ed. revisada, p. 61. <<

[277] Por ejemplo, en época protohitita, hasta dos mil años antes. Véase Omer Demir, *op. cit.*, p. 70. <<

[278] *Ibidem* p. 60. <<

[279] *Ibidem* <<

[280] *Ibidem* p. 59. <<

[281] *Ibidem* p. 61. <<

[282] R. C. Zaehner, *The dawn and twilight of zoroastrianism, op. cit.*, p. 135. <<

[283] Génesis 6, 7. <<

[284] Génesis 6, 8-21. <<

[285] Génesis 6, 19-20. <<

[286] Génesis 8, 3. <<

[287] Génesis 8,4. <<

[288] Génesis 8, 13-17. <<

[289] Génesis 8, 20-21. <<

[290] Génesis 9, 1-7. <<

[291] Véanse por ejemplo, Jeremías 51, 27; así como Isaías 37, 38, y 2 Reyes 19, 37. <<

[292] Armen Asher y Teryl Minasian Asher, *The peoples of Ararat*, Booksurge, 2009, p. 241. <<

[293] Charles Burney y David Marshall Lang, *The peoples of the hills. Ancient Ararat and the Caucasus*, Phoenix Press, Londres, 1971, p. 127. Véase también Amelie Kurht, *The ancient Near East*, Routledge, Londres y Nueva York, 1995, vol. II, p. 550: «Arqueológicamente, el segundo milenio de la región es en la actualidad un espacio en blanco». <<

[294] *Ibidem* p. 17. <<

[295] Armen Asher y Teryl Minasian Asher, *The peoples of Ararat*, *op. cit.* <<

[296] Moses Khorenatsi, *History of the armenians*, Caravan Books, Ann Arbor, 2006, pp. 72 y 82 y ss. Se dice que Haik, escrito también Hayk, era hijo de Torgomah [T'orgom], que era hijo de Tiras [T'iras], que era el hijo de Gomer [Gamer], que era hijo de Jafet, el hijo de Noé. <<

[297] Arra S. Avakian y Ara John Movsesian, *Armenia: a journey through history*, The Electric Press, California, 1998-2008, p. 47. Véase también Armen Asher y Teryl Minasian Asher, *The peoples of Ararat*, *op. cit.*, p. 284-285. <<

[298] *www.armenian-genocide.org/genocidefaq.html*. <<

[299] *Turkey presents armenian Portasar as turkish Göbekli Tepe (www.youtube.com/watch?v=ahoFlLh2Y3E*). <<

[300] *www.youtube.com/all_comments?v=ahoFlLh2Y3E*. <<

[301] Cita de William Faulkner, *Requiem for a nun*, 1951. <<

[302] Esta fue la inundación que formó los Scablands de la meseta de Columbia. Cesare Emiliani, *Planet Earth: cosmology, geology and the evolution of life and environment*, Cambridge University Press, 1995, p. 543, estudió el alcance del incremento del nivel del mar implicado: «Como resultado de la inundación que formó los Scabland, el nivel del mar subió rápidamente desde menos 100 metros a menos 80 metros. Hace 12.000 años, más del 50 por ciento del hielo había retornado al océano y el nivel del mar había crecido hasta menos 60 metros». Las referencia a menos 100, menos 80 metros y menos 60 metros son en relación al nivel del mar actual. De modo que, antes de la inundación que creó los Scablands, el nivel del mar era 100 metros menor al actual y tras la inundación se quedó en 60 metros menos que en la actualidad, es decir, un pasmoso aumento de 40 metros. <<

[303] Cesare Emiliani era doctor por la Universidad de Chicago, donde fue un precursor del análisis isotópico de los sedimentos de altamar como medio de conocer los climas pasados de la Tierra. Posteriormente, se trasladó a la Universidad de Miami, donde continuó sus estudios isotópicos y dirigió varias expediciones marinas. Recibió la medalla Vega sueca y la medalla Agassiz de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos. <<

[304] Emiliani, *Earth and Planetary Science Letters*, 41 (1978), p. 159, Elsevier Scientific Publishing Company, Ámsterdam. <<

[305] Por ejemplo, véase Karl W. Luckert, *Stone Age religion at Göbekli Tepe*, Triplehood, 2013, p. 101. <<

[306] Joris Peters y Klaus Schmidt, «Animals in the symbolic world of Pre-Pottery Neolithic Göbekli Tepe, south-eastern Turkey: a preliminary assessment», *Anthropozoologica*, 2004, 39 (1), pp. 204-205. <<

[307] Karl W. Luckert, *Stone Age religion at Göbekli Tepe*, *op. cit.*, pp. 100-102. <<

[308] Génesis 9, 1. <<

[309] Joris Peters y Klaus Schmidt, «Animals in the symbolic world of Pre-Pottery Neolithic Göbekli Tepe», *op. cit.*, pp. 206-208. <<

[310] Samuel Noah Kramer, *The sumerians: their history, culture and character*, The University Press of Chicago, 1963, p. 33. <<

[311] *www.penn.museum/collections/object/97591*. <<

[312] *www.schoyencollection.com/literature-collection/sumerian-literature-collection/sumerian-flood-story-ms-3026*. <<

[313] Kramer, *History begins at Sumer*, University of Pennsylvania Press, *1991,* p. 148. <<

[314] Kramer, *History begins at Sumer, op. cit.*, p. 148. <<

[315] *www.penn.museum/collections/object/97591*. <<

[316] *www.schoyencollection.com/literature-collection/sumerian-literature-collection/sumerian-flood-story-ms-3026*. <<

[317] *Ibid.*, y véase Irving Finkel, *The Ark before Noah*, Hodder and Stoughton, Londres, 2014, p. 91. <<

[318] Kramer, *History begins at Sumer, op. cit.*, p. 149. <<

[319] *Ibidem* p. 149. <<

[320] *Ibidem*; William Hallow, *Journal of Cuneiform Studies*, vol. 23, 61, 1970. <<

[321] Citado en Kramer, *History begins at Sumer, op. cit.*, pp. 149-151. <<

[322] *Ibidem* p. 151. <<

[323] *Ibidem* <<

[324] *www.schoyencollection.com/literature-collection/sumerian-literature-collection/sumerian-flood-story-ms-3026*. Véase de nuevo Irving Finkel, *The Ark before Noah*, *op. cit.*, p. 91. <<

[325] Kramer, *History begins at Sumer, op. cit.*, p. 151. <<

[326] *Ibidem* p. 152. <<

[327] *Ibidem* <<

[328] *Ibidem* <<

[329] *Ibidem* pp. 152-153. <<

[330] *Ibidem* p. 153. <<

[331] *Ibidem* p. 148. <<

[332] Véase el estudio de Gerald P. Verbrugghe y John M. Wickersham (eds.), *Berossos and Manetho*, University of Michigan Press, 1999, p. 15 y ss. <<

[333] Benno Lansberger, «Three essays on the sumerians II: the beginnings of civilisation in Mesopotamia», in Benno Lansberger, *Three essays on the Sumerians*, Udena Publications, Los Ángeles, p. 174; Beroso y Manetón, *op. cit*., pp. 17, 44; Stephanie Dalley, *Myths from Mesopotamia, op. cit*., pp. 182-183, 328; Jeremy Black y Anthony Green (eds.), *Gods, demons and symbols of Mesopotamia*, British Museum Press, Londres, 1992, pp. 41, 82-82, 163-164. <<

[334] Beroso y Manetón, *op. cit.*, p. 43. <<

[335] *Ibidem* p. 44. <<

[336] George Smith, con A. H. Sayce, *The chaldean account of the Genesis*, Sampson Low, Londres, 1880, p. 33. <<

[337] Beroso y Manetón, *op. cit.*, pp. 26 y 34. Véase también George Smith, con A. H. Sayce, *The chaldean account of the Genesis*, *op. cit.*, p. 32. <<

[338] Amar Annus, «On the origin of the watchers: a comparative study of the antediluvian wisdom in mesopotamian and jewish traditions», *Journal of the Study of Pseudepigrapha*, vol. 19.4 (2010), p. 285. <<

[339] *Ibidem* <<

[340] *Ibidem* <<

[341] *Ibidem* ejemplos pp. 282, 290, 297, 301, 306. Véase también Jonas C. Greenfield, «The Seven Pillars of Wisdom (Prov 9:1): a mistranslation», *The Jewish Quarterly Review*, Nueva Serie, vol. 76, n.º 1, *Essays in Memory of Moshe Held* (jul., 1985), p. 16. <<

[342] *Ibidem* p. 281: «Muchos tipos de ciencias y tecnologías mesopotámicas fueron concebidas originalmente como si se hubieran originado con los *apkallu* antediluvianos». <<

[343] Erica Reiner, «The etiological myth of the seven sages», *Orientalia* NS 30 (1961), p. 10. <<

[344] Jonas C. Greenfield, «The Seven Pillars of Wisdom», *op. cit.*, p. 15. <<

[345] Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 289. <<

[346] Jonas C. Greenfield, «The Seven Pillars of Wisdom», *op. cit.*, p. 16. <<

[347] Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 289. <<

[348] *Ibidem* p. 283, véase también: W. G. Lambert, «Ancestors, authors and canonicity», *Journal of Cuneiform Studies*, vol. 11, n.º 1, 1957, pp. 8-9: «La suma del conocimiento revelado fue entregada a la vez por los sabios antediluvianos». <<

[349] Jeremy Black y Anthony Green (eds.), *Gods, demons and symbols of Mesopotamia, op. cit.*, p. 46. <<

[350] Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 293. <<

[351] Jeremy Black y Anthony Green (eds.), *Gods, demons and symbols of Mesopotamia, op. cit.*, p. 46. <<

[352] *Ibidem* p. 170. <<

[353] Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 293. <<

[354] Jeremy Black y Anthony Green (eds.), *Gods, demons and symbols of Mesopotamia, op. cit.*, p. 171. <<

[355] Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 293. <<

[356] Anne Draffkorn Kilmer, «The mesopotamian counterparts of the biblical nepilim», en E. W. Conrad y E. G. Newing (eds.), *Perspectives on language and text: essays and poems in honour of Francis I. Andersen's sixtieth birthday, july 28, 1985*, Winona Lake, IN, Eisenbrauns, p. 41. Sobre Enki/Ea y el Abzu véase Jeremy Black y Anthony Green (eds.), *Gods, demons and symbols of Mesopotamia, op. cit.*, pp. 75 y 27: «Antiguamente se creía que los arroyos, pozos, riachuelos, ríos y lagos obtenían sus aguas y se rellenaban del océano de agua dulce que se encontraba bajo tierra en el *abzu (apsu)* […]. El mar salado, por otra parte, rodeaba la Tierra. El *abzu* era el reino y hogar particular del sabio dios Enki […]. Se creía que Enki ocupaba el *abzu* desde antes de la creación de la humanidad. Según el poema épico mesopotámico de la creación, Apsu era el nombre de una criatura primigenia, el amante de Tiamat, y cuando Enki mató a Apsu dispuso su casa en el cuerpo de la criatura muerta, cuyo nombre fue transferido entonces a la residencia de Ea […]». <<

[357] Jeremy Black y Anthony Green (eds.), *Gods, demons and symbols of Mesopotamia, op. cit.*, p. 75. <<

[358] S. Denning-Bolle, citas en Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 314. <<

[359] Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 287. <<

[360] Jeremy Black y Anthony Green (eds.), *Gods, demons and symbols of Mesopotamia, op. cit.*, p. 76. <<

[361] *Ibidem* pp. 76 y 75; véase también Gwendolyn Leick, *A dictionary of Near Eastern mythology*, Routledge, Londres y Nueva York, 1998, pp. 4-6. <<

[362] *The epic of Gilgamesh*, Penguin Classics, Londres, 1988, p. 108. <<

[363] Véase por ejemplo Jeremy Black y Anthony Green, *Gods, demons and symbols of ancient Mesopotamia, op. cit.*, p. 84. <<

[364] Beroso y Manetón, *op. cit*., pp. 49-50. NB.: En este fragmento de Beroso, conservado en Sincelo, Enki parece mencionado como «Cronos». En la nota 17, el traductor explica que: «Cronos era el padre de Zeus, como Enki era el padre de Marduk. Beroso, o Sincelo, utiliza aquí el equivalente griego del dios babilonio». <<

[365] En el poema de Gilgamesh, el superviviente de la inundación, si bien es evidente que se trata de la misma figura que Zisudra/Xithoutros, es conocido con el nombre de Upnapishti. Como explica Irving Finkel, conservador ayudante en el Departamento de Oriente Medio del Museo Británico: «El nombre Zisudra es muy adecuado para un héroe inmortal del diluvio, pues en sumerio significa algo parecido a El-de-la-larga-vida. El nombre del héroe del diluvio en el poema de Gilgamesh es Utnapishti, que posee un significado aproximadamente similar. De hecho, no estamos seguros de si el nombre babilonio es una traducción del sumerio o viceversa», Irving Finkel, *The ark before Noah, op. cit.*, p. 92. <<

[366] *The epic of Gilgamesh*, *op. cit.*, p. 111. <<

[367] Beroso y Manetón, *op. cit.*, p. 50. <<

[368] Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 282; Anne Draffkorn Kilmer, «The mesopotamian counterparts of the biblical nepilim», *op. cit.*, p. 43. <<

[369] Anne Draffkorn Kilmer, «The mesopotamian counterparts of the biblical nepilim», *op. cit.*, pp. 39-40. <<

[370] Amar Annus, «On the origin of the watchers», *op. cit.*, p. 295. <<

[371] Jeanette C. Fincke, «The babylonian texts of Nineveh: report on the British Museum's Library Project», *Archiv fur Orientforschung* 50 (2003/2004), p. 111. <<

[372] John Baines y Jaromir Malek, *Atlas of ancient Egypt*, Time-Life Books, 1990, p. 76. <<

[373] *Ibidem* Los muros de los recintos interno y externo datan del Reino Antiguo y un muro posterior que los engloba a ambos del Primer Período Intermedio (2134-2040 a. C.). Hay restos de otras estructuras que han sido fechadas en el Segundo Período Intermedio (1640-1532 a. C.) y el Reino Nuevo (1550-1070 a. C.). <<

[374] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple*, Manchester University Press, 1969, p. 8. <<

[375] *Ibidem* p. 151: «La situación mitológica que hemos estado analizando revela una tradición originada en algún otro lugar…». <<

[376] *Ibidem* pp. 55, 90, 105, 274. <<

[377] *Ibidem* p. 55. <<

[378] *Ibidem* pp. 109, 113-114, 127. <<

[379] Véase por ejemplo p. 19: «la tripulación del Halcón». Véanse también pp. 27, 177, 180, 181, 187, 202. Hay repetidas referencias en todos los textos de Edfu a las tripulaciones de los barcos y a la navegación. Así en la p. 180: «Los *shebtiw* navegaron…», p. 187: «Se cree que navegaron hasta otro lugar del mundo primigenio». <<

[380] *Ibidem* p. 190. <<

[381] *Ibidem* p. 274: «Viajaron por las tierras desocupadas de la era primigenia y fundaron otras residencias sagradas». <<

[382] *Ibidem* p. 122. <<

[383] *Ibidem* p. 134. <<

[384] *Ibidem* pp. 106-107. <<

[385] Por ejemplo, *Ibidem* pp. 44, 258: «En Edfu solo tenemos fragmentos. Un número escogido de relatos, de una gran e importante historia de los templos egipcios». <<

[386] La última inscripción conocida en los sagrados jeroglíficos egipcios se realizó en el templo de Isis en File el 394 d. C. y el último grafito demótico, fechado, también se realizó allí en el 425 a. C. «Si el conocimiento de los jeroglíficos persistió más allá de esta época, no se ha encontrado ningún registro de ello» (John Anthony West, *The traveller's key to ancient Egypt*, Harrap Columbus, Londres, 1987, p. 426). <<

[387] Howard Vyse, *Operations carried on at the pyramids of Gizeh in 1837, with an account of a voyage into Upper Egypt*, James Fraser, Regent Street, Londres, 1840, vol. i, pp. 67-68. <<

[388] Las cronologías mesopotámica y egipcia son bien conocidas. Para Perú véase Ruth Shady Solis *et al.*, *Caral: the oldest civilization in the Americas*, Proyecto Especial Arqueologico Caral-Supe/INC, 2009. <<

[389] Platón, *Timaeus and Critias*, Penguin Classics, 1977, p. 36. <<

[390] *Ibidem* pp. 34-38. <<

[391] J. Gwyn Griffiths, *Atlantis and Egypt with other selected essays*, Cardiff, University of Wales Press, 1991, pp. 3-30. <<

[392] Miriam Lichtheim, *Ancient egyptian literature, vol. I: the Old and Middle Kingdoms*, University of California Press, 1975, p. 211. <<

[393] *Ibidem* pp. 212-213. <<

[394] *Ibidem* p. 215, nota 3. <<

[395] Margaret Buson, *The encyclopedia of ancient Egypt*, Facts on File, Nueva York, Oxford, 1991, p. 130. <<

[396] *Ibidem* <<

[397] *Ibidem* <<

[398] Miriam Lichtheim, *Ancient egyptian literature*, *op. cit.*, p. 213. <<

[399] *Ibidem* p. 124. <<

[400] *Ibidem* <<

[401] Platón, Critias Benjamin (traducción de Jowett), Internet Classics Archive, *classics.mit.edu/Plato/critias.html*. <<

[402] Platón, *Timaeus and Critias*, Penguin Classics Edition, *op. cit.*, p. 38. <<

[403] J. Gwyn Griffiths, *Atlantis and Egypt*, *op. cit.*, p. 23. <<

[404] *egyptsites.wordpress.com/2009/03/03/sa-el-hagar/.* <<

[405] *Ibidem* <<

[406] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple, op. cit.*, p. 324. <<

[407] *Ibidem* p. 213. <<

[408] *Ibidem* p. 31. <<

[409] *Ibidem* p. 111. <<

[410] *Ibidem* p. 142. <<

[411] Platón, *Timaeus and Critias*, *op. cit.*, «Critias», p. 136. <<

[412] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple*, op. cit., p. 113. <<

[413] *Ibidem* p. 109. <<

[414] *Ibidem* p. 127. <<

[415] Platón, *Timaeus and Critias*, *op. cit*., «Timaeus», p. 38. <<

[416] *Ibidem* <<

[417] *Ibidem* p. 35. <<

[418] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple*, op. cit., p. 19. <<

[419] E. W. West (trad.); F. Max Muller (ed.), *Pahlavi texts*, parte I, reed., Atlantic Publishers and Distributors, Nueva Delhi, 1990, p. 17. <<

[420] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple*, op. cit., p. 113. <<

[421] *Ibidem* p. 279 <<

[422] *Ibidem* p. 113. <<

[423] *Ibidem* <<

[424] A*rchaeoastronomy: The Journal of the Center for Archaeoastronomy*, vol. VIII, n.º 1-4, enero-diciembre de 1985, p. 99. <<

[425] Thor Conway en Ray A. Williamson y Claire R. Farrer (eds.), *Earth and sky, op. cit*, p. 246. <<

[426] Platón, *Timaeus and Critias*, *op. cit.*, «Timeo», p. 38. <<

[427] Ignatius Donnelly, *Atlantis: The antediluvian world*, Dover Publications Inc., Nueva York, 1976, p. 23. <<

[428] Platón, *Timaeus and Critias*, *op. cit*., «Timeo», p. 37. <<

[429] Platón, *Critias* (traducción de Benjamin Jowett), Internet Classics Archive, *classics.mit.edu/Plato/critias.html*. <<

[430] Platón, *Timaeus and Critias*, *op. cit*., «Critias», p. 138. <<

[431] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple, op. cit.*, p. 37. <<

[432] *Ibidem* p. 220. <<

[433] *Ibidem* p. 240. <<

[434] *Ibidem* p. 198. <<

[435] *Ibidem* p. 108. <<

[436] *Ibidem* <<

[437] *Ibidem* p. 109. <<

[438] *Ibidem* p. 202, 323-324. <<

[439] Platón, *Timaeus and Critias*, *op. cit*., Timaeus, p. 38. <<

[440] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple*, *op. cit.*, p. 171: «Una tierra-*pay* se dice que se originó después de que el Creador desecara el agua en torno a su lugar de origen». Véase también p. 172: «La palabra tierra-*pay* describe una tierra emergida del agua…». <<

[441] *Ibidem* p. 162. <<

[442] *Ibidem* p. 173. <<

[443] *Ibidem* p. 324. <<

[444] *Ibidem* p. 194. <<

[445] *Ibidem* p. 274. <<

[446] *Ibidem* p. 187. <<

[447] *Ibidem* p. 274. <<

[448] *Ibidem* p. 190. <<

[449] *Ibidem* p. 274. <<

[450] *Ibidem* p. 190. Véase también p. 33. <<

[451] *Ibidem* p. 33. <<

[452] *Ibidem* p. 24: «los *shebtiw*, cuya función es descrita como *din iht*, “nombrar” (= crear) las cosas». Véase también p. 180. <<

[453] *Ibidem* p. 41. <<

[454] *Ibidem* p. 28. <<

[455] *Ibidem* p. 95, 96, 108, 110-111. <<

[456] *Ibidem* p, 96. <<

[457] *Ibidem* p. 91. <<

[458] *Ibidem* p. 92. <<

[459] *Ibidem* <<

[460] *Ibidem* p. 25, 41, 289. <<

[461] *Ibidem* p. 159. <<

[462] *Ibidem* p. 28, 66, 236. <<

[463] *Ibidem* pp. 310-311. <<

[464] *Ibidem* p. 9. <<

[465] *Ibidem* p. 48. <<

[466] *Ibidem* p. 273. <<

[467] Platón, *Timaeus and Critias*, Penguin Classics, *op. cit.*, Timaeus, p. 36. <<

[468] *Ibidem* <<

[469] Platón, *Laws* ii, en John M. Cooper (ed.), *Plato: complete works*, Hackett Publishing Company, Indianapolis/Cambridge, 1997, p. 1348. <<

[470] Graham Hancock, *Fingerprints of the gods*, William Heinemann Ltd., Londres, 1995, por ejemplo, p. 446 y ss., pp. 456-458. <<

[471] Robert Bauval y Adrian Gilbert, *The Orion mystery*, William Heinemann Ltd., London, 1994. <<

[472] Robert Bauval y Graham Hancock, *Keeper of genesis*, William Heinemann Ltd., London, 1996. <<

[473] Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's mill: an essay investigating the origins of human knowledge and its transmission through myth*, Nonpareil Books, 1977, reimp. 1999, p. 59. <<

[474] Graham Hancock y Santha Faiia, *Heaven's mirror: quest for the lost civilization*, Michael Joseph, Londres, 1998. <<

[475] Véase *ibidem* para un análisis en detalle. <<

[476] Paolo Debertolis, Goran Marjanovic *(et al.)*, *Archaeoacoustic analysis of the ancient site of Kanda (Macedonia)*, Proceedings in the Congress «The 3rd Virtual International Conference on Advanced Research in Scientific Areas» (ARSA-2014) Slovakia, del 1 al 5 de diciembre de 2014: pp. 237-251, publicado por EDIS-Publishing Institution of the University of Zilina, Univerzitná 1, 01026 Žilina, Slovak Republic. Artículo disponible en internet: *www.academia.edu/9818666/Archaeoacoustic_analysis_of_the_ancient_site_of_Kanda_Macedonia_._Preliminary_results*. <<

[477] *www.usbr.gov/lc/hooverdam/History/essays/artwork.html*. <<

[478] *Ibidem* <<

[479] *Ibidem* <<

[480] Richard Guy Wilson, «American modernism in the West: Hoover Dam», *Images of an American Land*, Thomas Carter (ed.). Albuquerque: University of New Mexico Press, 1997, p. 10, citado en, *The Hoover dam: lonely lands made fruitful, xroads.virginia.edu/~1930s/display/hoover/modern.html*. <<

[481] Véase por ejemplo*: www.wisdomuniversity.org/ChartresOverview.htm*: «Estos son la magia y el misterio de Chartres, emplazamiento de la “reina de las catedrales”. Es también el poder de la “astronomía”, tal cual fue conocida entre los antiguos, que señala la última y superior de las siete artes liberales, el más antiguo y en continuo desarrollo de los sistemas de aprendizaje conocidos por la humanidad, emanados del antiguo Egipto y que fueron llevados a su máximo refinamiento por los maestros de Chartres. La astronomía sagrada está embebida en las piedras y cristales emplomados de la catedral de Chartres. Era considerada la más elevada de las artes liberales porque solo ella considera el cosmos por entero y busca discernir el significado y propósito últimos de toda la creación». <<

[482] El tema se trata en Graham Hancock, *Fingerprints of the gods*, *op. cit.*, capítulo 49, p. 443 y ss. <<

[483] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple, op. cit.*, p. 134, citado en el capítulo 9. <<

[484] Michael A. Hoffman, *Egypt before the pharaohs*, Michael O'Mara Books Ltd., 1991, pp. 89-90. Véase también Karl W. Butzer, *Early hydraulic civilization in Egypt*, The University of Chicago Press, 1976, p. 9. <<

[485] Graham Hancock, *Fingerprints of the gods, op. cit.*, capítulo 52, p. 497. <<

[486] Para un estudio de la cronología geológica de la Esfinge realizada por el profesor Robert Schoch, de la Universidad de Boston, véase *Ibidem* capítulo 46, p. 420 y ss. <<

[487] L. Liritzis, A. Vafiadou, «Surface luminescence dating of some egyptian monuments», *Journal of Cultural Heritage* 16 (2015), tabla I, p. 137. <<

[488] *Ibidem* pp. 134-150. <<

[489] *Ibidem* p. 134. <<

[490] *Ibidem* pp. 134-150. <<

[491] *Ibidem* tabla I, p. 137. <<

[492] *Ibidem* <<

[493] Comunicación personal del profesor Robert Schoch en un correo electrónico del 20 de enero de 2015. <<

[494] L. Liritzis, A. Vafiadou, «Surface luminescence dating of some egyptian monuments», *Journal of Cultural Heritage, op. cit.*, tabla I, p. 137. <<

[495] Comunicación personal del profesor Robert Schoch en un correo electrónico del 20 de enero de 2015. <<

[496] L. Liritzis, A. Vafiadou, «Surface luminescence dating of some egyptian monuments», *Journal of Cultural Heritage, op. cit.*, tabla I, p. 137. <<

[497] *Ibidem* <<

[498] Por ejemplo, véase John Baines y Jaromir Malek, *Atlas of ancient egypt*, Time-Life Books, 1990, p. 36. <<

[499] L. Liritzis, A. Vafiadou, «Surface luminescence dating of some egyptian monuments», *Journal of Cultural Heritage, op. cit.*, p. 147. <<

[500] *Ibidem* <<

[501] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple, op. cit.*, p. 187. <<

[502] Toby A. H. Wilkinson, *Early dynastic Egypt*, Routledge, Londres y Nueva York, 1999, p. 325. <<

[503] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple, op. cit.*, p. 262. <<

[504] *Ibidem* p. 263. <<

[505] *Ibidem* <<

[506] *Ibidem* <<

[507] *Ibidem* p. 262. <<

[508] Reymond (*The mythical origin of the egyptian temple, op. cit.*, p. 263) termina optando por Sakkara como su principal candidato para «el lugar al norte de Menfis» donde se creía que descendió el libro desde el cielo. Su lógica se me escapa. Henen-nesut se encuentra a 29,08º de latitud, Menfis a 29,84º, Sakkara a 29,87º, la Gran Pirámide a 29,98º y Dashur a 29,80º. Dado que cuanto más alta la cifra más al norte te encuentras, resulta evidente que debemos descartar Henen-Nesut y Dashur; la primera se encuentra a 0,76 de un grado al sur de Menfis y la segunda a 0,04 de un grado al sur de Menfis. Sakkara se encuentra a solo 0,03º de un grado al norte, tan cerca que están casi exactamente en la misma latitud. En cambio, Guiza está 0,14 de un grado al norte de Memphis y encaja mucho mejor. <<

[509] E. A. Wallace Budge, *The gods of the egyptians*, Methuen and Company, Chicago y Londres, 1904, reimpreso por Dover Books, 1969, vol. I, pp. 467, 468, 473, etc. <<

[510] Selim Hassan, *The sphinx: its history in the light of recent excavations*, Government Press, El Cairo, 1949, p. 80. <<

[511] Véase el debate sobre esta cuestión en Robert Bauval y Graham Hancock, *Keeper of Genesis, op. cit.*, pp. 5, 156 y ss., 160 y ss., etc. <<

[512] Rainer Stadelman, «The Great Sphinx of Giza», en Zahi Hawass (ed.), *Egyptology at the dawn of the Twenty-first Century* (Proceedings of the Eighth International Congress of Egyptologists, El Cairo, 2000, vol. I: Archaeology), The American University in Cairo Press, El Cairo, Nueva York, 2002, pp. 464-469. <<

[513] *Ibidem* p. 465. <<

[514] Selim Hassan, *The Sphinx*, *op. cit.*, p. 75. <<

[515] *Ibidem* p. 75. <<

[516] *Ibidem* p. 76. <<

[517] *Ibidem* pp. 76, 185. <<

[518] *Ibidem* p. 76. <<

[519] James Henry Breasted, *Ancient records Of Egypt*, University of Illinois Press, Urbana y Chicago, 2001, vol. 2, p. 323. <<

[520] *Ibidem* <<

[521] *Ibidem* pp. 320, 324. <<

[522] Selim Hassan, *The Sphinx*, *op. cit.*, p. 76. <<

[523] Gaston Maspero, *The dawn of civilization*, SPCK, Londres, 1894, p. 366. <<

[524] Gaston Maspero, *A manual of egyptian archaeology*, Putnam's Sons, Nueva York, 1914, p. 74. <<

[525] Selim Hassan, *The Sphinx*, *op. cit.*, p. 222. <<

[526] Una traducción del texto completo de la Estela del Inventario en James Henry Breasted, *Ancient records of Egypt, op. cit.*, vol. I, pp. 83-5. Véase también Selim Hassan, *The Sphinx, op. cit.*, pp. 222-227. <<

[527] Selim Hassan, *The Sphinx*, *op. cit.*, p. 225. <<

[528] *www.guardians.net/hawass/khafre.htm*. <<

[529] *en.wikipedia.org/wiki/Khafra#Valley_Temple*. <<

[530] En el llamado «templo funerario» atribuido a Khafre. Correo electrónico del profesor Stephen Quirke a Graham Hancock fechado el 2 de abril de 2015. <<

[531] I. E. S. Edwards, *The pyramids of Egypt*, Pelican Books, 1947, reimp. 1949, p. 107 y ss. <<

[532] *Ibidem* p. 109. <<

[533] I. E. S. Edwards, *The pyramids of Egypt*, Penguin, 1993, p. 124. Las cursivas son mías. <<

[534] Kathryn A. Bard (ed.), *Encylopaedia of the archaeology of ancient Egypt*, Routledge, 1999, pp. 342-345. <<

[535] Breasted, *Ancient records of Egypt*, *op. cit.*, vol. II, pp. 320-321, nota b. <<

[536] Henri Frankfort, *Kingship and the Gods*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1948, 1978, p. 148. <<

[537] William Matthew Flinders Petrie, *Memphis I. The palace of Apries (Memphis II). Meydum and Memphis III*, Cambridge University Press, 2013, p. 43. <<

[538] Selim Hassan, *The Sphinx*, *op. cit.*, pp. 222-224. <<

[539] *Ibidem* pp. 224-225. <<

[540] *Ibidem* p. 223. <<

[541] *Ibidem* <<

[542] Por ejemplo en el Tíbet. Los *thotchkas* tibetanos se hacen a partir de hierro meteorítico: «La palabra *thokcha* está formada por dos palabras, *thog*, que significa “arriba”, “primero” o “rayo”, y *lcags* que significa “hierro” o “metal”. De modo que se puede decir que el significado de *thokcha* es “el primer, u original, hierro” o “hierro rayo”»: *en.wikipedia.org/wiki/Thokcha*. <<

[543] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple*, *op. cit*., p. 10. <<

[544] *Ibidem* pp. 8-10, 18. <<

[545] Platón, *Timaeus and Critias*, Penguin Classics, *op. cit.*, pp. 35-36. <<

[546] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple, op. cit.*, p. 285. <<

[547] Esta noción ya es aceptada por algunos egiptólogos que han «propuesto que materiales predinásticos o del dinástico temprano, o de ambos, fueron retirados al crear las plataformas de las pirámides». Véase Serena Love, «Stones, ancestors and pyramids: investigating the pre-pyramid landscape of Memphis», en Miroslav Barta (ed.), *The Old Kingdom art and archaeology, Proceedings of the conference held in Prague, 31 May - 4 June 2004*, Czech Institute of Egyptology, Praga, 2006, p. 216. <<

[548] E. A. E. Reymond, *The Mythical origin of the egyptian temple*, *op. cit.*, p. 327. <<

[549] Carta a Robert Bauval fechada el 27 de enero de 1993, citada en Robert Bauval y Graham Hancock, *Keeper of Genesis*, *op. cit.*, p. 200 y nota 11, p. 333. <<

[550] E. A. E. Reymond, *The Mythical origin of the egyptian temple*, *op. cit.*, p. 59. <<

[551] *Ibidem* p. 9. <<

[552] E. A. Wallis Budge, *Egyptian magic*, Kegan Paul, Trench, Trubner and Co., Londres, 1901, reimpreso por Dover Publications Inc., Nueva York, 1971, p. 143. <<

[553] Citado en John Greaves, *Pyramidographia: Or a description of the pyramids in Egypt*, George Badger, Londres, 1646, reimpreso por Robert Lienhardt, Baltimore, p. 96. <<

[554] *Ibidem* <<

[555] *Ibidem* <<

[556] *Ibidem* <<

[557] I. E. S. Edwards, *The pyramids of Egypt*, 1947, *op. cit.*, p. 134. <<

[558] Miriam Lichtheim, *Ancient egyptian literature*, vol. I, *op. cit.*, pp. 218-19. <<

[559] I. E. S. Edwards, *The pyramids of Egypt*, 1993, *op. cit.*, p. 286. <<

[560] F. W. Green, *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. XVI, 1930, p. 33. <<

[561] Alan H. Gardiner, *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. XI, 1925, pp. 2-5. <<

[562] E. A. E. Reymond, *The mythical origin of the egyptian temple, op. cit.*, p. 77. <<

[563] *Ibidem* p. 122. <<

[564] Véase sobre ellos Robert Bauval y Graham Hancock, *Keeper of Genesis*, *op. cit.*, pp. 13, 108, 192, 193-196. <<

[565] R. A. Schwaller de Lubicz, *Sacred science*, *inner traditions*, Rochester, Vermont, 1988, p. 104. <<

[566] *Ibidem* p. 111. <<

[567] Sir Walter Scott (ed. y trad.), *Hermetica*, Shabbhala, Boston, 1993, p. 343. <<

[568] Véase el estudio de Sylvia Cranston (ed.), *Reincarnation. The phoenix fire mystery*, Theosophical University Press, Pasadena, 1998, pp. 114 y ss. <<

[569] R. T. Rundle Clark, «The origin of the phoenix», *University of Birmingham Historical Journal* (1949-1950), p. 17: «La piedra Benben y el pájaro Bennu deben tener nombres derivados de la misma raíz, *bn* o *wbn*. Ambas palabras son derivativas, de modo que no podemos decir que una sea atributo de la otra. El pájaro y la piedra —si es que es una piedra— están relacionados». <<

[570] Henri Frankfort, *Kingship and the gods*, The University of Chicago Press, 1978, pp. 153-154. <<

[571] Véase, por ejemplo, E. A. Wallis Budge, *An egyptian hieroglyphic dictionary*, John Murray, London, 1920, reimpreso por Dover Publications Inc., Nueva York, 1978, vol. I, p. 217. <<

[572] Robert Bauval, *Discussions in Egyptology*, vol. 14, 1989. <<

[573] PT 1652, citado en R. T. Rundle Clark, «The origin of the Phoenix», *op. cit.*, p. 14. <<

[574] E. A. Wallis Budge, *An egyptian hieroglyphic dictionary, op. cit.*, vol. I, p. 217. <<

[575] R. T. Rundle Clark, «The origin of the Phoenix», *op. cit.*, p. 15. <<

[576] *Ibidem* p. 18. <<

[577] Graham Hancock, *The sign and the seal. A quest for the lost Ark of the Covenant*, William Heinemann Ltd., Londres, 1992, pp. 67-69. <<

[578] Menahem Haran, *Temples and temple service in ancient Israel*, Clarendon Press, Oxford, reimpreso por Eisenbrauns, Winona Lake (Indiana), 1985, p. 246. <<

[579] Sobre esta cuestión véase Emma Jung y Marie-Louise von Franz, *The Grail legend*, Coventure, Londres, 1986, p. 148, nota 28. <<

[580] Jennifer Westwood (ed.), *The atlas of mysterious places*, Guild Publishing, Londres, 1987, p. 74. <<

[581] *Ibidem* <<

[582] W. H. Roscher, *Lexicon der griechischen und romischen Mythologie*, 1884, citado en Emma Jung y Marie-Louise von Franz, *The Grail legend*, *op. cit.*, p. 148. <<

[583] Véase *Ibidem* pp. 14-16. <<

[584] R. T. Rundle Clark, *Myth and symbol in ancient Egypt*, Thames and Hudson, Londres, 1991, pp 246-247. <<

[585] *Ibidem* <<

[586] Resumen de Lactancio en Elmer G. Suhr, «The phoenix», *Folklore*, vol. 87, n.º 1 (1976), p. 30. <<

[587] E. V. H. Kenealy, citado en Sylvia Cranston (ed.), *The phoenix fire mystery, op. cit.*, p. 18. <<

[588] R. T. Rundle Clark, *The origin of the phoenix*, *op. cit*., p. 1; Elmer G. Suhr, «The phoenix», *op. cit.*, p. 31; R. Van den Broek, *The myth of the phoenix according to classical and early christian traditions*, E. J. Brill, 1972, pp. 68-72. <<

[589] R. T. Rundle Clark, *The origin of the phoenix*, *op. cit.*, p. 1; Gerald Massey, *The natural Genesi*s, vol. 2, Black Classic Press, Baltimore, 1998 (reimp.), p. 340. <<

[590] M. R. Niehoff, «The phoenix in rabbinic literature», *The Harvard Theological Review*, vol. 89, n.º 3 (julio 1996), p. 252. <<

[591] R. Van den Broek, *The myth of the phoenix according to classical and early christian traditions, op. cit.*, p. 73. <<

[592] Véase Graham Hancock, *Fingerprints of the gods*, *op. cit*., capítulo 28 a 32. <<

[593] Giorgio de Santillana y Hertha *von Dechend, Hamlet's mill, op. cit.*, p. 132. <<

[594] R. Van den Broek, *The myth of the phoenix*, *op. cit.*, pp. 73-74. <<

[595] En el momento de escribirse estas líneas sigue sin haberse establecido claramente quién fue responsable de estas muertes. Cinco miembros destacados de Hezbollah, el grupo militante y político chií, han sido acusados por un tribunal de la ONU. Por su parte, Hezbollah acusa del asesinato a Israel. Además, se sospecha que el presidente sirio Bashar al-Assad estuvo implicado directamente. Véase por ejemplo *www.bbc.co.uk/news/world-middle-east-13972350, www.bbc.co.uk/news/world-middle-east-25749185* and *www.jpost.com/Middle-East/Special-Lebanon-Court-permits-prosecutor-to-bring-evidence-against-Assad-in-Hariri-case-381986* y *www.thenational.ae/world/lebanon/probe-into-hariris-assassination-to-focus-on-al-assad*. <<

[596] Incluida una incursión de comandos israelíes en 2006; véase: *www.foxnews.com/story/2006/08/02/israeli-commandos-raid-hezbollah-hideout-in-baalbek-hospital/*. Y también: *www.reuters.com/article/2013/04/26/us-syria-crisis-hezbollah-idUSBRE93P09720130426*. Sobre la caída del misil en Baalbek en junio de 2013 véanse: *www.ynetnews.com/articles/0,7340, L -4386949,00.html* y *www.arabtoday.net/home/also-in-the-news/syrian-missiles-reach-lebanons-baalbek.html*. <<

[597] Sobre la historia del templo de Salomón y las subsiguientes construcciones en el monte del Templo, véase Graham Hancock, *The sign and the seal, op. cit.*, capítulo 14. <<

[598] Andreas J. M. Kropp y Daniel Lohmann, «“Master, look at the size of those stones! Look at the size of those buildings”. Analogies in construction techniques between the temples of Heliopolis (Baalbek) and Jerusalem», *Levant*, vol. 43, n.º 1 (2011), Council for British Research in the Levant, 2011, p. 42-43. <<

[599] Dan Bahat, *Carta's historical atlas of Jerusalem*, Carta, Jerusalén, 1989, p. 30. <<

[600] Sobre esta cuestión, véase Graham Hancock, *The sign and the seal*, *op. cit*., capítulo 5, pp. 91-92. <<

[601] *Ibidem* p. 95. <<

[602] Un vídeo al respecto en *www.youtube.com/watch?v=LCFGjSgTzo0* (a partir del 1,30 segundos en adelante). Fotografías en: *survincity.com/2012/07/megaliths-of-israel-the-foundation-of-the-temple/* y *earthbeforeflood.com/megalithic_blocks_on_the_temple_mount_in_ jerusalem.html*. <<

[603] Andreas J. M. Kropp y Daniel Lohmann, «“Master, look at the size of those stones!”», *op. cit.* <<

[604] Selim Hassan, *The Great Sphinx and its Secrets: historical studies in the light of recent excavations (excavations at Giza 1936-1937*, vol. VIII), Government Press, El Cairo, p. 267. <<

[605] Véase, por ejemplo, *ibid*., pp. 264-246. <<

[606] *Ibidem* p. 49. <<

[607] *Ibidem* <<

[608] *Ibidem* p. 256. <<

[609] *Ibidem* <<

[610] Christiane Zivie-Coche, «Foreign deities in Egypt», en Jacco Dielman, Willeke Wendrich (eds.), *UCLA Encyclopedia of egyptology*, Los Ángeles, 2011, p. 5. NB: En el pasaje citado, Zivie-Coche utiliza «Harmachis», la forma helenizada del antiguo egipcio Hor-em-Akhet; pero me he tomado la libertad de cambiarlo por Hor-em-Akhet para evitar la confusa multiplicación de nombres. <<

[611] *Ibidem* p. 6. <<

[612] N. Wyatt, *Religious texts from Ugarit*, Sheffield Academic Press, 1998, p. 378 y ss. <<

[613] Jacobus Van Dijk, «The canaanite god Hauron and his cult in Egypt», *GM* 107 (1989), p. 61. Ponencia presentada en el IV Congreso Internacional de Egiptología, Múnich, 26 de agosto-1 de septiembre de 1985. El pdf está disponible aquí: *www.jacobusvandijk.nl/docs/GM_107.pdf*. <<

[614] N. Wyatt, *Religious texts from Ugarit*, *op. cit.*, p. 385. <<

[615] Ibidem, p. 386. <<

[616] Nina Jidejian, *Baalbek: Heliopolis, city of the sun*, Dar el-Machreq Publishers, Beirut, 1975, p. 5. Véanse también Michael M. Alouf, *History of Baalbek*, American Press, Beirut, 1951, p. 38 y Friedrich Ragette, *Baalbek*, Chatto & Windus, Londres, 1980, p. 16. <<

[617] Christiane Zivie-Coche, «Foreign deities in Egypt», *op. cit.*, pp. 2-4 y la figura 4. Véase también Selim Hassan, *The Great Sphinx and its secrets: historical studies in the light of recent excavations (excavations at Giza 1936-1937*, vol. VIII*), op. cit.*, p. 278. <<

[618] Friedrich Ragette, *Baalbek*, *op. cit.*, p. 16. <<

[619] Véase David Grene (trad.), Heródoto, *The History*, libro 2, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1987, pp. 132 y ss. <<

[620] Friedrich Ragette, *Baalbek*, *op. cit.*, p. 20. <<

[621] *Ibidem* <<

[622] *Ibidem* pp. 16-17, 72. <<

[623] Citado en Michael M. Alouf, *History of Baalbek, op. cit.*, p. 65. <<

[624] *Ibidem* <<

[625] Citado en *Ibidem* p. 66. <<

[626] Friedrich Ragette, *Baalbek*, *op. cit.*, p. 27. <<

[627] Michael M. Alouf, *History of Baalbek*, *op. cit.*, pp. 69-70. <<

[628] *Ibidem* p. 71. <<

[629] *Ibidem* <<

[630] *Ibidem* pp. 71-72. <<

[631] *Ibidem* p. 73. <<

[632] *Ibidem* p. 74. <<

[633] Dell Upton, «Starting from Baalbek: Noah, Solomon, Saladin, and the fluidity of architectural history», *Journal of the American Society of Architectural Historians*, vol. 68, n.º 4 (diciembre 2009), p. 458. <<

[634] Michael M. Alouf, *History of Baalbek*, *op. cit.*, p. 86. <<

[635] Véase Dell Upton, «Starting from Baalbek», *op. cit.*, pp. 459-560: «La sensación de que Baalbek era profundamente europeo, un producto de la cultura romana sobre la que se cimienta "Occidente" entró en la literatura especializada cuando las excavaciones arqueológicas alemanas de los primeros años del siglo xx nos dieron el Baalbek que conocemos hoy». <<

[636] Véase por ejemplo, Margarete van Ess y Llaus Rheidt (eds.), *Baalbek-Heliopolis 10.000 Jahre Stadtgeschichte [Baalbek-Heliopolis: una historia de 10.000 años de la ciudad]*, Philipp von Zabern, 2014. <<

[637] Margaret van Ess, «First results of the archaeological cleaning of the deep trench in the great courtyard of the Jupiter sanctuary», en «Baalbek/Heliopolis: results of archaeological and architectural research 2002-5», en *Bulletin d'Archaeoligie et d'Architecture Libanaises* (BAAL), Hors-Serie IV, Beirut, 2008, p. 113. Véase también Daniel Lohmann, «Giant strides towards monumentality: the architecture of the Jupiter sanctuary in Baalbek/Heliopolis», *Bolletino Di Archeologia On Line*, 2010, volumen especial/sesión de póster 2, p. 29: «Tell Balbek […] estuvo habitado de continuo desde el período Neolítico Precerámico». <<

[638] Timothy Hogan, *Entering the chain of union. An exploration of esoteric traditions and what unites them*, 2012, pp. 238-239, 242-245. <<

[639] Sobre el culto de Mercurio en Baalbek, véase Nina Jidejian, *Baalbek Heliopolis, op. cit.*, pp. 28, 29, 30, 33, 36, 37, 45, 54-5. Sobre la conexión entre Thot y Hermes, véanse Garth Fowden, *The egyptian Hermes*, Cambridge University Press, 1987, y Patrick Boylan, *Thoth: Hermes of Egypt*, Ares Publishers, Chicago, 1987. <<

[640] Nina Jidejian, *Baalbek Heliopolis*, *op. cit.*, p. 54. <<

[641] Hartoune Kalayan, «Notes on the heritage of Baalbek and the Beka’a», *op. cit.*, p. 53. <<

[642] Nina Jidejian, *Baalbek Heliopolis*, p. 30. <<

[643] Se trata de una pieza identificada como un fragmento de la esquina norte del tímpano del templo de Júpiter. La he visto y no dudo del peso de 360 toneladas que le otorgan Christian y Barbara Joy O'Brien, *The shining ones*, Dianthus Publishing Ltd., Cirencester, 2001, p. 272 <<

[644] Michael M. Alouf, *History of Baalbek*, *op. cit.*, pp. 85-86. <<

[645] *Ibidem* p. 85. <<

[646] Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's mill, op. cit.*, p. 162. <<

[647] La altura y la longitud me han sido proporcionadas por Daniel Lohmann en nuestra correspondencia personal (correo electrónico fechado el 8 de febrero de 2015); véase también Michael M. Alouf, *History of Baalbek*, *op. c*it., pp. 86-87 que proporciona la anchura y unas dimensiones de longitud y altura ligeramente distintas. <<

[648] Agradezco al arqueólogo Daniel Lohmann que me haya explicado estos detalles en nuestra correspondencia personal (correo electrónico fechado el 8 de febrero de 2015). <<

[649] Dell Upton, «Starting from Baalbek», *op. cit.*: «La documentación escrita antigua es casi no existente y la mayoría de la que se ha conservado fue escrita siglos después de la construcción de estos edificios. No hay absolutamente ninguna evidencia, por ejemplo, que nos diga quien encargó, pagó o diseño ninguna parte del complejo». <<

[650] Daniel Lohmann describe el diseño y construcción del muro como «megalomaníaco» en «Giant strides towards monumentality», *op. cit.*, p. 28. <<

[651] Andreas J. M. Kropp y Daniel Lohmann, «“Master look at the size of those stones!”», *op. cit.*, p. 38. <<

[652] *Ibidem* p. 39. <<

[653] *Ibidem* <<

[654] *Ibidem* p. 38. <<

[655] *Ibidem* p. 44. <<

[656] Daniel Lohmann, «Giant strides towards monumentality», *op. cit.*, p. 29. <<

[657] Daniel Lohmann, «Master look at the size of those stones», *op. cit.*, p. 39. <<

[658] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico del 8 de febrero de 2015. <<

[659] Jean-Pierre Adam, «A propos du trilithon de Baalbek: le transport et le mise en oeuvre des megaliths», *Syria*, t. 54 fasc 1.2 (1977) p. 52. <<

[660] H. Kalayan, «The engraved drawing on the trilithon and the related problems about the constructional history of the Baalbek temples», *Bulletin du Musee de Beyrouth*, XXII (1969), p. 151. <<

[661] Daniel Lohmann, «Drafting and designing: roman architectural drawings and their meaning for the construction of Heliopolis/Baalbek, Lebanon», *Proceedings of the Third International Congress on Construction History*, Cottbus, mayo de 2009. <<

[662] Daniel Lohmann, «Giant Strides towards monumentality: the architecture of the Jupiter sanctuary in Baalbek/Heliopolis», *Bolletino Di Archeologia On Line*, 2010, volumen especial/sesión de póster 2, p. 28. <<

[663] *dictionary.reference.com/browse/podium?s=t.* <<

[664] *Ibidem* <<

[665] *dictionary.reference.com/browse/stereobate?s=t.* <<

[666] *Ibidem* <<

[667] *en.wikipedia.org/wiki/Crepidoma*. <<

[668] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico de 9 de febrero de 2015: «los romanos eran bastante pragmáticos…». <<

[669] H. Kalayan, «The engraved drawing on the trilithon and the related problems», *op. cit.*, pp. 151-152. <<

[670] *www.jasoncolavito.com/blog/ancient-astronauts-at-baalbek*. Sobre su afirmación de ser un desacreditador de la ciencia marginal y la historia revisionista, véase la biografía de Jason Colavito: *www.jasoncolavito.com/biography.html*. <<

[671] *gilgamesh42.wordpress.com/about/*. <<

[672] *gilgamesh42.wordpress.com/2013/04/25/moving-the-stones-of-baalbek-the-wonders-of-roman-engineering/*. El argumento de Adair se limita a que debajo de las tres grandes piedras del trilito: «hay otras piedras impresionantes que actúan de base para el trilito. Si bien no tan gigantescas como las piedras del trilito, estas estructuras de base poseen una masa considerable. No obstante, por debajo de ellas se descubrió parte del tambor de una columna.

El tamaño del tambor se corresponde al de las columnas utilizadas para el templo de Júpiter, de modo que es probable que se tratara de un resto o una pieza ya inútil de una de esas columnas. Como se encuentra debajo de las piedras de la base, el tambor debe haber sido colocado allí antes de que el trilito fuera puesto en su sitio. Además, encima de una de las piedras del trilito se encuentra el dibujo de los planos del templo de Júpiter, sobre el cual construyeron los romanos cuando dejaron de necesitarlo. Al tener esas piezas del templo de Júpiter debajo y el dibujo encima podemos tener una razonable certeza de que las piedras del trilito fueron colocadas al mismo tiempo que se construía el templo de Júpiter. De modo que, al ser las piedras del trilito contemporáneas del templo, hemos establecido el origen romano de la estructura». <<

[673] Michael Alouf menciona justo esta sección del muro en su *History of Baalbek, op. cit.*, publicada originalmente en julio de 1890, y reimpresa muchas veces hasta 1951. En la p. 98 describe el trilito («Ninguna descripción dará una idea exacta del desconcertante y pasmoso efecto de estos tremendos bloques sobre el espectador»), y luego dice: «Encima de estos bloques están las fortificaciones árabes, construidas, como ya se ha dicho, con bases de columnas, frisos esculpidos y fragmentos caídos que todavía conservan una inscripción fechada en la época del sah Bahram». <<

[674] Friedrich Ragette, Baalbek, Chatto & Windus, Londres, 1980, pp. 32-33. <<

[675] Por ejemplo, además de la anterior, mencionada en la nota 8, véase Michael Alouf, *History of Baalbek*, *op. cit.*, p. 85, y Nine Jidejian, *Baalbek Heliopolis*, p. 36. <<

[676] Michael Alouf, *History of Baalbek*, *op. cit.*, p. 86. <<

[677] Sobre la estrecha identificación entre los fenicios y los cananeos, véase Gerhard Herm, *The phoenicians*, Victor Gollancz Ltd., 1975 (edición del Book Club Associates), p. 25. <<

[678] *Ibidem* p. 83. <<

[679] Antes de la guerra de Troya. Véase Harold W. Attridge y Robert A. Oden Jr., *Philo of Byblos: The phoenician history*, The Catholic Biblical Quarterly Monograph Series 9, Washington DC, 1981, p. 4. <<

[680] *Ibidem* pp. 1-3. <<

[681] *Ibidem* p. 53. <<

[682] Sabatino Moscati, *The world of the phoenicians*, Cardinal/Sphere Books, 1973, p. 66. <<

[683] E. Richmond Hodges (ed.), *Cory's ancient fragments of the phoenician, carthaginian, babylonian, egyptian and other authors*, Reeves and Turner, Londres, 1876, p. 13. Las cursivas son mías. <<

[684] Miriam Lichtheim, *Ancient egyptian literature*, vol. III, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles, Londres, 1980, p. 148. <<

[685] David Urquhart, *The Lebanon (Mount Souria). A history and a diary*, vol. 2, Thomas Cautley Newby, Londres, 1860, p. 369. <<

[686] Dell Upton, «Starting from Baalbek: Noah, Solomon, Saladin and the fluidity of architectural history», *Journal of the Society of Archaeological Historians*, vol. 68, n.º 4 (diciembre de 2009), p. 461. <<

[687] David Urquhart, *History and a diary, op. cit.*, p. 382. <<

[688] *Ibidem* p. 371. <<

[689] *Ibidem* <<

[690] *Ibidem* pp. 370-373. <<

[691] *Ibidem* p. 373. <<

[692] *Ibidem* pp. 374-375. <<

[693] *Ibidem* p. 377. <<

[694] *Ibidem* pp. 376, 377, 378. <<

[695] *Ibidem* p. 376. <<

[696] La supuesta «tumba de Noé», Karak Nuh, puede verse en el interior de una mezquita en la ciudad de Zahle, en los límites del valle del Bekaa. La «tumba» tiene 31,9 metros de largo por 2,7 metros de ancho y 0,98 metros de alto. <<

[697] Citado en Michael Alouf, *History of Baalbek, op. cit*., pp. 39-40. <<

[698] *Ibidem* p. 40. <<

[699] *Ibidem* p. 41. El manuscrito árabe fue «encontrado en Baalbek». <<

[700] Jean-Pierre Adam, «A propos du trilithon de Baalbek: le transport et la mise en oeuvre des mégaliths», *Syria*, t. 54, fase 1-2 (1977), p. 52. <<

[701] *Ibidem* pp. 31-63. <<

[702] *Ibidem* p. 54. <<

[703] *Ibidem* p. 56. <<

[704] *Ibidem* p. 61. <<

[705] *Ibidem* <<

[706] *Ibidem* <<

[707] Friedrich Ragette, *Baalbek*, *op. cit*., pp. 114-119. <<

[708] *Ibidem* p. 119. <<

[709] Véase Christian y Barbara Joy O’Brien, *The shining ones*, Dianthus Publishing Ltd., Londres, Cirencester, 2001, p. 275. <<

[710] Jean-Pierre Adam, «A propos du trilithon», *op. cit.*, p. 62. <<

[711] La cara superior del bloque más meridional, donde estuve sentado a la sombra, tal cual y como describo al comienzo del capítulo, y sobre el que se encontró el dibujo arquitectónico del tímpano del templo de Júpiter, está lo suficientemente despejado de mampostería como para poder estar seguro de ello. Es en esta cara superior, por encima del centro de gravedad, donde tendrían que haberse hecho los agujeros para las lobas. Dado que este, el más grande y pesado de los bloques, no presenta ninguno de ellos, resulta razonable suponer que tampoco hay ninguno en los otros dos. <<

[712] Sobre esta cuestión, véase Graham Hancock y Robert Bauval, *Talisman: sacred cities, secret faith*, Penguin Books, Londres, 2005, pp. 302-305. <<

[713] El peso de 1.250 toneladas del megalito de San Petersburgo se encuentra en Adam, «A propos du trilithon», *op. cit.*, p. 42. Véase también Ragette, *Baalbek, op. cit.*, pp. 118-119. <<

[714] Zecharia Sitchin, *The stairway to heaven*, Harper, Londres, 2007 (reimpresión), p. 241. <<

[715] *Ibidem* pp. 235, 241. <<

[716] *Ibidem* p. 310. <<

[717] Elif Batuman, «The myth of the megalith», *The New Yorker*, 18 de diciembre de 2014, *www.newyorker.com/tech/elements/baalbek-myth-megalith*. <<

[718] Jean-Pierre Adam, «A propos du trilithon», *op. cit.*, p. 52. <<

[719] Erwin M. Ruprechtsberger, «Von Steinbruch zum Jupitertempel von Heliopolis/Baalbek», *Linzer Archaeologische Forschungen* (1999) 30, pp. 7-56. <<

[720] German Archaeological Institute figures, *www.dainst.org/pressemitteilung/-/asset_publisher/nZcCAiLqgldb/content/libanesisch-deutsches-forscherteam-entdeckt-weltweit-gro%C3%9Ften-antiken-steinblock-in-baalbek*. <<

[721] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico enviado por Daniel Lohmann a Graham Hancock el 8 de febrero de 2015. <<

[722] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico enviado por Graham Hancock a Daniel Lohmann el 8 de febrero de 2015. <<

[723] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico enviado por Daniel Lohmann a Graham Hancock, 9 de febrero de 2015. <<

[724] *www.panoramio.com/photo/46982253* y *www.bc.edu/bc_org/avp/cas/fnart/arch/roman/carree02.jpg* y *www.maisoncarree.eu/wp-content/uploads/2012/07/1_1_1_5_DSCN 0047-650x487.jpg*. <<

[725] *www.flickr.com/photos/97924400@N00/7421596468/.* <<

[726] *Ibidem* <<

[727] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico enviado por Graham Hancock a Daniel Lohmann el 9 de febrero de 2015. <<

[728] *Ibidem* <<

[729] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico enviado por Daniel Lohmann a Graham Hancock, 13 de febrero de 2015. <<

[730] Lohmann proporciona el siguiente enlace para ilustrar su afirmación: *www.unicaen.fr/cireve/rome/pdr_virtuel.php?virtuel=ultor&numero_image=0.* <<

[731] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico enviado por Daniel Lohmann a Graham Hancock, 13 de febrero de 2015. <<

[732] *Ibidem* <<

[733] *Ibidem* <<

[734] El dibujo, con la leyenda «Hossn Niha Tempelpodium, Profil», es de Daniel Krencker, Willy Zschietzschmann (eds.), *Römische Tempel in Syrien nach aufnahmen und untersuchungen von mitgliedern der deutschen Baalbekexpedition 1901-1904*, De Gruyter, Berlín/Leipzig, 1938, pp. 122 - 134. <<

[735] Correspondencia personal con Daniel Lohmann, correo electrónico enviado por Daniel Lohmann a Graham Hancock el 13 de febrero de 2015. <<

[736] Véase Yosef Garfinkel, «Neolithic and Eneolithic Byblos in southern levantine context», en E. J. Peltenburg y Alexander Wasse, *Neolithic revolution: new perspectives on southwest Asia in light of recent discoveries on Cyprus (Levant Supplementary)*, Oxbow Books, 2004, p. 182. <<

[737] El lector recordará del capítulo 1 que el profesor Klaus Schmidt situaba el abandono final y enterramiento deliberado de Göbekli Tepe en el 8200 a. C. <<

[738] Michael Dumper, Bruce E. Stanley (eds.), *Cities of the Middle East and North Africa. A historical encyclopedia*, ABC-CLIO, 2006, p. 104. <<

[739] *Ibidem* <<

[740] Nina Jidejian, *Byblos through the ages*, Del El-Machreq Publishers, Beirut, 1971, p. 2. <<

[741] Dell Upton, «Starting from Baalbek: Noah, Solomon, Saladin, and the fluidity of architectural history», *Journal of the American Society of Architectural Historians*, vol. 68, n.º 4 (diciembre de 2009), p. 457. <<

[742] *Ibidem* <<

[743] Nina Jidejian, *Baalbek: Heliopolis, City of the Sun*, Dar el-Machreq Publishers, Beirut, 1975, p. 17. <<

[744] Dell Upton, «Starting from Baalbek», *op. cit.*, p. 458. <<

[745] *Ibidem* <<

[746] Daniel Lohmann, «Giant strides towards monumentality: the architecture of the Jupiter sanctuary in Baalbek/Heliopolis», *Bolletino Di Archeologia On Line*, 2010, p. 28. <<

[747] Sobre esta cuestión, véase, por ejemplo, James Bailey, *The god kings and the titans: the New World ascendancy in ancient times*, Hodder & Stoughton, Londres, 1973, p. 36 y ss. <<

[748] Sobre esta cuestión, véase E. A. Wallis Budge, *Osiris and the egyptian resurrection*, Dover Publications Inc., Nueva York, 1973 (reimpresión), vol. I. <<

[749] *Ibidem* <<

[750] *Ibidem* p. 3. <<

[751] *Ibidem* pp. 4-5. <<

[752] *Ibidem* pp. 5-8. <<

[753] *Ibidem* p. 93. <<

[754] Selim Hassan, *Excavations at Giza*, vol. VI, parte I, Government Press, El Cairo, 1946, p. 11. <<

[755] R. O. Faulkner (trad. y ed.), *The ancient egyptian Pyramid texts*, Oxford University Press, 1969, Aris & Phillips reimpresión, recitación 442, p. 147. <<

[756] *Ibidem* recitación 412, p. 135. <<

[757] *Ibidem* recitación 442, p. 147. <<

[758] Selim Hassan, *Excavations at Giza*, vol. VI, parte I, Government Press, El Cairo, 1946, p. 45. <<

[759] *Ibidem.* <<

[760] Francis Yates, *Giordano Bruno and the hermetic tradition*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1979, p. 49 y ss. <<

[761] Tamara Green, *The City of the Moon god: religious traditions of Harran*, E. J. Brill, Leiden, Nueva York, 1992, p. 3. Los sabios son mencionados tres veces en el Corán como «gente del libro»: Corán 5: 69 (*www.usc.edu/org/cmje/religious-texts/quran/verses/005-qmt.php#005.069*) es especialmente claro, pero véase también Corán 2: 62 (*www.usc.edu/org/cmje/religious-texts/quran/verses/002-qmt.php#002.062*) y Corán 22: 17 (*www.usc.edu/org/cmje/religious-texts/quran/verses/022-qmt.php#022.017*). <<

[762] Brian P. Copenhaver, *Hermetica: the greek corpus hermeticum and the latin asclepius in a new english translation with notes and introduction*, Cambridge University Press, 1992. Véase también sir Walter Scott (ed. y trad.), *Hermetica: The ancient greek and latin writings which contain religious or philosophic teachings attributed to Hermes Trismegistus*, Shambhala, Boston, 1993. <<

[763] Manfred Lurker, *An illustrated dictionary of the gods and symbols of ancient Egypt*, Thames and Hudson, Londres, 1995, p. 121. Véase también Margaret Bunson, *The encyclopedia of ancient Egypt*, Facts on File, Nueva York, Oxford, 1991, p. 264. <<

[764] Michael Baigent, *From the omens of Babylon: astrology and ancient Mesopotamia*, Arkana Penguin Books, Londres, 1994, p. 186. <<

[765] Harold W. Attridge y Robert A. Oden Jr., *Philo of Byblos: the phoenician history*, The Catholic Biblical Quarterly Monograph Series 9, Washington DC, 198, p. 29. <<

[766] Nina Jidejian, *Byblos*, *op. cit.*, p. 10. <<

[767] Bahattin Celik, «Karahan Tepe: a new cultural centre in the Urfa area of Turkey», *Documenta Praehistorica*, XXXVIII (2011), pp. 241-253. <<

[768] *Ibidem* p. 242. <<

[769] Giulio Magli, «Sirius and the project of the megalithic enclosures at Göbekli Tepe», *arxiv.org/pdf/1307.8397.pdf*, 2013. El artículo de Magli atrajo una considerable atención y fue debatido en un artículo en la revista *New Scientist:* «World's oldest temple built to worship the Dog star», *New Scientist*, 16 de agosto de 2013, *www.newscientist.com/article/mg21929303.400-worlds-oldest-temple-built-to-worship-the-dog-star.html#.VOID7bCsXG8*, y en otros lugares, por ejemplo: *www.science20.com/science_20/gobekli_tepe_was_no_laughing_matter-120278*. <<

[770] Giulio Magli, «Sirius and the project of the megalithic enclosures at Göbekli Tepe», *op. cit.*, p. 2. <<

[771] *Ibidem* <<

[772] *Ibidem* <<

[773] Robert M. Schoch, *Forgotten civilization, inner traditions*, Rochester, Vermont, 2012, pp. 54-55. <<

[774] Andrew Collins, *Göbekli Tepe: genesis of the gods*, Bear & Co., Rochester, Vermont, 2014, p. 81 y ss. <<

[775] De Lorenzis, A. y Orofino, V. (2015) «New Possible astronomic alignments at the megalithic site of Göbekli Tepe, Turkey», *Archaeological Discovery*, 3, p. 40. doi: 10.4236/ad.2015.31005. <<

[776] *Ibidem* pp. 40-50. <<

[777] Juan Antonio Belmonte, «Finding our place in the cosmos: the role of astronomy in ancient cultures», *Journal of Cosmology*, vol. 9, 2010, p. 2055. <<

[778] Alexander A. Gurshtein, «The evolution of the Zodiac in the context of ancient oriental history», *Vistas in Astronomy*, vol. 41, n.º 4, 1998, p. 521. <<

[779] *Ibidem* Véase también Alexander A. Gurshtein, «The origins of the constellations», *American Scientist*, vol. 85, n.º 3 (mayo-junio de 1997), p. 268. <<

[780] Michael A. Rappenglück, «The Pleiades in the “Salle des Taureaux”, grotte de Lascaux. Does a rock picture in the cave of Lascaux show the open star cluster of the Pleiades at the Magdalenian Era (ca 15,300 BC)?», en C. Jashek y F. Atrio Barendela (eds.), *Actas del IV Congresso de la SEAC*, Universidad de Salamanca, 1997, pp. 217-225. <<

[781] *Ibidem* <<

[782] Michael A. Rappenglück, «Palaeolithic timekeepers looking at the Golden Gate of the Ecliptic', *Earth, Moon and Planets*, 85-86, 2001, p. 391. <<

[783] *Ibidem* <<

[784] *Ibidem* pp. 401-402. <<

[785] *freebook.fernglas-astronomie.de/?page_id=879*. Véase también: *www.analemma.de/jupisat.html*. El 17 de febrero de 2015 le escribí un correo electrónico a Michael Rappenglück, recibiendo su confirmación el 18 de febrero de 2015 de que, en efecto, se estaba refiriendo a las Híades y las Pléyades cuando escribió «la Puerta Dorada de la eclíptica». Añadió: «En el caso de las Pléyades y las Híades es importante recordar que la luna puede pasar por ambos grupos abiertos durante su 18,36 período dracónico; se encuentran *circa* 5° lejos de la eclíptica señalando la órbita lunar con sus posiciones extremas. Por eso ambos grupos abiertos fueron reconocidos como muy importantes y por eso esta “puerta” es única». <<

[786] El plano orbital de la Luna solo está inclinado 5,1 grados con respecto a la eclíptica. De modo que sus movimientos quedan confinados bastante estrechamente al plano de la eclíptica y siempre dentro de las constelaciones zodiacales. <<

[787] Juan Antonio Belmonte, «Finding our place in the cosmos», *op. cit.*, p. 2054. <<

[788] *Ibidem* <<

[789] *www.grahamhancock.com/forum/BurleyP1.php*. <<

[790] John Major Jenkins, *Maya cosmogenesis*, 2012, Bear & Company, Rochester, Vermont, 1998, p. 113. <<

[791] En la mitología maya, por ejemplo; véase *ibidem*, p. 51y ss., y también John Major Jenkins, *The 2012 Story*, Tarcher/Penguin, Nueva York, 2009, p. 138 y ss. Y en la mitología inca; véase por ejemplo William Sullivan, *The secret of the Incas*, Crown, Nueva York, 1996, p. 30 y ss. Respecto a la mitología germana: *www.germanicmythology.com/ASTRONOMY/MilkyWay2.html*. <<

[792] Véanse las figuras 4 y 5 aquí: *www.grahamhancock.com/forum/BurleyP1.php*. <<

[793] Nick Kollerstrom, «The star Zodiac of Antiquity', *Culture and Cosmos*, vol. 1, n.º 2, otoño/invierno de 1997. <<

[794] Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's mill*, Nonpareil, Boston, 1969, pp. 216-217. <<

[795] E. C. Krupp, *In search of ancient astronomies*, Chatto & Windus, Londres, 1979, pp. 199-200. <<

[796] Intercambio de correos electrónicos con Paul Burley, entre el 14 de febrero y el 17 de febrero de 2015. <<

[797] Rupert Gleadow, *The origin of the Zodiac*, Dover Publications Inc., 2001, p. 167. <<

[798] Sobre esta cuestión, véase Kathryn Slanski, «Classification, historiography and monumental authority: the babylonian entitlement narus *(kudurrus)*», *Journal of Cuneiform Studies* 52 (2000), pp. 95-114. Por ejemplo, p. 114: «Recategorizar los *kudurrus* como monumentos asociados al templo, en vez de como marcadores de límites en los campos, proporciona un contexto que hace de esos objetos y su aspecto material, textual e iconográfico inteligibles en relación con su función». <<

[799] Rupert Gleadow, *The origin of the Zodiac*, *op. cit.*, p. 167. <<

[800] Véase, por ejemplo, *en.wikipedia.org/wiki/Nebuchadnezzar_I#mediaviewer/File:Nabu-Kudurri-Usur.jpg*. <<

[801] Rupert Gleadow, *The origin of the zodiac*, *op. cit.*, p. 167. <<

[802] Giulio Magli, «Sirius and the project of the megalithic enclosures at Göbekli Tepe», *arxiv.org/pdf/1307.8397.pdf*, 2013. <<

[803] En esta dirección se pueden encontrar algunas fotografías y más descripciones: *traveltoeat.com/babylonian-kudurru-at-the-louvre-2/*. Véase también Jeremy Black y Anthony Green, *Gods, demons and symbols of ancient Mesopotamia: an illustrated dictionary*, British Museum Press, Londres, 1992, pp. 16-17, 113-114. <<

[804] John Major Jenkins, *Maya cosmogenesis*, 2012, Bear & Company, Rochester, Vermont, 1998, p. 111; John Major Jenkins, *Galactic alignment*, Bear & Company, Rochester, Vermont, 2002, p. 19. <<

[805] John Major Jenkins, *Maya cosmogenesis*, *op. cit.*, p. 107. <<

[806] Graham Hancock, *Fingerprints of the gods*, *op. cit*. Véase, en concreto, el capítulo 21, «Un ordenador para calcular el final del mundo». <<

[807] *Ibidem* p. 105 <<

[808] Las cifras más precisas son las de Andrew Collins, *Göbekli Tepe, genesis of the gods*, Bear & Co., Rochester, Vermont, 2014, pp. 78-79. Cifras utilizadas también por A. De Lorenzis y V. Orofino (2015), «New possible astronomic alignments at the megalithic site of Göbekli Tepe, Turkey», *Archaeological Discovery*, 3, p. 40. doi: 10.4236/ad.2015.31005. <<

[809] Kay Prag, «The 1959 deep sounding at Harran in Turkey», *Levant* 2 (1970), pp. 71-72. «Es seguro que el yacimiento estuvo ocupado en fechas temprana». Hasta ahora, los limitados estudios arqueológicos solo sustentan esta afirmación con un objeto, una pieza de cerámica de estilo Samarra, *circa* 5000 a. C. encontrada en un sondeo profundo en el antiguo *tell* de Harrán. <<

[810] Seton Lloyd y William Brice, «Harran», *Anatolian Studies*, vol. I (1951), p. 87. <<

[811] Selim Hassan, *Excavations at Giza*, vol. VI, parte I, Government Press, El Cairo, 1946, p. 45. <<

[812] La inscripción jeroglífica fechada en el 394 d. C. se encuentra en el templo de Isis en File. El último ejemplo conocido de grafito demótico está fechado en el 425 d. C. «Si el conocimiento de los jeroglíficos continuó más allá de esta fecha no se ha encontrado documentación de ellos» (John Anthony West, *The traveller's key to ancient Egypt*, Harrap Columbus, Londres, 1987, p. 426). La traducción de los *Textos de las pirámides* de Kurt Sethe, en la que queda claro el culto estelar en torno a las pirámides, fue publicada en 1910; Breasted incorporó muchas citas del texto de Sethe en su *Development of religion and thought in ancient Egypt*; la edición definitiva de R. O. Faulkner de los *Textos de las pirámides* no fue publicada hasta 1969. Sobre esta cuestión véase R. O. Faulkner, *The ancient egyptian pyramid texts*, Oxford University Press, 1969, p. v. <<

[813] *jqjacobs.net/blog/gobekli_tepe.html* <<

[814] Tamara Green, *The city of the Moon god: religious traditions of Harran*, E. J. Brill, Leiden, Nueva York, 1992, p. 25. <<

[815] *Ibidem* p. 52. <<

[816] *Ibidem* p. 21. <<

[817] *Ibidem* <<

[818] *Ibidem* pp. 97, 121. <<

[819] *Ibidem* pp. 95-97. <<

[820] *Ibidem* p. 100. <<

[821] Los arqueólogos que excavaron el *hoyuk* —la colina o túmulo— de Harrán en 1985 se sentían confiados en que estaban «cerca del templo del dios Sin»; pero he sido incapaz de encontrar ningún informe posterior del descubrimiento de sus restos. Véase M. Olus Arik *et al.*, «Recent archaeological research in Turkey», *Anatolian Studies*, vol. 36 (1986), p. 194. <<

[822] Véase Michael Baigent, *From the omens of Babylon: astrology and ancient Mesopotamia*, Arkana, Londres, 1994, p. 189. Véase también Lawrence E. Stager, «The Harran Project» (University of Chicago): *oi.uchicago.edu/sites/oi.uchicago.edu/files/uploads/shared/docs/ar/81-90/82-83/82-83_Harran.pdf*. <<

[823] Véase, por ejemplo, *Hurriyet Daily News*, 26 de julio de 2012: *www.hurriyetdailynews.com/harran-rises-once-more-with-dig.aspx?pageID=238&nID=26318*; 4 de septiembre de 2012: *www.hurriyetdailynews.com/ancient-bath-remains-found-in-harran.aspx?pageID=238&nID=71288&NewsCatID=375*; y 7 de diciembre de 2012: *www.hurriyetdailynews.com/roman-traces-found-in-harran.aspx?pageID=238&nID=36271&NewsCatID =375*. <<

[824] Kay Prag, «The 1959 deep sounding at Harran in Turkey», *op. cit.*, pp. 71-72. <<

[825] Seton Lloyd y William Brice, «Harran», *op. cit.*, p. 110. <<

[826] *City of civilizations, Harran*, T. C. Harran Kaymakamligi (publicación oficial del Gobierno de Harrán), p. 5. <<

[827] Tamara Green, *The city of the Moon god*, *op. cit.*, p. 183-184. Véase también sir Walter Scott (ed. y trad.), *Hermetica: the ancient Greek and latin writings which contain religious or philosophic teachings attributed to Hermes Trismegistus*, Shambhala, Boston, 1993, p. 101. La descripción de Enoc como «el séptimo desde Adán» aparece en Judeas 1, 14. Véase también Génesis 5, 1-32, «El libro de las generaciones de Adán». Los diez patriarcas listados son Adán, Set, Enós, Cainán, Mahalaleel, Jared, Enoc, Matusalén, Lamec, Noé (*www.biblegateway.com/passage/?search=Genesis+5&version=KJV*). Se suele confundir con frecuencia a Enós, el tercer patriarca, con Enoc, el séptimo patriarca. No obstante, al primero no se le atribuyen ninguna inteligencia, capacidad o cualidades especiales, mientras que Enoc «caminó en compañía de Dios» (Génesis 5, 24) y desapareció misteriosamente de la Tierra «pues Dios lo tomó consigo» (Génesis 5, 24). La Carta a los Hebreos lo elabora un poco más (Hebreos 11, 5): «Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte (y "no se le encontró porque Dios lo había trasladado"), pues antes del traslado tenía en su favor el testimonio de haber agradado a Dios». <<

[828] Génesis 5, 19-30. <<

[829] Por ejemplo, véase Tamara Green, *The city of the Moon god*, *op. cit.*, p. 170. <<

[830] Citado en *Ibidem* p. 137. <<

[831] Citado en *Ibidem* p. 138. <<

[832] Selim Hassan, *Excavations at Giza*, vol. VI, parte I, *op. cit.*, p. 45. Es de destacar que si bien en su acreditada monografía *The city of the Moon god*, *op. cit.*, pp. 106, 117, etc., etc., Tamara Green menciona mucha especulación erudita respecto al nombre «sabiano», parece desconocer la elegante solución propuesta Selim Hassan. <<

[833] Génesis 5, 24. Véase también Hebreos 11, 5: «Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte (y “no se le encontró porque Dios lo había trasladado”), pues antes del traslado tenía en su favor el testimonio de haber agradado a Dios». <<

[834] En torno al siglo iii o ii a. C. Véase R. H. Charles (trad.), *The Book of Enoch*, SPCK, Londres, 1987, Introducción, p. xiii. <<

[835] Trato ampliamente a James Bruce, sus viajes y sus aventuras en Etiopía en mi libro *The sign and the seal. A quest for the lost ark of the Covenant*, Heinemann, Londres, 1992. <<

[836] H. F. D. Sparks (ed.), *The apocryphal Old Testament*, Clarendon Paperbacks, Oxford, 1989, p. 170: «Entre los manuscritos etíopes que Bruce se trajo había tres que contenían lo que hoy es conocido como “1 Enoc” o el “Enoc etíope”. Uno de esos manuscritos (hoy en la Biblioteca Bodleiana de Oxford) solo contenía el “1 Enoc”; el segundo (también en la Bodleiana) contenía el “1 Enoc” seguido de Job, Isaías, “Los doce”, Proverbios, Sabiduría, Eclesiastés, Cantar de los Cantares y Daniel; el tercero (actualmente en la Bibliotheque Nationale de París) es una transcripción del segundo». <<

[837] Kenneth Mackenzie, *The royal masonic cyclopaedia*, publicada originalmente en 1877, reimp. Aquarian Press, 1987, p. 201. <<

[838] *Ibidem* <<

[839] *Ibidem* p. 202. *Ibidem* p. 202. <<

[840] *Ibidem* por ejemplo, pp. 40, 114, *passim*. <<

[841] R. H. Charles (trad.), *The Book of Enoch*, *op. cit.*, p. 37. <<

[842] *Ibidem* <<

[843] *Ibidem* <<

[844] *Ibidem* p. 31. <<

[845] *Ibidem* pp. 35, 37, 89, *passim*. <<

[846] *Ibidem* p. 35-36. <<

[847] *Ibidem* p. 39. <<

[848] *Ibidem* p. 40. <<

[849] *Ibidem* p. 39. <<

[850] *Ibidem* <<

[851] *Ibidem* <<

[852] *Ibidem* pp. 34-35. <<

[853] *Ibidem* p. 46. <<

[854] *Ibidem* <<

[855] *Ibidem* p. 40. <<

[856] *Ibidem* <<

[857] Graham Hancock, *Supernatural: meetings with the ancient teachers of mankind*, Century, Londres, 2005. <<

[858] Resulta curioso que en capítulos posteriores del Libro de Enoc, después de que los vigilantes malos hayan sido reprendidos y recibido su castigo, los vigilantes buenos revelen a Enoc una gran cantidad de los secretos, sobre todo sabiduría astronómica, por los cuales los vigilantes malos fueron castigados por revelarlos. Véase, por ejemplo, R. H. Charles (trad.), *The Book of Enoch*, *op. cit.*, capítulo 41, p. 60 y ss., capítulo 71, p. 93 y ss., capítulo 72, p. 95 y ss., etc., etc. Quizá se debe a haber entrado él mismo en posesión de este conocimiento restrictivo por lo que Enoc termina por desaparecer de la tierra; «tomado consigo» por Dios, como dice la Biblia en Génesis 5, 24. <<

[859] R. H. Charles (trad.), *The Book of Enoch*, *op. cit.*, p. 35. <<

[860] Véanse los párrafos finales de este artículo: *www.dailymail.co.uk/news/article-2513866/A-GI-Christmas-How-American-soldiers-bearing-gifts-extra-rations-proved-festive-hit-British-families-WWII.html*. <<

[861] R. H. Charles (trad.), *The Book of Enoch*, *op. cit.*, p. 37. <<

[862] *Ibidem* p. 34 <<

[863] *Ibidem* p. 36. <<

[864] *Ibidem* p. 35. <<

[865] *Ibidem* <<

[866] *Ibidem* p. 36. <<

[867] *Ibidem* p. 37. <<

[868] *Ibidem* <<

[869] *Ibidem* <<

[870] Génesis 6, 4. Versión del rey Jacobo. <<

[871] Génesis 6, 4. Nueva versión internacional. <<

[872] Génesis 6, 5-8, Nueva Versión Internacional. La versión del rey Jacobo dice como sigue: «Y dios vio que la maldad del hombre era grande en la tierra, y que cada cosa imaginada por los pensamientos de su corazón era solo el mal de continuo. Y el Señor se arrepintió de haber creado al hombre sobre la tierra, y lo apenaba en su corazón. Y el Señor dijo, destruiré al hombre que he creado de la faz de la tierra; tanto hombres como bestias, y las cosas que se arrastran, y las aves del cielo; pues estoy arrepentido de haberlos creado. Pero Noé encontró gracia a ojos del Señor». <<

[873] Zecharia Sitchin, *The 12th Planet*, Harper, Nueva York, 1976, reimpreso en 2007, p. 171. Siendo justos, Sitchin no es el único que comete este mismo error. Varios especialistas bíblicos también lo cometen. Por ejemplo, en 1985, en el *Jewish Quarterly Review* Jonas C. Greenfield describe a los nefilim como «ángeles caídos» (Jonas C. Greenfield, «The Seven Pillars of Wisdom», *The Jewish Quarterly Review*, nueva serie, vol. 26, n.º 1, p. 19). Del mismo modo, en un artículo en la *Journal of Biblical Literature* publicado en 1987, Ronald S. Hendel dice: «Nefilim significa literalmente "los caídos" […] Se trata de una formación adjetival pasiva de la raíz *npl* ("caer") […] Usos similares del verbo *napal* y sus derivados se encuentran por todas partes en la Biblia hebrea» (Ronald S. Hendel, «Of demigods and the Deluge: toward an interpretation of Genesis 6: 1-4», *Journal of Biblical Literature*, vol. 106, n.º 1, marzo de 1987, p. 22). <<

[874] *www.sitchiniswrong.com/nephilim/nephilim.htm* <<

[875] Números 13, 32-33. <<

[876] *www.sitchiniswrong.com/nephilim/nephilim.htm* <<

[877] *Ibidem* <<

[878] Zecharia Sitchin, *The 12th planet, op. cit.*, p. 257. <<

[879] *Ibidem* p. 172. <<

[880] *Ibidem* p. 267. <<

[881] R. H. Charles (trad.), *The Book of Enoch*, *op. cit.* <<

[882] *Ibidem* por ejemplo: 7: 2 y 7: 4, p. 35; 9: 9, p. 36; 15: 3, p. 42. <<

[883] Michael A. Knibb (ed.), *The Book of Enoch: a new edition in the light of the aramaic Dead sea fragments*, Oxford University Press, 1979. <<

[884] George W. E. Nickelsburg y James C. VanderKamm, *1 Enoch: the hermenia translation*, Augusburg Fortress, Minneapolis, 2012. <<

[885] R. H. Charles (trad.), *The Book of Enoch*, *op. cit.*, p. 36. <<

[886] *clavisjournal.com/the-shadow-of-harran/* <<

[887] Lucas 3, 36. <<

[888] R. H. Charles, *The Book of Jubilees*, SPCK, Londres, 1927, pp. 71-72.
<<

[889] *jqjacobs.net/blog/gobekli_tepe.html* <<

[890] Tal como demostró Peter Tompkins, *Secrets of the Great Pyramid*, Harper & Row, Nueva York y Londres, 1978, pp. 101-103. <<

[891] Einar Palsson, *The sacred triangle of pagan Iceland*, Mimir, Reykjavik, 1993, p. 32. <<

[892] *Ibidem* <<

[893] Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's Mill: an essay investigating the origins of human knowledge and its transmission through myth*, Nonpareil Books, 1977, reimpresión 1999, p. 132. <<

[894] Los detalles pueden encontrarse en Graham Hancock, *Fingerprints of the gods*, William Heinemann & Co., Londres, 1995, pp. 434-436. <<

[895] Tamara Green, *The city of the Moon god, op. cit.*, p. 19. <<

[896] *jqjacobs.net/blog/gobekli_tepe.html* <<

[897] *Ibidem* <<

[898] *Ibidem* <<

[899] *Ibidem* <<

[900] 850-929 d. C. *www-history.mcs.st-andrews.ac.uk/Biographies/Al-Battani.html* <<

[901] Nicholas Kollerstrom, «The star temples of Harran», en Annabella Kitson (ed.), *History and astrology: Clio and Urania confer*, Unwin, Londres, 1989, p. 57. <<

[902] *www-history.mcs.st-andrews.ac.uk/Biographies/Al-Battani.html* <<

[903] *www.physics.csbsju.edu/astro/newcomb/II.6.html* <<

[904] *www-history.mcs.st-andrews.ac.uk/Biographies/Al-Battani.html* <<

[905] *Ibidem* que cita a Y. Maeyama, «Determination of the Sun's orbit (Hipparchus, Ptolemy, al-Battani, Copernicus, Tycho Brahe)», *Arch. Hist. Exact Sci.* 53 (1) (1998), pp. 1-49. <<

[906] *www-history.mcs.st-andrews.ac.uk/Biographies/Al-Battani.html* <<

[907] *Complete Dictionary of Scientific Biography* (2008), citado en *www.encyclopedia.com/doc/1G2-2830900300.html* <<

[908] Citado en Walter Scott, *Hermetica, op. cit.*, p. 105. <<

[909] Tamara Green, *The city of the Moon god, op. cit.*, p. 114. <<

[910] *Ibidem* p. 12. <<

[911] *Ibidem* p. 114. <<

[912] Walter Scott, *Hermetica*, *op. cit.*, pp. 97-99. <<

[913] Describo con algún detalle la exploración de la Gran Pirámide por parte de al-Mamun en *Fingerprints of the Gods*, op. cit., pp. 296-299. <<

[914] Peter Tompkins, *Secrets of the Great Pyramid, op. cit.*, p. 5. <<

[915] *Ibidem* p. 6. <<

[916] Sobre la posible conexión de los mandeos con los sabianos, véase, por ejemplo, Tamara Green, *The temple of the Moon god*, *op. cit.*, pp. 103, 119, 194-195, 205 y ss. <<

[917] «El hecho de que los paganos de Harrán, cuando se les exigió que nombraran una escritura, escogieran los *Hermetica*, demuestra que en el 830 d. C. una colección de textos herméticos era conocida y leída en Siria […]. De la aparición de nombres como Tat, Asclepio, y Ammón en conjunción con el de Hermes en textos árabes puede inferirse que esos harrianos estaban en posesión de *libelli* herméticos, en los cuales los pupilos eran así llamados; y entre ellos habría algunos presumiblemente hoy perdidos, así como los que han llegado hasta nosotros. En el siglo xi, lo más probable es que hubiera documentos herméticos conocidos por algunos estudiosos en Harrán en el griego original; pero los *Hermetica*, probablemente, habían sido traducidos al siríaco mucho antes de esa época, y, sin duda, por lo general eran leídos en siríaco por los harrianos…», Walter Scott, *Hermetica, op. cit.*, pp. 101-102. <<

[918] Frances A. Yates, *Giordano Bruno and the hermetic tradition*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1964, reimpreso en 1979, pp. 12-13. <<

[919] *Ibidem* p. 13. <<

[920] Esta es la tesis principal de mi libro *Talisman*, coescrito con Robert Bauval. Véase Graham Hancock y Robert Bauval, *Talisman: sacred cities, secret faith*, Penguin Books, Londres, 2005. <<

[921] Amar Annus, «On the origin of watchers: a comparative study of the antediluvian wisdom in mesopotamian and jewish traditions», *Journal for the Study of Pseudoepigrapha*, vol. 19. 4 (2010), p. 283. <<

[922] *Ibidem* p. 291. <<

[923] *Ibidem* pp. 280-281. <<

[924] Véase, por ejemplo, *Ibidem* pp. 277-320, y Anne Draffkorn Kilmer, «The mesopotamian counterparts of the biblical nepilim», en E. W. Conrad y E. G. Newing (eds.), *Perspectives on language and text: essays and poems on honor of Francis I Andersen's sixtieth birthday*, Eisenbrauns, Winina Lake Indiana, 28 de julio de 1985, pp. 39-44. De igual modo, hay referencias a los vigilantes en los antiguos en *Textos de las pirámides* egipcios; véase, por ejemplo, R. O. Faulkner (ed. y trad.), *The ancient egyptian Pyramid texts*, Oxford University Press, 1969, reimp., Aris & Phillips Ltd, por ejemplo la recitación 373, p. 124, y la recitación 667A, p. 281. <<

[925] Klaus Schmidt, *Göbekli Tepe: a stone age sanctuary in south-eastern Anatolia*, Ex Orient e. V., Berlín, Alemania, 2012, p. 191. <<

[926] Graham Hancock, *Fingerprints of the gods*, William Heinemann Ltd., Londres, 1995, p. 51. <<

[927] Graham Hancock y Santha Faiia, *Heaven's mirror*, Michael Joseph, Londres, 1998, p. 288. <<

[928] J. Alden Mason, *The ancient civilizations of Peru*, Penguin Books, Londres, 1991, p. 163: «Anteriormente se creía que la mampostería megalítica, que utiliza piedras inmensas de forma y tamaño irregulares era anterior a los incas […] mientras que la mampostería de bloques de piedra de tamaño relativamente uniforme, dispuesta en hiladas, era la típicamente inca; pero ahora se coincide en general en que ambos tipos fueron construidos por los incas, como todos los grandes edificios y estructuras de mampostería de la región de Cuzco, incluidos Sacsayhuamán, Ollantaytambo, Machu Picchu y Cuzco». <<

[929] John Hemming, *The conquest of the Incas*, Macmillan, Londres Ltd., 1993, p. 191. <<

[930] J. Alden Mason, *The ancient civilizations of Peru*, Penguin Books, Londres, 1991, p. 163. Véase también *www.roughguides.com/destinations/south-america/peru/Cuzco-and-around/inca-sites-near-Cuzco/sacsayhuaman/* y *www.andeantravelweb.com/peru/destinations/Cuzco/sacsayhuaman.html* y *www.world-mysteries.com/mpl_9.htm* y *gosouthamerica.about.com/od/perucuzco/ig/Sacsayhuaman-/Sacsayhuaman-Rock-Wall.htm#step-heading*. <<

[931] Todos los detalles se encuentran en el documental de Jesus Gamarra *The Cosmogony of the three worlds, www.ancient-mysteries-explained.com/archaeology-proofs.html#dvd*. <<

[932] *www.bbc.co.uk/news/science-environment-31664162*. <<

[933] A. Kruzer, «The question of the material origin of the walls of the Saqsaywaman Fortress», *isidaproject.ucoz.com/publ/my_articles/peru/the_question_of_the_material_origin_of_the_saqsaywaman_.fortress/2-1-0-2*. <<

[934] *Ibidem* <<

[935] *Ibidem* <<

[936] Sir Clements Markham, *The incas of Peru*, Smith, Elder & Co., Londres, 1911, p. 33. <<

[937] Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales* II, Lima, Ministerio de Educación, 1985, pp. 141, 145 [la cita original del autor es Garcilaso de la Vega, *The royal commentaries of the Inca Garcilaso de La Vega, 1539-1616*, The Orion Press, 1961, 233, 235]. <<

[938] Graham Hancock y Santha Faiia, *Heaven's mirror*, op. cit., pp. 285-286. <<

[939] Véase Graham Hancock y Robert Bauval, *Keeper of Genesis*, William Heinemann Ltd., Londres, 1996. <<

[940] Peter Frost, *Exploring Cuzco*, Nuevas Imágenes, Lima, Perú, 1989, p. 63. <<

[941] William Sullivan, *The secret of the Incas*, Crown, Nueva York, 1996, p. 118. <<

[942] *Ibidem* p. 119. <<

[943] Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales* I, *op. cit.*, 1985, pp. 37, 38 [la cita original del autor es: Garcilaso de la Vega, *The royal commentaries*, *op. cit.*, pp. 4-5]. <<

[944] *Ibidem* pp. 38, 39, 40 [la cita original del autor es: Garcilaso de la Vega, *The royal commentaries, op. cit.*, pp. 5, 6]. <<

[945] La cueva es conocida por los lugareños como *naupa iglesia*. En quechua, la lengua inca, *Naupa* significa «antigua»; de modo que es una «iglesia antigua». Evidentemente, no tiene nada de iglesia, pero no cabe ninguna duda de que es un antiguo lugar sagrado, un altar antiguo. Para la interpretación del pensamiento arqueológico predominante véase: *elcomercio.pe/peru/lima/naupa-iglesia-merece-revalorizado-segun-especialistas-noticia-1519677.* <<

[946] *casadelcorregidor.pe/colaboraciones/_biblio_Tantalean.php.* <<

[947] *Ibidem* <<

[948] Bolivia detecta pirámide enterrada *barbaricum.net/news/2334689254286557840* y *latino.foxnews.com/latino/entertainment/2015/03/27/bolivia-detects-buried-pyramid-at-tiahuanaco-site/*. <<

[949] Constantino Manuel Torres, David B. Repke, *Anadanenthera: visionary plant of ancient South America*, The Haworth Herbal Press, Nueva York, Londres, 2006, p. 35 y ss. <<

[950] Véase, por ejemplo, Martti Pärssinen, Denise Schaan y Alceu Ranzi (2009). «Pre-columbian geometric earthworks in the upper Purús: a complex society in western Amazonia», *Antiquity*, 83, pp. 1084-1095; Ranzi *et al.*, «Internet software programs aid in search for Amazonian geoglyphs», *Eos*, vol. 88, n.º 21, 22 de mayo de 2007, pp. 226, 229; Carson *et al.*, «Environmental impact of geometric earthwork construction in pre-columbian Amazonia», *PNAS*, 22 de julio de 2014, vol. 111, n.º 29, pp. 10497-10502; y «Ancient earthmovers of the Amazon», *Science*, vol. 321, 29 de agosto de 2008, p. 1148 y ss.; Denise Schaan *et al.*, «New radiometric dates (2000 - 700 BP) for pre-columbian earthworks in western Amazonia, Brazil», *Journal of Field Archaeology*, 2012, vol. 37, n.º 2, p. 132 y ss.; Anjos et al, «A new diagnostic horizon in WRB for anthropic topsoils in Amazonian dark earths (South America)», *The 20th World Congress of Soil Science, 8-13 June 2014*, Jeju, Korea; Michael Heckenberger y Eduardo Goes Neves, «Amazonian archaeology», *The Annual Review of Antiquity*, 2009, 38, pp. 251-266; y Heckenberger *et al*, «Pre-columbian urbanism, anthropogenic landscapes, and the future of the Amazon», *Science*, vol. 321, 29 de agosto de 2008, p. 1214 y ss. <<

[951] Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales* I, *op. cit.*, p. 256 [la cita original del autor es: Garcilaso de la Vega, *The royal commentaries, op. cit.*, pp. 132-133]. <<

[952] Garcilaso de la Vega, *The royal commentaries, op. cit.*, p. 384. <<

[953] Mircea Eliade, *The myth of the eternal return*, Princeton University Press, p. 16. <<

[954] Mircea Eliade, *The sacred and the profane: the nature of religion*, Harcourt Inc., Nueva York, 1987, p. 44. <<

[955] Lewis Ginzberg (ed.), *The Legends of the jews*, Jewish Publication Society of America, Philadelphia, 1988, vol. I, p. 12. <<

[956] Citado en Mircea Eliade, *The sacred and the profane, op. cit.*, p. 44. <<

[957] Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's mill: an essay investigating the origins of human knowledge and its transmission through myth*, Nonpareil Books, 1977, reimp. de 1999, p. 57. <<

[958] *New Larousse Encyclopedia of Mythology*, Paul Hamlyn, Londres, 1989, p. 91. <<

[959] Kenneth McCleish, *Myth*, Bloomsbury, Londres, 1996, p. 684. <<

[960] Thor Heyerdahl, *Easter island: the mystery solved*, Souvenir Press, Londres, p. 77; Thor Heyerdahl, *The Kon-Tiki Expedition*, Unwin Paperbacks, Londres, 1982, pp. 140, 142; Father Sebastian Englert, *Island at the Center of the world*, Robert Hale and Company, Londres, 1972, p. 30; Francis Maziere, *Mysteries of Easter island*, Tower Publications, Nueva York, 1968, p. 16. <<

[961] William Sullivan, *The secret of the incas*, Crown, Nueva York, 1996, p. 119. <<

[962] Thor Heyerdahl, *The Kon-Tiki Expedition*, *op. cit.*, p. 141. <<

[963] Según informa David Hatcher Childress en *Lost cities of ancient Lemuria and the Pacific*, Adventures Unlimited Press, 1988, p. 313. <<

[964] Según menciona Harold Osborne en *Indians of the Andes: aymaras and quechuas*, Routledge and Keegan Paul, 1952, p. 64. <<

[965] Thor Heyerdahl, *The Kon-Tiki Expedition*, *op. cit.*, p. 140. <<

[966] *Ibidem* <<

[967] *Ibidem* p. 140. <<

[968] Véase mi entrevista con Heyerdahl en Graham Hancock, *Underworld*, Michael Joseph, Londres, 2002, pp. 35-36. <<

[969] *Tep* significa «colina» en turco y la palabra turca *göbek* significa «ombligo» o «vientre» (Klaus Schmidt, *Göbekli Tepe, a Stone-Age sanctuary in south-Eastern Anatolia*, Ex Oriente, Berlín, 2012, p. 88. Véase también: *narinnamkn.wordpress.com/2013/12/04/portasar-or-gobekli-tepe-portasaris-the-old-name-of-what-is-now-called-gobekle-tepe-which-is-a-direct-translation-of-armenian-portasar/* y *www.ancient.eu/article/234/* y *archive.archaeology.org/0811/abstracts/turkey.html*. <<

[970] Para un estudio más detallado de la datacion arqueológica de los moai de la isla de Pascua, véase Graham Hancock y Santha Faiia, *Heaven's mirror*, Michael Joseph, Londres, 1998, pp. 227-228. <<

[971] Father Sebastian Englert, *Island at the centre of the world. New light on Easter island*, Robert Hale & Co., Londres, 1970, p. 45. <<

[972] Francis Maziere, *Mysteries of Easter island*, *op. cit.*, p. 40. <<

[973] *Ibidem* p. 41. <<

[974] *Science News*, vol. 89, n.º 15, 9 de abril de 1966, p. 239. <<

[975] *Ibidem* <<

[976] *Ibidem* <<

[977] R. Menzies (Laboratorio Marino de la Universidad de Duke) y Edward Chin (Laboratorio Marino de la Universidad A&M de Texas), *Cruise report, research vessel Anton Bruun, cruise 11*, citado en *huttoncommentaries.com/article.php?a_id=59* y *huttoncommentaries.com/article.php?a_id=59#Footnotes*. <<

[978] Robert M. Schoch, PhD., *Forgotten civilization: the role of solar outbursts in our past and future*, Inner Traditions, Rochester, Vermont, 2012, p. 77. <<

[979] *Ibidem* <<

[980] Véase Thor Heyerdahl, *Easter island. The mystery solved*, Souvenir Press, Londres, 1989, pp. 234-235. <<

[981] Las islas Pitcairn (47 km2 de superficie) y Mangareva (15,4 km2 de superficie) están más cerca, la primera a 2.075 kilómetros y la segunda a 2.606 kilómetros de distancia; pero sigue siendo demasiada distancia como para que estas diminutas islas hayan contribuido a la carga de sedimentación recibida por la isla de Pascua. <<

[982] Robert M. Schoch, PhD, *Forgotten civilization, op. cit.*, pp. 78-79. <<

[983] Véase al respecto Thor Heyerdahl, *Easter Island. The mystery solved*, *op. cit.*, p. 80 y ss. <<

[984] La traducción del nombre *Watu Palindo* como «El animador», que aparece en varias fuentes de internet, es espuria. La traducción correcta es «El hombre sabio». Véase Iksam, «The spread of megalithic remains in central Sulawesi as part of austronesian heritage', presentación en el Museo Nacional de Prehistoria, Taitung (Taiwan), 12 de marzo de 2012. <<

[985] Comunicación personal durante un viaje de estudios con Iksam Kailey. <<

[986] *www.megalithic.co.uk/article.php?sid=26496*. <<

[987] Iksam, «The spread of megalithic remains…», *op. cit.* <<

[988] Argumentos en favor de la conexión de este tipo de arte con las experiencias psicodélicas se encontrarán en Graham Hancock, *Supernatural: meetings with the ancient teachers of mankind*, Century, Londres, 2005. <<

[989] Tubagus Solihuddin, «A drowning Sunda shelf model during last glacial maximum and holocene: a review», *Indonesian Journal of Geoscience*, vol. I, n.º. 2, agosto 2014, pp. 99-107. <<

[990] *Ibidem* p. 102. <<

[991] Véase Danny Hilman Natawidjaja, *Plato never lied: Atlantis in Indonesia*, Booknesia, Yakarta, 2013. <<

[992] *www.faculty.ucr.edu/~legneref/ethnic/mummy.htm.* <<

[993] Citado en *www.faculty.ucr.edu/~legneref/ethnic/mummy.htm*. <<

[994] *www.faculty.ucr.edu/~legneref/ethnic/mummy.htm*. <<

[995] *wakeup-world.com/2014/10/14/hieroglyphics-experts-declare-ancient-egyptian-carvings-in-australia-authentic/*. <<

[996] R. T. Rundle Clark, *Myth and symbol in ancient Egypt*, Thames & Hudson, Londres, 1959, p. 222. <<

[997] *Ibidem* pp. 246-247. <<

[998] *Ibidem* p. 140. <<

[999] Patrick Boylan, *Thoth: the Hermes of Egypt*, Londres, 1922, reimp. de Ares Publishers, Chicago, 1987, p. 155. <<

[1000] Comunicación personal de doctor Danny Natawidjaja. <<

[1001] «Archaeologists slam excavation of Gunung Padang site», *Jakarta Post*, 24 de septiembre de 2014: *www.thejakartapost.com/news/2014/09/24/archaeologists-slam-excavation-gunung-padang-site.html*. <<

[1002] *Ibidem* <<

[1003] Correo electrónico de Danny Hilman Natawidjaja a Graham Hancock, 2 de octubre de 2014. <<

[1004] *Ibidem* <<

[1005] «Archaeologists slam excavation of Gunung Padang site», *Jakarta Post*, 24 de septiembre de 2014: *www.thejakartapost.com/news/2014/09/24/archaeologists-slam-excavation-gunung-padang-site.html*. <<

[1006] Correo electrónico de Danny Hilman Natawidjaja a Graham Hancock, 14 de enero de 2014. <<

[1007] Correo electrónico de Danny Hilman Natawidjaja a Graham Hancock, 10 de marzo de 2015. <<

[1008] Danny Hilman Natawidjaja, *Plato never lied, op. cit.*, y profesor Arysio Nunes dos Santos, *Atlantis: the lost continent finally found*, Lynwood, WA, EE. UU., 2011. <<

[1009] Michael Carrington Westaway, Arthur C. Durband *et al*, «Mandibular evidence supports *Homo floresiensis* as a distinct species», *PNAS*, vol. 112, n.º 7, 17 de febrero de 2015, pp. E604-605. <<

[1010] M. J. Morwood, R. P. Soejono *et al.*, «Archaeology and age of a new hominin from Flores in eastern Indonesia», *Nature* (431) 28 de octubre de 2004, pp. 1087-1091. <<

[1011] M. Aubert, A. Brumm *et al.*, «Pleistocene cave art from Sulawesi, Indonesia», *Nature* (514), 9 de octubre de 2014, pp. 223-277. <<

[1012] Josephine C. A. Joordens, Francisco d’Errico *et al.*, «*Homo erectus* at Trinil on Java used shells for tool production and engraving», *Nature* (518), 12 de febrero de 2015, pp. 228-231. <<

[1013] Phil Grabsky, *The lost temple of Java*, Orion, Londres, 1999, p. 16. <<

[1014] Luis Gómez y Hiram W. Woodward Jr., *Barabudur: history and significance of a buddhist monument*, Berkeley Buddhist Studies Series, 1981, p. 21. <<

[1015] Phil Grabsky, *The lost temple of Java*, op. cit., p. 17. <<

[1016] Jan J. Boeles, *The secret of Borobudur*, J. J. B. Press, Bangkok, 1985, p. I y XIX. <<

[1017] Caesar Voute, Mark Long, Fitra Jaya Burnama, *Borobudur: pyramid of the cosmic Buddha*, D. K. Printworld Ltd., Delhi, 2008, p. 198. <<

[1018] Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's mill: an essay investigating the origins of human knowledge and its transmission through myth*, Nonpareil Books, 1977, reimp. de 1999, p. 132. <<

[1019] G. R. S. Mead, *Thrice greatest Hermes: studies in hellenistic theosophy and gnosis*, Samuel Weiser Inc., York Beach, Maine, 1992 (reimpresión en un volumen), *Libro II: A translation of the extant sermons and fragments of the trismegistic literature*, p. 55. <<

[1020] *Ibidem* <<

[1021] *Ibidem* <<

[1022] *Ibidem* <<

[1023] *Ibidem* <<

[1024] *Ibid., Book III: Excerpts and fragments*, p. 60. <<

[1025] Mead traduce esta pasaje como sigue: «¡Oh, libros sagrados, que habéis sido hechos por mis manos inmotarles, mediante encantamientos mágicos contra la corrupción libres de decadencia para la eternidad y incorruptos por el tiempo! Volveos no visibles, inencontrables, para todos cuyos pies recorran las llanuras de esta nuestra tierra, hasta el que anciano cielo traiga instrumentos adecuados para vosotros…», *Ibidem*, p. 61. En este caso he preferido utilizar el mismo pasaje de la traducción de sir Walter Scott: sir Walter Scott (ed. y trad.), *Hermetica: the ancient greek and latin writings which contain religious or philosophic teachings attributed to Hermes Trismegistus*, Shamhala, Boston, 1993, p. 461. <<

[1026] *Ibidem* p. 461, nota 4. <<

[1027] Platón, *Timaeus and Critias*, Penguin Books, Londres, 1977, «Critias», p. 145. <<

[1028] Sir Walter Scott (trad. y ed.) *Hermetica*, Shambhala, Boston, 1993, p. 345. <<

[1029] Delia Goetz y Sylvanus G. Morley (eds., a partir de la traducción de Adrián Recinos), *Popol Vuh: the sacred book of the ancient quiche maya*, University of Oklahoma Press, 1991, p. 168. <<

[1030] *Ibidem* p. 169. <<

[1031] *Ibidem* <<

[1032] *Ibidem* p. 90. <<

[1033] *Ibidem* p. 93. <<

[1034] *Ibidem* p. 178. <<

[1035] *Ibidem* p. 155. <<

[1036] Gerald P. Verbrugghe y John M. Wickersham (eds.), *Berossos and Manetho*, University of Michigan Press, 1999, p. 44. <<

[1037] Delia Goetz y Sylvanus G. Morley (eds.), *Popol vuh*, *op. cit.*, p. 156. <<

[1038] *Ibidem* p. 78, nota 3. <<

[1039] R. T. Rundle Clark, *The origin of the Phoenix*, *op. cit*., p. 1; Gerald Massey, *The natural Genesi*s, vol. 2, Black Classic Press, Baltimore, 1998 (reimp.), p. 340. <<

[1040] *Archaeoastronomy: The Journal of the Center for Archaeoastronomy*, vol. VIII, n.º 1-4, enero-diciembre de 1985, p. 99. <<

[1041] Véase, por ejemplo, Gerrit L. Verschuur, *Impact: The threat of comets and asteroids*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1996, p. 55. Véase también Duncan Steel, *Rogue asteroids and doomsday comets*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1995, p. 15 y ss. <<

[1042] Citado en Julie Cohen, «Nanodiamonds are forever: A UCSB professor's research examines 13.000-year-old nanodiamonds from multiple locations across three continents», *The Current*, UC Santa Barbara, 28 de agosto de 2014. Véase: *www.news.ucsb.edu/2014/014368/nanodiamonds-are-forever*. <<

[1043] Correspondencia personal con Allen West. Correo electrónico de West a Hancock fechado el 19 de diciembre de 2014. <<

[1044] *Ibidem* correo electrónico de Hancock a West fechado el 8 enero de 2015. <<

[1045] *Ibidem* correo electrónico de Hancock a West fechado el 8 enero de 2015. <<

[1046] Victor Clube y Bill Napier, *The cosmic winter*, Basil Blackwell, Londres, 1990, p. 12. <<

[1047] *Ibidem* pp. 12-13. <<

[1048] *Ibidem* <<

[1049] W. M. Napier, «Palaeolithic extinctions and the Taurid complex», *Monthly Notices of the Royal Astronomical Society*, vol. 405, n.º 3, 1 de julio de 2010, pp. 1901-1906. El artículo entero puede leerse online aquí: *mnras.oxfordjournals.org/content/405/3/1901.full.pdf+html?sid=19fd6cae-61a0-45bd-827b-9f4eb877fd39*, y bajarse como un pdf aquí: *arxiv.org/pdf/1003.0744.pdf*. Victor Clube y Bill Napier, *The cosmic winter*, *op. cit.*, pp. 150-153. Véase también Gerrit L. Verschuur, *Impact*, *op. cit.*, p. 136. <<

[1050] Véase W. M. Napier, «Palaeolithic extinctions and the Taurid complex», *op. cit*. Véase también William C. Mahaney, David Krinsley, Volli Kalm, «Evidence for a cosmogenic origin of fired glaciofluvial beds in the northwestern Andes: Correlation with experimentally heated quartz and feldspar», *Sedimentary Geology* 231 (2010), pp. 31-40. <<

[1051] Sobre la elevada probabilidad de que tanto el principio como el final del Dryas Reciente fueran originados por impactos de diferentes fragmentos del mismo cometa gigante, véase Fred Hoyle y Chandra Wickramsinghe, *Life on Mars? The case for a cosmic heritage*, Clinical Press Ltd., Bristol, 1997, pp. 176-177. Véase también Gerrit Verschuur, *Impact, op. cit.*, p. 139. <<

[1052] Victor Clube y Bill Napier, *The cosmic winter, op. cit.*, pp. 244, 275-277. Véase también Duncan Steel, *Rogue asteroids and doomsday comets, op. cit.*, pp. 132-133. <<

[1053] Victor Clube y Bill Napier, *The cosmic winter, op. cit.*, p. 153. <<

[1054] *Ibidem* p. 147. <<

[1055] *Ibidem* pp. 150-151. <<

[1056] *Ibidem* pp. 149-150. <<

[1057] *Ibidem* p. 149 <<

[1058] Jacqueline Mitton, *Penguin dictionary of astronomy*, Penguin Books, Londres, 1993, pp. 84-85; Duncan Steel, *Rogue asteroids and doomsday comets*, John Wiley and Sons, 1995, p. 133. <<

[1059] Victor Clube y Bill Napier, *The cosmic serpent*, Faber and Faber, Londres, 1982, p. 151; Bailey, Clube, Napier, *The origin of comets*, Butterworth-Heinemann Ltd., 1990, p. 398; Clube y Napier, *The cosmic winter, op. cit.*, p. 150. <<

[1060] Sir Fred Hoyle, *Lifecloud: origin of the universe*, Dent, 1978, pp. 32-33. <<

[1061] Emilio Spedicato, *Apollo objects, Atlantis and other tales*, Università degli studi di Bergamo, 1997, p. 12. <<

[1062] *Ibidem* pp. 12-13. <<